CERVANTES

DON QVIXOTE

VALENCIA 1605

Biblioteca

Biblioteca de
D. Guillermo Barandiarán Alday
donada a la
Biblioteca Universitaria
de Deusto
2010

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

EL INGENIOSO HIDALGO DON QVIxote de la Mancha.

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DVQVE DE Bejar, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Impresso con licencia, en Valencia, en casa de Pedro Patricio Mey, 1605.

A costa de Iusepe Ferrer mercader de libros delante la Diputacion.

Universidad de Deusto Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Aprobacion.

POR mandado y comissionn del Dotor Genis Casanoua Pabordre dela Seo de Valencia, y Official, y Vicario general en el Arçobispado de Valencia, y Capellan de su Magestad, vi, y reconoci el libro intitulado, El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha, compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra, y me parece que no hay en el cosa porque no se deua imprimir, y que es libro curioso y ingenioso, y por la verdad lo firmo de mi mano y nombre en Iesus de Valencia a 18. de Iulio de 1605.

F. Luis Pellicer, lector de S. Theologia, y Diffinidor.

AL DVQVE DE BEIAR, MARQVES DE GIbraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

EN fe del buen acogimiento, y hõra, que haze vuestra Excelencia a toda suerte de libros, como Principe tã inclinado a fauorecer las buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al seruicio y grangerias del vulgo, he determinado de sacar a luz al ingenioso hidalgo don Quixote de la Mãcha, al abrigo del clarissimo nombre de vuestra Excelencia, a quien, con el acatamiento que deuo a tanta grãdeza, suplico, le reciba agradablemẽte en su proteccion, para q̃ a su sombra, aunque desnudo de aquel precioso ornamento de elegancia, y erudicion, de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que sabẽ, ose parecer seguramente en el juyzio de algunos, que no conteniendose en los limites de su ignorancia, suelen condenar con mas rigor, y menos justicia, los trabajos agenos, que poniendo los ojos la prudencia de vuestra Excelencia en mi buen desseo, fio, que no desdeñarà la cortedad de tan humilde seruicio.

Miguel de Ceruantes Saauedra.

PROLOGO.

DESOCVPADO Lector, sin juramento, me podras creer, que quisiera que este libro como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo, y mas discreto, que pudiera imaginarse. Pero no he podido yo contrauenir la orden de naturaleza, que en ella, cada cosa engendra su semejante. Y assi, que podia engendrar el esteril, y mal cultiuado ingenio mio, sino la historia de vn hijo seco, auellanado, antojadizo, y lleno de pensamientos varios, y nunca imaginados de otro alguno: bien como quien se engendrò en vna carcel, donde toda incomodidad tiene su assiento, y donde todo triste ruydo haze su habitacion? El sossiego, el lugar apazible, la amenidad de los campos, la serenidad de los Cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espiritu, son grande parte para que las Musas mas esteriles, se muestren fecundas, y ofrezcan partos al mundo, que le colmen de marauilla, y de contento. Acontece tener vn padre vn hijo feo, y sin gracia alguna, y el amor que le tiene, le pone vna venda en

en los ojos, para que no vea sus faltas: antes las juzga por discreciones, y lindezas, y las cuēta a sus amigos, por agudezas y donayres. Pero yo, que aunque parezco padre, soy padrastro de don Quixote, no quiero yrme con la corriente del vso, ni suplicarte, casi cō las lagrimas en los ojos, como otros hazen, Lector carissimo, que perdones, o dissimules las faltas que en este mi hijo vieres: y ni eres su pariente, ni su amigo, y tienes tu alma en tu cuerpo, y tu libre aluedrio, como el mas pintado, y estas en tu casa, donde eres señor della, como el Rey de sus alcaualas, y sabes lo que comunmente se dize, que debaxo de mi mano, al Rey mato. Todo lo qual te essenta, y haze libre de todo respecto, y obligacion: y assi puedes dezir de la historia, todo aquello que te parecie re, sin temor que te calunien por el mal, ni te premien por el bien que dixeres della.

Solo quisiera dartela monda, y desnuda, sin el ornato de Prologo, ni de la innumerabilidad, y catalogo de los acostumbrados Sonetos, Epigramas, y elogios que al principio de los libros suelen ponerse. Porque te se dezir, que aunque me costò algun trabajo componerla, ninguno tuue por mayor, que hazer esta prefacion que vas leyendo. Muchas vezes tomè la pluma para escriuilla, y muchas la dexè, por no saber lo que escriuiria: y estando vna

Universidad de Deusto Biblioteca

suſpenſo,con el papel delante, la pluma en la oreja, el codo en el bufete,y la mano en la mexilla, penſando lo que diria, entrò a deshora vn amigo mio,graciosso,y bien entendido. El qual viendome tan imaginatiuo,me preguntò la causa:y no encubriendo sela yo,le dixe,que penſaua en el Prologo que auia de hazer a la hiſtoria de don Quixote, y que me tenia de suerte,que ni queria hazerle,ni menos sacar a luz las hazañas de tan noble cauallero. Porque como quereys vos que no me tenga confuſo,el que dirà el antiguo legiſlador,que llaman vulgo, quando vea que al cabo de tantos años como ha que duermo, en el ſilencio del oluido, ſalgo aora con todos mis años acueſtas,con vna leyenda ſeca como vn eſparto, agena de inuencion, menguada de eſtilo, pobre de conceptos,y falta de toda erudicion, y doctrina:ſin acotaciones en las margenes,y ſin anotaciones en el fin del libro', como veo que eſtan otros libros, aunque ſean fabuloſos, y profanos,tan llenos de ſentencias de Ariſtoteles,de Platon,y de toda la caterua de Filoſofos,que admiran a los leyentes, y tienen a ſus autores por hombres leydos, eruditos, y eloquentes? Pues que quando citan la diuina eſcritura,no diran ſino que ſon vnos ſantos Tomaſes,y otros Doctores de la Igleſia, guardãdo en eſto vn decoro tan ingenioſo,que en vn renglon

renglon han pintado vn enamorado diſtrayado, y en otro hazen vn ſermonzico Chriſtiano, que es vn contento, y vn regalo oyrle, o leelle. De todo eſto ha de carecer mi libro, porque ni tengo que acotar en el margen, ni que anotar en el fin, ni menos ſe que autores ſigo en el,para ponerlos al principio,como hazen todos, por las letras del A.B.C. començando en Ariſtoteles,y acabando en Xenofonte,y en Zoylo,o Zeuxis,aunque fue maldiziente el vno,y pintor el otro. Tambien ha de carecer mi libro de Sonetos al principio, alomenos de Sonetos, cuyos autores ſean Duques, Marqueſes,Condes,Obiſpos, Damas, o Poetas celeberrimos. Aunque ſi yo los pidieſſe a dos,o tres oficiales amigos, yo ſe que me los darian, y tales,que no les ygualaſſen los de aquellos que tienen mas nombre en nueſtra Eſpaña.

En fin, ſeñor y amigo mio,proſegui,yo determino, que el ſeñor don Quixote ſe quede ſepultado en ſus archiuos,en la Mancha,haſta que el cielo depare quien le adorne de tantas coſas como le faltan, porque yo me hallo incapaz de remediarlas, por mi inſuficiencia, y pocas letras: y porque naturalmente ſoy poltron,y perezoſo,de andarme buſcando autores,que digã lo que yo me ſe dezir ſin ellos. De aqui nace la ſuſpenſion, y eleuamiento en

que me hallastes, bastante causa para poner-
me en ella, la que de mi aueys oydo. Oyendo
lo qual mi amigo, dandose vna palmada en la
frente, y disparando en vna larga risa, me di-
xo: Por Dios hermano, que aora me acabo de
desengañar, de vn engaño en que he estado,
todo el mucho tiempo que ha que os conoz-
co, en el qual siempre os he tenido por discre
to, y prudente, en todas vuestras acciones: pe
ro aora veo, que estays tan lexos de serlo, co-
mo lo está el Cielo de la tierra.

Como que es posible, que cosas de tan po
co momento, y tan faciles de remediar, pueda
tener fuerças de suspender, y absortar vn in-
genio tan maduro como el vuestro, y tan he-
cho a romper, y atropellar por otras dificul-
tades mayores? Alafe, esto no nace de falta
de habilidad, sino de sobra de pereza, y penu-
ria de discurso. Quereys ver si es verdad lo q̃
digo? Pues estadme atento, y vereys como en
vn abrir, y cerrar de ojos, confundo todas vue
stras dificultades, y remedio todas las faltas
que dezis que os suspenden, y acobardan, pa-
ra dexar de sacar a la luz del mundo, la histo-
ria de vuestro famoso don Quixote, luz, y es-
pejo de toda la caualleria andante. Dezid, le
repliquè yo, oyendo lo que me dezia: De que
modo pensays llenar el vazio de mi temor, y
reduzir a claridad, el caos de mi confusion? A

lo qual el dixo: Lo primero en que reparays
de los Sonetos, Epigramas, o Elogios, que os
faltan para el principio, y que sean de perso-
nages graues, y de titulo, se puede remediar,
en que vos mesmo tomeys algun trabajo en
hazerlos, y despues los podeys bautizar, y po-
ner el nombre que quisieredes, ahijandolos al
Preste Iuan de las Indias, o al Emperador de
Trapisonda: de quiẽ yo se que ay noticia, que
fueron famosos Poetas: y quando no lo ayan
sido, y huuiere algunos pedantes, y bachille-
res, que por detras os muerdan, y murmuren
desta verdad, no se os de dos marauedis, por
que ya que os aueriguen la mentira, no os hã
de cortar la mano con que lo escriuistes.

En lo de citar en las margenes los libros, y
autores de donde sacaredes las sentencias, y
dichos que pusieredes en vuestra historia, no
ay mas, sino hazer de manera que vengã a pe
lo, algunas sentẽcias, o latines, que vos sepays
de memoria: o alomenos que os cuesten po-
co trabajo el buscallo. Como serà poner, tra
tando de libertad, y cautiuerio. *Non bene pro to
to libertas uenditur auro.* Y luego en el margen
citar a Oracio, o a quien lo dixo. Si tratare-
des del poder de la muerte, acudir luego con
*Pallida mors æquo pulsat pede pauperum tabernas,
Regumque turres.* Si de la amistad, y amor que
Dios manda que se tenga al enemigo, entra-

ros luego al punto por la escritura diuina, que lo podeys hazer con tantico de curiosidad, y dezir las palabras por lo menos, del mismo Dios. *Ego autem dico uobis, diligite inimicos uestros.* Si tratarades de malos pensamientos, acudid con el Euangelio. *De corde exeunt cogitationes malæ.* Si de la instabilidad de los amigos, ahi está Caton que os dara su distico. *Donec eris felix, multos numerabis amicos, tempora si fuerint nubila solus eris.* Y con estos latinicos, y otros tales os tendran si quiera por Gramatico, que el serlo no es de poca honra, y prouecho el dia de oy. En lo que toca el poner anotaciones al fin del libro, seguramente lo podeys hazer desta manera. Si nombrays algun Gigante en vuestro libro, hazelde que sea el Gigante Golias, y con solo esto (que os costara casi nada) teneys vna grande anotacion, pues podeys poner: El Gigante Golias, o Goliat, fue vn Filisteo, a quien el pastor Dauid matò de vna gran pedrada, en el valle de Terebinto, segun se cuenta en el libro de los Reyes, en el capitulo que vos hallaredes que se escriue.

Tras esto, para mostraros hombre erudito en letras humanas, y Cosmografo, hazed de modo como en vuestra historia se nombre el rio Tajo, y vereys os luego con otra famosa anotació, poniédo: El rio Tajo, fue assi dicho por vn Rey de las Españas: tiene su nacimiento

to en tal lugar, y muere enel mar Oceano, besando los muros de la famosa ciudad de Lisboa: y es opinion que tiene las arenas de oro, &c. Si tratarades de ladrones, yo os dire la historia de Caco, que la se de coro. Si de mugeres rameras, ahi está el Obispo de Mondonedo, que os prestarà a Lamia, Layda, y Flora, cuya anotacion os dara gran credito. Si de crueles, Ouidio os entregarà a Medea. Si de encantadores, y hechizeras, Homero tiene a Calipso, y Virgilio a Circe. Si de capitanes valerosos, el mesmo Iulio Cesar os prestara a si misimo, en sus Comentarios, y Plutarco os dara mil Alexandros. Si tratarades de amores, con dos onças que sepays de la lengua Toscana, topareys con Leon Hebreo, que os hincha las medidas. Y sino quereys andaros por tierras estrañas, en vuestra casa teneys a Fonseca del amor de Dios, donde se cifra todo lo que vos, y el mas ingenioso acertare a desear en tal materia. En resolució, no ay mas, sino que vos procureys nombrar estos nombres, o tocar estas historias en la vuestra, que aqui he dicho, y dexadme a mi el cargo de poner las anotaciones, y acotaciones, que yo os boto a tal de llenaros los margenes, y de gastar quatro pliegos en el fin del libro.

Vengamos aora a la citacion de los autores que los otros libros tienen, que en el vuestro

tro os faltan. El remedio q̃ esto tiene es muy facil, porque no aueys de hazer otra cosa, q̃ buscar vn libro que los acote todos, desde la A. hasta la Z. como vos dezis. Pues esse mismo abecedario pódreys vos en vuestro libro. Que puesto que a la clara se vea la mentira, por la poca necessidad que vos teniades de aprouecharos dellos, no importa nada: y qui ça alguno aura tan simple, que crea que de todos os aueys aprouechado, en la simple y sencilla historia vuestra. Y quando no sirua de otra cosa, por lo menos seruirá aquel largo Catalogo de autores, a dar de improuiso autoridad al libro. Y mas, que no aura quien se póga a aueriguar, si los seguistes, o no los seguistes, no yendole nada en ello. Quanto mas, que si bien caygo en la cuenta, este vuestro libro no tiene necessidad de ninguna cosa de aquellas que vos dezis que le falta, porque todo el es vna inuectiua contra los libros de caualle-rias, de quien nunca se acordò Aristoteles, ni dixo nada san Basilio, ni alcançò Ciceron. Ni caen debaxo de la cuenta de sus fabulosos disparates, las puntualidades de la verdad, ni las obseruaciones de la Astrologia: ni le son de importancia las medidas Geometricas, ni la confutacion de los argumentos de quien se sirue la retorica: ni tiene para que predicar a ninguno, mezclando lo humano con lo diuino,

que es vn genero de mezcla, de quien no se ha de vestir ningun Christiano entendimiẽto. Solo tiene que aprouecharse de la imitacion, en lo q̃ fuere escriuiẽdo, que quanto ella fuere mas perfecta, tanto mejor será lo que escriuiere. Y pues esta vuestra escritura no mira a mas, que a deshazer la autoridad, y cabida que en el mundo, y en el vulgo tienen los libros de caualleri as, no ay para q̃ andeys mẽdigando sentencias de Filosofos, consejos de la diuina Escritura, fabulas de Poetas, oraciones de Retoricos, milagros de santos: sino procurar que a la llana, con palabras significantes, honestas, y bien colocadas, salga vuestra oracion, y periodo, sonoro, y festiuo. Pintando en todo lo que alcançaredes, y fuere posible, vuestra intencion, dãdo a entender vuestros conceptos, sin intricarlos, y escurecerlos. Procurad tambien, que leyendo vuestra historia, el melancolico se mueua a risa; el risueño la acreciente; el simple no se enfade; el discreto se admire de la inuẽcion; el graue no la desprecie; ni el prudente dexe de alabarla. En efeto, lleuad la mira puesta a derribar la maquina mal fundada destos caualleresc os libros, aborrecidos de tantos, y alabados de muchos mas: que si esto alcançassedes, no auriades alcançado poco. Con silencio grande estuue escuchando lo que mi amigo me dezia, y de tal

manera se imprimieron en mi sus razones, que sin ponerlas en disputa, las aproue por buenas, y de ellas mismas quise hazer este Prologo. En el qual veras, Lector suaue, la discreció de mi amigo, la buena ventura mia, en hallar en tiempo tan necesitado tal consegero, y el alliuio tuyo, en hallar tan sincera, y tan sin reuueltas la historia del famoso dó Quixote de la Mancha: de quien ay opinion por todos los habitadores del distrito del campo de Montiel, que fue el mas casto enamorado, y el mas valiente caualleros que de muchos años a esta parte se vio en aquellos cótornos. Yo no quiero encarecerte el seruicio q̃ te hago, en darte a conocer tan notable, y tan honrado caualleros: pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendras del famoso Sancho Pança su escudero, en quien a mi parecer te doy cifradas todas las gracias escuderiles, que en la xaterua de los libros vanos de caualle-

rias estan esparzidas. Y con esto,

Dios te dè salud, y a mi

no oluide.

Vale.

AL

AL LIBRO DE DON Quixote de la Mancha, Vrganda la desconocida.

SI de llegarte a los bue
Libro fueres con letu
No te dira el boquirru
Que no ponés bien los de.
Mas si el pan no se te cue
Por yr a manos de idio
Veras de manos a bo
Aun no dar vna en el cla
Si bien se comen las ma
Por mostrar que son curio.
Y pues la experiencia ense
Que el que a buen arbol se arri
Buena sombra le cobi
En Bexar tu buena estre.
Vn arbol real te ofre
Que dà Principes por fru
En el qual florece vn Du
Que es nueuo Alexandro Ma
Llega a su sombra que a osa
Fauorece la fortu.
De vn noble hidalgo Manche
Contaras las auentu
A quien ociosa letu
Trastornaron la cabe.

✣✣ Damas

Universidad de Deusto
Biblioteca

Damas, armas, caualle
Le prouocaron de mo
Que qual Orlando furio
Templado à lo enamora
Alcançò a fuerça de bra
A Dulcinea del Tobo.
No indiscretos hierogli
Estampes en el escu
Que quando es todo figu
Con ruynes puntos se embi.
Si la direccion te humi
No dirà mofante algu
Que don Aluaro de Lu
Que Anibal el de Carta
Que Rey Francisco en Espa
Se quexa de la forta.
Pues al cielo no le plu
Que salieses tan ladi
Como el negro Iuan Lati
Hablar latines rehu.
No me despuntes de agu
Ni me alegues con filo
Porque torciendo la bo
Dirá el que entiende la le
No vn palmo de las ore
Para que conmigo fio?
No te metas en dibu
Ni en saber vidas age
Que en lo que no va, ni vie

Passar

Passar de largo es cordu.
Que suelen en caperu
Darles à los que grace
Mas tu quemate las ce
Sólo en cobrar buena fa
Que el que imprime neceda
Dalas à censo perpe.
Aduierte que es desati
Siendo de vidrio el teja
Tomar piedras en la ma
Para tirar al vezi.
Dexa que el hombre de juy
En las obras que compo
Se vaya con pies de plo
Que el que saca à luz pape
Para entretener donze
Escriue à tontas, y alo.

AMADIS DE GAVLA, a don Quixote de la Mancha.

SONETO.

TV que imitaste la llorosa vida,
Que tuue ausente, y desdeñado, sobre
El gran ribaço de la pena pobre,
De alegre a penitencia reduzida.
Tu, aquien los ojos dieron la beuida,
De abundante licor, aunque salobre,

Y alçandote la plata, estaño, y cobre,
Te dio la tierra, en tierra la comida.
Biue seguro, de que eternamente,
En tanto al menos que en la quarta esfera,
Sus cauallos aguije el rubio Apolo.
Tendras claro renombre de valiente,
Tu patria será en todas la primera,
Tu sabio autor al mundo vnico, y solo.

DON BELIANIS DE Grecia, a don Quixote de la Mancha.

SONETO.

ROmpi, corté, abollé, y dixe, y hize,
Mas que en el orbe cauallero andante,
Fuy diestro, fuy valiente, fuy arrogante,
Mil agrauios vengué, cien mil deshize.
Hazañas dí a la fama que eternize,
Fuy comedido, y regalado amante,
Fue enano para mi todo gigante,
Y al duelo en qualquier punto satisfize.
Tuue a mis pies postrada la fortuna,
Y traxo del copete mi cordura,
A la calua ocasion, al estricote.
Mas aunque sobre el cuerno de la Luna,
Siempre se vio encumbrada mi ventura,
Tus proezas embidio, o gran Quixote.

LA

LA SEÑORA ORIANA, A DVLcinea del Toboso.

SONETO.

OQuien tuuiera hermosa Dulcinea,
Por mas comodidad, y mas reposo,
A Miraflores puesto en el Toboso,
Y trocara sus Londres con tu Aldea.
O quien de tus desseos, y librea,
Alma, y cuerpo adornara, y del famoso
Cauallero, que hezistę venturoso,
Mirara alguna desigual pelea.
O quien tan castamente se escapara
Del señor Amadis, como tu hezistę,
Del comedido hidalgo don Quixote.
Que assi imbidiada fuera, y no imbidiara,
Y fuera alegre el tiempo que fue tristę,
Y gozara los gustos sin escote.

GANDALIN ESCVDERO DE Amadis de Gaula, a Sancho Pança, escudero de don Quixote.

SONETO.

SAlue, varon famoso, a quien fortuna,
Quando en el trato escuderil te puso,
Tan blanda, y cuerdamente lo dispuso,
Que lo passaste sin desgracia alguna.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Ya la açada, o la hoz poco repugna,
Al andante exercicio, ya esta en vso
La llaneza escudera, con que acuso
Al soberuio que intenta hollar la Luna.
Embidio a tu jumento, y a tu nombre,
Y a tus alforjas igualmente embidio,
Que mostraron tu cuerda prouidencia.
Saluè otra vez, o Sancho, tan buen hombre,
Que a solo tu nuestro Español Ouidio,
Con buz corona te haze reuerencia.

DEL DONOSO POETA ENTRE-
uerado, a Sancho Pança, y Rozinante.

SOY Sancho Pança escude
Del Manchego don Quixo
Puse pies en poluoro
Por viuir a lo discre.
Quel tacito Villadie
Toda su razon de esta
Cifrò en vna retira
Segun siente Celesti
Libro en mi opinion diui
Si encubriera mas lo huma.

A ROZINANTE.

SOY Rozinante el famo
Bisnieto del gran Babie
Por pecados de flaque
Fuy a poder de vn don Quixo.
Parejas corri a lo flo
Mas por vña de caua
No se me escapò ceua
Que esto saque a Lazari
Quando para hurtar el vi
Al ciego le di la pa.

ORLANDO FVRIOSO
a don Quixote de la Mancha.

SONETO.

SIno eres Par, tampoco le has tenido,
Que par pudieras ser entre mil pares,
Ni puede auerle donde tu te hallares,
Inuicto vencedor, jamas vencido.
Orlando soy, Quixote, que perdido
Por Angelica vi remotos mares,
Ofreciendo a la fama en sus altares,
Aquel valor, que respetò el oluido.
No puedo ser tu igual, que este decoro
Se deue a tus proezas, y a tu fama,
Puesto que como yo perdiste el seso.
Mas serlo has mio, si al soberuio Moro,
Y Cita fiero domas, que oy nos llama,
Iguales en amor con mal sucesso.

Universidad de Deusto
Biblioteca

EL CAVALLERO DEL FEBO
a don Quixote de la Mancha

SONETO.

A Vuestra espada no igualò la mia,
Febo Español, curioso cortesano,
Ni a la alta gloria de valor mi mano,
Que rayo fue do nace, y muere el dia.
Imperios despreciè, y la Monarquia
Que me ofrecio el Oriente (roxo) en vano
Dexè por ver el rostro soberano
De Claridiana, Aurora hermosa mia.
Amela por milagro vnico, y raro,
Y ausente en su desgracia, el propio infierno
Temio mi braço, que domò su rabia.
Mas vos Godo Quixote, ilustre, y claro,
Por Dulcinea soys al mundo eterno,
Y ella por vos famosa, honesta, y sabia.

DE SOLISDAN, A DON QVIXOTE
de la Mancha.

SONETO.

MAguer señor Quixote, que sandezes
Vos tengan el cerbelo derrumbado,
Nunca sereys de alguno reprochado,
Por hombre de obras viles, y soezes.
Seran vuestras fazañas los joezes,
Pues tuertos desfaziendo aueys andado,
Siendo vegadas mil apaleado,
Por follones cautiuos, y rahezes.
Y si la vuessa linda Dulcinea,
Desaguisado contra vos comete,
Ni a vuessas cuytas muestra buen talante.
En tal desman vuesso conorte sea,
Que Sancho Pança fue mal alcaguete,
Necio el, dura ella, y vos no amante.

DIALOGO ENTRE BABIECA,
y Rozinante.

SONETO.

B. COmo estays Rozinante tan delgado?
R. Porque nunca se come, y se trabaja.
B. Pues que es de la cebada, y de la paja?
R. No me dexa mi amo, ni vn bocado.
B. Andà señor, que estays muy mal criado.
Pues vuestra légua d'asno al amo vltraja:
R. Asno se es de la cuna a la mortaja,
Quereyslo ver? miraldo enamorado.
B. Es necedad amar? R. No es grã prudecia.
B. Metasifico estays. R. Es que no como.
B. Quexaos del escudero. R. No es bastãte.
Como me he de quexar en mi dolencia,
Si el amo, y escudero, o mayordomo,
Son tan Rozines como Rozinante?

Universidad de Deusto
Biblioteca

TABLA DE LOS CAPITVLOS QVE

contiene esta famosa historia del valeroso cauallero don Quixote de la Mancha.

Primera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo primero, que trata de la condicion, y exercicio del famoso y valiente hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo segundo, que trata de la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

Capitulo tercero, donde se cuenta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse cauallero. 1

Capitulo quarto, de lo que le sucedio a nuestro cauallero quando salio de la venta.

Capit. quinto, donde se prosigue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero. 3

Capitulo sexto, del donoso escrutinio que el Cura y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo. 4

Capi-

TABLA.

Capitulo septimo, de la segũda salida de nuestro buen cauallero. 57

Capitulo octauo, del buen successo que el valeroso don Quixote tuuo en la espantable, y jamas imaginada auentura de los molinos de viento, &c. 65

Segunda parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo nono, donde se concluye, y da fin a la estupenda batalla q̃ el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuuieron. 79

Capitulo decimo, de lo que mas le auino a dõ Quixote con el Vizcayno: y del peligro en que se vio, con vna caterua de Yangueses. 87

Capitulo vndecimo, de lo que le sucedio a don Quixote con vnos cabreros. 96

Capitulo duodecimo, de lo que contõ vn cabrero a los que estauan con don Quixote. 106.

Capitulo treze, donde se dà fin al cuento de la pastora Marcela: con otros successos. 116

Capitulo catorze, donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor: con otros successos. 131

Ter-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Tercera parte del ingenioso don Quixote de la Mancha.

Capitulo quinze, donde se cuenta la de graciada auentura que se topó don Quixote en topar con vnos desalmados Ya gueses. 14

Capitulo dezi seys, de lo que le sucedio al ingenioso hidalgo en la venta que el se imagi naua ser castillo. 15

Capitulo dezisiete, donde se prosiguen los in aumerables trabajos que el brauo don Quixote, y su buen escudero Sancho Pan ça passaron, &c. 17

Capitulo deziocho, donde se cuentan las ra zones que passó Sancho Pança con su se ñor don Quixote: con otras auenturas di gnas de ser contadas. 18

Capitulo dezinueue, de las discretas razone que Sancho passaua con su amo: y de la a uentura que le sucedio cõ vn cuerpo muer to, &c. 19

Capitulo veynte, de la jamas vista, ni oyda auentura que con mas poco peligro fue a cabada de famoso caualiero en el mundo como la que acabó el valeroso don Quixo te. 21

Capitulo veynte y vno, que trata de la alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, &c. 23

Capi-

Capitulo veyntidos, de la libertad que dio don Quixote a muchos desdichados galeo tes. 249

Capitulo veyntitres, de lo que le acontecio al famoso don Quixote en sierra morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuenta. 266

Capitulo veyntiquatro, donde se prosigue la auentura de la sierra morena. 284

Capitulo veynticinco, que trata de las estra ñas cosas que en sierra morena sucedieron al valiente caualiero de la Mancha: y de la imitacion que hizo a la penitencia de Beltenebros. 298

Capitulo veyntiseys, donde se prosiguen las finezas que de enamorado hizo el nuestro don Quixote en sierra morena. 323

Capitulo veyntisiete, de como salieron con su intencion el Cura, y el Barbero: con otras cosas dignas de que se cuenten. 335

Quarta parte dela historia del ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha.

Capitulo veyntiocho, que trata de la nue ua y agradable auentura, que al Cura, y Barbero sucedio en la misma sierra. 363

Capitulo veyntinueue, que trata de la dis creccion de la hermosa Dorotea: con otras

cosas

Universidad de Deusto
Biblioteca

cosas de gusto y passatiempo. 3
Capitulo treynta, que trata del gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado cauallero, de la aspera penitencia en que se auia puesto. 4
Capitulo treynta y vno, de los sabrosos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero: con otros sucessos. 4
Capitulo treynta y dos, que trata de lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote. 4
Capitulo treynta y tres, donde se cuenta la nouela del curioso impertinente. 4
Capitulo treynta y quatro, donde se prosigue la nouela del curioso impertinente. 4
Capitulo treynta y cinco, donde se da fin a la nouela del curioso impertinente. 5
Capitulo treynta y seys, que trata de la brana y descomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto: con otros raros sucessos que en la venta sucedieron. 5
Capitulo treynta y siete, que prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona con otras graciosas auenturas. 5
Capitulo treynta y ocho que trata del discreto que hizo don Quixote de las armas y las letras. 5

Ca

Capitulo treynta y nueue, donde el cautiuo cuenta su vida, y sucessos. 561
Capitulo quarenta, donde se prosigue la historia del cautiuo. 574
Capitulo quarenta y vno, dõde toda via prosigue el cautiuo su sucesso. 593
Capitulo quarenta y dos, que trata de lo que mas sucedio en la venta: y de otras muchas cosas dignas de saberse. 625
Capitulo quarenta y tres, donde se cuenta la agradable historia del moço de mulas: con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos. 637
Capitulo quarenta y quatro, donde se prosiguen los inauditos sucessos de la vẽta. 652
Capitulo quarenta y cinco, donde se acaba de auerigu ar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda: y otras auenturas sucedidas con toda verdad. 666
Capitulo quarenta y seys, de la notable auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen cauallero. 678
Capitulo quarenta y siete, del estraño modo con que fue encantado don Quixote: con otros famosos sucessos. 691
Capitulo quarenta y ocho, donde prosigue el Canonigo la materia de los libros de caualerias: con otras cosas dignas de su ingenio. 707

Capi-

Universidad de Deusto
Biblioteca

Capitulo quarenta y nueue, donde se tra del discreto coloquio que Sancho Pan tuuo con su señor don Quixote. 7

Capitulo cinquenta, de las discretas alter ciones que don Quixote, y el Canonigo uieron: con otros sucessos. 7

Capitulo cinquenta y vno, que trata de l contò el cabrero a todos los que lleua al valiente don Quixote. 7

Capitulo cinquenta y dos, de la pendenci don Quixote tuuo con el cabrero: con la ra auentura de los deceplinantes, a qu dio felice fin a costa de su sudor. 7

PRIMERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO don Quixote de la Mancha.

CAPITVLO PRIMERO QVE trata de la cõdicion, y exercicio del famoso hidalgo don Quixote de la Mancha.

EN Vn lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que viuia vn hidalgo de los de lança en astillero, adarga antigua, rocin flaco, y galgo corredor. Vna olla de algo mas vaca que carnero, salpicon las mas noches, duelos y quebrantos los Sabados, lãrejas los Viernes, algun palomino de añadidura los Domingos, consumian las tres partes de su hazienda. El resto della concluyan, sayo de

velarte,calças de velludo para las fiestas, co
sus pantuflos de lo mesmo,y los dias de entr
semana se honraua con su vellori de lo mas
fino. Tenia en su casa vna ama que passaua d
los quarenta: y vna sobrina que no llegaua
los veynte:y vn moço de campo y plaça, qu
assi ensillaua el rocin, como tomaua la po
dadera. Frisaua la edad de nuestro hida
go, con los cincuenta años. Era de compl
xion recia,seco de carnes, enxuto de rostr
grã madrugador, y amigo de la caça. Quier
dezir,que tenia el sobrenõbre de Quixada,
Quesada(que en esto ay alguna diferencia e
los autores que deste caso escriuen)aunq po
conjeturas verosimiles se dexa entender,q
se llamaua Quixana. Pero esto importa poc
a nuestro cuento, basta q en la narracion d
no se salga vn punto de la verdad. Es pues d
saber, q este sobredicho hidalgo,los ratos
estaua ocioso(que eran los mas del año)se d
ua a leer libros de cauallerias,con tanta afic
y gusto,q oluidõ casi de todo punto el exerc
cio de la caça,y aun la administracio de su h
zienda:y llegò a tanto su curiosidad,y desat
no en esto,q vendio muchas hanegas de tier
ra de sembradura,para comprar libros de ca
uallerias en q leer,y assi lleuo a su casa todos
quantos pudo auer dellos:y de todos,ningu
nos le parecian tan biẽ, como los q compu

famoso Feliciano de Silua. Porq la claridad
de su prosa,y aq̃llas entricadas razones suyas
le parecian de perlas:y mas quando llegaua a
leer aquellos requiebros,y cartas de desafios,
donde en muchas partes hallaua escrito. *La ra
zon de la sin razõ que a mi razon se haze, de tal ma
nera mi razõ enflaquece, que cõ razon me quexo de
la vuestra fermosura.* Y tãbien quando leya. *Los
altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente cõ
las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del
merecimiento que merece la vuestra grandeza.* Cõ
estas razones perdia el pobre cauallero el juy
zio,y desuelauase por entẽderlas,y desentra-
ñarles el sentido, q̃ no se lo sacara,ni las entẽ
diera el mesmo Aristoteles,si resuscitara para
sõlo ello. No estaua muy bien cõ las heridas q̃
dõ Belianis daua,y recebia, porq̃ se imagina-
ua,q̃ por grãdes maestros q̃ le huuiessẽ curado
no dexaria de tener el rostro, y todo el cuer-
po lleno de cicatrices,y señales. Pero cõ todo
alabaua en su autor,aq̃l acabar su libro con la
promessa de aquella inacabable auẽtura,y mu
chas vezes le vino desseo de tomar la pluma,y
dalle fin al pie de la letra,como allí se prome
te:y sin duda a lguna lo hiziera,y aũ saliera cõ
ello,si otros mayores y continuos pensamien
tos no se lo estoruarã. Tuuo muchas vezes cõ
petencia con el cura de su lugar (q̃ era hõbre
docto,graduado en Ciguença)sobre qual auia

sido mejor cauallero, Palmerin de Ingalaterra, o Amadis de Gaula: mas Maestre Nicolas, barbero del mesmo pueblo, dezia, que ninguno llegaua al cauallero del Febo, y que si alguno se le podia comparar, era don Galaor hermano de Amadis de Gaula, porque tenia muy acomodada cõdicion para todo, que no era cauallero melindroso, ni tan lloron como su hermano, y que en lo de la valentia no le yua en çaga. En resolucion, el se enfrascò tanto en su letura, que se le passauan las noches leyendo de claro en claro, y los dias de turbio en turbio: y assi del poco dormir, y del mucho leer, se le secò el celebro de manera, que vino a perder el juyzio. Llenosele la fantasia de todo aquello que leya en los libros, assi de encantamentos, como de pẽdencias, batallas, desafios, heridas, requiebros, amores, tormentas, y disparates imposibles. Y assentosele de tal modo en la imaginacion, que era verdad toda aquella maquina de aquellas soñadas inuenciones que leya, que para el no auia otra historia mas cierta en el mundo. Dezia el, que el Cid Ruydiaz auia sido muy buẽ cauallero, pero que no tenia que ver con el cauallero de la Ardiẽte espada, q̃ de solo vn reues auia partido por medio dos fieros y descomunales gigãtes. Mejor estaua cõ Bernardo del Carpio, porq̃ en Roncesualles auia muerto a Roldan el encan-

encantado, valiendose de la industria de Hercules, quando ahogo a Anteon el hijo de la Tierra entre los braços. Dezia mucho biẽ del gigante Morgante, porque con ser de aquella generacion Gigantea, q̃ todos son soberuios, y descomedidos, el solo era afable y bien criado. Pero sobre todos estaua bien con Reynaldos de Montaluan, y mas quando le veya salir de su castillo, y robar quantos topaua: y quando en Allende robò aquel ydolo de Mahoma, que era todo de oro, segun dize su historia. Diera el por dar vna mano de cozes al traydor de Galalon, al ama que tenia, y aun a su sobrina de añadidura. En efeto, rematado ya su juyzio, vino a dar en el mas estraño pensamiento que jamas dio loco en el mundo, y fue, que le parecio conuenible y necessario, assi para el aumento de su honra, como para el seruicio de su republica, hazerse cauallero andante, y yrse por todo el mundo con sus armas y cauallo, a buscar las auenturas, y a exercitarse en todo aquello que el auia leydo que los caualleros andantes se exercitauan, deshaziendo todo genero de agrauios, y poniẽdose en ocasiones, y peligros, donde acabandolos, cobrasse eterno nombre y fama. Imaginauase el pobre, ya coronado por el valor de su braço, por lo menos del Imperio de Trapisonda: y assi con estos tan agradables pensamientos,

lleuado del estraño gusto que en ellos sentia se dio priessa a poner en efeto lo q̃ desseaua. Y lo primero q̃ hizo, fue limpiar vnas armas q̃ auian sido de sus visaguelos, que tomadas de orin, y llenas de moho, luégos siglos auia q̃ estauan puestas y oluidadas en vn rincon. Limpiolas, y adereçolas lo mejor que pudo, pero vio que tenian vna gran falta, y era que no tenian celada de encaxe, sino morrion simple: mas a esto suplio su industria, porque de cartones hizo vn modo de media celada, que encaxada con el morrion, hazian vna apariencia de celada entera. Es verdad que para prouar si era fuerte, y podia estar al riesgo de vna cuchillada, sacò su espada, y le dio dos golpes, y con el primero, y en vn punto deshizo lo que auia hecho en vna semana: y no dexò de parecerle mal, la facilidad con que la auia hecho pedaços, y por assegurarse deste peligro, la tornò a hazer de nueuo, poniendole vnas barras de hierro por dedentro, de tal manera, q̃ el quedò satisfecho de su fortaleza: y sin q̃rer hazer nueua experiencia della, la diputò, y tuuo por celada finissima de encaxe. Fue luego a ver a su rocin, y aunq̃ tenia mas quartos que vn real, y mas tachas q̃ el cauallo de Gonela, que *tantum pellis, & ossa fuit*, le parecio q̃ ni el Bucefalo de Alexãdro, ni Baucca el del Cid con el se ygualauan. Quatro dias se le passaron en

en imaginar que nõbre le põdria, porq̃ (segũ se dezia el a si mismo) no era razõ q̃ cauallo de cauallero tan famoso, y tan bueno el por si estuuiesse sin nõbre conocido, y assi procura ua acomodarsele, de manera q̃ declarasse quié auia sido, antes q̃ fuesse de cauallero andante, y lo q̃ era entonces: pues estaua muy puesto en razon, q̃ mudando su señor estado, mudasse el tambié el nõbre, y le cobrasse famoso y de estruendo, como cõuenia a la nueua ordé, y al nueuo exercicio que ya professaua: y assi despues de muchos nombres q̃ formò, borrò, y quitò, añadio, deshizo, y torno a hazer en su memoria, è imaginaciõ al fin le vino a llamar Rozinante, nõbre a su parecer, alto, sonoro, y significatiuo, de lo q̃ auia sido quando fue rocin antes de lo q̃ aora era, q̃ era antes, y primero de todos los rocines del mũdo. Puesto nõbre, y tã a su gusto a su cauallo, quiso ponerse le a si mismo, y en este pẽsamiẽto durò otros ocho dias, y al cabo se vino a llamar dõ Quixote: de dõde (como q̃da dicho) comaron ocasiõ los autores desta tã verdadera historia q̃ sin duda se deuia de llamar Quixada, y no Quesada, como otros quisierõ dezir: pero acordãdose q̃ el valeroso Amadis, no solo se auia cõtentado con llamarse Amadis a secas, sino que añadio el nõbre de su Reyno y patria, por hazerla famosa, y se llamò Amadis

de Gaula, assi quiso como buen cauallero, assi
dir al suyo el nombre de la suya, y llamarse d
Quixote de la Mancha, con que a su parece
declaraua muy al viuo su linage y patria, y l
honraua cõ tomar el sobrenombre della. Lu
pias pues sus armas, hecho del morrion cela
da, puesto nombre a su rocin, y confirmando
se a si mismo, se dio a entender, que no le fal
taua otra cosa sino buscar vna dama de qui
enamorarse: porque el cauallero andante sin
amores, era arbol sin hojas, y sin fruto, y cuer
po sin alma. Deziase el: Si yo por malos d
mis pecados, o por mi buena suerte, me encu
tro por ahi con algun Gigante (como de or
dinario les acontece a los caualleros andãtes)
y le derribo de vn encuentro, o le parto po
mitad del cuerpo, o finalmente le venço, y l
rindo, no sera bien tener a quien embiarl
presentado? y que entre y se hinque de rodi
llas ante mi dulce señora, y diga con voz hu
milde, y rendido: Yo, señora, soy el Gigant
Caraculiambro, señor de la Insula Malindra
nia, a quien vencio en singular batalla, el jamas
como se debe alabado cauallero, don Quixo
te de la Mancha, el qual me mandò, que m
presentasse ante la vuestra merced, para qu
la vuestra grandeza disponga de mi a su talan
te. O como se holgò nuestro buen cauallero,
quando huuo hecho este discurso, y mas quan
do

do hallò a quien dar nombre de su dama: y fue
a lo que se cree, q̃ en vn lugar cerca del suyo,
auia vna moça labradora de muy buen pare-
cer, de quien el vn tiempo anduuo enamora-
do, (aunque segun se entiende, ella jamas lo
supo, ni se dio cata dello). Llamauase Aldon-
ça Lorenço, y a esta le parecio ser bien darle
titulo de señora de sus pensamientos: y bus-
candole nombre que no desdixesse mucho del
suyo, y que tirasse, y se encaminasse al de Prin-
cesa, y gran señora, vino a llamarla, Dulcinea
del Toboso, porque era natural del Toboso:
nombre a su parecer musico, y peregrino, y si-
gnificatiuo, como todos los demas que a el, y
a sus cosas auia puesto.

CAP. II. QVE TRATA DE la primera salida que de su tierra hizo el ingenioso don Quixote.

HECHAS Pues estas preuencio-
nes, no quiso aguardar mas tiempo
a poner en efeto su pensamiento,
apretandole a ello la falta que el
pensaua que hazia en el mundo su tardança, se
gun eran los agrauios que pensaua deshazer,
tuertos que endereçar, sin razones que enmen
dar, y abusos que mejorar, y deudas que satis-
fazer. Y assi sin dar parte a persona alguna de

Universidad de Deusto
Biblioteca

su intencion, y sin que nadie le viesse, vna ma-
ñana antes del dia (que era vno de los calu-
ros del mes de Iulio) se armò de todas sus ar-
mas, subio sobre Rocinante, puesta su mal co-
puesta celada, embraço su adarga, tomò su la-
ça, y por la puerta falsa de vn corral salio a
campo con grandissimo contento, y alboro-
ço, de ver con quàta facilidad auia dado pri-
cipio a su buen desseo: mas a penas se vio e
el cãpo, quãdo le assaltò vn pensamiento te-
rrible, y tal, que por poco le hiziera dexar
començada empresa: y fue, que le vino a la m
moria que no era armado cauallero, y que c
forme a ley de caualleria, ni podia, ni debia t
mar armas con ningun cauallero: y puesto
lo fuera, auia de lleuar armas blancas, co
nouel cauallero, sin empresa en el escudo, ha
ta que por su esfuerço la ganasse. Estos pen
mientos le hizieron titubear en su propósito
mas pudiendo mas su locura que otra razo
alguna, propuso de hazerse armar caualler
del primero que topasse, a imitacion de otro
muchos que assi lo hizieron, segun el auia le
do en los libros que tal le tenian. En lo de l
armas blancas, pensaua limpiarlas de mane
(en teniendo lugar) que lo fuessen mas que
armiño: y con esto se quietò, y prosiguio
camino, sin lleuar otro que aquel que su cau
llo queria, creyendo que en aquello consistia

la fuerça de las auenturas. Yendo pues camina-
ndo nuestro flamante auenturero, yua ha-
blando consigo mesmo, y diziendo: Quien du
da, sino que en los venideros tiepos, quando
salga a luz la verdadera historia de mis famo-
sos hechos, que el sabio que los escriuiere no
ponga, quando llegue a contar esta mi prime-
ra salida tan de mañana, desta manera? A pe-
nas auia el rubicundo Apolo, tendido por la
faz de la ancha, y espaciosa tierra, las doradas
hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los
pequeños y pintados paxarillos con sus har-
padas lenguas, auian saludado cõ dulce y me
liflua armonia, la venida de la rosada Aurora,
q̃ dexando la blanda cama del celoso marido,
por las puertas, y balcones del Mãchego Ori
zonte, a los mortales se mostraua, quando el
famoso cauallero don Quixote de la Mãcha,
dexãdo las ociosas plumas, subio sobre su fa-
moso cauallo Rozinante, y començo a cami-
nar por el antiguo, y conocido cãpo de Mõ-
tiel (y era la verdad que por el caminaua) y
añadio diziẽdo: Dichosa edad, y siglo dicho-
so, aq̃l adode saldrã a luz las famosas hazañas
mias, dignas de entallarse en brózes, esculpir-
se en marmoles, y pintarse en tablas para me-
moria en lo futuro. O tu sabio encãtador quié
quiera q̃ seas, a quiẽ à d' tocar el ser coronista
desta peregrina historia, ruegote q̃ no te olui-

des

des de mi buen Rozinante, compañero et
no mio en todos mis caminos, y carreras. L
go boluia diziendo (como si verdaderamen
fuesse enamorado.) O Princessa Dulcinea,
ñora deste cautiuo coraçó, mucho agrauio
auedes fecho en despedirme, y reprochar
con el riguroso afincamiento, de mandar
no parecer ante la vuestra fermosura: Plegu
señora, de membraros deste virtuoso suje
coraçon, que tantas cuytas por vuestro am
padece. Con estos yua ensartando otros d
parates, todos al modo de los que sus libr
le auian enseñado, imitando en quanto pod
su lenguaje: y con esto caminaua tan de esp
cio, y el sol entraua tan a priessa, y con ta
ardor, que fuera bastáte a derretirle los ses
(si algunos tuuiera). Casi todo aquel dia ca
nò sin acontecerle cosa que de contar fue
de lo qual se desesperaua, porque quisiera t
par luego, luego, con quien hazer experien
del valor de su fuerte braço. Autores ay q
dizen, que la primera auentura que le auin
fue la del puerto Lapice, otros dizen, que
de los molinos de viento. Pero lo que yo
podido aueriguar en este caso, y lo que he h
llado escrito en los Anales de la Mancha,
que el anduuo todo aquel dia; y al anochec
su rocin, y el se hallaron cansados, y muert
de hambre: y que mirando a todas partes, p

ver si descubriria algun castillo, o alguna ma-
jada de pastores donde recogerse, y adonde
pudiesse remediar su mucha necesidad: vio
no lexos del camino por donde yua, vna ven-
ta, que fue como si viera vna estrella, que a los
portales, sino a los alcaçares de su redempció
le encaminaua. Diose priessa a caminar, y lle-
go a ella a tiempo que anochecia. Estauan a
caso a la puerta dos mugeres moças, destas
que llaman del partido, las quales yuan a Se-
uilla con vnos arrieros, que en la venta aque
lla noche acertaron a hazer jornada: y como
a nuestro auenturero, todo quanto pensaua,
veya, o ymaginaua, le parecia ser hecho, y pas-
sar al modo de lo que auia leydo, luego q̃ vio
la venta, se le represento q̃ era vn castillo con
sus quatro torres, y chapiteles de luziente pla
ta, sin faltarle su puente leuadiza, y honda ca-
na, con todos aquellos aderentes que semejá-
tes castillos se pintan. Fuese llegando a la ven-
ta (que a el le parecia castillo) y a poco tre-
cho della, detuuo las riendas a Rozinante, es-
perando que algun Enano se pusiesse entre las
almenas, a dar señal con alguna trompeta, de
que llegaua cauallero al castillo. Pero como
vio que se tardauan, y que Rozinante se daua
priessa por llegar a la caualleriza, se llego a la
puerta de la venta, y vio a las dos destraydas
moças que alli estauan, que a el le parecie-

ron

Universidad de Deusto
Biblioteca

ron dos hermosas donzellas, o dos graciosas damas, q̃ delante de la puerta del castillo estauan solazado. En esto sucedio a caso, q̃ porquero q̃ andaua recogiendo de vnos r trojos vna manada de puercos (que sin perd assi se llaman) tocò vn cuerno, a cuya señ ellos se recogen, y al instante se le represen a don Quixote lo que desseaua, que era que gun Enano hazia señal de su venida: y assi estraño contento llegò a la venta, y a las d mas. Las quales como vieron venir vn hõbr de aquella suerte, armado, y con lança, y ad ga, llenas de miedo se yuan a entrar en la v ta; pero don Quixote, coligiendo por su hu da su miedo, alçandose la visera de papelo y descubriendo su seco, y polvoroso rostr con gentil talante, y voz reposada les dix Non fuyan las vuestras mercedes, ni tem desaguisado alguno, ca a la orden de caual ria que professo, non toca, ni atañe fazerle ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran. Mira las mocas, y andauan con los ojos buscand le el rostro, que la mala viseta le encubria. M como se oyeron llamar donzellas, cosa tã f ra de su profession, no pudieron tener la ri y fue de manera, que don Quixote vino a co rerse, y a dezirles: Bien parece la mesura e las fermosas, y es mucha sandez a damas la

sa que de leue causa procede: pero non vos lo digo porq̃ os acuytedes, ni mostredes mal ta lante, q̃ el mio non es de al, que de seruiros. El lenguaje no entẽdido de las señoras, y el mal talle de nuestro cauallero, acrecẽtaua en ellas la risa, y en el el enojo, y passarà muy adelãte, si a aquel punto no saliera el ventero, hõbre que por ser muy gordo, era muy pacifico, el qual viendo aquella figura contrahecha, arma da de armas tan desiguales, como eran la bri da, lança, adarga, y cosçlete: no estuvo en na tras de su contento. Mas en efeto, temiendo la maquina de tantos pertrechos, determinò de hablarle comedidamente, y assi le dixo: Si vuestra merced, señor cauallero busca posada men del lecho (porque en esta venta no ay ginguno) todo lo demas se hallarà en ella en mucha abundancia. Viendo don Quixote la humildad del Alcayde de la fortaleza (que tal le parecio a el el ventero, y la vẽta) respõdio: Para mi señor Castellano, qualquiera cosa ba ta, porque mis arreos son las armas, mi des canso el pelear, &c. Pensò el huesped, que el uerle llamado Castellano, auia sido por uerle parecido de los sanos de Castilla, aũ que el era Andaluz, y de los de la playa de Lucar, no menos ladrõ que Caco, ni menos aleante que estudiante, o paje. Y assi le res-

pon-

pondio: Segun esso, las camas de vuestra me
ced serán duras peñas, y su dormir siemp
velar: y siendo assi, bien se puede apear, cō
guridad de hallar en esta choça ocasion, y o
siones para no dormir en todo vn año, quá
mas en vna noche. Y diziendo esto, fue a t
ner del estribo a don Quixote, el qual se ap
con mucha dificultad, y trabajo (como aq
q̄ en todo aquel dia no se auia desayunado
Dixo luego al huesped, que le tuuiesse muc
cuydado de su cauallo, porque era la mej
pieça que comia pan en el mundo. Mirole
ventero, y no le parecio tan bueno como d
Quixote dezia, ni aun la mitad: y acomoda
dole en la caualleriza, boluio a ver lo que
huesped mandaua, al qual estauan desarma
las donzellas (que ya se auian reconciliado
el) las quales, aunque le auian quitado el p
y el espaldar, jamas supieron, ni pudieron
sencaxarle la gola, ni quitarle la contrahe
celada, que traya atada cō vnas cintas ver
y era menester cortarlas por no poderse q
tar los nudos, mas el no lo quiso consentir
ninguna manera; y assi se quedò toda aque
noche con la celada puesta, que era la mas g
ciosa, y estraña figura que se pudiera pens
al desarmarle (como el se ymaginaua q̄ aq
llas traydas y llenadas que le desarmauan,
algunas principales señoras, y damas de aq
castil

castillo) les dixo con mucho donayre: Nunca
fuera caualliero de damas tan bien seruido,
como fuera don Quixote quando de su aldea
vino, donzellas curauan del, Princesas de su
rocino. O Rozinante, que este es el nombre,
señoras mias, de mi cauallo, y don Quixote de
la Mancha el mio; que puesto que no quisie-
ra descubrirme fasta que las fazañas fechas en
vuestro seruicio y pro, me descubrieran, la
fuerça de acomodar al proposito presente
este romance viejo de Lançarote, ha sido cau-
sa que sepays mi nombre antes de toda sazō:
pero tiempo vendra en que las vuestras seño-
rias me manden, y yo obedezca, y el valor de
mi braço descubra el desseo que tengo de ser-
uiros. Las moças que no estauan hechas a oyr
semejantes retoricas, no respondian palabra;
solo le preguntaron, si queria comer alguna
cosa. Qualquiera yantaria yo, respondio don
Quixote, porque a lo que entiendo, me haria
mucho al caso. A dicha acertò a ser Viernes
aquel dia, y no auia en toda la venta sino
vnas raciones de vn pescado, que en Castilla
llaman abadexo, y en Andaluzia bacallao, y en
otras partes curadillo, y en otras truchuela.
Preguntaronle, si por ventura comeria su mer
ced truchuela, que no auia otro pescado que
darle a comer. Como aya muchas truchuelas,
respondio don Quixote, podrá seruir de vna

Universidad de Deusto
Biblioteca

truchá, porque ésso se me da que me dén oc
reales en senzillos, q̃ en vna pieça de a och
Quanto mas que podria ser que fuessen el
truchuelas como la ternera, que es mejor q
la vaca, y el cabrito que el cabron. Pero sea
que fuere, venga luego, q̃ el trabajo y peso
las armas, no se puede lleuar sin el gouierno
las tripas. Pusieronle la mesa a la puerta de
venta, por el fresco, y truxole el huesped v
porcion de mal remojado, y peor cozido b
callao, y vn pã tã negro, y mugriẽto como
armas: pero era materia de grãde risa verle
mer, porque como tenia puesta la celada, y
çada la visera, no podia poner nada en la bo
ca con sus manos, si otro no se lo dana y p
nia, y assi vna de aquellas señoras seruia de
menester: mas al darle de beuer no fue pos
ble, ni lo fuera, si el ventero no horadara v
caña, y puesto el vn cabo en la boca, por
otro le yua echando el vino: y todo esto lo
cebia con paciencia, a trueco de no romper
cintas de la celada. Estando en esto, llegò a
so a la venta vn castrador de puercos, y assi
mo llegò, sonò su silbato de cañas, quatro,
cinco vezes, con lo qual acabò de confirma
don Quixote, que estaua en algun famoso ca
tillo, y que le seruian con musica, y que el al
dexo eran truchas, el pan cãdeal, y las rame
damas; y el ventero, Castellano del castil
y co

y con esto daua por bien empleada su determinacion, y salida. Mas lo que mas le fatigaua, era el no verse armado caualliero, por parecerle que no se podria poner legitimamẽte en auentura alguna, sin recebir la orden de caualleria.

CAP. III. DONDE SE CVENta la graciosa manera que tuuo don Quixote en armarse caualliero.

YAssi fatigado deste pensamiẽto, abreuiò su venteril y limitada cena, la qual acabada llamò al ventero, y encerrandose con el en la caualleriza, se hincò de rodillas ante el, diziendole: No me leuantarè jamas de donde estoy, valeroso caualliero, fasta que la vuestra cortesia me otorgue vn don que pedir le quiero, el qual redundarà en alabança vuestra, y en pro del genero humano. El ventero que vio a su huesped a sus pies, y oyo semejantes razones, estaua confuso mirandole, sin saber q̃ hazerse, ni dezirle, y porfiaua con el que se leuantasse, y jamas quiso, hasta q̃ le huuo de dezir, que el le otorgaua el don q̃ le pedia. No esperaua yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mio, respondio don Quixote, y assi os digo, q̃ el don q̃ os

he pedido, y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es, que mañana en aquel dia [illegible] auays de armar cauallero: y esta noche en [illegible] capilla deste vuestro castillo velaré las armas [illegible] y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo [illegible] tanto desseo, para poder como se deue, yr [illegible] todas las quatro partes del mundo, buscando [illegible] las auenturas, en pro de los menesterosos, [illegible] mo está a cargo de la caualleria, y de los ca[illegible] lleros andantes, como yo soy, cuyo desseo a [illegible] mejantes fazañas es inclinado. El ventero [illegible] como está dicho) era vn poco socarron, y [illegible] tenia algunos barruntos de la falta de juy[illegible] de su huesped, acabó de creerlo quãdo acá[illegible] de oyr semejantes razones: y por tener q[illegible] aquella noche, determinó de seguirle el h[illegible] mor; y assi le dixo, que andaua muy acerta[illegible] en lo que desseaua, y pedia, y que tal pro[illegible] puesto era propio, y natural de los caualler[illegible] tan principales como el parecia, y como su [illegible] llarda presencia mostraua: y que el assi m[illegible] mo en los años de su mocedad, se auia dado [illegible] aquel honroso exercicio, andando por diu[illegible] sas partes del mundo, buscando sus auentu[illegible] sin que huuiesse dexado los percheles de M[illegible] ga, islas de Riaran, compas de Sevilla, azog[illegible] jo de Segouia, la oliuera de Valencia, rondi[illegible] de Granada, playa de San Lucar, potro [illegible] Cordoua, y las ventillas de Toledo, y otr[illegible] diuer-

diuersas partes; donde auia exercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haziendo muchos tuertos, requestando muchas biudas, deshaziendo algunas donzellas, y engañando a algunos pupilos; y finalmente, dando a conocer por quantas audiencias y tribunales ay casi en toda España: y que al cabo se auia venido a recoger a aquel su castillo, donde viuia con su hazienda, y con las agenas, recogiendo en el a todos los caualleros andantes, de qualquiera calidad, y condicion que fuessen, solo por la mucha aficion que les tenia, y porque partiessen con el de sus auenres, en pago de su buen desseo. Dixole tambien, que en aquel su castillo no auia capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaua derribada para hazerla de nueuo: pero que en caso de necessidad, el sabia que se podian velar dondequiera, y que aquella noche las podria velar en vn patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios seruido, se harian las deuidas ceremonias, de manera que el quedasse armado cauallero, y tan cauallero que no pudiesse ser mas en el mundo. Preguntole si traia dineros, respondio don Quixote, que no traia blanca; porque el nunca auia leydo en las historias de los caualleros andantes, que ninguno los huuiesse traydo. A esto dixo el ventero, que se engañaua, q puesto caso que

en las hiſtorias no ſe eſcriuia,por auerles pa
cido a los autores della,q̃ no era meneſter e
criuir vna coſa tan clara, y tan neceſſaria
traerſe,como eran dineros,y camiſas limpi
no por eſſo ſe auia de creer q̃ no los truxer
y aſsi tuuieſſe por cierto y aueriguado, q̃
dos los caualleros andantes,de que tantos
bros eſtan llenos,y ateſtados,llenauã bien
rradas las bolſas por lo que pudieſſe ſuced
les; y que aſsi meſmo llenauan camiſas, y
arqueta pequeña llena de vnguentos,para
rar las heridas que recebian,porque no to
vezes en los campos,y deſiertos donde ſe
batian,y ſalian heridos,auia quien los cura
ſi ya no era q̃ tenian algun ſabio encantad
por amigo,q̃ luego los ſocorria, trayendo p
el ayre en alguna nube alguna dõzella,o En
no,con alguna redoma de agua de tal virtu
q̃ en guſtando alguna gota della,luego al p
to quedauan ſanos de ſus llagas,y heridas,c
mo ſi mal alguno no huuieſſen tenido: mas
en tanto que eſto no huuieſſe, tuuieron
paſſados caualleros por coſa acertada,que
eſcuderos fueſſen prouey dos de dineros,y
otras coſas neceſſarias,como eran hilas,y
guentos para curarſe:y quando ſucedia q̃
tales caualleros no teniã eſcuderos(q̃ erã p
cas,y raras vezes)ellos meſmos lo lleuauã
do en vnas alforjas muy ſutiles,que caſi no
ſe

parecian,a las ancas del cauallo,como que era
otra coſa de mas importancia:porque no ſien
do por ocaſion ſemejante,eſto de lleuar alfor
jas,no fue muy admitido entre los caualleros
andantes;y por eſto le daua por conſejo,pues
aun ſe lo podia mandar como a ſu ahijado, q̃
tan preſto lo auia de ſer, que no caminaſſe de
alli adelante ſin dineros, y ſin las preuencio-
nes recebidas, y que veria quan biẽ ſe hallaua
con ellas,quando menos ſe penſaſſe.Prometio
le don Quixote, de hazer lo que ſe le aconſe-
jana, con toda puntualidad:y aſsi ſe dio luе-
go orden como velaſſe las armas en vn corral
grande que a vn lado de la venta eſtaua,y re-
cogiendolas don Quixote todas, las puſo ſo-
bre vna pila que junto a vn pozo eſtaua:y em-
braçando ſu adarga,aſio de ſu lança, y con gẽ
til continente ſe començo a paſſear delãte de
la pila; y quando començo el paſſeo,comen-
çaua a cerrar la noche. Contò el ventero a to
dos quantos eſtauan en la venta, la locura de
ſu hueſped,la vela de las armas,y la armazòn
de caualleria q̃ eſperaua. Admiraronſe de tan
eſtraño genero de locura, y fueronſelo a mi-
rar deſde lexos:y vieron q̃ con ſoſegado ade-
man,vnas vezes ſe paſſeaua, otras arrimado a
ſu lança, ponia los ojos en las armas, ſin
quitarlos por vn buen eſpacio de ellas. Acabò
de cerrar la noche, pero con tanta clari-

dad de la luna, que podia competir con el que se la prestaua: de manera que quanto el nouel cauallero hazia, era bien visto de todos. Antojosele en esto a vno de los arrieros que estauan en la venta, yr a dar agua a su requa, y fue menester quitar las armas de don Quixote, que estauan sobre la pila, el qual viendole llegar en boz alta le dixo: O tu quiequiera que seas atreuido, cauallero, q̃ llegas a tocar las armas del mas valeroso andate que jamas se ciño espada, mira lo que hazes, y no las toques, si no quieres dexar la vida en pago de tu atreuimiento. No se curò el arriero destas razones (que fuera mejor que se curara, porq̃ fuera curarse en salud) antes trauando de las correas, las arrojò gran trecho de si. Lo qual visto por don Quixote, alçò los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (a lo que parecio) en su señora Dulcinea, dixo: Acorredme señora mia en esta primera afrenta que a este vuestro auassallado pecho se le ofrece: no me desfallezca en este primero trance vuestro fauor y amparo. Y diziendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alçò la lança a dos manos, y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeça, que le derribò en el suelo, tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuuiera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto, recogio sus armas, y tornò a passearse cõ el mismo repos-

q̃ primero. Desde alli a poco, sin saberse lo q̃ auia passado (porque aun estaua aturdido el arriero) llegò otro con la misma intenciõ, de dar agua a sus mulos, y llegando a quitar las armas para desembaraçar la pila, sin hablar don Quixote palabra, y sin pedir fauor a nadie, soltò otra vez la adarga, y alçò otra vez la lança, y sin hazerla pedaços, hizo mas de tres la cabeça del segundo arriero, porq̃ se la abrio por quatro: al ruydo acudio toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo estõ don Quixote, embraçò su adarga, y puesta mano a su espada, dixo: O señora de la fermosura, esfuerço, y vigor del debilitado coraçon mio, aora es tiempo que buelues los ojos de tu grandeza, a este tu cautiuo cauallero, que tamaña auentura esta atendiendo. Con esto cobrò a su parecer tanto animo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no bolviera el pie atras. Los compañeros de los heridos que tales los vieron, començaron desde lexos a llouer piedras sobre dõ Quixote, el qual lo mejor que podia, se reparaua cõ su adarga, y no se osaua apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daua bozes que le dexassen, porque ya les auia dicho como era loco, y que por loco se libraria, aunq̃ los matasse a todos. Tambien don Quixote las daua mayores, llamãdolos de aleuosos, y traydores,

y ẽ el señor del castillo era vn follon, y mal
cido caualler, pues de tal manera cõsentia
se tratassen los andantes caualleros: y q̃ si e
hunuera recebido la orden de caualleria, q̃ el
diera a entẽder su aleuosia: pero de vosotros
soez y baxa canalla, no hago caso alguno. T
rad, llegad, venid, y ofendedme en quanto p
dieredes, q̃ vosotros vereys el pagò q̃ lleua
de vuestra sandez, y demasia. Dezia esto co
tanto brio, y denuedo, q̃ infundio vn terrib
temor en los que le acometiã: y assi por esto
como por las persuasiones del ventero, le de
xaron de tirar: y el dexò retirar a los herido
y tornò a la vela de sus armas, con la mism
quietud y sossiego q̃ primero. No le parcie
ron bien al ventero las burlas de su huesped
y determinò abreuiar, y darle la negra orde
de caualleria luego, antes q̃ otra desgracia su
cediesse: y assi llegádose a el, se desculpò de l
insoleucia q̃ aquella gẽte baxa con el auia v
do, sin q̃ el supiesse cosa alguna: pero que bie
castigados quedauan de su atreuimiento. D
xole como ya le auia dicho, q̃ en aquel castill
no auia capilla, y para lo q̃ restaua de hazer
poco era necessaria, q̃ todo el toque de q
dar armado caualler, consistia en la pesco
da, y en el espaldarazo, segun el tenia noti
del ceremonial de la orden, y que aquello
mitad de vn cãpo se podia hazer: y q̃ ya au
cum

cũplido cõ lo q̃ tocaua al velar de las armas, q̃
con solas dos horas de vela se cũplia; quanto
mas, q̃ el auia estado mas de quatro. Todo le
lo creyò don Quixote, y dixo, q̃ el estaua alli
prõpto para obedecerle, y q̃ concluyesse con
la mayor breuedad q̃ pudiesse: porque si fuesse
otra vez acometido, y se viesse armado caua-
llero, no pẽsaua dexar persona viua en el cas-
tillo, excepto aquellas q̃ el le mandasse, a quiẽ
por su respeto dexaria. Aduertido, y medroso
desto el Castellano, truxo luego vn libro don
de assentaua la paja, y cenada que daua a los
arrieros: y con vn cabo de vela que le traia vn
muchacho, y con las dos ya dichas donzellas,
se vino a donde don Quixote estaua, al qual
mandò hincar de rodillas, y leyẽdo en su ma-
nual (como q̃ dezia alguna deuota oracion)
en mitad de la leyẽda, alçò la mano, y diole so
bre el cuello vn buen golpe, y tras el con su
mesma espada, vn gentil espaldarazo (siempre
murmurando entre dientes, como q̃ rezaua.)
Hecho esto, mãdò a vna de aquellas damas q̃
le ciñesse la espada, la qual lo hizo con mucha
desemboltura, y discreció, porque no fue mes-
nester poca para no rebentar de risa a cada
pũto de las ceremonias: pero las proezas q̃ ya
auiã visto del nouel caualler, les tenia la risa
a raya. Al ceñirle la espada, dixo la buena seño
ra: Dios haga a vuestra merced muy vẽturoso,

caua-

cauallero, y le de ventura en lides. Don Quixote le preguntò como se llamaua, porque supiesse de alli adelante a quien quedaua obligado, por la merced recebida, porq̃ pensaua darle alguna parte de la honra que alcançasse por el valor de su braço. Ella respondio con mucha humildad, que se llamaua la Tolosa, y era hija de vn remendon natural de Toledo, y vinia a las tendillas de Sanchobienaya, y q̃ dondequiera que ella estuuiesse le seruiria, y tendria por señor. Don Quixote le replicò, por su amor le hiziesse merced, que de alli adelante se pusiesse don, y se llamasse doña Tolosa. Ella se lo prometio: y la otra le calçò la espuela, con la qual le passò casi el mismo coloquio, que con la de la espada. Preguntole su nombre, y dixo que se llamaua la Molinera, y que era hija de vn honrado molinero de Antequera: la qual tambien rogo don Quixote que se pusiesse dõ, y se llamasse doña Molinera, ofreciendole nueuos seruicios, y mercedes. Hechas pues de galope, y a priessa, las halladas alli nũca vistas ceremonias, no vio la hora de Quixote de verse a cauallo, y salir buscando las auenturas, y ensillando luego a Rozinante subio en el, y abraçando a su huesped, le dixo cosas tan estrañas, agradeciẽdole la merced de auerle armado cauallero, que no es possible acertar a referirlas. El ventero por verle ya fuera

fuera de la venta, con no menos retoricas, aunque con mas breues palabras, respondio a las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dexo yr a la buena hora.

CAP. IIII. DE LO QVE LE SVcedio a nuestro cauallero quando salio de la venta.

LA del Alua seria, quãdo don Quixote salio de la venta tan contento, tan gallardo, tã alboroçado, por verse ya armado cauallero, que el gozo le rebentaua por las cinchas del cauallo. Mas viniendole a la memoria los consejos de su huesped, cerca de las preuenciones tan necessarias que auia de lleuar consigo, especial la de los dineros, y camisas, determino boluer a su casa, y acomodarse de todo, y de vn escudero: haziendo cuenta de recebir a vn labrador vezino suyo, que era pobre, y cõ hijos, pero muy a proposito para el oficio escuderil dela caualleria. Con este pensamiento guio a Rozinãte hãzia su aldea, el qual casi conociendo la querencia, con tanta gana començo a caminar, q̃ parecia que no ponia los pies en el suelo. No auia andado mucho, quando le parecio que a su diestra mano de la espessura de vn bosque q̃ alli estaua, salian vnas bozes delicadas, como de

per-

persona q̃ se quexaua. Y a penas las huuo o
do, quando dixo: Gracias doy al cielo por
merced que me haze, pues tan presto me p
ne ocasiones delãte, donde yo pueda cump
con lo q̃ deuo a mi profesiõ, y donde pue
cõger el fruto de mis buenos desseos. Estas
zes, sin duda, son de algun menesteroso, o m
nesterosa, q̃ ha menester mi fauor y ayud
boluiendo las riendas, encaminò a Rozinan
hazia donde le parecio q̃ las bozes salian. Y
pocos passos q̃ entrò por el bosque, vio ata
vna yegua a vna enzina, y atado en otra a
muchacho, desnudo de medio cuerpo arri
hasta de edad de quinze años, q̃ era el q̃ las
zes daua: y no sin causa, porq̃ le estaua dan
cõ vna pretina muchos açotes, vn labrador
buẽ talle, y cada açote le acõpañaua cõ vna
prehẽsiõ, y cõsejo: porq̃ dezia: La lengua q
y los ojos listos. Y el muchacho respõdia:
lo hare otra vez, señor mio, por la passion
Dios, q̃ no lo hare otra vez, y yo prometo
tener de aqui adelante mas cuydado cõ el
to. Y viendo dõ Quixote lo q̃ passaua, cõ
ayrada dixo: Descortes cauallero, mal par
tomaros cõ quien defender no se puede, sub
sobre vuestro cauallo, y tomad vuestra lan
(q̃ tãbien tenia vna lãça arrimada a la enz
adonde estaua arrẽdada la yegua) q̃ yo os h
ze conocer ser de couardes lo q̃ estays haz

do. El labrador que vio sobre si aquella fi-
gura llena de armas, blandiendo la lança so-
bre su rostro, tuuose por muerto, y con bue-
nas palabras respondio: Señor cauallero, este
muchacho que estoy castigãdo, es vn mi cria-
do, que me sirue de guardar vna manada
de ouejas, que tengo en estos contornos:
el qual es tan descuydado, que cada dia
me falta vna, y porque castigo su descuy-
do, o vellaqueria, dize que lo hago de mi-
serable, por no pagalle la soldada que le de-
uo, y en Dios, y en mi anima que miente. Miẽ-
te delante de mi, ruyn villano, dixo don Qui-
xote: Por el sol que nos alumbra, q̃ estoy por
passaros de parte a parte con esta lança, pa-
galde luego sin mas replica, sino por el Dios
q̃ nos rige que os concluya, y aniquile en este
punto: desataldo luego. El labrador baxò la
cabeça, y sin responder palabra desatò a su
criado. Al qual preguntò don Quixote, que
quanto le deuia su amo: el dixo q̃ nueue meses
a siete reales cada mes. Hizo la cuenta don
Quixote, y hallò que montauan setenta y tres
reales: y dixole al labrador, que al momento
los desembolsasse, sino queria morir por ello.
Respondio el medroso villano, que para el
passo en que estaua, y juramento que auia
hecho (y aun no auia jurado nada) que no e-
ran tantos: porque se le auian de descontar, y

recebir

recebir en cuenta, tres pares de çapatos q
le hauia dado; y vn real de dos sangrias que
auian hecho estando enfermo. Bien està to
esso, replicò don Quixote: pero quedense
çapatos, y las sangrias, por los açotes que
culpa le aueys dado; que si el rompio el ca
ro de los çapatos q̃ vos pagastes, vos le aue
rompido el de su cuerpo: y si le sacò el ban
ro sangre estando enfermo, vos en sanidad
la aueys sacado: assi que por esta parte no
deue nada. El daño està señor caualleró, en
no tengo aqui dineros, vengase Andres co
migo a mi casa, que yo se los pagare vn re
sobre otro. Y rme yo có el, dixò el muchach
mas mal año, no señor, ni por pienso, porq
en viendose solo, me desollara como a vn
Bartolome. No hara tal, replico don Quix
te, basta que yo se lo mande, para que me te
ga respeto: y con que el me lo jure, por la
de caualleria que ha recebido, le dexare y
bre, y assegurare la paga. Mire vuestra m
ced señor lo que dize, dixo el muchacho, q
este mi amo no es caualleró, ni ha recebido
den de caualleria alguna, que es Iuã Haldu
el rico, el vezino del Quintanar. Importa p
co esso, respondio don Quixote, que Hald
dos puede auer caualleros: quanto mas, q
cada vno es hijo de sus obras. Assi es verda
dixo Andres, pero este mi amo de q̃ obras

hijo, pues me niega mi soldada, y mi sudor, y
trabajo? No niego hermano Andres, respon-
dio el labrador, y hazedme plazer de veniros
conmigo, que yo juro por todas las ordenes
que de caualleria ay en el mũdo, de pagaros
como tengo dicho, vn real sobre otro; y aun
çahumados. Del çahumerio os hago gracia,
dixo don Quixote, dadselos en reales, que cõ
esso me contento: y mirad que lo cumplays
como lo aueys jurado, sino por el mismo ju-
ramento os juro, de boluer a buscaros, y a caf
tigaros, y que os tengo de hallar, aunque os
escondays mas que vna lagartija. Y si quereys
saber quien os manda esto, para quedar con
mas veras obligado a cumplirlo: Sabed que
yo soy el valeroso don Quixote de la Man-
cha, el desfazedor de agrauios, y sin razones,
y a Dios quedad: y no se os parta de las mien
tes lo prometido, y jurado, so pena de la pe-
na pronunciada. Y en diziendo esto, picò a
su Rozinante, y en breue espacio se apartò
dellos. Siguiole el labrador cõ los ojos, y quã-
do vio que auia traspuesto del bosque, y que
ya no parecia, boluiose a su criado Andres, y
dixole: Venid aca hijo mio, que os quiero pa-
gar lo que os deuo, como aquel deshazedor
de agrauios me dexò mandado. Esso juro yo,
dixo Andres, y como que andara vuestra mer
ced acertado en cumplir el mandamiento de

aquel buen cauallero, que mil años viua: y
segun es de valeroso, y de buen juez, y
Roque que si no me paga, que buelua y e
cute lo que dixo. También lo juro yo, d
el labrador: pero por lo mucho que os q
ro, quiero acrecentar la deuda, por acre
tar la paga. Y asiendole del braço, le to
a atar a la enzina, donde le dio tantos a
tes, que le dexo por muerto. Llamad
ñor Andres aora, dezia el labrador, al d
fazedor de agrauios, vereys como no desa
aqueste, aunque creo que no está acaba
de hazer, porque me viene gana de des
llaros viuo, como vos temiades: pero al fin
desató, y le dio licencia que fuesse a buscar
su juez, para q̃ executasse la pronũciada se
tencia. Andres se partio algo mohino, jura
do de yr a buscar al valeroso don Quixote
la Mancha, y contarle punto por punto lo
auia passado, y que se lo auia de pagar có
setenas. Pero con todo esto el se partio llor
do, y su amo se quedò riendo: y desta man
deshizo el agrauio el valeroso don Quixot
el qual contentissimo de lo sucedido, pas
ciẽdole que auia dado felicissimo, y alto pr
cipio a sus cauallerias, con gran satisfacion
si mismo yua caminando hazia su aldea, di
do a media boz: Bié te puedes llamar dich
sobre quantas oy viué en la tierra, ô sobre
bel

bellas bella Dulcinea del Toboso, pues te cu
po en suerte, tener sujeto, y rendido a toda
tu voluntad, e talante, a vn tan valiente, y tã
nombrado cauallero, como lo es, y sera don
Quixote de la Mancha: el qual (como todo el
mundo sabe) ayer recibio la orden de caualle
ria, y oy ha desfecho el mayor tuerto y agra-
uio, q̃ formò la sin razon, y cometio la cruel-
dad. Oy quitò el latigo de la mano, a aq̃l desa
piadado enemigo, que tan sin ocasion vapula-
ua a aquel delicado infante. En esto llegò a
vn camino que en quatro se diuidia; y luego
se le vino a la imaginacion las encruzijadas
donde los caualleros andantes se ponian a pẽ
sar qual camino de aquellos tomarian: y por
imitarlos estuuo vn rato quedo, y al cabo de
auerlo muy bien pensado soltò la rienda a Ro-
zinante, dexando a la voluntad del rocin la
suya, el qual siguio su primer intento, q̃ fue el
yrse camino de su cauallerica. Y auiendo an-
dado como dos millas, descubrio don Qui-
xote vn grande tropel de gente, que como
despues se supo, eran vnos mercaderes Tole-
danos, q̃ yuan a comprar seda a Murcia. Eran
seys, y venian con sus quitasoles, con otros
quatro criados a cauallo, y tres moços de mu
las a pie. A penas los diuisò don Quixote,
quando se imaginò ser cosa de nueua auen-
tura: y por ymitar en todo quanto a el le

parecia posible, los passos que auia leydo
sus libros, le parecio venir alli de molde y
que pensaua hazer. Y assi, con gentil contia
te y denuedo, se afirmò bien en los estribo
apretò la lãça, llegò la adarga al pecho, y p
sto en la mitad del camino, est uuo esperan
que aquellos caualleros andantes llegassen
ya el por tales los tenia, y juzgaua: y quan
llegaron a trecho que se pudieron ver, y q
leuantò don Quixote la boz, y cõ ademan
rogante, dixo: Todo el mundo se tenga, si
do el mundo no confiessa, que no ay en el
do todo, donzella mas hermosa que la Emp
ratriz de la Mãcha, la sin par Dulcinea del
boso. Pararonse los mercaderes al son de
razones, y a ver la estraña figura del que
dezia: y por la figura, y por ellas luego ec
ron de ver la locura de su dueño, mas quis
ver despacio, en que paraua aquella confes
que se les pedia: y vno dellos que era vn
co burlon, y muy mucho discreto, le dixo:
ñor cauallero, nosotros no conocemos qu
sea essa buena señora que dezis, mostradn
que si ella fuere de tanta hermosura como
nificays, de buena gana, y sin apremio algu
confessaremos la verdad, que por parte vu
tra nos es pedida. Si os la mostrara, repl
don Quixote, que hizierades vosotros en
fessar vna verdad tan notoria: la importa

està, en que sin verla lo aueys de creer, confes
sar, afirmar, jurar, y defender; donde no, con-
migo soys en batalla, gente descomunal, y so-
beruia: que aora vengays vno a vno (como pi
de la orden de caualleria) ora todos juntos,
como es costumbre, y mala vsança de los de
vuestra ralea, aqui os aguardo y espero, confia
do en la razon q̃ de mi parte tengo. Señor ca
uallero, replico el mercader, suplico a vuestra
merced, en nombre de todos estos principes
que aqui estamos, que porque no encargue-
nos nuestras consciencias, confessando vna
cosa por nosotros jamas vista, ni oyda, y mas
siendo tan en perjuyzio de las Emperatrizes,
y Reynas del Alcarria, y Estremadura, q̃ vues-
tra merced sea seruido de mostrarnos algun
retrato de essa señora, aunque sea tamaño co
mo vn grano de trigo, que por el hilo se saca
rà el ouillo, y quedaremos con esto satisfe-
chos, y seguros, y vuestra merced quedara cõ-
tento y pagado: y aun creo q̃ estamos ya tan
de su parte, que aunque su retrato nos mues-
tre que es tuerta de vn ojo, y que del otro le
mana bermellon, y piedra açafre, con todo
esso, por cõplazer a vuestra merced, diremos
en su fauor todo lo que quisiere. No le mana,
canalla infame, respondio dõ Quixote encen
dido en colera, no le mana digo esso que de-
zis, sino ambar, y algalia entre algodones: y

no es tuerta, ni corcobada, sino mas dere
que vn huso de Guadarrama: pero voso
pagareys la grande blasfemia que aueys
cho, contra tamaña beldad como es la de
señora. Y en diziendo esto, arremetio con
lança baxa, cótra el que lo auia dicho, con
ta furia, y enojo, que si la buena suerte no
ziera, que en la mitad del camino tropeça
y cayera Rozinante, lo passara mal el atre
do mercader. Cayò Rozinante, y fue roda
do su amo vna buena pieça por el campo
queriendose leuantar, jamas pudo: tal em
ráço le causauan la lança, adarga, espuelas
celada, cõ el peso de las antiguas armas. Y
tretanto que pugnaua por leuantarse, y no
dia, estaua diziendo: Non fuyays gente co
de, gente cautiua atended, que no por cu
mia, sino de mi çauallo, estoy aqui tẽdido.
moço de mulas de los que alli venian, que
deuia de ser muy bien intencionado, oyen
dezir al pobre caydo tantas arrogancias,
lo pudo sufrir, sin darle la respuesta en las c
tillas. Y llegãdose a el, tomò la lãça, y desp
de auerla hecho pedaços, con vno dellos co
çò a dar a nuestro don Quixote tantos pa
que a despecho, y pesar de sus armas, le mo
como cibera. Dauanle bozes sus amos, q̃ no
diesse tanto, y que le dexasse: pero estaua ya
moço picado, y no quiso dexar el juego, ha
embid

embidar todo el resto de su colera: y acudien-
do por los demas troços de la lança, los acabò
de deshazer sobre el miserable caydo, que cõ
toda aquella tempestad de palos que sobre el
via, no cerraua la boca, amenazando al cielo, y
a la tierra, y a los Malandrines, que tal le pare
cian. Cansose el moço, y los mercaderes siguie
ron su camino, lleuando que contar en todo
el, del pobre apaleado: el qual despues que se
vio solo, tornò a prouar si podia leuantarse;
pero sino lo pudo hazer quando sano, y bue-
no, como lo haria molido, y casi deshecho? y
aun se tenia por dichoso, pareciendole q̃ aque
lla era propria desgracia de caualleros andan
tes, y toda la atribuia a la falta de su cauallo, y
no era possible leuãtarse, segun tenia bruma-
do todo el cuerpo.

CAP. V. DONDE SE PROSI-gue la narracion de la desgracia de nuestro cauallero.

Viendo pues q̃ en efeto no podia me-
nearse, acordò de acogerse a su ordi-
nario remedio, q̃ era pensar en algun
passo de sus libros, y truxole su locu-
ra a la memoria, aquel de Valdouinos, y del
Marques de Mantua, quando Carloto le dexò
herido en la montiña, historia sabida de los
niños, no ignorada de los moços, celebrada,

y aun creyda de los viejos: y cõ todo esto, no mas verdadera que los milagros de Mahoma. Esta pues le parecio a el que le venia de molde para el passo en q̃ se hallaua: y assi cõ muestras de grande sentimiẽto, se començo a bolcar por la tierra, y a dezir con debilitado aliento, lo mesmo que dizen dezia el herido caualllero del bosque: Donde estàs señora mia, que no te duele mi mal? o no lo sabes señora, o eres falsa, y desleal. Y desta manera fue prosiguiendo el romance, hasta aquellos versos q̃ dizen: O noble Marques de Mantua, mi tio, y señor carnal. Y quiso la suerte, que quando llegò a este verso, acertò a passar por alli vn labrador de su mesmo lugar, y vezino suyo, q̃ venia de lleuar vna carga de trigo al molino: el qual viendo aquel hombre alli tendido, se llegò a el, y le preguntò que quien era, y que mal sentia, que tan tristemente se quexaua. Dõ Quixote creyo sin duda, q̃ aq̃l era el Marques de Mantua su tio, y assi no le respondio otra cosa, sino fue proseguir en su romance, donde le daua cuẽta de su desgracia, y de los amores del hijo del Emperante con su esposa: todo de la mesma manera que el romance lo canta. El labrador estaua admirado, oyendo aquellos disparates; y quitádole la visera que ya estaua hecha pedaços de los palos, le limpio el rostro, que lo tenia lleno de polvo.

Y a pe-

Y a penas le huuo limpiado, quando le conocio, y le dixo: Señor Quixada (que assi se deuia de llamar quando el tenia juyzio, y no auia passado de hidalgo sossegado, a caualllero andante) quiẽ ha puesto a vuestra merced desta suerte? pero el seguia con su romance a quanto le preguntaua. Viendo esto el buen hombre, lo mejor que pudo le quitò el peto, y espaldar para ver si tenia alguna herida, pero no vio sangre, ni señal alguna. Procuro leuantarle del suelo, y no cõ poco trabajo le subio sobre su jumento, por parecerle caualleria mas sossegada. Recogio las armas, hasta las astillas de la lança, y liolas sobre Rozinante, al qual tomo de la riẽda, y del cabestro al asno, y se encaminò hazia su pueblo, bien pensatiuo de oyr los disparates que don Quixote dezia: y no menos yua don Quixote, que de puro molido, y quebrantado no se podia tener sobre el borrico, y de quando en quãdo, daua vnos suspiros que los ponia en el cielo, de modo que de nueuo obligò a que el labrador le preguntasse, le dixesse que mal sentia: y no parece sino que el diablo le traya a la memoria, los cuentos acomodados a sus sucessos: porque en aquel punto, oluidandose de Valdouinos, se acordo del Moro Abindarraez, quando el Alcayde de Antequera, Rodrigo de Naruaez, le prẽdio, y lleuò cautiuo a

su Alcaydia. De suerte, que quando el labra-
dor le boluio a preguntar que como estaua
y que sentia, le respodio las mesmas palabras
y razones que el cautiuo Abencerraje respo-
dia a Rodrigo de Naruaez, del mesmo mod
que el auia leydo la historia en la Diana d
Iorge de Montemayor, donde se escriue: apr
uechandose della tan de proposito, que el la-
brador se yua dando al diablo de oyr tan
maquina de necedades. Por donde conocio
su vezino estaua loco, y dauale priessa a lleg
al pueblo, por escusar el enfado q̃ don Quixo
te le causaua con su larga arenga. Al cabo d
lo qual dixo: Sepa vuestra merced, señor do
Rodrigo de Naruaez, que esta hermosa Xar
fa que he dicho, es aora la linda Dulcinea de
Toboso, por quien yo he hecho, hago, y han
los mas famosos hechos de cauallerias que h
han visto, vean, ni veran en el mundo. A es
respondio el labrador: Mire vuestra merce
señor, pecador de mi, que yo no soy don Ro
drigo de Naruaez, ni el Marques de Mantua
sino Pedro Alonso su vezino: ni vuestra mer
ced es Valdouinos, ni Abindarraez, sino u
honrado hidalgo del señor Quixada. Yo sé
quien soy, respondio don Quixote, y se qu
puedo ser, no solo los que he dicho, sino to
dos los doze Pares de Francia, y aun todos
los nueue de la Fama, pues a todas las ha-
zañas

zañas que ellos todos juntos, y cada vno por
si hizieron, se auentajaran las mias. En estas
platicas, y en otras semejantes, llegaron al lu-
gar, a la hora que anochecia: pero el labrador
aguardò a que fuesse algo mas noche, porque
no viessen al molido hidalgo tan mal caualle-
ro. Llegada pues la hora que le parecio, en-
tro en el pueblo, y en la casa de don Quixo-
te, la qual hallò toda alborotada: y estauan en
ella el Cura, y el Barbero del lugar, que eran
grandes amigos de don Quixote, que estaua
diziendoles su ama a bozes: Que le parece a
vuestra merced, señor licenciado Pero Perez
(que assi se llamaua el Cura) de la desgra-
cia de mi señor, seys dias ha que no parecen
el ni el rocin, ni la adarga, ni la lança, ni las
armas: desuenturada de mi, que me doy a
entender, y assi es ello la verdad, como naci
para morir, que estos malditos libros de ca-
uallerias que el tiene, y suele leer tan de or-
dinario, le han buelto el juyzio; que aora me
acuerdo auerle oydo dezir muchas vezes, ha-
blando entre si, que queria hazerse caualler
andante, è yrse a buscar las auenturas por es-
tos mundos. Encomendados sean a Satanas,
y a Barrabas tales libros, que assi han echado
a perder el mas delicado entendimiento que
auia en toda la Mancha. La sobrina dezia lo
mesmo, y aun dezia mas: Sepa señor Maese
Nicolas

Nicolas(que este era el nombre del Barbero) que muchas vezes le acontecio a mi señor tio, estarse leyendo en estos desalmados libros de desuenturas,dos dias con sus noches, al cabo de los quales, arrojaua el libro de las manos, y ponia mano a la espada,y andaua a cuchilladas con las paredes,y quando estaua muy cansado,dezia que auia muerto a quatro Gigantes como quatro torres,y el sudor que sudaua del cansancio, dezia que era sangre de las feridas que auia recebido en la batalla,y beuiase luego vn gran jarro de agua fria,y quedaua sano y sossegado, diziendo que aquella agua era vna preciosissima beuida,q̃ le auia traydo el sabio Esquife,vn grande encantador y amigo suyo: mas yo me tengo la culpa de todo, que no auisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tio,para que lo remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros,que tiene muchos, que bien merecen ser abrasados como si fuessen de herejes. Esto digo yo tambien,dixo el Cura, y ase que no se passe el dia de mañana,sin que dellos no se haga acto publico, y sean condenados al fuego,porque no den ocasion a quien los leyere, de hazer lo q̃ mi buẽ amigo deue de auer hecho. Todo esto estauã oyẽdo el labrador,y don Quixote,cõ q̃ acabõ de entender el labrador la enferm edad de su

de su vezino, y assi començo a dezir a bozes: Abrã vuestras mercedes al señor Valdouinos, y al señor Marques de Mantua q̃ viene mal ferido,y al señor Moro Abindarraez,q̃ trae cautiuo el valeroso Rodrigo de Naruaez Alcayde de Antequera. A estas bozes salierõ todos, y como conocieron los vnos a su amigo, las otras a su amo,y tio,que aun no se auia apeado del jumento,porque no podia, corrieron a abraçarle. El dixo: Tenganse todos,q̃ vengo mal ferido por la culpa de mi cauallo: lleuẽme a mi lecho,y llamese, si fuere posible, a la sabia Vrganda, que cure y cate de mis feridas. Mirã en hora maça,dixo a este punto el ama, si me dezia a mi bien mi coraçon, del pie que coxeaua mi señor: Suba vuestra merced en buẽ hora, que sin q̃ venga essa vrgada le sabremos aqui curar. Malditos digo sean otra vez, y otras ciento,estos libros de cauallerias, que tal han parado a vuestra merced. Lleuaronle luego a la cama,y catandole las feridas,no le hallaron ninguna: y el dixo que todo era molimiento, por auer dado vna gran cayda con Rozinante su cauallo,combatiendose cõ diez Iayanes,los mas desaforados,y atreuidos que se pudieran fallar en gran parte de la tierra. Ta,ta,dixo el Cura, Iayanes ay en la dança: Para mi santiguada que yo los queme mañana antes que llegue la noche. Hizieronle a don

Qui-

Quixote mil preguntas, y a ninguna quiso responder otra cosa sino q̃ le diessen de comer, y le dexassen dormir, que era lo que mas le importaua. Hizose assi, y el Cura se informò muy a la larga del labrador, del modo q̃ auia hallado a don Quixote: el se lo contò todo, con los disparates que al hallarle, y al traerle auia dicho, que fue poner mas desseo en el Licenciado, de hazer lo que otro dia hizo, que fue llamar a su amigo el Barbero Maese Nicolas, con el qual se vino a casa de don Quixote.

CAP. VI. DEL DONOSO, Y grande escrutinio que el Cura, y el Barbero hizieron en la libreria de nuestro ingenioso hidalgo.

EL qual aun toda via dormia. Pidio las llaues a la sobrina del aposento, donde estauan los libros, autores del daño, y ella se las dio de muy buena gana: entraron dentro todos, y la ama con ellos, y hallaron mas de cien cuerpos de libros grandes muy bien enquadernados, y otros pequeños: y assi como el ama los vio, boluiose a salir del aposento con gran priessa, y tornò luego con vna escudilla de agua bendita, y vn hisopo, y dixo: Tome vuestra merced señor

señor Licenciado, rozie este aposento, no este aqui algun encantador de los muchos que tienen estos libros, y nos encanten, en pena de las q̃ les queremos dar, echandolos del mũdo. Causò risa al Licenciado, la simplicidad del ama, y mandò al Barbero que le fuesse dando de aquellos libros vno a vno, para ver de que tratauan, pues podia ser hallar algunos que no mereciessen castigo de fuego. No, dixo la sobrina, no ay para que perdonar a ninguno, porque todos han sido los dañadores: mejor sera arrojarlos por las ventanas al patio, y hazer vn rimero dellos, y pegarles fuego, y sino lleuarlos al corral, y alli se hara la hoguera, y no ofendera el humo. Lo mismo dixo el ama, tal era la gana que las dos tenian, de la muerte de aquellos inocentes, mas el Cura no vino en ello, sin primero leer si quiera los titulos. Y el primero que Maese Nicolas le dio en las manos, fue los quatro de Amadis de Gaula, y dixo el Cura: Parece cosa de misterio esta, porque segun he oydo dezir, este libro fue el primero de cauallerias que se imprimio en España, y todos los demas han tomado principio y origen deste: y assi me parece, que como a dogmatizador de vna secta tan mala, le deuemos sin escusa alguna condenar al fuego. No señor, dixo el Bar-

el Barbero, que tambien he oydo dezir, q
es el mejor de todos los libros que de este g
nero se han compuesto, y assi como a vn
en su arte se deue perdonar. Assi es verda
dixo el Cura, y por essa razon se le otorga
vida por aora. Veamos esotro que està jun
a el. Es, dixo el Barbero, las Sergas de Esp
dian, hijo legitimo de Amadis de Gaula. P
en verdad, dixo el Cura, que no le ha de
ler al hijo la bondad del padre: Tomad se
ra ama, abrid essa ventana, y echalde al corr
y dè principio al monton de la hoguera q
se ha de hazer. Hizolo assi el ama con muc
contento, y el bueno de Esplandian fue bo
do al corral, esperando con toda paciencia
fuego que le amenazaua. Adelante, dixo
Cura. Este q̃ viene, dixo el Barbero, es A
dis de Grecia: y aun todos los deste lado, a
que creo, son del mesmo linage de Amad
Pues vayan todos al corral, dixo el Cura, q
a trueco de quemar a la Reyna Pintiquini
tra, y al pastor Darinel, y a sus Eglogas, y a
endiabladas y rebueltas razones de su aut
quemara con ellos al padre que me engèd
si anduuiera en figura de cauallero andan
De esse parecer soy yo, dixo el Barbero: y
yo, añadio la sobrina. Pues assi es, dixo el a
vengan, y al corral con ellos. Dieronselos, q
eran muchos, y ella ahor. ò la escalera, y

con ellos por la ventana a baxo. Quien es esse
tonel, dixo el Cura? Este es, respondio el Bar-
bero, don Oliuante de Laura. El autor desse
libro, dixo el Cura, fue el mesmo que compu
so a Iardin de flores, y en verdad que no se-
pa determinar, qual de los dos libros es mas
verdadero, o por dezir mejor, menos menti-
roso; solo se dezir, que este yrà al corral, por
disparatado, y arrogante. Este que se sigue, es
Florismarte de Hircania, dixo el Barbero. Aî
està el señor Florismarte, replico el cura, pues
a fe que ha de parar presto en el corral, a pe-
sar de su estraño nacimiento, y soñadas auen-
turas, que no da lugar a otra cosa la dureza,
y sequedad de su estilo. Al corral con el, y con
esotro, señora ama. Que me plaze señor mio,
respõdia ella: y con mucha alegria executaua
lo que le era mandado. Este es el cauallero
Platir, dixo el Barbero. Antiguo libro es esse,
dixo el Cura, y no hallo en el cosa que merez-
ca venia: acompañe a los demas sin replica, y
assi fue hecho. Abriose otro libro, y vieron q̃
tenia por titulo, el Cauallero de la Cruz. Por
nombre tan santo como este libro tiene, se
podia perdonar su ignorancia, mas tambien
se suele dezir; tras la Cruz està el diablo, vaya
al fuego. Tomando el Barbero otro libro,
dixo: Este es espejo de cauallerias. Ya co-
nozco a su merced, dixo el Cura, aî anda el

señor Reynaldos de Montaluan, con sus amigos, y compañeros, mas ladrones que Cacos y los doze Pares, con el verdadero historiador Turpin: y en verdad que estoy por condenarlos no mas que a destierro perpetuo, aunque quiera porque tienen parte de la inuencion del famoso Mateo Boyardo, de donde tambien texio su tela el Christiano Poeta Ludouico Arioſto, al qual si aqui le hallo, y que habla en otra lengua que la suya, no le guardare respeto alguno: pero si habla en su Idioma, sobre mi cabeça. Pues yo le tengo Italiano, dixo el Barbero, mas no le entiendo. Ni aun fuera bien que vos le entendiedes, respondio el Cura, y aqui le perdonaramos al señor Capitan, q̃ no le huuiera traydo a Espaňa, y hecho Castellano, que le quito mucho de su natural valor: y lo mesmo hara todos aquellos que los libros de verso quisieren boluer en otra lengua, que por mucho cuydado que pongan, y habilidad q̃ muestren jamas llegaran al punto que ellos tienen en su primer nacimiento. Digo en efeto, que este libro, y todos los que se hallaren q̃ tratan destas cosas de Francia, se echen, y depositen en vn pozo seco, hasta que con mas acuerdo se vea lo que se ha de hazer dellos, exceptando a vn Bernardo del Carpio que anda por ahi, y a otro llamado Roncesualles, que

estos en llegando a mis manos, han de estar en las del ama, y dellas en las del fuego, sin remission alguna. Todo lo confirmò el Barbero, y lo tuuo por bien, y por cosa muy acertada: por entender que era el Cura tan buen Christiano, y tan amigo de la verdad, que no diria otra cosa por todas las del mundo. Y abriendo otro libro, vio que era Palmerin de Oliua, y junto a el estaua otro, que se llamaua Palmerin de Ingalaterra. Lo qual visto por el Licenciado, dixo: Essa Oliua se haga luego rajas, y se queme, que aun no queden della las cenizas: y essa Palma de Ingalaterra se guarde, y se conserue, como a cosa vnica, y se haga para ello otra caxa, como la que hallò Alexandro en los despojos de Dario, que la diputò para guardar en ella las obras del Poeta Homero. Este libro, señor compadre, tiene autoridad por dos cosas: la vna, porque el por si es muy bueno: y la otra, porque es fama q̃ le cõpuso vn discreto Rey de Portugal. Todas las auenturas del castillo de Miraguarda son bonissimas, y de grande artificio, las razones cortesanas, y claras, que guardan y miran el decoro del que habla, con mucha propiedad y entendimiento. Digo pues, saluo vuestro buen parecer (señor Maesse Nicolas) que este, y Amadis de Gaula, queden libres del fuego, y todos los demas, sin hazer mas cala y cata,

perezcan. No señor compadre, replicò el Barbero, que este que aqui tengo, es el afamado don Belianis. Pues esse, replicò el Cura, estas la segunda, tercera, y quarta parte, tienen necesidad de vn poco de ruybarbo, para purgar la demasiada colera suya, y es menester quitarles todo aquello del castillo de la Fama y otras impertinẽcias de mas importancia, para lo qual se les da termino vltramarino, y como se enmẽdaren, assi se vsarà cõ ellos de misericordia, ò de justicia: y en tanto, tenelde vos compadre en vuestra casa, mas no los dexeys leer a ninguno. Que me plaze, respõdio el Barbero; y sin querer cansarse mas en leer libros de cauallerias, mandò al ama, que tomasse todos los grandes y diesse con ellos en el corral. No se dixo a tõta, ni a sorda, sino a quiẽ tenia mas gana de quemallos, q̃ de echar vna tela, por grãde y delgada q̃ fuera: y asiendo casi ocho de vna vez, los arrojò por la ventana. Por tomar muchos juntos, se le cayò vno a los pies del Barbero, q̃ le tomò gana de ver de quien era, y vio que dezia: Historia del famoso cauallero Tirante el Blanco. Valame Dios, dixo el Cura, dando vna gran boz, que aqui estè Tirante el Blanco! Dadmele aca compadre, que hago cuenta que he hallado en el vn tesoro de contento, y vna mina de passatiempos. Aqui està don Quirie-

rieleyson de Montaluan, valeroso cauallero, y su hermano Tomas de Montaluan, y el cauallero Fonseca, con la batalla que el valiente Detriante hizo con el Alano, y las agudezas de la donzella Plazerdemiuida, con los amores, y embustes de la biuda Reposada, y la señora Emperatriz, enamorada de Ipolito su escudero. Digo os verdad, señor compadre, que por su estilo es este el mejor libro del mundo: aqui comen los caualleros, y duermen, y mueren en sus camas, y hazen testamento antes de su muerte; con otras cosas, de que todos los demas libros deste genero carecen. Con todo esso os digo que merecia el q̃ lo compuso, pues no hizo tantas necedades de industria, que le echaran a galeras por todos los dias de su vida: lleualde a casa, y leelde, y vereys que es verdad quanto del os he dicho. Assi serà, respondio el Barbero; pero que haremos destos pequeños libros que quedan? Estos dixo el Cura, no deuen de ser de cauallerias, sino de Poesia: y abriẽdo vno, vio q̃ era la Diana de Iorge de Montemayor, y dixo (creyendo q̃ todos los demas eran del mesmo genero:) Estos no merecen ser quemados como los demas, porque no hazen, ni haran el daño que los de cauallerias han hecho, que son libros de entendimiento, sin perjuyzio de tercero. Ay señor,

dixo la sobrina, bien los puede vuestra mer-
ced mandar quemar como a los demas, por
que no seria mucho, que auiendo sanado mi
señor tio, de la enfermedad caualleresca, leyen-
do estos, se le antojasse de hazerse pastor, y
andarse por los bosques y prados, cantando
y tañendo: y lo que seria peor hazerse Poeta
q̃ segun dizen, es enfermedad incurable, y pe-
gadiza. Verdad dize esta donzella, dixo el
Cura, y será bien quitarle a nuestro amigo
este tropieço, y ocasion delante. Y pues co-
mençamos por la Diana de Montemayor,
soy de parecer que no se queme, sino que se
quite todo aquello que trata de la sabia Fel-
cia, y de la agua encantada: y casi todos los
versos mayores, y quedesele en hora buena
prosa, y la honra de ser primero en semejan-
tes libros. Este que se sigue, dixo el Barbero,
es la Diana, llamada segunda, del Salmantino,
y este otro que tiene el mesmo nombre, cuyo
autor es Gil Polo. Pues la del Salmantino
respondio el Cura, acompañe, y acrecien-
el numero de los condenados, al corral:
la de Gil Polo se guarde, como si fuera de
mesmo Apolo: y passe adelante señor com-
padre, y demonos priessa, que se va hazien-
do tarde. Este libro es, dixo el Barbero
abriendo otro, los diez libros de Fortuna d
Amor, compuestos por Antonio de Lofraso
Poeta

Poeta Sardo. Por las ordenes que recebi, dixo
el Cura, que desde que Apolo fue Apolo, y las
Musas Musas, y los Poetas Poetas, tan gracio-
so, ni tan disparatado libro como esse no se
ha compuesto: y que por su camino es el me-
jor, y el mas vnico de quantos deste genero
han salido a la luz del mũdo: y el que no le ha
leydo, puede hazer cuẽta q̃ no ha leydo jamas
cosa de gusto: Dadmele aca compadre, que
precio mas hauerle hallado, que si me dieran
vna sotana de raja de Florencia. Pusole a par
te con grandissimo gusto, y el Barbero pro-
siguio, diziendo: Estos que se siguen, son el
pastor de Iberia, Ninfas de Enares, y Desen-
gaños de celos. Pues no ay mas q̃ hazer dixo
el Cura, sino entregarlos al braço seglar del
ama, y no se me pregunte el porque, q̃ seria
nunca acabar. Este que viene, es el Pastor de
Filida. No es esse pastor, dixo el Cura, sino
muy discreto cortesano, guardese como joya
preciosa. Este grande que aqui viene, se inti-
tula, dixo el Barbero, Tesoro de varias Poe-
sias. Como ellas no fuerá tãtas, dixo el Cura,
fueran mas estimadas: menester es q̃ este libro
se escarde, y limpie de algunas baxezas q̃ en-
tre sus grandezas tiene: guardese porque su
autor es amigo mio, y por respeto de otras
mas heroycas, y leuantadas obras que ha es-
crito. Este es, siguio el Barbero, el Cancio-

nero de Lopez Maldonado. Tambien el autor deſſe libro, replicò el Cura, es grande amigo mio, y ſus verſos en ſu boca admiran a quien los oye: y tal es la ſuauidad de la boz con que los canta, que encanta. Algo largo es en las Eglogas, pero nũca lo bueno fue mucho: guarde ſe con los eſcogidos. Pero que libro es eſſe que eſtà junto a el? La Galatea de Miguel de Ceruantes, dixo el Barbero. Muchos años ha que es grande amigo mio eſſe Ceruantes, y ſe que es mas verſado en deſdichas, que en verſos. Su libro tiene algo de buena inuencion, propone algo, y no concluye nada: es meneſter eſperar la ſegunda parte que promete, quiça con la enmienda alcãçarà del todo la miſericordia q̃ aora ſe le niega, y entretanto q̃ eſto ſe vè, tenelde recluſo en vueſtra poſada. Señor compadre que me plaze, reſpõdio el Barbero, y aqui vienen tres todos juntos: La Araucana de don Alonſo de Ercilla, la Auſtriada de Iuan Rufo Iurado de Cordoua, y el Monſerrato de Chriſtoual de Virues, Poeta Valenciano. Todos eſſos tres libros, dixo el Cura, ſon los mejores que en verſo heroyco, en lengua Caſtellana eſtan eſcritos, y pueden competir con los mas famoſos de Italia: guardenſe como las mas ricas prendas de Poeſia q̃ tiene Eſpaña. Canſoſe el Cura de ver mas libros, y aſsi a carga cerrada, quiſo que todos los

los demas ſe quemaſſen: pero ya tenia abierto vno el Barbero, q̃ ſe llamaua las Lagrimas de Angelica. Lloraralas yo, dixo el Cura, en oyẽdo el nombre, ſi tal libro huuiera mandado quemar, porque ſu autor fue vno de los famoſos Poetas del mundo, no ſolo de Eſpaña: y fue feliciſsimo en la traducion de algunas fabulas de Ouidio.

CAP. VII. DE LA SEGVNDA ſalida de nueſtro buen cauallero, don Quixote de la Mancha.

Estando en eſto, començo a dar bozes don Quixote, diziendo: Aqui, aqui valeroſos caualleros, aqui es meneſter moſtrar la fuerça de vueſtros valeroſos braços, que los Corteſanos lleuan lo mejor del torneo. Por acudir a eſte ruydo, y eſtruendo, no ſe paſsò adelante cõ el eſcrutinio de los demas libros que quedauã: y aſsi ſe cree que fueron al fuego, ſin ſer viſtos, ni oydos, la Carolea, y Leon de Eſpaña, cõ los hechos del Emperador, compueſtos por don Luys de Auila, que ſin duda deuian de eſtar entre los q̃ quedauan: y quiça ſi el Cura los viera, no paſſaran por tan riguroſa ſentencia. Quando llegaron a don Quixote, ya el eſtaua leuantado de la cama, y proſeguia en ſus bozes, y en ſus

desatinos, dando cuchilladas y reueses a todas partes, estando tan despierto, como si nunca huuiera dormido. Abraçaronse con el, y por fuerça le boluieron al lecho, y despues q̃ hubo sossegado vn poco, boluiendose a hablar con el Cura, le dixo: Por cierto señor Arçobispo Turpin, que es gran mẽgua de los que nos llamamos doze Pares, dexar tan sin mas ni mas, lleuar la vitoria deste torneo a los caualleros Cortesanos, auiendo nosotros los aue tureros ganado el prez en los tres dias antes dẽtes. Calle vuestra merced señor compadre dixo el Cura, que Dios serà seruido q̃ la fuerte se mude, y que lo que oy se pierde, se gane mañana: y atienda vuestra merçed a su salud por aora, que me parece que deue de estar demasiadamente cansado, si ya no es q̃ està muy ferido. Ferido no, dixo don Quixote, pero molido y quebrantado no ay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldan me ha molido a palos cõ el tronco de vna enzina, y todo de embidia, porq̃ ve que yo solo soy el opuesto de sus valentias: mas no me llamaria yo Reynaldos de Montaluá, si en leuantãdome del lecho no me lo pagare a pesar de todos los encantamentos: y por aora trayganme de yantar, que se que es lo que mas me harà al caso, y quedese lo del vengarme a mi cargo. Hizieron lo assi, dieronle de comer, y quedose otra

vez dormido, y ellos admirados de su locura. Aquella noche quemò, y abrasò el ama quantos libros auia en el corral, y en toda la casa: y tales deuieron de arder, que merecian guardarse en perpetuos archiuos, mas no lo permitio su suerte, y la pereza del escrutiñador, y assi se cumplio el refran en ellos, de que pagan a las vezes justos por pecadores. Vno de los remedios que el Cura y el Barbero dieró por entonces para el mal de su amigo, fue que le mudassen, y tapiassen el aposento de los libros, porque quando se leuantasse no los hallasse, quiça quitando la causa, cessaria el efeto: y que dixessen que vn encantador se los auia lleuado, y el aposento y todo, y assi fue hecho con mucha presteza. De alli a dos dias se leuantò don Quixote, y lo primero que hizo, fue yr a ver sus libros: y como no hallaua el aposento donde le auia dexado, andaua de vna en otra parte buscandole. Llegaua a donde solia tener la puerta, y tentauala con las manos, y boluia y reboluia los ojos por todo sin dezir palabra: pero al cabo de vna buena pieça, preguntò a su ama que hàzia que parte estaua el aposento de sus libros. El ama que ya estaua bien aduertida de lo que auia de responder, le dixo: Que aposento, o que nada busca vuestra merced, ya no ay aposento, ni libros en esta casa, porque todo se lo lleuò el

meſmo diablo. No era diablo, replicò la ſobr
na, ſino vn encantador q ue vino ſobre vna
be vna noche, deſpues del dia que vueſtra m
ced de aqui ſe partio, y apeandoſe de vna ſ
pe en que venia cauallero, entrò en el apoſe
to, y no ſe lo que ſe hizo dentro, que a cab
de poca pieça ſalio bolando por el tejado,
dexò la caſa llena de humo, y quando acord
mos a mirar lo que dexaua hecho, no vimos
bro, ni apoſento alguno, ſolo ſe nos acuerd
muy bien a mi, y al ama, que al tiempo del p
tirſe aquel mal viejo, dixo en altas bozes, q
por enemiſtad ſecreta que tenia al dueño d
aquellos libros, y apoſento, dexaua hecho
daño en aquella caſa que deſpues ſe veria: d
xo tambié, que ſe llamaua el ſabio Muñaton
Freſton diria, dixo don Quixote. No ſe, reſp
dio el ama, ſi ſe llamaua Freſton, o Friton
ſolo ſe que acabò en ton ſu nombre. Aſsi e
dixo don Quixote, que eſſe es vn ſabio enca
tador, grande enemigo mio, que me tien
ojeriza, porque ſabe por ſus artes y letras, q
tengo de venir andando los tiempos, a pelea
en ſingular batalla con vn cauallero a quie
el fauorece, y le tengo de vencer, ſin que
lo pueda eſtoruar, y por eſto procura haze
me todos los ſin ſabores que puede, y mãdo
yo, que mal podra el contradezir, ni euitar l
que por el cielo eſtà ordenado. Quien duda
de eſſo

de eſſo, dixo la ſobrina, pero quien le mete a
vueſtra merced, ſeñor tio, en eſſas pendencias,
no ſera mejor eſtarſe pacifico en ſu caſa, y no
yrſe por el mundo a buſcar pan de traſtrigo,
ſin cõſiderar que muchos ván por lãa, y buel
uen treſquilados. O ſobrina mia, reſpondio
don Quixote, y quan mal q̃ eſtàs en la cuenta,
primero q̃ a mi me treſquilen, tẽdre peladas,
y quitadas las barbas a quantos imaginaren
tocarme en la punta de vn ſolo cabello. No
quiſieron las dos replicarle mas, porque vieró
que ſe le encendia la coleta. Es pues el caſo, q̃
el eſtuuo quinze dias en caſa muy ſoſiegado,
ſin dar mueſtras de querer ſegũdar ſus prime-
ros deuaneos, en los quales dias paſsò gracio-
ſiſsimos cuentos con ſus dos compadres el
Cura, y el Barbero: ſobre que el dezia, que la
coſa de que mas neceſsidad tenia el mundo,
era de caualleros andantes, y de que en el ſe
reſucitaſſe la caualleria andanteſca. El Cura
algunas vezes le contradezia, y otras conce-
dia, porq̃ ſino guardaua eſte artificio, no auia
poder aueriguarſe con el. En eſte tiempo ſoli-
citò don Quixote a vn labrador vezino ſuyo,
hombre de bien (ſi es que eſte titulo ſe puede
dar al que es pobre) pero de muy poca ſal en
la mollera. En reſolucion, tanto le dixo, tanto
le perſuadio, y prometio, que el pobre villano
ſe determinò de ſalirſe con el, y ſeruirle de eſ-

cudero.

cudero. Deziale entre otras cosas don Qui-
xote, que se dispusiesse a yr cõ el de buena g-
na, porque tal vez le podia suceder auentura
que ganasse en quitame alla essas pajas, algun
Insula, y le dexasse a el por Gouernador d
ella. Con estas promesas, y otras tales, Sancho
Pança, que assi se llamaua el labrador, dexò
muger, y hijos, y assentò por escudero de
vezino. Dio luego don Quixote orden en bu-
car dineros: y vendiendo vna cosa, y empeña
do otra, y malbaratandolas todas, llegò va
razonable cantidad. Acomodose assi mesmo
de vna rodela q̃ pidio prestada a vn su amigo
y pertrechando su rota celada lo mejor q
pudo, auisò a su escudero Sancho, del dia,
la hora que pensaua ponerse en camino, pa
que el se acomodasse de lo que viesse que
le era menester. Sobre todo le encargò que
uasse alforjas: e dixo que si lleuaria, y que
mesmo pensaua lleuar vn asno que tenia
bueno, porq̃ el no estaua duecho a andar
cho a pie. En lo del asno reparò vn poco
Quixote, imaginãdo, si se le acordaua si alg
cauallero andante auia traydo escudero ca
llero asnalmente, pero nunca le vino alguno
la memoria: mas con todo esto determinò q̃
lleuasse, cõ presupuesto de acomodarle de
honrada caualleria en auiendo ocasion
llo, quitandole el cauallo al primer descor
ca

cauallero q̃ topasse. Proueyose de camisas, y d
las demas cosas q̃ el pudo, conforme al cõsejo
q̃ el vẽtero le auia dado. Todo lo qual hecho,
y cumplido, sin despedirse Pança de sus hijos
y muger, ni don Quixote de su ama, y sobrina,
vna noche se salieron del lugar, sin q̃ perso
los viesse, en la qual caminaró tanto, q̃ al ama
necer se tuuieron por seguros de que no los
hallariã, aunq̃ los buscassen. Yua Sancho Pãça
sobre su jumento como vn Patriarca, con sus
alforjas, y su bota, y cõ mucho desseo de verse
ya gouernador de la insula que su amo le auia
prometido. Acerto don Quixote a tomar la
misma derrota y camino q̃ el q̃ el auia toma-
do en su primer viaje, q̃ fue por el campo de
Montiel, por el qual caminaua con menos pe
sadumbre q̃ la vez passada, porq̃ por ser la hora
de la mañana, y herirles a soslayo los rayos d
sol, no les fatigauã: Dixo en esto Sãcho Pança
a su amo: Mire vuestra merced, señor caualle-
ro andante, q̃ no se le oluide lo q̃ de la insula
me tiene prometido, q̃ yo la sabre gouernar
por grande que sea. A lo qual le respondio dõ
Quixote: Has de saber amigo Sancho Pança,
que fue costũbre muy vsada de los caualleros
andantes antiguos, hazer Gouernadores a sus
escuderos, de las Insulas, o Reynos q̃ ganauã,
y yo tengo determinado de q̃ por mi no falte
tan agradecida vsança, antes pienso auenta-

jarme

jarme en ella: porque ellos algunas vezes, quiça las mas, esperauan a que sus escuderos fuessen viejos, y ya despues de hartos de seruir, y de lleuar malos dias, y peores noches, les dauan algun titulo de Conde, o por lo menos de Marques, de algun Valle, o Prouincia, poco mas a menos: pero si tu vives, y yo viuo, bien podria ser que antes de seys dias ganasse yo tal Reyno, que tuuiesse otros a el aderezes, q̃ viniessen de molde para coronarte por Rey de vno dellos. Y no lo tengas a mucho que cosas, y casos acontecé a los tales caualleros, por modos tan nunca vistos, ni pensados, que con facilidad te podria dar aun mas de lo que te prometo. Desta manera, respondio Sancho Pança, si yo fuesse Rey por algun milagro de los que vuestra merced dize, por lo menos Iuana Gutierrez, mi oyslo, vendria a ser Reyna, y mis hijos Infantes. Pues quien lo duda respondio don Quixote. Yo lo dudo, replico Sancho Pança, porque tengo para mi, aun que llouiesse Dios Reynos sobre la tierra, ninguno assentaria bien sobre la cabeça de Mari Gutierrez. Sepa señor, que no vale dos marauedis para Reyna. Condesa le caera mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiendalo tu a Dios Sancho respondio don Quixote, que le dara lo que mas le conuenga: pero no apoques tu animo tanto, que te vengas a contentar

tar con menos que con ser Adelantado. No hare señor mio, respondio Sancho, y mas teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabra dar todo aquello que me estè bien, y yo pueda lleuar.

CAP. VIII. DEL BVEN SVCCESSO que el valeroso don Quixote tuuo, en la espantable y jamas ymaginada auentura de los molinos de viento, con otros succesos dignos de felice recordacion.

EN esto descubrieron treynta, o quarenta molinos de viento que ay en aquel campo: y assi como don Quixote los vio, dixo a su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertaramos a desear. Porque ves alli amigo Sancho Pança, dondé se descubren treynta, o pocos mas desaforados Gigantes, con quien pienso hazer batalla, y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos començaremos a enriquecer, que esta es buena guerra, y es gran seruicio de Dios, quitar tan mala simiẽte de sobre la faz de la tierra. Que Gigãtes, dixo Sancho Pança? Aquellos que alli ves, respondio su amo, de los braços largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondio Sancho,

que aquellos que alli se parecen no son Gig
tes, sino molinos de viento, y lo que en ell
parecen braços, son las aspas, que bolteadas
del viento, hazen andar la piedra del molino
Bien parece, respondio don Quixote, que n
estàs cursado en esto de las auenturas: ell
son Gigãtes, y si tienes miedo quitate de a
y ponte en oracion en el espacio que yo v
a entrar con ellos en fiera, y desygual batall
Y diziendo esto, dio de espuelas a su caual
Rozinante, sin atender a las bozes que su e
cudero Sancho le daua, aduirtiendole que e
duda alguna eran molinos de viento, y no G
gantes, aquellos que yua a acometer. Pero
yua tan puesto en que eran Gigantes, que
ohia las bozes de su escudero Sancho, ni ec
ua de ver, aunque estaua ya bien cerca lo q
eran, antes yua diziendo en bozes altas: No
fuyades couardes y viles criaturas, que vn s
lo cauallero es el que os acomete. Leuante
en esto vn poco de viento, y las grandes asp
començaron a mouerse, lo qual visto por el
Quixote, dixo. Pues aunque mouays mas bra
ços que los del Gigante Briareo, me lo aue
de pagar. Y en diziendo esto, y encomenda
dose de todo coraçon a su señora Dulcine
pidiendole que en tal trance le socorriese
bien cubierto de su rodela, con la lança en
ristre, arremetio a todo el galope de Ro
nan

hante, y enuistio con el primero molino que
estaua delante, y dandole vna lançada en el
aspa, la boluio el viento con tanta furia,
que hizo la lança pedaços, lleuandose tras si
el caualllo, y al cauallero, que fue rodando
muy mal trecho por el campo. Acudio San-
cho Pança a socorrerle, a todo el correr de
su asno, y quando llegò, hallò que no se
podia menear: tal fue el golpe que dio con
el Rozinante. Valame Dios, dixo Sancho,
no le dixe yo a vuestra merced, que mi-
rasse bien lo que hazia, que no eran sino
molinos de viento, y no lo podia ignorar, sino quien lleuasse otros tales en la
cabeça. Calla amigo Sancho, respondio
don Quixote, que las cosas de la guerra,
mas que otras estan sujetas a continua mu-
dança: quanto mas que yo pienso, y es
assi verdad, que aquel sabio Freston que
me robò el aposento, y los libros, ha buel-
to estos Gigantes en molinos, por quitar-
me la gloria de su vencimiento; tal es la
enemistad que me tiene, mas al cabo al cabo,
han de poder poco sus malas artes contra
la bondad de mi espada. Dios lo haga como
puede, respòdio Sãcho Pança, y ayudãdole a
leuantar, torno a subir sobre Rozinate q̃ me-
dio despaldado estaua: y hablãdo en la passa-
da auentura, siguieron el camino del puerto

Lapice, porque alli dezia don Quixote, q
no era posible dexar de hallarse muchas
diuersas auenturas, por ser lugar muy pas
gero, sino que yua muy pesaroso por auer
faltado la lança, y diziendoselo a su escudero
le dixo: Yo me acuerdo auer leydo, que vn
uallero Español, llamado Diego Perez d Va
gas, auiendosele en vna batalla rota la espa
da, desgajò de vna enzina vn pesado ramo
tronco, y con el hizo tales cosas aquel dia,
machacò cantos Moros, que le quedò por
brenombre Machuca, y assi el como sus de
cendientes, se llamaron desde aquel dia
adelante, Vargas, y Machuca. Hete dicho es
porque de la primera enzina, o roble que
me deparare, pienso desgajar otro tronco, tal
tã bueno como aquel, q̃ me imagino y pien
so hazer con el tales hazañas, que tu te ten
gas por bien afortunado, de auer merecido
venir a verlas, y a ser testigo de cosas q̃ a pe
nas podran ser creydas. A la mano de Dios
dixo Sancho, yo lo creo todo assi como vue
tra merced lo dize, pero enderecese vn poco
que parece que va de medio lado, y deue de
ser del molimiento de la cayda. Assi es la ver
dad, respondio don Quixote, y sino me quex
xo del dolor, es porque no es dado a los ca
ualleros andantes, quexarse de herida algu
na, aunque se le salgan las tripas por ella

Si esso es assi, no tengo yo que replicar, res
pondio Sancho, pero sabe Dios si yo me hol
gara que vuestra merced se quexara quando
alguna cosa le doliera. De mi se dezir, que me
he de quexar del mas pequeño dolor que tẽ
ga, si ya no se entiende tambien con los escu
deros de los caualleros andantes, esso del no
quexarse. No se dexò de reyr dò Quixote, de
la simplicidad de su escudero, y assi le declara
rò que podia muy bien quexarse, como, y quã
do quisiesse, sin gana, o con ella, que hasta en
tonces no auia leydo cosa en contrario en la
orden de caualleria. Dixole Sancho, que mi
rasse que era hora de comer. Respondiole su
amo, que por entonces no le hazia menester,
que comiesse el quando se le antojasse. Con
esta licencia se acomodò Sancho lo mejor q̃
pudo sobre su jumento, y sacando de las al
forjas lo q̃ en ellas auia puesto, yua caminan
do y comiendo detras de su amo, muy de es
pacio, y de quando en quando empinaua la
bota con tanto gusto, q̃ le pudiera embidiar
el mas regalado bodegonero de Malaga. Y
en tanto q̃ el yua de aq̃lla manera menudean
do tragos, no se le acordaua de ninguna pro
messa q̃ su amo le huuiesse hecho, ni tenia por
ningun trabajo, sino por mucho descãso, an
dar buscando las auenturas, por peligrosas q̃
fuessen. En resolucion, aquella noche la passa-

ron entre vnos arboles;y del vno dellos dest
gajo don Quixote vn ramo seco, que casi le
podia seruir de lança, y puso en el el hierro
que quitò de la que se le auia quebrado. To
da aquella noche no durmio don Quixote
pensando en su señora Dulcinea, por acomo
darse a lo que auia leydo en sus libros, quan
do los caualleros passauan sin dormir mu
chas noches en las floresta, y despoblados
entretenidos con las memorias de sus seño
ras. No la passò assi Sancho Pança, que com
tenia el estomago lleno, y no de agua de ch
coria, de vn sueño se la lleuo toda: y no fue
parte para despertarle (si su amo no le llama
ra) los rayos del sol que le dauan en el rostro
ni el canto de las aues, que muchas, y muy re
gozijadamente la venida del nueuo dia sal
dauan. Al leuantarse dio vn tiento a la bol
y hallola algo mas flaca que la noche antes
afligiole el coraçon, por parecerle que no ll
uauan camino de remediar tan presto su fal
ta. No quiso desayunarse don Quixote, po
que como esta dicho, dio en sustentarse de
brosas memorias. Tornaron a su comença
camino del puerto Lapice, y à obra de las un
del dia le descubrieron. Aqui, dixo en vie
dole don Quixote, podemos hermano San
cho Pança, meter las manos hasta los code
en esto que llaman auenturas. Mas aduierte

aun que me veas en los mayores peligros del
mũdo, no has de poner mano a tu espada pa
ra defenderme, si ya no vieres que los que me
ofenden, es canalla, y gente baxa, que en tal
caso bien puedes ayudarme: pero si fueré ca
ualleros, en ninguna manera te es licito, ni có
cedido por las leyes de caualleria q̃ me ayu
des, hasta q̃ seas armado caualler o. Por cierto
señor, respondio Sancho, que vuestra merced
sea muy biẽ obedecido en esto, y mas que yo
de mio me soy pacifico, y enemigo de meter
me en ruydos, ni pendencias: bien es verdad,
q̃ en lo q̃ tocare a defender mi persona, no tẽ
dre mucha cuenta con essas leyes, pues las di
uinas y humanas permiten, q̃ cada vno se de
fienda de quien quisiere agrauiarle. No digo
yo menos, respondio don Quixote, pero en
esto de ayudarme contra caualleros, has de
tener a raya tus naturales impetus. Digo q̃ as
si lo hare, respõdio Sancho, y que guardare
esse preceto, tan bien como el dia del Domin
go. Estando en estas razones, assomaron por
el camino dos frayles de la ordẽ de S. Benito,
caualleros sobre dos Dromedarios, q̃ no erã
mas pequeñas dos mulas en q̃ veniã. Trayan
sus antojos đ camino, y sus quitasoles. Detras
dellos venia vn coche, con quatro, o cinco
de acatallo que le acompañauan, y dos mo
ços de mulas a pie. Venia en el coche como

despues se supo, vna señora Vizcayna, que yua a Seuilla donde estaua su marido, que passaua a las Indias con vn muy honroso cargo. No venian los frayles con ella, aunque yuan el mesmo camino, mas a penas los diuisò don Quixote, quãdo dixo a su escudero: O yo me engaño, o esta ha de ser la mas famosa auentura que se aya visto, porque aquellos bultos negros que alli parecen, déuen de ser, y son sin duda algunos encantadores, que lleuã hurtada alguna Princessa en aquel coche, y es menester deshazer este tuerto a todo mi poderio. Peor serà esto que los molinos de viento, dixo Sancho: Mire Señor, que aquellos son frayles de san Benito, y el coche deue ser de alguna gente passagera. Mire que digo, q̃ mire bien lo que haze, no sea el diablo q̃ le engañe. Ya te he dicho Sancho, respondio don Quixote, que sabes poco de achaque de aventuras, lo que yo digo es verdad, y aora lo veras: y diziendo esto se adelantò, y se puso en la mitad del camino por donde los frayles venian, y en llegando tan cerca, q̃ a el le pareció que le podrian oyr lo que dixesse, en alta boz dixo: Gente endiablada, y descomunada dexad luego al punto las altas Princesas que en esse coche lleuays forçadas, sino aparejaos a recebir presta muerte, por justo castigo de vuestras malas obras. Detuuieron los frayles las riendas, y quedaron admirados, assi de la figura de don Quixote, como de sus razones, a las quales respondieron: Señor caualleros, nosotros no somos endiablados, ni descomunales, sino dos religiosos de san Benito, q̃ vamos nuestro camino, y no sabemos si en este coche vienen, o no, ningunas forçadas Princesas. Para conmigo no ay palabras blandas, q̃ ya yo os conozco fementida canalla, dixo don Quixote, y sin esperar mas respuesta picò a Rozinante, y la lança baxa arremetio cõtra el primero frayle, con tanta furia y denuedo, q̃ si el frayle no se dexara caer de la mula, el le hiziera venir al suelo mal de su grado y aũ mal ferido, sino cayera muerto. El segũdo religioso que vio del modo que trataaan a su compañero, puso piernas al castillo de su buena mula, y començó a correr por aquella campaña, mas ligero que el mismo viẽto. Sancio Pança, que vio en el suelo al frayle, apeandose ligeramente de su asno, arremetio a el, y le començò a quitar los habitos. Llegaron en esto dos moços de los frayles, y preguntarõle, que porque le desnudaua? Respondioles Sancho, que aquello le tocaua a el legitimamente, como despojos de la batalla que su señor don Quixote auia ganado. Los moços q̃ no sabian de burlas, ni entendian aquello de despojos, ni batallas, viendo que ya don Qui-

xote estaua desuiado de alli, hablando con la
que en el coche venian, arremetieron con Sa-
cho, y dieron con el en el suelo, y sin dexar
pelo en las barbas, le molieron a cozes, y a
dexaron tendido en el suelo, sin aliento, ni fo
tido: y sin detenerse vn punto, tornò a subir
el frayle, todo temeroso, y acobardado, y sin
color en el rostro: y quando se vio a caualle
picò tras su compañero, que vn buen espa
de alli le estaua aguardando, y esperando en
paraua aquel sobresalto; y sin querer aguar
dar el fin de todo aquel començado succes
figuieron su camino, haziendose mas cruzes
si lleuaran al diablo a las espaldas. Don Qui
xote estaua como se ha dicho, hablando con
señora del coche, diziendole: La vuestra ferm
sura señora mia, puede fazer de su persona
que mas le viniere en talante, porque ya la
beruia de vuestros robadores yaze por el sue
lo, derribada por este mi fuerte braço: y por
que no peneys por saber el nombre de vue
tro libertador, sabed que yo me llamo don
Quixote de la Mancha, cauallero andante,
auenturero, y cautiuo de la sin par y hermo
doña Dulcinea del Toboso: y en pago del be
neficio que de mi aueys recebido, no quie
ro otra cosa, sino que boluays al Toboso,
que de mi parte os presenteys ante esta seño
ra, y le digays lo que por vuestra libertad

fecho. Todo esto que don Quixote dezia, es-
cuchaua vn escudero de los que el coche acó-
pañauan, que era Vizcayno, el qual viendo
que no queria dexar passar el coche adelan-
te, sino que dezia que luego auia de dar la
buelta al Toboso, se fue para don Quixote, y
asiendole de la lança, le dixo en mala lengua
Castellana, y peor Vizcayna, desta manera:
Anda cauallero, que mal andes, por el Dios q̃
eriome, que sino dexas coche, assi te matas
como estas ahi Vizcayno. Entendiole muy
bien don Quixote, y con mucho sossiego le
respondio: si fueras cauallero como no lo
eres, ya yo huuiera castigado tu sandez, y
atreuimiento, cautiua criatura. A lo qual re-
plicò el Vizcayno: Yo no cauallero: Iuro a
Dios tan mientes como Christiano. Si lança
arrojas, y espada sacas, el agua quan presto
veràs que al gato lleuas: Vizcayno por tierra,
hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mie
tes, que mira si otra dizes cosa. Aora lo vere-
des dixo Agreges, respondio don Quixote, y
arrojádo la lança en el suelo, sacò su espada, y
embraçò su rodela, y arremetio al Vizcayno,
con determinació de quitarle la vida. El Viz
cayno q̃ assi le vio venir, aunque quisiera a-
pearse de la mula, q̃ por ser de las malas de al-
quiler, no auia que fiar en ella, no pudo hazer
otra cosa, sino sacar su espada: pero auinole
bien,

bič, que se hallò junto al coche, de donde p
do tomar vna almohada que le siruio de e
cudo, y luego se fueró el vno para el otro, c
mo si fueran dos mortales enemigos. La d
mas gente quisiera ponerlos en paz, mas
pudo, porque dezia el Vizcayno en sus m
trauadas razones, que sino le dexauan acab
su batalla, q̃ el mismo auia de matar a su am
y a toda la gente que se lo estoruasse. La seño
ra del coche, admirada, y temerosa de lo q
veia, hizo al cochero que se desuiasse de allí
gun poco, y desde lexos se puso a mirar la
gurosa contiẽda: en el discurso de la qual, d
el Vizcayno vna gran cuchillada a don Qui
te encima de vn ombro, por encima de la r
dela, que a darsela sin defensa, le abriera ha
ta la cintura. Don Quixote que sintio la pe
dumbre de aquel desaforado golpe, dio v
gran boz, diziẽdo: O señora de mi alma Di
cinea, flor de la fermosura, socorred a es
vuestro cauallero, q̃ por satisfazer a la vuest
mucha bondad, en este riguroso trance se h
lla. El dezir esto, y el apretar la espada, y
cubrirse bien de su rodela, y el arremeter
Vizcayno, todo fue en vn tiempo, lleuand
determinació de auenturarlo todo a la de
solo golpe. El Vizcayno que assi le vio ven
contra el, bien entendio por su denuedo
coraje, y determinò de hazer lo mesmo q

don Quixote: y assi le aguardò bien cubierto
de su almohada, sin poder rodear la mula a
vna, ni a otra parte, que ya de puro cansada, y
no hecha a semejantes niñerias, no podia dar
vn passo. Venia pues, como se ha dicho, don
Quixote contra el cauto Vizcayno, con la es-
pada en alto, con determinació de abrirle por
medio: y el Vizcayno le aguardaua ansi mes-
mo, leuantada la espada, y aforrado con su al-
mohada, y todos los circunstantes estauan te-
merosos, y colgados de lo que auia de sucede
der de aquellos tamaños golpes con q̃ se ame
nazauan, y la señora del coche, y las demas
criadas suyas, estauan haziendo mil votos, y
ofrecimientos a todas las ymagines, y casas de
deuocion de España, porque Dios librasse a
su escudero, y a ellas, de aquel tan grande pe-
ligro en que se hallauan. Pero está el daño de
todo esto, que en este punto, y termino, dexa
pendiente el autor desta historia esta batalla,
disculpandose, que no hallò mas escrito des-
tas hazañas de don Quixote, de las que dexa
referidas. Bien es verdad, que el segundo au-
tor desta obra, no quiso creer que tan curio-
sa historia estuuiesse entregada a las leyes del
olvido, ni que huuiessen sido tan poco curio-
sos los ingenios de la Mancha, que no tu-
uiessen en sus archiuos, o en sus escritorios, al-
gunos papeles, que deste famoso cauallero tra

tassen,

tassen, y assi con esta imaginicion, no se desesperò de hallar el fin desta apazible historia, el qual siendole el cielo fauorable, le hallò del modo que se contarà en la segunda Parte.

(?)

SEGVNDA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO don Quixote de la Mancha.

CAP. IX. DONDE SE CONcluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo Vizcayno, y el valiente Manchego tuuieron.

DEXAMOS en la primera parte desta historia, al valeroso Vizcayno, y al famoso don Quixote, cõ las espadas altas, y desnudas, en guisa de descargar dos furibũdos fendientes, tales q̃ si en lleno se acertauan, por lo menos se diuidirian, y fenderian de arriba a baxo, y abririan como vna granada: y que en aquel punto tan dudoso paró, y quedò destroncada tan sabrosa historia, sin que nos diesse noticia su autor dõde se podria hallar lo que della faltaua. Causome esto mucha pesadumbre, porque el gusto de auer leydo tan poco, se boluia en disgusto, de

pensar

pensar el mal camino que se ofrecia, para
llar lo mucho q̃ a mi parecer faltaua de tan
broso cuento. Parecíome cosa imposible,
fuera de toda buena costumbre, que a
buen caualiero le huuiesse faltado algun
bio que tomara a cargo el escriuir sus nu
vistas hazañas; cosa que no faltò a ninguno
los caualleros andantes, de los que dizen
gentes que van a sus auenturas, porque ca
vno dellos tenia vno, o dos sabios como
molde q̃ no solamẽte, escriuiã sus hechos, s
que pintauan sus mas mínimos pensamient
y niñerias, por mas escondidas que fuesen.
no auia de ser tan desdichado tan buen ca
llero, q̃ le faltasse a el lo que sobrò a Platir
otros semejantes. Y assi no podia inclinar
a creer que tan gallarda historia huuiesse q
dado manca, y estropeada, y echaua la culp
la malignidad del tiempo, deuorador, y co
nidor de todas las cosas: el qual, o la ra
oculta, o consumida. Por otra parte me
recia, que pues entre sus libros se
hallado tan modernos, como Desengañ
celos, y Ninfas, y pastores de Enares, que
bien su historia deuia de ser moderna, y q
ya que no estuuiesse escrita, estaria en la
memoria de la gente de su aldea, y de las
circunuezinas. Esta imaginacion me traia
fuego, y deseo, de saber real, y verdadera

re, toda la vida y milagros de nuestro famoso
Español don Quixote de la Mancha, luz y es-
pejo de la caualleria Manchega, y el primero q̃
en nuestra edad, y en estos tan calamitosos tiẽ
pos se puso al trabajo y exercicio de las an-
dantes armas, y al de desfazer agrauios, socor
rer biudas, amparar donzellas, de aquellas que
andauan con sus açotes, y palafrenes, y con to
da su virginidad acuestas, de monte en mõte,
y de valle en valle: que sino era que algun
follon, o algun villano de acha, o capellina,
o algũ descomunal Gigante las forçaua, don-
zella huuo en los passados tiempos, que al ca-
bo de ochenta años, q̃ en todos estos no dur-
mio vn dia debaxo de texado, se fue tan en-
tera a la sepultura, como la madre que la auia
parido. Digo pues, que por estos y otros mu-
chos respetos, es digno nuestro gallardo Qui-
xote, de continuas y memorables alabanças:
y aun a mi no se me deuen negar, por el tra-
bajo y diligencia que puse, en buscar el fin de
esta agradable historia. Aunque bien se, que si
el cielo, el caso, y la fortuna no me ayudaran,
el mundo quedara falto, y sin el passatiempo
y gusto que bien casi dos horas podra tener,
el que con atencion la leyere. Passo pues el ha-
llazgo en esta manera.

Estando yo vn dia en el Alcana de Toledo,
llego vn muchacho a vender vnos cartapa-

cios, y papeles viejos a vn escudero, y co
soy aficionado a leer, aunque sean los pap
rotos de las calles, llevado desta mi na
inclinacion, tomé vn cartapacio de los q
muchacho vendia, y vile con caracteres
conoci ser Aravigos. Y puesto que aunque
conocia, no los sabia leer, anduve mira
parecia por alli algun Morisco Aljamia
los leyesse: y no fue muy dificultoso halla
terprete semejante, pues aunq̃ le buscara de
tra mejor y mas antigua lengua, le hallara,
fin la suerte me deparò vno, q̃ diziendole
desseo, y poniendole el libro en las manos
abrio por medio, y leyendo vn poco en el
començò a reyr. Preguntele que de que
reia? y respondiome, que de vna cosa que
nia aquel libro escrita en el margen por a
cion. Dixele que me la dixesse, y el sin de
la risa, dixo: Està, como he dicho, aqui e
margen escrito esto: Esta Dulcinea del To
so, tantas vezes en esta historia referida, e
que tuuo la mejor mano para salar puer
que otra muger de toda la Mancha. Quan
yo ohi dezir Dulcinea del Toboso, quede
nito, y suspenso, porque luego se me repre
tò que aquellos cartapacios contenian
historia de dõ Quixote. Con esta imagina
le di priessa que leyesse el principio: y haz
dolo assi, boluiendo de improuiso el Ara

go

go en Castellano, dixo que dezia: Historia de don Quixote de la Mancha, escrita por Cide Hamete Benengeli, historiador Aravigo. Mucha discreciõ fue menester para disimular el contẽto que recebi, quãdo llegò a mis oydos el titulo del libro: y salteandosele al sedero, comprè al muchacho todos los papeles, y cartapacios, por medio real: que si el tuuiera discrecion, y supiera lo que yo los desseaua, bien se pudiera prometer, y llevar mas de seys reales de la cõpra. Apartome luego con el Morisco, por el claustro de la Iglesia mayor, y roguele me boluiesse aquellos cartapacios, todos los q̃ tratauã de don Quixote, en lẽgua Castellana, sin quitarles, ni anadirles nada, ofreciendole la paga q̃ el quisiesse. Contẽtose con dos arrobas de passas, y dos fanegas de trigo, y prometio de traduzirlos bien, y fielmente, y con mucha brevedad. Pero yo por facilitar mas el negocio, y por no dexar de la mano tan buẽ hallazgo, le truxe a mi casa, donde en poco mas de mes y medio la traduxo toda, del mesmo modo q̃ aqui se refiere. Estaua en el primero cartapacio pintada muy al natural la batalla de dõ Quixote cõ el Vizcayno, puestos en la mesma postura q̃ la historia cuẽta, leuãtadas las espadas, el vno cubierto de su rodela, el otro de la almohada: y la mula del Vizcayno tã al vino, que estaua mostrãdo ser de alquiler a

Universidad de Deusto
Biblioteca

tiro de ballesta. Tenia a los pies escrito el V
cayno vn titulo que dezia: Don Sancho
Azpetia, que sin duda deuia de ser su nomb
y a los pies de Rozinante estaua otro que d
zia: Don Quixote. Estaua Rozinante mara
llosamente pintado, tan largo, y tendido, q
atenuado y flaco, con tanto espinazo, tan e
co cõsumado, que mostraua bien al descuid
to con quanta aduertencia y propriedad, q
auia puesto el nombre de Rozinante. Junt
el estaua Sancho Pança, que tenia del cabes
a su asno: a los pies del qual estaua otro re
lo, que dezia: Sancho çancas, y deuia de ser
tenia a lo que mostraua la pintura, la barr
grande, el talle corto, y las çancas largas: y p
esto se le deuio de poner nombre de Pança
de çancas, que con estos dos sobrenombre
llama algunas vezes la historia. Otras alg
nas menudencias auia que aduertir, pero t
das son de poca importancia, y que no ha
al caso a la verdadera relacion de la histor
que ninguna es mala, como sea verdadera.
a esta se le puede poner alguna objecion q
ca de su verdad, no podra ser otra, sino a
sido su autor Aranigo, siendo muy propri
los de aquella nacion ser mentirosos: aunq
por ser tan nuestros enemigos, antes se pue
entender auer quedado falto en ella que a
masiado. Y assi me parece a mi, pues quan
pudi

pudiera, y deuiera estender la pluma, en las a-
labanças de tan buen cauallero, parece que
de industria las passa en silencio. Cosa mal he-
cha, y peor pensada, auiendo, y deuiendo ser
los historiadores puntuales, verdaderos, y no
nada apassionados, y q̃ ni el interes, ni el mie
do, el rancor, ni la aficion, no les haga torcer
del camino de la verdad, cuya madre es la his-
toria emula del tiempo, deposito de las actio
nes, testigo de lo passado, exemplo y auiso de
lo presente, aduertencia de lo por venir. En
esta se que se hallarà todo lo que se acertare a
desear en la mas apazible: y si algo bueno en
ella faltare, para mi tengo, que fue por culpa
del galgo de su autor, antes que por falta del
sujero. En fin su segunda parte, siguiendo la
traducion, començaua desta manera.

Puestas, y leuantadas en alto las cortadoras
espadas de los dos valerosos y enojados com
batientes, no parecia sino que estauan amena-
zando al cielo, a la tierra, y al abismo; tal era
el denuedo y continente que tenian. Y el pri-
mero que fue a descargar el golpe, fue el colc-
rico Vizcayno: el qual fue dado cõ tanta fuer
ça, y tanta furia, que a no boluersele la espada
en el camino, aquel solo golpe fuera bastante
para dar fin a su rigurosa contienda, y a todas
las auenturas de nuestro cauallero: mas la bue
na suerte q̃ para mayores cosas le tenia guar-

dado, torciò la espada de su contrario, de m
do, que aunque le acertò en el ombro y zqu
do, no le hizo otro daño que desarmarle to
aquel lado, lleuandole de camino gran par
de la zelada, con la mitad de la oreja, que l
do ello con espantosa ruyna vino al suelo, d
xandole muy mal trecho. Valame Dios y q
fera aquel que buenamẽte pueda contar ac
la rabia que entro en el coraçon de nues
Manchego, viẽdose parar de aquella mane
No se diga mas, sino q̃ fue de manera, q̃ se
çò de nueuo en los estribos, y apretando m
la espada en las dos manos, cõ tal furia dele
gò sobre el Vizcayno, acertandole de lleno
bre la almohada, y sobre la cabeça, que sin
parte tan buena defensa, como si cayera sob
el vna montaña, començò a echar sangre p
las narizes, y por la boca, y por los oydos,
dar muestras de caer de la mula abaxo, de
de cayera sin duda, sino se abraçara cõ el cu
llo: pero con todo esso sacò los pies de los e
tribos, y luego soltò los braços, y la mula
pantada del terrible golpe, dio a correr por
campo, y a pocos corcobos dio con su dueñ
en tierra. Estauase lo con mucho sossiego m
rando don Quixote, y como lo vio caer, sa
de su caualio, y con mucha ligereza se llego
el, y poniẽdole la punta de la espada en
ojos, le dixo q̃ se rindiesse, sino que le corta
la cab

la cabeça. Estaua el Vizcayno tan turbado, q̃
no podia responder palabra, y el lo passara
mal, segun estaua ciego don Quixote, si las se-
ñoras del coche que hasta entonces con gran
desmayo auian mirado la pendencia, no fuerã
adonde estaua, y le pidieran con mucho enca-
recimiento, les hiziesse tan gran merced, y fa-
uor, de perdonar la vida a aquel su escudero.
A lo qual don Quixote respondio, con mucho
entono, y grauedad: Por cierto fermosas seño
ras, yo soy muy contento de hazer lo que me
pedis, mas ha de ser con vna condicion y con-
cierto: y es, que este cauallero me ha de pro-
meter de yr al lugar del Toboso, y presentarse
de mi parte, ante la sin par doña Dulcinea, pa
ra que ella haga del lo que mas fuere de su vo
luntad. La temerosa, y desconsolada señora,
sin entrar en cuenta de lo que don Quixote
pedia, y sin preguntar quien Dulcinea fuesse,
le prometieron que el escudero haria todo
aquello que de su parte le fuesse mandado.
Pues en fe de essa palabra, yo no le hare mas
daño, puesto que me lo tenia bien mere-
cido.

CAP. X. DE LO QVE MAS LE auino a don Quixote con el Vizcayno, y del peligro en que se vio con vna turba de Iangueses.

YA en este tiempo se auia leuantado Sancho Pança, algo maltratado de los moços de los frayles, y auia estado atento a la batalla de su señor don Quixote, y rogaua a Dios en su coraçon, fuesse seruido de darle vitoria, y que en ella ganasse alguna insula de donde le hiziesse Gouernador, como se lo auia prometido. Viendo pues ya acabada la pendencia, y que su amo boluia a subir sobre Rozinante, llegò a tenerle el estribo: y antes que subiesse, se hincò de rodillas delante del, y asiendole de la mano se la besò, y le dixo: Sea vuestra merced seruido, señor don Quixote mio, de darme el gouierno de la insula que en esta rigurosa pendencia se ha ganado, que por grande que sea, yo me siento con fuerças de saberla gouernar, tal, y tan bien como otro que aya gouernado insulas en el mundo. A lo qual respòdio don Quixote: Aduertid hermano Sancho, que esta auentura, y las a esta semejantes, no son auenturas de insulas, sino de encruzijadas, en las quales no se gana otra cosa, que sacar rota la cabeça, o vna oreja menos. Tened paciencia, que auenturas se ofrecerán donde no solamẽte os pueda hazer Gouernador, sino mas adelante. Agradecioselo mucho Sancho, y besandole otra vez la mano, y la falda de la loriga, le ayudò a subir sobre Rozinante, y el subio sobre su asno, y començo

a seguir a su señor, que a passo tirado, sin despedirse, ni hablar mas con las del coche, se entrò por vn bosque que alli junto estaua. Seguiale Sancho, a todo el trote de su jumento: pero caminaua tanto Rozinãte, que viendose quedar a tras, le fue forçado dar bozes a su amo que se aguardasse. Hizolo assi dõ Quixote, teniendo las riendas a Rozinante, hasta que llegasse su cansado escudero, el qual en llegando le dixo: Pareceme señor, que seria acertado yrnos a retraer a alguna Iglesia, que segun quedò mal trecho aquel con quien os combatistes, no serà mucho que den noticia del caso a la santa Hermãdad, y nos prendan: y ase que si lo hazen, que primero que salgamos de la carcel, que nos ha de sudar el hopo. Calla, dixo don Quixote, y dõde has visto tu, o leydo jamas, que cauallero andãte aya sido puesto ante la justicia, por mas homicidios q̃ huuiesse cometido. Yo no se nada de omecillos, respondio Sancho, ni en mi vida le catè a ninguno: solo se que la santa Hermandad tiene que ver con los que pelean en el campo, y en essotro no me entremeto. Pues no tengas pena amigo, respondio don Quixote, que yo te sacarè de las manos de los Caldeos, quanto mas de las de la Hermandad. Pero dime por tu vida, has tu visto mas valeroso cauallero q̃ yo, en todo lo descubierto de la tierra? Has

leydo en hiſtorias otro que tenga, ni aya tenido mas brio en acometer, mas aliento en el perſeuerar, mas deſtreza en el herir, ni mas maña en el derribar? La verdad ſea, reſpondio Sancho, que yo no he leydo ninguna hiſtoria jamas, porque ni ſe leer, ni eſcriuir: mas lo que oſare apoſtar, es, que mas atreuido amo q̃ vueſtra merced, yo no le he ſeruido en todos los dias de mi vida, y quiera Dios que eſtos atreuimientos, no ſe paguen donde tengo dicho. Lo que le ruego a vueſtra merced, es q̃ ſe cure, que le va mucha ſangre de eſſa oreja que aqui traygo hilas, y vn poco de vnguento blanco en las alforjas. Todo eſſo fuera bien eſcuſado, reſpõdio don Quixote, ſi a mi ſe me acordara de hazer vna redoma del baliſamo de Fierabras, que con ſola vna gota, ſe ahorran tiempo, y medicinas. Que redoma, y que baliſamo es eſſe? dixo Sancho Pança. Es vn baliſamo, reſpondio don Quixote, de quien tengo la receta en la memoria, con el qual no ay que tener temor a la muerte, ni ay penſar morir de ferida alguna. Y aſsi quãdo yo le haga y te le de, no tienes mas que hazer, ſino que quando vieres que en alguna batalla me han partido por medio del cuerpo (como muchas vezes ſuele acontecer:) bonitamente la parte del cuerpo que huuiere caydo en el ſuelo, y con mucha ſotileza, antes que la ſangre ſe yele,

le, la pondras ſobre la otra mitad que quedare en la ſilla, aduirtiendo de encaxallo ygualmente, y al juſto. Luego me daràs a beuer ſolos dos tragos del baliſamo que he dicho, y verãſme quedar mas ſano que vna mançana. Si eſſo ay, dixo Pança, yo renuncio deſde aqui el gouierno de la prometida Inſula, y no quiero otra coſa en pago de mis muchos, y buenos ſeruicios, ſino que vueſtra merced me de la receta de eſſe eſtremado licor, que para mi tengo que valdra la onça a donde quiera, mas de a dos reales, y no he meneſter yo mas, para paſſar eſta vida honrrada, y deſcanſadamẽte. Pero es de ſaber aora, ſi tiene mucha coſta el hazelle? Con menos de tres reales ſe pueden hazer tres azumbres, reſpondio don Quixote. Pecador de mi, replicõ Sancho, pues a que aguarda vueſtra merced a hazelle, y a enſeñarmele? Calla amigo, reſpondio don Quixote, q̃ mayores ſecretos pienſo enſeñarte, y mayores mercedes hazerte: y por aora curemonos, q̃ la oreja me duele mas de lo q̃ yo quiſiera. Sacò Sancho de las alforjas hilas y vnguento: mas quando don Quixote llegò a ver rota ſu celada, pẽſò perderder el juyzio, y puesta la mano en la eſpada, y alçãdo los ojos al cielo, dixo: Yo hago juramẽto al criador de todas las coſas, y a los ſantos quatro Euangelios dõde mas largamẽte eſtã eſcritos, de hazer la vida q̃ hizo

hizo el grande Marques de Mantua, quando jurò de vengar la muerte de su sobrino Valdouinos; que fue, de no comer pan a manteles, ni con su muger folgar, y otras cosas, q̃ aunque dellas no me acuerdo, las doy aquí por expressadas, hasta tomar entera vengança del que tal desaguisado me fizo. Oyendo esto Sancho, le dixo: Aduierta vuestra merced, señor don Quixote, q̃ si el caualiero cumpliò lo q̃ se le dexò ordenado, de yrse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya aurá cũplido có lo q̃ deuia, y no merece otra pena, sino comete nueuo delito. Has hablado, y apuntado muy bien, respondio don Quixote, y assi anulo el juramẽto, en quãto lo q̃ toca a tomar del nueua vengança: pero hagole, y confirmole de nueuo, de hazer la vida que he dicho, hasta tanto que quite por fuerça otra celada, tal, y tan buena como esta, a algun caualiero. Y no piensses Sancho, que assi a humo de pajas hago esto, que bien tengo a quié imitar en ello, que esto mesmo passò al pie de la letra sobre el yelmo de Mambrino, que tan caro le costò a Sacripante. Que de al diablo vuestra merced tales juramentos, señor mio, replico Sãcho, q̃ son muy en daño de la salud, y muy en perjuyzio de la conciencia. Sino digame aora, si a caso en muchos dias no topamos hombre armado con celada, q̃ hemos de ha-

de hazer, ha se de cũplir el juramento, a despecho de tantos inconuenientes, è incomodidades, como serà el dormir vestido, y el no dormir en poblado, y otras mil penitencias q̃ contenia el juramẽto de aquel loco viejo del Marques de Mantua, q̃ vuestra merced quiere renualidar aora? Mire vuestra merced bien, que por todos estos caminos no andan hombres armados, sino arrieros, y carreteros, q̃ no solo no traen celadas, pero quiça no las han oydo nombrar en todos los dias de su vida. Engañaste en esso, dixo dõ Quixote, porq̃ no aurémos estado dos horas por estas encruzijadas, quãdo veamos mas armados que los que vinieron sobre Albraca, a la conquista de Angelica la Bella. Alto pues, sea assi, dixo Sãcho, y a Dios prazga que nos suceda bien, y que se llegue ya el tiempo de ganar esta Insula q̃ tan cara me cuesta, y muerame yo luego. Ya te he dicho Sancho, que no te de esso cuydado alguno, q̃ quãdo faltare Insula, aí està el Reyno de Dinamarca, o el de Sobradisa, que te vendrán como anillo al dedo, y mas q̃ por ser en tierra firme te deues mas alegrar. Pero dexemos esto para su tiẽpo, y mira si traes algo en essas alforjas q̃ comamos, porque vamos luego en busca de algun castillo donde alojemos esta noche, y hagamos el balsamo q̃ te he dicho, porque yo te voto a Dios, q̃ me va doliendo mu-

do mucho la oreja. Aqui trayo vna cebolla, y vn poco de queso, y no se quãtos mendrugos de pan, dixo Sancho, pero no son manjares q̃ pertenece a tan valiẽte caualliero como vuestra merced. Que mal lo entiendes, respondio dõ Quixote: hagote saber Sancho, q̃ es honra de los caualleros andantes, no comer en vn mes, y ya que coman, sea de aquello q̃ hallaren mas a mano: y esto se te hiziera cierto, si huuieras leydo tantas historias como yo, q̃ aunque han sido muchas, en todas ellas no he hallado hecha relacion de que los caualleros andantes comiessen, sino era a caso, y en algunos suntuosos banquetes que les hazian, y los demas dias selos passauan en flores. Y aunque se dexa entender, que no podian passar sin comer, y sin hazer todos los otros menesteres naturales, porq̃ en efeto eran hombres como nosotros, hase de entender tãbien, que andando lo mas del tiempo de su vida por las floresta, y despoblados, y sin cozinero, que su mas ordinaria comida seria de viãdas rusticas, tales como las que tu aora me ofreces. Assi que Sãcho amigo no te cõgoxe lo q̃ a mi me da gusto, ni quieras tu hazer mundo nueuo, ni sacar la caualleria andãte de sus quicios. Perdoneme vuestra merced, dixo Sancho, que como yo no se leer, ni escreuir, como otra vez he dicho, no se ni he caydo en las reglas de la profesiõ caualleresca, y de

y de aqui adelante yo proueere las alforjas de todo genero de fruta seca para vuestra merced, q̃ es caualliero: y para mi la prouere, pues no lo soy, de otras cosas bolatiles, y de mas sustãcia. No digo yo, Sancho, replicò don Quixote, que sea forçoso a los caualleros andãtes no comer otra cosa sino esas frutas que dizes, sino q̃ su mas ordinario sustento deuia de ser dellas, y de algunas yeruas q̃ hallauan por los campos, que ellos conocian, y yo tambien conozco. Virtud es, respondio Sancho, conocer essas yeruas, que segun yo me voy imaginãdo, algun dia será menester vsar de esse conocimiento. Y sacãdo en esto lo que dixo q̃ trahia, comieron los dos en buena paz, y compaña. Pero desseosos de buscar dõde alojar aquella noche, acabaron con mucha brenedad su pobre y seca comida. Subieron luego a cauallo, y dieronse priesa por llegar a poblado antes q̃ anochecie sse: pero faltoles el sol, y la esperança de alcançar lo que desseauan, junto a vnas choças de vnos cabreros, y assi determinaron de passarla alli: que quanto fue de pesadumbre para Sancho no llegar a poblado, fue de contento para su amo, dormirla al cielo descubierto, por parecerle que cada vez que esto le sucedia, era hazer vn acto possessiuo que facilitaua la prueua de su caualleria.

Cap.

CAP. XI. DE LO QVE LE SV cedio a don Quixote con vnos cabreros.

FVe recogido de los cabreros con bue animo, y auiendo Sancho, lo mejor q pudo, acomodado a Rozinante, y a jumento, se fue tras el olor que dess dian de si ciertos tassajos de cabra, q hirui al fuego en vn caldero estañ, y aunque el q siera en aquel mesmo punto, ver si estauan sazõ de trasladarlos del caldero al estom lo dexo de hazer, porque los cabreros quitaron del fuego, y tendiendo por el su vnas pieles de ouejas, adereçaron con mu presta su rustica mesa, y combidaron a dos, con muestras de muy buena volun con lo que tenian. Sentaronse a la redonda las pieles seys dellos, que eran los que en majada auia: auiendo primero con grosse ceremonias rogado a don Quixote que sentasse sobre vn dornajo que buelto del reues le pusieron. Sentose don Quixote, y q dauase Sancho en pie para seruirle la cop que era hecha de cuerno. Viendole en pie amo, le dixo: Porque veas Sancho el bien q en si encierra la andante caualleria, y qua pique estan los que en qualquiera minister della se exercitan, de venir brevemente a honrados, y estimados del mundo, quie

que aqui a mi lado, y en compañia desta bue-na gente te sientes, y que seas vna misma cosa conmigo, que soy tu amo, y natural señor, que comas en mi plato, y beuas por donde yo be uiere: porque de la caualleria andante se pue-de dezir lo mesmo que del Amor se dize, que todas las cosas yguala. Gran merced, dixo Sã cho, pero se dezir a vuestra merced, que co-mo yo tuuiesse bien de comer, tambien, y me-jor me lo comeria en pie, y a mis solas, como sentado a par de vn Emperador. Y aun si va a dezir verdad, mucho mejor me sabe lo que como en mi rincon, sin melindres, ni respetos, aunque sea pan y cebolla, que los gallipauos de otras mesas donde me sea forçoso mascar despacio, beuer poco, limpiarme a menudo, no estornudar, ni toser si me viene gana, ni ha zer otras cosas que la soledad, y la libertad traen consigo. Assi que señor mio, estas hon-ras que vuestra merced quiere darme, por ser ministro, y aderente de la caualleria andante, como lo soy, siendo escudero de vuestra mer-ced, conuiertalas en otras cosas que me sean demas comodo, y prouecho, que estas (aunq las doy por bien recebidas) las renuncio para desde aqui al fin del mundo. Con todo esso te has de sentar, porque a quien se humilla, Dios le enalça, y asiendole por el braço, le forçó, a que junto a el se sentasse. No en-

tendian los cabreros aquella gerigonça de
escuderos, y de caualleros andantes, y no ha-
zian otra cosa que comer y callar, y mirar a
sus hueſpedes, que con mucho donayre y ga-
na embahulauan taſſajo como el puño. Acaba-
do el seruicio de carne, tendieron sobre las pe-
leas gran cantidad de bellotas auellanadas, y
juntamente pusieron vn medio queso, mas du-
ro que si fuera hecho de argamasia. No estaua
en esto ocioso el cuerno, porque andaua a la
redonda tan a menudo (ya lleno, ya vazio)
como arcaduz de noria, que con facilidad va-
zio vn zaque, de dos que estauan de manifies-
to. Despues que don Quixote huuo bien sa-
tisfecho su estomago, tomò vn puño, de bel-
tas en la mano, y mirandolas atentamente, so-
tò la boz a seme jãtes razones: Dichosa edad
y siglos dichosos, aquellos a quien los anti-
guos pusieron nombre de dorados, y no por-
que en ellos el oro (que en esta nuestra edad
de hierro tanto se estima) se alcançasse en a-
quella venturosa sin fatiga alguna, sino por-
que entonces los que en ella viuian, ignoraua
estas dos palabras de Tuyo, y mio. Eran en a-
quella santa edad todas las cosas comunes, a
nadie le era necessario para alcãçar su ordina-
rio sustento tomar otro trabajo, q̃ alçar la ma-
no, y alcãçarle de las robustas enzinas q̃ libe-
ralmente les estauan cõbidando con su dulce
y sa-

zonado fruto. Las claras fuentes, y corrié-
tes rios, en magnifica abundancia, sabrosas y
transparentes aguas les ofrecian. En las qui e-
bras de las peñas, y en lo hueco de los arbol s,
formauan su republica las solicitas y discretas
abejas, ofreciendo a qualquiera mano, sin in-
teres alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo
trabajo. Los valientes alcornoques despedia
de si, sin otro artificio que el de su cortesia,
sus anchas y liuianas cortezas, con que se co-
mençaron a cubrir las casas sobre rusticas es-
tacas sustẽtadas, no mas q̃ para defensa de las
inclemencias del cielo. Todo era paz enton-
ces, todo amistad, todo concordia: aun no se
auia atreuido la pesada reja del corbo arado
a abrir ni visitar las entrañas piadosas d̃ nues-
tra primera madre, q̃ ella sin ser forçada ofre-
cia por todas las partes de su fertil, y espacio
so seno, lo que pudiesse hartar, sustentar, y de-
leytar a los hijos q̃ entonces la possei an. Entõ
ces si, q̃ andauan las simples, y hermosas zaga-
lejas de valle en valle, y de otero en otero, en
trença, y en cabello, sin mas vestidos de aque-
llos q̃ eran menester para cubrir honestamẽte,
lo que la honestidad quiere, y ha querido siẽ-
pre que se cubra, y no eran sus adornos de
los que aora se vsan, a quien la purpura de
Tiro, y la por tantos modos martirizada se-
da encarece, sino de algunas hojas de verdes

lampazos, y yedra, entretexidas, con lo que quiça yuan tan pompoſas, y compueſtas, como van aora nueſtras corteſanas, con las raras y peregrinas inuenciones, que la curioſidad ociosa les ha moſtrado. Entonces ſe decorauan los concetos amoroſos del alma, ſimple, y ſenzillamente, del meſmo modo y manera que ella los concebia, ſin buſcar artificioſo rodeo de palabras para encarecerlos. No auia la fraude, el engaño, ni la malicia, mezclado ſe con la verdad, y llaneza. La juſticia ſe eſtaua en ſus proprios terminos, ſin que la oſasen turbar, ni ofender los del fauor, y los del intereſſe, que tanto agora la menoſcaban, turban, y perſiguen. La ley del encaxe, aun no ſe auia ſentado en el entendimiento del Iuez, porque entonces no auia que juzgar, ni quien fueſſe juzgado. Las Donzellas, y la honeſtidad andauan, como tengo dicho, por donde quiera, ſola, y ſeñora, ſin temor que la agena deſemboltura, y laſciuo intento le menoſcabaſſen, y ſu perdicion nacida de ſu guſto, y propria voluntad. Y aora en eſtos nueſtros deteſtables ſiglos, no eſtá ſegura ninguna, aunque la oculte, y cierre otro nueuo laberinto, como el de Creta, porque alli por los reſquicios, o por el ayre, con el zelo de la maldita ſolicitud, ſe les entra la amoroſa peſtilencia, y les haze dar cō todo ſu recogimiēto al traſte.

Para

Para cuya ſeguridad, andando mas los tiempos, y creciendo mas la malicia, ſe inſtituyò la orden de los Caualleros andantes, para defender las donzellas, amparar las biudas, y ſocorrer a los huerfanos, y a los meneſterosos. Deſta orden ſoy yo, hermanos cabreros, a quien agradezco el agaſſajo, y buen acogimiēto que hazeys a mi, y a mi eſcudero: que aunque por ley natural, eſtan todos los que viuen obligados a fauorecer a los Caualleros andantes, toda via, por ſaber que ſin ſaber voſotros eſta obligacion, me acogiſtes, y regalaſtes, es razon, que con la voluntad a mi poſsible, os agradezca la vueſtra. Toda eſta larga arenga (q̄ ſe pudiera muy bien eſcuſar) dixo nueſtro Caualiero, porque las bellotas que le dieron, le truxerō a la memoria la edad dorada: y antojoſele hazer aquel inutil razonamiēto a los cabreros, que ſin reſpōdelle palabra, embobados, y ſuſpenſos le eſtuuieron eſcuchando. Sācho, aſsi meſmo callaua, y comia bellotas, y viſitaua muy a menudo el ſegundo zaque, q̄ por que ſe enfriaſſe el vino, le tenian colgado de vn alcornoque. Mas tardò en hablar don Quixote, que en acabarſe la cena: al fin de la qual vno de los cabreros dixo: paraq̄ cō mas veras pueda vueſtra merced dezir, ſeñor Caualiero andante, que le agaſſajamos con prōpta y buena voluntad, queremos darle ſolaz, y contēto,

con hazer que cante vn compañero nuestro que no tardarà mucho en estar aqui: el qual es vn zagal muy entendido, y muy enamorado, y que sobre todo sabe leer, y escriuir, y es muſico de vn rabel, que no ay mas que desear. Apenas auia el cabrero acabado de decir esto, quando llegò a sus oydos el son del rabel, y de alli a poco llegò el que le tania, que era vn moço de hasta veynte y dos anos, de muy buena gracia. Preguntaronle sus compañeros, si auia cenado, y respondiendo que ya el que auia hecho los ofrecimientos, le dixo: De essa manera Antonio, bien podras hazernos plazer de cantar vn poco, porque vea este señor huesped, que tenemos aqui tambien por los montes, y seluas quien sepa de musica. Hemos le dicho tus buenas habilidades, y desseamos que las muestres, y nos saques verdaderos: y assi te ruego por tu vida, que te sientes y cantes el Romance de tus amores, que te compuso el Beneficiado tu tio, que en el pueblo ha parecido muy bien. Que me plaze, respondio el moço, y sin hazer mas de rogar, se sentò en el tronco de vna desmochada enzina, y templando su rabel, alli a poco con muy buena gracia, començò a cantar, diziendo desta manera.

ANTO

ANTONIO.

YO se Olalla que me adoras,
Puesto que no me lo has dicho,
Ni aun con los ojos siquiera,
Mudas lenguas de amorios.
Porque se que eres sabida,
En que me quieres me afirmo,
Que nunca fue desdichado
Amor que fue conocido.
Bien es verdad, que tal vez,
Olalla, me has dado indicio,
Que tienes de bronze el alma,
Y el blanco pecho de risco.
Mas alla entre tus reproches,
Y honestissimos desuios,
Tal vez la esperança muestra
La orilla de su vestido.
Ab alançase al señuelo
Mi fe, que nunca ha podido,
Ni menguar por no llamado,
Ni crecer por escogido.
Si el amor es cortesia,
De la que tienes colijo,
Que el fin de mis esperanças,
Ha de ser qual imagino.
Y si son sernicios parte
De hazer vn pecho benigno,
Algunos de los que he hecho

Fortalecen mi partido.
Porque si has mirado en ello,
Mas de vna vez auras visto,
Que me he vestido en los Lunes,
Lo que me honrraua el Domingo.
Como el amor, y la gala
Andan vn mesmo camino,
En todo tiempo a tus ojos
Quise mostrarme polido.
Dexo el baylar por tu causa,
Ni las musicas te pinto,
Que has escuchado a deshoras,
Y al canto del gallo primo.
No cuento las alabanças,
Que de tu belleza he dicho,
Que aunque verdaderas, hazen
Ser yo de algunas mal quisto.
Teresa del Berrocal,
Yo alabandote, me dixo,
Tal piensa que adora vn Angel,
Y viene a adorar a vn ximio.
Merced a los muchos dixes,
Y a los cabellos postizos,
Y a hipocritas hermosuras,
Que engañan al amor mismo.
Desmentila, y enojose,
Boluio por ella su primo,
Desafiome, y ya sabes
Lo que yo hize, y el hizo.

No te quiero yo a monton,
Ni te pretendo, y te siruo,
Por lo de barragania,
Que mas bueno es mi disignio.
Coyundas tiene la Iglesia,
Que son lazadas de sirgo,
Pon tu cuello en la gamella,
Veras como pongo el mio.
Donde no, desde aqui juro
Por el santo mas bendito,
De no salir destas sierras,
Sino para Capuchino.

CON esto dio el cabrero fin a su canto, y aunque dõ Quixote le rogò que algo mas cantasse, no lo consintio Sancho Pança, porque estaua mas para dormir, que para oyr canciones. Y assi dixo a su amo: Biẽ puede vuestra merced acomodarse desde luego, a donde ha de posar esta noche, que el trabajo q̃ estos buenos hombres tienen todo el dia, no permite que passen las noches cantando. Ya te entiendo Sancho, le respondio don Quixote, q̃ bien se me trasluze, que las visitas del zaque piden mas recompensa de sueño, que de musica. A todos nos sabe bien, bendito sea Dios, respondio Sancho. No lo niego, replico don Quixote, pero acomodate tu donde quisieres, que los de mi profession, mejor parecen velando

velando que durmiendo. Pero con todo eſ
ſeria bien Sancho, q̃ me bueluas a curar d
oreja, q̃ me va doliendo mas de lo que es m
neſter. Hizo Sancho lo q̃ ſe le mandaua. Y
do vno de los cabreros la herida, le dixo q
no tuuieſſe pena, q̃ el pondria remedio co
facilmente ſe ſanaſſe. Y tomando algunas h
jas de romero, de mucho que por alli auia,
maſcò, y las mezclò con vn poco de ſal, y a
candoſelas a la oreja, ſe la bendò muy bie
ſegurandole, que no auia meneſter otra m
cina, y aſsi fue la verdad.

CAP. XII. DE LO QVE CO
tò vn cabrero a los que eſtauan con d
Quixote.

ESTando en eſto, llegò otro moço
los que les traian del aldea el ba
mento, y dixo: Sabeys lo que paſſa
el lugar, compañeros? Como lo po
mos ſaber, reſpondio vno dellos. Pues ſab
proſiguio el moço, q̃ murio eſta mañana a
famoſo paſtor eſtudiante, llamado Griſoſ
mo, y ſe murmura que ha muerto de amo
de aquella endiablada moça de Marcela
hija de Guillermo el rico, aquella que ſe
da en habito de paſtora por eſſos andur
les. Por Marcela diras, dixo vno? Por e
digo, reſpondio el cabrero. Y es lo bue

que mandò en ſu teſtamento, que le enterraſ
ſen en el campo, como ſi fuera Moro, y que
ſea al pie de la peña donde eſtà la fuente del
alcornoque: porque ſegun es fama, y el dizen
que lo dixo, aquel lugar es adonde el la vio
la vez primera. Y tambien mandò otras coſas
tales, que los Abades del pueblo, dizen que
nò ſe han de cumplir, ni es bien que ſe cum-
plan, porque parecen de Gentiles. A todo lo
qual, reſponde aquel gran ſu amigo Ambro-
ſio, el eſtudiante, que tambien ſe viſtiò de pa-
ſtor con el, que ſe ha de cumplir todo ſin fal-
tar nada, como lo dexò mandado Griſoſto-
mo, y ſobre eſto anda el pueblo alborotado,
mas a lo que ſe dize en fin, ſe hara lo que Am
broſio, y todos los paſtores ſus amigos quie-
ren, y mañana le vienen a enterrar con gran
pompa, a donde tengo dicho. Y tengo para
mi, que ha de ſer coſa muy de ver, alomenos
yo no dexarè de yr a verla, ſi ſupieſſe no bol-
uer mañana al lugar. Todos iremos lo meſ-
mo, reſpondieron los cabreros, y echaremos
ſuertes quien ha de quedar a guardar las ca-
bras de todos. Bien dizes Pedro, dixo, aunque
no ſera meneſter vſar deſſa diligencia, que yo
me quedare por todos: y no lo atribuyas a vir
tud, y a poca curioſidad mia, ſino a que no me
dexa andar el garrancho que el otro dia me
paſſò eſte pie. Con todo eſſo te lo agrade-

cemos

cemos, respondio Pedro. Y don Quixote r
gò a Pedro le dixesse, que muerto era aque
que pastora aquella. A lo qual Pedro respo
dio, que lo que sabia era, que el muerto era
hijodalgo rico, vezino de vn lugar que esta
en aquellas sierras, el qual auia sido estudia
te muchos años en Salamanca, al cabo de
quales auia buelto a su lugar, con opinion
muy sabio, y muy leydo. Principalmete dez
que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo q
passan alla en el cielo el sol, y la luna: porq
puntualmente nos dezia el eris del sol y d
luna. Eclipse se llama amigo, que no eris, el
curecerse essos dos luminares mayores,
don Quixote. Mas Pedro, no reparando
niñerias, prosiguiò su cuento, diziendo: A
mesmo adeuinaua, quando auia de ser el a
abundante, o estil. Esteril quereys dezir a
go, dixo don Quixote. Esteril, o estil, respo
dio Pedro, todo se sale alla. Y digo, que c
esto que dezia, se hizieron su padre, y sus a
gos que le dauan credito, muy ricos, porq
hazian lo que el les aconsejaua, diziendol
Sembrad este año ceuada, no trigo: en este
deys sembrar garuanços, y no ceuada: el q
viene sera de guilla de azeyte: los tres figu
tes no se cogerà gota. Essa ciencia se lla
Astrologia, dixo don Quixote. No se yo c
mo se llama replicò Pedro, mas se que re

esto sabia, yaun mas. Finalmente, no passaron muchos meses despues que vino de Salamãca, quando vn dia remanecio vestido de pastor, con su ganado y pellico, auiendose quitado los habitos largos que como escolar traia, y juntamente se vistiò con el de pastor, otro su grande amigo llamado Ambrosio, que auia sido su compañero en los estudios. Oluidauame de dezir como Grisostomo el difunto, fue grande hombre de componer coplas, tanto que el hazia los villancicos para la noche del nacimiento del Señor, y los autos para el dia de Dios, q̃ los representauan los moços de nuestro pueblo, y todos dezian, que eran por el cabo. Quando los del lugar vieron tan de improuiso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podian adiuinar la causa que les auia mouido a hazer aquella tan estraña mudãça. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisostomo, y el quedò heredado en mucha cantidad de hazienda, ansi en muebles, como en rayzes, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor, y menor, y en gran cantidad de dineros: de todo lo qual quedò el moço señor desoluto, y en verdad que todo lo merecia, que era muy buen compañero, y caritatiuo, y amigo de los buenos, y tenia vna cara como vna bendicion. Despues se vino a entender, que el

auerse

auerse mudado de traje, no auia sido por
cosa, q̃ por andarse por estos despobladoes,
pos de aquella pastora Marcela, que nue
zagal nombrò denantes, de la qual se auia
morado el pobre difunto de Grisostomo,
quiero os dezir aora, porque es bien que
sepays quien es esta rapaza, quiça, y aun
quiça, no aureys oydo semejante cosa en
dos los dias de vuestra vida, aunque viu
mas años que Sarna. Dezid Sarra, replico
Quixote, no pudiendo sufrir el trocar de
vocablos del cabrero. Harto viue la Sarna,
pondio Pedro, y si es señor que me auey
andar caheriendo a cada passo los vocab
no acabaremos en vn año. Perdonad amig
dixo don Quixote, que por auer tanta dife
cia de sarna, a Sarra, os lo dixe, pero vos
pondistes muy bien, porque biue mas la
que Sarra, y proseguid vuestra historia,
no os replicarè mas en nada. Digo pues,
ñor mio de mi alma, dixo el cabrero, que
nuestra aldea huuo vn labrador, aun mas
que el padre de Grisostomo, el qual se llam
ua Guillermo, y al qual dio Dios, amen de
muchas y grandes riquezas, vna hija, de
parto murio su madre, que fue la mas hon
da muger que huuo en todos estos contor
nos: no parece sino que aora la veo con
quella cara, que del vn cabo tenia el Sol

del otro la Luna, y sobre todo hazendosa, y
amiga de los pobres, por lo que creo que de-
ue de estar su anima en la hora de aora, gozã-
do de Dios en el otro mundo. De pesar de la
muerte de tan buena muger, murio su mari-
do Guillermo, dexando a su hija Marcela mu
chacha, y rica, en poder de vn tio suyo Sacer-
dote, y beneficiado en nuestro lugar. Creciò
la niña con tanta belleza, que nos hazia acor-
dar de la de su madre, que la tuuo muy gran-
de, y con todo esto se juzgaua que le auia de
passar la de la hija. Y assi fue, que quando lle-
gò a edad de catorze a quinze años, nadie
la mirana, que no bẽdezia a Dios que tan her-
mosa la auia criado, y los mas quedauan ena
morados, y perdidos por ella. Guardauala su
tio con mucho recato, y con mucho encer-
ramiento: pero con todo esto, la fama de su
mucha hermosura, se estẽdio de manera, q̃ as-
si por ella, como por sus muchas riquezas, no
solamẽte de los de nuestro pueblo, sino de los
de muchas leguas a la redonda, y de los mejo-
res dellos, era rogado, solicitado, è impor-
tunado su tio se la diesse por muger. Mas
el (que a las derechas es buen Christiano) aun
que quisiera casarla luego, assi como la via
de edad, no quiso hazerlo sin su consenti-
miento, sin tener ojo a la ganancia, y gran-
geria que le ofrecia el tener la hazienda de

la mo-

la moça, dilatando su casamiento. Y ase
se dixo esto en mas de vn corrillo en el pu
blo, en alabança del buen Sacerdote. Que q
ro que sepa señor andante, que en estos lu
res cortos, de todo se trata, y de todo se m
mura: Y tened para vos, como yo tengo p
mi, que deuia de ser demasiadamẽte bueno
Clerigo, que obliga a sus feligreses a que d
bien del, especialmente en las aldeas. A si es
verdad, dixo don Quixote, y proseguid ad
te, que el cuento es muy bueno, y vos bue
dro le contays con muy buena gracia. La
Señor no me falte, que es la que haze al ca
Y en lo demas, sabreys, que aunque el tio p
ponia a la sobrina, y le dezia las calidades
cada vno en particular, de los muchos q p
muger la pedian, rogandole que se casasse,
escogiesse a su gusto; jamas ella respondio
tra cosa, sino, que por entonces no queria c
sarse, y que por ser tan muchacha no se sen
habil para poder lleuar la carga del matri
nio. Con estas que daua, al parecer justas e
sas, dexaua el tio de importunarla, y esper
a que entrasse algo mas en edad, y ella sup
se escoger compañia a su gusto. Porque de
el, y dezia muy bien, q no auian de dar los p
dres a sus hijos estado cõtra su voluntad. Pe
hetelo aqui, quando no me cato, q remano
vn dia la melindrosa Marcela, hecha pastora

sin ser parte su tio, ni todos los del pueblo, q
se lo desaconsejauã, dio en yrse al campo, con
las demas zagalas del lugar, y dio en guardar
su mesmo ganado. Y assi como ella salio en
publico, y su hermosura se vio al descubierto,
no os sabre buenamente dezir, quantos ricos
mancebos, hidalgos, y labradores, han toma-
do el traje de Grisostomo, y la andan reque-
brando por estos campos. Vno de los quales,
como ya esta dicho, fue nuestro difunto, del
qual dezian, que la dexaua de querer, y la ado
rana. Y no se piense, que porque Marcela se
puso en aquella libertad, y vida tan suelta, y
de tan poco, o de ningun recogimiento, que
por esso ha dado indicio, ni por semejas, que
venga en menoscabo de su honestidad, y reca-
to: antes es tanta, y tal la vigilancia con que
mira por su honrra, que de quantos la siruen
y solicitan, ninguno se ha alabado, ni con ver-
dad se podra alabar, que le aya dado alguna
pequeña esperança de alcãçar su desseo. Que
puesto que no huye, ni se esquiua de la compa
nia, y conuersacion de los pastores, y los trata
cortes, y amigablemente, en llegando a descu-
brir su intencio qualquiera dellos, aunque sea
tan justa y santa, como la del matrimonio, los
arroja de si como con vn trabuco. Y con esta
manera de condicio, haze mas daño en esta
tierra, q si por ella entrara la pestilencia, porq

su afabilidad, y hermosura, atrae los cora-
nes de los que la tratan a seruirla, y a amar-
pero su desden, y desengaño, los conduz
terminos de desesperarse: y assi no saben q
dezirle, sino llamarla a bozes cruel, y desag
decida, con otros titulos a este semejãtes, q
bien la calidad de su condicion manifest
y si aqui estuuiessedes señor algũ dia, verã
resonar estas sierras, y estos valles, con los
mentos de los desengañados q̃ la siguen. A
està muy lexos de aqui vn sitio, donde ay
dos dozenas de altas hayas, y no ay ning
q̃ en su lisa corteza, no tẽga grauado, y escr
el nõbre de Marcela, y encima de alguna, v
corona grauada en el mesmo arbol, com
mas claramente dixera su amãte, que Marc
la lleua, y la merece de toda la hermosu
humana. Aqui suspira vn pastor, alli se que
otro, aculla se oyen amorosas canciones,
desesperadas endechas. Qual ay que passa
das las horas de la noche sentado al pie de
guna enzina, o peñasco, y alli sin plegar
lloroso ojos, embeuecido, y transportado
sus pensamientos, le hallò el sol a la mañan
Y qual ay, q̃ sin dar vado, ni tregua a sus
ros, en mitad del ardor de la mas enfad
siesta del Verano, tendido sobre la ardie
arena, embia sus quexas al piadoso cielo: y
te, y de aquel, y de aquellos y destos, libre
dese

desenfadadamẽte triunfa la hermosa Marce-
la. Y todos los que la conocemos estamos es-
perando en que ha de parar su altiuez, y
quien ha de ser el dichoso que ha de venir a
domeñar condicion tan terrible, y gozar de
hermosura tan estremada. Por ser todo lo
que he contado tan aueriguada verdad, me
doy a entender, q̃ tambien lo es la que nues-
tro zagal dixo, que se dezia de la causa de la
muerte de Grisostomo. Y assi os aconsejo se-
ñor, q̃ no dexeys de hallaros mañana a su en-
tierro, q̃ sera muy de ver, porque Grisostomo
tiene muchos amigos, y no està deste lugar, a
aquel donde manda enterrarse, media legua.
En cuydado me lo tengo, dixo don Quixote,
y agradezco os el gusto q̃ me aueys dado, con
la narracion de tan sabroso cuento. Oy, repli-
có el cabrero, aun no se yo la mitad de los ca-
sos sucedidos a los amantes de Marcela, mas
podria ser que mañana topassemos en el cami
no algun pastor que nos los dixesse: y por
ahora bie sera que os vays a dormir debaxo de
tejado, porque el sereno os podria dañar la
herida, puesto que es tal la medecina que se
os ha puesto, que no ay que temer de con-
trario acidente. Sancho Pança que ya daua
al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitò
por su parte, q̃ su amo se entrasse a dormir en
la choça de Pedro. Hizolo assi, y todo lo

mas de la noche se le passò en memorias de
señora Dulcinea, a imitacion de los amant
de Marcela. Sancho Pança se acomodò en
Rozinante, y su jumento, y durmio no co
enamorado desfauorecido, sino como hom
bre molido a cozes.

CAP. XIII. DONDE SE D
fin al cuento de la pastora Marcela, con o
tros sucessos.

MAs apenas començò a descubri
el dia por los balcones del Orie
quando los cinco de los seys ca
ros se leuantaron, y fueron a d
pertar a dò Quixote, y a dezille si estaua to
via con proposito de yr a ver el famoso e
tierro de Grisostomo, y que ellos le harã
compañia. Don Quixote, que otra cosa n
desseaua, se leuantò, y mandò a Sancho que e
sillasse, y enalbardasse al momento, lo qual
hizo con mucha diligencia, y con la mesma
pusieron luego todos en camino. Y no hubie
ron andado vn quarto de legua, quando
cruzar de vna senda, vieron venir hàzia ell
hasta seys pastores, vestidos con pellicos ne
gros, y coronadas las cabeças con guirnalda
de cypres, y de amarga adelfa. Traìa cada vn
vn gruesso baston de azebo en la mano. Ve
nian

nian con ellos assi mesmo dos gentiles hom-
bres de a cauallo, muy bien adereçados de ca-
mino, con otros tres moços de a pie que los
acompañauan. En llegandose a juntar, se sa-
ludaron cortesmente; y preguntandose los
vnos a los otros donde yuan, supieron que to
dos se encaminauan al lugar del entierro, y
assi començaron a caminar todos juntos.
Vno de los de a cauallo, hablando con su com
pañero le dixo: Pareceme señor Vialdo, que
auemos de dar por bien empleada la tardan-
ça q̃ hizieremos en ver este famoso entierro,
que no podra dexar de ser famoso, segun es-
tos pastores nos han contado estrañezas, assi
del muerto pastor, como de la pastora homi-
cida. Assi me lo parece a mi, respondio Vial-
do: y no digo yo hazer tardança de vn dia,
pero de quatro la hiziera, a trueco de verle.
Preguntoles don Quixote, que era lo que auiã
oydo de Marcela, y de Grisostomo. El cami-
nante dixo, que aquella madrugada auian en-
contrado con aquellos pastores, y que por a-
uerles visto en aquel tan triste traje, les auian
preguntado la ocasion porque yuan de aque-
lla manera, que vno dellos se lo contò: contã
dò la estrañeza, y hermosura de vna pastora
llamada Marcela, y los amores de muchos que
la requestauan, con la muerte de aquel Grisò
stomo, a cuyo entierro yuan. Finalmente, el

contò todo lo que Pedro a don Quixote a
contado. Cessò esta platica, y començòse otra
preguntando el que se llamaua Vinaldo, a
Quixote, que era la ocasion que le mouia a
dar armado de aquella manera por tierra
pacifica? A lo qual respondio don Quixote
professiõ de mi exercicio no consiente, ni p
mite q̃ yo ande de otra manera: El buen p
so, el regalo, y el reposo, alla se inuentò p
los blandos cortesanos: mas el trabajo, la
quietud, y las armas, solo se inuentaron, é
zieron, para aquellos que el mundo llama
ualleros andãtes, de los quales, yo aunque
digno, soy el menor de todos. Apenas le oy
ron esto, quando todos le tuuieron por lo
Y por averiguarlo mas, y ver q̃ genero de
cura era el suyo, le tornò a preguntar Vi
do, que que queria dezir caualleros andãte
No han vuestras mercedes leydo, respo
dio don Quixote, los anales è historias
Ingalaterra, donde se tratan las famosas
zanas del Rey Arturo, que continuamente
nuestro Romance Castellano llamamos
Rey Artus, de quien es tradició antigua y
mũ en todo aquel Reyno de la gran Breta
que este Rey no murio, sino que por arte
encantamento se conuirtio en cuervo, y q
andando los tiempos ha de boluer a reyna
a cobrar su reyno y cetro? A cuya causa no

pronarà que desde aquel tiempo a este, aya
ningun Ingles muerto cuervo alguno. Pues en
tiempo deste buen Rey, fue instituyda aquella
famosa orden de caualleria, de los caualleros
de la tabla redonda, y passaron sin faltar vn
punto, los amores que alli se cuentan, de don
Lançarote del Lago, con la Reyna Ginebra,
siendo medianera dellos, y sabidora aquella tã
honrada dueña Quintañona, de donde nacio
aquel tan sabido romance, y tan decãtado en
nuestra España, de Nunca fuera caualiero de
damas tan bien seruido, como fuera Lançaro-
te, quando de Bretaña vino. Con aquel pro-
gresso tan dulce, y tan suaue, de sus amorosos,
y fuertes fechos. Pues desde entonces, de ma-
no en mano fue aquella orden de caualleria
estendiendose, y dilatandose por muchas y di-
uersas partes del mundo: y en ella fueron fa-
mosos y conocidos por sus fechos, el valiente
Amadis de Gaula, con todos sus hijos, y nie-
tos, hasta la quinta generacion: y el valeroso
Felixmarte de Hircania: y el nũca como se de-
ue alabado Tirante el Blanco: y casi q̃ en nue-
stros dias, vimos, y comunicamos, y oymos al
inuencible, y valeroso cauallero don Belianis
de Grecia. Esto pues señores es ser cauallero
andante, y la que he dicho, es la orden de su
caualleria. En la qual, como otra vez he di-
cho, yo aunque pecador, he hecho profes-

sion, y lo mesmo que professaron los caualle-
ros referidos professo yo: y assi me voy p
estas soledades y despoblados, buscando
auenturas, cõ animo deliberado de ofrecer
braço, y mi persona, a la mas peligrosa que
fuerte me deparare, en ayuda de los flacos
menesterosos. Por estas razones que dixo,
baron de enterarse los caminantes que era
Quixote falto de juyzio, y del genero de los
ra que lo señoreaua, de lo qual recibieron
mesma admiracion, que recebian todos aq
llos que de nueuo venian en conocimiento
lla. Y Viualdo, que era persona muy discre
ta, y de alegre condicion, por passar sin pe
dumbre el poco camino que dezian que
faltaua al llegar a la sierra del entierro, qui
darle ocasion a que passasse mas adelante e
sus disparates; y assi le dixo: Pareceme, señ
Cauallero andante, que vuestra merced
professado vna de las mas estrechas profes
nes que ay en la tierra: y tengo para mi, q
aun la de los frayles Cartuxos no es tan
trecha. Tan estrecha bien podia ser, re
pondio nuestro don Quixote, pero tan ne
cessaria en el mundo, no estoy en dos dedo
de ponello en duda. Porque si va a dezir ver
dad, no haze menos el soldado que pone e
execucion lo que su Capitan le manda, que
mesmo Capitan que se lo ordena. Quier
dezir

dezir, que los Religiosos, con toda paz, y sos-
siego, piden al Cielo el bien de la tierra: pe-
ro los Soldados, y Caualleros, ponemos en
execucion lo que ellos piden, defendiendo-
lo con el valor de nuestros braços, y filos de
nuestras espadas. No debaxo de cubierta, si-
no al Cielo abierto, puestos por blanco de
los insufribles rayos del Sol en el Verano; y
de los erizados yelos del Inuierno. Assi que
somos ministros de Dios en la tierra, y bra-
ços por quien se executa en ella su justicia. Y
como las cosas de la guerra, y las a ellas to-
cantes, y concernientes, no se pueden poner
en execucion, sino sudando, afanando, y tra-
bajando, figuese, que aquellos que la pro-
fessan, tienen, sin duda, mayor trabajo, que
aquellos que en sossegada paz, y reposo es-
tan rogando a Dios, fauorezca a los que po-
co puede. No quiero yo dezir, ni me passa por
el pensamiento, que es tan buen estado el de
Cauallero andante, como el del encerrado
Religioso: solo quiero inferir por lo que yo
padezco, que sin duda es mas trabajoso, y
mas aporreado, y mas hambriento, y sedien-
to, miserable, roto, y piojoso, porque no
ay duda, sino que los Caualleros andantes pas-
sados, passaron mucha malauentura en el dis-
curso de su vida. Y si algunos subieron a ser
Emperadores por el valor de su braço, a fe q

les costò buen porque de su sangre, y de s
dor: y que si a los que a tal grado subier
les faltaran encantadores, y Sabios que lo
yudaran, que ellos quedaran bien defrau
dos de sus desseos, y bien engañados de sus
peranças. De esse parecer estoy yo, replic
caminante: pero vna cosa entre otras mu
me parece muy mal de los Caualleros an
tes, y es: que quando se veen en ocasion de
cometer vna grande, y peligrosa auentura
que se vee manifiesto peligro de perder la
da, nunca en aquel instante de acometer
acuerdan de encomẽdarse a Dios, como
Christiano està obligado a hazer en peligr
semejantes; antes se encomiendan a sus dam
con tanta gana y deuocion, como si ellas
ran su Dios: cosa que me parece que huele
go a Gentilidad. Señor, respondio don Q
xote, esso no puede ser menos en ning
manera, y caeria en mal caso el Caualler
dante que otra cosa hiziesse, que ya està
vso, y costumbre en la Caualleria andante
que el Cauallero andante que al acomete
gun gran fecho de armas, tuuiesse su señ
delante, buelua a ella los ojos, blanda y am
rosamente, como que le pide con ellos le
uorezca, y ampare en el dudoso trance que
comete. Y aun si nadie le oye, està obligado
dezir algunas palabras entre dientes, en q
to

todo coraçon se le encomiende: y desto tene-
mos innumerables exemplos en las historias.
Y no se ha de entender por esto, que han de
dexar de encomendarse a Dios, que tiempo,
y lugar les queda para hazerlo en el discurso
de la obra. Con todo esso, replicò el caminan
te, me queda vn escrupulo, y es, que muchas
vezes he leydo, que se trauan palabras en-
tre dos andantes Caualleros, y de vna en o-
tra se les viene a encender la colera, y a bol-
uer los caballos, y a tomar vna buena pieça
del campo, y luego, sin mas, ni mas, a todo el
correr dellos, se bueluen a encontrar, y en
mitad dela corrida se encomiendan a sus da-
mas: y lo que suele suceder del encuentro,
es, que el vno cae por las ancas del caballo,
passado con la lança del contrario de parte a
parte: y al otro le viene tan bien, que a no te-
nerse a las crines del suyo, no pudiera dexar
de venir al suelo. Y no se yo, como el muerto
tuuo lugar para encomendarse a Dios, en el
discurso desta tan acelerada obra. Mejor fue-
ra, que las palabras que enla carrera gastò en-
comendandose a su dama, las gastara en lo q̃
deuia y estaua obligado como Christiano.
Quanto mas, que yo tengo para mi, que no to
dos los caualleros andãtes tiené damas a quiẽ
encomẽdarse, porq̃ no todos sõ enamorados.
Esso no puede ser, respõdio dõ Quixote: Digo

que

que no puede ser, que aya Cauallero andante sin dama, porque tan proprio, y tan natural les es a los tales ser enamorados, como al Cielo tener Estrellas. Y a buen seguro que no se aya visto historia, donde se halle Cauallero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuuiesse sin ellos, no seria tenido por legitimo Cauallero, sino por bastardo, y que entro en la fortaleza de la Cauallería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador, y ladron. Con todo esso, señor, dixo el caminante, me parece (si mal no me acuerdo) auer leydo, que don Galaor, hermano del valeroso Amadis de Gaula, nunca tuuo dama señalada a quien pudiesse encomendarse: y con todo esto, no fue tenido en menos, y fue vn muy valiente y famoso Cauallero. A lo qual respondio nuestro don Quixote: Señor, vna Golondrina sola no haze Verano. Quanto mas, que yo se que de secreto estaua esse Cauallero muy bien enamorado: fuera que aquello de querer a todas bien, quando bien le parecian, era condicion natural, a que no podia yr a la mano. Pero en resolucion, en lo de auer guardado esta muy bien, que el tenia vna Señora, a quien el auia hecho señora de su voluntad, a la qual se encomendaua muy a menudo, y muy secretamente, porque se preciò de ser secreto Cauallero. Luego si es de essencia, q todo

Cau-

Cauallero andante, aya de ser enamorado (dixo el caminante) bien se puede creer, que vuestra merced lo es, pues es de la profession. Y si es que vuestra merced no se precia de ser tan secreto como don Galaor, con las veras que puedo le suplico en nombre de toda esta compañia, y en el mio, nos diga el nombre, patria, calidad, y hermosura de su dama, que ella se tendria por dichosa, de que todo el mundo sepa que es querida, y seruida de vn tal Cauallero como vuestra merced parece. Aqui dio vn gran suspiro don Quixote, y dixo: Yo no podre afirmar si la dulce mi enemiga, gusta, o no, de que el mundo sepa que yo la sirvo, solo se dezir (respondiendo a lo que con tanto comedimiento se me pide) que su nombre es Dulcinea, su patria el Toboso, vn lugar de la Mancha: su calidad, por lo menos ha de ser de Princesa, pues es Reyna, y señora mia; Su hermosura, sobre humana, pues en ella se vienen a hazer verdaderos todos los imposibles, y chimericos atributos de belleza, que los Poetas dan a sus damas. Que sus cabellos son oro, su frente campos Eliseos; sus cejas arcos del Cielo; sus ojos Soles; sus mexillas Rosas; sus labios Corales; Perlas sus dientes; Alabastro su cuello; Marmor su pecho; Marfil sus manos; su blancura Nieue: y las partes que a la vista humana encubrio la honestidad, son tales,

les, segun yo pienso, y entiendo, que solo
discreta consideracion puede encarecerla,
no compararlas. El linaje, prosapia, y alg
nia, querriamos saber, replicò Vrualdo, A
qual respondio don Quixote: No es de los
tiguos Curcios, Gayos, y Cipiones Roman
ni de los modernos Colonas, y Vrsinos: ni
los Moncadas, y Requesenes de Cathalu
ni menos de los Ribellas, y Vilanouas de V
lencia: Palafoxes, Nuças, Rocabertis, Core
Lunas, Alagones, Vrreas, Fozes, y Gurrea
Aragon: Cerdas, Manriques, Medoças, y G
manes de Castilla: Alencastros, Pallas, y M
neses de Portugal: pero es de los del Tob
so de la Mancha, linage, aunque moderno,
que puede dar generoso principio a las m
illustres familias de los venideros siglos; y
se me replique en esto, sino fuere con las c
diciones que puso Cerbino, al pie del tro
de las armas de Orlando, que dezia: Nad
las mueua, que estar no pueda con Roldá
prueua. Aunque el mio es de los Cachopi
de Laredo, respondio el caminante, no le
re yo poner con el del Toboso de la Man
puesto que para dezir verdad, semejante
llido, hasta aora no ha llegado a mis oyd
Como esso no haura llegado, replico D
Quixote. Con gran atencion yuan es
chando todos los demas la platica de

dos: y aun hasta los mesmos cabreros y pas-
tores, conocieron la demasiada falta de juy-
zio de nuestro don Quixote. Solo Sancho Pá
ça pensaua que quanto su amo dezia era ver-
dad, sabiendo el quien era, y auiendole co-
nocido desde su nacimiento. Y en lo que du-
daua algo, era en creer aquello dela linda Dul
cinea del Toboso, porque nunca tal nombre,
ni tal Princesa auia llegado jamas a su noti-
cia, aunque viuia tan cerca del Toboso. En e-
stas platicas yuan, quando vieron que por la
quiebra que dos altas montañas hazian, baxa-
uan hasta veynte pastores, todos con pellicos
de negra lana vestidos, y coronados con guir-
naldas, que a lo que despues parecio, era qual
de Texo, y qual de Cipres. Entre seys dellos
traian vnas andas, cubiertas de mucha diuer-
sidad de flores, y de ramos. Lo qual visto por
vno de los cabreros, dixo: Aquellos que alli
vienen, son los que traen el cuerpo de Griso-
stomo: y el pie de aquella montaña es el lu-
gar donde el mandò que le enterrassen. Por
esto se dieron priessa a llegar, y fue a tiempo,
que ya los que venian auian puesto las andas
en el suelo: y quatro dellos con agudos y
fuertes picos estauan cauando la sepultura,
a vn lado de vna dura peña. Recibieron se
los vnos, y los otros cortesmente: y luc-
go don Quixote, y los que con el venian,

se

se pusieron a mirar las andas, y en ellas vi
cubierto de flores vn cuerpo muerto, y ve
do como pastor, de edad al parecer de trey
ta años: y aunque muerto, mostraua que v
auia sido de rostro hermoso, y de disposio
gallarda. Al rededor del, tenia en las mes
andas algunos libros, y muchos papeles ab
tos, y cerrados. Y assi los que esto mirau
como los que abrian la sepultura, y todos
demas que allí auia, guardauã vn marauillo
silencio. Hasta que vno de los que al mue
truxeron, dixo a otro: Mirá bien Ambro
si es este el lugar que Grisostomo dixo, y
quereys que tan puntualmente se cumpla
dexò mandado en su testamento? Este es,
pondio Ambrosio, que muchas vezes en el
contò mi desdichado amigo, la historia de
desuentura. Alli me dixo el, que vio la pri
mera, a aquella enemiga mortal del linag
mano: y alli fue tambien, dõde la primera
le declarò su pensamiento, tan honesto co
enamorado: y alli fue la vltima vez, de
Marcela le acabo de desengañar, y desde
de suerte que puso fin a la tragedia de su m
rable vida. Y aqui, en memoria de tantas d
dichas, quiso el que le depositassen en las en
ñas del eterno oluido. Y boluiendose a
Quixote, y a los caminantes, prosiguio di
do: Esse cuerpo, señores, que con pia

ojos estays mirando, fue depositario de vn al
ma, en quien el Cielo puso infinita parte de
sus riquezas. Esse es el cuerpo de Grisostomo,
que fue vnico en el ingenio, solo en la corte-
sia, estremo en la gentileza, Fenix en la amis-
tad, magnifico sin tassa, graue sin presuncion,
alegre sin baxeza: y finalmente, primero en to
do lo que es ser bueno, y sin segundo en todo
lo que fue ser desdichado. Quiso bien, fue a-
borrecido: adorò, fue desdenado: rogò a v-
na fiera, importunò a yn marmol, corrio tras
el viento, dio bozes a la soledad, siruio a la in
gratitud, de quié alcançò por premio, ser des-
pojos de la muerte, en la mitad de la carrera
de su vida. Alla qual dio fin vna pastora, a quié
el procuraua eternizar, para que viuiera en la
memoria de las gentes: qual lo pudieran mo-
strar bien essos papeles que estays mirando, si
el no me hunera mandado que los entregara
al fuego, en auiendo entregado su cuerpo a la
tierra. De mayor rigor, y crueldad vsareys vos
con ellos, dixo Vualdo, que su mesmo dueño,
pues no es justo, ni acertado, que se cumpla la
voluntad de quien lo que ordena va fuera de
todo razonable discurso. Y no le tuniera bue
no Augusto Cesar, si consintiera que se pusiera
en execucion, lo que el diuino Mantuano de-
xo en su testamento mandado. Assi que, señor
Ambrosio, ya que deys el cuerpo de vuestro

amigo a la tierra, no querays dar sus esto
al olui̇do, que si el ordenò como agrauia
no es bien que vos cumplays como indi
to: antes hazed, dando la vida a estos p
les, que la tenga siempre la crueldad de
cela, para que sirua de exemplo en los
pos que estan por venir a los viuientes, p
que se aparten, y huyan de caer en seme
tes despeñaderos; que ya se yo, y los que
venimos la historia deste vuestro enamo
y desesperado amigo; y sabemos la am
vuestra, y la ocasion de su muerte, y lo que
xò mandado al acabar de la vida: de la
lamentable historia, se puede sacar, quan
ya sido la crueldad de Marcela, el amo
Grisostomo, la fe de la amistad vuestra, co
paradero que tienen los que a rienda
corren por la senda que el desuariado
delante de los ojos les pone. Anoche supi
la muerte de Grisostomo, y que en este
auia de ser enterrado, y assi de curiosid
de lastima, dexamos nuestro derecho via
acordamos de venir a ver con los ojos, lo
tanto nos auia lastimado en oyllo: y en
go desta lastima, y del desseo que en nos
nacio de remedialla, si pudieramos, te re
mos, o discreto Ambrosio: alomenos, y
lo suplico de mi parte, que dexando de
sar estos papeles, me dexes llevar algunos

llos. Y sin aguardar que el pastor respondies
se, alargò la mano, y tomò algunos de los que
mas cerca estauan, viendo lo qual Ambrosio,
dixo: Por cortesia, consentire que os quedeys
señor con los que ya aueys tomado, pero pe
dir que dexare de quemar los que quedan, es
pensamiento vano! Viualdo, que desseaua ver
lo que los papeles dezian, abrio luego el vno
dellos, y vio que tenia por titulo: Cancion de
sesperada. Oyolo Ambrosio, y dixo: Esse es
el vltimo papel que escriuio el desdichado, y
porque veays señor, en el termino que le te
nian sus desuenturas, leelde de modo que se
ays oydo, que bien os dara lugar a ello, el que
se tardare en abrir la sepultura. Esso hare yo
de muy buena gana, dixo Viualdo: y como to
dos los circunstantes tenian el mesmo desseo,
se le pusieron a la redonda, y el leyò en boz
clara, vio que assi dezia.

CAP. XIIII. DONDE SE PO-nen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados successos.

CANCION DE GRI-sostomo.

YA que quieres cruel que se publique
De lengua en lengua, y de vna en otra gẽte,
Del aspero rigor tuyo, la fuerça:

Harè que el meſmo Infierno comunique
Al triſte pecho mio vn ſon doliente,
Con que el vſo comú de mi boz tuerça
Y al par de mi deſſeo, que ſe eſfuerça
A dezir mi dolor, y tus hazañas,
De la eſpantable boz yrà el acento,
Y en el mezcladas, por mayor tormento
Pedaços de las miſeras entrañas.
Eſcucha pues, y preſta atento oydo,
No al concertado ſon, ſino al ruydo,
Que de lo hondo de mi amargo pecho
Lleuado de vn forçoſo deſuario,
Por guſto mio ſale, y tu deſpecho.
El rugir del Leon, del Lobo fiero,
El temeroſo aullido, el ſiluo horrendo
De eſcamoſa Serpiente, el eſpantable
Balando de algun monſtruo: el agorero
Graznar de la corneja, y el eſtruendo
Del viento contraſtado en mar inſtable
Del ya vencido Toro, el implacable
Bramido, y de la biuda Tortolilla
El ſentible arrullar, el triſte canto
Del imbidiado Buho, con el llanto
De toda la infernal negra quadrilla.
Salgan con la doliente anima fuera,
Mezclados en vn ſon de tal manera,
Que ſe confundan los ſentidos todos.
Pues la pena cruel que en mi ſe halla,
Para contarle pide nueuos modos.

De tanta confuſion, no las arenas
Del padre Tajo, oyran los triſtes ecos,
Ni del famoſo Betis las oliuas:
Que alli ſe eſparziran mis duras penas,
En altos riſcos, y en profundos huecos,
Con muerta lengua, y cõ palabras viuas.
O ya en eſcuros valles, o en eſquinas
Playas, deſnudas de contrato humano,
O adõde el Sol jamas moſtrò ſu lûbre,
O entre la venenoſa muchedumbre
De fieras, que alimenta el libio llano.
Que puesto que en los paramos deſiertos,
Los ecos roncos de mi mal inciertos,
Suenen con tu rigor, tan ſin ſegundo,
Por priuilegio de mis cortos hados,
Seran lleuados por el ancho mundo.
Mata vn deſden, atierra la paciencia,
O verdadera, o falſa vna ſoſpecha,
Matan los zelos con rigor mas fuerte:
Deſconcierta la vida larga auſencia,
Cõtra vn temor d' oluido no aprouecha
Firme eſperança de dichoſa ſuerte.
En todo ay cierta ineuitable muerte,
Mas yo (milagro nunca viſto) vino
Zeloſo, auſente, deſdeñado, y cierto
De las ſoſpechas que me tienen muerto,
Y en el oluido, en quien mi fuego auiuo.
Y entre tantos tormentos, nunca alcança
Mi viſta à ver en ſombra a la eſperança,

No yo desesperado la procuro,
Antes por estremarme en mi querella,
Estar sin ella, eternamente juro.
Puedese por ventura en vn instante
Esperar, y temer? o es bien hazello,
Siendo las causas del temor mas ciertas?
Tengo si el duro celo està delante
De cerrar estos ojos? si he de vello
Por mil heridas, en el alma abiertas?
Quien no abrira de par en par las puertas
A la desconfiança, quando mira
Descubierto el desden? y las sospechas,
(O amarga cõuersion) verdades hechas,
Y la limpia verdad, buelta en mentira?
O en el Reyno de amor, fieros tyranos
Zelos, ponedme vn hierro en estas manos
Dame desden vna torcida soga,
Mas, ay de mi, que con cruel vitoria
Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.
Yo muero en fin, y porque nunca espere
Buen sucesso en la muerte, ni en la vida,
Pertinaz estarè en mi fantasia:
Dirè que va acertado el que bien quiere,
Y que es mas libre el alma mas rendida
A la de amor, antigua tyrania.
Dirè que la enemiga siempre mia,
Hermosa el alma, como el cuerpo tiene,
Y que su oluido de mi culpa nace,
Y que en fe de los males que nos haze

Amor,

Amor, su Imperio en justa paz mãtiene.
Y con esta opinion, y vn duro lazo,
Acelerando el miserable plazo,
A que me han conduzido sus desdenes,
Ofrecerè a los vientos cuerpo, y alma,
Sin lauro, o palma de futuros bienes.
Tu, que con tantas sinrazones muestras
La razon que me fuerça a que la haga,
A la cansada vida que aborrezco:
Pues ya ves que te da notorias muestras,
Esta del coraçon profunda llaga,
De como alegre a tu rigor me ofrezco.
Si por dicha conoces que merezco,
Que el cielo claro de tus bellos ojos,
En mi muerte se turbe, no lo hagas,
Que no quiero que en nada satisfagas,
Al darte de mi alma los despojos.
Antes con risa en la ocasion funesta,
Descubre, que el fin mio fue tu fiesta,
Mas gran simpleza es auisarte desto,
Pues se que està tu gloria conocida,
En que mi vida llegue al fin tan presto.
Venga, que es tiempo ya, del hõdo abismo
Tantalo con su sed, Sisifo venga
Con el peso terrible de su canto.
Ticio trayga su buytre, y ansi mismo
Con su rueda Egion no se detenga,
Ni las hermanas que trabajan tanto.
Y todos juntos, su mortal quebranto

Trasladen en mi pecho, y en boz baxa,
(Si ya a vn desesperado son debidas)
Canten obsequias, tristes, dolorídas
Al cuerpo, a quié se niegue aun la muerte
Y el portero infernal de los tres rostros,
Con otras mil quimeras, y mil monstr
Lleuen el doloroso contrapunto,
Que otra pompa mejor, no me parece
Que la merece vn amador difunto.
Cancion desesperada, nó te quexes,
Quando mi triste compañia dexes,
Antes pues que la causa do naciste,
Con mi desdicha aumentas tu ventura,
Aun en la sepultura no estes triste.

BIen les parecio a los que escuchado aq
la cancion de Grisostomo, puesto qu
que la leyo, dixo, que no le parecia que co
formaua con la relacion que el auia oydo
recato, y bondad de Marcela, porque en
se quexaua Grisostomo de zelos, sospecha
de ausencia, todo en perjuyzio del buen cr
dito, y buena fama de Marcela. A lo qual re
pondio Ambrosio (como aquel que sabia bi
los mas escondidos pensamientos de su am
go:) Para q̃ señor os satisfagays dessa duda
bien que sepays, que quando este desdicha
do escriuio esta cancion, estaua ausente
Marcela, de quien se auia ausentado por
volun

voluntad, por ver si vsaua con el la ausencia
de sus ordinarios fueros. Y como al enamo-
rado ausente, no ay cosa que no le fatigue, ni
temor que no le dé alcance: assi le fatigauan a
Grisostomo los celos imaginados, y las sospe
chas temidas, como si fueran verdaderas. Y
con esto queda en su punto la verdad que la
fama pregona, de la bondad de Marcela: la
qual fuera de ser cruel, y vn poco arrogante,
y vn mucho desdenosa, la misma embidia, ni
deue, ni puede ponerle falta alguna. Assi es la
verdad, respondio Vrsaldo, y queriendo leer
otro papel de los que auia reseruado del fue-
go, lo estoruó vna marauillosa vision (que tal
parecia ella) que improuisamente se les ofre-
cio a los ojos: y fue, que por cima de la peña
donde se cauaua la sepultura, parecio la pas-
tora Marcela, tan hermosa que passaua a su
fama su hermosura. Los que hasta entonces
no la auian visto, la mirauan con admiracion,
y silencio: y los que ya estauan acostumbrados
a verla, no quedaron menos suspensos que los
que nunca la auian visto. Mas a penas la huuo
visto Ambrosio, quando con muestras de a-
nimo indignado, le dixo: Vienes a ver por
ventura, o fiero basilisco destas montañas, si
con tu presencia vierte sangre las heridas de-
sse miserable, a quien tu crueldad quitò la vi-
da? O vienes a vsanarte en las crueles haza-

ñas de tu condicion? O a ver desde esti almo
como otro despiadado Nero, el incendio
su abrasada Roma? O a pisar arrogante e
desdichado cadauer, como la ingrata hija
de su padre Tarquino? Dinos presto a lo q
vienes, o que es aquello de que mas gustas,
por saber yo, que los pensamientos de Gri
stomo, jamas dexaron de obedecerte en v
harè que aun el muerto te obedezcan los
todos aquellos que se llamaron sus amigos.
No vengo, o Ambrosio, a ninguna cosa de
que has dicho, respondio Marcela, sino a bo
uer por mi misma, y a dar a entender, q
fuera de razon van todos aquellos que de
penas, y de la muerte de Grisostomo me c
pan: y assi ruego a todos los que aqui est
me esteys atentos, que no serà menester m
cho tiempo, ni gastar muchas palabras, p
persuadir vna verdad a los discretos. Hizo
el Cielo, segun vosotros dezis, hermosa, y
tal manera, que sin ser poderosos a otra co
a q̃ me ameys os mueue mi hermosura. Y p
el amor que me mostrays, dezis, y aun quere
que estè yo obligada a amaros. Yo conoz
con el natural entendimiento que Dios m
dado, que todo lo hermoso es amable: mas
alcanço, que por razon de ser amado, estè
bligado lo que es amado por hermoso, a a
a quien le ama. Y mas, que podria acontec

que el amador de lo hermoso fuesse feo: y fiè-
do lo feo digno de ser aborrecido, cae muy
mal el dezir: Quierote por hermosa, hasme de
amar aũque sea feo. Pero puesto caso que cor
ran ygualmente las hermosuras, no por esso
han de correr yguales los desseos, que no to-
das hermosuras enamoran, que algunas ale-
gran la vista, y no rinden la voluntad. Que si
todas las bellezas enamorassen, y rindiessen,
seria vn andar las voluntades confusas, y des-
caminadas, sin saber en qual auian de parar:
porque siendo infinitos los sujetos hermosos,
infinitos auian de ser los desseos. Y segun yo
he oydo dezir, el verdadero amor no se diui-
de, y ha de ser voluntario, y no forçoso. Sien-
do esto assi, como yo creo que lo es, porque
quereys q̃ rinda mi vluntad por fuerça, obli-
gada no mas, de q̃ dezis que me quereys, biẽ?
Sino dezidme, si como el Cielo me hizo her-
mosa, me hiziera fea, fuera justo que me que-
xara de vosotros porque no me amauades?
Quanto mas, que aueys de considerar, que yo
no escogi la hermosura q̃ tengo, q̃ tal qual es,
el Cielo me la dio de gracia, sin yo pedilla, ni
escogella. Y assi, como la Viuora no merece
ser culpada por la ponçoña que tiene, puesto
que con ella mata, por auerla dado natura-
leza: tampoco yo merezco ser reprehendida
por ser hermosa, que la hermosura en la mu-

ger

ger honesta, es como el fuego apartado, o como la espada aguda, que ni el quema, ni corta a quien a ellos no se acerca. La hon... y las virtudes, son adornos del alma, sin... quales el cuerpo aunque lo sea, no deue de... recer hermoso. Pues si la honestidad es... de las virtudes q al cuerpo, y alma mas ado... nan, y hermosean, porque la ha de perder... es amada por hermosa, por corresponder a... intencion de aquel que por solo su gusto, con... todas sus fuerças, è industrias, procura que... pierda? Yo naci libre, y para poder viuir libre... escogi la soledad de los campos. Los arbole... destas montañas son mi compañia, las clar... aguas destos arroyos mis espejos: con los ar... boles, y con las aguas, cumunico mis pens... mientos, y hermosura. Fuego soy apartado... espada puesta lexos. A los que he enamorado... con la vista, he desengañado con las palabras... Y si los desseos se sustentan con esperanças... no auiendo yo dado alguna a Grisostomo... ni a otro alguno: el fin de ninguno dellos, ... se puede dezir, que antes le matò su porfia, ... mi crueldad. Y si se me haze cargo, que ... honestos sus pensamientos, y que por esto ... tana obligada a corresponder a ellos: digo ... quando en esse mismo lugar donde aora ... cana su sepultura, me descubriò la bondad ... su intencion, le dixe yo, que la mia era viuir ... en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozasse el fruto de mi recogimiento, y los despojos de mi hermosura: y si el con todo esto desengaño, quiso porfiar contra la esperança, y nauegar contra el viento, que mucho que se anegasse en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuuiera, fuera falsa: si le contenta hiziera contra mi mejor intencion, y propuesto. Porfiò desengañado: desesperò sin ser aborrecido, mirad aora si será razon, que de su pena se me de a mi la culpa. Quexese el enganado: desesperese aquel a quien le faltaró las prometidas esperanças: confiese el que yo llamare, y fiese el que yo admitiere: pero no me llame cruel, ni homicida, aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo, ni admito. El cielo aun hasta aora no ha querido que yo ame por destino: y el pensar que tengo de amar por eleccion, es escusado. Este general desengaño, sirua a cada vno de los que me solicitan, de su particular prouecho: y entiendase de aqui adelante, que si alguno por mi muriere, no muere de zeloso, ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno deue dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera, y basiliseo, dexeme como cosa perjudicial y mala: el que me llama ingrata, no me sirua: el que desconocida, no me co-

nozca:

nozca: quien cruel, no me siga: que esta fera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel, y esta des- conocida, ni los buscarà, seruirà, conocerà, ni seguirà en ninguna manera. Que si a Grisos- tomo matò su impaciẽcia, y arrojado desseo, porque se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conserno mi limpieza con la compañia de los arboles, porque ha de querer q̃ la pierda, el que quiere que la tenga con los hombres? Yo como sabeys, tengo riquezas propias, y no codicio las agenas. Tengo libre condicion, y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco a nadie. No engaño a este, ni so- licitò aquel, ni burlo con vno, ni me entretie- go con el otro. La conuersacion honesta de las zagalas destas aldeas, y el cuydado de mis cabras me entretiene. Tienen mis desseos por termino estas montañas: y si de aqui salen, es à contẽplar la hermosura del cielo, passos con q̃ camina el alma a su morada primera. Y en diziendo esto, sin querer oyr respuesta alguna, boluio las espaldas, y se entrò por lo mas es- pesso de vn monte que alli cerca estaua, dexan- do admirados tanto de su discrecion, como de su hermosura, a todos los que alli estauan. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus be- llos ojos estauan heridos) de querer la seguir sin aprouecharse del manifiesto desengaño

que auian oydo. Lo qual visto por don Qui- xote, pareciendole que alli venia bien vsar de su caualleria, socorriendo a las donzellas me- nesterosas. Puesta la mano en el puño de su es- pada, en altas, è inteligibles bozes, dixo: Nin- guna persona de qualquier estado, y condicio que sea, se atreua a seguir a la hermosa Mar- cela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras, y suficientes razones, la poca, o ninguna culpa que ha te- nido en la muerte de Grisostomo, y quan age- na viue de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes: a cuya causa, es jus- to que en lugar de ser seguida, y perseguida, sea honrrada, y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en el, ella es sola la que con tan honesta intencion vine. O ya q̃ se esse por las amenazas de dõ Quixote, o por- que Ambrosio les dixo, que concluyessen con lo que a su buen amigo deuian, ninguno de los pastores se movio, ni apartò de alli, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los pape- les de Grisostomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lagrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con vna gruessa pena, en tanto que se acabaua vna losa, que segun Ambrosio dixo, pensaua mandar hazer, con vn Epitafio que auia de dezir desta manera.

Yaze

YAze aqui de vn amador
El mísero cuerpo elado,
Que fue pastor de ganado,
Perdido por desamor.
Murio a manos del rigor
De vna esquiua hermosa ingrata,
Con quien su Imperio dilata
La tirania de Amor.

Luego esparzieron por cima de la sepultura muchas flores, y ramos: y dando todos el pesame a su amigo Ambrosio, se despidieron del. Lo mesmo hizieron Vrsaldo y su compañero; y don Quixote se despidio de sus huespedes, y de los caminantes, los quales le rogaron se viniesse con ellos a Seuilla, por ser lugar tan acomodado a hallar auenturas, que en cada calle, y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quixote les agradecio el auiso, y el animo que mostrauan de hazerle merced, y dixo, que por entonces no queria, ni deuia yr a Seuilla, hasta que hubiesse despojado todas aquellas sierras de ladrones Malandrines, de quien era fama que estauan llenas. Viendo su buena determinacion, no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornandose a despedir de nuevo, le dexaron, y prosiguieron su camino, el qual no les falto de que tratar, assi de

historia d' Marcela, y Grisostomo, como de las locuras de dõ Quixote: el qual determinò de yr a buscar a la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que el podia en su seruicio. Mas no le auino como el pensaua, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte.

(?)

TERCERA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO don Quixote de la Mancha.

CAP. XV. DONDE SE CVENTA la desgraciada auentura que se topò don Quixote, en topar con vnos desalmados Yangueses.

CVENTA el sabio Cide Hamete Venengeli, que assi como don Quixote se despidio de sus huespedes, y de todos los que se hallaron al entierro del pastor Grisostomo: el y su escudero, se entraron por el mesmo bosque, donde vieron q̃ se auia entrado la pastora Marcela. Y auiendo andado mas de dos horas por el, buscádola por todas partes sin poder hallarla, vinierõ a parar a vn prado lleno de fresca yerua, jũto del qual corria vn arroyo apazible, y fresco: tanto que los combidò, y forçò a passar alli las horas de la siesta, que rigurosamente començaua ya a entrar. Apearonse don Quixote, y Sancho, y dexando al jumento, y a Rozinante a sus anchuras pacer de la mucha yerua que alli auia, dieron saco a las alforjas, y sin ceremonia alguna, en buena paz, y compañia, amo, y moço comieron lo que en ellas hallaron. No se auia curado Sancho de echar sueltas a Rozinante, seguro de que le conocia por tan manso, y tan poco rijoso, que todas las yeguas de la dehesa de Cordoua no le hizieran tomar mal sieſtro. Ordenò pues la suerte, y el diablo, que no todas vezes duerme, que andauan por aquel valle paciendo vna manada de hacas Galicianas, de vnos arrieros Yangueses: de los quales es costumbre sestear con su requa en lugares, y sitios de yerua y agua. Y aquel donde acertò a hallarse don Quixote, era muy a proposito de los Yangueses. Sucedio pues, q̃ a Rozinante le vino en desseo de refocilarse con las señoras hacas: y saliendo assi con su passo las olio de su natural passo, y costumbre, sin pedir licencia a su dueño, tomò vn trotillo algo picadillo, y se fue a comunicar su necessidad con ellas. Mas ellas, que a lo q̃ parecio, deuian d̃ tener mas gana de pacer q̃ de al, recibieronle con las herraduras, y con los dientes, de tal manera, que a poco espacio se le rompieron las cinchas, y quedò sin silla en pelota. Pero lo que el deuio mas de sentir fue, q̃ vien-

Universidad de Deusto
Biblioteca

viendo los arrieros la fuerça que a sus y
se les hazia, acudieron con estacas, y tan
los le dieron, que le derri
el suelo. Ya en esto don Quixote, y
(que la paliza de Rozinante auian visto)
gauan hijadeando. Y dixo don Quixote
cho: A lo que yo veo amigo Sancho, est
son caualleros, sino gente soez, y de baxa
lea: Digolo, porque bien me puedes ayu
tomar la deuida vengança del agrauio que
lante de nuestros ojos se le ha hecho a
nante. Que diablos de vengança hemos de
mar, respondio Sancho, si estos son mas
veynte, y nosotros no mas de dos, y aun q
nosotros, sino vno y medio. Yo valgo
ciento, replicò don Quixote, y sin hazer
discursos echo mano a su espada, y arre
a los Yangueses, y lo mesmo hizo Sancho
ça, incitado, y mouido del exẽplo de su
Y a las primeras, dio don Quixote vna cu
llada a vno, que le abrio vn sayo de cuer
que venia vestido, con gran parte de la ca
da. Los Yangueses que se vieron maltrata
aquellos dos hombres solos, siendo ellos
tos, acudieron a sus estacas, y cogiendo a
dos en medio, començaron a menudear so
ellos con grande ahinco, y vehemẽcia. Ver
es, que al segundo toque, dieron con San
en el suelo, y lo mesmo le auino a don Qu

re, sin que le valiesse su destreza, y buẽ animo.
Y quiso su ventura, que viniesse a caer a los
pies de Rozinante, que aun no se auia leuan-
tado: donde se echa de ver la furia con que
machacan estacas puestas en manos rusticas, y
enojadas. Viendo pues los Yangueses, el mal
recado que auian hecho, con la mayor preste-
za que pudieron cargaron su requa, y sigue-
ron su camino, dexando a los dos auenture-
ros de mala traça, y de peor talãte. El prime-
ro que se resintio, fue Sancho Pança, y hallan-
dose junto a su senor, con boz enferma, y lasti
mada dixo: Señor don Quixote? a senor don
Quixote? Que quieres Sancho hermano, res-
pondio don Quixote, con el mesmo tono afe-
minado, y doliente, q̃ Sancho. Querria si fues-
se posible, respõdio Sancho Pança, que vues-
tra merced me diesse dos tragos de aquella
beuida del feo Blas, si es que la tiene vuestra
merced ai a mano, quiça serà de prouecho pa
ra los quebramientos de huessos, como lo es
para las feridas. Pues a tenerla yo aqui, des-
graciado yo, que nos faltaua, respondio don
Quixote: Mas yo te juro Sancho Pança, a fè
de caualiero andante, que antes que passen
dos dias (si la fortuna no ordena otra cosa) la
tengo de tener en mi poder, o mal me han de
andar las manos. Pues en quantos le parece a
vuestra merced q̃ podremos mouer los pies,

replicò Sancho Pança. De mi se dezir (dij
el molido cauallero don Quixote) que no
bre poner termino a essos dias: Mas yo
tengo la culpa de todo, que no auia de po
mano a la espada, contra hombres que
fuessen armados caualleros como yo. Y
creo, que en pena de hauer passado las le
de la caualleria, ha permitido el Dios de
batallas, que se me diesse este castigo: por
qual hermano Sancho, conuiene que estes
uertido en esto que aora te dire, porque
porta mucho a la salud de entrambos: y
que quando veas que semejante canalla
haze algun agrauio, no aguardes a que yo
ga mano a la espada para ellos, porque no
hare en ninguna manera, sino pon tu mano
tu espada, y castigalos muy a tu sabor, que
en su ayuda, y defensa acudieren cauallero
yo te sabre defender, y ofendellos con to
mi poder, que ya auras visto por mil señales
experiencias, hasta adóde se estiende el va
deste mi fuerte braço. (Tal quedò de arro
te el pobre señor, con el vencimiento del
liente Vizcayno.) Mas no le parecio tam
a Sancho Pança, el auiso de su amo, que
xasse de responder, diziendo: Señor, yo
hombre pacifico, manso, sossegado, y se
mular qualquiera injuria, porque tẽgo
y hijos q̃ sustentar, y criar. Assi q̃ seale a

tra merced tambien auiso (pues no puede se
mandato) que en ninguna manera pondre ma
no a la espada, ni contra villano, ni contra ca
ualliero. Y q̃ desde aqui para delante de Dios,
perdono quantos agrauios me han hecho, y
han de hazer: ora me los aya hecho, o haga,
o aya de hazer persona alta, o baxa, rico, o po
bre: hidalgo, o pechero, sin eceptar estado, ni
condicion alguna. Lo qual oydo por su amo,
le respondio: Quisiera tener aliento para po
der hablar vn poco descansado, y que el do
lor que tengo en esta costilla se aplacara, tan
to quanto, para darte a entender Pança, en el
error en que estas. Ven aca pecador, si el vien
to de la fortuna hasta aora tan contrario, en
nuestro fauor se buelue, lleuandonos las velas
del desseo, para que seguramẽte, y sin contras
te alguno tomemos puerto en alguna de las
insulas q̃ te tengo prometida: q̃ seria de ti, si
ganandola yo te hiziesse señor della, pues lo
vendras a imposibilitar por no ser cauallero,
ni quererlo ser, ni tener valor, ni intencion de
vẽgar tus injurias, y defender tu señorio? Por-
q̃ has de saber, q̃ en los Reynos, y prouincias
nueuamẽte cõquistados, núca está tan quietos
los animos de sus naturales, ni tã de parte del
nueuo señor, q̃ no se tenga temor de q̃ han de
hazer alguna nouedad, para alterar de nueuo
las cosas, y boluer como dizen a prouar ven-

tura: y assi es menester, que el nueuo pos-
sor tenga entendimiento para saberse gou-
nar, y valor para ofender, y defenderse, en q
quier acontecimiento. En este que aora
ha acontecido; respondio Sancho, quisiera
tener esse entendimiento, y esse valor que
stra merced dize: mas yo le juro a fe de po
hombre, que mas estoy para bizmas, que p
platicas. Mire vuestra merced si se puede
tar, y ayudaremos a Rozinante, aunque no
merece, porque el fue la causa principal de
do este molimiento. Iamas tal crey de Ro
nante, que le tenia por persona casta, y tan
cifica como yo. En fin, bien dizen, que es m
nester mucho tiempo para venir a conocer
personas: y que no ay cosa segura en esta v
Quien dixera, que tras de aquellas tan gra
des cuchilladas, como vuestra merced di
aquel desdichado Cauallero andante, auia
venir por la posta, y en seguimiento suyo,
ta tan grãde tempestad de palos, que ha
cargado sobre nuestras espaldas? Aun las
yas Sancho, replicò don Quixote, deuen d
star hechas a semejantes nublados, pero
mias criadas entre sinabafas, y olandas,
esta que sentiran mas el dolor desta des
cia. Y si no fuesse porque imagino (que
imagino) se muy cierto, que todas estas
modidades son muy anejas al exercicio de
arm

armas, aqui me dexaria morir de puro enojo.
A esto replico el escudero: Señor, ya que estas
desgracias son de la cosecha de la Caualleria,
digame vuestra merced, si suceden muy ame-
nudo, o si tienẽ sus tiẽpos limitados en q̃ acae
cẽ, porq̃ me parece a mi, q̃ ados cosechas que-
daremos inutiles para la tercera, si Dios por
su infinita misericordia no nos socorre. Sabe-
te amigo Sancho, respodio don Quixote, q̃ la
vida de los caualleros andantes està sujeta a
mil peligros, y desuenturas: y ni mas ni menos
esta en potencia propinqua de ser los caualle
ros andantes Reyes, y Emperadores, como lo
ha mostrado la experiencia, en muchos, y di-
uersos caualleros, de cuyas historias yo tengo
entera noticia. Y pudierate cõtar aora (si el do
lor me diera lugar) de algunos, q̃ solo por el
valor de su braço, han subido a los altos gra-
dos q̃ he contado. Y estos mesmos, se vieró an
tes, y despues en diuersas calamidades, y mise
rias: porq̃ el valeroso Amadis de Gaula, se vio
en poder de su mortal enemigo Arcalaus el
encãtador, de quiẽ se tiene por aueriguado q̃
le dio teniẽdole preso, mas d̃ doziẽtos açotes
cõ las riendas de su caballo, atado a vna colu-
na de vn patio. Y aun ay vn autor secreto, y
de no poco credito, q̃ dize, q̃ auiendo cogido
al Cauallero del Febo cõ vna cierta trãpa q̃ se
le hũdio debaxo de los pies, en vn cierto casti-

llo, y al caer se hallò en vna honda sima de
xo de tierra, atado de pies y manos, y allí
echaró vna destas q̃ llaman melezinas de a
de nieue, y arena, d lo que llegò muy al cab
y sino fuera socorrido en aquella gran cuy
de vn sabio grãde amigo suyo, lo passára
mal el pobre caualliero. Assi, que bien pue
yo pássar entre tanta buena gente, q̃ mayo
afrentas son las que estos passaron, q̃ no
aora nosotros passamos: porq̃ quiero haze
sabidor Sancho, que no afrentan las herid
se dan con los instrumentos que a caso se h
llan en las manos. Y esto está en la ley del
lo, escrito por palabras expressas: que si el
patero da a otro cõ la horma que tiene en
mano, puesto que verdaderamente es de p
lo, no por esso se dirá q̃ queda apaleado aq
a quien dio con ella. Digo esto, porq̃ no p
ses que puesto que quedamos desta pend
cia molidos, quedamos afrentados, porque
armas que aquellos hombres traían conq
machacaron, no eran otras que sus estaca
ninguno dellos (a lo que se me acuerda) l
estoque, espada, ni puñal. No me dieron
lugar, respondio Sancho, a que mirasse en
to, porque a penas puse mano a mi tiz
quando me santiguaron los ombros cõ
nos, demanera que me quitaron la vista de
ojos, y la fuerça de los pies, dando cõmi

donde aora yago, y a dõde no me da pena al
guna, el pẽsar, si fue afrenta, o no, lo de los es
tacazos, como me la da el dolor de los golpes
q̃ me han de quedar tã impressos en la memo
ria, como en las espaldas. Có todo esso, te ha
go saber hermano Pança, replicò dõ Quixote,
q̃ no ay memoria a quien el tiẽpo no acabe,
ni dolor q̃ muerte no le consuma. Pues q̃ ma
yor desdicha puede ser, replicò Pãça, de aque
lla q̃ aguarda al tiempo que la consuma, y ala
muerte q̃ la acabe. Si esta nuestra desgracia fue
ra de aquellas q̃ con vn par de bizmas se curã,
aun no tan malo; pero voy viendo q̃ no han
de bastar todos los emplastos de vn hospital,
para ponerlas en buen termino si quiera. De
xaye desso, y saca fuerças de flaqueza Sancho,
respõdio don Quixote, q̃ assi harè yo, y vea
mos como está Rozinante, que a lo q̃ me pare
ce, no le ha cabido al pobre la menor parte de
sta desgracia. No ay de q̃ marauillarse desso,
respondio Sancho, siendo el tãbien caualliero
andante. De lo q̃ yo me marauillo es, de q̃ mi
jumẽto aya quedado libre y sin costas, donde
nosotros salimos sin costillas. Siẽpre dexa la
ventura vna puerta abierta en las desdichas, pa
ra dar remedio a ellas, dixo dõ Quixote. Digo
lo, porq̃ esta bestezuela podra suplir aora la fal
ta de Rozinãte, lleuãdome a mi desde aqui a
algun castillo, dõde sea curado de mis heridas.

Y mas

Y mas,q̃ no tendrè a deshonrra la tal cam
ria,porq̃ me acuerdo auer leydo q̃ aquel b
viejo Sileno,ayo, y pedagogo del alegre D
de la risa,quãdo entrò en la ciudad delas c
puertas, yua muy a su plazer cauallero so
vn muy hermoso asno. Verdad serà,q̃ el d
de yr cauallero como vuestra merced dize,
pondio Sancho: pero ay grãde diferencia d
yr cauallero, al yr arraeslado como costal
vasura. A lo qual respondio dõ Quixote: l
feridas q̃ se reciben en las batallas, antes d
honrra,q̃ la quitan. Assi que Pança amigo,
me repliques mas, sino como ya te he dich
leuantate lo mejor que pudieres, y ponme
la manera q̃ mas te agradare encima de tu
mento, y vamos de aqui,antes q̃ la noche
ga,y nos saltee en este despoblado. Pues yo
oydo dezir a vuestra merced, dixo Pança,
es muy de caualleros andantes, el dorm
los paramos y desiertos lo mas del año,y q
tienen a mucha ventura. Esso es,dixo dõ
xote,quando no pueden mas, o quando est
enamorados:y es tan verdad esto, q̃ ha a
cauallero q̃ se ha estado sobre vna peña,al s
y a la sombra,y a las inclemẽcias del cielo,
años, sin q̃ lo supiesse su señora. Y vno de
fue Amadis,quando llamandose Belcenebro
se alojò en la peña Pobre;ni se si ocho ano
ocho meses, q̃ no estoy muy bien en la cue

Basta q̃ el estuuo alli haziendo penitencia,por
no se que sinsabor q̃ le hizo la señora Oriana.
Pero dexemos ya esto Sancho, y acaba antes,
que suceda otra desgracia al jumento como a
Rozinante. Aun ahi seria el diablo, dixo San-
cho,y despidiedo treynta ayes, y sesenta sos-
piros,y ciento y veynte pesetes,y reniegos de
quien alli le auia traydo,se leuãtò,quedando-
se agouiado en la mitad del camino,como ar-
co Turquesco,sin poder acabar de endereçar
se:y con todo este trabajo aparejò su asno (q̃
tambien auia andado algo distraydo cõ la de
masiada libertad de aquel dia. Leuantò luego
a Rozinante:el qual si tuuiera lengua con que
quexarse, a buen seguro que Sancho, ni su a-
mo no le fueran en çaga. En resolucion, San-
cho acomodo a don Quixote sobre el asno, y
peso de reata a Rozinante:y lleuando al asno
del cabestro, se encamino poco mas a menos
hazia donde le parecio q̃ podia estar el cami-
no Real. Y la suerte, que sus cosas de bien en
mejor yua guiando,aun no huuo andado vna
pequeña legua, quando le deparò el camino,
en el qual descubriò vna venta,q̃ a pesar suyo
y gusto de don Quixote, auia de ser Castillo.
Porfiaua Sancho q̃ era venta,y su amo q̃ no,si
no q̃ castillo:ytãto durò la porfia q̃ tuuieró lu
gar sin acabarla d̃ llegar a ella,enla qualSãcho
se entrò sin mas aueriguaciõ cõ todasu requa.

CAP.

CAP. XVI. DE LO QVE LE SVC
dio al ingenioso hidalgo, en la venta, q
imaginaua ser castillo.

EL ventero que vio a don Quixote
trauesado en el asno, preguntò a Sa
cho, q̃ mal traia? Sancho le respon
que no era nada, sino q̃ auia dado
cayda de vna peña abaxo, y q̃ venia algo ba
madas las costillas. Tenia el ventero por m
ger a vna, no de la condicion q̃ suelen ser
las de semejante trato, porque naturalmen
era caritatiua, y se dolia delas calamidades
sus proximos: y assi acudiò luego a curar a
Quixote: y hizo que vna hija suya dõzella,
chacha, y de muy buen parecer la ayudas
curar a su huesped. Seruia en la vẽta assi m
mo vna moça Asturiana, ancha de cara,
de cogote, de nariz roma, del vn ojo tuerta
del otro no muy sana. Verdad es, que la gra
dia del cuerpo suplia las demas faltas. No
nia siete palmos de los pies a la cabeça, y
espaldas que algun tanto le cargauan, la ha
mirar al suelo mas de lo que ella quisiera.
gentil moça pues ayudò a la dõzella, y las
hizieron vna muy mala cama a don Quix
en vn camaranchon, que en otros tiempos
ua manifiestos indicios, que auia seruido
pajar muchos años: en la qual tambien al

ua vn arriero, que tenia su cama hecha vn po
co mas alla de la de nuestro don Quixote. Y
aunque era de las enxalmas, y mantas de sus
machos, hazia mucha ventaja a la de don Qui
xote, q̃ solo cõtenia quatro mal lisas tablas, so
bre dos no muy iguales bancos, y vn colchon,
que en lo sutil parecia colcha, lleno de bodo-
ques, que a no mostrar que eran de lana, por
algunas roturas, al tiento en la dureza seme-
jauã de guijarro, y dos sauanas hechas de cue
ro de adarga, y vna fraçada, cuyos hilos si se
quisieran contar, no se perdiera vno solo de
la cuenta. En esta maldita cama se acostò don
Quixote: y luego la ventera y su hija, le empla
staron de arriba a baxo, alumbrandoles Mari-
tornes, que assi se llamaua la Asturiana. Y co-
mo al bizmalle viesse la ventera tan acardena
lado a partes a don Quixote, dixo, que aque-
llo mas parecian golpes que cayda. No fuerõ
golpes, dixo Sancho, sino que la peña tenia mu
chos picos, y tropeçones, y que cada vno auia
hecho su cardenal. Y tambien le dixo: Haga
vuestra merced señora de manera que queden
algunas estopas, que no faltarà quien las aya
menester, que tãbien me duelen a mi vn poco
los lomos. Dessa manera, respõdio la ventera,
tambien deuistes vos de caer? No cay, dixo Sã
cho Pãça, sino q̃ del sobresalto q̃ tomè de ver
caer a mi amo, de tal manera me duele a mi

el cuerpo, que me parece que me han d
mil palos. Bien podra ser esso, dixo la don
lla, que a mi me ha acontecido muchas ve
soñar que caia de vna torre abaxo, y que
ca acabaua de llegar al suelo, y quando d
pertaua del sueño, hallarme tan molida y q
brantada, como si verdaderamente hu
caydo. Ai està el toque señora, respondio
cho Pança, que yo sin soñar nada, sino estan
mas despierto que aora estoy, me hallo
pocos menos cardenales que mi señor d
Quixote. Como se llama este cauallero,
guntò la Asturiana Maritornes? Don Qui
te de la Mancha, respondio Sancho Pança,
cauallero auenturero, y de los mejores, y
fuertes, que de luengos tiempos aca se han
to en el mundo. Que es cauallero auenture
replico la moça? Tan nueua soys en el mun
que no lo sabeys vos, respondio Sancho P
ça: Pues sabed hermana mia, que caualler
uenturero es vna cosa, que en dos palabra
vee apaleado, y Emperador. Oy està la
desdichada criatura del mundo, y la mas
nesterosa, y mañana tendra dos o tres co
nas de Reynos que dar a su escudero. Pues
mo vos, siendolo deste tan buen señor, dixo
ventera, no teneys, a lo que parece, algu
algun Condado? Aun es temprano, respon
Sancho, porque no ha sino vn mes q̃ and
busc

buscando las auenturas, y hasta aora no he-
mos topado con ninguna que lo sea. Y tal vez
ay q̃ se busca vna cosa, y se halla otra. Verdad
es que si mi señor don Quixote sana desta he-
rida, o cayda, y yo no quedo cotrecho della,
no trocaria mis esperanças cõ el mejor titulo
de España. Todas estas platicas estaua escuchã
do muy atento don Quixote, y sentandose en
el lecho como pudo, tomando dela mano a la
ventera, le dixo: Creedme fermosa señora, que
os podeys llamar venturosa, por auer alojado
en este vuestro castillo a mi persona, q̃ es tal,
que si yo no la alabo, es por lo que suele de-
zirse, que la alabança propria enuilece; pero
mi escudero os dirà quien soy: solo os digo, q̃
tendre eternamente escrito en mi memoria,
el seruicio que me auedes fecho, para agrade
ceroslo mientras la vida me durare, Y pluguie
ra a los altos cielos, que el amor no me tuuie
ra tan rendido, y tan sujeto a sus leyes, y los
ojos de aquella hermosa ingrata que digo en
tre mis dientes, que los desta fermosa doñze
lla fueran señores de mi libertad, Confusas e-
staua la ventera, y su hija, y la buena de Mari
tornes, oyendo las razones del andante caua-
llero, que assi las entendian como si hablara
en Griego: aunque bien alcançaron que todas
se encaminauan a ofrecimiento, y requiebros:
y como no vsadas a semejante lenguaje, mira-

uanle,y admirauanse,y pareciales otro hombre de los que se vsauan,y agradeciendole venteriles razones sus ofrecimientos,le dieron. Y la Asturiana Maritornes curò a Sancho que no menos lo auia menester que su amo. Auia el arriero concertado con ella,que aquella noche se refocilarian juntos:y ella le auia dado su palabra,de que en estando sossegados los huespedes,y durmiendo sus amos, le yria a buscar, y satisfazerle el gusto en quanto le mandasse. Y cuentase desta buena moça, que jamas dio semejantes palabras que no las cumpliesse,aunque las diesse en vn monte,y sin testigo alguno:porque presumia muy de hidalga,y no tenia por afrenta estar en aquel exercicio de seruir en la venta;porque dezia ella que desgracias, y malos sucessos la auian traydo a aquel estado. El duro,estrecho,apocado y fementido lecho de don Quixote,estaua primero en mitad de aquel estrellado establo, luego junto a el hizo el suyo Sancho,que consistia vna estera de enea,y vna manta,q parecia mostraua ser de angeo tudido,q de lana. Seguia a estos dos lechos,el del arriero,fabricado como se ha dicho, de las enxalmas, y de todo el adorno de los dos mejores mulos que tenia, aunque eran doze, luzios,gordos, y famosos, porque era vno de los ricos arrieros de Arevalo,segun lo dize el autor desta historia, que

deste arriero haze particular mencion, porque le conocia muy bien,y aun quieren dezir,que era algo pariente suyo. Fuera de q̃ Cide Mahamete Benengeli fue historiador muy curioso, y muy puntual en todas las cosas: y echase bien de ver;pues las que quedan referidas, con ser tan minimas,y tan rateras,no las quiso passar en silencio. De donde podrã tomar exemplo los historiadores graues, que nos cuentan las acciones,tan corta y succintamente,que a penas nos llegan a los labios,dexandose enel tintero,ya por descuydo,por malicia,o ignorancia,lo mas substancial de la obra. Bien aya mil vezes el autor de Tablante, de Ricamonte, y aquel del otro libro, donde se cuentan los hechos del Conde Tomillas,y con que puntualidad lo describen todo. Digo pues, que despues de auer visitado el arriero a su requa , y dadole el segundo pienso,se tendio en sus enxalmas, y se dio a esperar a su puntualissima Maritornes. Ya estaua Sancho bizmado y acostado,y aunque procuraua dormir,no lo consentia el dolor de sus costillas: y don Quixote con el dolor de las suyas,tenia los ojos abiertos como liebre. Toda la venta estaua en silencio,y en toda ella no auia otra luz que la q̃ daua vna lãpara,que colgada en medio del portal ardia. Esta marauillosa quietud,y los pensamientos que siempre nuestro caualler traL 2 hia,

hia de los sucessos que a cada passo se cue
en los libros, autores de su desgracia, le tru
a la imaginacion, vna de las estrañas locu
que buenamente imaginar se pueden: y fue
el se imaginò auer llegado a vn famoso ca
llo (que como se ha dicho, castillos erã a to
recer todas las ventas donde alojaua) y q
hija del ventero, lo era del señor del casti
la qual vencida de su gentileza, se auia enam
rado del, y prometido que aquella noche a
to de sus padres, vendria a yazer con el
buena pieça. Y teniendo toda esta quimera
el se auia fabricado) por firme y valedera, se
menço a cuytar, y a pensar en el peligroso
ce en que su honestidad se auia de ver. Y pu
puso en su coraçon, de no cometer aleuo
su señora Dulcinea del Toboso, aũque la m
ma Reyna Ginebra, con su dama Quintañ
na, se le pusiessen delante. Pensando pues en
stos disparates, se llegò el tiempo y la hora
para el fue menguada) de la venida dela Asto
riana, la qual en camisa, y descalça, cogidos
cabellos en vna aluanega de fustan, con tacto
y atentados passos, entrò en el aposento d
de los tres alojauan, en busca del arriero. Y
ro a penas llegò a la puerta, quando don Q
xote la sintio, y sentandose en la cama a pe
de sus bizmas, y con dolor de sus costillas, re
dio los braços para recebir a su fermosa dõ
lla la

lla la Asturiana, que toda recogida y callando
yua con las manos delante, buscando a su que
rido. Topò con los braços de don Quixote, el
qual la asio fuertemente de vna muñeca, y ti-
randola hazia si (sin que ella osasse hablar pala
bra) la hizo sentar sobre la cama. Tentole luе
go la camisa, y aunque ella era de harpillera,
a el le parecio ser de finissimo y delgado cen-
dal. Trahia en las muñecas vnas cuentas de
vidro, pero a el le dieron vislumbres de pre-
ciosas perlas Orientales. Los cabellos, que en
alguna manera tirauan a crines, el los marcò
por hebras de luzidissimo oro de Arabia, cu-
yo resplandor al del mesmo Sol escurecia. Y
el aliento, que sin duda alguna olia a ensa-
lada fiambre y trasnochada, a el le parecio
que a rrojaua de su boca vn olor suaue, y a-
romatico: y finalmente, el la pintò en su
imaginacion, de la misma traça y modo, lo
que auia leydo en sus libros de la otra Prin-
cesa, que vino a ver el mal ferido Cauallero,
vencido de sus amores, con todos los ador-
nos que aqui van puestos. Y era tanta la cegue
dad del pobre hidalgo, que el tacto ni el alien
to, ni otras cosas que trahia en si la buena dõ
zella, no le desengañauã, las quales pudierã ha
zer vomitar a otro q̃ no fuera arriero. An-
tes le parecia q̃ tenia entre sus braços a la dio
sa de la hermosura. Y teniendola biẽ asida cõ

boz amorosa y baxa,le comenco a dezir: Q
fiera hallarme en terminos, fermosa y alta
ñora de poder pagar tamaña merced,como
que con la vista de vuestra grã fermosura
auedes fecho:pero ha querido la fortuna(q
no se cansa de perseguir a los buenos)poner
me en este lecho,dõde yago tã molido y q
brãtado, q̃ aunq̃ de mi voluntad quisiera
fazer a la vuestra,fuera imposible. Y mas q
añade a esta imposibilidad otra mayor, q
es la prometida fe que tengo dada, a la sin
Dulcinea del Toboso, vnica senora de
mas escondidos pensamientos: q̃ si esto no
uiera de por medio, no fuera yo tan sandio
nallero, que dexara passar en blanco la ve
rosa ocasion en q̃ vuestra gran bondad me
puesto. Maritornes estaua congoxadissima
trasudãdo,de verse tan asida de dõ Quixote
sin entẽder ni estar atẽta a las razones q̃ le
zia,procuraua sin hablar palabra desasirse
bueno del arriero, a quien teniã despierto
malos desseos,desde el punto q̃ entro su C
ma por la puerta la sintio: estuuo atentam
te escuchando todo lo que don Quixote
zia,y zeloso de que la Asturiana le huuiesse
tado la palabra por otro,se fue llegando
al lecho de don Quixote, y estuuose quedo
hasta ver en que parauã aquellas razones q
el no podia entẽder. Pero como vio que

moça forcejaua por desasirse, y don Quixote
trabajaua por tenerla: pareciẽdole mal la bur
la,enarbolò el braço en alto, y descargò tan
terrible puñada sobre las estrechas quixadas
del enamorado cauallero,que le bañò toda la
boca en sangre:y no contento con esto, se le
subio encima de las costillas,y cõ los pies,mas
que de trote,se las passeò todas de cabo a ca-
bo. El lecho,que era vn poco endeble,y de no
firmes fundamẽtos, no pudiendo sufrir la aña
didura del arriero, dio consigo en el suelo, a
cuyo gran ruydo despertò el ventero, y luc-
go imaginò que deuian de ser pendencias de
Maritornes,porque auiendola llamado a bo-
zes,no respondia. Con esta sospecha se leuan-
tò,y encendiendo vn candil,se fue hàzia dõde
auia sentido la pelaza. La moça viendo que su
amo venia,y que era de condicion terrible,to
da medrosica y alborotada, se acogiò a la ca-
ma de Sancho Pãça,q̃ aun dormia,y alli se aco
rrucò,y se hizo vn ouillo. El vẽtero entro di-
ziendo: Adonde estas puta? A buẽ seguro que
son tus cosas estas. En esto despertò Sãcho, y
sintiẽdo aquel bulto casi encima de si,pensò q̃
tenia la pesadilla, y comenco a dar puñadas a
una,y otra parte,y entre otras alcançò cõ no
se quãtas a Maritornes,la qual sentida del do
lor echãdo a rodar la honestidad, dio el retor
no a Sãcho,cõ tãtas,q̃ a su despecho le quitò el

Universidad de Deusto
Biblioteca

sueño:el qual viendose tratar de aquella ma-
ra,y sin saber de quien, alçandose como pu-
se abraçò con Maritornes,y començaron e-
tre los dos la mas reñida y graciosa escara-
ça del mundo. Viendo pues el arriero a la lu-
bre del candil del ventero,qual andaua su d-
ma,dexãdo a dõ Quixote, acudio a dalle el
corro necessario:lo mismo hizo el vẽtero,p-
ro con intencion diferente;porq̃ fue a casti-
a la moça,creyendo sin duda,que ella sola
la ocasion de toda aquella armonia. Y assi
mo suele dezirse, el gato al rato, el rato a
cuerda,la cuerda al palo;daua el arriero a
cho;Sancho a la moça; la moça a el;el ventero
a la moça,y todos menudeauan con tãta pr
sa,q̃ no se dauan punto de reposo:y fue lo b
no,que al ventero se le apago el candil,y q
mo quedarõ a escuras,dauãse tan sin cõpas
todos a bulto,q̃ a do quiera que ponian la
no,no dexauã cosa sana. Alojaua a caso a
lla noche en la venta vn quadrillero, de la
llamã dela santa Hermãdad vieja de To
el qual oyendo assi mesmo el estraño estr
do de la pelea,asio de su media vara,y de la
xa de lata de sus titulos, y entro a escuras
aposento,diziendo. Téganse a la justicia,
gãse a la sãta Hermãdad. Y el primero cõ q
topò,fue cõ el apuñeado dõ Quixote q̃ e
en su derribado lecho,tendido boca arriba

sentido alguno, y echandole a tiento mano a
las barbas,no cessaua de dezir:Fauor a la jus-
ticia:pero viendo que el que tenia asido no se
bullia ni meneaua,se dio a entẽder que estaua
muerto,y que los que alli dentro estauã eran
sus matadores:y con esta sospecha, reforçò la
boz,diziendo:Cierrese la puerta de la venta,
miren no se vaya nadie,que han muerto aqui
a vn hombre. Esta boz sobresaltò a todos, y
cada qual dexò la pendencia en el grado que
le tomò la boz. Retirose el ventero a su apo-
sento, el arriero a sus enxalmas, la moça a su
rancho:solos los desuenturados,don Quixote
y Sancho, no se pudieron mouer de donde
estauan. Soltò en esto el quadrillero la barba
de don Quixote,y salio a buscar luz para bus-
car,y prender los delinquentes,mas no la ha-
llò,porque el ventero de industria auia muer-
to la lampara,quando se retirò a su estancia,
y suele forçoso acudir a la chimenea, donde
con mucho trabajo,y tiempo encendio el qua-
drillero otro candil.

CAP. XVII. DONDE SE PRO-

siguen los innumerables trabajos q̃ el bra-
uo don Quixote,y su buẽ escudero Sancho
Pança passaron en la venta,que por su mal
pensò que era castillo.

AVia ya buelto en este tiempo de
parasismo don Quixote, y cõ el mi
mo tono de boz con q̃ el dia a
auia llamado a su escudero, qua
estaua tendido ẽn el val de las estacas, le co
ço a llamar, diziẽdo: Sancho amigo duerm
Duermes amigo Sancho? Que tengo de d
mir, pesia a mi, respondio Sancho lleno de
sadumbre, y de despecho, que no parece
q̃ todos los diablos han andado conmigo
ta noche. Puedes lo creer assi sin duda, respo
dio don Quixote: porque o yo se poco, o e
castillo es encantado. Porq̃ has de saber, m
esto q̃ aora quiero dezirte, has me de jura
lo tendras secreto hasta despues de mi m
te. Si juro, respondio Sancho. Digolo, repl
don Quixote, porque soy enemigo de que
quite la honrra a nadie. Digo q̃ si juro, tor
a dezir Sancho, que lo callare hasta despue
los dias de vuestra merced, y plega a Dios q
pueda descubrir mañana. Tan malas obras
hago Sancho, respondio don Quixote, que
querrias ver muerto con tanta breuedad. N
es por esso, respondio Sancho, sino porq
soy enemigo de guardar mucho las cosas,
querria q̃ se me pudriessen de guardadas. S
por lo que fuere, dixo don Quixote, q̃ m
de tu amor y de tu cortesia: y assi has de
ber, que esta noche me ha sucedido vna de

mas estrañas auenturas q̃ yo sabre encarecer,
y por contartela en breue, sabras que poco ha
q̃ a mi vino la hija del señor deste castillo, q̃ es
la mas apuesta y fermosa donzella, que en grã
parte de la tierra se puede hallar. Que te po-
dria dezir del adorno de su persona! Que de
su gallardo entendimiento! Que de otras co-
sas ocultas, que por guardar la fe que deuo a
mi señora Dulcinea del Toboso, dexare passar
intactas, y en silencio! Solo te quiero dezir, q̃
embidioso el cielo de tanto bien como la ven
tura me auia puesto en las manos. O quiça (y
esto es lo mas cierto) q̃ como tengo dicho, es
encantado este castillo: al tiempo q̃ yo estaua
cõ ella en dulcissimos y amorosissimos colo-
quios, sin q̃ yo la viesse, ni supiesse por donde
venia, vino vna mano pegada a algũ braço de
algũ descomunal Gigãte, y assentome vna pu-
ñada en las quixadas, tal q̃ las tẽgo tadas bãa
das en sangre, y despues me molio de tal suer-
te, q̃ estoy peor q̃ ayer quando los arrieros, q̃
por demasias de Rozinãte, nos hizierõ el agra
vio q̃ sabes. Por dõde cõjeturo, q̃ el tesoro de
la fermosura desta donzella, le deue de guar-
dar algun encantado Moro, y no deue de ser
para mi. Ni para mi tãpoco, respõdio Sãcho,
porq̃ mas de quatrocientos Moros me han a-
porreado de manera, q̃ el molimiẽto d̃ las es-
tacas, fue tortas y pã pintado. Pero digame se
ñor:

ñor: Como llama a esta buena y rara aue-
ra, auiendo quedadado della qual quedau-
Aun vuestra merced menos mal, pues tuuo
sus manos aquella incomparable fermosu-
ha dicho. Pero yo que tuue, sino los mayo-
porrazos que pienso recebir en toda mi v-
Desdichado de mi, y de la madre que me
rio, q̃ ni soy cauallero andante, ni lo pienso
jamas, y de todas las malandanças me cab-
mayor parte. Luego tambien estas tu apo-
do, respondio don Quixote? No le he dich-
si, pese a mi linage, dixo Sancho. No tẽgas
na amigo, dixo don Quixote, que yo hare a-
el balsamo precioso, cõ que sanaremos en
abrir y cerrar de ojos. Acabò en esto de en-
der el candil el quadrillero, y entrò a ver
pensaua que era muerto, y assi como le
entrar Sancho, viẽdole venir en camisa, y
su paño de cabeça, y candil en la mano, y
vna muy mala cara, preguntò a su amo: Se
si serà este a dicha el Moro encantado q
buelue a castigar, si se dexò algo en el tin-
No puede ser el Moro, respõdio don Qui-
te, porque los encantados no se dexan v-
nadie. Sino se dexan ver, dexanse sentir, d-
Sancho: sino diganlo mis espaldas. Tambie
podrian dezir las mias, respondio don Qu-
te, pero no es bastãte indicio esse, para cr-
este q̃ se vee sea el encantado Moro. Llegu-

quadrillero, y como los hallò hablando en tã
sossegada conuersacion, quedò suspenso. Bien
es verdad, que aun don Quixote se estaua bo-
ca arriba, sin poderse menear de puro molido
y emplastado. Llegose a el el quadrillero, y di
xole: Pues, como va buen hombre? Hablara yo
mas bien criado, respondio don Quixote, si
fuera que vos. Vsase en esta tierra hablar dess-
sa suerte a los caualleros andantes, majadero?
El quadrillero q̃ se vio tratar tan mal, de vn
hõbre de tan mal parecer, no lo pudo sufrir, y
alçãdo el candil con todo su azeyte, dio a dõ
Quixote con el en la cabeça, de suerte que le
dexò muy bien descalabrado, y cõmo todo
quedò a escuras, saliose luego. Y Sancho Pan-
ça dixo: Sin duda señor que este es el Moro
encantado, y deue de guardar el tesoro para
otros, y para nosotros solo guarda las puña-
das, y los candilazos. Assi es, respondio don
Quixote, y no ay q̃ hazer caso destas cosas de
encantamentos, ni ay para q̃ tomar colera ni
enojo con ellas, q̃ como son inuisibles y fanta
sticas, no hallaremos de quiẽ vengarnos, aunq̃
mas lo procuremos. Leuantate Sancho si pue-
des, y llama al alcayde desta fortaleza, y procu
ra q̃ se me de vn poco de azeyte, vino, sal, y
romero, para hazer el salutifero balsamo, q̃ en
verdad q̃ creo q̃ lo he biẽ menester aora, porq̃
se me va mucha sangre de la herida q̃ esta fan-

tasma

tasma me ha dado. Leuãtose Sancho cõ ha-
dolor de sus huessos, y fue a scuras dõde e-
el vẽtero, y encõtrãdose cõ el quadrillero,
taua escuchãdo en q̃ paraua su enemigo, l
xo: Señor quienquiera q̃ seays, hazednos
ced y beneficio, de darnos vn poco de ro-
ro, azeyte, sal, y vino, q̃ es menester para
vno de los mejores caualleros andãtes q̃
la tierra, el qual yaze en aquella cama
do, por las manos del encantado Moro q̃
en esta vẽta. Quãdo el quadrillero tal oyo
uole por hõbre falto de seso. Y porq̃ ya
çaua a amanecer, abrio la puerta de la v
llamado al vẽtero, le dixo lo q̃ aquel buen
bre queria. El vẽtero le proueyo de quãto
so, y Sancho se lo lleuo a dõ Quixote, q̃
cõ las manos enla cabeça, quexãdose d
del candilazo, q̃ no le auia hecho mas mal
leuantarle dos chichones algo crecidos: y
el pensaua q̃ era sangre, no era sino sudor
sudaua cõ la congoxa de la passada to
En resolucion, el tomò sus simples, de los
les hizo vn cõpuesto, mezclandolos todos
coziẽdolos vn buẽ espacio, hasta q̃ le par
que estaua en su punto. Pidio luego algu
doma para echallo, y como no la huuo en
ta, se resoluio de poncllo en vna alcuza,
zeytera de hoja de lata, de quiẽ el vẽtero
zo grata donaciõ. Y luego dixo sobre la

za mas de ochẽta Pater nostres, y otras tãtas
AueMarias, Salues, y Credos, y a cada palabra
acõpañaua vna cruz, a modo de bẽdicion: a to
do lo qual se hallaro presentes, Sãcho, el vẽte-
ro, y quadrillero, q̃ ya el arriero sossegadamẽ-
te andaua entẽdiendo en el beneficio de sus
machos. Hecho esto, quiso el mesmo hazer lue
go la esperiẽcia dela virtud de aquel precioso
balsamo q̃ el se imaginaua: y assi se beuio de lo
q̃ no pudo caber en la alcuza, y quedaua en la
olla dõde se auia cozido casi media azũbre, y
apenas lo acabò de beuer, quãdo comẽço a vo
mitar de manera, q̃ no le quedò cosa en el esto
mago, y cõ las ansias y agitaciõ del vomito, le
dio vn sudor copiosissimo, por lo qual mãdò
q̃ le arropassẽ, y le dexassẽ solo. Hizierõlo assi
y quedose dormido mas de tres horas, al cabo
de las quales desperto, y se sintio aliuiadissimo
del cuerpo, y en tal manera mejor de su que-
brãtamiento, q̃ se tuuo por sano. Y verdadera
mẽte creyo q̃ auia acertado cõ el balsamo de
Fierabras, y q̃ cõ aquel remedio, podia aco-
meter desde alli adelãte sin temor alguno, qua
lesquiera ruynas, batallas, y pẽdẽcias, por peli-
grosas q̃ fuessẽ. Sãcho Pãça q̃ tãbien tuuo a mi
lagro la mejoria de su amo, le rogò q̃ le diesse
a el lo que quedaua en la olla, q̃ no era poca cã
tidad. Concedioselo dõ Quixote, y el tomãdo
la a dos manos, cõ buena fe, y mejor talante,

se la

se la echò a pechos, y enuasò bien poco
nos que su amo. Es pues el caso, que el est
go del pobre Sancho, no deuia de ser tan
cado como el de su amo, y assi primero q
mitasse le dieron tantas ansias y bascas, co
tos trasudores y desmayos, que el pemio
y verdaderamente, que era llegada su vlt
hora: y viéndose tan afligido y cogoxado,
dezia el balsamo y el ladron que le lo auia
do. Viendole assi dò Quixote, le dixo: Yo
Sancho que todo este mal te viene de no
armado caualiero: porque tengo para mi
este licor no deue de aprouechar a los q
lo son. Si esso sabia vuestra merced, replic
cho, mal aya yo, y toda mi parentela, para
consintio que lo gustasse? En esto hizo su
racion el breuaje, y començò el pobre esc
ro a desaguarse por entrambas canales, co
ta priessa, que la estera de enea, sobre que
auia buelto a echar, ni la manta de angeo
que se cubria, fueron mas de prouecho. Su
ua, y trasudaua con tales paraciśmos y ac
tes, que no solamente el, sino todos pensa
que se le acabaua la vida. Durole esta bor
ca, y mala andança, casi dos horas, al ca
las quales no quedò como su amo, sino t
lido y quebrantado, que no se podia tene
ro don Quixote, que como se ha dicho,
rio aliuiado y sano, quiso partirse luego a

car auenturas, pareciendole que todo el tiem
po que alli se tardaua, era quitarsele al mun
do, y a los en el menesterosos de su fauor y
amparo: y mas con la seguridad y confiança q
llegaua en su balsamo: y assi forçado deste def
seo, el mismo ensillò a Rozinãte, y enalbardò
aljumento de su escudero, a quien tambien a
yudò a vestir, y a subir en el asno. Pusose luego
a caualio, y llegãdose a vn rincon de la venta,
asio de vn lançon q̃ alli estaua, para que le sir
uiesse de lãça. Estauanle mirando todos quã
tos auia en la vẽta, q̃ passauan de mas de veyn
te personas: mirauale tãbien la hija del ventero,
ro, y el tãbien no quitaua los ojos della, y de
quando en quando arrojaua vn suspiro, q̃ pa
recia que lo arrancaua de lo profundo de sus
entrañas, y todos pensauan q̃ deuia de ser del
dolor que sentia en las costillas, alomenos pẽ
sauanlo aquellos q̃ la noche antes le auian vis
to bizmar. Ya que estuuieron los dos a caua
llo, puesto a la puerta de la venta, llamò al vẽ
tero, y con boz muy reposada y graue, le di
xo: Muchas, y muy grandes son las mercedes,
señor Alcayde, q̃ en este vuestro castillo he re
cebido, y quedo obligadissimo a agradeceros
las todos los dias de mi vida. Si os las puedo
pagar en hazeros vengado de algũ soberuio q̃
os aya fecho algun agrauio, sabed q̃ mi oficio
no es otro sino valer a los que poco puedẽ, y

vengar a los q̃ recibẽ tuertos, y castigar alg
sias. Recorred vuestra memoria, y si hallaya
guna cosa deste jaez que encomendarme,
ay sino dezilla, que yo os prometo, por la or
den de cauallero que recebi, de fazeros sati
cho y pagado a toda vuestra voluntad. El
tero le respondio con el mesmo sossiego q
ñor cauallero, yo no tẽgo necesidad de q
stra merced me vengue ningun agrauio, p
yo se tomar la vengãça q̃ me parece quãdo
me hazen. Solo he menester q̃ vuestra merc
me pague el gasto q̃ esta noche ha hecho en
véta, assi dela paja y cenada de sus dos bestia
como de la cena y camas. Luego véta es en
replicò don Quixote. Y muy honrada, respo
dio el vẽtero. Engañado he viuido hasta ag
respõdio don Quixote, q̃ en verdad que pe
que era castillo, y no malo: pero pues es ass
no es castillo sino venta: lo que se podra ha
por aora es, q̃ perdoneys por la paga, que
no puedo contrauenir a la orden de los ca
lleros andantes: de los quales se cierto (sin q
hasta aora aya leydo cosa en contrario) y q
jamas pagaron posada, ni otra cosa, en ve
dõde estuuiessen. Porque se les deue de fa
y de derecho, qualquier buen acoginiento
se les hiziere, en pago del insufrible trabajo
padecen, buscando las auẽturas de noche y
dia, en inuierno, y en verano, a pie, y a caua

con sed, y con hãbre, con calor, y cõ frio, suge
tos a todas las inclemẽcias del cielo, y a todos
los incõmodos de la tierra. Poco tengo yo q̃
ver en esso, respondio el vẽtero, pagueseme lo
que se me deue, y dexemonos de cuẽtos, ni de
caullerias, q̃ yo no tengo cuenta con otra co
sa, que con cobrar mi hazienda. Vos soys vn
famõso y mal hostalero, respondio don Quixo
te, y poniendo piernas a Rozinante, y tercian
do su lançon, se salio de la venta sin q̃ nadie le
detuuiesse; y el sin mirar si le seguia su escude
ro, se alongò vn buen trecho. El ventero q̃ le
vio yr, y que no le pagaua, acudio a cobrar de
Sancho Pança, el qual dixo, q̃ pues su señor no
auia querido pagar, q̃ tampoco el pagaria, por
q̃ siendo el escudero de cauallero andante co
mo era, la mesma regla y razon corria por el
como por su amo, en no pagar cosa alguna
en los mesones y ventas. Amohinose mucho
desto el ventero, y amenazole que sino le pa
gaua, que lo cobraria de modo que le pesasse.
A lo qual Sancho respondio, que por la ley
de cauallería que su amo auia recebido, no pa
garia vn solo cornado, aunque le costasse la
vida, porque no auia de perder por el la bue
na y antigua vsança de los caualleros andan-
tes, ni se auian de quexar del los escuderos de
los tales, q̃ estauan por venir al mundo, repro
dãdole el quebrãtamiento de tã justo fuero.

Quiso la mala suerte del desdichado Sancho que entre la gente q̃ estaua en la venta, se hallassen quatro perayles de Segouia, tres agujeros del potro de Cordoua, y dos vezinos de heria de Seuilla, gente alegre, bien intencionada, maleante y juguetona, los quales casi instigados y mouidos de vn mismo espiritu llegaron a Sancho, y apeandole del asno, dellos entrò por la mãta de la cama del hued: y echandole en ella, alçaron los ojos vieron que el techo era algo mas baxo de que auiã menester para su obra, y determinaron salirse al corral, que tenia por limite el lo. Y alli puesto Sancho en mitad de la ta, començaron a leuantarle en alto, y a garse con el, como con perro por carneçe das. Las bozes que el misero manteado ua, fueron tantas, que llegaron a los oyd de su amo: el qual deteniendose a escuch atentamente, creyò que alguna nueua ad ra le venia, hasta que claramente conocio el que gritaua era su escudero, y boluiendo riendas, con vn penado galope llegò a la ta, y hallandola cerrada la rodeò, por ver llaua por donde entrar. Pero no huuo llegado a las paredes del corral (que no eran altas) quando vio el mal juego que se le a su escudero. Viole baxar y subir por el có tãta gracia y presteza, q̃ si la colera le

ra, tengo para mi que se riera. Prouò a subir desde el caualllo a las bardas, pero estaua tan molido y quebrãtado, que aun apear se no pudo: y assi desde encima del caualllo començò a dezir tantos denuestos, y baldones a los que a Sancho manteauan, que no es posible acertar a escriuillos, mas no por esto cessauã ellos de su risa, y de su obra, ni el bolador Sãcho de-xaua sus quexas, mezcladas ya con amenazas, ya con ruegos, mas todo aprouechaua poco, ni aprouechò, hasta que de puro cansados le dexaron. Truxeronle alli su asno, y subiendole encima, le arroparon con su gauan. Y la cõpassiua de Maritornes, viendole tã fatigado, le pareciò ser bien socorrelle con vn jarro de agua, y assi se le truxo del pozo, por ser mas frio. Tomole Sãcho, y lleuandole a la boca, se parò a las bozes que su amo le daua, diziendo: Hijo Sancho no beuas agua, hijo no la beuas que te matarà, ves aqui tengo el santissimo balsamo (y enseñauale la alcuza del breuage) que con dos gotas que del beuas, sanaras sin duda. A estas bozes boluio Sancho los ojos como de traues, y dixo con otras mayores: Por dicha ha se le oluidado a vuestra merced, como yo no soy caualllero, o quiere que acabe de vomitar las entrañas que me quedaron de anoche. Guarde se su licor con todos los diablos, y dexen e a mi. Y el acabar de dezir esto,

y el començar a beuer, todo fue vno: mas como al primer trago vio que era agua, no quiso passar adelante, y rogò a Maritornes que le truxesse de vino: y assi lo hizo ella de muy buena voluntad, y lo pagò de su mesmo dinero, porque en efeto se dize della, que aunque estaua en aquel trato, tenia vnas sombras y resabios de Christiana. Assi como beuio Sancho, dio de los carcaños a su asno, y abriendo la puerta de la venta de par en par, se salio della muy contento de no auer pagado nada, y de auer salido con su intencion, aunque auia sido a costa de sus acostumbrados fiadores, q̃ eran sus espaldas. Verdad es, que el ventero se quedo con sus alforjas, en pago de lo q̃ se le debia: mas Sancho no las echo menos, segun lio turbado. Quiso el ventero arrancar la puerta, assi como le vio fuera, mas no lo sintieron los mantenedores, que era gente, aunque don Quixote fuera verdaderamente de los Caualleros andantes de la tabla redonda, no le estimaran en dos ardites.

CAPIT. XVIII. DONDE S
cuentan las razones que passo Sancho
ça con su señor don Quixote: con
auenturas dignas de ser contadas.

LLegò Sancho a su amo, marchito, y desmayado, tanto, q̃ no podia arrear a su jumento. Quando assi le vio don Quixote, le dixo: Ora acabo de creer Sancho bueno, q̃ aquel castillo, o venta es encantado sin duda, porq̃ aquellos q̃ tan atrozmente te tomaron passatiempo contigo, q̃ podian ser sino fantasmas, y gente del otro mũdo? Y confirmo esto, por auer visto q̃ quando estaua por las bardas del corral, mirando los actos de tu triste tragedia, no me fue posible subir por ellas, ni menos pude apearme de Rozinante, porq̃ me deuian de tener encantado: q̃ te juro por la fé de quien soy, q̃ si pudiera subir, o apearme, que yo te hiziera vengado de manera q̃ aquellos follones y malandrines, se acordaran de la burla para siẽpre, aunque en ello supiera contrauenir a las leyes de caualleria, que como ya muchas vezes te he dicho, no consiẽten q̃ cauallero ponga mano contra quien no lo sea, sino fuere en defensa de su propria vida y persona, en caso de vrgente y gran necessidad. Tambien me vengara yo si pudiera, fuera o no fuera armado cauallero, pero no pude: aunque tengo para mi q̃ aquellos que se holgaron conmigo, no eran fantasmas, ni hombres encantados, como vuestra merced dize, sino hõbres de carne, y de hueso como nosotros: y todos, segũ los oi nombrar, quando me

bolteauan, tenian sus nombres que el vno
llamaua Pedro Martinez, y el otro Teno
Hernandez; y el ventero oi que se llama
Iuan Palomeque el Zurdo. Assi que sen
el no poder saltar las bardas del corral, n
pearse del cauallo, en al estuuo, q̃ en encan
mentos. Y lo que yo saco en limpio de to
esto, es, que estas auenturas que andamos bu
cando, al cabo, al cabo, nos han de traer a t
tas desuenturas, que no sepamos qual es m
tro pie derecho. Y lo que seria mejor y m
acertado, segun mi poco entendimiento, fu
ra el boluernos a nuestro lugar, aora q̃ es t
po de la siega, y de entẽder enla hazieda, e
donos de andar de ceca en meca, y de zoca
colodra, como dizen. Que poco sabes San
respondio dõ Quixote, de achaque de cau
ria, calla, y ten paciencia, que dia vendra, d
de veas por vista de ojos, quan honrosa e
es andar en este exercicio. Sino dime, q̃ ma
contento puede hauer en el mundo, o q̃ g
puede igualarse al de vẽcer vna batalla, y a
triũfar de su enemigo? Ninguno sin duda
na. Assi dene de ser, respõdio Sãcho, pue
yo no lo se. Solo se q̃ despues q̃ somos cau
ros andantes, o vuestra merced lo es (q̃ yo
ay para q̃ me cuẽte en tã honroso numero
mas hemos vẽcido batalla alguna, sino fo
del Vizcayno, y aun de aquella salio vn
me

merced con media oreja, y media zelada me-
nos, q̃ despues aca todo ha sido palos y mas
palos, puñadas y mas puñadas, lleuãdo yo de
vẽcaja el mãcamiẽto, y auerme sucedido por
personas encãtadas, de quié no puedo vẽgar-
me, para saber hasta donde llega el gusto del
vencimiento del enemigo, como vuestra mer-
ced dize. Essa es la pena q̃ yo tẽgo, y la que tu
deues tener Sancho, respõdio don Quixote: pe
ro de aqui adelãte, yo procurare auer a las ma
nos alguna espada hecha por tal maestria, q̃ al
que la truxere cõsigo, no le puedã hazer nin-
gun genero de encantamentos. Y aun podria
ser q̃ me deparasse la vẽtura aquella de Ama-
dis, quãdo se llamaua el cauallero de la ardien
te espada, q̃ fue vna de las mejores espadas q̃
tuuo cauallero en el mũdo: porque fuera q̃ te-
nia la virtud dicha, cortaua como vna nauaja,
y no auia armadura por fuerte y encantada q̃
fuesse, que se le parasse delante. Yo soy tan
vẽturoso dixo Sancho, que quando esso fues-
se, y vuestra merced viniesse a hallar espada se
mejante, solo vendria a seruir y aprouechar a
los armados caualleros, como el balsamo, y a
los escuderos q̃ se los papen duelos. No te-
mas esso Sancho, dixo don Quixote, q̃ mejor
lo hara el cielo contigo. En estos coloquios
yuan don Quixote y su escudero, quando vio
don Quixote, q̃ por el camino q̃ yuan, venia

hàzia ellos vna grande y espessa polvareda
en viendola se boluio a Sancho, y le dixo: E
es el dia, o Sancho, en el qual se ha de ver
bien q̃ me tiene guardado mi suerte. Este es
dia digo, en q̃ se ha de mostrar tanto como
otro alguno, el valor de mi braço, y en el q̃
go de hazer obras q̃ queden escritas en el
bro dela fama, por todos los venideros sig
Ves aquella polvareda, q̃ alli se leuãta Sã
Pues toda es quajada de vn copiosissimo e
xercito, q̃ de diuersas è innumerables gen
por alli viene marchãdo. A essa cuẽta dos e
uen de ser, dixo Sancho, porq̃ desta parte
traria se leuãta assi mesmo otra semejãte p
nareda. Boluio a mirarlo dõ Quixote, y vi
assi era la verdad; y alegrãdose sobre manera
pensso sin duda alguna, q̃ eran dos exercitos
veniã a enuestirse, y a encõtrarse en mitad d
aquella espaciosa llanura. Porq̃ tenia a todas
horas y momẽtos llena la fantasia, de aquestas
batallas, encantamẽtos, sucessos, desatinos,
mores, desafios, q̃ en los libros de cauallerias
se cuentan: y todo quanto hablaua, pensaua y
hazia, era encaminado a cosas semejantes; y
polvareda q̃ auia visto, la leuantauan dos gra
des manadas d' ouejas y carneros, q̃ por aq
mesmo camino, de dos diferentes partes
niã, las quales con el polvo no se echaron
ver, hasta q̃ llegaron cerca. Y cõ tanto alb

afirmaua don Quixote, q̃ eran exercitos, que
Sancho lo vino a creer, y a dezirle: Señor,
pues q̃ hemos de hazer nosotros? Que, dixo dõ
Quixote, fauorecer y ayudar a los menestero
sos y desualidos. Y has de saber Sancho, q̃ este
q̃ viene por nuestra frẽte, le conduze y guia, el
grãde Emperador Alifanfarõ, señor de la grã-
de ila Trapobana: este otro q̃ a mis espaldas
marcha, es el de su enemigo el Rey de los Ga
ramantas, Pentapolin del arremãgado braço,
porque siempre entra en las batallas con el
braço derecho desnudo. Pues porque se quie-
ren tan mal estos dos señores, pregunto San-
cho? Quierense mal, respondio don Quixote,
porque este Alifanfaron es vn furibundo pa-
gano, y està enamorado de la hija de Pentapo
lin que es vna muy fermosa y ademas agracia-
da señora, y es Christiana, y su padre no se la
quiere entregar al Rey pagano, sino dexa pri-
mero la ley de su falso profeta Mahoma, y se
buelue a la suya. Para mis barbas, dixo San-
cho, si no haze muy bien Pentapolin, y que le
tengo de ayudar en quanto pudiere. En esso
harás lo que deues Sancho, dixo don Quixo-
te, porque para entrar en batallas semejan-
tes, no se requiere ser armado cauallero. Bien
se me alcãça esso, respõdio Sancho: pero dõde
pondremos a este asno, que estemos ciertos de
hallarle despues de passada la refriega? porq̃
en en-

en entrar en ella en semejante caualleria, q
creo q̃ está en vso hasta aora. Assi es verd
dixo dõ Quixote, lo que puedes hazer de
dexarle a sus auenturas, aora se pierda, o
porq̃ seran tantos los caualios que tendr
despues que salgamos vencedores, q̃ aun co
peligro Rozinante, no le trueque por or
Pero estame atento, y mira que te quiero
cuenta de los caualleros mas principales q̃
estos dos exercitos vienen. Y para que mej
los veas y notes, retiremonos a aquel alt
alli se haze, de donde se deue de descubr
dos exercitos. Hizieronlo assi, y pusieron
bre vna loma, desde la qual se verian bie
dos manadas, que a don Quixote se le hiz
exercito, si las nues del poluo q̃ leuantau
les turbara, y cegara la vista: pero con to
esto, viendo en su imaginacion lo que no v
mi auia, con boz leuantada començo a de
Aquel caualiero que alli ves, de las armas
des, que trae en el escudo vn leon coron
rendido a los pies de vna donzella, es el v
roso Laurcalco, señor de la puente de P
el otro de las armas de las flores de oro,
trae en el escudo tres coronas de plata, en
po azul, es el temido Micocolembo,
Duque de Quirocia: el otro de los miem
Gigãteos, q̃ está a su derecha mano, es el
medroso Brandabarbaran de Boliche,

de las tres Arabias q̃ viene armado de aquel cuero de serpiente, y tiene por escudo vna puerta, que segun es fama, es vna de las del tẽplo que derribò Sanson, quando con su muerte se vengò de sus enemigos. Pero buelue los ojos a esotra parte, y veras delãte y en la frẽte destotro exercito, al siempre vencedor, y jamas vencido, Timonel de Carcajona, principe de la nueua Vizcaya, q̃ viene armado con las armas partidas a quarteles azules, verdes, blancas, y amarillas, y trae en el escudo vn gato de oro, en campo leonado, con vna letra q̃ dize, Miau, que es el principio del nombre de su dama, q̃ segun se dize es la sin par Miulina, hija del Duque Alfeñiquen del Algarue. El otro q̃ carga y oprime los lomos de aquella poderosa Alfana, que trae las armas como nieue blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es vn caualiero nouel de nacio Frances, llamado Pierres Papin, señor de las Baronias de Vtrique: el otro q̃ bate las hijadas con los herrados carcaños, a aquella pintada y ligera cebra, y trae las armas de los veros azules, es el poderoso Duque de Nerbia, Espartafilardo del Bosque, que trae por empresa en el escudo vna esparraguera, cõ vna letra en Castellano, que dize assi, Rastrea mi suerte. Y desta manera fue nõbrando muchos caualleros, del vno y del otro esquadron q̃ el se imaginaua: y

a to-

a todos les dio sus armas, colores, empresas,
motes de improuiso, lleuado de la imagina-
de su nunca vista locura, y sin parar prosigu-
diziendo: A este esquadron frontero, form-
y hazen gentes de diuersas naciones; aqui
tan los que beuen las dulces aguas del fam-
Xanto, los Mótuosos q̃ pisan los Masilicos-
pos: los q̃ criban el finissimo y menudo oro
la felice Arabia: los q̃ gozã las famosas y fr-
cas riberas del claro Termodonte: los que
gran por muchas y diuersas vias, al dora-
Pactolo: los Numidas dudosos en sus pro-
sas: los Persas, en arcos, y flechas famosos:
Partos, los Medos, que pelean huyendo:
Arabes de mudables casas: los Citas tan c-
les como blancos: los etiopes de horadad-
labios, y otras infinitas naciones, cuyos ro-
tros conozco y veo, aunque de los nóbres
me acuerdo. En estotro esquadron viene
que beuen las corrientes cristalinas del olim-
ro Betis, los q̃ tersan y pulen sus rostros,
el licor del siempre rico y dorado Tajo: lo-
gozan las prouechosas aguas del diuino G-
nil: los que pisan los Tartesios campos de p-
tos abundantes: los que se alegran en los
seos Xerezanos prados: los Manchegos ric-
y coronados de rubias espigas: los de hie-
vestidos, reliquias antiguas de la sãg-
Goda: los q̃ en Pisuerga se bañan, famoso p-
la m-

la mansedumbre de su corriente: los que su ga-
nado apacientan en las estendidas dehesas del
tortuoso Guadiana, celebrado por su escondi-
do curso, los que tiemblan con el frio del sil-
uoso Pirineo, y con los blancos copos del le-
uantado Apenino. Finalmente, quantos toda
la Europa en si contiene y encierra. Valame
Dios, y quantas prouincias dixo, quantas na-
ciones nóbro, dãdole a cada vna con marauil-
losa presteza, los atributos q̃ le pertenecia, ro
do abforto y empapado en lo que auia leydo
en sus libros mentirosos. Estaua Sancho Pan-
ça colgado de sus palabras sin hablar ninguna,
y de quando en quando boluia la cabeça a ver
si veia los caualleros, y Gigantes que su amo
nombraua: y como no descubria a ninguno,
le dixo: Señor encomiendo al diablo hóbre ni
Gigante, ni caualleros de quantos vuestra mer
ced dize parece por todo esto, alomenos yo
no los veo, quiça todo deue ser encanta-
mento, como las fantasmas de anoche. Como
dizes esso, respondio don Quixote? No oyes
el relinchar de los caualos, el tocar de los cla
rines, el ruydo de los arambores? No oygo o-
tra cosa, respondio Sancho, sino muchos bali-
dos de ouejas y carneros: y assi era la ver-
dad, porq̃ ya llegauã cerca los dos rebaños. El
miedo q̃ tienes, dixo dõ Quixote, te haze sã-
cho q̃ ni veas, ni oyas a derechas. Porque vno

de los

de los efectos del miedo, es turbar los sen-
dos, y hazer q̃ las cosas no parezcan lo q̃ s
y si es que tanto temes, retirate a vna parte
dexame solo, q̃ solo basto a dar la victoria
parte a quien yo diere mi ayuda: y diziendo
esto, puso las espuelas a Rozinante, y puso
lança en el ristre, baxò de la costezuela con
vn rayo. Diole bozes Sancho, diziéndole: Bol-
uase vuestra merced señor don Quixote,
voto a Dios que son carneros, y ouejas
va a enuestir. Bueluase, desdichado del pa
q̃ me engendrò, que locura es esta? Mire q
ay Gigante, ni caualleros alguno, ni gato
armas, ni escudos partidos, ni enteros; ni
ros azules, ni endiablados: que es lo que
pecador soy yo a Dios? Ni por essas bo
don Quixote, antes en altas bozes yua dizi
do: Ea caualleros, los q̃ seguis y militays
xo de las vanderas del valeroso Empera
Pentapolin del arremãgado braço, segui
todos, vereys quan facilmente le doy ven
ça de su enemigo Alifanfaron de la Trapo
na. Esto diziendo se entrò por medio de
quadron de las ouejas, y començó de alan
llas con tanto corage y denuedo, como
veras alanceara a sus mortales enemigos.
pastores y ganaderos q̃ con la manada ve
dauanle bozes q̃ no hiziesse aquello, pero
do q̃ no aprouechauan, desciñeronse las

das, y començaron a saludalle los oydos, con
piedras como el puño. Don Quixote no se cu
raua de las piedras, antes discurriédo a todas
partes: A donde estas soberuio Alifanfaron,
vente a mí que vn caualleró solo soy, que des-
sea de solo a solo prouar tus fuerças, y quitar
te la vida, en pena de la q̃ das al valeroso Pen
tapolin Garamãta. Llegò en esto vna peladilla
de arroyo, y dãdole en vn lado le sepultò dos
costillas en el cuerpo. Viédose tan mal trecho
creyò sin duda q̃ estaua muerto, o malferido; y
acordãdose de su licor, sacò su alcuza y puso-
sela a la boca, y comẽço a echar licor en el es-
tomago: mas antes q̃ acabasse de enuasar lo q̃
a el le parecia q̃ era bastante, llegò otra almẽ-
dra, y diole en la mano; y en el alcuza tan de
lleno, que se la hizo pedaços, llenandole de ca
mino tres, o quatro dientes y muelas de la bo
ca, y machucandole malamente dos dedos de
la mano. Tal fue el golpe primero, y tal el se-
gundo, que le fue forçoso al pobre caualleró,
dar consigo del cauallo a baxo. Llegaronse a
el los pastores, y creyeron que le auian muer-
to. Y assi con mucha priessa recogieron su ga
nado, y cargaron de las reses muertas, q̃ passa-
rõ. Estuuase todo este tiempo Sãcho sobre la
cuesta, mirãdo las locuras que su amo hazia, y
arrãcauase las barbas, maldiziédo la hora, y el

punto en que la fortuna se le auia dado a
nocer. Viendole pues caydo en el suelo, y
ya los pastores se auian ydo, baxò de la c
ta, y llegose a el, y hallole de muy mal arr
que no auia perdido el sentido, y dixole:
le dezia yo, señor don Quixote, q̃ se bol
se, que los que yua a acometer no eran ex
tos, sino manadas de carneros? Como esso
de desparecer, y contrahazer, aquel ladron
sabio mi enemigo. Sabete Sancho q̃ es muy
cil cosa a los tales, hazernos parecer lo q̃
ren, y este Maglimo que me persigue, emb
so de la gloria que vio que yo auia de al
car desta batalla, ha buelto los esquadro
de enemigos, en manadas de ouejas. Sino
vna cosa Sancho, por mi vida, porque te d
ganes, y veas ser verdad lo q̃ te digo, sub
tu asno, y siguelos bonitamente, y veras co
en alexandose de aqui algun poco, se buelu
su ser primero, y dexãdo de ser carneros
hombres hechos y derechos, como yo te
pinte primero. Pero no vayas aora, q̃ he me
ter tu fauor y ayuda: llegate a mi, y mira q
tas muelas y dientes me faltan, q̃ me parec
no me ha quedado ninguno en la boca. Lleg
se Sancho tan cerca, q̃ casi le metia los ojos
la boca, y fue a tiẽpo q̃ ya auia obrado el b
samo en el estomago de dõ Quixote, y al
po que Sancho llegò a mirarle la boca, arro

de si mas recio que vna escopeta, quanto dẽ
tro tenia, y dio con todo ello en las barbas del
compassiuo escudero. Santa Maria, dixo San
cho, y que es esto que me ha sucedido, sin du
da este pecador està herido de muerte, pues
vomita sangre por la boca. Pero reparãdo vn
poco mas en ello, echò de ver en la color, sa
bor, y olor, que no era sangre, sino el balsamo
de la alcuza q̃ el le auia visto beuer: y fue tãto
el asco que tomò, q̃ reboluiendosele el esto
mago, vomitò lastripas sobre su mismo señor,
y quedaron entrambos como de perlas. Acu
dio Sancho a su asno para sacar de las alfor
jas con que limpiarse, y con que curar a su a
mo, y como no las hallò, estuuo a punto de per
der el juyzio: maldixose de nueuo, y propuso
en su coraçon, de dexar a su amo, y boluerse
a su tierra, aunque perdiesse el salario de lo ser
uido, y las esperanças del gouierno de la pro
metida insula. Leuantose en esto don Quixo
te, y puesta la mano y zquierda en la boca, por
que no se le acabassen de salir los dientes, asiò
con la otra las riendas de Rozinante, que nũ
ca se auia mouido de junto a su amo, (tal era
de leal, y bien acondicionado) y fuese a don
de su escudero estaua, de pechos sobre su as
no, cõ la mano en la mexilla, en guisa de hõbre
pensatiuo ademas. Y viẽdole don Quixote de
aquella manera, cõ muestras de tanta tristeza,

le dixo: Sabete Sancho, que no es vn hom
mas que otro, sino haze mas que otro. T
estas borrascas que nos sucedē, son seña
que presto ha de serenar el tiempo, y há de
cedernos bien las cosas, porque no es po
que el mal ni el bien sean durables, y de
se sigue, que auiendo durado mucho el m
bien este ya cerca. Assi que no debes co
xarte, por las desgracias que a mi me suce
pues a ti no te cabe parte dellas. Como
respondio Sancho: por ventura el que ayer
teaton, era otro que el hijo de mi padre? Y
alforjas que oy me faltan con todas mis
jas, son de otro que del mismo? Que te fa
las alforjas Sancho, dixo don Quixote? Si
me faltan, respondio Sancho. Desde modo
tenemos que comer oy, replico don Quix
Esso fuera, respondio Sancho, quando fal
por estos prados las yeruas que vuestra m
ced dize que conoce, con que suelen supli
mejantes faltas, los tan malauenturados c
lleros andantes, como vuestra merced es. C
todo esso, respondio don Quixote, toma
aora mas ayna vn quartal de pā, o vna bo
za, y dos cabeças de sardinas arenques, q
tas yeruas describe Dioscorides, aunque
el ilustrado por el Doctor Laguna. Mas
todo esto sube en tu jumento, Sancho el bu
no, y vente tras mi, q Dios que es prouee

de todas las cosas, no nos ha de faltar: y mas
andando tan en su seruicio, como andamos,
pues no falta a los mosquitos del ayre, ni a los
gusanillos de la tierra, ni a los renaquajos del
agua. Y es tan piadoso, q haze salir su Sol, so-
bre los buenos y los malos, y llueue sobre los
injustos y justos. Mas bueno era vuestra mer-
ced, dixo Sancho, para predicador, que para
caualiero andante. De todo sabiā, y han de sa
ber los caualleros andantes Sancho, dixo don
Quixote, porq̄ caualiero andante huuo en los
passados siglos, q̄ assi se paraua a hazer vn ser-
mon, o platica en mitad de vn campo real, co
mo si fuera graduado por la vniuersidad de
Paris: de donde se infiere, q̄ nunca la lança em-
boto la pluma, ni la pluma la lança. Aora bie,
sea assi como vuestra merced dize, respondio
Sancho, vamos aora de aqui, y procuremos
donde alojar esta noche, y quiera Dios que
sea en parte donde no aya mantas, ni mantea
dores, ni fantasmas, ni Moros encātados, que
si los ay, dare al diablo el hato, y el garauato.
Pidefelo tu a Dios hijo, dixo don Quixote, y
guia tu por donde quisieres, que esta vez quie
ro dexar a tu eleccion el alojarnos: pero da-
me aca la mano, y atiētame con el dedo, y mi-
ra bien quantos dientes y muelas me faltan
desde lado derecho, de la quixada alta, que
allí siento el dolor. Metio Sancho los dedos,

y estandole atentando, le dixo: Quantas muelas solia vuestra merced tener en esta parte? Quatro, respondio don Quixote, fuera de cordal, todas enteras y muy sanas. Mire vuestra merced bien lo que dize señor, respondio Sancho. Digo quatro, sino eran cinco, respondio don Quixote, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caydo, ni comido de neguijón, ni de cosa alguna. Pues en esta parte de abaxo, dixo Sancho, no tiene vuestra merced mas de dos muelas y media: y en la de arriba, ni media ninguna, q̃ toda está rasa como la palma de la mano. Sin ventura yo, dixo don Quixote, que no do las tristes nueuas q̃ su escudero le daua mas quisiera q̃ me hubieran derribado vn braço, como no fuera el de la espada. Porque hago saber Sancho, q̃ la boca sin muelas, es como molino sin piedra, y en mucho mas se ha de estimar vn diẽte, q̃ vn diamãte. Mas a todo esto estamos sugetos los q̃ professamos la estrecha orde d la caualleria: sube amigo, y guia q̃ yo te seguire al passo que quisieres. Hizolo assi Sancho, y encaminose hàzia dõde le pareció que podia hallar acogimiento, sin salir del camino Real, que por alli yua muy seguido. Yendose pues poco a poco, porq̃ el dolor de las quixadas de dõ Quixote no le dexaua dar priessa, quiso Sancho entretenelle, y diuertirle, diziẽdole alguna cosa, y entre otras que le dixo, fue, lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAP. XIX. DE LAS DISCRETAS razones que Sancho passaua con su amo, y de la auentura que le succedio con vn cuerpo muerto: con otros acontecimientos famosos.

PAreceme señor mio, que todas estas desuenturas que estos dias nos han sucedido, sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced cõtra la orden de su caualleria, no auiendo cumplido el juramento que hizo, de no comer pan a manteles, ni cõ la Reyna folgar, con todo aquello que a esto se sigue, y vuestra merced juro de cumplir, hasta quitar aquel Almete de Malandrino, o como se llama el Moro, que no me acuerdo bien. Tienes mucha razon Sancho, dixo don Quixote. Mas para dezirte verdad, ello se me auia passado de la memoria: y tambien puedes tener por cierto, que por la culpa de no auermelo tu acordado en tiempo, te succedio aquello de la manta: pero yo hare la enmienda, q̃ modos ay de composicion enla orden de la caualleria para todo. Pues jure yo algo por

dicha, respondio Sancho? No importa que
ayas jurado, dixo don Quixote, basta que
entiendo que de participantes no estás
seguro: y por si, o por no, no sera malo
uecernos de remedio. Pues si ello es assi,
Sancho, mire vuestra merced no se le
oluidar esto, como lo del juramento, que
boluera la gana a las fantasmas, de
otra vez conmigo, y aun cō vuestra
le ven tan pertinaz. En estas, y otras
les tomò la noche en mitad del camino,
ner, ni descubrir donde aquella noche
giessen: y lo q̄ no auia de bueno en ello,
perecian de hambre, que con la falta
forjas, les faltò toda la despēsa y
Y para acabar de confirmar esta desgracia
sucedio vna auentura, que sin artificio
verdaderamente lo parecia. Y fue, q̄ la
cerrò cō alguna escuridad, pero con
to caminauan, creyendo Sancho, que
quel camino era Real, a vna, o dos leguas
buena razon hallariā en el alguna venta.
do pues desta manera, la noche escura,
dero hambrieto, y el amo con gana de
vieron q̄ por el mesmo camino que
nian hazia ellos gran multitud de
no parecian sino estrellas que se
mose Sancho en viendolas, y don Quixote
las tuuo todas consigo: tirò el vno

pestro a su asno, y el otro de las riendas a su
Rozino, y estuuieron quedos, mirando aten-
tamente lo que podia ser aquello, y vieron
que las lumbres se yuan acercando a ellos, y
mientras mas se llegauan, mayores parecian.
A cuya vista Sancho començò a temblar co-
mo vn azogado, y los cabellos de la cabeça se
le erizaron a don Quixote. El qual anima-
dose vn poco, dixo: Esta sin duda Sancho
deue de ser grandissima y peligrosissima auen
tura, donde sera necessario que yo muestre
todo mi valor y esfuerço. Desdichado de mi,
respondio Sancho, si a caso esta auentura fues-
se de fantasmas, como me lo va pareciendo,
adonde aura costillas que la sufran? Por mas
fantasmas que sean, dixo don Quixote, no
consentire yo que te toque en el pelo de la ro
pa: que si la otra vez se burlaron contigo,
fue porque no pude saltar las paredes del co-
ral, pero aora estamos en campo raso, don-
de podrè yo como quisiere esgremir mi espa-
da. Y si le encantan y entomecen, como la o-
tra vez lo hizieron, dixo Sancho, que aprue-
chara estar en campo abierto, o no? Con to-
do esso, replicò don Quixote, te ruego San-
cho, que tengas buen animo, que la experien-
cia te dara a entender el que yo tengo. Si ten-
dre, si a Dios plaze, respondio Sancho, y apar
tandose los dos a vn lado del camino, tor-

naron a mirar atentamente, lo que aq
de aquellas lumbres que caminauan podia
y de alli a muy poco descubrieron mas
encamisados, cuya temerosa vision de to
punto remató el animo de Sancho Panç
qual començó a dar diente con diente, co
quien tiene frio de quartana: y crecio m
batir y dentellear, quando distintamente
ron lo que era, porque descubrieron ha
veynte encamisados, todos a cauallo, con
hachas encendidas en las manos: detras
los quales venia vna litera, cubierta de l
a la qual seguian otros seys de a cauallo,
lutados hasta los pies de las mulas, que b
vieron que no eran cauallos en el sosiego
que caminauan. Yuan los encamisados m
murando entre si, con vna boz baxa, y co
paisiua. Esta estraña vision a tales horas,
en tal despoblado, bien bastaua para po
miedo en el coraçon de Sancho, y aun en
de su amo: y assi fuera en quanto a don Q
xote, que ya Sancho auia dado al traues c
todo su esfuerço. Lo contrario le auino a
amo, al qual en aquel punto se le represen
en su imaginacion al viuo, que aquella
vna de las auenturas de sus libros. Figura
le, que la litera eran andas donde deuia
yr algun mal ferido, o muerto caualle
cuya vengança a el solo estaua reser

sin hazer otro discurso enristrò su lançon, pu
sose bien en la silla, y con gentil brio, y conti
nente se puso en la mitad del camino por don
de los encamisados forçosamente auian de
passar; y quando los vio cerca, alçò la boz, y
dixo: Deteneos caualleros, quien quiera que
seays, y dadme cuenta de quien soys: de don
de venis? a donde vays? que es lo que en a
quellas andas lleuays? que segun las muestras,
o vosotros aueys fecho, o vos han fecho algun
desaguisado, y conuiene, y es menester que
yo lo sepa, o bien para castigaros del mal que
feziftes, o bien para vengaros del tuerto que
vos fizieron. Vamos de priessa, respondio vno
de los encamisados, y està la venta lexos, y no
nos podemos detener a dar tanta cuenta
como pedis: y picando la mula passò ade
lante. Sintiose desta respuesta grandemente
don Quixote, y trauando del freno, dixo:
Deteneos, y sed mas bien criado, y dadme
cuenta de lo que os he preguntado, sino
conmigo soys todos en batalla. Era la mula
asombradiza, y al tomarla del freno, se
espanto de manera, que alçandose en los
pies dio con su dueño por las ancas en el
suelo. Vn moço que yua a pie, viendo caer
el encamisado, començò a denostar a don
Quixote, el qual ya encolerizado, sin mas
perar mas, enristrando su lançon, arremetio

a vno

a vno de los enlutados, y mal ferido dio
el en tierra: y reboluiendose por los
era cosa de ver con la presteza que los
tia, y desbarataua, que no parecia sino
aquel instante le auian nacido alas a Ro
te, segun andaua de ligero, y orgulloso. To
los encamisados era gente medrosa, y sin
mas, y assi con facilidad en vn momento
xaron la refriega, y començaron a correr
aquel campo, con las hachas encendidas,
no parecian sino a los de las mascaras, q
noche de regozijo y fiesta corren. Los en
dos assi mesmo, rebueltos, y embuelto
sus faldamentos, y lobas, no se podian
assi que muy a su saluo don Quixote los
leò a todos, y les hizo dexar el sitio mal
grado: porque todos pensaron que aquel
era hombre, sino diablo del infierno que
salia a quitar el cuerpo muerto, que en la
ra lleuauan. Todo lo miraua Sancho, admi
do del ardimiento de su señor, y dezia en
si: Sin duda este mi amo es tan valiente y
forçado como el dize. Estaua vna hacha
diendo en el suelo, junto al primero que
rribò la mula, a cuya luz le pudo ver
Quixote, y llegandose a el, le puso la
del lançon en el rostro, diziendole que se
diesse, sino que le mataria. A lo qual resp
dio el caydo: Harto rendido estoy, pues

me puedo mouer, que tengo vna pierna que-
brada: suplico a vuestra merced, si es caualle-
ro Christiano, que no me mate, que cometeria
ra vn gran sacrilegio, que soy Licenciado, y
tengo las primeras ordenes. Pues quien dia-
blos os ha trahido aqui, dixo don Quixote,
siendo hombre de Iglesia? Quien señor, replicò el caydo, mi desuentura. Pues otra mayor os amenaza, dixo don Quixote, sino me satisfazeys a todo quanto primero os pregunte. Con facilidad sera vuestra merced satisfecho, respondio el Licenciado, y assi sabra vuestra merced, que aunque denantes dixe que yo era Licenciado, no soy sino Bachiller, y llamome Alonso Lopez, soy natural de Alcouendas, vengo de la ciudad de Baeça, con otros onze sacerdotes, que son los que huyeron con las hachas: vamos a la ciudad de Segouia acompañando vn cuerpo muerto que va en aquella litera, que es de vn caualleró que murio en Baeça, donde fue depositado, y aora (como digo) lleuauamos sus huesos a su sepultura, q̃ está en Segouia, de donde es natural. Y quien le matò, preguntò don Quixote? Dios, por medio de vnas calenturas pestilentes que le dieron, respondio el Bachiller. Dessa suerte, dixo don Quixote, quitado me ha nuestro Señor del trabajo que auia de tomar en vengar su muerte si otro alguno le huuiera muerto:

pero

pero auiendole muerto quien le matò no
-fino callar, y encoger los ombros, porq
lo mesmo hiziera si a mi mesmo me mat
Y quiero que sepa vuestra reuerencia, q
yo soy vn caualiero de la Mancha, llama
don Quixote, y es mi oficio y exercicio, a
dar por el mundo endereçando tuertos
desfaziendo agrauios. No se como pueda
esso de endereçar tuertos, dixo el Bachi
pues a mi de derecho me aueys buelto to
to, dexandome vna pierna quebrada, la q
no se vera derecha en todos los dias de
vida: y el agrauio que en mi haueys dex
cho, ha sido dexarme agrauiado de ma
ra, que me quedarè agrauiado para sie
pre: y harta desuentura ha sido topar co
vos que vays buscando auenturas. No
das las cosas, respondio don Quixote, se
den de vn mismo modo: el daño estuvo,
ñor Bachiller Alonso Lopez, en venir co
veniades de noche, vestidos con aquellas
brepellizes, con las hachas encendidas,
zando, cubiertos de luto, que propriam
te semejauades cosa mala, y del otro m
do, y assi yo no pude dexar de cumplir
mi obligacion acometiendo os, y os aco
tiera aunque verdaderamente supiera
crades los mesmos Satanases del infie
que por tales os juzguè, y tuue siempre

que assi lo ha querido mi suerte, dixo el Ba-
chiller, suplico a vuestra merced señor caua-
llero andante (que tan mala andança me ha
dado) me ayude a salir debaxo desta mu-
la, que me tiene tomada vna pierna entre el
estribo y la silla. Hablara yo para mañana,
dixo don Quixote, y hasta quando aguarda-
uades a dezirme vuestro afan? Dio luego bo-
zes a Sancho Pança, que viniesse: pero el no
se curo de venir, porque andana ocupado
desbalijando vna azemila de repuesto, que
traian aquellos buenos señores, bien baste-
cida de cosas de comer. Hizo el bueno de
Sancho costal de su gauan, y recogiendo to-
do lo que pudo, y cupo en el talego, cargò
su jumento, y luego acudio a las bozes de su
amo, y ayudò a sacar al señor Bachiller, de
la opression de la mula: y poniendole enci-
ma della, le dio la hacha, y don Quixote le
dixo, que siguiesse la derrota de sus compa-
ñeros, a quien de su parte pidiesse perdon
del agrauio q̃ hauian recebido, que no auia si-
do en su mano dexar de hauerle hecho. Dixo-
le tambien Sancho: Si a caso quisiere saber es-
tos señores, quiè ha sido el valeroso q̃ tales los
puso, dirales vuestra merced, q̃ es el famoso dõ
Quixote de la Mancha, q̃ por otro nõbre se lla
ma, El caualiero de la triste figura. Con esto
fue el Bachiller, y don Quixote pre-

gunto

guntò a Sancho, que que le auia mouido a
marle el cauallero de la triste Figura, mas
tonces que nunca? Yo se lo dire, respondio
cho, porque le he estado mirando vn rato
luz de aquella hacha que lleua aquel mo
dante, y verdaderamẽte tiene vuestra mer
la mas mala figura de poco aca, que jamas
visto: y deuelo de auer causado, o ya el ca
cio deste combate, o ya la falta de las mue
y dientes. No es esso, respondio don Quix
sino que el sabio a cuyo cargo deue de est
escreuir la historia de mis hazañas, le aura
recido, que será bien que yo tome algun
bre apelatiuo, como lo tomauan todos los
ualleros passados: qual se llamaua el de
diẽte Espada: qual el del Vnicornio: aque
las Donzellas: aqueste el del aue Fenix: el
el cauallero del Grifo: estotro el dela Mã
y por estos nombres, e insignias eran co
dos por toda la redondez de la tierra. Y
digo, que el Sabio ya dicho, te aura pue
la lengua, y en el pensamiento aora, que
llamasses el cauallero de la triste Figura,
pienso llamarme desde oy en adelante y
que mejor me quadre tal nombre, dete
de hazer pintar, quando aya lugar, en mi
do, vna muy triste figura. No ay para que
tar tiempo, y dineros en hazer esta fig
dixo Sancho, sino lo que se ha de hazer

que vuestra merced descubra la suya, y dè ros-
tro a los que el miraren, q̃ sin mas, ni mas, y sin
otra imagen y escudo, le llamarã el de la triste
Figura: y creame que le digo verdad, porque
le prometo a vuestra merced señor, (y esto
fera dicho en burlas) que le haze tan mala ca-
ra la hambre, y la falta de las muelas, que co-
mo ya tengo dicho, se podra muy bien es-
cusar la triste pintura. Riose don Quixote,
del donayre de Sancho, pero con todo pro-
puso de llamarse de aquel nombre, en pu-
diendo pintar su escudo, o rodela, como
auia imaginado: y dixole: Yo entiendo
Sancho, que quedo descomulgado, por
auer puesto las manos violentamente en cosa
sagrada, *Iuxta illud, si quis suadente diabolo*,
&c. Aunque se bien que no puse las manos,
sino este lançon: quanto mas, que yo no
pensè que ofendia a Sacerdotes, ni a cosas
de la Iglesia, a quien respeto, y adoro co-
mo Catholico, y fiel Christiano que soy, si-
no a fantasmas, y a vestiglos del otro mun-
do. Y quando esso assi fuesse, en la memo-
ria tengo lo que le passò al Cid Ruy Diaz,
quando quebrò la silla del Embaxador de
aquel Rey, delante de su Santidad del Papa,
por lo qual lo descomulgò, y anduuo aquel
dia el buen Rodrigo de Viuar, como muy hõ
rado, y valiente cauallero. En oyendo esto el

Bachiller se fue, como queda dicho, sin re-
carle palabra. Quisiera don Quixote mirar
el cuerpo que venia en la litera eran hue-
o no, pero no lo consintió Sancho, diziendo
le: Señor, vuestra merced ha acabado esta p
grosa auentura lo mas a su saluo, de toda
que yo he visto, esta gente aunque vencid
desbaratada, podria ser que cayesse en la c
ta de que los venció sola vna persona, y a
ridos y auergonçados desto, boluiessen a c
zerse, y a buscarnos, y nos diessen en que
der. El jumento está como conuiene, la m
taña cerca, la hambre carga, no ay que ha
sino retirarnos con gentil compas de pies
como dizen, vayasse el muerto a la sepult
y el biuo a la hogaza: y antecogiendo su a
rogò a su señor que le siguiesse: el qual p
ciendole que Sancho tenia razon, sin bole
a replicar le siguio. Y a poco trecho que
nauan por entre dos montañuelas, se hall
en vn espacioso, y escondido valle, donde
apearon, y Sancho aliuiò el jumento, y t
dos sobre la verde yerua, con la salsa de su h
bre, almorzaron, comieron, merendaron, y
naron a vn mesmo punto, satisfaziendo sin
tomagos con mas de vna fiambrera que
señores clerigos del difunto (que pocas ve
se dexã mal passar,) en la azemila de su rep
to trahian. Mas sucedioles otra desgra-

que Sancho la tuuo por la peor de todas, y
fue, que no tenian vino que beuer, ni agua que
llegar a la boca: y acossados de la sed, dixo
Sancho, viendo que el prado donde estauan,
estaua colmado de verde y menuda yerua, lo
que se dirá en el siguiente Capitulo.

CAP. XX. DE LA IAMAS VISTA, ni oyda auentura que cõ mas poco peligro fue acabada del famoso cauallero en el mundo, como la que acabò el valeroso don Quixote de la Mancha.

NO es posible señor mio, sino q̃ estas yeruas dan testimonio de que por aqui cerca deue de estar alguna fuente, o arroyo que estas yeruas humedece: y assi serà bien que vamos vn poco mas adelante, que ya toparemos donde podamos mitigar esta terrible sed que nos fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre. Pareciole bien el consejo a don Quixote, y tomando de la rienda a Rozinante, y Sancho del cabestro a su asno, despues de auer puesto sobre el los relieues que de la cena quedaron, començarõ a caminar por el prado arriba a tiento, porque la escuridad de la noche no les dexaua ver cosa alguna:

mas no huuieron andado dozientos pasos quando llegò a sus oydos vn grande ruydo de agua, como que de algunos grandes y feroces tados riscos se despeñaua. Alegroles el ruydo en gran manera, y parandose a escuchar hazia que parte sonaua, oyeron a deshora otro estruendo, que les aguò el contento del agua especialmente a Sancho, que naturalmẽte era medroso, y de poco animo. Digo que oyeron que dauan vnos golpes a compas, con vn gran to cruxir de hierros y cadenas, que acompañados del furioso estruendo del agua, pusieran pauor a qualquier otro coraçon que no fuera el de don Quixote. Era la noche, como se ha dicho, escura, y ellos acertaron a estrar entre vnos arboles altos, cuyas ojas uidas de blando viento, hazian vn temero y manso ruydo: de manera, que la soledad el sitio, la escuridad, el ruydo del agua, el susurro de las ojas, todo causaua horror y espanto: y mas quando vieron, que golpes cessauan, ni el viento dormia, mañana llegaua: añadiendose a todo esto ignorar el sugar donde se hallauan. Pero Quixote acompañado de su intrepido coçon, saltò sobre Rozinante, y embraçando su rodela, terciò su lançon, y dixo: Sancho go, has de saber, que yo naci por querer Cielo, en esta nuestra edad de hierro,

resucitar en ella la de oro, o la dorada, como suele llamarse. Yo soy aquel para quien estan guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Yo soy, digo otra vez, quien ha de resucitar los de la tabla redonda, los doze de Francia, y los nueue de la fama, y el que ha de poner en oluido los Platires, los Tablantes, Oliuantes, y Tirantes: los Febos, y Belianises, con toda la caterua de los famosos caualleros andantes del passado tiempo, haziendo en este en que me hallo, tales grandezas, estrañezas, y fechos de armas, que escurezcan las mas claras que ellos fizieron. Bien notas escudero fiel, y legal, las tinieblas desta noche, su estraño silencio, el sordo y confuso estruendo destos arboles, el temeroso ruydo de aquella agua, en cuya busca venimos, que parece que se despeña y derrumba desde los altos mõtes de la luna, y quel incessable golpear que nos hiere y lastima los oydos; las quales cosas todas juntas, y cada vna por si, son bastantes a infundir miedo, temor, y espanto en el pecho del mesmo Marte, quanto mas en aquel que no està acostumbrado a semejantes acontecimientos y auenturas. Pues todo esto que yo te pinto, son incentiuos, y despertadores de mi animo, que ya haze que el coraçon me rebiente en el pecho, con el desseo que tiene de acome-

ter esta auentura, por mas dificultosa que
muestra: Assi q̃ aprieta vn poco las cinchas
Rozinante, y quedate a Dios, y esperame aq
hasta tres dias no mas, en los quales sino bo
uiere, puedes tu bolverte a nuestra aldea, y
de alli, por hazerme merced, y buena obra
yras al Toboso, donde diras a la incompara
ble señora mia Dulcinea, que su cautiuo ca
llero murio, por acometer cosas que le hizo
sen digno de poder llamarse suyo. Quando
Sancho oyò las palabras de su amo, comenc
a llorar con la mayor ternura del mundo, y
dezirle: Señor, yo no se porque quiere vues
merced acometer esta tan temerosa auentu
ra: aora es de noche, aqui no nos vee nadie
bien podemos torcer el camino, y desuiarno
del peligro, aunque no beuamos en tres
dias: y pues no ay quien nos vea, menos a
quien nos note de couardes. Quanto mas
que yo he oydo predicar al Cura de nuestr
lugar (que vuestra merced bien conoce) q
quien busca el peligro perece en el: assi que
es bien tentar a Dios, acometiendo tan ar
saforado hecho, donde no se puede esca
sino por milagro: y basta los que ha hecho
Cielo con vuestra merced, en librarle de
manteado, como yo lo fuy, y en sacarle v
cedor, libre, y saluo de entre tantos encan
gos: como acompañauan al difunto. Y qua

todo esto no mueua ni ablande esse duro co-
raçon, mueuale el pensar, y creer, que apenas
se aura vuestra merced apartado de aqui, quã
do yo de miedo dè mi anima a quien quisiere
lleuarla. Yo sali de mi tierra, y dexè hijos y
muger, por venir a seruir a vuestra merced,
creyendo valer mas, y no menos: pero como
la cudicia rõpe el saco, a mi me ha rasgado mis
esperanças, pues quando mas bivas las tenia
de alcançar aquella negra, y mal hadada insu-
la, que tantas vezes vuestra merced me ha pro
merido, veo q̃ en pago y trueco della, me quie
re aora dexar en vn lugar tan apartado del
trato humano. Por vn solo Dios, señor mio, q̃
non se me faga tal desaguisado: y ya q̃ del to-
do no quiera V. m. desistir de acometer este
hecho, dilatelo alomenos hasta la mañana, q̃ a
lo que a mi me muestra la ciencia q̃ aprendi
quando era pastor, no deue de auer desde a-
qui al Alua tres horas: porq̃ la boca de la bo
zina està encima de la cabeça, y haze la media
noche en la linea del braço yzquierdo. Co-
mo puedes tu Sancho, dixo don Quixote,
ver donde haze essa linea: ni donde està
essa boca, o esse colodrillo que dizes, si ha-
ze la noche tan escura, que no parece en
todo el Cielo estrella alguna? Assi es, dixo
Sancho, pero tiene el miedo muchos ojos,
y vee las cosas debaxo de tierra, quan-

to mas encima en el cielo, puesto que por
discurso bien se puede entender que ay
de aqui al dia. Falte lo q̃ faltare, respondio
Quixote, que no se ha de dezir por mi a
en ningun tiempo, que lagrimas, y rpegos
apartaron de hazer lo q̃ deuia a estilo de
uallero: y assi te ruego Sancho, que calles
Dios q̃ me ha puesto en coraçon de aco
ter aora esta tan no vista, y tan temerosa
tura, tendra cuydado de mirar por mi fa
de consolar tu tristeza. Lo q̃ has de hazer,
apretar bien las cinchas a Rozinante, y
darte aqui, que yo daré la buelta presto, o
uo, o muerto. Viendo pues Sancho la v
resolucion de su amo, y quan poco valia
el sus lagrimas, consejos, y ruegos, determ
de aprouecharse de su industria, y hazerle
perar hasta el dia si pudiesse: y assi quando
pretaua las cinchas al cauallo, bonitamente
sin ser sentido atò con el cabestro de su
ambos pies a Rozinãte, de manera q̃ quan
don Quixote se quiso partir no pudo, porq
el cauallo no se podia mouer sino a saltos. V
do Sancho Pãça el buen sucesso de su enb
te, dixo: Ea señor, que el Cielo conmouid
de mis lagrimas, y plegarias, ha ordenado q
no se pueda mouer Rozinante, y si vos q
reys porfiar, y espolear, y dalle, serà enoja
la fortuna, y dar cozes (como dizen) contra
el agu

el aguijon. Desesperauase con esto don Qui-
xote, y por mas que ponia las piernas al ca-
uallo, menos le podia mouer: y sin caer en la
cuenta de la ligadura, tuuo por bien de sosse-
garse, y esperar, o a que amaneciesse, ó a
que Rozinante se meneasse, creyendo sin du-
da, que aquello venia de otra parte que de la
industria de Sancho, y assi le dixo: Pues assi
es Sancho, que Rozinante no puede mo-
uerse, yo soy contento de esperar a que ria
el Alua, aunque yo llore lo que ella tardare
en venir. No ay que llorar, respondio San-
cho, que yo entretendre a vuestra merced,
contando cuentos desde aqui al dia, si ya no
es que se quiere apear, y echarse a dormir
vn poco sobre la verde yerua, a vso de caua-
lleros andantes, para hallarse mas descansa-
do quando llegue el dia, y punto de acome-
ter esta tan desemejable auentura que le espe-
ra. A que llamas apear, o a que dormir,
dixo don Quixote? Soy yo por ventura de
aquellos caualleros que toman reposo en los
peligros? Duerme tu que naciste para dor-
mir, o haz lo que quisieres, que yo hare lo
que viere que mas viene con mi pretension.
No se enoje vuestra merced señor mio, res-
pondio Sancho, que no lo dixe por tanto: y
llegandose a el, puso la vna mano en el arzon
delantero, y la otra en el otro, de modo que

quedò abraçado con el muslo yzquierdo
su amo, sin osarse apartar del vn dedo: tal
ra el miedo que tenia a los golpes, que to
via alternatiuamente sonauan. Dixole don
Quixote, que contasse algun cuento para
rretenerse, como se lo auia prometido: a
Sancho dixo, que si biziera, si le dexara el
mor de lo que oia, pero con todo esso yo
esforçarè a dezir vna historia, que si la acie
ro a contar, y no me van a la mano, es la
jor de las historias: y esteme vuestra mer
atento que ya comiençO. Erase que se era
bien que viniere para todos sea, y el mal pa
quié lo fuere a buscar. Y aduierta vuestra m
ced, señor mio, q̃ el principio que los antig
dieron a sus consejas, no fue assi como que
que fue vna sentencia de Caton çonsor
Romano, que dize: Y el mal para quien
fuere a buscar: que viene aqui como anill
dedo, para q̃ vuestra merced se este quedo
no vaya a buscar el mal a ninguna parte,
q̃ nos boluamos por otro camino, pues
nos fuerça a que sigamos este, donde tan
miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento Sa
cho, dixo don Quixote, y del camino que
mos de seguir dexame a mi el cuydado. D
pues, prosiguio Sancho, q̃ en vn lugar de
madura auia vn pastor cabrerizo, quiero
zir, q̃ guardana cabras, el qual pastor, o

rizo, como digo de mi cuento, se llamaua Lo-
pe Ruyz: y este Lope Ruyz andaua enamora-
do de vna pastora que se llamaua Torralua,
la qual pastora llamada Torralua, era hija de
vn ganadero rico, y este ganadero rico. Si des-
ta manera cuentas tu cuento Sancho, dixo dó
Quixote, repitiendo dos vezes lo q̃ vas dizien
do, no acabaras en dos dias: dilo seguidamen-
te, y cuentalo como hombre de entendimien
to, y fino, no digas nada. De la misma mane-
ra que yo lo cuento, respondio Sancho, se cuẽ
tan en mi tierra todas las consejas, y yo no se
contarlo de otra, ni es bien que V. m. me pida
que haga vsos nueuos. Di como quisieres, res-
pondio don Quixote, que pues la suerte quie
re q̃ no pueda dexar de escucharte, prosigue.
Assi que señor mio de mi anima, prosiguio Sã
cho, que como ya tengo dicho, este pastor an-
daua enamorado de Torralua la pastora, que
era vna moça rolliza, zahareña, y tiraua algo
a hombruna, porque tenia vnos pocos vigo-
tes, que parece que agora la veo. Luego
conociste la tu, dixo don Quixote? No la
conoci yo, respondio Sancho, pero quien
me contò este cuento, me dixo, que era tan
cierto y verdadero, que podia bien quan-
do lo contasse a otro, afirmar, y jurar, que
lo auia visto todo. Assi, que yendo dias, y
viniendo dias, el Diablo que no duerme, y

que

que todo lo añasca, hizo de manera, que
amor que el pastor tenia a la pastora se
uiesse en omezillo, y mala voluntad, y
causa fue, segun malas lenguas, vna ci
cantidad de zelillos que ella le dio, t
que passauan de la raya, y llegauan a lo vi
do: y fue tanto lo que el pastor la aborre
de alli adelante, que por no verla, se quiso
sentar de aquella tierra, è yrse donde
ojos no la viessen jamas. La Torralua q
vio desdeñada del Lope, luego le quiso b
mas que nunca le hauia querido. Essa es
tural condicion de mugeres, dixo don Q
te, desdeñar a quien las quiere, y amar
quien las aborrece, passa adelante Sancho
Sucedio, dixo Sancho, que el pastor
por obra su determinacion, y antecogie
sus cabras se encaminò por los campos de
tremadura, para passarse a los Reynos de
tugal. La Torralua que lo supo se fue tra
y seguiale a pie y descalça, desde lexos, co
bordon en la mano, y con vnas alforjas
cuello, donde lleuaua (segun es fama) vn
daço de espejo, y otro de vn peyne, y
que botezillo de mudas para la cara; mas
uasse lo que lleuasse, que yo no me quiero
ter aora en averiguallo. Solo dire que di
que el pastor llegò con su ganado a pass
rio Guadiana, y en aquella sazon y

tido, y casi fuera de madre: y por la parte
que llegò no auia barca, ni barco, ni quien le
passasse a el, ni a su ganado de la otra parte,
de lo que se congoxò mucho, porque veia
que la Torralua venia ya muy cerca, y le auia
de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y
lagrimas: mas tanto anduuo mirando, que
vio vn pescador que tenia junto a si vn barco
tan pequeño, que solamente podian caber
en el vna persona y vna cabra: y con todo es-
to le hablo y concertò con el, que le passasse
a el, y a trezientas cabras que lleuaua. Entrò
el pescador en el barco, y passò vna cabra,
boluio y passò otra, tornò a boluer, y tornò
a passar otra. Tenga vuestra merced cuenta
en las cabras que el pescador va passando,
porque si se pierde vna de la memoria, se a-
cabarà el cuento, y no serà posible contar
mas palabra del. Sigo pues y digo, que el des-
embarcadero de la otra parte, estaua lleno de
cieno, y resbaloso, y tardaua el pescador mu-
cho tiempo en yr y boluer. Con todo esto,
boluio por otra cabra, y otra, y otra. Haz
cuenta que las passò todas, dixo don Quixo-
te, no andes yendo y viniendo dessa manera,
que no acabaras de passarlas en vn año. Quan
tas han passado hasta aora, dixo Sancho? Yo
que diablos se, respondio don Quixote. He
dicho lo que yo dixe, que tuuiesse buena cuenta.

Pues

Pues por Dios que se ha acabado el cuento
que no ay passar adelante. Como puede
esso,respondio don Quixote? tan de esse
de la historia es,saber las cabras que han
sado por estenso,que si se yerra vna del n
ro,no puedes seguir adelante con la hist
No señor,en ninguna manera,respondio
cho,porq̃ assi como yo pregũte a vuestra
ced,que me dixesse quantas cabras auian
sado, y me respondio que no sabia,en
mesmo instante se me fue a mi de la me
quanto me quedaua por dezir, y a se que
de mucha virtud y contento. De modo,
don Quixote,q̃ ya la historia es acabada
acabada es como mi madre,dixo Sancho
gote de verdad,respondio don Quixote
has contado vna de las mas nueuas con
cuento,o historia, que nadie pudo pensa
el mundo,y q̃ tal modo de contarla,ni de
la,jamas se podra ver,ni aura visto en to
vida,aunq̃ no esperaua yo otra cosa de tu
discurso,mas no me marauillo,pues quiz
tos golpes q̃ no cessan, te deue de tener
bado el entendimiento. Todo puede ser
pondio Sancho,mas yo se q̃ en lo de mi
no ay mas q̃ dezir,que alli se acaba, do
ça el yerro dela cuẽta del passage d las ca
Acabe norabuena donde quisiere, dixo
Quixote, y veamos si se puede mouer

re. Tornole a poner las piernas, y el tornò a
dar saltos,y a estarse quedo,tãto estaua de bie
atado. En esto parece ser, o q̃ el frio de la ma
ñana q̃ ya venia,o q̃ Sancho huuiesse cenado al
gunas cosas lenitiuas, o q̃ fuesse cosa natural
(que esto q̃ mas se deue creer)a el le vino en
voluntad y desseo de hazer lo q̃ otro no pudie
ra hazer por el. Mas era tãto el miedo q̃ auia
cogido en su coraçõ,que no osaua apartarse
vn negro de vña de su amo. Pues pensar de no
hazer lo que tenia gana, tãpoco era posible,
y assi lo que hizo por bie de paz, fue soltar la
mano derecha,q̃ tenia asida al arzon trasero,
con la qual bonitamente y sin rumor alguno,
se soltò la lazada corrediza,conq̃ los calçones
se sostenia,sin ayuda d otra alguna,y en quitã
dosela dieron luego a baxo, y se le quedaron
como grillos:tras esto alçò la camisa lo mejor
q̃ pudo, y echò al ayre entrambas posaderas,
que no erã muy pequeñas). Hecho esto(q̃ el
pensò q̃ era lo mas que tenia q̃ hazer,para sa-
lir de aquel terrible aprieto y angustia)le so-
brecamo otra mayor,q̃ fue,que le parecio que
no podia mudarse, sin hazer estrepito y ruy-
do,y començò a apretar los dientes,y a encо-
ger los ombros,recogiẽdo en si el aliento to-
do quanto podia. Pero con todas estas diligẽ-
cias,fue tã desdichado,q̃ al cabo al cabo,vino
a hazer vn poco de ruydo, bien diferente de

aquel

aquel que a el le ponia tanto miedo. Oyo
don Quixote, y dixo: Que rumor es esse Sa
cho? No se señor, respódio el, alguna cosa na
ua deue de ser, que las auenturas y desdicha
ras, nunca comiençan por poco. Tornò o
vez a prouar ventura, y sucediole tan bien
sin mas ruydo ni alboroto que el passado,
hallò libre de la carga que tanta pesadum
le auia dado. Mas como don Quixote tenia
sentido del olfato, tan viuo como el de
oydos, y Sancho estaua tan junto y cosido
el, que casi por linea recta subian los vapo
hàzia arriba, no se pudo escusar de que al
nos no llegassen a sus narizes: y apenas
ron llegado, quando el fue al socorro, apre
dolas entre los dos dedos, y cõ tono algo
goso, dixo: Pareceme Sancho, q̃ tienes mu
miedo. Si tengo, respondio Sancho, mas
lo echa de ver vuestra merced aora mas q
nunca? En que aora mas que nunca huele
no a ambar, respondio don Quixote. Bien
dra ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la
pa, sino vuestra merced, que me trae a des
ras, y por estos no acostumbrados passos
tirate tres, o quatro alla amigo, dixo don Q
xote (todo esto sin quitarse los dedos d las
rizes) y desde aqui adeláte ten mas cuẽta c
tu persona, y con lo que deues a la mia
la mucha conuersacion que tẽgo contigo,
cõg

engendrado este menosprecio. Apostare, replico Sancho, que piensa vuestra merced, que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deua. Peor es meneallo amigo Sancho, respondio don Quixote. En estos coloquios, y otros semejantes, passaron la noche, amo y moço. Mas viendo Sancho que a mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligò a Rozinante, y se ato los calçones. Como Rozinante se vio libre (aunque el de suyo no era nada brioso) pare ce que se resintio, y començò a dar manotadas, porque corbetas (con perdon suyo) no las sabia hazer. Viendo pues don Quixote, que ya Rozinante se mouia, lo tuuo a buena señal, y creyò q̃ lo era, de que acometiesse aquella temerosa aue tura. Acabo en esto de descubrirse el alua, y de parecer distinctamente las cosas, y vio don Quixote, que estaua entre vnos arboles altos, que eran castaños, que hazen la sombra muy escura: sintio tambien que el golpear no cessaua, pero no vio quien lo podia causar. Y assi sin mas detenerse, hizo sentir las espuelas a Rozinante, y tornando a despedirse de Sãcho, le mandò que alli le aguardasse tres dias, a lo mas largo (como ya otra vez se lo auia dicho) y que si al cabo de ellos no huuiesse buelto, tuuiesse por cierto, que Dios auia sido seruido, de que en aquella peligrosa auentura se le acabassen sus dias. Tornole a referir el recaudo y embaxada, que auia de

llenar de su parte a su señora Dulcinea, y que
lo que tocaua a la paga de sus seruicios, no
uiesse pena, porque el auia dexado hecho el
stamento, antes que saliera de su lugar, donde
hallaria gratificado de todo lo tocante a su
rio, rata por cantidad del tiempo que huuo
seruido. Pero que si Dios le sacaua de aque
ligro sano, y saluo, y sin cautela, se podia
por muy mas que cierta, la prometida ín
De nueuo tornò a llorar Sancho, oyèdo de
uò las lastimeras razones de su buen señor, y
termino de no dexarle, hasta el vltimo
y fin de aquel negocio. Destas lagrimas, y
terminacion tan honrrada de Sancho Pança
ca el autor desta historia, que deuia de ser
nacido, y por lo menos Christiano viejo. C
sentimiento enternecio algo a su amo, pero
tanto que mostrasse flaqueza alguna, antes
simulando lo mejor que pudo, comenco a
nar hazia la parte por donde le parecia q
ruydo del agua, y del golpear venia. Segui
cho a pie, llenando como tenia de costum
del cabestro de su jumento, perpetuo consu
ro de sus prosperas, y diuersas fortunas. Y
do andado vna buena pieça por entre aque
castaños y arboles sombrios, dieron en vn
dezillo, que al pie de vnas altas peñas se
de las quales se precipitaua vn grandi
golpe de agua. Al pie de las peñas estauan

casas mal hechas, que mas parecia ruynas de edi
ficios, que casas, de entre las quales aduirtieron
que salia el ruydo y estruèdo de aquel golpear
(que aun no cessaua.) Alborotose Rozinante
con el estruendo del agua, y de los golpes: y so
segandole don Quixote, se fue llegando poco a
poco a las casas, encomendandose de todo cora
con su señora, suplicandole que en aquella te
merosa jornada, y empresa le fauoreciesse: y de
camino se encomendaua tambien a Dios, que
no le oluidasse. No se le quitaua Sancho del la
do, el qual alargaua quanto podia el cuello, y la
rilla, por entre las piernas de Rozinante, por
ver si veria ya, lo que tan suspenso y medroso
le tenia. Otros cien passos serian los que andu
uieron, quando al doblar de vna punta, parecio
descubierta y patente la misma causa, sin que pu
diesse ser otra de aquel horrisono, y para ellos
espantable ruydo, que tan suspensos y medro
sos toda la noche los auia tenido. Y eran (si no
lo han, o Lector, por pesadumbre, y enojo)
seys mazos de batan, que con sus alternatiuos
golpes, aquel estruendo formauan. Quando dò
Quixote vio lo que era, enmudecio, y pasmose
de arriba a baxo. Mirole Sancho, y vio que te
nia la cabeça inclinada sobre el pecho, cò mues
tras de estar corrido. Mirò tambien dò Quixote
a Sancho, y viole q tenia los carrillos hinchados, y

la boca llena de risa, con euidentes señales de querer rebentar con ella: y no pudo su mucha lia tanto con el, que a la vista de Sancho pudo se dexar de reyr: y como vio Sancho que mo auia començado, soltò la presa de manera tuuo necessidad de apretarse las hijadas con puños, por no rebentar riendo. Quatro ve sossegò, y otras tantas boluiò a su risa, con mismo impetu que primero: de lo qual ya ua al Diablo don Quixote: y mas quando yo dezir, como por modo de fisga: Has de o Sancho amigo, que yo naci por querer de lo, en esta nuestra edad de hierro, para res tar en ella la dorada, o de oro. Yo soy aquí ra quien estan guardados los peligros, las ñas grandes, los valerosos fechos. Y por fue repitiendo, todas, o las mas razones que Quixote dixo la vez primera que oyeron meroso golpes. Viendo pues don Quixote Sancho hazia burla del, se corriò, y enojò ta manera, que alçò el lançon, y le asentò palos, tales, que si como los recibio en las das, los recibiera en la cabeça, quedara libre pagarle el salario, sino fuera a sus herederos do Sancho que sacaua tan malas veras de bro las, con temor de que su amo no passasse adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: que se vuestra merced, que por Dios que lo. Pues porque os burlays, no me burlo yo

pondio dò Quixote. Venid aca señor alegre, pa receos a vos que si como estos fueron maços de batan, fueran otra peligrosa auentura, no auia yo mostrado el animo que conuenia, para em prendella y acaballa? Estoy yo obligado a dicha (siendo, como soy, Cauallero) a conocer y dis tinguir los sones, y saber quales son de batan, o no? Y mas que podria ser (como es verdad) que no los he visto en mi vida, como los aureys vis to, como villano ruyn que soys, criado, y nacido entre ellos. Sino hazed vos que estos seys ma gos, se bueluan en seys Iayanes, y echadmelos a las barbas vno a vno, o todos juntos, y quando yo no diere con todos patas arriba, hazed de mi la burla que quisieredes. No aya mas señor mio replicò Sancho, que yo confiesso que he anda do algo risueño en demasia: pero digame vue stra merced, aora que estamos en paz, assi Dios le saque de todas las auenturas que le sucedie en, tan sano, y saluo, como le ha sacado desta, no ha sido cosa de reyr, y lo es de contar, el grã miedo que hemos tenido, alomenos el que yo tiene, que de vuestra merced, ya yo se que no le conoce, ni sabe que es temor, ni espãto? No nie go yo (respondio don Quixote) que lo que nos ha sucedido, no sea cosa digna de risa, pero no es digna de contarse, que no son todas las per sonas tan discretas, que sepan poner en su pun to las cosas. Alomenos (respondio Sancho) su po vue-

po vuestra merced poner en su punto el
apuntandome a la cabeça, y dandome en
paldas: gracias a Dios, y a la diligencia que
en ladearme. Pero vaya, que todo saldrá
la colada, que yo he oydo dezir: Essere
re bien, que te haze llorar: y mas que
los principales señores, tras vna mala
que dizen a vn criado, darle luego vnas
aunque no se lo que le suelen dar tras
do de palos: si ya no es, que los Caualleros
dantes, dan tras palos Insulas, o Reynos,
rra firme. Tal podria correr el dado, diz
Quixote, que todo lo que dizes viniesse
verdad: y perdona lo passado, pues
creto, y sabes que los primeros mouimi
no son en mano del hombre: y està aduer
de aqui adelante en vna cosa (para que
stengas y reportes en el hablar demasiado
migo) que en quantos libros de caualler
leydo, que son infinitos, jamas he hallado
ningun escudero hablasse tanto con su señor
mo tu con el tuyo. Y en verdad que lo
a gran falta tuya, y mia: tuya, en que
mas en poco: mia, en que no me dexo
en mas. Si que Gandalin, Escudero de
dis de Gaula, Conde fue de la Insula firme
se lee del, que siempre hablaua a su señor
gorra en la mano, inclinada la cabeça, y
el cuerpo (moro Turquesco). Pues q̃ diremos

Gasabal, escudero de Don Galaor q̃ fue tan ca-
llado, que para declararnos la excelencia de su
marauilloso silencio, sola vna vez se nombra su
nombre, en toda aquella tan grande como ver-
dadera historia. De todo lo q̃ he dicho, has de in
ferir Sancho, que es menester hazer diferencia,
de amo a moço, de señor a criado, y de Caualle
ro a escudero. Assi, q̃ desde oy adelante, nos he-
mos de tratar con mas respeto, sin darnos corde
jo, porque de qualquier manera que yo me
enoje con vos, ha de ser mal para el cataro. Las
mercedes y beneficios que yo os he prometido,
llegarán a su tiempo, y sino llegaren, el salario
almenos no se ha de perder (como ya os he di
cho). Està bien quanto vuestra merced dize, di
xo Sancho. Pero querria yo saber (por si a caso
no llegasse el tiempo de las mercedes, y fuesse
necessario acudir al de los salarios) quanto ga-
nana vn escudero de vn Caualler andante, en
aquellos tiempos? y si se concertauan por me-
ses, o por dias, como peones de albañir? No creo
yo, respondio don Quixote, que jamas los tales
escuderos estuuieron a salario, sino a merced. Y
si yo ora te le he señalado a ti, en el testamen-
to cerrado q̃ dexè en mi casa, fue por lo q̃ podia
suceder, q̃ aun no se como prueua en estos tã ca
mirosos tiẽpos nuestros la caualleria, y no que
ria que por pocas cosas penasse mi anima en el
otro mũdo. Por q̃ quiero q̃ sepas Sancho q̃ en el

no ay estado mas peligroso, que el de los aventureros. Assi es verdad, dixo Sancho, pues [illegible] el ruydo de los maços de vn batan, pudo alborotar, y desasossegar el coraçon de vn tan valeroso andante auenturero, como es vuestra merced. Mas bien puede estar seguro, que de aqui adelãte no despliegue mis labios para hazer mouymiento de las cosas de vuestra merced, sino fuere para honrrarle, como a mi amo, y señor natural. Dessa manera, replico don Quixote, viuirás sobre la haz de la tierra, porque despues de los padres, a los amos se ha de respetar, como a tales fuessen.

CAP. XXI. QVE TRATA DE LA alta auentura, y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro inuencible Cauallero.

En esto començò a llouer vn poco, y quisiera Sancho que se entraran en el Molino de los batanes. Mas auiale sobrado tal aborrecimiento don Quixote, por la pesada burla, que en ninguna manera quiso entrar dentro, y assi torciendo el camino a la derecha mano, dieron en otro tanto el que auia llenado el dia de antes. De alli a poco, descubrio don Quixote vn hombre a caballo, que trahia en la cabeça vna cosa que relu-

braua, como si fuera de oro, y aun el a penas le huuo visto, quando se bolaio a Sancho, y le dixo: Pareceme Sancho, que no ay refran que no sea verdadero, porque todos son sentencias sacadas de la mesma experiencia, madre de las ciencias todas: especialmente aquel que dize: Donde vna puerta se cierra, otra se abre. Digolo, porque si anoche nos cerrò la ventura la puerta de lo que buscauamos, engañandonos con los batanes, aora nos abre de par otra, para otra mejor y mas cierta auentura, que si yo no acertare a entrar por ella, mia sera la culpa, sin que la pueda dar a la poca noticia de batanes, ni a la escuridad de la noche. Digo esto, porque sino me engaño, hazia nosotros viene vno, que trae en su cabeça puesto el yelmo de Mambrino, sobre que yo hize el juramento que sabes. Mire vuestra merced bien lo que dize, y mejor lo que haze, dixo Sancho, que no querria que fuessen otros batanes, q̃ nos acabassen de batanar, y aporrear el sentido. Valate el Diablo por hombre, replico don Quixote, que va de yelmo a batanes? No se nada, respondio Sancho, mas a fe que si yo pudiera hablar tanto como solia, que quiça diera tales razones, que vuestra merced viera que se engañaua en lo que dize: Como me puedo engañar en lo que digo, traydor escrupuloso, dixo don Quixote? Dime, no ves aquel Cauallero q̃ hazia nosotros viene, sobre vn cauallo ruzio ro-

dado, que trae puesto en la cabeça vn yelmo de oro? Lo que yo veo y columbro, respondio Sancho, no es sino vn hombre sobre vn asno pardo como el mio, que trae sobre la cabeça vna cosa que relumbra. Pues esse es el yelmo de Mambrino, dixo don Quixote, apartate a vna parte, y dexame con el a solas, veras quan sin hablar palabra, por ahorrar del tiempo, concluyo esta aventura, y queda por mio el yelmo, que tãto he deseado. Yo me tengo en cuydado el apartarme, replicò Sancho: mas quiera Dios, torno a decir que oregano sea, y no batanes. Ya os he dicho hermano, que no me menteys, ni por piẽso, esso de los batanes, dixo don Quixote, que veys to, y no digo mas, que os batanee el alma. Sancho, con temor que su amo no cumpliesse voto, que le auia echado, redondo como vna bola. Es pues el caso, que el yelmo, y el caballo y Cauallero que don Quixote vehia, era esto en aquel contorno auia dos lugares, el vno pequeño, que ni tenia botica, ni Barbero, mas ero que estaua junto a si, y assi el Barbero mayor, seruia al menor: en el qual tuuo necesidad vn enfermo de sangrarse, y otro de hazerse la barba, para lo qual venia el Barbero, y trahia vna bazia de azofar. Y quiso la suerte, que tiempo que venia, començo a llouer, y por que no se le manchasse el sombrero, que de ser nueuo, se puso la bazia sobre la cabeça, y

como estaua limpia, desde media legua relumbraua: Venia sobre vn asno pardo, como Sancho dixo, y esta fue la ocasion que a don Quixote le parecio caballo ruzio rodado, y Cauallero, y yelmo de oro: que todas las cosas que vehia, cõ mucha facilidad las acomodaua a sus desuariadas cauallerias, y mal andantes pensamientos. Y quando el vio que el pobre Cauallero llegaua cerca, sin ponerse con el en razones, a todo correr de Rozinante, le enristro con el lançon baxo, llenando intẽcion de passarle de parte a parte. Mas quando a el llegaua, sin detener la furia de su carrera, le dixo: Defiendete cautiua criatura, o entriegame de tu voluntad, lo que con tan justa razon se me deue. El Barbero, que tan sin pẽsalo, ni temerlo, vio venir aquella fantasma sobre si, no tuuo otro remedio para poder guardarse del golpe de la lança, sino fue el dexarse caer del asno a baxo: y no huuo tocado al suelo, quando se leuãto mas ligero que vn gamo, y comẽço a correr por aquel llano, que no le alcançara el viento. Dexose la bazia en el suelo, cõ la qual se contentò don Quixote, y dixo, que el pagano auia andado discreto, y q̃ auia imitado al Castor: el qual viẽdose acosado de los Caçadores, se taraça y harta cõ los diẽtes, aquello por lo q̃ el por distinto natural sabe q̃ es perseguido. Mãdò a Sãcho, q̃ alçasse el yelmo, el qual tomando en las manos, dixo: Por Dios que la bazia

es

es buena,y que vale vn real de a ocho,como vn marauedi. Y dandosela a su amo,se la puso luego en la cabeça, rodeandola a vna parte y a otra,buscandole el encaxe: y como no se le hallaua,dixo:sin duda que el pagano, a cuya medida se forjo primero esta famosa celada, deuia de tener grandissima cabeça, y lo peor dello es, que le falta la mitad. Quando Sancho oyò llamar a la bazia celada,no pudo tener la risa,mas vino a las mientes,la colera de su amo,y callò en la mitad della, De que te ries Sancho,dixo don Quixote? Riome,respondio el, de considerar la gran cabeça que tenia el pagano,dueño deste almete, que no semeja sino vna bazia de Barbero puesta parada. Sabes que imagino Sancho,que esta famosa pieça deste encantado yelmo, por algun estraño accidente deuio de venir a manos de quien no supo conocer;ni estimar su valor,sino saber lo que hazia,viendola de oro purissimo, deuio de fundir la otra mitad para aprouecharse del precio,y de la otra mitad hizo esta que parece bazia de Barbero,como tu dizes: pero sea lo que fuere,que para mi que la conozco,no hazze al caso su transmutacion,que yo la aderezare en el primer lugar donde aya herrero,y de manera que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjò el dios de las herrerias, para el dios de las batallas:y en este entretanto la traere como mejor pudiere, que mas vale algo que no nada, quanto

quanto mas, que bien sera bastante para defenderme de alguna pedrada. Esso sera, dixo Sancho,sino se tira con honda, como se tiraron en la pelea de los dos exercitos, quãdo le santiguaron a vuestra merced las muelas, y le rompieron el alcuza, donde venia aquel benditissimo brebaje,que me hizo vomitar las asiaduras. No me da mucha pena el auerle perdido, que ya sabes tu Sancho, dixo don Quixote, que yo tengo la receta en la memoria. Tambien la tengo yo,respondio Sancho. Pero si yo le hiziere, ni se prouare mas en mi vida, aqui sea mi hora. Quanto mas que no pienso ponerme en ocasiõ de auerle menester, porque pienso guardarme con todos mis cinco sentidos,de ser ferido, ni de ferir a nadie. De lo del ser otra vez manteado,no digo nada, que semejãtes desgracias mal se pueden prevenir;y si vienen,no ay que hazer otra cosa,sino encoger los hombros,detener el aliento,cerrar los ojos, y dexarse yr por donde la suerte,y la manta nos llevare. Mal Christiano eres Sancho,dixo oyẽdo esto don Quixote, por que nunca olvidas la injuria que vna vez te han hecho:pues sabete que es de pechos nobles generosos,no hazer caso de niñerias. Que pierdas coxo,que costilla quebrada, que cabeça rota, para q̃ no se te olvide aquella burla? que bien apurada la cosa,burla fue,y passatiẽpo,q̃ a no entẽderlo yo assi,ya yo huuiera buelto alla, y ha-

y huuiera hecho en tu vengança mas daño, q
el que hizieron los Griegos por la robada
na. La qual si fuera en este tiempo, o mi Dul
nea fuera en aquel, pudiera estar segura, que
tuuiera tanta fama de hermosa como tiene
qui dio vn suspiro, y le puso en las nuues. Y
xo Sancho, por burlas, pues la vengança
puede passar en veras: pero yo se de que cal
fueron las veras y las burlas, y se tambien q
se me caeran de la memoria, como nunca se
taran de las espaldas. Pero dexando esto a
te, digame vuestra merced, q haremos dest
uallo ruzio rodado, q parece asno pardo, que
xò aqui desamparado aquel Martino, q
merced derribò, q segun el puso los pies en
uorosa, y cogio las de Villadiego, no lleuaua
genio de boluer por el jamas, y para mis bar
fino es bueno el ruzio. Nunca yo acostumb
dixo don Quixote, despojar a los que ven
es vso de Caualleria, quitarles los caualles
xarlos a pie: si ya no fuesse q el vencedor
se perdido en la pendencia el suyo, q en tal
licito es tomar el del vencido, como ganado
guerra licita. Assi, q Sancho dexa esse caual
asno, o lo q tu quisieres q sea, que como so
ño nos vea alongados de aqui, boluera por
Dios sabe si quisiera lleuarlo, replicò Sancho
por lo menos trocallo có este mio, q no
rece tã bueno; verdaderamẽte q sẽ estrecha

leyes

leyes de caualleria, pues no se estienden a dexar
trocar vn asno por otro, y querria saber si po-
dria trocar los aparejos si quiera. En esso no es
toy muy cierto, respõdio don Quixote, y en ca-
so de duda (hasta estar mejor informado) digo
q los trueques, si es q tienes dellos necessidad
estrema. Tan estrema es, respõdio Sãcho, q si fue
tan para mi mesma persona, no los huuiera me-
nester mas: y luego abilitado cõ aquella licẽcia,
hizo mutacion caparũ, y puso su jumento a las
mil lindezas, dexandole mejorado en tercio y
quinto. Hecho esto, almorzaró de las sobras del
real q del azemila despojaró, beuieron del agua
del arroyo delos batanes, sin boluer la cara a mi
llos (tal era el aborrecimiento q les teniã, por
el miedo en q los auia puesto, q corrada la cole-
ra, y aũ la melancolia, subieró a caualio, y sin to-
mar determinado camino (por ser muy de Ca-
balleros andantes el no tomar ninguno cierto)
se pusieron a caminar por dõde la voluntad de
Rozinante quiso, (que se lleuaua tras si la de su
amo, y aun la del asno, que siẽpre le seguia por
dõde quiera q guiaua, en buen amor y cõpañia)
Cõ todo esto boluieró al camino real, y siguieró
por el la vẽtura, sin otro designo alguno. Y ẽdo
pues assi caminãdo, dixo Sãcho a su amo: Señor
quiere vuestra merced darme licẽcia, q departa
vn poco con el, que despues q me puso aquel af
perro mandamiento del silencio, se me hã podri-

do

do mas quatro cosas en el estomago, y vna
que agora tengo en el pico dela lengua, no
ria que se mal lograsse? Dila, dixo don Q
te, y se breue en tus razonamientos, que no
no ay gustoso, si es largo. Digo pues señor
pondio Sancho, que de algunos dias a esta
te he considerado, quan poco se gana y gra
de andar buscando estas auenturas, que
merced busca por estos desiertos, y encru
das de caminos, donde ya que se vençan y
ben las mas peligrosas, no ay quien las ve
pa, y assi se han de quedar en perpetuo
y en perjuyzio de la intencion de vuestra
ced, y de lo que ellas merecen. Y assi me
ce q̃ seria mejor (saluo el mejor parecer
stra merced) que nos fuessemos a seruir
Emperador, o a otro Principe grande, q
ga alguna guerra, en cuyo seruicio vuestra
ced muestre el valor de su persona, sus
fuerças, y mayor entendimiento: que v
del señor a quien seruiremos, por fuerça
de remunerar, a cada qual segun sus m
alli no faltara quien ponga en escrito
ñas de vuestra merced, para perpetua m
De las mias, no digo nada; pues no han
de los limites escuderiles: aunque se de
si se vsa en la Caualleria escrimir hazañas
cuderos, que no pienso que se han de
las mias entre renglones. No dizes mal
res

respondio dõ Quixote, mas antes que se llegue
a este termino, es menester andar por el mundo
como en aprobacion; buscando las auenturas:
para que acabando algunas, se cobre nombre, y
fama, tal, que quando se fuere a la Corte de al-
gun gran Monarcha; ya sea el Cauallero conoci
do por sus obras, y que apenas le ayan visto en-
trar los mochachos por la puerta de la ciudad,
quando todos le sigan y rodeen dãdo bozes, di
ziendo. Este es el Cauallero del Sol, o de la Sier
pe, o de otra insignia alguna, debaxo de la qual
suniere acabado grandes hazañas. Este es, dirá,
el que vencio en singular batalla al Gigantazo
Brocabruno de la gran fuerça, el que desencan-
to al gran Mameluco de Persia, del largo encan-
tamento, en que hauia estado casi nouecientos
años. Assi, que de mano en mano yran pregonã
do sus hechos; y luego al alboroto de los mo-
chachos, y de la demas gente, se parará a las fe-
nestras desu Real Palacio, el Rey de aquel Rey-
no; y assi como vea al Cauallero, conociendole
por las armas, o por la empresa del escudo, for-
çosamente ha de dezir: Ea sus, salgan mis Caua
lleros, quantos en mi Corte estan, a recebir a la
flor de la Caualleria que alli viene: a cuyo man-
damiento saldran todos, y el llegará hasta la mi-
tad de la escalera, y le abraçará estrechissimamẽ
te, y le dara paz, besandole en el rostro, y luego
le tomara por la mano al aposento de la señora

Reyna, adonde el Cauallero la hallarà con l
fanta su hija, que ha de ser vna de las mas fe
sas y acabadas donzellas, que en gran parte
descubierto de la tierra, a duras penas se p
hallar. Sucedera tras esto, luego en contin
que ella ponga los ojos en el Cauallero, y
los della, y cada vno parezca a otro, cosa
una que humana, y sin saber como, ni como
han de quedar presos, y enlazados en la inex
ble red amorosa, y con gran cuyta en sus co
çones, por no saber como se han de fablar, y
descubrir sus ansias y sentimientos. Desde
lleuaran sin duda a algun quarto del Palacio
camente adereçado: donde auiendole quit
las armas, le traeran vn rico manton de esc
ta, con que se cubra: y si bien parecio arm
tan bien, y mejor ha de parecer en farsero. V
da la noche, cenara con el Rey, Reyna, e In
ta, donde nunca quitarà los ojos della, mira
la a furto de los circũstantes: y ella hara lo
mo con la mesma sagazidad, porque como
dicho, es muy discreta donzella. Leuantarse
las tablas, y entrarà a deshora por la puerta
la sala, vn feo y pequeño enano, con vna fea
sa dueña, que entre dos Gigãtes, detras del
no viene, con cierta auentura, hecha por vn
riquissimo sabio, que el que la acabare sera
do por el mejor Cauallero del mundo. Mãd
luego el Rey, que todos los q̃ estan presentes

prueue, y ninguno le dara fin y cima, sino el Ca-
uallero huesped, en mucho pro de su fama, de lo
qual quedara contentissima la Infanta, y se ten
dra por cõtenta y pagada ademas, por auer pue
sto y colocado sus pensamientos en tan alta par
te. Y lo bueno es, que este Rey, o Principe, o lo
que es, tiene vna muy reñida guerra, con otro
tan poderoso como el: y el Cauallero huesped
le pide (al cabo de algunos dias q̃ ha estado en
su Corte) licencia para yr a seruirle en aquella
guerra dicha. Darasela el Rey de muy buen talã
te, y el Cauallero le besara cortesmente las ma-
nos, por la merced que le faze. Y aquella noche
se despedira de su señora la Infanta, por las re-
xas de vn jardin, que cae en el aposento donde
ella duerme, por las quales ya otras muchas ve-
zes la auia fablado, siendo medianera y sabidora
de todo, vna dõzella de quien la Infanta mucho
se fia. Suspirara el, desmayarase ella, traera agua
la donzella, acuytarase mucho, porque viene la
mañana, y no querria que fuessen descubiertos,
por la honra de su señora. Finalmẽte, la Infanta
le dara en si, y dara sus blancas manos por la re
jal Cauallero, el qual se las besará mil, y mil ve
zes, y las bañara en lagrimas. Quedará concer
tado entre los dos, del modo q̃ se hã de hazer sa
ber sus buenos, o malos successos: y rogarale la
Princesa, q̃ se detenga lo menos q̃ pudiere: pro
meterseloha el, có muchos juramẽtos: tornale a

besar las manos,y despidese con tanto sentimiento, que estará poco por acabar la vida:vase de alli a su aposento, echase sobre su lecho, y no puede dormir del dolor de la partida: madruga muy demañana,vase a despedir del Rey y de la Reyna,y de la Infanta: dizenle,auiendole despedido de los dos, que la señora Infanta está mal dispuesta,y que no puede recebir visitas: pensa el Cauallero,que es de pena de su partida, y espassasele el coraçon, y falta poco de no dar indicio manifiesto desu pena: está la dózella dianera delante, halo de notar todo, vasele a zir a su señora, la qual la recibe con lagrimas le dize, que vna de las mayores penas que tiene,es no saber quien sea su Cauallero, y si es linage de Reyes,o no: assegurala la donzella no puede caber tanta cortesia,gentileza,y tia,como la desu Cauallero,sino en subjeto y graue. Consuelase con esto la cuytada, y procura consolarse, por no dar mal indicio de sus padres. Y a cabo de dos dias sale en publico ya se es ydo el Cauallero,pelea en la guerra, ce al enemigo del Rey, gana muchas ciudades triunfa de muchas batallas,buelue a la Corte a su señora por donde suele, cóciertase que da a su padre por muger, en pago de sus seruicios; no se la quiere dar el Rey, porque no sabe quien es. Pero con todo esto,o robada, o otra qualquier suerte que sea,la Infanta

ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a auenriguar, que el tal Cauallero es hijo de vn valeroso Rey de no se que Reyno, porque creo que no deue de estar en el Mapa. Muerese el padre,hereda la Infanta, queda Rey el Cauallero en dos palabras. Aqui entra luego el hazer mercedes a su escudero, y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado. Casa a su escudero con vna donzella de la Infanta,que será sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de vn Duque muy principal. Esso pido,y barras derechas,dixo Sancho,a esso me atengo, porque todo al pie de la letra ha de suceder por vuestra merced, llaman dote: El Cauallero de la triste Figura. No lo dudo Sancho, replicò don Quixote, porque del mesmo, y por los mesmos passos q̃ esto he contado,suben,y han subido los Caualleros andantes a ser Reyes y Emperadores. Solo falta agora mirar,que Rey de los Christianos, o de los Paganos tenga guerra,y tenga hija hermosa: pero tiempo haura para pensar esto,pues como te tẽgo dicho, primero se ha de cobrar fama por otras partes,que se acuda a la Corte. Tambié me falta otra cosa,que puesto caso que se halle Rey con guerra,y con hija hermosa,y que yo aya cobrado fama increyble por todo el vniuerso, no se yo como se podria hallar que yo sea de linage de Reyes, o por lo menos primo segũdo de

Emperador? Porque no me querra el Rey dar
a su hija por muger, sino está primero muy cer
rado en esto, aunque mas lo merezcá mis fazā
sos hechos: assi que por esta falta, temo perder
lo que mi braço tiene bien merecido. Bien sa
verdad, que yo soy hijo dalgo, de solar conoci
do, de possessión, y propriedad, y de deuengar
quinientos sueldos: y podria ser, que el sabio
escriuiesse mi historia, deslindasse de tal manera
ra mi parentela y decendencia, que me hallasse
quinto, o sexto nieto de Rey. Porque te hago
ber Sancho, que ay dos maneras de linages en
el mundo: vnos que traen y deriban su decenden
cia de Principes, y Monarcas, a quien poco a poco
co el tiempo ha deshecho, y han acabado en pun
ta, como piramides. Otros tuuieron principios
de gente baxa, y van subiendo de grado en gra
do, hasta llegar a ser grandes señores. De manera
ra, que está la differencia, en que vnos fueron
ya no son: y otros son que ya no fueron, y po
dria ser yo destos, que despues de averiguado
huuiesse sido mi principio grande y famoso, y
lo qual se deuia de contentar el Rey mi suegro
que huuiere de ser. Y quando no, la Infanta mi
ha de querer de manera, q̄ a pesar de su padre
aunque claramente sepa que soy hijo de aquel
me ha de admitir por señor, y por esposo: y
no aqui entra el roballa, y llenarla dōde mas
sto me diere, que el tiempo, o la muerte ha
acabar

acabar el enojo de sus padres. Ahi entra bié tam
bien, dixo Sancho, lo que algunos desalmados
dizen; No pidas de grado, lo que puedes tomar
por fuerça. Aunque mejor quadra dezir: Mas
vale falco de mata, que ruego de hombres bue
nos. Digolo, porque si el señor Rey, suegro de
vuestra merced, no se quisiere domeñar a entre
garle a mi señora la Infanta, no ay sino como
vuestra merced dize, roballa, y trasponella. Pe
ro esta el daño, que en tanto que se hagā las pa
zes, y se goze pacificamēte del Reyno, el pobre
escudero se podra estar a diente, en esto de las
mercedes: si ya no es, que la donzella tercera, q̄
ha de ser su muger, se sale con la Infanta, y el pa
sa con ella su mala ventura, hasta que el cielo or
dene otra cosa, porq̄ bien podra, creo yo, desde
luego darsela su señor, por legitima esposa. Esso
no ay quien la quite, dixo dō Quixote. Pues co
mo esto sea, respondio Sancho, no ay sino enco
mendarnos a Dios, y dexar correr la suerte, por
donde mejor lo encaminare. Hagalo Dios, respō
dio dō Quixote, como yo desseo, y tu Sācho has
menester; y ruyn sea quiē por ruyn se tiene. Sea
por Dios, dixo Sancho, que yo Christiano viejo
soy, y para ser Conde, esto me basta. Y aun te so
bra, dixo don Quixote; y quando no lo fueras,
no hazia nada al caso: porque siēdo yo el Rey,
bien te puedo dar nobleza, sin que la compres, ni
me sirnas con nada: porq̄ en haziendote Cōde,

carate ahi Caualiero, y digan lo que dixeren, a buena fe, que te hã de llamar Señoria, mal que les pese. Y montas, que no sabria yo autoriar el litado, dixo Sãcho. Dictado has de dezir, que no litado, dixo su amo. Sea ansi, respondio Sancho Pança. Digo que le sabria bien acomodar porque por vida mia, que vn tiempo fuy Munidor de vna Cofradia, y q̃ me assentaua tan bien la ropa de Munidor, que dezian todos, que tenia presencia para poder ser Prioste de la misma Cofradia. Pues que serà, quando me ponga vn ropon Ducal acuestas, o me vista de oro, de perlas, a vso de Conde estrangero; para mi tengo, que me hã de venir a ver de cien leguas. Bien pareceras, dixo dõ Quixote, pero sera menester, que te rapes las barbas a menudo, que segun las tienes de espessas, aborrascadas, y mal puestas, si no te las rapas a nauaja, cada dos dias, por lo menos, a tiro de escopeta se echara de ver lo q̃ eres. Que ay mas, dixo Sancho, si no tomasse vn barbero, y tenerle assalariado en casa, y aun si fuere menester, le hare que ande tras mi, como Cauallerizo de Grande. Pues como sabes esso, preguntò don Quixote, que los Grandes lleuen detras de si a sus Cauallerizos? Yo se lo dire, respondio Sancho: Los años passados estuue vn mes en la Corte, y alli vi que passeandose vn Señor muy pequeño, que dezian q̃ era muy grande, vn hõbre le seguia a caballo, a todas las bue-

tas que daua, que no parecia, si no que era su rabo. Pregunte, que como aquel hombre no se juntaua con el otro, si no que siempre andaua tras del? Respondieronme, que era su Cauallerizo, y que era vso de Grandes, lleuar tras si a los tales. Desde entonces lo se tan bien, que nunca se me ha oluidado. Digo q̃ tienes razon, dixo don Quixote, y que ansi puedes tu lleuar a tu barbero, que los vsos no vinieron todos juntos, ni se inuentaron a vna, y puedes ser tu el primer Cõ de que lleue tras si su barbero: y aun es de mas confiança el hazer la barba, que ensillar vn caualio. Quedese esso del barbero a mi cargo, dixo Sancho, y al de vuestra merced se quede, el procurar venir a ser Rey, y el hazerme Conde. Assi sera, respondio dõ Quixote, y alçando los ojos vio lo que se dira en el siguiente Capitulo.

CAP. XXII. DE LA LIBERTAD que dio don Quixote amuchos desdichados que mal de su grado los lleuauan donde no quisieran yr.

CVENTA Cide Hamete Benengeli, autor Arauigo, y Mãchego, en esta grauissima, altisonante, minima, dulce, e imaginada historia, que despues que entre el famoso don Quixote dela Mãcha, y Sancho Pança su escudero, passaron aq̃llas

razones, que en el fin del capitulo veynte y
quedan referidas: Que don Quixote alço
ojos, y vio que por el camino que lleuaua,
niã hasta doze hombres a pie, enfartados co
cuentas, en vna gran cadena de hierro, por
cuellos, y todos con esposas a las manos. V
assi mesmo con ellos, dos hombres de acaua
y dos de apie. Los de acauallo, con escopeta
rueda; y los de apie con dardos y espadas;
assi como Sancho Pança los vido, dixo: Est
cadena de galeotes, gente forçada del Rey,
va a las galeras. Como gente forçada, pre
dó Quixote? es posible, que el Rey haga
ça a ninguna gente? No digo esso, respon
Sancho, si no que es gẽte, que por sus delito
cõdenada a seruir al Rey en las Galeras de
fuerça. En resolucion, replicò don Quixote
mo quiera que ello sea, esta gente, aunque
lleuan, van de por fuerça, y no de su volu
Assi es, dixo Sancho. Pues dessa manera, dix
amo, aqui encaxa la execució de mi oficio,
fazer fuerças, y socorrer, y acudir a los mi
bles. Aduierta vuestra merced, dixo Sãcho
la justicia, que es el mesmo Rey, nó haze
ni agrauio a semejante gente, si no que los
ga en pena de sus delitos. Llegò en esto la
na de los Galeotes, y don Quixote, cõ mu
tos razones, pidio a los que yuan en su
da, fuessen seruidos de informalle, y de

causa, o causas, porque lleuan aquella gente de
aquella manera? Vna de las guardas de acaua-
llo respondio, que erã galeotes, gente de su Ma
gestad, que yua a galeras, y que no auia mas que
dezir, ni el tenia mas que saber. Con todo esso,
replicò don Quixote, querria saber de cada vno
destos en particular, la causa de su desgracia?
Añadio a estas, otras tales, y tan comedidas ra-
zones, para mouerlos a que le dixessen lo que
desseaua, que la otra guarda de acauallo le dixo:
Aunque lleuamos aqui el registro, y la fe de las
sentencias, de cada vno destos malauẽturados,
no es tiempo este de detenerles a sacarlas, ni a
leellas, vuestra merced llegue y se lo pregunte
a ellos mesmos, que ellos lo dirã si quisieren, q
querran, porque es gente que recibe gusto,
de hazer, y dezir vellaquerias. Con esta licencia
que don Quixote se tomara, aunque no se la die
ra, se llegò a la cadena, y al primero le pregun-
tò, Que porque pecados yua de tan mala guisa?
El le respondio, que por enamorado yua de a-
quella manera. Por esso no mas, replicò don
Quixote? pues si por enamorados echan a gale-
ras, dias ha q pudiera yo estar bogando en ellas,
q no son los amores como los q vuestra merced
piensa, dixo el galeote, que los mios fuerõ, que
quise tanto a vna canasta de colar, atestada de ro
pa blanca, q la abrace conmigo tan fuertemen-
te, que a no quitarmela la justicia por fuerça,

aun hasta aora no la huuiera dexado de mi re-
tad. Fue en fragante, no huuo lugar de torme-
to, concluyose la causa, acomodaróme las es-
das con ciento, y por añadidura tres precios
gurapas, y acabose la obra. Que son gu-
preguntò don Quixote? Gurapas son Gale-
respondio el galeote: el qual era vn mo
hasta edad de veynte y quatro años, y dixo
era natural de Piedrahita. Lo mesmo pregu-
don Quixote al segundo, el qual no respon-
palabra, segun yua de triste y melancolico:
respondio por el el primero, y dixo. Este se-
va por Canario, digo que por musico y can-
Pues como, repitio don Quixote, por mus
y cantores van tambien a galeras? Si señor,
spondio el galeote, que no ay peor cosa que
tar en el ansia. Antes he yo oydo dezir, dixo
Quixote, que quien canta, sus males espanta.
ca es al reues, dixo el galeote, que quien
vna vez, llora toda la vida. No lo entiendo,
xo don Quixote: mas vna de las guardas le
xo: Señor Cauallero, cantar en el ansia se
entre esta gente non santa, cófessar en el
to. A este pecador le dieron tormento, y co
so su delito, que era ser quatrero, que es
dron de bestias, y por hauer confessado, le
denaron por seys años a galeras, amen de
tos açotes que ya lleua en las espaldas. Y va
pre pensatiuo y triste, porque los demas

mes que alla quedan, y aqui van, le maltratan, y
aniquilan, y escarnecen, y tienen en poco, porq
confesso, y no tuuo animo de dezir nones. Por-
que dizen ellos, que tantas letras tiene vn no, co
mo vn si: y q harta ventura tiene vn delinquen
te, que esta en su lengua su vida, o su muerte, y
no en la de los testigos, y prouanças; y para mi
tengo, que no van muy fuera de camino. Y yo
lo entiendo assi, respondiò dò Quixote, el qual
passando al tercero, pregũtò lo que a los otros:
el qual depresto, y con mucho desenfado respo
dio, y dixo. Yo voy por cinco años a las señoras
gurapas, por faltarme diez ducados. Yo dare
veynte de muy buena gana, dixo don Quixote,
por libraros dessa pesadumbre. Esso me parece,
respondio el galeote, como quien tiene dineros
en mitad del golfo, y se esta muriendo de ham-
bre, sin tener adonde comprar lo que ha mene-
ster. Digolo, porque si a su tiempo tuuiera yo
essos veynte ducados que vuestra merced aora
me ofrece, vuiera vntado cõ ellos la pẽdola del
escriuano, y aduiado el ingenio del procurador
de manera, que oy me viera en mitad de la pla-
ça de Zocodouer de Toledo, y no en este cami-
no atrayllado como galgo: pero Dios es gran-
de, paciencia, y basta. Passo don quixote al quar
to, que era vn hombre de venerable rostro, con
vna barba blanca, que le passaua del pecho: el
qual oyendose pregutar la causa porque alli ve-
nia,

nia, comença a llorar, y no respondio palabra mas el quinto condenado le siruio de lengua, y dixo: Este hombre honrado va por quatro años a galeras, auiendo passeado las acostumbradas vestido en pompa, y a cauallo. Esso es dixo Sancho Pança, a lo que a mi me parece, auer sido a la verguença. Assi es, replicò el galeote: y la culpa porque le dieron esta pena, es por auer sido corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo en efeto quiero dezir, que este cauallero va por alcahuete, y por tener assi mesmo sus puntas, y collar de hechizero. A no auerle añadido a sus puntas, y collar, dixo don Quixote, por sola este el alcahuete limpio, no merecia el yr a remar en las galeras, sino a mandallas, y a ser General dellas, porque no es assi como quiera el oficio de alcahuete, que es oficio de discretos, y muy necessario en la republica bien ordenada, y que no le deuia exercer sino gente muy bien nacida, y aun auia de auer veedor, y examinador de tales, como le ay de los demas officios con numero deputado y conocido, como corredores de lonja; y desta manera se escusarian muchos males que se causan, por andar este oficio, y exercicio entre gente idiota, y de poco entendimiento: como son mugerzillas de poco mas a menos, pajezillos, y truhanes de pocos años, y de poca experiencia, que a la mas necessaria ocasion, y quando es menester dar vna traça

importe, se les yelan las migas entre la boca y la mano, y no saben qual es su mano derecha. Quisiera passar adelante, y dar las razones, porque conuenia hazer eleccion de los que en la republica auian de tener tan necessario oficio: pero no es el lugar acomodado para ello, algun dia lo dire, a quien lo pueda proueer y remediar. Solo digo agora, que la pena que me ha causado ver estas blancas canas, y este rostro venerable en tan fuerte de su hechizero. Aunque bien se q̃ no ay hechizos en el mũdo, que puedan mouer, y forçar la voluntad, como algunos simples piensan, que es libre nuestro aluedrio, y no ay yerua ni encanto que le fuerce: lo q̃ suelen hazer algunas mugerzillas simples, y algunos embusteros vsilla con, es en algunas misturas, y venenos con que tienen fuerça para hazer querer bien, siendo como digo cosa imposible, forçar la voluntad. Assi en dixo el buen viejo, y en verdad señor, que en lo de hechizero que no tuue culpa, en lo de alcahuete, no lo puede negar: pero nunca pense q̃ hazia mal en ello, q̃ toda mi intenció era, q̃ todo el mundo se holgasse, y viuiesse en paz y quietud, sin pendencias ni penas: pero no me aprouecho nada este bué desseo, para dexar de yr a dõde no espero boluer, segũ me cargã los años, y vn mal de orina q̃ lleuo, q̃ no me dexa reposar vn rato:

y a-

y aqui tornò a su llanto como de primero,y
uole Sancho tanta compassion,que sacò vn
de a quatro del seno,y se lo dio de limosna
so adelante don Quixote,y preguntò a otro
delito,el qual respondio con no menos,
mucha mas gallardia que el passado: Yo
aqui,porque me burlè demasiadamente con
primas hermanas mias,y con otras dos her
nas que no lo eran mias: finalmente, tanto
burlè con todas,que resultò de la burla,
la parentela tan intricadaméte,que no ay
sta que la declare. Prouoseme todo,falto
no tuue dineros,vime a pique de perder
gaderos: sentenciaronme a galeras por
años,consenti,castigo es demi culpa,mo
dure la vida,que con ella todo se alcança
stra merced,señor Cauallero,llena alguna
cò que socorrer a estos pobretes, Dios
gará en el cielo,y nosotros tendremos cu
rra cuydado de rogar a Dios en nuestras
ciones,por la vida y salud de vuestra mer
sea tan larga y tá buena, como su buena
cia merece. Este yua en habito de Estudia
dixo vna delas guardas,que era muy gra
blador,y muy gentil Latino. Tras todos
venia vn hombre de muy bué parecer, de
de treynta años, si no que al mirar mete
ojo en el otro: vn poco venia differente
atado que los demas, porque trahia vna

al pie,tán grãde,que se la iuua por todo el cuer
po, y dos argollas a la garganta, la vna en la ca
dena,y la otra,de las que llaman guarda amigo,
o pie de amigo. De la qual decendian dos hier
ros, que llegauan a la cintura, en los quales se
asian dos esposas, donde llegaua las manos,cer
radas con vn grueso candado,demanera,que ni
con las manos podia llegar a la boca, ni podia
juntar la cabeça a llegar a las manos. Preguntò
don Quixote, que como yua aquel hombre cõ
tantas prisiones,mas que los otros? Respondio
de la guarda: Porque tenia aquel solo mas deli
tos, que todos los otros juntos: y que era tan
atrevido, y tan grande vellaco, que aunque le
llevasse de aquella manera,no yuan seguros del,
sino que temian que se les habia de huyr. Que
delitos puede tener,dixo don Quixote, sino ha
merecido mas pena que echarle a las galeras?
Va por diez años, replicò la guarda, que es co
mo muerte ciuil: No se quiera saber mas, sino
que este hombre es famoso Ginès de Passamo
te,vayasse poco a poco, y no andemos aora
a desfindar nombres y sobrenombres, Ginès
me llamo, y no Ginesillo, y Passamonte es mi
sobrenõbre, y no Parapilla, como boace dize,y ca
da vno se de vna buelta a la redonda, y no hara
poco. Hable con menos tono, replicò el Co

missario, señor ladron de mas de la marca, q
quiere que le haga callar mal que le pese, h
parece, respondio el galeote, que va el hom
como Dios es seruido, pero algun dia sabra
guno, si me llamo Ginesillo de Parapilla, o
Pues no te llaman assi embustero, dixo la g
da? Si llaman, respondio Gines, mas yo ha
no me lo llamen, o me las pelaria, donde y
go entre mis dientes. Señor Cauallero, si t
algo que darnos, denoslo ya, y vaya con D
que ya enfada con tanto querer saber vida
genas: y si la mia quiere saber, sepa que yo
Gines de Passamonte, cuya vida está escrita
estos pulgares. Dize verdad, dixo el Com
rio, que el mesmo ha escrito su historia, q
ay mas que dessear, y dexa empeñado el l
en la carcel, en dozientos reales. Y le pie
quitar, dixo Gines, si quedara en dozient
cados. Tan bueno es, dixo don Quixote? E
bueno, respondio Gines, que mal año para l
zarillo de Tormes, y para todos quantos de
quel genero se han escrito, o escriuieren. L
le se dezir a boace, es que trata verdades, y
son verdades tan lindas, y tan donosas, q
pueden auer mentiras que se le igualen. Y
se intitula el libro, preguntò don Quixote
vida de Gines de Passamonte, respondio el
mo. Y está acabado, preguntò don Quixote
mo puede estar acabado, respondio el, si aun

está acabada mi vida: lo que está escrito, es desde mi nacimiento, hasta el punto q̃ esta vltima vez me hanechado en galeras. Luego otra vez dixo, estado en ellas, dixo don Quixote? Para seruir a Dios, y al Rey, otra vez he estado quatro años, y ya se a que sabe el vizcocho, y el corbacho, respodio Gines: y no me pesa mucho de ellas, porque alli tendre lugar de acabar mi libro, que me quedan muchas cosas que dezir: y en las galeras de España, ay mas sossiego de aquel que seria menester, aunque no es menester mucho mas para lo que yo tengo de escriuir, porque lo se de coro. Abil pareces, dixo don Quixote? Y desdichado, respondio Gines, porq̃ siempre las desdichas perfigue al buen ingenio. Persiguen a los vellacos, dixo el Comissario. Ya este dicho señor Comissario, respondio Passamonte, que se vaya poco a poco, q̃ aquelles señores no le dieron essa vara para q̃ maltratasse a estos pobretes que aqui vamos, sino para q̃ nos lleuasse, y llenasse, a donde su Magestad manda: por vida de, basta, q̃ podria ser que supiessen mi dize en la colada, las manchas q̃ se bizieron la cara; y todo el mundo calle, y viua bie, y hable mejor, y caminemos, q̃ ya es mucho rego deo Alço la vara en alto el Comissario, para dar efectiuamente en respuesta de sus amenazas, mas el Quixote se puso en medio, y le rogò que no maltratasse, pues no era mucho, que quien

llenaua tan atadas las manos, tuuiesse algun
to suelta la lengua: y boluiédose a todos
la cadena, dixo: De todo quanto me hauey
cho, hermanos carissimos, he sacado en limp
que aunque os han castigado por vuestras
pas, las penas que vays a padecer no os dan
cho gusto, y que vays a ellas muy de mala g
y muy contra vuestra voluntad: y que po
ser, que el poco animo que aquel tuuo en el
miento, la falta de dineros deste, el poco fa
del otro, y finalmẽte el torcido juyzio del j
huuiesse sido casa de vuestra perdicion, y de
auer salido con la justicia que de vuestra pa
teniades. Todo lo qual se me representa a
aora en la memoria, de manera que me esta
ziendo, persuadiendo, y aun forçando, q
stre con vosotros el efeto para que el cie
arrojò al mundo, y me hizo professar en
orden de caualleria que professo, y el voto q
en ella hize, de fauorecer a los menesterosos
opressos de los mayores. Pero porque se
yna de las partes de la prudencia es que lo
se puede hazer por bien, no se haga por
quiero rogar a estos señores guardianes, y
missarios, sean seruidos de desataros, y de
yr en paz, que no faltaran otros que sirua
Rey en mejores ocasiones: porque me pare
duro caso hazer esclauos a los que Dios, y
raleza hizo libres. Quanto mas, señores

das, añadio don Quixote, que estos pobres no
han cometido nada contra vosotros, alla se lo
aya cada vno con su pecado, Dios ay en el cie-
lo que no se descuyda de castigar al malo, ni de
premiar al bueno: y no es bien que los hombres
honrados sean verdugos de los otros hombres,
sin y endoles nada en ello. Pido esto con esta ma
sa, algo que agradeceros: y quando de grado
no lo hagays, esta lança, y esta espada, con el va
lor de mi braço, haran que lo hagays por fuer-
ça. Donosa majaderia, respondio el Comissario:
bueno esta el donayre con que ha salido a cabo
de rato, los forçados del Rey quiere que le de-
xemos, como si tuuieramos autoridad para sol-
tar vuestra merced norabuena su camino adelan
te, y endereçese esse bazin que trae en la cabe-
ça, y no ande buscando tres pies al gato. Vos
soys el gato, y el rato, y el vellaco, respondio do
Quixote: y diziendo y haziendo, arremetio co
tan presto, que sin que tuuiesse lugar de po-
nerse en defensa, dio con el en el suelo, mal heri
do de vna lançada: y auinole bien, que este era
el de la escopeta. Las demas guardas quedaron
confusas, y suspensas del no esperado acontecimi-
ento: pero boluiendo sobre si, pusieron ma-
no a sus espadas los de acauallo, y los de apie a
sus dardos, y arremetieron a don Quixote, que

Universidad de Deusto
Biblioteca

con mucho sossiego los aguardaua: y sin duda lo passara mal, si los galeotes viendo la ocasion que se les ofrecia de alcançar libertad, no la procuraran, procurando romper la cadena donde venian enfartados. Fue la rebuelta de manera que las guardas, ya por acudir a los galeotes que se desatauan, ya por acometer a don Quixote que los acometia, no hizieró cosa que fuesse prouecho. Ayudò Sancho por su parte, a la figura de Gines de Passamonte, que fue el primero que saltò en la cãpaña libre, y desembarazado; y arremetiendo al Comissario caydo, le quitò la espada, y la escopeta, con la qual apuntando al vno, y señalando al otro, sin disparalla jamas, no quedò guarda en todo el cãpo, porque se fueron huyendo, assi de la escopeta de Passamonte, como de las muchas pedradas que ya sueltos galeotes les tirauan. Entristecióse Sancho desto sucesso, porque se le representò que los que yuan huyendo, auian de dar noticia del caso a la santa Hermandad, la qual apana herida saldria a buscar los delinquentes, assi se lo dixo a su amo, y le rogò que luego alli se partiessen, y se emboscassen en la sierra que estaua cerca. Bien està esso, dixo don Quixote, pero yo se lo que aora conuiene que se haga. Llamando a todos los galeotes, que andauan reboronotados, y hauian despojado al Comissario hasta dexarle en cueros, se le pusieron a

la redonda para ver lo que les mandaua, y assi les dixo: De gente bien nacida es agradecer los beneficios que reciben, y vno de los pecados que mas a Dios ofende, es la ingratitud. Digolo, porque ya aueys visto, señores, con manifiesta experiencia, el que de mi aueys recebido; en pago del qual querria, y es mi voluntad, que cargados de essa cadena que quite de vuestros cuellos, luego os pongays en camino, y vays a la ciudad del Toboso, y alli os presenteys ante la señora Dulcinea del Toboso, y le digays, que su Caualiero el de la triste Figura, se le embia a encomendar: y le conteys punto por punto todos los que ha tenido esta famosa auentura, hasta poneros en la desseada libertad: y hecho esto os podreys yr donde quisieredes, a la buena ventura. Respondio por todos Gines de Passamonte, y dixo: Lo que vuestra merced nos manda, señor, y libertador nuestro, es imposible de toda imposibilidad cumplirlo, porque no podemos yr juntos por los caminos, sino solos, y diuididos, y cada vno por su parte, y procurando de contino meterse en las entrañas de la tierra, por no ser hallado de la santa Hermandad, que sin duda alguna ha de salir en nuestra busca: lo que vuestra merced puede hazer, y es justo que haga, es, mudar esse seruicio y tributo en el que ha de hazer en reconocimiento dela señora Dulcinea del Toboso, en alguna cantidad de Aue Marias, y Credos, que

nosotros diremos por la intencion de vuestra merced, y esta es cosa que se podra cumplir de noche, y de dia: huyendo, o reposando: en paz o en guerra: pero pensar que hemos de boluer ahora a las ollas de Egypto, digo a tomar nuestra cadena, y a ponernos en camino del Toboso, es pensar que es ahora de noche, que aun no son las diez del dia, y es pedir a nosotros como pedir peras al olmo. Pues boto a tal, dixo don Quixote (ya puesto en colera) don hijo de la puta, don Ginesillo de Paropillo, o como llamays, que aueys de yr vos solo, rabo entre piernas, con toda la cadena a cuestas. Paillano te que no era nada bien sufrido, estando ya enterado que don Quixote no era muy cuerdo (pues tal disparate auia cometido, como el dexar darles libertad) viendose tratar de aquella manera, hizo del ojò a los compañeros, y apartandose a parte, començaron a lloner tantas piedras sobre don Quixote, que no se daua manos a cubrirse con la rodela: y el pobre de Rozinante, no hazia mas caso de la espuela, que si fuera hecho de bronze. Sancho se puso tras su amo, y con el se defendia de la nuue, y pedrisco que sobre entrambos llouia. No se pudo estender bien don Quixote, que no le acertassen quantos guijarros en el cuerpo, con tanta fuerça que dieron con el en el suelo: y a penas hubo caydo, quando fue sobre el el estudiante, y

quitò la vazia de la cabeça, y diole con ella tres, o quatro golpes en las espaldas, y otros tantos en la tierra, con que la hizo pedaços. Quitaron le vna ropilla que trahia sobre las armas, y las medias calças le querian quitar, si las greuas no lo estoruaran. A Sancho le quitaron el gauan, y dexandolo en pelota, repartiendo entre si los demas despojos de la batalla, se fueron cada vno por su parte, con mas cuydado de escaparse de la Hermandad que temian, que de cargarse la cadena, e yr a presentarse ante la señora Dulcinea del Toboso. Solos quedaron jumento, y Rozinante, Sancho, y don Quixote. El jumento cabizbaxo, y pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos. Rozinante tendido junto a su amo, que tambien vino al suelo de otra pelrada, Sancho en pelota, y temeroso de la santa Hermandad. Don Quixote mohinissimo de verse tan mal parado, por los mismos a quien tanto bien auia hecho.

CAPIT. XXIII. DE LO QVE LE acontecio al famoso don Quixote en Sierra Morena, que fue vna de las mas raras auenturas que en esta verdadera historia se cuentan auerle acontecido.

VIENDOSE tan mal parado de
Quixote, dixo a su escudero: Sien
Sancho lo he oydo dezir, que el hab
bien a villanos, es echar agua en
mar. Si yo huuiera creydo lo que
dixiste, yo huuiera escusado esta pesadum
ro ya esta hecho, paciencia, y escarmentar
desde aqui adelante. Assi escarmentará vues
merced, respódio Sancho, como yo soy Tur
pero pues dize, q̃ si me huuiera creydo, se huu
ra escusado este daño, creame aora, y escusará
tro mayor: porq̃ le hago saber, que con la
Hermandad no ay vsar de caualleria, que no
le da a ella por quantos caualleros andantes
dos maranedis: y sepa que ya me parece que
saetas me zumban por los oydos. Naturalm
re eres couarde Sancho, dixo don Quixote,
ro porque no digas que soy contumaz, y q̃
mas hago lo q̃ me aconsejas, por esta vez q
tomar tu cõsejo, y apartarme de la furia que
to temes, mas ha de ser con vna condicion,
mas en mi vida, ni en muerte has de dezir
die, que yo me retire, y aparte deste peligro,
miedo, sino por complazer a tus ruegos: q̃ si
tra cosa dixeres, mẽtiras en ello: y desde aora
miẽto, y digo q̃ mientes, y mentiras todas las
zes q̃ lo pẽsares, o lo dixeres: y no me rep
mas, q̃ en solo pensar que me aparto y retiro

algun peligro, especialmente deste, que parece
que lleua algun es no es de sombra de miedo;
estoy ya para quedarme, y para aguardar aqui
solo, no solamẽte a la santa Hermandad q̃ dizes,
y temes, sino a los hermanos de los doze Tribus
de Israel, y a los siete Mácebos, y a Castor, y a Po
lux, y aun a todos los hermanos, y hermandades
que ay en el mundo. Señor, respondio Sancho,
que el retirar no es huyr, ni el esperar es cordu
ra quando el peligro sobrepuja a la esperança: y
de sabios es guardarse oy para mañana, y no a
uenturarse todo en vn dia. Y sepa que aunq̃ ça
fo, y villano, toda via se me alcança algo desto q̃
la llaman, buen gouierno: assi que no se arrepien
ta de auer tomado mi consejo, sino suba en Ro
zinante, si puede, o sino yo le ayudare, y sigame,
que el caletre me dize, q̃ hemos menester aora
mas los pies que las manos. Subio don Quixo
te, sin replicarle mas palabra, y guiando Sancho
sobre su asno, se entraron por vna parte de Sier
ra Morena, que alli junto estaua, lleuando San
cho intencion de atrauessarla toda, sin yr a salir
al Viso, o a Almodouar del Campo, y esconder
se algunos dias por aquellas asperezas, por
no ser hallados, si la santa Hermandad los buss
case. Animole a esto, auer visto, que de la re
friega de los galeotes se hauia escapado libre
la despensa que sobre su asno venia, cosa que
la juzgò a milagro, segun fue lo que lleuaron, y

busca-

buscaron los galeotes. Aquella noche llegaron a la mitad de las entrañas de Sierra Morena, d̃ode le parecio a Sancho, passar aquella noche, y aun otros algunos dias, alomenos todos aquellos que durasse el matalotaje que leuauã; y assi hizieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y compone a su modo: ordenò, que Gines de Passamonte, el famoso embustero, y ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de don Quixote, se auia escapado, lleuado del miedo de la santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acometido de esconderse en aquellas montañas, y lleuado le su suerte, o su miedo, a la misma parte donde auia lleuado a don Quixote, y a Sancho Pança, a hora y tiempo que los pudo conocer, y a punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necessidad sea ocasion de acudir a lo que se deue, y el presente vença a lo por venir: Gines, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acudio de hurtar el asno a Sancho Pança, no curando de hurtar el matalotaje que leuaua; y assi hizieron noche entre dos peñas, y entre muchos alcornoques. Pero la suerte fatal, que segun opinion de los que no tienen lumbre de la verdadera Fè, todo lo guia, guisa, y compone a su modo: ordenò, que Gines de Passamonte, el famoso embustero, y ladron, que de la cadena, por virtud, y locura de don Quixote, se auia escapado, lleuado del miedo de la santa Hermandad (de quien con justa razon temia) acometido de esconderse en aquellas montañas, y lleuado le su suerte, o su miedo, a la misma parte donde auia lleuado a don Quixote, y a Sancho Pança, a hora y tiempo que los pudo conocer, y a punto que los dexò dormir. Y como siempre los malos son desagradecidos, y la necessidad sea ocasion de acudir a lo que se deue, y el presente vença a lo por venir: Gines, que no era ni agradecido, ni bien intencionado, acudio de hurtar el asno a Sancho Pança, no curando de hurtarse de Rozinante, por ser prenda tan mala para empeñada, como para vendida. Dormia Sancho Pança, hurtole su jumento, y antes que amaneciesse se hallò bien lexos de poder ser hallado. Salio el Aurora alegrando la tierra, y entristeciendo a Sancho Pança, porque hallò menos su Ruzio, el qual viendose sin el, començò a hazer el mas triste y doloroso llanto del mundo; y fue de manera que don Quixote despertò a las bozes, y oyò que en ellas dezia: O hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi muger, embidia de mis vezinos, aliuio de mis cargas; y finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porq̃ con veynte y seys marauedis que ganaua cada dia, mediaua yo mi despesa. Don Quixote que oyo el llanto, y supo la causa, consolò a Sancho con las mejores razones que pudo, y le rogò q̃ tuuiesse paciencia, prometiendole de darle vna cedula de cambio, para que le diessen tres en su casa, de cinco que auia dexado en ella. Consolò Sancho con esto, y limpiò sus lagrimas, templò sus sollocos, y agradecio a don Quixote la merced que le hazia. El qual como entrò por aquellas montañas, se le alegrò el coraçon, parecidole aquellos lugares acomodados para las auenturas que buscaua. Reduzianselele a la memoria, los marauillosos acaecimientos, que en semejantes soledades, y asperezas auian sucedido a caualleros andantes. Y va pensando en estas cosas, tan embebecido, y transportado en ellas, que de ninguna otra se acordaua. Ni Sancho llenaua otro cuydado (despues que le parecio que caminaua por parte segura) sino de satisfa-

tisfa-

tisfazer su estomago con los relieues que
despojo clerical auian quedado, y assi y
su amo, sentado a la mugeriega sobre su
to, sacando de vn costal, y embaulando
pança: y no se le diera por hallar otra
entre tanto que yua de aquella manera,
te. En esto alçò los ojos, y vio que su amo
ua parado, procurando con la punta del
alçar no se que bulto que estaua caydo en
lo, por lo qual se dio priessa Sancho a
ayudarle, si fuesse menester: y quando
a tiempo, que alçaua con la punta del
coxin, y vna maleta asida a el, medio
o podridos del todo, y deshechos: mas
tanto, que fue necessario que Sancho se
a tomarlos, y mandole su amo que viesse
en la maleta venia. Hizolo con mucha
Sancho, y aunque la maleta venia cerrada
vna cadena, y su candado, por lo roto y
do della vio lo que en ella hauia, que eran
tro camisas de delgada olanda, y otras cosas
lienço, no menos curiosas que limpias, y en
pañizuelo hallò vn buen montonzillo de
dos de oro: y assi como los vio, dixo: Ben
sea todo el cielo, que nos ha deparado vna
tura que sea de prouecho. Y buscando
llò vn librillo de memoria, ricamente
cido. Este le pidio don Quixote, y mandole
guardasse el dinero, y lo tomasse para el. Bien

las manos Sancho, por la merced, y desbalijando
do a la balija de su lenceria, la puso en el costal
de la despensa. Todo lo qual visto por don Qui
xote, dixo: Pareceme Sancho (y no es posible
que sea otra cosa) que algun caminante desca
minado deuio de passar por esta sierra, y salteã
dole Malandrines, le deuieró de matar, y le tru
xeron a enterrar en esta tan escondida parte?
No puede ser esso, respondio Sancho, porque
si fueran ladrones, no se dexaran aqui este dine
ro. Verdad dizes, dixo don Quixote, y assi no
atino, ni doy en lo que esto pueda ser: mas
espera que veremos si en este librillo de memoria
hallamos alguna cosa escrita, por donde podamos
sacar, y venir en conocimiento de lo que
buscamos. Abriolo, y lo primero que hallò en
el escrito como en borrador, aunque de muy
buena letra, fue vn Soneto, que leyendole alto
porque Sancho tambien lo oyesse, vio que de-
esta manera.

O le falta al amor conocimiento,
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual a la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si Amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que vn dios no sea cruel: pues quié ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?

Si di-

Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe.
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto.
Que al mal de quien la causa no se sabe
Milagro es acertar la medicina.

Por essa troba, dixo Sancho, no se pued
ber nada, si ya no es que por esse hilo que
ahi se saque el ouillo d todo. Que hilo esta
dixo don Quixote? Pareceme dixo Sancho
vuestra merced nombrò ahi hilo. No dixe
Fili, respondio don Quixote, y este sin d
el nombre de la dama de quien se quexa e
tor deste Soneto: y afè que deue de ser tan
ble Poeta, o yo se poco del arte. Luego t
dixo Sancho, se le entiẽde a vuestra merce
trobas? Y mas de lo que tu piensas, respo
don Quixote, y veraslo quando lleues v
ta, escrita en verso de arriba a baxo, a mi
Dulcinea del Toboso: porque quiero que
Sancho, que todos, o los mas Caualleros
tes de la edad passada, eran grandes trobad
y grandes musicos, que estas dos habilidad
gracias (por mejor dezir) son anexas a los
morados andantes. Verdad es, que las cop
los passados Caualleros, tienen mas de e
que de primor. Lea mas v.m. dixo Sancho
ya hallarà algo que nos satisfaga. Boluio

don Quixote, y dixo: Esto es prosa, y parece car
ta. Carta missiua, señor, preguntò Sancho? En el
principio no parece sino de amores, respondio
don Quixote: Pues lea v. m. alto, dixo Sancho,
que guito mucho destas cosas de amores. Que
me plaze, dixo don Quixote, y leyendola alto,
como Sancho se lo auia rogado, vio que dezia
desta manera.

Tu falsa promessa, y mi cierta desuentura, me
llevan a parte donde antes boluieran a tus oy-
dos las nueuas de mi muerte, que las razones de
mis quexas. Desechasteme, o ingrata, por quiẽ
tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si
la virtud fuera riqueza que se estimara, no em-
bidiarà yo dichas agenas, ni llorarà desdichas
propias. Lo que leuantò tu hermosura, han de-
rribado tus obras: por ella entẽdi que eras An-
gel, y por ellas conozco que eres muger. Que-
dese en paz, causadora de mi guerra, y haga el
cielo, que los enganos de tu esposo esten siem-
pre encubiertos, porque tu no quedes arrepen-
tida de lo que heziste, y yo no tome venganza
de lo que no desseo.

Acabando de leer la carta, dixo dõ Quixote:
Menos por esta que por los versos se puede sa-
car mas, de que quien la escriuio es algun des-
denado amante. Y hojeando casi todo el libri-
llo hallò otros versos, y cartas, que algunos pu-
do leer, y otros no: pero lo que todos conte-

nian, eran quexas, lamentos, desconfianças,
res; y sinsabores: fauores, y desdenes,
dos vnos, y llorados los otros. En
don Quixote passaua el libro, passaua
maleta, sin dexar rincon en toda ella, ni en
xin que no buscasse, escudriñasse, é inquir
ni costura que no deshiziesse, ni vedija de
que no escarmenasse, porq̃ no se quedasse
por diligencia, ni mal recado: tal golosina
despertado en el los hallados escudos, que
sauan de ciento. Y aunq̃ no hallò mas de
llado, dio por bien empleados los buelos
manta, el vomitar del brebaje, las bendic
de las estacas, las puñadas del harriero, la
de las alforjas, el robo del gauan y toda la
bre, sed, y cansancio que auia passado en ser
de su buen señor, pareciendole que estaua
que rebien pagado con la merced recebida
la entrega del hallazgo. Con gran desseo q
el cauallero de la triste Figura, de saber q
fuesse el dueño de la maleta, conjeturando
el soneto, y carta, por el dinero en oro, y p
tan buenas camisas, q̃ deuia de ser de algun
cipal enamorado, a quien desdenes, y mal
tamientos de su dama, deuian de auer con
do a algun desesperado termino. Pero
por aquel lugar inhabitable, y escabroso, n
recia persona alguna de quien poder inform
se, no se curò de mas, que de passar ade

en llenar otro camino que aquel que Rozinan
teqeria, que era por donde el podia caminar:
siempre con imaginacion que no podia faltar
por aquellas malezas, alguna estraña auentura.
Yendo pues con este pensamiento, vio que por
cima de vna montañuela, que delante de los o
jos se le ofrecia, yua saltando vn hombre de ris
co en risco, y de mata en mata, con estraña lige
reza. Figurosele que yua desnudo, la barba ne
gra, y espessa, los cabellos muchos, y rabulta
dos, los pies descalços, y las piernas sin cosa al
guna: los muslos cubrian vnos calçones, al pa
recer de terciopelo leonado, mas tan hechos pe
dacos, que por muchas partes se le descubrian
las carnes. Trahia la cabeça descubierta, y aunq̃
passò con la ligereza que se ha dicho, todas estas
menudencias mirò, y notò el cauallero de la tri
ste Figura: y aunque lo procurò, no pudo se
guirle, porque no era dado a la debilidad de Ro
sinante andar por aquellas asperezas, y mas sie
do el de suyo pisacorto, y flematico. Luego
imaginò don Quixote, que aquel era el dueño
del coxin, y dela maleta, y propusò en si de buf
carle, aunque supiesse andar vn año por aquellas
montañas hasta hallarle: y assi mãdo a Sancho,
que se apeasse del asno, y atajasse por la vna par
te de la montaña, q̃ el yria por la otra, y podria
ser que topassen con esta diligencia, con aquel
hombre q̃ con tãta prieſſa se les auia quitado de

delante. No podre hazer esso, respondio Sancho, porque en apartandome de v. m. esta merced, luego es conmigo el miedo, que me da ta con mil generos de sobresaltos, y visiones, firuale esto que digo de auiso, para que de adelãte no me aparte vn dedo de su presencia. Assi sera, dixo el de la triste Figura, y yo muy contento de que te quieras valer de mo, el qual no te ha de faltar, aunque te el anima del cuerpo: y vente aora tras mi a poco, o como pudieres, y haz de los ojos ternas, rodearemos esta serreçuela, quiza paremos con aquel hombre que vimos, q sin duda alguna no es otro, q̃ el dueño de stro hallazgo. A lo que Sancho respondio, to mejor seria no buscarle, porque si le mos, y a caso fuesse el dueño del dinero, está que lo tengo de restituyr, y assi fuera jor, sin hazer esta inutil diligencia, podria con buena fe, hasta que por otra via menos rioса, y diligente pareciera su verdadero y quiça fuera a tiempo que lo hubiera gas y entonces el Rey me hazia franco. Engo en esso Sancho, respondio don Quixote, que hemos caydo en sospecha de quié es ño, casi delante, estamos obligados a buscarlos boluerselos: y quando no le buscassemos, hemete sospecha que tenemos de que el nos pone ya en tãta culpa como si lo fuesse

que Sancho amigo, no te dè pena el buscalle, por la que amisse me quitara si le hallo: y assi picò a Rozinante, y siguiole Sancho con su acostum brado jumento. Y auiendo rodeado parte de la montaña, hallaron en vn arroyo cayda, muerta, y medio comida de perros, y picada de grajos, vna mula, ensillada, y enfrenada. Todo lo qual confirmò en ellos mas la sospecha, de que aquel que huia era el dueño de la mula, y del coxin. Estandola mirando, oyeron vn silvo, como de pastor que guardaua ganado: y a deshora a su siniestra mano, parecieron vna buena cantidad de cabras, y tras ellas por cima de la montaña, apareció el cabrero que las guardaua, que era vn hombre anciano. Diole vozes don Quixote, y rogole que baxasse donde estauan. El respondio a gritos, que quiẽ les auia traydo por aquel lugar, pocas, o ningunas vezes pisado sino de pies de cabras, o de lobos, y otras fieras que por alli andanan? Respondiole Sancho, que baxasse, que de todo le darian buena cuenta. Baxò el cabrero, y en llegando a donde don Quixote estaua, dixo: Apostare que està mirando la mula de alquiler que està muerta en essa honda cada, pues a buena fe que ha ya seys meses q̃ alli en esse lugar. Digãme, han topado por ahi el dueño? No hemos topado a nadie, respondio don Quixote, sino a vn coxin, y a vna male lla, que no lexos deste lugar hallamos. Tambiẽ

la hallè yo, respondio el cabrero, mas nunca
quise alçar, ni llegar a ella, temeroso de al-
desman, y de que no me la pidiessen por hurto
que es el diablo sotil, y debaxo de los pies se
leuanta allombre cosa donde tropiece, y ca-
sin saber como, ni como no. Esso mesmo
que yo digo, respondio Sancho pança, q
tambien la hallé yo, y no quise llegar a ella
vn tiro de piedra: alli la dexè, y alli se quedó
mo se estaua, que no quiero perro con cencer-
ro. Dezidme buen hombre, dixo don Quixo-
sabeys vos quien sea el dueno destas pren-
Lo que sabre yo dezir, dixo el cabrero, es, q
aura al pie de seys meses, poco mas a menos
llegò a vna majada de pastores, q estaua
mo tres leguas deste lugar, vn mancebo de
til talle y apostura, cauallero sobre essa mu-
mula que ahi està muerta, y con el mesmo
xin y ma'eta, que dezis que hallastes, y no tra
stes. Preguntonos, que qual parte desta sie
era la mas aspera, y escondida. Diximosle, q
era esta donde aora estamos: y es assi la verd
porque si entrays media legua mas adentro,
ça no acertareys a salir: y estoy marauillado
como aueys podido llegar aqui, porque no
camino, ni senda que a este lugar encamine
go pues, q̃ en oyendo nuestra respuesta el
cebo, boluio las riendas, y encaminò hàzia el
gar donde le señalamos, dexandonos a to-

contentos de su buen talle, y admirados de su
demanda, y dela priessa con que le viamos cami
nar, y boluerse hàzia la sierra: y desde enton-
ces nunca mas le vimos, hasta que desde alli a
algunos dias salio al camino a vno de nuestros
pastores, y sin dezille nada se allegò a el, y le dio
muchas puñadas, y cozes, y luego se fue a la bor
rica del haro, y le quitò quanto pan, y quesso
en ella traìa: y con estraña ligereza, hecho es-
to, se boluio a entrar en la sierra. Como esto su
pimos algunos cabreros, le anduuimos a buss-
car casi dos dias, por lo mas cerrado desta sier-
ra, al cabo delos quales le hallamos metido en
el hueco de vn grueso y valiente alcornoque.
Salio a nosotros con mucha mansedumbre, ya
roto el vestido, y el rostro disfigurado, y tosta-
do del Sol, de tal suerte, que a penas le conoci-
mos, sino que los vestidos, aunque rotos, con
la noticia que dellos teniamos, nos dieron a en-
tender que era el que buscauamos. Saludonos
cortesmente, y en pocas, y muy buenas razones
nos dixo, que no nos marauillassemos de verle
andar de aquella suerte, porq̃ assi le conuenia pa
ra cumplir cierta penitencia q̃ por sus muchos
pecados le auia sido impuesta. Rogamosle q̃ nos
dixesse quié era, mas nunca lo pudimos acabar
con el. Pedimosle tambien q̃ quando huuiesse me-
nester el sustento (sin el qual no podia passar) nos
dixesse dòde le hallariamos, porque con mucho

amor, y cuydado se lo lleuariamos: y que si es-
to tampoco fuesse de su gusto, que alomenos
saliesse a pedirlo, y no a quitarlo a los pastores.
Agradecio nuestro ofrecimiento, pidio perdon
de los assaltos passados, y ofrecio de pedillo de
alli adelante por amor de Dios, sin dar molestia
alguna a nadie. En quanto lo que tocaua a la
estancia de su habitacion, dixo, que no tenia
tra que aquella que la ocasion le ofrecia dond
le tomaua la noche, y acabò su platica, con
tan tierno llanto, que bien fueramos de piedra
los que escuchado le auiamos, si en el no le a
pañaramos: considerandole como le hauiamos
visto la vez primera, y qual le vehiamos agora
ces. Porque como tengo dicho, era vn muy g
til, y agraciado mancebo, y en sus corteses
certadas razones, mostraua ser bien nacido
muy cortesana persona. Que puesto que era
rusticos los que le escuchauamos, su gentile
era tãta, que bastaua a darse a conocer a la m
ma rusticidad. Y estando en lo mejor de su
tica parò, y enmudeciose: clauò los ojos en
suelo por vn buen espacio, en el qual todos
tuuimos quedos, y suspensos, esperando en q
auia de parar aquel embelesamiento, con
ca lastima de verlo, porque por lo que ha
abrir los ojos, estar fixo mirando al suelo
mouer pestaña gran rato, y otras vezes cer
los, apretando los labios, y enarcando las

facilmente conocimos, que algun accidente de
locura le auia sobreuenido: mas el nos dio a en
tender presto, ser verdad lo que pensauamos:
porque se leuantò con gran furia del suelo, dò-
de se auia echado, y arremetio con el primero
que hallò junto a si, con tal denuedo y rabia, q
fuera se le quitaramos, le matara a puñadas. y a
bocados. Y todo esto hazia, diziẽdo: Ha feme-
dio Fernando, aqui, aqui me pagarás la sinra-
zon que me hiziste, estas manos te sacarán el
coraçon, donde aluergan, y tienen mauida to-
das las maldades juntas, principalmente la frau
de, y el engaño: y a estas añadia otras razones,
que todas se encaminauan a dezir mal de aquel
Fernando, y a tacharle de traydor, y fementido.
Quitamos se le pues, con no poca pesadũbre, y
sin dezir mas palabra se apartò d nosotros, y
se emboscò corriẽdo por entre estos xarales, y
malezas, de modo q nos imposibilitò el segui-
lle. Por esto conjecturamos, que la locura le ve-
nia a tiempos, y que alguno que se llamaua Fer
nando, le deuia de auer hecho alguna mala obra,
tan pesada, quanto lo mostraua el termino a q
le auia conduzido. Todo lo qual se ha confir-
mado despues aca, con las vezes (que han sido
muchas) que el ha salido al camino, vnas a pe-
dir a los pastores le den de lo que lleuã para co-
mer, y otras a quitarselo por fuerça: porque
quando està con el accidente de la locura, aunq

los pastores se lo ofrezcan de buen grado, y
lo admite, sino que lo toma a puñadas; y a
do está en su seso, lo pide por amor de
cortés, y comedidamente, y rinde por ello
chas gracias, y no con falta de lagrimas.
verdad os digo, señores, prosiguio el cabr
que ayer determinamos yo, y quatro
los dos criados, y los dos amigos mios, d
carle, hasta tanto que le hallemos, y despue
hallado, ya por fuerça, ya por grado, le
de lleuar a la villa de Almodouar, que
aqui ocho leguas, y alli le curaremos, si
su mal tiene cura, o sabremos quien es
esté en su seso: y si tiene parientes a quien
noticia de su desgracia. Esto es señores, lo
sabre deziros de lo que me aueys preguntado
y entended que el dueño de las prédas que
llastes, es el mesmo que vistes passar con
gereza, como desnudez: que ya le hauia
don Quixote, como auia visto passar aquel
bre saltando por la sierra. El qual quedó
rado de lo que al cabrero auia oydo, y
con mas desseo de saber quien era el desd
do loco, y propuso en si lo mesmo que ya
pensado, de buscalle por toda la montaña
dexar rincon, ni cueua en ella que no mi
hasta hallarle. Pero hizolo mejor la suerte
que el pensaua, ni esperaua: porque en
mesmo instante parecio por entre vna

da de vna sierra que salia donde ellos estauan,
el mancebo que buscaua: el qual venia hablan-
do entre si, cosas que no podian ser entendidas
de cerca, quato mas de lexos. Su trage era qual
se ha pintado, solo que llegando cerca vio don
Quixote, que vn coleto hecho pedaços que so-
bre si traia, era de ambar; por donde acabò de
entender, que persona que tales habitos trahia,
no podia de ser de infima calidad. En llegando
el mancebo a ellos, los saludò con vna boz de-
sentonada, y bronca: pero con mucha cortesia.
Don Quixote le boluio las saludes, con no me-
nor comedimiento, y apeandose de Rozinan-
te, con gentil continente, y donayre, le fue a
abraçar, y le tuuo vn buen espacio estrechamé-
te entre sus braços, como si de luengos tiem-
pos le hunviera conocido. El otro, a quien po-
demos llamar el Roto de la mala Figura (como
a don Quixote, el de la triste) despues de auer-
se dexado abraçar, le apartò vn poco de si, y
poniendo sus manos en los hombros de don Qui-
xote, le estuuo mirando, como que queria ver
si le conocia: no menos admirado quiça, de
ver la figura, talle, y armas de don Quixote,
que don Quixote lo estaua de verle a el. En
resolucion, el primero que hablò despues
del abraçamiento, fue el Roto,
y dixo lo que se dirà
adelante.

CAP.

CAP. XXIIII. DONDE SE PRO-
gue la auentura de la Sierra Morena.

DIZE la historia, que era gran-
ma la atencion con que don Qui
escuchaua al astroso Caualero d
Sierra, el qual prosiguiendo su p
ca, dixo: Por cierto señor, quien q
ra que seays, que yo no os conozco, yo os ag
dezco las muestras, y la cortesia que com
aueys vsado: y quisiera yo hallarme en ta
nos que con mas que la volútad pudiera se
la que aueys mostrado tenerme, en el bue
cogimiento que me aueys hecho; mas no q
re mi suerte darme otra cosa con que corr
da a las buenas obras que me hazen, que buen
desseos de satisfazerlas. Los que yo tengo,
pondio don Quixote, son de seruiros, tam
tenia determinado de no salir destas sierra
sta hallaros, y saber de vos, si al dolor que
estrañeza de vuestra vida mostrays tener, s
dia hallar algun genero de remedio: y si
menester buscarle, buscarle con la diligen
posible. Y quando vuestra desuentura
de aquellas que tienen cerradas las puerta
do genero de consuelo, pensaua ayudarme
rarla, y a plañirla como mejor pudiera, q
da via es consuelo en las desgracias, hallar
se duela dellas. Y si es que mi buen intento

rece ser agradecido cō algun genero de corte-
sia, yo os suplico señor, por la mucha que veo
que en vos se encierra: y juntamente os conju-
no, por la cosa q̄ en esta vida mas aueys amado,
o amays, que me digays quien soys, y la causa
que os ha traydo a viuir, y a morir entre estas
soledades, como bruto animal, pues morays en
tre ellos, tan ageno de vos mismo, qual lo mue
stra vuestro trage, y persona. Y juro (añadio dō
Quixote) por la orden de caualleria que rece-
bi (aunque indigno, y pecador) y por la pro-
fession de caualleros andante, que si en esto, se-
ñor, me complazeys, de seruiros con las veras a
que me obliga el ser quien soy: ora remedian-
do vuestra desgracia, si tiene remedio: ora ayu
dando os a llorarla, como os lo he prometido.
El caualiero del bosque, que de tal manera oyō
hablar al de la triste Figura, no hazia sino mirar
le, y remirarle, y tornarle a mirar de arriba a
baxo: y despues que le huuo bien mirado, le dixo
señor: si tiene algo que darme a comer, por amor
de Dios que me lo den, que despues de auer co
mido yo hare todo lo q̄ se me māda, en agrade-
cimiento de tan buenos desseos como aqui se
me han mostrado. Luego sacaron, Sancho de
su costal, y el cabrero de su çurron, con que sa-
tisfizo el Roto su hambre, comiendo lo que le
dieron como persona atontada, tan apriessa, q̄
no daua espacio de vn bocado al otro, pues an-

tes

tes los engullia que tragaua: y en tanto que co-
mia, ni el, ni los que le mirauan hablauan pa-
bra. Como acabo de comer, les hizo de señas q
le siguiessen, como lo hizieron, y el los llevo
vn verde pradezillo, q a la buelta de vna pe
poco desuiada de alli estaua. En llegando a e
se tendio en el suelo, encima de la yerua, y los
demas hizieron lo mismo: y todo esto sin q
ninguno hablasse, hasta que el Roto, despu
de auerse acomodado en su asiento, dixo:
gustays señores, que os diga en breues razones
la immensidad de mis desuenturas, aueys de
prometer, de que con ninguna pregunta, ni co
tra cosa, no interrompereys el hilo de mi tra
historia: porque en el punto que lo hagays, en
esse se quedará lo que fuere contando. Estas
zones del Roto, truxeron a la memoria a
Quixote, el cuento que le auia contado su escu
dero, quãdo no acertò el numero de las cabr
que auian passado el rio, y se quedò la hist
pendiente. Pero boluiendo al Roto, prosigu
diziendo: Esta preuencion que hago, es porq
querria passar breuemente por el cuento de
desgracias: que el traerlas a la memoria, no
sirue de otra cosa, que añadir otras de nue
y miétras menos me preguntaredes, mas pr
acabarè yo de dezillas, puesto que no deseo
por contar cosa alguna, que sea de importa
cia, para no satisfazer del todo a vuestro de-

do deseo. Don Quixote se lo prometio en nõ-
bre de los demas: y el con este seguro, comen-
ço desta manera.

Mi nõbre es Cardenio, mi patria vna ciudad
las mejores desta Andaluzia, mi linage noble,
mis padres ricos, mi desuentura tanta, que la de-
uerse auer llorado mis padres, y sentido mi le
sangre, sin poderla aliuiar cõ su riqueza: que para
remediar desdichas del cielo, poco suelen valer
los bienes de fortuna. Viuia en esta mesma tier
vn cielo, donde puso el amor toda la gloria q
yo acertara a desearme. Tal es la hermosura de
Luscinda, dozella tan noble, y tan rica como yo,
pero de mas ventura, y de menos firmeza de la
que mis honrados pensamientos se deuia. A esta
Luscinda amé, quise, y adore, desde mis tiernos,
primeros años: y ella me quiso a mi, con aque
la inocẽzillez, y buen ánimo, q su poca edad per-
mitia. Sabian nuestros padres nuestros intetos,
y no les pesaua dello, porq bien veyan, que quã
do passaran adelante, no podiã tener otro fin, q
el de casarnos, cosa que casi la concertaua la y-
gualdad de nuestro linage, y riquezas. Creciò la
edad, y con ella el amor de entrambos, que al
padre de Luscinda le parecio, que por buenos
respetos estaua obligado a negarme la entrada
de su casa: casi imitando en esto, a los padres
de aquella Tisbe, tan decantada de los Poe-
tas. Y fue esta negacion, añadir llama a llama, y

desseo a desseo: porque aunque pusieron fr
cio a las lenguas, no le pudieron poner a las
mas, las quales con mas libertad que las leng
suelen dar a entender a quien quieren, lo q
en el alma está encerrado, que muchas veze
presencia de la cosa amada, turba y emba
la intencion mas determinada, y la lengua
arreuida. Ay cielos, y quantos villetes le e
ui? Quan regaladas, y honestas respuestas
Quantas canciones compuse, y quantos en
rados versos, donde el alma declarava, y m
dava sus sentimientos, pintava sus encend
desseos, entretenia sus memorias, y recreav
voluntad? En efeto, viendome apurado, y
mi alma se consumia con el desseo de ver
terminè poner por obra, y acabar en vn p
lo que me parecio que mas conuenia para
con mi desseado, y merecido premio: y fu
pedirsela a su padre por legitima esposa, y
lo hize. A lo que el me respondio: Que
gradecia la voluntad que mostrava de ho
le, y de querer honrarme con prendas tan
ro que siendo mi padre viuo, a el tocava de
to derecho, hazer aquella demanda: porq
no fuesse con mucha voluntad, y gusto tuy
era Luscinda muger para tomarse, ni d
hurto. Yo le agradeci su buen intento, par
dome que llevava razon en lo que dezia, y
mi padre vendria en ello, como yo se lo d

Y con este intento, luego en aquel mismo in-
stante fuy a dezirle a mi padre lo que desseava:
y al tiempo que entrè en vn aposento donde
staua, le hallè con vna carta abierta en la mano,
la qual antes q̃ yo le dixesse palabra, me la dio,
y me dixo: Por essa carta veras Cardenio, la vo-
luntad que el Duque Ricardo tiene de hazerte
merced. Este Duque Ricardo, como ya vosо-
tros, señores deueys de saber, es vn grande de
España, que tiene su estado en lo mejor desta
Andaluzia. Tomè, y ley la carta, la qual venia
tan encarecida, que a mi mesmo me parecio mal
si mi padre dexava de cumplir lo que en ella se
le pedia, que era, que me embiasse luego don-
de el estava, que queria que fuesse compañero,
y no criado, de su hijo el mayor: y que el tomava
a cargo el ponerme en estado, que correspon-
diesse a la estimaciõ en que me tenia. Ley la car
ta, y enmudeci leyèdola, y mas quando oì que
mi padre me dezia: De aqui a dos dias te parti-
ras Cardenio, a hazer la voluntad del Duque, y
da gracias a Dios, que te va abriendo camino por
donde alcances lo que yo se que mereces. Aña-
dia a estas otras razones de padre consejero.
Llegose el termino de mi partida, hablè vna no
che a Luscinda, dixele todo lo que passava; y lo
mismo hize a su padre, suplicandole se entretu
uiesse algunos dias, y dilatasse el darla estado,
hasta que yo viesse lo que Ricardo me queria. El

me lo prometio, y ella me la confirmò con
juramentos, y mil desmayos. Vine en fin
de el Duque Ricardo estaua, fuy del tan bie
cebido, y tratado, que desde luego comen
imbidiaa hazer su oficio, teniendomela los
dos antiguos; pareciendoles, que las mu
q el Duque daua de hazerme merced, au
ser en perjuyzio suyo. Pero el que mas se hol
commtyda, fue vn hijo segundo del Duque
mado Fernando: moço gallardo, gentil hom
bre, liberal, y enamorado: el qual en poco
po quiso que fuesse tan su amigo, que daua
dezir a todos: y aũque el mayor me queria
y me hazia merced, no llegò al estremo q
don Fernando me queria, y trataua. Es pe
caso, que como entre los amigos no ay cos
creta, que no se comunique, y la priuãça q
tenia con don Fernando, dexaua de serlo
ser amistad: todos sus pensamientos me d
raua, especialmente vno enamorado que le
hia con vn poco de dessasosiego. Queria
a vna labradora, vassalla de su padre: y ella
tenia muy ricos: y era tan hermosa, rec
discreta, y honesta, que nadie que la conoc
determinaua en qual destas cosas tuuiesse
excelencia, ni mas se auentajasse. Estas tan
mas partes de la hermosa labradora, reduxe
a tal termino los desseos de don Fernando,
se determino para poder alcançarlo (y con

ser la entereza de la labradora) darle palabra
de ser su esposo, porq̃ de otra manera, era pro-
curar lo imposible. Yo obligado de su amistad,
con las mejores razones que supe, y con los mas
ricos exemplos que pude, procurè estoruarle,
y apartarle de tal proposito. Pero viendo que
no aprouechaua, determinè de dezirle el caso al
Duque Ricardo su padre. Mas don Fernando,
como astuto, y discreto, se rezelò, y temio de-
llo, por parecerle que estaua ya obligado, en
falta de buen criado, no tener encubierta cosa q̃
fuesse en perjuyzio de la honra de mi señor el Du
que venia: y assi por diuertirme, y engañarme,
me dixo: Que no hallaua otro mejor remedio
para poder apartar de la memoria la hermosura
que tan fuertemente la tenia, que el ausentarse por al-
gunos meses: y que queria que el ausencia fue-
se, que los dos nos viniessemos en casa de mi pa
dre, con ocasion q̃ que dirian al Duque, que ve-
nia a ver, y a feriar vnos muy buenos caballos
que en mi ciudad auia, que es madre de los me-
jores del mundo. A penas le ohi yo dezir esto,
quando (mouido de mi aficion) aunque su de-
terminacion no fuera tan buena, la aprouara yo
por vna de las mas acertadas que se podian ima
ginar: por ver quan buena ocasion, y coyuntu-
ra se me ofrecia, de bolver a ver mi Luscinda.
Esforcè su proposito, diziendole, q̃ lo pusiesse

Universidad de Deusto
Biblioteca

por obra cõ la breuedad posible, porq̃ en
la ausencia hazia su oficio, a pesar delos mas
mes pensamiẽtos. Y quando el me vino a
esto, segú despues se supo, auia gozado ala
dora, con titulo de esposo, y esperaua oca
de descubrirse a su saluo, temeroso de lo q
Duque su padre haria, quando supiesse su
rate. Sucedio pues, que como el amor en los
ços, por la mayor parte no lo es, sino apetito
qual como tiene por vltimo fin el deleyte,
gando a alcançarle se acaba, y ha de boluer
aquello que parecia amor: porque no
passar adelante del termino que le puso
leza, el qual termino no le puso a lo que es
dadero amor. Quiero dezir, que assi como
Fernando gozò a la labradora, se le aplaca
sus desseos, y se resfriaron sus ahincos: y si
mero fingia quererse ausentar por remedia
aora de veras procuraua yrse, por no poner
en execucion. Diole el Duque licencia, y
dome que le acompañasse. Venimos a re
dad, recibiole mi padre como quien era,
luego a Luscinda, tornaron a viuir (aunq̃
auian estado muertos) ni amortiguados
desseos, de los quales di cuenta, por mi m
Fernando, por parecerme, que en la ley de
cha amistad que mostraua, no le deuia en
nada. Alabele la hermosura, donayre, y
cion de Luscinda, de tal manera, que mis

ças mouieron en el los desseos de querer ver
donzella de tan buenas partes adornada. Cum-
plíolos yo, por mi corta suerte, enseñandosela
vna noche, a la luz de vna vela, por vna venta-
ta, por donde los dos soliamos hablarnos. Vio-
la, ensayo tal, que todas las bellezas hasta enton
ces por el vistas, las puso en olnido. Enmude-
cio, perdio el sentido, quedò absorto: y final-
mente tan enamorado, qual lo vereys en el dis-
curso del cuento de mi desuentura. Y para en-
tenderle mas el desseo (que a mi me zelaua, y
al cielo a solas descubria) quiso la fortuna, que
hallasse vn dia vn villete suyo, pidiendome que
le pidiesse a su padre por esposa: tan discreto,
tan honesto, y tan enamorado, que en leyendo-
le me dixo, que en sola Luscinda se encerrauan
todas las gracias de hermosura, y de entendi-
miento, que en las demas mugeres del mundo
estauan repartidas. Bien es verdad, que quiero
confessar aora, que puesto que yo veia con quã-
tas causas don Fernando a Luscinda alabaua,
me pesaua de oyr aquellas alabanças de su boca,
y comẽçe a temer, y a rezelarme del, porque no
se pusiesse momento donde no quisiesse que tra
tassemos de Luscinda, yel mouia la platica, aunq̃
la atrauesse por los cabellos: cosa que despertaua
en mi vn no se que de celos; no porque yo te-
miesse reues alguno de la bondad, y de la fé de
Luscinda, pero cõ todo esso me hazia temer mi

suerte, lo mesmo que ella me asseguraua, creyeraua siempre don Fernãdo, leer los papeles yo a Luscinda embiaua, y los que ella me dia, a titulo, que de la discrecion de los stana mucho. Acaecio pues, que auiendo dido Luscinda vn libro de Cauallerias leer, de quien era ella muy aficionada, el de Amadis de Gaula: No huuo bien o Quixote nombrar libro de cauallerias, dixo: Con q̃ me dixera vuestra merced al cipio de su historia, que su merced de la Luscinda, era aficionada a libros de caua no fuera menester otra exageracion, para me a entender la alteza de su entendimi porque no le tuuiera tã bueno como vos le aueys pintado, si careciera del gusto de brosa leyenda: assi que para cómigo no es nester gastar mas palabras en declararme la mosura, valor, y entendimiento, que cõ sólo uer entendido su aficion, la cõfirmo por la hermosa, y mas discreta muger del mundo quisiera yo, señor, que vuestra merced le hu ra embiado junto con Amadis de Gaula no de don Rugel de Grecia, que yo se que stara la señora Luscinda mucho de Daraya Garaya, y d las discreciones del pastor Da y de aquellos admirables versos de sus ba cas, cantadas, y representadas por el, con donayre, discrecion, y desemboltura: pero

po podra venir en que se emiende essa falta; y no dura mas en hazerse la emienda, de quanto quiera vuestra merced ser seruido de venir- se conmigo a mi Aldea, que alli le podré dar mas de trecientos libros, que son el regalo de mi alma, y el entretenimiento de mi vida: aun- que tengo para mi, que ya no tengo ninguno, merced a la malicia de malos, y embidiosos en- cantadores. Y perdoneme vuestra merced, el auer contrauenido a lo que prometimos, de no interromper su platica, pues en oyendo cosas de Cauallerias, y de Caualleros andantes, assi no es en mi mano dexar de hablar en ellos, como lo es en la de los rayos del Sol dexar de calen- tar, ni humedecer en los rayos de la Luna. Assi que perdon, y proseguir, que es lo que aora ha- mas al caso. En tanto que don Quixote essa- uaua haziendo lo que queda dicho, se le auia cay- do a Cardenio la cabeça sobre el pecho, dando muestras de estar profundamente pensatiuo. Y puesto, que dos vezes le dixo don Quixote, que prosiguiesse su historia, ni alçaua la cabeça, ni re- spondia palabra. Pero al cabo de vn buen espa- cio la leuantò, y dixo: No se me puede quitar el pensamiento, ni aura quien me lo quite en el mundo, ni quien me dé a entender otra co- sa; y seria vn majadero el que lo contrario en- tendiesse, o creyesse, sino que aquel vellaconazo del Maestro Elisabat, estaua amancebado có la

Reyna Madasima. Esso no, voto a tal, respon-
con mucha colera don Quixote, (y arrojole
mo tenia de costumbre) y essa es vna muy g
malicia, o vellaqueria, por mejor dezir. La Re-
na Madasima fue muy principal señora, y
ha de presumir, que tan alta Princessa se a
amancebar con vn saca potras: y quien lo
trario entendiere, miente como muy gran
co. Y yo se lo dare a entender, a pie, o a ca
armado, o desarmado: de noche, o de dia, o
mo mas gusto le diere. Estauale mirando C
nio muy atentamente, al qual ya auia ven
accidente de su locura, y no estaua para p
guir su historia: ni tampoco don Quixote
oyera, segun le auia disgustado lo que de
dasima le auia oydo. Estraño caso, que asi
uio por ella, como si verdaderamente fuera
verdadera, y natural señora: tal le tenia sus
comulgados libros. Digo pues, que como
Cardenio estaua loco, y se oyo tratar de
y de vellaco, con otros denuestos semejan
pareciole mal la burla, y alço vn guijaro
llo junto a si, y dio con el en los pechos
pe a don Quixote, que le hizo caer de espal
Sancho Pança que de tal modo vio parar a
ñor, arremetio al loco, con el puño cerrado
el Roto le recibio de tal suerte, que con vn
ñada dio con el a sus pies, y luego se subio
bre el, y le brumo las costillas muy a su sa

El cabrero que le quiso defender, corrio el mes
mo peligro. Y despues que los tuuo a todos re-
didos, y molidos, los dexo, y se fue con gentil
sosiego, a emboscarse en la montaña. Leuan-
tose Sancho, y co rabia que tenia de verse apor-
reado, tan sin merecerlo, acudio a tomar la ven
ganca del cabrero, diziendole, que el tenia la
culpa de no auerles auisado que a aquel hom-
bre le tomaua a tiempos la locura, que si esto
supieran, huuieran estado sobre auiso para po-
derse guardar. Respondio el cabrero, que ya
lo auia dicho, y que si el no lo auia oydo, que
no era suya la culpa. Replico Sancho Pança, y tor
no a replicar el cabrero: y fue el fin de las re-
plicas, asirse de las barbas, y darse tales puñadas,
que si don Quixote no los pusiera en paz, se hi-
cieran pedaços. Dezia Sancho, asido con el ca-
brero: Dexeme vuestra merced, señor cauallero
de la triste figura, que en este que es villano co
mo yo, y no está armado cauallero, bien puedo
yo tomar satisfazerme del agrauio que me ha
hecho, peleando con el mano a mano, como
hombre honrado. Assi es, dixo don Quixote:
pero yo se que el no tiene ninguna culpa de lo
que le han. Con esto los apaziguo, y don Qui-
xote boluio a preguntar al cabrero, si seria pos-
sible hallar a Cardenio, porq quedaua con gran-
dissimo desseo de saber el fin de su historia. Di-
xole el cabrero lo que primero auia dicho, que

era, no saber de cierto su manida: pero q
anduuiesse mucho por aquellos contornos,
dexaria de hallarle, o cuerdo, o loco.

CAP. XXV. QVE TRATA DE L
estrañas cosas q̃ en Sierra Morena sucedi
al valiẽte Cauallero dela Mancha: y dela
tacion q̃ hizo ala penitencia de Beltenebr

DEspidiose del Cabrero, don Qui
te, y subiendo otra vez sobre Ro
nante, mandò a Sancho que le fu
se, el qual lo hizo con su jumento
muy mala gana. Y uanse poco a po
entrando en lo mas aspero de la montaña, y
cho yua muerto por razonar con su amo, y
seaua que el començasse la platica, por no
traernir a lo que le tenia mandado: mas no
diendo sufrir tanto silencio, le dixo: Señor
Quixote, vuestra merced me eche su bendi
y me dè licencia, que desde aqui me quiero
uer a mi casa, y a mis hijos, c
los quales por lo menos hablarè, y depart
do lo que quisiere: porque querer vuestra
ced que vaya con el por estas soledades, de
y de noche, y que no le hable quando me
re gusto, es enterrarme en vida. Si ya q
la suerte, que los animales hablaran, com
blauan en tiempo de Guisopete, fuera

mal, porque departiera yo con mi jumento, lo
q̃ me viniera en gana, y con esto passara mi ma-
la ventura: que es rezia cosa, y que no se puede
llenar en paciencia, andar buscando auenturas
toda la vida, y no hallar si no cozes, y mantea-
mientos, y ladrillazos, y puñadas; y con todo
esto, nos hemos de coser la boca, sin osar dezir
lo que el hombre tiene en su coraçon, como si
fuera mudo. Ya te entiendo Sancho, respondio
don Quixote, tu mueres porque te alce el en-
tredicho que te tengo puesto en la lengua; dale
por alçado, y di lo que quisieres, con condicion
que no ha de durar este alçamiento mas, de en
quanto anduuieremos por estas sierras. Sea assi
dixo Sancho, hable yo aora, que despues, Dios
sabe lo que serà; y començando a gozar de esse
limo conduto, digo: Que que le yua a vuestra
merced en boluer tanto por aquella Reyna Ma
gimasa, o como se llama? O que hazia al caso, q̃
aquel Abbad fuesse su amigo, o no? Que si vue
stra merced passara cõ ello, pues no era su juez,
como creo yo, que el loco passara adelante con
su historia, y se huuieran ahorrado el golpe del
guijarro, y las cozes, y aun mas de seys torniz-
cones. A fè Sancho, respondio don Quixote,
que si tu supieras como yo lo se, quan honra-
da, y quan principal señora era la Reyna Mada-
sima, yo se que tu me dixeras, que tuue mucha
paciencia, pues no quebrè la boca por donde

tales

tales blasfemias salieron. Porque es muy g
blasfemia dezir, ni pensar, que vna Reyna
amancebada con vn cirujano. La verdad de
to es, q̃ aquel Maestro Elisabath, que el loco
xo, fue vn hombre muy prudente, y de gra
nos consejos, y siruio de ayo, y de medico
Reyna: pero pensar que ella era su amiga,
sparate digno de muy gran castigo. Y porq
veas que Cardenio no supo lo que dixo, ha
aduertir, que quando lo dixo, ya estaua sin
zio. Esso digo yo, dixo Sancho, que no auia
ra que hazer cuenta de las palabras de vn lo
porque si la buena suerte no ayudara a vue
merced, y encaminara el guijarro a la cabeça
mo lo encaminò al pecho, buenos quedara
por auer buelto por aquella mi señora, q̃ D
cohonda. Pues montas, que no se librara C
nio por loco. Contra cuerdos, y contra lo
està obligado qualquier Caualiero andan
boluer por la honra de las mugeres, quale
ra que sean, quanto mas por las Reynas de
alta guisa y pro, como fue la Reyna Madas
a quien yo tengo particular aficion, por su
nas partes: porque fuera de auer sido fer
a demas fue muy prudente, y muy sufrida
calamidades, que las tuuo muchas. Y los co
jos y compañia del maestro Elisabat, le fue
fueron de mucho prouecho y aliuio, para p
lleuar sus trabajos, con prudencia, y pacien

Y de aqui tomò ocasion el vulgo ignorante, y
mal intẽcionado, de dezir y pensar, que ella era
fue mancebа: y mienten digo otra vez, y menti-
ran otras dozientas, todos los que tal pensaren
y dixeren. Ni yo lo digo, ni lo pienso, respòdio
Sancho, allа se lo ayan, con su pan se lo coman:
si fueron amancebados, o no, a Dios aurán da-
do la cuenta: de mis viñas vengo, no se nada, no
soy amigo de saber vidas agenas, que el q̃ com-
pra y miente, en su bolsa lo siente. Quanto mas,
que desnudo naci, desnudo me hallo, ni pierdo,
ni gano: mas que lo fuessen, que me va a mi? Y
muchos piensan que ay tozinos, y no ay estacas?
Mas quien puede poner puertas al campo? Quã
largas, que de Dios dixeron. Valame Dios, di-
xo don Quixote, y que de necedades vas Sancho
ensartando, que va de lo que tratamos, a los te-
nes, y de aqui adelante entremetete en espolear
tu asno, y dexa de hazello en lo que no te in-
porta. Y entiende con todos tus cinco sentidos,
que todo quanto yo he hecho, hago, e hiziere,
va muy puesto en razon, y muy conforme a las
reglas de Caualleria, que las se mejor que quan
tos Caualleros las professaron en el mundo. Se-
rà, respondio Sancho, y es buena regla de Ca-
ualleria, que andemos perdidos por estas mon-
tañas sin senda, ni camino, buscando, aun loque
el mal despues de hallado, quiça le vendra en

volun-

voluntad, de acabar lo que dexò começado
de su cuento, fino de la cabeça de vuestra
ced, y de mis costillas, acabandonos las de
de todo punto? Calla te digo otra vez San
dixo don Quixote, porque te hago saber,
no solo me trae por estas partes, el deseo de
llar al loco, quanto el que tengo de hace
ellas vna hazaña, con que he de ganar perp
nombre y fama, en todo lo descubierto de la
rra; y sera tal, que he de echar con ella el fi
todo aquello que puede hazer perfecto, y
so a vn andante Caualleró. Y es de muy
peligro essa hazaña, pregũto Sancho Panç
respondio el de la triste Figura: puesto que
tal manera podia acorrer el dado, que echa
mos azar, en lugar de encuentro, pero todo
de estar en tu diligencia. En mi diligencia
Sancho? Si, dixo don Quixote, porque si
ues presto, de adonde pienso embiarte, y
se acabará mi pena, y presto começara m
ria: y porque no es bien que te tenga mas
penso, esperando en lo que han de parar mis
zones, quiero Sancho que sepas, que el fam
Amadis de Gaula, fue vno de los mas perf
Caualleros andantes: no he dicho bie, fue
fue el solo, el primero, el vnico, el señor de
dos quantos huuo en su tiẽpo en el mũdo. M
año, y mal mes para don Belianis, y para to
aquellos que dixer é, que se le igualo en algu
po

que se engañan juro cierto. Digo assi mesmo,
que quando algũ pintor quiere salir famoso en
su arte, procura imitar los originales de los mas
ricos pintores q̃ sabe. Y esta mesma regla cor
re por todos los mas officios, o exercicios de
cuenta, que siruen para adorno de las republi-
cas. Y assi lo ha de hazer, y haze, el q̃ quiere alcã
ser nombre de prudente y sufrido, imitando a
Vlises, en cuya persona y trabajos, nos pinta O-
mero, vn retrato viuo de prudencia, y de sufri-
miento, como tambien nos mostrò Virgilio, en
persona de Eneas, el valor de vn hijo piadoso,
y la sagazidad de vn valiente, y entendido Capi
tan; no pintãdolo, ni descubriẽdolo como ellos
lo escriuiò, si no como auian de ser, para quedar exẽ
plo a los venideros hombres, de sus virtudes.
Desta mesma suerte Amadis fue el Norte, el Lu
zero, el Sol de los valientes, y enamorados Ca-
balleros, a quiẽ deuemos de imitar todos aque
llos, que debaxo de la vandera de amor, y de la
Caualleria, militamos. Siendo pues esto assi, co
mo lo es, hallo yo Sancho amigo, que el Caualle
ro andante que mas le imitare, estara mas cerca
de alcançar la perfecion de la Caualleria. Y vna
de las cosas en que mas este Caualléro mostrò
prudencia, valor, valentia, sufrimiento, fir-
meza, y amor, fue quando se retirò, desdeñado
de la señora Oriana, a hazer penitencia en la pe
ña Pobre, mudando su nombre, en el de Bel-

tene-

tenebros, nombre por cierto significativo,
proprio para la vida que el de su voluntad
escogido. Assi que me es a mi mas facil, imi-
le en esto, que no en hender Gigantes, dest
çar serpientes, matar endriagos, desbaratar e
citos, fracasar armadas, y deshazer encanta-
tos. Y pues estos lugares son tá acomodados
ra semejantes efectos, no ay para q̃ se des
sar la ocasion, que aora con tanta comodi
me ofrece sus guedejas. En efecto, dixo Sá
que es lo que vuestra merced quiere hazer,
este tan remoto lugar? Ya no te he dicho, re
dio don Quixote, que quiero imitar a Ama
haziẽdo aqui del desesperado, del sandio y
furioso. Por imitar juntamente al valiente
Roldan, quandò hallò en vna fuente las señ
de que Angelica la Bella auia cometido
có Medoro. De cuya pesadumbre se bolvio
co, y arrancò los arboles, enturbio las agu
las claras fuentes, matò pastores, destruyo g
dos, abrasò choças, derribò casas, arrastr
guas, e hizo otras cien mil insolencias, digna
eterno nombre, y escritura. Y puesto que y
pienso imitar a Roldan, o Orlando, o Rotol
do (que todos estos tres nombres tenia
por parte, en todas las locuras que hizo, dixo
penso, hare el bosquexo, como mejor pud
en las que me pareciere ser mas esseciales. Y
dra ser que viniesse a contentarme, con

imitacion de Amadis, que sin hazer locuras de
daño, sino de lloros y sentimientos, alcançò tan-
ta fama como el que mas. Parecememe a mi, di-
xo Sancho, que los caualleros que lo tal fizierõ,
fueron provocados y tuuieron causa para ha-
zer estas necedades y penitencias: pero vuestra
merced, que causa tiene para bolverse loco?
Que dama le ha desdeñado? O que señales ha
hallado, que le dera entender, que la señora
Dulcinea del Toboso ha hecho alguna ñoñeria,
o Moro, o Christiano? Ahi està el punto, res-
pondio don Quixote, y essa es la fineza de mi
negocio: que bolverse loco vn caualtero anda-
do con causa, ni grado, ni gracias: el toque està
en desatinar sin ocasion, y dar a entender a mi da-
ma, que si en seco hago esto, que hiziera en mo-
jado. Quanto mas, que harta ocasion tengo en
la ausencia que he hecho, de la siempre so-
berana Dulcinea del Toboso, que como ya
otras vezes dezir a aquel pastor de Marias Ambro-
sio, quien està ausente, todos los males tiene, y
no ay que acontejarme, que dexe tan rara, tan feli-
ce, y tan no vista imitacion. Loco soy, y loco ha
de ser, hasta tanto que tu bueluas con la respue
sta de vna carta que contigo pienso embiar, a
mi señora Dulcinea; y si fuere tal qual a mi fe se
le deue, acabarseha mi sandez y mi penitencia: y
si fuere al contrario, seré loco de veras, y sien-

dolo, no sentire nada. Assi, q̃ de qualquiera manera que responda, saldre del conflito y trance en que me dexarés, gozando el bien que me truxéres, por cuerdo; o no sintiendo el mal que me aportares, por loco. Pero dime Sancho, tras bien guardado el yelmo de Mambrino, que vi que le alçaste del suelo, quãdo aquel desdichado le quiso hazer pedaços? pero no puede donde se puede echar de ver, la fineza de ple. A lo qual respondio Sancho: Viue Dios, ñor Caualiero de la triste Figura, que no pue sufrir, ni lleuar en paciencia algunas cosas vuestra merced dize, y que por ellas vẽgo a ginar, que todo quanto me dize de Caualle y de alcançar Reynos, e Imperios; de dar Isl las, y de hazer otras mercedes y grandezas, mo es vso de Caualleros andãtes, que todo ue de ser cosa de viento y mentira, y todo fstraña, o patraña, o como lo llamaremos? pe quié oyere dezir a vuestra merced, que vna zia de barbero es el yelmo de Mambrino, no sálga deste error, en mas de quatro dias ha de pensar, si no qué quien tal dize, y afir deue de tener guero el juyzio. La bazia yo no en el costal, toda abollada; y lleuola p reçarla en mi casa, y hazerme la barba en Dios me diere tanta gracia, que algun dia vea con mi muger, y con mis hijos. Mira cho, por el mesmo que denantes juraste, q

ro, dixo don Quixote, que tienes el mas corto entendimiento, que tiene, ni tuuo Escudero en el mundo: que es posible, que en quanto ha q̃ andas cõmigo, no has echado de ver, que todas las cosas de los Caualleros andantes, parecen quimeras, necedades, y desatinos, y que son todas hechas al reues? Y no porque sea ello assi, sino porque andan entre nosotros siempre, vna caterua de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan; y las bueluen, segũ su gusto, y segun tienen la gana de fauorecernos, o destruyrnos: y assi, esso que a ti te parece bazia de barbero, me parece a mi, el yelmo de Mambrino, y a otro le parecera otra cosa. Y fue rara prouidencia del Sabio que es de mi parte, hazer que parezca bazia a todos, lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino: a causa, que siendo el de tanta estima, todo el mũdo me perseguira, por quitarmele; pero como vé que no es mas de vn bazin de barbero, no se curan de procuralle. Como se mostrò bien, en el que hallo rompelle, y le dexò en el suelo sin lleuarle; que a fe que si le conociera, que nunca el le dexara. Guardale amigo, que por ahora no le he menester, que antes me tengo de quitar todas estas armas que conmigo traygo, y quedar tan desnudo como quando naci, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia, mas a Roldan, que a Amadis. Llegaron en estas pla-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ticas al pie de vna alta montaña, que casi
peñon tajado estaua sola; entre otras muchas
la rodeauan. Corria por su falda vn manso
yuelo, y haziase por todo su redondez, va
do tan verde y vicioso, que daua contento
los ojos que le mirauan. Auia por alli mucho
boles siluestres, y algunas plantas y flores,
hazian el lugar apazible. Este sitio escogio
caualléro de la triste Figura, para hazer
tencia; y assi en viendole, començò a dez
boz alta, como si estuuiera sin juyzio: Est
el lugar, o cielos, que diputo y escojo para
rar la desuentura en que vosotros mesmos
aueys puesto. Este es el sitio, donde el hum
de mis ojos acrecentara las aguas deste pe
ño arroyo; y mis continos y profundos
ros moueran a la continua las hojas deste
tarazes arboles, en testimonio y señal, de l
na que mi assendereado coraçon padece. O
sotros, quien quiera que seays, rusticos
ses, que en este inhabitable lugar teneys
stra morada, oyd las quexas deste desdic
amante, a quien vna luenga ausencia, y
imaginados celos, han traydo a lamentarse
tre estas asperezas; y a quexarse de la dur
dicion de aquella ingrata y bella, termino
de tóda humana hermosura. O vosotras
peas, y Driadas, que teneys por costumbre
habitar en las espessuras de los montes, a

ligeros y lasciuos satiros, de quien soys, aunque
en vano amadas, no perturbén jamas vuestro
dulce sossiego, que me ayudeys a lamentar mi
desuentura; o alomenos, no os canseys de oylla-
O Dulcinea del Toboso, dia de mi noche, glo-
ria de mi pena, norte de mis caminos, estrella de
mi ventura, assi el cielo te la de buena, en quan
no acertares a pedirle, que consideres el lugar, y
te atado a que tu ausencia me ha conduzido; y
que con buen termino correspondas, al que a
mi fe le deue. O solitarios arboles (que desde
y en adelante aueys de hazer compañia a mi
dad) dad indicio, con el blando mouimien-
de vuestras ramas, que no os desagrade mi
presencia. O tu escudero mio, agradable com-
pañero, en mas prosperos y aduersos sucessos,
tambien en la memoria lo que aqui me veras
hazer, para que lo cuentes y recetes a la causa ro
de todo ello. Y diziendo esto, se apeò de Ro
nante, y en vn momento le quitò el freno, y
silla, y dandole vna palmada en las ancas, le
dor: Libertad te da, el que sin ella queda, o ca-
sado tan estremado por tus obras, quan desdi-
sado por tu suerte. Vete por do quisieres, que
en la frente lleuas escrito, que no te igualò en
ligereza el Hipogrifo de Astolfo, ni el nóbra-
Frontino, que tan caro le costò a Bradamã-
Viendo esto Sancho, dixo: Bien aya quien
quitò ahora del trabajo de desenalbardar al

ruzio, que a fe, que no faltaran palmadicas
dalle, ni cosas que dezille en su alabança: pero
si el aqui estuuiera, no consintiera yo que
le desalbardara, pues no auia para que, que
no le tocauan las generales de enamorado,
de desesperado, pues no lo estaua su amo, ni
yo, quando Dios queria. Y en verdad, señor
vallero de la triste Figura, que si es que mi
da, y su locura de vuestra Merced, va de ve
que sera bien tornar a ensillar a Rozinante,
ra que supla la falta del ruzio, porque será
rrar tiempo a mi yda, y buelta; que si la
a pie, no se quando llegare, ni quando bolu
porque en resolucion, soy mal caminante. P
Sancho, respondio don Quixote, que sea co
tu quisieres, que no me parece mal tu de
y digo, que de aqui a tres dias te partiras, p
que quiero que en este tiempo veas lo que
ella hago, y digo, para que se lo digas. Pues
mas tengo de ver, dixo Sancho, que lo que
visto? Bien estas en el cuento, respondio
Quixote, aora me falta rasgar las vestiduras
parzir las armas, y darme de calabaçadas
estas peñas, con otras cosas deste jaez, que
han de admirar. Por amor de Dios, dixo Sa
cho, que mire vuestra merced como se da
calabaçadas, que a tal peña podra llegar, y
punto, que con la primera se acabasse la
na desta penitencia: y seria yo de parecer

ya que a vuestra merced le parece, que son aqui
neceſſarias calabaçadas, y que no ſe puede ha-
zer eſta obra ſin ellas, ſe contentaſſe, pues todo
eſſo es fingido, y cosa contrahecha, y de burla,
ſe contentaſſe, digo, con darſelas en el agua, o
en alguna cosa blanda, como algodon, y dexe-
me a mi el cargo, que yo dire a mi señora, que
vueſtra merced ſe las daua en vna punta de pe-
ña, mas dura que la de vn diamante. Yo agra-
dezco tu buena intencion, amigo Sancho, re-
pondio don Quixote, mas quierote hazer ſa-
bidor, de que todas eſtas cosas que hago, no ſon
de burlas, ſi no muy de veras, porque de otra
manera, ſeria contrauenir a las ordenes de Ca-
lleria, que nos mandan, que no digamos men
tira alguna, pena de relaſos; y el hazer vna co-
sa por otra, lo meſmo es que mentir. Aſsi, que
mis calabaçadas, han de ſer verdaderas, firmes,
y valederas, ſin que lleuen nada del ſofiſtico, ni
del fantaſtico. Y ſerá neceſſario, que me dexes
algunas hilas para curarme, pues que la ventu-
ra quiſo que nos faltaſſe el balſamo que perdi-
mos. Mas fue perder el aſno, respondio Sancho,
pues ſe perdieron en el, las hilas, y todo; y rue-
go a vueſtra merced, que no ſe acuerde mas
de aquel maldito breuage, que en ſolo oyrle
mentar, ſe me rebuelue el alma, quantimas el
estomago. Y mas le ruego, que haga cuenta que
ya paſſados los tres dias que me ha dado

Universidad de Deusto
Biblioteca

de termino, para ver las locuras que hara-
ya las doy por vistas, y por passadas en cos-
gada, y dire marauillas a mi señora; y efcri-
carta, y despacheme luego, porque tengo
desseo de boluer a sacar a vuestra merced
purgatorio donde le dexo. Purgatorio le
mas Sancho, dixo don Quixote, mejor, hi
de llamarle infierno, y aun peor, si ay otra
que lo sea. Quien ha infierno, respondio
cho, nula es retencio, segun he oydo dezir
entiendo que quiere dezir retencio, dixo
Quixote. Retencio es, respondio Sancho,
quien está en el infierno, nunca sale del, mi
de. Lo qual será al reues en vuestra merced
mi me andaran mal los pies, si es que llevo
puelas para auitar a Rozinante: y pongan
vna por vna en el Toboso, y delante de mi
ra Dulcinea, que yo le dire tales cosas, de la
cedades, y locuras (que todo es vno) que
stra merced ha hecho, y queda haziendo,
venga a poner mas blanda que vn guante,
que la halle mas dura que vn alcornoque,
cuya respuesta dulce, y melificada, boluere
los ayres como bruxo, y sacare a vuestra
ced deste purgatorio, que parece infierno,
lo es, pues ay esperança de salir del: la qual
mo tengo dicho, no la tienen de salir los
estan en el infierno, ni creo que vuestra merce
dira otra cosa. Assi es la verdad, dixo el de
tra

triste Figura, pero que haremos para escriuir
la carta? y la libraça pollinesca, tambien ana-
dio Sancho? Todo yra inserto, dixo don Qui-
xote, y seria bueno, ya que no ay papel que la
escriuiessemos, como hazian los antiguos, en
hojas de arboles, o en vnas tablitas de cera, aun
que tan dificultoso sera hallarse esso aora, como
el papel. Mas ya me ha venido a la memoria,
bien sera bien, y aun mas que bien escriuilla,
que es en el librillo de memoria que fue de Car
tenio, y tu tendras cuydado, de hazerla tras-
ladar en papel, de buena letra, en el primer lu-
gar que hallares, donde aya maestro de escuela
de muchachos, o sino qualquiera sacristan te la
trasladara: y no se la des a trasladar a ningu Es-
cribano, que hazen letra processada, que no la
entendera Satanas. Pues que se ha de hazer de
la firma, dixo Sancho? Nunca las cartas de Ama
dis se firman, respondio don Quixote. Está bie,
respondio Sancho, pero la libraça forçosamen
te se ha de firmar, y essa si se traslada, diran que
la firma es falsa, y quedareme sin pollinos. La
libraça yra en el mismo librillo firmada, que
viendola mi sobrina, no pondra dificultad
en cumplilla. Y en lo que toca ala carta de amo-
res, pondras por firma: Vuestro hasta la muer-
te, el caualiero de la triste Figura. Y hara poco
al caso, que vaya de mano agena, porque a lo
que yo me se acordar, Dulcinea no sabe escri-

uir, ni leer, y en toda su vida ha visto letra mia ni carta mia, porque mis amores, y los suyos, han sido siempre Platonicos, sin estenderse a mas que a vn honesto mirar. Y aun esto, tan de quando en quando, que osaré jurar con verdad, que en doze años que ha que la quiero, mas que a la bre destos ojos que han de comer la tierra, la he visto quatro vezes; y aun podra ser, que destas quatro vezes no huuiesse ella echado ver la vna que la miraua. Tal es el recato y cerramiento con que sus padres, Lorenço Corchuelo, y su madre Aldõça Nogales la han criado. Ta, ta, dixo Sancho, que la hija de Lorenço Corchuelo, es la señora Dulcinea del Toboso, llamada por otro nombre, Aldonça Lorenço. Essa es, dixo dõ Quixote, y es la que merece ser señora de todo el vniuerso. Bien la conozco, dixo Sancho, y se dezir, que tira tan bien vna barra, como el mas forçudo çagal de todo el pueblo. Viue el dador, que es moça de chapa, cha, y derecha, y de pelo en pelo, y que puede sacar la barba del lodo, a qualquier Cauallero andante, o por andar, que la tuuiere por señora. O hi de puta, que rejo que tiene, y que voz que dezir, que se puso vn dia encima del Campanario del Aldea, a llamar vnos çagales suyos, que andauan en vn barueco de su padre; y aunque estauan de alli mas de media legua, assi los oyeron, como si estuuieran al pie de la Torre. Pues

mejor que tiene la señora Aldonça Lorenço, es, que de ninguna manera es melindrosa, porque ha mucho lo que tiene de Cortesana; cõ todos se burla, y de todo haze mueca, y donayre. Aora digo, señor Cauallero dela triste Figura, que no solamente puede, y deue vuestra merced hazer locuras por ella, si no que con justo titulo puede desesperarse, y ahorcarse, que nadie haura q̃ la pena, que no diga q̃ hizo demasiado de bien, aunque lo que le lleue el diablo: y querria ya veyrle en camino, solo por vella, que ha muchos dias que no la veo, y deue de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mugeres, andar siempre al campo al sol, y al ayre. Y confiesso vuestra merced vna verdad, señor don Quixote, que hasta aqui he estado en vna grande ignorancia, que pensaua bien y fielmente, que la señora Dulcinea deuia de ser alguna Princesa, en quien vuestra merced estaua enamorado, o alguna persona tal, que merecisse los ricos presentes que vuestra merced le ha embiado: assi del Vizcayno, como el de los Galeotes, y otros muchos que deuen ser, segun deuen de ser muchas las victorias que vuestra merced ha ganado, y ganò en el tiempo que yo aun no era Gouernador. Pero bien considerado, que se le ha de dar a la señora Aldonça Lorenço, digo a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vaya a hincar de rodillas delante della, los vencidos

cidos que vuestra merced embia, y ha de
biar? Porque podria ser, que al tiempo que
llos llegassen, estuviesse ella rastrillando lo
trillando en las heras, y ellos se corrie
verla, y ella se riesse y enfadasse del pres
te tengo dicho antes de aora muchas veces
cho, dixo don Quixote, que eres muy
hablador, y que aunque de ingenio boto
chas vezes despuntas de agudo: mas para
veas quan necio eres tu, y quan discreto soy
quiero que me oygas vn breue cuento. Ha
saber, que vna viuda hermosa, moça, libre,
ca, y sobre todo desenfadada, se enamoro
moço motilon, rozillo y de buen tomo
çolo a saber su mayor, y vn dia dixo a la
viuda, por via de fraternal reprehension: M
uillado estoy señora, y no sin mucha causa
que vna muger tan principal, tan hermosa
rica como vuestra merced, se aya enamo
de vn hombre tan soez, tan baxo, y tan
como fulano, hauiendo en esta casa tantos
stros, tantos Presentados, y tãtos Theologos
quien vuestra merced pudiera escoger, co
entre peras, y dezir; este quiero, aqueste no
ro? Mas ella le respondio con mucho dos
y desemboltura: Vuestra merced señor m
cà muy engañado, y piensa muy a lo antig
piensa que yo he escogido mal en fulano
idiota que le parece, pues para lo que

quiero, tanta Philosophia sabe, y mas q̃ Aristo
teles. Assi que Sancho, por lo que yo quiero a
Diuaneo del Toboso, tanto vale como la mas
de Persia de la tierra. Si quiero todos los
ctas que curan dañas, debaxo de vn monte
sellos a su albedrio les pongo, es verdad que
existe? Piensas tu que las Amarilles, las Tirs
dilatas, las Dianas, las Galateas, las Alidas, y
rales, de que los libros, los Romances, las
dades de los barberos, los Theatros de las Co
tan llenos, fueron verdaderamente
de carne y hueso, y de aquellos que las ce
y celebraron? No por cierto, sino que
las fingen, por dar subjecto a sus escr
y porque los tengan por enamorados, y por
que tienen valor para ello. Y assi, ba
a mi pensar, y creer que la buena de Al
Lorenço, es hermosa, y honesta, y en lo
mage importa poco, que no han de yr a hu
informacion del, para darle algun habi
yo me hago cuenta, que es la mas alta Prin
del mundo. Porque has de saber Sancho, si
sabes, que dos cosas solas incitan a amar
que otras, que son la mucha hermosura, y
fama, y estas dos cosas se hallan cumu
damente en Dulcinda, porque en ser hermo
ninguna le iguala, y en la buena fama, pocas
gan. Y para concluyr con todo, yo imagi
que todo lo que digo es assi, sin que sobre,

ni falte nada. Y pintola en mi imaginacion
mo la deſſeo, aſsi en la belleza, como en la
cipalidad: y ni la llega Elena, ni la alcança
cia, ni otra alguna de las famoſas mugeres
edades preteritas, Griega, Barbara, o Lati
diga cada vno lo que quiſiere, q̃ ſi por eſto
re reprehendido de los ignorantes, no ſera
ſtigado de los riguroſos. Digo que en to
ne vueſtra merced razon, reſpondio Sancho
que ſoy vn aſno; mas no ſe yo para que
aſsi en mi boca, pues no ſe ha de mentar
ga en caſa del ahorcado; pero venga la
a Dios que me mudo. Saco el libro de
don Quixote, y apartandoſe a vna parte
cho ſoſsiego comẽçó a eſcriuir la carta, y
bandola, llamo a Sancho, y le dixo, que
ria leer, porque la tomaſſe de memoria,
ſe le perdieſſe por el camino, porque de
dicha todo ſe podia temer. A lo qual
Sancho: Eſcriuala vueſtra merced dos,
vezes ahi en el libro, y demele, que yo le
bien guardado: porque penſar que yo la
tomar en la memoria, es diſparate; que
go tan mala, que muchas vezes ſe me olv
mo me llamo. Pero cõ todo eſſo, diganla
ſtra merced, que me holgare mucho de
deue de yr como de molde. Eſcuchela
aſsi dize, dixo don Qui-

Carta de don Quixote, a Dulcinea del Toboſo.

Soberana, y alta ſeñora:

EL ferido de punta de auſencia; y el llagado
de las telas del coraçon, dulciſsima Dulcinea
del Toboſo, te embia la ſalud que el no tiene.
Si tu hermoſura me deſprecia? Si tu valor no es
en mi pro? Si tus deſdenes ſon en mi afincamie
dare aguer que yo ſea aſſaz de ſufrido, mal po
ſoſtenerme en eſta cuyta, que ademas deſer
corte, es muy duradera. Mi buen Eſcudero Sã
te dara entera relació, o bella ingrata, amá-
enemiga mia, del modo q̃ por tu cauſa que-
ſi guſtares de acorrerme, tuyo ſoy; y ſi no,
lo que te viniere en guſto, que con acabar
vida, haure ſatisfecho a tu crueldad, y a mi
deſeo.

Tuyo, haſta la muerte.

El Caualliero de la triſte Figura.

Por vida de mi padre, dixo Sancho en oyen-
do la carta, que es la mas alta cola que jamas he
viſto. Reſta a mi, y como que le dize vueſta mer
ced todo quanto quiere; y que bien que en-
tra en la firma, el Caualliero dela triſte Figura,
digo de verdad, q̃ es vueſtra merçed el meſmo

diablo, y que no ay cosa que no sepa. Todo menester, respondio dõ Quixote, para el otro que yo traygo. Ea pues, dixo Sancho, vuestra merced en essotra buelta; la cedula los tres pollinos, y firmela con mucha claporque la conozcan en viendola. Que noze, dixo don Quixote, y auiendola escrito leyo que dezia assi.

Mandará vuestra merced, por esta de pollinos, señora sobrina, dar a Sancho mi escudero, tres de los cinco que dexesa, y estan a cargo de vuestra merced. Les tres pollinos, se los mando librar y por otros tantos aqui recebidos de consta, y con su carta de pago serán bien Fecha en las entrañas de Sierra Morena te y dos de Agosto, deste presente año.

Buena esta dixo Sancho, firmela vuesced. No es menester firmarla, dixo don te, sino solamente poner su rubrica, y mesmo que firma, y para tres asnos, y trezientos fuera bastante. Yo me convuestra merced, respondio Sancho, dexa a ensillar a Rozinante, y aparejese vuesced a echarme su bendicion, que luego partirme, sin ver las sandezes que vuesced ha de hazer, que yo dire que le vitas que no quiera mas. Por lo menos cho, y porque es menester assi, quiero

te vea en cueros, y hazer vna, o dos dozenas de locuras, que las hare en menos de media hora: porque auiendolas tu visto por tus ojos, puedas jurar a tu saluo, en las demas que quisie ras añadir: y asseguroteque no diras tu tantas, quantas yo pienso hazer. Por amor de Dios, señor mio, que no vea yo en cueros a vuestra mer ced, que me dara mucha lastima, y no podre de dexar de llorar; y tengo tal la cabeça, del llanto q anoche hize por el ruzio, que no estoy para me terme en nueuos lloros: y si es que vuestra mer ced gusta, de que yo vea algunas locuras, haga las vestido, breues, y las q̃ le vinieren mas a cuẽ to. Quanto mas, que para mi no era menester na da desto; y como ya tengo dicho, fuera ahorrar camino de mi buelta, que ha de ser cõ las nue vas que vuestra merced desea, y merece. Y si no aparejese la señora Dulcinea, que si no responde como es razon, voto hago solene a quié pecado, que le tengo de sacar la buena respuesta del estomago, a cozes, y a bofetones: porq̃ donde se ha de sufrir, que vn Caualleró andante, tan discreto como vuestra merced, se buelua loco, sin que, ni para que, por vna? No me lo haga de creer a la señora, porque por Dios que despotrique y lo eche todo a doze, aunque nunca se venda. Bueno soy yo para esso, mal me conoce: pues a fe que si me conociesse, que me ayunasse. A fe mucho, dixo don Quixote, que a lo que parece

que no estàs tu mas cuerdo que yo. No es
tan loco, respondio Sancho, mas estoy mas
lerico. Pero dexando esto a parte, que es lo
ha de comer vuestra merced, en tanto que
bueluo? Ha de salir al camino como Caco
a quitarselo a los pastores? No te dè pena
cuydado, respòdio don Quixote, porque
tuuiera, no comiera otra cosa que las yer
frutos, que este prado, y estos arboles me
que la fineza de mi negocio està en no co
en hazer otras asperezas. A esto dixo San
sabe vuestra merced que temo, que no te
acertar a boluer a este lugar dòde aora le
segun està escondido. Toma bien las seña
yo procurare de no apartarme destos co
nos, dixo don Quixote: y aun tendrè cu
de subirme por estos mas altos riscos, por
te descubro quando bueluas. Quanto ma
lo mas acertado serà, para que no me yerre
te pierdas, q cortes algunas retamas, de las
chas que por aqui ay, y las vayas pon
trecho a trecho, hasta salir a lo raso, las q
seruiran de mojones, y señales, para que
lles quando bueluas, a imitacion del hilo
beruinto de Perseo. Assi lo hare, respondio
cho Pança: y cortando algunos, pidio la b
cion a su señor, y no sin muchas lagrimas
trambos, se despidio del. Y subiendo sobre
zinante, a quien don Quixote encomendò

dò, y que iniraſſe por el, como por su propria
persona, se puso en camino del llano, esparzien-
do de trecho a trecho los ramos de la retama,
como su amo se lo auia aconsejado: y assi se fue,
aunque toda via le importunaua don Quixote,
que le viesse si quiera hazer dos locuras. Mas
no huuo andado cien passos, quando boluio, y
dixo: Digo señor, que vuestra merced ha dicho
muy bien, que para que pueda jurar sin cargo de
conciencia, que le he visto hazer locuras, serà
bien que vea si quiera vna, aunque bien grande
la he visto, en la quedada de vuestra merced. No
lo dezia yo, dixo don Quixote, esperate San-
cho, que en vn credo la hare. Y desnudandose
con toda priessa los calçones, quedo en carnes,
los pañales, y luego sin mas ni mas, dio dos ca
ras en el ayre, y dos tumbas la cabeça a ba-
xo, y los pies en alto, descubriendo cosas, que
por no verlas otra vez boluio Sancho la rienda
a Rozinante, y se dio por contento y satisfecho,
de que podia jurar, que su amo quedaua loco; y
assi le dexaremos yr su camino hasta la buelta,
que fue breue.

CAPITVLO XXVI. DONDE SE prosiguen las finezas que de enamorado hizo don Quixote en Sierra Morena.

YBoluiendo á cõtar lo que hizo de la triste Figura, despues que se solo: dize la historia, que assi como don Quixote acabò de dar las tres bas, o buelta, de medio a bazo desnudo, y de medio arriba vestido, y que viendo Sancho se auia ydo, sin querer aguardar a ver mas sandezes, se subio sobre vna punta de vna alta peña, y allí tornò a pensar lo que otras muchas vezes auia pensado, sin auerse jamas resuelto en ello. Yera que qual seria mejor, y le estaria mas a cuento, imitar a Roldá en las locuras desaforadas que hizo, o a Amadis en las Melancolicas: y hablãdo entre si mesmo, dezia: Si Roldan fue tan buen Cauallero, y tan valiente como todos dizen, q̃ marauilla, pues al fin era encantado, y nole podia matar nadie, si no atiendole vn alfiler de a blanca por la punta del pie; y el trahia siempre los çapatos con fierros de hierro. Aunque no le valieron treguas contra Bernardo del Carpio, que se las entendio le ahogo entre los braços, en Ronzesualles. Pero dexando en el lo de la valentia a vna parte, vengamos a lo del perder el juyzio, que es cierto que le perdio, por las señales que hallo en fortuna, y por las nueuas que le dio el pastor que Angelica auia dormido mas de dos siestas có Medoro, vn Morillo de cabellos enrizados y paje de Agramante. Y si el entendio que en

era verdad, y que su dama le auia cometido desaguisado, no hizo mucho en boluerse loco. Pero yo, como puedo imitalle en las locuras, sino le imito en la ocasion dellas; porque Dulcinea del Toboso, osare yo jurar, que no ha visto en todos los dias de su vida Moro alguno, assi como el es, en su mismo traje, y que se está oy con la madre que la pario: y hariale agrauio mayor, si imaginando otra cosa della, me boluiesse loco de aquel genero de locura de Roldá furioso. Por otra parte veo, que Amadis de Gaula, sin perder el juyzio, y sin hazer locuras, alcançò tanta fama de enamorado, como el que mas. Porque lo que hizo, segun su historia, no fue mas, de que por verse desdeñado de su señora Oriana, que le auia mãdado, que no pareciesse ante su presencia, hasta que fuesse su voluntad: de que se retirò a la Peña pobre, en compañia de vn ermitaño, y alli se hartò de llorar, hasta q̃ el cielo le acorrio en medio de su mayor cuyta, y necesidad. Y si esto es verdad, como lo es, para que quiero yo tomar trabajo aora, de desnudarme del todo, ni dar pesadumbre a estos arboles, que no me han hecho mal alguno: ni tengo para que enturbiar el agua clara destos arroyos, de los quales me han de dar de beuer, quando tenga gana. Viua la memoria de Amadis, y sea imitado de don Quixote de la Mancha, en todo lo que pudiere: del qual se dira lo que del otro se

xo; que sino acabò grãdes cosas, murio por
mentellas. Y si yo no soy desechado, ni dilu-
do de mi Dulcinea, bastame, como ya he di-
estar ausente della. Ea pues, manos a la obra
nid a mi memoria cosas de Amadis, y en
me por donde tengo de començar a imi-
mas ya se que lo mas que el hizo, fue rezar y
si lo hare yo. Y sirviròme de rosario vnas
llas grandes de vn alcornoque, que enfarto
que hizo en diez. Y lo que le fatigaua mas
era no hallar por alli otro Ermitaño que le
fessasse, y con quien consolarse. Y assi se en-
tenia passeandose por el pradezillo, escriuien-
y grauãdo por las cortezas de los arboles, y
la menuda arena, muchos versos. Todos
dados a su tristeza, y algunos en alabança de
cinea. Mas los que se pudieron hallar entera
que se pudiessen leer despues que a el allà
llaron, no fueron mas que estos que aqui
guen.

ARboles, yervas, y plantas,
Que en aqueste sitio estays,
Tan altos, verdes, y cuntas,
Si de mi mal no os holgays,
Escuchad mis quexas santas,
Mi dolor no os alborote,
Aunque mas terrible sea,

Pues por pagaros esente,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

¶ Es aqui el lugar, adonde
El amador mas leal
De su señora se esconde,
Y ha venido a tanto mal
Sin saber como, o por donde.
Traele Amor al estricote,
Que es de muy mala ralea,
Y assi hasta henchir vn pipote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

¶ Buscando las auenturas
Por entre las duras peñas,
Maldiziendo entrañas duras,
Que entre riscos, y entre breñas,
Halla el triste desuenturas.
Hiriole Amor con su açote,
No con su blanda correa,
Y en tocandole el cogote,
Aqui llorò don Quixote
Ausencias de Dulcinea
Del Toboso.

No causo poca risa en los q̃ hallaron los versos referidos, el añadidura del Toboso, al nombre de Dulcinea: porque imaginaron, que debia imaginar don Quixote, que si en nombrando Dulcinea, no dezia tambien el Toboso, no podria entender la Copla, y assi fue la verdad, como el despues confesso. Otros muchos escritos pero como se ha dicho, no se pudieron sacar limpio, ni enteros, mas destas tres coplas, esto, y en suspirar, y en llamar a los Faunos, uanos de aquellos bosques, a las Ninfas de rios, a la dolorosa y humida Eco, que le respondiesse, consolassen, y escuchassen, se entretuuo en buscar algunas yeruas con que sustentarse tanto que Sancho boluia; que si como tardo dias, tardara tres semanas, el Cauallero de ste Figura quedara tan desfigurado, que no conociera la madre que lo pario. Y sera dexalle embuelto entre sus suspiros, y ver por contar lo que le auino a Sancho Panca mandaderia. Y fue, que en saliendo al camino Real, se puso en busca del del Toboso, y otro llegò a la venta, donde le auia sucedido la gracia de la manta; y no la huuo bien visto do le parecio, que otra vez andauan los ayres no quiso entrar dentro, aunque llegò a hora lo pudiera, y deuiera hazer, por ser la del comer y lleuar en desseo de gustar algo caliente, grandes dias, que todo era fiambre. Esta

dad le forçò a que llegasse junto ala venta, toda via dudoso, si entraria, o no. Y estando en esto, salieron de la venta dos personas, que luego le conocieron; y dixo el vno al otro: Digame señor Licenciado, aquel del cauallo, no es Sancho Pança, el que dixo el ama de nuestro auenturero, que auia salido con su señor por Escudero? Assi es, dixo el Licenciado, y aquel es el cauallo de nuestro don Quixote. Y conocieronle tan bien, como aquellos que eran el Cura, y el Barbero de su mismo lugar, y los que hizieron el escruti nio, y acto general de los libros: los quales assi como acabaron de conocer a Sancho Pança, y a Rozinante, desseosos de saber de don Quixote, se fueron a el; y el Cura le llamò por su nombre, diziendole: Amigo Sancho Pança, adonde que da vuestro amo? Conocioles luego Sancho Pança, y determinò de encubrir el lugar, y la suerte, donde, y como fuera mo quedaua: y assi les respõ dio, que su amo quedaua ocupado en cierta par te, y en cierta cosa, que le era de mucha importancia, la qual el no podia descubrir por los ojos de en la cara tenia. No, no, dixo el Barbero, Sancho Pança, si vos no nos dezis donde queda, imaginaremos, como ya imaginamos, que vos me hazeys muerto, y robado, pues venis encima de su cauallo: en verdad que nos auemos de dar el diestro del rozin, o sobre esso morena. No ay pieça que conmigo amenazas, que yo no soy hõ

bro que robò, ni mato à nadie, a cada vno
su ventura, o Dios que le hizo. Mi amo
haziendo penitencia en la mitad della
muy a su sabor. Y luego de corrida y sin
les contò de la fuerte que quedaua, las
que le auian sucedido, y como llenaua la
la señora Dulcinea del Toboso, que era
de Lorenço Corchuelo, de quien estaua
rado hasta los higados. Quedaron admi
dos dos, de lo que Sancho Pança les contaua
aunque ya sabian la locura de don Quixote
genero della, siempre que la ohian, se admi
de nueuo. Pidieronle a Sancho Pança, que
enseñasse la carta que llenaua a la señora Du
nea del Toboso. El dixo que yua escrita en
libro de memoria, y que era orden de su se
que la hiziesse trasladar en papel, en el prime
gar que llegasse. A lo qual dixo el Cura, que
nostrasse, que el la trasladaria de muy buena
ra. Metio la mano en el seno Sancho Pança
scando el librillo, pero no le hallò, ni le
hallar, si le buscara hasta agora, porq se auia
dado don Quixote con el, y no se lo auia
nia el se le acordò de pedirselo. Quando
vio q no hallaua el libro, fuesse le parando
tal el rostro: y tornandose a tentar todo el
po muy apriessa, tornò a echar de ver que
hallaua, y sin mas ni mas, se echò entrambos
ños a las barbas, y se arrancò la mitad de

luego apriessa, y sin cessar, se dio media dozena
de puñadas en el rostro, y en las narizes, que se
las bañò todas en sangre. Visto lo qual, por el
Cura, y el Barbero, le dixeron, que que le auia
sucedido, que tan mal se parana? Que me ha de
suceder, respondio Sancho, sino el auer perdido
de vna mano a otra en vn instante tres pollinos,
que cada vno era como vn Castillo! Como es
so, replicò el Barbero? He perdido el libro
de memoria, respondio Sancho, donde venia car
ta para Dulcinea, y vna cedula firmada de su se-
ñor: por la qual mandaua, que la sobrina me
diesse tres pollinos, de quatro, o cinco que esta
ua en casa. Y con esto les contò la perdida del
rucio. Consolole el Cura, y dixole, que en ha-
biendo a su señor, el le haria reualidar la manda,
y que tornasse a hazer la libranca en papel, como
acostumbre, porq las q se hazian en libros
de memoria, jamas se aceptauan, ni cumplian. Co
mo se consolò Sancho, y dixo, q como aquello
fuesse assi, q no le daua mucha pena la perdida
de la carta de Dulcinea, y porq el la sabia casi de
memoria, de la qual se podria trasladar, donde,
y quando quisiessen. Dezidlo Sancho pues, dixo el
Barbero, q despues la trasladaremos. Parose Sa
cho a rascar la cabeça, para traer a la memoria la
carta, y ya se pone sobre vn pie, y ya sobre otro.
A vnas vezes mira al suelo, otras al cielo: y al cabo
de auerse roydo la mitad de la yema de vn dedo,

tenien-

teniendo suspensos a los que esperauan que
la dixesse, dixo al cabo de grādissimo rato, por
Dios señor Licēciado, que los diablos lleuen a
cosa que de la carta se me acuerda, aunque en el
principio dezia: Alta, y sobajada señora. No
ra, dixo el Barbero, sobajada, si no sobre huma
na, o soberana señora. Assi es, dixo Sancho. Lue
go (si mal no me acuerdo) proseguia (si mal
me acuerdo) el llego, y salto de sueño, y el sue
do besa a vuestra merced las manos, ingrata
muy desconocida hermosa: y no se que dezia
de salud, y de enfermedad, q̄ le embiaua; y por
aqui yua escurriendo, hasta que acabaua, en
stro hasta la muerte, El Caualiero de la triste
gura. No poco gustaron los dos, de ver la bue
na memoria de Sancho Panca, y alabaronsela
cho, y le pidieron que dixesse la carta otras
vezes, para que ellos assi mesmo la tomasse
memoria para trasladalla a su tiempo. Tor
a dezir Sancho otras tres vezes, y otras tres
boluio a dezir otros tres mil disparates. Tr
esto contò assi mesmo, las cosas de su amo, pa
ro no hablò palabra, acerca del manteamien
que le auia sucedido en aquella vēta, en la q
rehusaua entrar. Dixo tambien, como su se
en trayendo que le truxesse buen despacho
señora Dulcinea del Toboso, se auia de pon
en camino, a procurar como ser Emperador
por lo menos Monarcha, que assi lo tenian
cerrado

certado entre los dos: y era cosa muy facil ve-
nir a serlo, segun era el valor de su persona, y la
fuerça de su braço; y que en fiēdolo, le auia de
casar a el, porque ya seria biudo, que no podia
ser menos. Y le auia de dar por muger, a vna dō
cella dela Emperatriz, heredera de vn rico y grā
de estado, de tierra firme, sin Insulos, ni Insulas,
que ya no las queria. Dezia esto Sancho con tā-
to repoſo, limpiandose de quando en quando
las narizes, y con tan poco juyzio, que los dos se
admiraron de nueuo, considerando quan vehe-
mente auia sido la locura de don Quixote, pues
auia lleuado tras si el juyzio de aquel pobre hō
bre. No quisieron cansarse, en sacarle del error
en que estaua, pareciendoles que pues no le da-
ua nada la cōciencia, mejor era dexarle en el,
y a ellos les seria de mas gusto oyr sus necedа-
des: y assi le dixeron, que rogasse a Dios por la
salud de su señor, que cosa contingente y muy
posible era, venir cō el discurso del tiempo a ser
Emperador, como el dezia; o por lo menos Ar
cobispo, o otra dignidad equiualente. A lo qual
respondio Sancho: Señores, si la fortuna rodea-
se las cosas de manera, que a mi amo le viniesse
en voluntad de no ser Emperador, sino de ser
Arcobispo, querria yo saber aora, que suelē dar
los Arcobilpos andantes a sus Escuderos. Suelē
dar, respondio el Cura, algun beneficio sim-
ple, o Curado, o alguna Sacristania, que les vale

mucho

mucho de renta rentada, amen del pie de altar
que se suele estimar en otro tanto. Para esso
ra menester, replicò Sancho, que el escudero
no sea casado, y que sepa ayudar a Misa por
menos: y si esto es assi, desdichado de yo, que
soy casado, y no se la primera letra del A. B.
que será de mi, si a mi amo le da antojo de
Arçobispo, y no Emperador, como és vso y
stumbre de los caualleros andantes? No tem
pena Sancho amigo, dixo el Barbero, que
rogaremos a vuestro amo, y se lo acòsejaremos
y aun se lo pondremos en caso de conciencia,
sea Emperador, y no Arçobispo, porque le
mas facil, a causa de que el es mas valiente q
estudiante. Assi me ha parecido a mi, respo
dio Sancho, aunque se dezir, que para todo
ne abilidad. Lo que yo pienso hazer de mi p
te, es, rogarle a nuestro Señor, que le eche a
quellas partes donde el mas se sirua, y a do
a mi mas mercedes me haga. Vos lo dezis c
mo discreto, dixo el Cura, y lo hareys como
Christiano. Mas lo que aora se ha de hazer
dar orden como sacar a vuestro amo de aq
inutil penitencia que dezis que queda haz
y para pensar el modo que hemos de tener
ra comer, que ya es hora, será bien nos en
mos en esta venta. Sancho dixo, que entra
ellos que el esperaria alli fuera, y q despues
diria la causa porque no entraua, ni co

traria en ella? mas q les rogaua que le sacassen
algo de comer, que fuesse cosa caliente, y assi
mismo cebada para Rozinante. Ellos se en
caron y le dexaron, y de alli a poco, el Barbero
le sacò de comer. Despues auiendo bien pensa
do entre los dos, el modo que tendrian para
conseguir lo que desseauan, vino el Cura en vn
pensamiento muy acomodado al gusto de don
Quixote, y para lo que ellos querian. Y fue que
dixo el barbero, que lo que auia pensado era,
que el se vestiria en habito de donzella andan
te, y que el procurasse ponerse lo mejor que pu
diesse, como escudero, y que assi yrian adonde
estaua Quixote estaua: fingiendo ser ella vna don
zella afligida, y menesterosa, y le pediria vn dò
de el no podria dexarsele de otorgar, co
valeroso caualliero andante. Y que el don q
pensaua pedir, era q se viniesse con ella, don
de ella le llenasse, a desfazelle vn agrauio que vn
caualliero le tenia fecho: y que le suplicaua
mesmo, q no la mandasse quitar su antifaz,
la derrandasse cosa de su fazienda, fasta que
uiesse fecho derecho de aquel mal caualle
y q creyesse sin duda, que don Quixote ven
en todo quanto le pidiesse por este termi
y que desta manera le sacarian de alli, y le
harian a su lugar, donde procurarian ver
si tenia algun remedio su estraña

locura.

CAP.

CAP. XXVII. DE COMO SALIE-
ron con su intencion el Cura, y el Barbe-
con otras cosas dignas de que se cuenten
esta grande historia.

NO le parecio mal al Barbero, a
uencion del Cura, sino tan bue
luego la pusieron por obra. Pi
ronle a la ventera vna saya, y u
tocas, dexandole en prendas
sotana nueua del Cura. El Barbero hizo v
barba de vna cola ruzia, o roxa de buey, d
el ventero tenia colgado el peyne. Pregun
la ventera, que para que le pedian aquel
sas? El Cura le contò en breues razones la
ra de don Quixote, y como cõuenia aque
fraz para sacarle de la montaña donde a
estaua. Cayeron luego el ventero, y la ventera
que el loco era su hueſped, el del balsamo,
amo del manteado Escudero; y contaron a
ra todo lo que con el les auia passado, sin
lo que tanto callaua Sancho. En resolucio
ventera vistio al Cura de modo, que no auia
que ver. Pusole vna saya de paño, llena de
de terciopelo negro, de vn palmo en ancho
das acuchilladas: y vnos corpiños de terc
verde, guarnecidos con vnos ribetes de
co, que se deuieron de hazer ellos, y la
tiempo del Rey Bamba. No consintio q

que le tocassen, sino pusose en la cabeça vn birre
llo de lienço colchado que lleuaua para dormir
de noche: y ciñose por la frente vna liga de tafe
tan negro, y con otra liga hizo vn antifaz con q
se cubrio muy bie las barbas, y el rostro. Encas-
quetose su sombrero, que era tan grande que le
podia seruir de quitasol: y cubriendose su herre
lo, subio en su mula a mugeriegas, y el Barbe
ro en la suya, con su barba que le llegaua a la cin
tura, entre roja y blanca, como aquella que (co-
mo se ha dicho) era hecha de la cola de vn buey
cerroso. Despidieronse de todos, y de la buena
de Maritornes, que prometio de rezar vn rosa-
rio, aunque pecadora, por q Dios les diesse buen
sucesso en tan arduo, y tan Christiano negocio,
como era el que auia emprendido. Mas a penas
auia salido de la venta, quando le vino al Cura
vn pensamiento, que hazia mal en auerse puesto
de aquella manera, por ser cosa indecente, q vn
sacerdote se pusiesse assi, aunque le fuesse mucho
en ello: y dizziendoselo al Barbero, le rogò que
se mudassen trages, pues era mas justo que el fuesse
la donzella menesterosa, y que el haria el escude
ro, y que assi se profanaua menos su dignidad:
que si no lo queria hazer, determinaua de no
passar adelante, aunq don Quixote se le lleuasse
de rienda. En esto llegò Sancho, y de ver a los dos
en aquel trage, no pudo tener la risa. En efeto,
el Barbero vino en todo aquello que el Cura

quiso: y trocando la inuenciõ, el Cura le fue formando el modo que auia de tener, y las palabras que auia de dezir a don Quixote, para mouerle, y forçarle a que cõ el se viniesse, y dexasse la querencia del lugar que auia escogido por su vana penitencia. El Barbero respondio, que sin que se le diesse licion, el lo pondria bien en su punto. No quiso vestirse por entonces, hasta que estuuiessen junto de donde don Quixote estaua, y assi doblo sus vestidos, y el Cura el modo su barba, y siguieron su camino, guiados los Sancho Pança: el qual les fue contando quanto les acontecio con el loco q̃ hallaron en la sierra, encubriendo empero el hallazgo de la maleta, y de quanto en ella venia, que maguer que rustico, era vn poco codicioso el mancebo. Otro dia llegaron al lugar donde Sancho auia dexado colgadas las señales delas ramas, para acertar el lugar donde auia dexado a su señor: y en reconociendole, les dixo, como aquella era la entrada, y q̃ alli se podian vestir, si era que aquello hazia al caso para la libertad de su señor: porque ellos le auian dicho antes, que el yr de aquella suerte, y vestirse de aquel modo, era toda la importancia para sacar a su amo de aquella mala vida que auia escogido: y que le encargauan mucho, que no dixesse a su amo quien ellos eran, ni que los conocia. Y que si le preguntasse, como se lo auian pregũtar, si dio la carta a Dulcinea, dixesse

q̃ que por no saber leer, le auia respondido de palabra, diziendole, que le mandaua sopena de su desgracia, que luego al momẽto se viniesse a ver con ella, que era cosa q̃ le importaua mucho: porque con esto, y con lo que ellos pensauan dezirle, tenian por cosa cierta, reduzirle a mejor vida, y hazer con el que luego se pusiesse en camino para ser Emperador, o Monarca, que en lo de ser Arçobispo, no auia de que temer. Todo lo escucho Sancho, y lo tomo muy bien en la memoria, y les agradecio mucho la intencion q̃ tenian de aconsejar a su señor, fuesse Emperador, y no Arçobispo, porque el tenia para si que para hazer mercedes a sus escuderos, mas podian los Emperadores, que los Arçobispos andantes. Tambien les dixo, que seria bien, que el fuesse delãte a buscarle, y darle la respuesta de su señora, que ya seria ella bastante a sacarle de aquel lugar, sin que ellos se pusiessen en tãto trabajo. Parecioles bien lo que Sancho Pança dezia, y assi determinaro de aguardarle hasta que bolviesse cõ las nueuas del hallazgo de su amo. Entrando Sancho por aquellas quebradas de la sierra, topando a los dos en vna, por donde corria vn pequeño, y manso arroyo, a quien hazian sombra agradable, y fresca, otras peñas, y algunos arboles que por alli estauan. El calor, y el dia q̃ alli los tomaron, era de los del mes de Agosto, que por aquellas partes suele ser el ardor muy grande: la

hora, las tres de la tarde: todo lo qual hazia sitio mas agradable, y que combidaffe a que el esperassen la buelta de Sancho, como lo hizieron. Estando pues los dos alli, sosiegados, y a sombra, llegò a sus oydos vna voz, que sin acompañarla son de algun otro instrumento, dixo regaladamente sonaua: de q̃ no poco se admiraron, por parecerles que aquel no era lugar donde pudiesse auer quien tan bie̅ cantasse. Porq̃ aunq̃ suele dezirse, que por las selvas, y campos se hallan pastores de vozes estremadas, mas los encarecimientos de Poetas, que verdaderos quando aduirtieron que lo que oyan cantaran vnos versos, no de rusticos gañanes, sino de discretos Cortesanos. Y confirmò esta verdad, auer sido los versos que oyeron estos.

QVien menos caua mis bienes?
Desdenes.
Y quien aumenta mis duelos?
Los celos.
Y quien pruena mi paciencia?
Ausencia.
De esse modo en mi dolencia
Ningun remedio se alcança,
Pues me matan la esperança,
Desdenes, celos, y ausencia.

Quien me causa este dolor?
Amor.

Y quien mi gloria repugna?
Fortuna.
Y quien consiente mi duelo?
El cielo.
De esse modo yo rezelo
Morir deste mal estraño,
Pues se aunan en mi daño,
Amor, fortuna, y el cielo.

Quien mejorarà mi suerte?
La muerte.
Y el bien de amor quien le alcança?
Mudança.
Y sus males quien los cura?
Locura.
De esse modo no es cordura
Querer curar la pasion,
Quando los remedios son,
Muerte, mudança, y locura.

La hora, el tiẽpo, la sole dad, la voz, y la destreza del que cãtaua, causò admiracion, y contento a los dos oyentes, los quales se estuuierõ quedos, esperando si otra alguna cosa ohian: pero viendo q̃ duraua algun tanto el silẽcio, determinaron de salir a buscar el musico, q̃ con tan buena voz cantaua. Y queriendolo poner en efeto, hizo otra mas suaue voz que no se oyessen, la qual llegò a sus oydos, cantando este Soneto.

SONETO.

SAnta amistad, que con ligeras alas,
Tu apariencia quedandose en el suelo,
Entre benditas almas en el cielo,
Subiste alegre a las Impireas salas.
Desde alla (quando quieres) nos señalas
La justa paz, cubierta con vn velo,
Por quien a vezes se trasluze el zelo
De buenas obras, que a la fin son malas.
Dexa el cielo, o amistad, o no permitas,
Que el engaño se vista tu librea,
Con que destruye a la intencion sincera.
Que si tus apariencias no le quitas,
Presto ha de verse el mundo en la pelea
De la discorde confusion primera.

¶ El canto se acabò con vn profundo suspiro, y los dos con atencion boluieron a esperar mas se cantaua: pero viendo que la musica auia buelto en solloços, y en lastimeros ayes, acordaron de saber quien era el triste, tan elevado en lavoz, como doloroso en los gemidos. Y no anduuieron mucho, quando al boluer vna punta de vna peña, vieron a vn hombre, de mismo talle, y figura que Sancho Paça les auia pintado, quando les contò el cuento de Cardenio: el qual hòbre, quando los vio, sin sobresaltarse estuuo quedo, cõ la cabeça inclinada sobre el pecho, a guisa de hombre pensatiuo, sin alçar

los ojos a mirarlos, mas de la vez primera, quando de improuiso llegaron. El Cura, que era hòbre bien hablado (como el que ya tenia noticia de su desgracia, pues por las señas le auia conocido) se llegò a el, y con breues, aũque muy discretas razones, le rogò y persuadio, que aquella tan miserable vida dexasse, porq̃ allí no la perdiesse, q̃ era la desdicha mayor de las desdichas. Librase Cardenio entonces en su entero juyzio, libre de aquel furioso accidente, que tan a menudo le sacaua de si mismo: y assi viendo a los dos en trage tan no vsado de los q̃ por aquellas soledades andauan, no dexò de admirarse algun tanto: y mas quando oyò que le auian hablado en su negocio, como en cosa sabida (porque las razones que el Cura le dixo, assi lo dieron a entender) y assi respondio desta manera. Bien veo señores, quien quiera que seays, que el cielo tiene cuydado de socorrer a los buenos, y aun muchas vezes a los malos muchas vezes, sin yo merecerlo, me embia en estos tã remotos y apartados lugares, fuera del trazo comun delas gentes, algunas personas, poniendome delante de los ojos, con vivas y varias razones, quan sin ella ando, en hazer la vida que hago, han procurado sacarme della a mejor parte: pero como no saben que se ha, que en saliendo deste daño, he de caer en otro mayor, quiça me deuen de tener por hombre de flacos discursos: y aun lo que peor seria,

por de ningun juyzio. Y no seria marauilla que
assi fuesse, porque a mi se me trasluze, q̃ la fuer
ça de la imaginaçion de mis desgracias es tan g
tensa, y puede tanto en mi perdicion, que si
yo pueda ser parte a estoruarlo, vẽgo a quedar
como piedra, falto de todo buen sentido, y co
nocimiento: y vengo a caer en la cuenta de
verdad, quando algunos me dizen, y muestr
señales de las cosas que he hecho en tanto q
aquel terrible accidente me señorea, y no se m
que dolerme en vano, y maldezir, sin prou
cho, mi ventura: y dar por disculpa de mis loc
ras, el dezir la causa dellas, a quantos oyr la q
ren, porque viendo los cuerdos qual es la ca
sa, no se marauillarán de los efetos: y si no
dieren remedio, alomenos no me darán co
couirtiendoseles el enojo de mi desenbol
ra, en lastima de mis desgracias. Y si es que v
sotros señores, venis con la mesma intenci
que otros han venido, antes que passeys ad
lante en vuestras discretas persuasiones, os r
go que escucheys el cuento, que no le tiene
mis desuenturas: porque quiça despues de
tendido, ahorrareys del trabajo que tomar
en consolar vn mal, que de todo consuelo es
capaz. Los dos, que no desseauan otra cosa,
saber de su mesma boca, la causa de su duel
rogaron se la contasse, ofreciendole de no hac
otra cosa de la que el quisiesse, en su remedio
con-

consuelo: y con esto el triste canallero comen-
ço su lastimera historia, casi por las mesmas pa-
labras, y passos que la auia contado a don Qui-
xote, y al cabrero, pocos dias atras, quando por
occasion del Maestro Elisabat, y puntualidad de
don Quixote, en guardar el decoro a la canalle
ria, se quedò el cuento imperfeto, como la hi-
storia lo dexa contado. Pero aora quiso la bue-
na suerte, que se detuuo el accidente de la locu
ra, y le dio lugar de contarlo hasta el fin: y assi
llegando al passo del villete, que auia hallado
don Fernando entre el libro de Amadis de Gau
la, dixo Cardenio, que le tenia bien en la memo
ria, y que dezia desta manera.

Luscinda a Cardenio.

CAda dia descubro en vos valores, que me
obligan, y fuerçan, a que en mas os estime
Si assi quisieredes sacarme desta deuda, sin exe
cutarme en la honrra, lo podreys muy bien ha-
zer. Padre tengo, que os conoce, y que me quie
re bien, el qual sin forçar mi voluntad cumpli-
ra lo que será justo que vos tengays, si es que
me estimays como dezis, y como yo creo.
Por este villete me mouí a pedir a Luscinda
por esposa, como ya os he contado, y este fue
el que hizo quedò Luscinda en la opinion de dò
de quien quedò, por vna de las mas discretas, y auisadas
mugeres de su tiẽpo. Y este villete fue, el q̃ le pu
so en deseo de destruyrme, antes q̃ el mio se efe
tuasse.

tuasse. Dixele yo a don Fernando, en lo que re-
paraua el padre de Luscinda, que era en que el
padre se la pidiesse: lo qual yo no le osaua decir
temeroso que no vēdria en ello: no porque no
tuuiesse bien conocida la calidad, bondad, vir-
tud, y hermosura de Luscinda, y que teniapa-
tes bastantes para ennoblecer qualquier otro li-
nage de España: sino porque yo entendia del
que desseaua que no me casasse tan presto, hasta
ver lo que el Duque Ricardo hazia conmigo.
En resolucion, le dixe, que no me auenturaua
a dezirselo a mi padre, assi por aquel inconue-
niente, como por otros muchos que me acon-
dauan, sin saber quales eran: sino que me pare-
cia, que lo que yo desseasse, jamas hauia de ve-
ner efeto. A todo esto me respondio don Fer-
do, que el se encargaua de hablar a mi padre,
hazer con el, que hablasse al de Luscinda. O Ma-
rio ambicioso, o Catilina cruel, o Quila facino-
roso, o Galalon embustero, o Vellido trayd-
o Iulian vēgatiuo, o Iudas codicioso. Trayd-
cruel, vengatiuo, y embustero, que desseruic-
te auia hecho este triste, que con tanta lla-
te descubrio los secretos, y contentos de su
raçon? Que ofensa te hize? Que palabras re-
xe, o que consejos te di, que no fuessen nac-
encaminados a acrecentar tu honra, y tu pro-
cho? Mas de que me quexo, desuenturado
mi, pues es cosa cierta, q̄ quando traen las

gracias la corriente de las estrellas, como vie-
ron de alto a baxo despeñandose con furor, y cō
violencia, no ay fuerça en la tierra que las deten
ni industria humana que preuenirlas pueda.
Quien pudiera imaginar, que don Fernando,
caballero ilustre, discreto, obligado de mis ser-
uicios, poderoso para alcançar lo que el desseo
temeroso le pidiesse, donde quiera que le ocu-
passe, se hania de enconar (como suele dezirse)
en tomarme a mi vna sola oueja, que aun no
poseia? Pero quedense estas consideraciones
aparte, como inutiles, y sin prouecho, y añude-
mos el roto hilo de mi desdichada historia. Di-
go pues, que pareciendole a don Fernando,
que mi presencia era inconueniente para po-
ner en execucion su falso, y mal pensamiento,
determinō de embiarme a su hermano mayor,
con ocasion de pedirle vnos dineros, para pa-
gar seys caballos, que de industria, y solo para es
efeto de que me ausentasse (para poder me-
jor salir con su dañado intento) el mesmo dia
que se ofrecio hablar a mi padre los comprò, y
pidio que yo viniesse por el dinero. Pude yo
imaginar esta traycion? Pude por ventura caer
en imaginarla? No por cierto, antes con gran-
dissimo gusto me ofrecia partir luego, conten-
to de la buena compra hecha. Aquella noche
hable con Luscinda, y le dixe lo que con don
Fernando quedaua concertado, y que tuuiesse

firme

firme esperança, de que tendrian efeto nuestros buenos y justos desseos. Ella me dixo, con tan segura como yo de la traycion de don Fernando que procurasse boluer presto, porque creia que no tardaria mas la conclusion de nuestras voluntades, que tardasse mi padre de hablar al suyo. No se que se fue, que en acabando de dezirme esto, se le llenaron los ojos de lagrimas, y vn nudo se le atrauesso en la garganta, que no le dexaua hablar palabra, de otras muchas que me parecio que procuraua dezirme. Quedè admirado deste nueuo accidente, hasta alli jamas en ella visto, porque siempre nos hablamos las vezes que la buena fortuna, y mi diligencia lo concedia, con todo regozijo, y contento, sin mezclar en nuestras platicas, lagrimas, suspiros, celos, sospechas, o temores. Todo era engrandecer yo mi ventura, por auermela dado el cielo por señora. Exageraua su belleza, admiraua me de su valor, y entendimiento. Boluiame ella en recambio, alabando en mi lo que como namorada le parecia digno de alabança. Con esto nos contauamos cien mil niñerias, y acaecimientos de nuestros vezinos, y conocidos, y lo que mas se estendia mi desemboltura, era tomarle casi por fuerça, vna de sus bellas, y blancas manos, y llegarla a la mi boca, segun daba lugar la estrecheza de vna baxa reja que nos auidia. Pero la noche que precedio al triste

de mi partida, ella lloró, gimió, y suspiró, y se fue, y me dexó lleno de confusion, y sobresalto, espantado de hauer visto tan nueuas, y tan tristes muestras de dolor, y sentimiento en Luscinda. Pero por no destruyr mis esperanças, todo lo atribuy a la fuerça del amor que me tenia, y al dolor que suele causar la ausencia en los que bien se quieren. En fin yo me fuy triste, y pensatiuo, llena el alma de imaginaciones, y sospechas, sin saber lo que sospechaua, ni imaginaua. Claros indicios que mostrauan el triste sucesso, y desuentura que me estaua guardada. Llegué al lugar donde era embiado. Di las cartas al hermano de don Fernando. Fuy muy bien recebido, pero no bien despachado, porque me mandó aguardar (contra mi disgusto) ocho dias, y en parte donde el Duque su padre no me viesse: porque su hermano le escriuia, que le embiasse cierta cantidad de dinero, sin su sabiduria. Y todo fue inuencion del falso don Fernando, pues no le faltaua a su hermano dineros para despacharme luego. Orden, y mandato fue este, que me puso en condicion de no obedecerle, por parecerme imposible sustentar tantos dias la vida, en el ausencia de mi hermosa Luscinda, viendola dexado con la tristeza que ya le he contado. Pero con todo esto, obedecí como buen criado, aunque muy bien veia yo

que

que auia de ser a costa de mi salud. Pero a los quatro dias que alli llegué, llegó vn hombre en mi busca, con vna carta que me dio, que en el sobrescrito conoci ser de Luscinda, porque la letra del era suya. Abrila temeroso, y con sobresalto, creyendo que cosa grande deuia de ser la que la auia mouido a escriuirme, estando ausente, pues presente pocas vezes lo hazia. Preguntele al hombre, antes de leerla, quien se la auia dado, y el tiempo que auia tardado en el camino. Dixome, que a caso passando por vna calle de la ciudad, a la hora de medio dia, vna señora muy hermosa le llamó desde vna ventana, con ojos llenos de lagrimas, y que con mucha priessa le dixo: Hermano si soys Christiano, como parecey s, por amor de Dios os ruego, que en mineys luego, luego esta carta, al lugar, y a persona q̃ dize el sobrescrito, que todo es bien conocido, y en ello hareys vn gran seruicio a nuestro Señor. Y para que no os falte comodidad de poderlo hazer, tomad lo que va en el pañuelo: y diziendo esto, me arrojó por la ventana vn pañuelo donde venian atados cien reales, y esta sortija de oro que aqui traygo, con esta carta que os he dado: y luego sin aguardar respuesta mia, se quitó de la ventana; auiendo primero visto como yo tomé la carta, y el pañuelo, y por señas le dixe, que haria lo que me auia dauа. Y assi viendome tan bien pagado de lo

bajo que podia tomar en traerosla, y conociendo por el sobrescrito, que erades vos a quien se enbiaua, porque yo señor os conozco muy bié: y obligado assi mesmo de las lagrimas de aquella hermosa señora, determiné de no fiarme de otra persona, sino venir yo mesmo a daroslа. Y son diez y seys horas q̃ ha que se me dio, he hecho el camino que sabeys, que es de diez y ocho leguas. En tãto que el agradecido, y mucho con esto me dezia, estaua yo colgado de sus palabras, temblandome las piernas de manera, que a penas podia sostenerme. En efeto abri la carta, y vi que contenia estas razones.

La palabra que don Fernando os dio, de hablar a vuestro padre para que hablasse al mio, la ha cumplido mas en su gusto que en vuestro prouecho. Sabed Señor, que el me ha pedido por esposa, y mi padre llenado de la ventaja que el en esta que don Fernando os haze, ha venido en lo que quiere, con tantas veras, que de aqui a dos dias se ha de hazer el desposorio: tan secreto, y tan a solas, que solo han de ser testigos los del cielo, y alguna gente de casa. Qual yo quedo, imaginaldo. Si os cumple venir, veldo. Y si os conuiene bien, o no, el sucesso deste negocio os lo dara a entender. A Dios plega, que esta llegue a vuestras manos, antes que la mia se vea en consideracion de juntarse con la de quien tan mal sabe guardar la fé que promete.

Estas

Estas en suma fueron las razones que hasta contenia, y las que me hizieron poner luego en camino, sin esperar otra respuesta, ni otros ruegos: que bien claro conoci entonces, que no la compra de los caualos, sino la de su gusto, auia mouido a don Fernãdo a embiarme a casa mano. El enojo que contra don Fernando concebi, junto con el temor de perder la prenda con tantos años de seruicios, y desseos, cerca geada, me pusieron alas, pues casi como en vn lo, otro dia me puse en mi lugar, al punto, y ra que cõuenia para yr a hablar a Luscinda, trè secreto, y dexè vna mula en que venia, en sa del buen hombre que me auia llenado la ta. Y quiso la suerte, que entonces la tuuiesse buena, que hallè a Luscinda puesta a la reja tigo de nuestros amores. Conociome Lus luego, y conocila yo, mas no como deuia nocerme, y yo conocerla. Pero quien ay mundo que se pueda alabar, que ha penetra y sabido el confuso pensamiento, y con mudable de vna muger? Ninguno por cier Digo pues, que assi como Luscinda me me dixo. Cardenio de boda estoy vestida, me estan aguardando en la sala, don Fer do el traydor, y mi padre el codicioso, con tros testigos, que antes lo seran de mi muer te, que de mi desposorio. No te turbes amigo fino procura hallarte presente a este sacrific

gual fino pudiere ser estoruado de mis razo- nes, vna daga lleuo escondida, que podra es- tar mas determinadas fuerças, dando fin a mi vida, y principio a que conozcas la volũ- tad que te he tenido, y tengo. Yo le respondi turbado, y a priessa, temeroso no me faltasse lugar para responderla: Hagan, señora, tus o- bras verdaderas tus palabras, que si tu lleuas daga para acreditarte, aqui lleuo yo espada para defenderte con ella, o para matarme, si la suerte nos fuere contraria. No creo que pudo oyr todas estas razones, porque sentí que la llamauan a priessa, porque el desposado aguar daua. Cerrose con esto la noche de mi triste- za: puso se me el sol de mi alegria: quedè sin luz en los ojos, y sin discurso en el entendimiẽ to. No acertaua a entrar en su casa, mi podia offrecerme a parte alguna: pero considerando quanto importaua mi presencia, para lo que podia suceder pudiesse en aquel caso, me animè lo mas que pude, y entrè en su casa. Y como ya sabia muy bien todas sus entradas y salidas, y aun con el alboroto que de secreto en ella an daua, nadie me echò de ver. Assi, que sin ser visto, tuue lugar de ponerme en el hueco que hazia vna ventana de la mesma sala, que con las puntas y remates de dos tapizes se cubria, por entre las quales podia yo ver, sin ser vis- to todo quanto en la sala se hazia. Quien pu-

diera dezir ahora, los sobresaltos que me dio el coraçon mientras allí estuue? Los pensamientos que me ocurrieron? Las consideraciones que hize? que fueron tantas, y tales, que ni se pueden dezir, ni aun es bien que se digã: basta que sepays que el desposado entró en la sala, sin otro adorno, que los mesmos vestidos ordinarios que solia. Trahia por padrino a vn primo hermano de Luscinda, y en toda la sala no auia persona de fuera, sino los criados de casa. De allí a vn poco salió de vna camara Luscinda, acompañada de su madre, y de dos donzellas suyas: tan bien aderezada y compuesta, como su calidad y hermosura merecian: y como quien era la perfeccion de la gala y bizarria cortesana. No me dio lugar mi suspension, y arrobamiento, para que mirasse, y notasse en particular lo que traia vestido, solo pude aduertir a los colores, que eran, encarnado y blanco: y en las visumbres que las piedras y joyas del tocado, y de todo el vestido hazian, a todo lo qual se auentaja na la belleza singular d sus hermosos y rubios cabellos, tales, que en competencia de las preciosas piedras, y de las luzes de quatro hachas que en la sala estauan, la suya con mas resplandor a los ojos ofrecian. O memoria, enemiga mortal de mi descanso, y de que sirue representarme ahora la incomparable belleza de aquella adorada enemiga mia? No será mejor, cruel memoria, que me acuerdes, y representes lo q entónces hizo, para que mouido de tan manifiesto agrauio, procure, ya q no la vengança, a lomenos perder la vida. No os cãseys señores de oyr estas digresiones que hago, que no es mi pena de aquellas que puedã y deuan contarse sucintamente, y de passo, pues cada circunstancia suya, me parece a mi que es digna de vn largo discurso. A esto le respondio el Cura, que no solo no se cãsauan en oyrle, sino que les daua mucho gusto las menudencias que contaua, por ser tales, que merecian no passarse en silencio, y la mesma atencion que lo principal del cuento. Digo pues, prosiguio Cardenio, que estando todos en la sala, entró el Cura de la perrochia, y tomando a los dos por la mano, para hazer lo que en tal acto se requiere, al dezir: Quereys, señora Luscinda, al señor don Fernando que está presente, por vuestro legitimo esposo, como lo manda la santa madre Yglesia? yo saqué toda la cabeça y cuello, de entre los tapizes, y cõ atentissimos oydos, y alma turbada, me puse a escuchar lo q Luscinda respondia: esperando de su respuesta la sentencia de mi muerte, o la confirmaciõ de mi vida. O quié se atreuiera a salir entónces, diziendo a bozes: A Luscinda, Luscinda, mira lo que

hazes, considera lo q̃ me deués, mira que eres mia, y que no puedes ser de otro. A duerte, q̃ el dezir tu, Si, y el acabarseme la vida, ha de ser todo a vn punto. A traydor don Fernando, robador de mi gloria, muerte de mi vida, que quieres? que pretendes? considera, que no puedes christianamẽte llegar al fin de tus deseos, porque Lucinda es mi esposa, y yo soy su marido. A loco de mi, aora que estoy ausente y lexos del peligro, digo que auia de hazer lo que no hize. Aora que dexè robar mi cara prenda, maldigo al robador, de quien pudiera vengarme, si tuuiera coraçon para ello, como no tengo para quexarme. En fin, pues fuy entre ces couarde, y necio, no es mucho que buelua aora corrido, arrepentido, y loco. Estaua esperando el Cura la respuesta de Luscinda, que se detuuo vn buẽ espacio en darla, y quando yo pensè que sacaua la daga para acreditarse, y desataua la lengua para dezir alguna verdad, o desengaño que en mi prouecho redundasse, oygo que dixo con boz desmayada, y flaca: Si quiero: y lo mesmo dixo don Fernando, y dandole el anillo, quedaron en dissoluble nudo ligados. Llegò el desposado a abraçar a su esposa, y ella poniendose la mano sobre el corazon, cayò desmayada en los braços de su madre. Resta aora dezir, qual quede yo, viendo en el Si, q̃ auia oydo, burladas mis esperanças,

falsas las palabras, y promessas de Luscinda: imposibilitado de cobrar en algũ tiẽpo, el biẽ que en aquel instante auia perdido. Quedè falto de consejo, desamparado, a mi parecer, de todo el cielo, hecho enemigo de la tierra, que me faltcaua, negãdome el ayre aliento para mis suspiros, y el agua humor para mis ojos: todo el fuego se acrecentò de manera, que toda ardia de rabia, y de zelos. Alborotaronse todos con el desmayo de Luscinda, y desabrochandole su madre el pecho para q̃ le diesse el aire, se descubrio en el vn papel cerrado, que don Fernando tomò luego, y se le puso a leer a la luz de vna de las hachas, y en acabãdo de leerle se sentò en vna silla, y se puso la mano en la mexilla, cõ muestras de hõbre muy pensatiuo, sin acudir a los remedios q̃ a su esposa le hazian, para q̃ del desmayo boluiesse. Yo viẽdo alborotada toda la gẽte de casa, me auẽturè a salir, aora fuesse visto, o no: cõ determinacion q̃ si me viessen, de hazer vn desatino, tal, q̃ todo el mundo viniera a entender la justa indignacion de mi pecho, en el castigo del falso don Fernãdo, y aũ en el mudable de la desmayada traydora. Pero mi suerte, q̃ para mayores males (si es posible que los aya) me deue tener guardado; ordenò, que en aquel pũto me sobrasse el entendimiento q̃ despues aca me ha faltado: y assi sin querer tomar vengan-

Universidad de Deusto
Biblioteca

ça de mis mayores enemigos (que por estar ti
fin pensamiento mio, fuera facil tomarla) pues
se tomarla de mi mano, y executar en mi la pe
na q̃ ellos merecian: y aun quiça con mas ri
gor del que con ellos se vsara, si entonces los
diera muerte, pues la que se recibe repentina,
presto acaba la pena, mas la que se dilata con
tormentos, siẽpre mata, sin acabar la vida. En
fin, yo sali de aquella casa, y vine a la de aquel
donde auia dexado la mula: hize q̃ me la ensilla
se, sin despedirme del, subi en ella, y sali de la
ciudad, sin osar, como otro Lot, boluer el ros
tro a miralla: y quando me vi en el campo solo,
y q̃da escuridad de la noche me encubria, y la
silencio combidaua a quexarme, sin respeto o
miedo de ser escuchado, ni conocido, solte la
boz, y desaté la lengua en rantas maldiciones
de Luscinda, y de don Fernando, como si con
ellas satisfiziera el agrauio que me auian he
cho: Dile titulos de cruel, de ingrata, de falsa,
y desagradecida: pero sobre todos, de codi
ciosa, pues la riqueza de mi enemigo la auia
cerrado los ojos de la voluntad, para quitar
me a mi, y entregarla a aquel con quien mas
liberal y franca, la fortuna se auia mostrado.
en mitad de la fuga destas maldiciones, y vitu
perios, la desculpaua, diziendo: que no era mu
cho que vna donzella recogida en casa de sus
padres, hecha, y acostumbrada siempre a obe
decer-

decerlos, huuiesse querido condescender con
su gusto, pues le dauan por esposo a vn caua-
llero tan principal, tan rico, y tan gentil hom
bre: que a no querer recebirle, se podia pen-
sar, o que no tenia juyzio, o que en otra par-
te tenia la voluntad: cosa que redundaua tan
en perjuyzio de su buena opinio, y fama. Lue
go boluia diziendo, que puesto que ella dixe-
ra que yo era su esposo, vieran ellos q̃ no auia
hecho en escogerme tã mala eleccion, q̃ no la
disculpatan, pues antes de ofrecerseles dó. Fer
nando, no pudierã ellos mesmos acertar a des
sear, si con razon midiessen su desseo, otro me
jor que yo, para esposo de su hija: y que bien
pudiera ella antes de ponerse en el trance for
çoso y vltimo, de dar la mano, dezir, que ya
se le auia dado la mia, que yo viniera, y con-
sintiera con todo quanto ella acertara a fin-
gir en este caso. En fin, me resolui, en que
poco amor, poco juyzio, mucha ambicion, y
desseos de grandezas, hizieron que se oluidas-
se de las palabras con que me auia engaña-
do, entretenido, y sustentado en mis firmes
esperanças, y honestos desseos. Con estas bo-
zes, y con esta inquietud, caminé lo q̃ queda-
ua de la noche, y di al amanecer en vna entra-
da destas sierras, por las quales caminé otros
tres dias, sin senda ni camino alguno, hasta q̃
vine a parar a vnos prados, que no se a que

mano destas montañas caen, y allí pregunté a vnos ganaderos, que hàzia donde era lo mas aspero destas sierras. Dixeróme, que hàzia esta parte. Luego me encaminé a ella, con intencion de acabar aqui la vida: y en entrando por estas asperezas, del cansancio, y de la hambre se cayó mi mula muerta: ó lo que yo mas creo por desechar de si tan inutil carga como era mi lleuaua. Yo quedé a pie, rendido de la naturaleza, traspassado de hambre, sin tener, ni pensar buscar quien me socorriesse. De aquella manera estuue no se que tiempo, tendido en el suelo, al cabo del qual me leuanté sin hambre, y hallé junto a mi a vnos cabreros, que sin duda deuieron ser los que mi necessidad remediaron: porque ellos me dixeron de la manera que me auian hallado, y como estaua diziendo tantos disparates, y desatinos, que daua indicios claros de auer perdido el juyzio: y yo he sentido en mi, despues aca, que no todas vezes le tengo cabal, sino tan desmedrado, y flaco, que hago mil locuras: rasgandome los vestidos, dando bozes por estas soledades, maldiziendo mi ventura, y repitiendo en vano el nombre amado de mi enemiga, sin tener otro discurso, ni intento entonces, que procurar acabar la vida bramando: y quando en mi bueluo, me hallo tan cansado, y molido, que a pessa-

rrado mouerme. Mi mas comun habitacion es en el hueco de vn alcornoque, capaz de cubrir este miserable cuerpo. Los vaqueros y cabreros q̃ andan por estas montañas, mouidos de caridad me sustentan, poniendome el mantenimiento por los caminos, y por las peñas por donde entienden que a caso podre passar, y hallar lo. Y assi aunque entonces me falte el juyzio, la necessidad natural me da a conocer el mantenimiento, y despierta en mi el desseo de apetecerlo, y la volũtad de tomarlo. Otras vezes dizen ellos, quãdo me encuentran con juyzio, que yo salgo a los caminos, y que se lo quito por fuerça, aunque me lo den de grado, a los pastores que vienen cõ ello del lugar a las cabañas. Desta manera passo mi miserable y extrema vida, hasta que el cielo sea seruido de conduzirle a su vltimo fin, o de ponerle en mi memoria, para que no me acuerde de la hermosura, y de la traycion de Luscinda, y del agrauio de don Fernando: que si esto el haze para quitarme la vida, yo boluere a mejor discurso mis pensamientos: donde no, no ay sino pedirle, que absolutamente tenga misericordia de mi alma, que yo no siento en mi valor, ni fuerças para sacar el cuerpo desta estrecheza en que por mi gusto he querido ponerle. Esta es, o señores, la amarga historia de mi desgracia: dezidme si es tal, q̃ pueda celebrarse

con menos sentimientos, que los que me aueys visto? Y no os canseys en persuadirme, ni aconsejarme, lo que la razon os dixere que puede ser bueno para mi remedio, porque no de aprouechar conmigo, lo que aprouecha a la medicina recetada de famoso Medico, al enfermo que recebir no la quiere. Yo no quiero salud sin Luscinda; y pues ella gusta de ser agena, siendo, o deuiendo ser mia, guste yo de la desuentura, pudiendo auer sido dela buena dicha. Ella quiso con su mudança hazerse cruel mi perdicion: yo querre con prompto perderme, hazer contenta su voluntad, y sea exemplo a los por venir, de que a mi solo falto lo que a todos los desdichados sobra, a quien suele ser consuelo la imposibilidad, la cruel, y en mas causa de mayores sentimientos, y males, porque aun pienso que no se han de acabar con la muerte. Aqui dio fin Cardenio a su larga platica, y tan desdichada, como amorosa historia. Y al tiempo que el Cura se preuenia para dezirle algunas razones de consuelo, le suspendio vna boz que llegò a sus oydos, que en lastimados acèros oyeron que decia, lo que se dirà en la quarta parte desta narracion, que en este punto dio fin a la tercera el Sabio, y atetado historiador Cide Hamete Benengeli.

QVARTA PARTE DEL INGENIOSO HIDALGO don Quixote de la Mancha.

CAP. XXVIII. QVE TRATA DE la nueua, y agradable auentura que al Cura, y Barbero sucedio en la mesma sierra.

FELICISSIMOS, y venturosos fueron los tiempos, dõde se echò al mũdo el audacissimo caualiero don Quixote dela Mancha: pues por auer tenido tan animosa determinacion, como fué el querer resucitar, y boluer al mundo, la ya perdida, y casi muerta orden de la andante caualleria; gozamos aora en esta nuestra edad necesitada de alegres entretenimientos, no solo de la misma de su verdadera historia, sino de los cuentos, y episodios della, que en parte no son menos agradables, y artificiosos, y verdaderos que la misma historia. La qual prosiguiẽdo su rastrado, torcido, y aspado hilo, cuenta, que assi como el Cura començò a preuenirse para

conso-

consolar a Cardenio, lo impidio vna boz que llegò a sus oydos, que con tristes acentos decia desta manera.

Ay Dios, si serà posible que he ya hallado lugar que pueda seruir de escondida sepultura a la carga pesada deste cuerpo, que tan contra mi voluntad sostengo? Si serà, si la soledad que prometen estas sierras, no me mienten, desdichada, y quan mas agradable compañia haran estos riscos, y malezas a mi intencion, pues me daràn lugar para que con quexas comunique mi desgracia al cielo, que no la ningun hombre humano, pues no ay ningno en la tierra de quien se pueda esperar cosejo en las dudas, alivio en las quexas, medio en los males. Todas estas razones oyeron, y percibieron, el Cura, y los que con estauan: y por parecerles, como ello era, alli junto las dezian, se leuantaron a buscar el dueño, y no huvieron andado veynte pasos, quando detras de vn peñasco vieron sentado al pie de vn fresno, a vn moço vestido como labrador, el qual por tener inclinado el rostro, a causa de que se lauaua los pies en el arroyo que por alli corria, no le pudieron ver por entonces: y ellos llegaron con tanto silencio, que del no fueron sentidos, ni el estaua a otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales, que no parecian

sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido. Suspendioles la blancura, y belleza de los pies, pareciendoles que no estauan hechos a pisar terrones, ni a andar tras el arado, y los bueyes, como mostraua el habito de su dueño: y assi viendo que no auian sido sentidos, el Cura que yua delante, hizo señas a los otros dos, que se agaçapassen, o se escondiessen detras de vnos pedaços de peña que alli auia, assi lo hizieron todos, mirando con atencion lo que el moço hazia: el qual traia puesto vn capotillo pardo de dos haldas, muy ceñido al cuerpo con vna toalla blanca. Trahia assi mesmo vnos calçones, y polainas de paño pardo, y en la cabeça vna montera parda. Tenia las polaynas leuantadas hasta la mitad de la pierna, que sin duda alguna de blanco alabastro parecia. Acabose de lauar los hermosos pies, y luego con vn pañizo de tocar, que sacò debaxo de la montera, se los limpio: y al querer quitarsele al rostro, y tuuieron lugar los que mirandole estauan, de ver vna hermosura incomparable, tal que Cardenio dixo al Cura, con voz baxa: Esta, ya que no es Luscinda, no es persona humana, sino diuina. El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça a vna y a otra parte, se començaron a descoger,

ger, y desparzir vnos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia. Con esto conocieron que el que parecia labrador, era muger, y delicada, y aun la mas hermosa que hasta entonces los ojos de los dos auian visto, y aun los de Cardenio, sino huuieran sido reparado, y conocido a Luscinda, que despues confirmò, que sola la belleza de Luscinda podia contender con aquella. Los luengos y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas toda en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales y tantos eran. En esto les siruio de peyne vnas manos, que los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejauan pedaços de apretada nieue: todo lo qual en mas admiracion, y en mas desseo de saber quien era, ponia a los tres que la miraua. Por esto determinaron de mostrarse, y al mouimiento que hizieron de ponerse en pie, la hermosa moça alçò la cabeça, y apartando se los cabellos de delante de los ojos con ambas manos, mirò los que el ruydo hazia, y a penas los huuo visto, quando se leuantò en pie, y sin aguardar a calçarse, ni a recoger los cabellos, ato con mucha presteza vn bulto como de ropa, que junto a si tenia, y quiso ponerse en huyda, llena de tanta

y sobre-

sobresalto; mas no huuo dado seys passos, quando no pudiendo sufrir los delicados pies la aspereza de las piedras, dio consigo en el suelo. Lo qual visto por los tres, salieron a ella. El Cura fue el primero que le dixo: Detenos señora, quienquiera que seays, que no aueys, solo tienen intencion de seruiros, no ay para que os pongays en tan inconueniente huyda, porque ni vuestros pies lo podran sufrir, ni nosotros consentir. A todo esto ella no respondia palabra, atonita como confusa. Llegaron pues a ella, y asiendola por la mano el Cura, prosiguio, diziendo: Lo que vuestro traje, señora, nos niega, vuestros cabellos nos descubren señales euidentes, que no deuen de ser de poco momento las causas que han disfraçado vuestra beldad en habito tan indigno, y trahidola a esta soledad, como es esta, en la qual ha sido ventura el hallaros: sino para dar remedio a vuestros males, alomenos para darles consejo, pues ningun mal puede fatigar tanto, ni llegar tan al estremo de serlo, mientras no acaba la vida, que rehuya de no escuchar si quien el consejo que con buena intencion se le da, lo padece. Assi que, señora mia, o señor segun lo que vos quisieredes ser, perded el temor que nuestra vista os ha causado, y contad vuestra buena, o mala suerte, q en nosotros

sotros juntos, o en cada vno hallareys q
os ayude a sentir vuestras desgracias. En
to que el Cura dezia estas razones, estaua
disfraçada moça, como enuelesada, mirá
a todos, sin mouer labio, ni dezir palabra
na: bien assi como rustico aldeano, que de
prouiso se le muestran cosas raras, y del
vistas. Mas boluiendo el Cura a dezirle
razones, al mesmo efeto encaminadas,
ella vn profundo suspiro, rompio el silen
dixo: Pues que la soledad destas sierras
fido parte para encubrirme, ni la soltura
mis descompuestos cabellos, no ha permi
que sea mentirosa mi lengua, en balde sería
gir yo de nueuo aora, lo q̃ si se me creyes
ria mas por cortesia, que por otra razon
na. Presupuesto esto, digo señores, que os
dezco el ofrecimiento que me haueys hec
el qual me ha puesto en obligacion de sat
zeros en todo lo que me aueys pedido: p
to que temo, que la relacion que os hiziere
mis desdichas, os ha de causar al par de la
pasion, la pesadumbre, porque no aueys
hallar remedio para remediarlas, ni cons
para entretenerlas. Pero con todo esto, p
no ande vacilando mi honrra en vuestras
tenciones, auiendome ya conocido por mu
y viendome moça, sola, y en este trage, co
todas juntas, y cada vna por si, que pued

dar por tierra qualquier honesto credito, os
uere de dezir lo que quisiera callar, si pudie
. Todo esto dixo sin parar, la que tan her
mosa muger parecia, con tan suelta lengua,
con boz tan suaue, que no menos les admiro
discrecion, que su hermosura. Y tornando
a hazer nueuos ofrecimientos, y nueuos rue
gos, para que lo prometido cumpliesse, ella sin
hazerse mas de rogar, calçandose con toda ho
nestidad, y recogiendo sus cabellos, se acomo
do en el assiento de vna piedra, y puestos los
en al rededor della, haziendose fuerça por
detener algunas lagrimas que a los ojos se le
querian, con boz reposada y clara, començò
la historia de su vida, desta manera.

En Esta Andaluzia ay vn lugar, de quien
tiene titulo vn Duque, que le haze vno de los
que llaman grandes en España: este tiene dos
hijos, el mayor heredero de su estado, y al pa
recer de sus buenas costumbres: y el menor,
no se yo de que sea heredero, sino de las tray
ciones de Vellido, y de los embustes de Ga
lalon. Deste señor son vassallos mis padres, hu
mildes en linage, pero tan ricos, que si los bie
nes de su naturaleza yguala ran a los de su for
tuna, ni ellos tuuieran mas que desear, ni yo
temera verme en la desdicha en que me veo:
porque quiça nace mi poca ventura, de la que
tienen ellos en no auer nacido ilustres.

Bien es verdad, que no son tan baxos, que puedan afrentarse de su estado, ni tan altos que a mi me quiten la imaginacion que tengo de que de su humildad viene mi desgracia. Ellos en fin son labradores, gente llana, sin mezcla de alguna raça mal sonante, y como suele dezirse, Christianos viejos rancios, pero tan rancios, que su riqueza y magnifico trato, les va poco a poco adquiriendo nombre de hidalgos, y aun de canalleros. Puesto que de la mayor riqueza, y nobleza que ellos apreciauan, era de tenerme a mi por hija: assi por no tener otra, ni otro que los heredasse, como por ser padres, y aficionados: era vna de las mas regaladas hijas que padres jamas regalaron. Era el espejo en que se mirauan, el baculo de su vejez, y el sujeto a quien encaminauan, midiendolos con el cielo, todos sus desseos: de los quales, por ser ellos tan buenos, los mios no salian vn punto. Y de mismo modo que yo era señora de sus almos, assi lo era de su hazienda. Por mi se mandauan, y despedian los criados. La cuenta de lo que se sembraua y cogia, passaua por mi mano. Los molinos de azeyte, los lagares del vino, el numero del ganado mayor y menor, el de las colmenas: finalmente, de todo aquello q̃ vn tã rico labrador como mi padre puede tener, y tiene, tenia yo la cuẽta, y era la

mayordoma, y señora: con tanta solicitud dia, y con tanto gusto suyo, q̃ buenamente no acertare a encarecerlo. Los ratos que del dia me quedauan, despues de auer dado lo que conuenia a los mayorales, o capatazes, y a otros jorneleros, los entretenia en exercicios q̃ son a las dõzellas tã licitos como necessarios, como son los que ofrece la aguja, y la almohada, y la rueca muchas vezes: y si alguna por dar el animo, estos exercicios dexaua, me valia al entretenimiento de leer algun libro deuoto, o a tocar vna harpa, porque la experiencia me mostraua, que la musica compone los animos descõpuestos, y alivia los trabajos que nacen del espiritu. Esta pues era la vida q̃ yo hazia en casa de mis padres: la qual si tã particularmente he contado, no ha sido por ostentacion, ni por dar a entẽder que soy rica, sino porque se aduierta quan sin culpa me he venido de aquel buen estado que he dicho, al infeliz en que aora me hallo. Es pues el caso, que passando mi vida en tantas ocupaciones, y en tan encerramiento tal, que al de vn monesterio le pudiera cõparar se, sin ser vista, a mi parecer, de otra persona alguna, que de los criados de casa, porque los dias que yua a Missa, era tan de mañana, y tan acompañada de mi madre, y de otras criadas, y yo tan cubierta y tapada, que a penas vian mis ojos mas tierra

de aquella donde ponia los pies: y con todo
esto, los del amor, o los de la ociosidad, pue
mejor dezir, a quien los de Lince no pueden
ygualarse, me vieron, puestos en la solicitud
de don Fernando, que este es el nombre del hi
jo menor del Duque, que os he contado. No
huuo bien dombrado a don Fernando la que
el cuento contaua, quando a Cardenio se le
mudò la color del rostro, y començò a trasu
dar con tan grande alteracion, que el Cura y
el Barbero, que miraron en ello, temieron que
le venia aquel accidente de locura, que auian
oydo dezir que de quando en quando le ve
nia. Mas Cardenio no hizo otra cosa que tra
sudar, y estarse quedo, mirando de hito en hi
to a la labradora, imaginando quien ella era.
la qual sin aduertir en los mouimientos de Car
denio, prosiguio su historia, diziendo: Y no me
huuieron bien visto, quándo (segun el dixo des
pues) quedò tan preso de mis amores, quanto
lo dieron bien a entender sus demonstracio
nes. Mas por acabar presto con el cuento (que
no le tiene) de mis desdichas, quiero passar en
silencio las diligencias que don Fernando hi
zo para declararme su voluntad. Sobornò to
da la gente de mi casa, dio, y ofrecio dadiuas
y mercedes a mis parientes. Los dias eran to
dos de fiesta, y de regozijo en mi calle. Las ma
ches no dexauan dormir a nadie las musicas.

Los villetes que, sin saber como, a mis manos
venian, eran infinitos, llenos de enamoradas
razones, y ofrecimientos, con menos letras q̃
promessas, y juramentos. Todo lo qual, no so-
lo no me ablandaua, pero me endurecia de ma
nera, como si fuera mi mortal enemigo, y q̃to
quan las obras que para reduzirme a su volun-
tad hazia, las hiziera para el efeto contrario:
todo porque a mi me pareciesse mal la gentileza
de don Fernãdo, ni que tuuiesse a demasia sus
solicitudes, porque me daua vn no se que de
contento, verme tan querida y estimada de
vn tan principal cauallero: y no me pesaua ver
en sus papeles mis alabanças: que en esto, por
mas que seamos las mugeres, me parece a mi,
que siempre nos da gusto el oyr que nos lla-
man hermosas. Pero a todo esto se opone mi
honestidad, y los consejos continuos que mis
padres me dauan, que ya muy al descubierto
sabian la voluntad de don Fernando, porque
no a el no se le daua nada de que todo el mun
do la supiesse. Dezianme mis padres, que en so
la mi virtud, y bondad, dexauan, y depositauã
la honra, y fama: y que cõsiderasse la desigual-
dad que auia entre mi, y don Fernando, y que
por aqui echaria de ver, que sus pensamiẽtos
(aunque el dixesse otra cosa) mas se encamina
uan a su gusto, que a mi prouecho. Y que si yo
pensasse poner en alguna manera algun incon

uèniente, para que el se dexasse de su injusta pretension, que ellos me casarian luego con quien yo mas gustasse, assi de los mas principales de nuestro lugar, como de todos los circunuezinos, pues todo se podia esperar de su mucha hazienda, y de mi buena fama. Con estos ciertos prometimientos, y con la verdad que ellos me dezian, fortificaua yo mi entereza, y jamas quise responder a don Fernando, palabra q̃ le pudiesse mostrar, aunq̃ de muy lexos esperança de alcançar su desseo. Todos estos recatos mios, q̃ el deuia de tener por desdenes, deuieron de ser causa de auiuar mas su lascino apetito; que este nombre quiero dar a la voluntad que me mostraua, la qual si ella fuera como deuia, no la supierades vosotros agora, porque vuiera faltado la ocasiõ de dezir esta. Finalmente don Fernando supo q̃ mis padres andauan por darme estado: por quitalle a el la esperãça de posseerme, o a lomenos, porq̃ yo tuuiesse mas guardas para guardarme, y esta nueua, o sospecha, fue causa para que hiziesse lo que agora oyreys. Y fue, que vna noche estando yo en mi aposento, con sola la compañia de vna donzella que me seruia, teniendo bien cerradas las puertas, por temor que por descuydo mi honestidad no se viesse en peligro, sin saber, ni imaginar como, en medio destos recatos, y preuenciones, y en la soledad destos

silencio y encierro, me le halle delante. Cuya vista me turbò de manera, que me quitò la de los ojos, y me enmudecio la lengua. Y assi no fuy poderosa de dar bozes, ni aun el creo que me las dexara dar, porque luego se llegò a mi, y rodeandome entre sus braços (porque yo co no digo, no tuue fuerças para defenderme, se gun estaua turbada) començó a dezirme tales razones, que no se como es posible, q̃ tenga tanta habilidad la mentira, q̃ las sepa cõponer, de modo q̃ parezcan tan verdaderas. Hazia el llorar, y los suspiros su intencion. Yo pobrezi ta sola, entre los mios mal exercitada en semejantes, comence no se en que modo, a tener por verdaderas tantas falsedades: pero de suerte, q̃ me mouiessen a cõpassion mas que buena, sus lagrimas, y suspiros. Y assi hallandoseme aquel sobresalto primero, torse algũ tãto a cobrar mis perdidos espiritus, y con mas animo del que pense q̃ pudiera tener, le dixe. Si como estoy señor en tus brasestuuiera entre los de vn leon fiero, y el lo me dellos se me assegurara, con que hizie yo dixera, cosa que fuera en perjuyzio de mi honestidad, assi fuera posible hazella, o dezi como es posible dexar de auer fido lo q̃ Assi que si tu tienes ceñido mi cuerpo con tus braços, yo tẽgo atada mi alma cõ mis bue-

nos desseos, que son tan diferentes de los tuyos, como lo veras, si con hazerme fuerça, quisieres passar adelante en ellos. Tu vassalla soy, pero no tu esclaua, ni tiene, ni deue tener imperio la nobleza de tu sangre, para deshonrar y tener en poco la humildad de la mia. Y en esto me estimo yo, villana y labradora, como tu señor y Cauallero. Conmigo no han de ser de ningun efeto tus fuerças, ni han de tener valor tus riquezas, ni tus palabras han de poder engañarme, ni tus suspiros y lagrimas enternecerme. Si alguna de todas estas cosas q̃ he dicho, viera yo en el que mis padres me dieran por esposo, a su voluntad se ajustara la mia, y mi voluntad de la suya no saliera. De modo, como quedára con honra, aunque quedára disgusto, de grado te entregara, lo que tu señor aora con tanta fuerça procuras. Todo esto he dicho, porque no es pensar, que de mi alcance cosa alguna, el que no fuere mi legitimo esposo. Sino reparas mas q̃ en esso, bellissima Dorotea, (que este es el nombre desta desdichada) dixo el desleal Cauallero, ves aqui te offrezco la mano, de serlo tuyo, y sea testigos desta verdad los Cielos, a quien ninguna cosa se esconde, y esta imagen de nuestra señora que aqui tienes. Quando Cardenio le oyò dezir, que llamaua Dorotea, tornò de nueuo a sus sobresaltos, y acabò de confirmar por verdadera la pri-

primera opinion, pero no quiso interromper el cuento, por ver en que venia a parar, lo q̃ el passi sabia, solo dixo: Que Dorotea es tu nombre, señora? Otra he oydo yo dezir del mesmo, que quiça corre parejas cõ tus desdichas. Passa adelante, que tiempo vendra, en que te diga cosas que te espanten, enel mesmo grado que te lastimen. Reparò Dorotea en las razones de Cardenio, y en su estraño, y desastrado trage, y rogole, que si alguna cosa de su hazienda sabia, se la dixesse luego. Porque si algo le auia dexado bueno la fortuna, era el animo q̃ tenia, para sufrir qualquier desastre, que le sobreuiniesse, segura de que a su parecer ninguno podia llegar, que el que tenia acrecentasse vn punto, No le perdiera yo señora, respõdio Cardenio, en dezirle lo que pienso, si fuera verdad lo que imagino, y hasta aora no se pierde coyuntura, ni a ti te importa nada el saberlo. Sea lo que fuere, respondio Dorotea, lo que en mi cuento passa, fue: Que tomando dõ Fernando vna imagen, que en aquel aposento estaua, la puso por testigo de nuestro desposorio con palabras eficacissimas, y juramentos extraordinarios, me dio la palabra de ser mi marido. Puesto q̃ antes que acabasse de dezirle dixe, que mirasse bien lo que hazia, y q̃ considerasse el enojo que su padre auia de recebir, de verle casado con vna villana, vassalla

suya, que no le cegasse mi hermosura, cal que era. Pues no era bastãte para hallar en ella disculpa de su yerro: y que si algun bien me queria hazer, por el amor que me tenia, fuesse dexar correr mi suerte a lo ygual de lo que mi calidad podia. Porque nunca los tan desiguales casamientos se gozan, ni duran mucho en aquel gusto conq̃ se comiençã. Todas estas razones que aqui he dicho, le dixe, y otras muchas, de que no me acuerdo, pero no fueron parte para que el dexasse de seguir su intẽto, bien assi como el que no piensa pagar, que al cõcertar dela barata no repara en inconuenientes. Yo a esta sazon hize vn breue discurso comigo, y me dixe a mi mesma: Si que no sere yo la primera, que por via de matrimonio aya subido de humilde a grande estado: ni sera don Fernando el primero a quien hermosura, o ciega aficion (que es lo mas cierto) aya hecho tomar compañia desigual a su grandeza. Pues sino hago ni mundo, ni vso nueuo, bien es acudir a esta honra que la suerte me ofrece. Puesto que en este no dure mas la voluntad que me muestra, de quanto dure el cumplimiento de su desseo, que en fin para con Dios sere su esposa. Y si quiero con desdenes desfavorecerle, en termino le veo, que no vsando el que deue, vsara el de la fuerça, y vendra a quedar deshonrada, y sin disculpa, de la culpa que me

podia dar, el que no supiere quan sin ella he venido a este punto. Porque, que razones sera bastantes, para persuadir a mis padres, y a otros, que este cauallero entrò en mi aposento, sin consentimiento mio? Todas estas demandas y respuestas, rebolui en vn instante en la imaginacion. Y sobre todo, me començaron a hazer fuerça, y a inclinarme a lo que fue (sin yo pensarlo) mi peticion, los juramẽtos de dõ Fernando, los testigos que ponia, las lagrimas que derramaua, y finalmente su disposicion, y gentileza, q̃ acompañada con tantas muestras de verdadero amor, pudieran rendir a otro mas libre, y recatado coraçon, como el mio. Llamé a mi criada, para que en la tierra acompañasse a los testigos del cielo. Torno dõ Fernando, a reyterar, y confirmar sus juramẽtos. Añadio a los primeros, nueuos santos por testigos, echose mil futuras maldiciones, sino cũplia lo que me prometia. Boluio a humedecer sus ojos, y a acrecentar sus suspiros, apretome mas entre sus braços, de los quales jamas me auia dexado. Y cõ esto, y cõ boluerse a salir del aposento mi dõzella, yo dexe de ser muger, y el acabò d̃ ser traydor, y femẽtido. El dia siguiente a la noche de mi desgracia, se venia a ver no tan a priessa, como yo pienso q̃ don Fernando deseaua. Porq̃ despues de cũplido aquello q̃ el apetito pide, el mayor gusto q̃ puede

venir,

venir, es apartarse de donde le alcançaron. Di-
go esto, porque don Fernando dio priesa por
partirse de mi, y por industria de mi donzella,
que era la misma que alli le auia traydo, antes
que amaneciesse, se vio en la calle. Y al despe-
dirse de mi, (aunque no con tanto ahinco, y
vehemencia, como quando vino) me dixo que
estuuiesse segura de su fe, y de ser firmes y ver-
daderos sus juramentos: y para mas confirma-
cion de su palabra, sacò vn rico anillo del de-
do, y lo puso en el mio. En efecto el se fue, y yo
quedè, ni sè si triste, o alegre: esto se bien de-
zir, que quedè confusa, y pensatiua, y casi fue-
ra de mi, con el nueuo acaecimiento, y no tu-
ue animo, o no se me acordò de reñir a mi do-
zella, por la traycion cometida, de encerrar a
don Fernando en mi mismo aposento: pues
aun no me determinaua, si era bien, o mal, el
que me auia sucedido. Dixele al partir a don
Fernando, que por el mesmo camino de aque-
lla, podia verme otras noches, pues ya era se-
ya, hasta que quando el quisiesse, aquel hecho
se publicasse. Pero no vino otra alguna, sino
fue la siguiente, ni yo pude verle en la calle,
en la yglesia, en mas de vn mes, que en vano
me cansè en solicitallo: puesto que supe, que
estaua en la villa, y que los mas dias yua a ca-
ça, exercicio de q̃ el era muy aficionado. Estos
dias, y estas horas, bien se yo que para mi

don agrauios, y menguadas. Y bien sè que co-
mençè a dudar en ellos, y aun a descreer de
la fe de don Fernando. Y se tambien, que mi
donzella oyò entonces las palabras que en re
prehension de su atreuimiento, antes auia oi-
do. Y sè que me fue forçoso tener cuenta cõ
mis lagrimas, y con la compostura de mi ros-
tro, por no dar ocasion a que mis padres me
preguntassen, que de que andaua descontèta,
y me obligassen a buscar mentiras q̃ dezirles.
Pero todo esto se acabò en vn punto, llegan-
dose vno donde se atropellaron respetos, y se
olvidaron los honrados discursos, y a donde se
perdio la paciencia, y salieron a plaça mis se-
cretos pensamientos. Y esto fue, porque de a-
lli a pocos dias, se dixo en el lugar, como en
vna ciudad alli cerca, se auia casado don Fer-
nando, con vna donzella hermosissima, en to-
do estremo, y de muy principales padres, aun
que no tã rica, q̃ por la dote, pudiera aspirar
tan noble casamiento. Dixose, q̃ se llamaua
Luscinda, cõ otras cosas q̃ en sus desposorios
sucedieron, dignas de admiracion. Oyò Car-
denio el nombre de Luscinda, y no hizo otra
cosa, que encoger los hombros, morderse los
labios, enarcar las cejas, y dexar de alli a poco
rato por sus ojos dos fuentes de lagrimas. Mas
no por esto dexò Dorotea de seguir su cuẽto,
porque entendido, llegò esta triste nueua a mis oydos, y

en lu-

en lugar de elarseme el coraçó en oylla, fue el
ta la colera y rabia q̃ se encendio en el, q̃ fal
tò poco para no salirme por las calles, dando
bozes, publicando la alcuosia y traycion q̃ le
me auia hecho. Mas templose esta furia por en
tonces, con pensar de poner aquella noche
noche por obra, lo q̃ puse. Que fue, ponerme
en este habito, que me dio vno de los que lla-
man ̃gales en casa de los labradores, que e-
ra criado de mi padre, al qual descubrì toda
mi desuentura, y le roguè me acopañasse ha-
ta la ciudad, donde entendi q̃ mi enemigo es-
taua. El despues que huuo reprehẽdido mi a-
treuimiento, y afeado mi determinacion, viẽ-
dome resuelta en mi parecer, se ofreciò a ac-
nerme cõpañia, como el dixo, hasta el cabo del
mundo. Luego al momẽto encerrè en vna al-
mohada de lienço, vn vestido de muger, y algu
nas joyas, y dineros, por lo q̃ podia sucede-
Y en el silencio de aquella noche, sin dar cuẽ
ta a mi traydora dõzella, sali de mi casa acõ-
pañada de mi criado, y de muchas ymagina-
nes, y me puse en camino de la Ciudad a pie
llenada en buelo del desseo de llegar, ya q̃ po
a estoruar lo q̃ tenia por hecho, alomenos a
dezir a don Fernãdo, me dixesse con q̃ alma
auia hecho. Llegue en dos dias y medio don-
de queria, y en entrãdo por la Ciudad, pregu
tè por la casa de los padres de Luscinda, y

primero a quien hize la pregũta, me respõdio
mas de lo que yo quisiera oyr. Dixome la ca-
sa, y todo lo q̃ auia sucedido en el desposorio
de su hija, cosa tan publica en la ciudad, que se
hazè en corrillos, para contarla por toda ella.
Dixome, q̃ la noche que don Fernando se des-
posò con Luscinda, despues de auer ella dado
el Si, de ser su esposa, le auia tomado vn rezio
desmayo, y q̃ llegãdo su esposo a desabrochar
el pecho, para q̃ le diesse el ayre, le hallò vn
papel escrito ẽ la misma letra de Luscinda, en
que ella, y declaraua, q̃ ella no podia ser espo-
sa de don Fernãdo, porq̃ lo era de Cardenio,
y q̃ lo q̃ el hombre me dixo, era vn cauallero
muy principal, de la misma Ciudad. Y q̃ si a-
uia dado el Si, a don Fernãdo, fue por no salir
de la obediencia de sus padres: en resolucion, ta
les razones dixo q̃ contenia el papel, que daua
a entender, que ella auia tenido intencion de
matarse, en acabãdose de desposar, y daua alli
las razones porq̃ se auia quitado la vida. To-
lo qual dizen que confirmò vna daga que
hallaron no se en q̃ parte de sus vestidos. To
lo qual, visto por don Fernãdo, pareciẽdo-
le q̃ Luscinda le auia burlado, y escarnecido, y
q̃ en poco, arremetio a ella, antes que
de su desmayo boluiesse, y con la misma daga
que le hallaron, la quiso dar de puñaladas, y
las diera, si sus padres, y los q̃ se hallaron

presentes, no se lo estoruaran. Dixeron mas, que luego se ausentò don Fernando, y que Luscinda, no auia buelto de su parasismo hasta otro dia, que contò a sus padres, como ella era verdadera esposa de aquel Cardenio, de que he dicho. Supe mas, que el Cardenio, segun dezian, se hallò presente a los desposorios, y que en viendola desposada, lo que jamas pensò, se salio de la ciudad desesperado, dexâdole primero escrita vna carta, donde le auia hecho, y de como el se yua, a donde ya no le viessen. Esto todo era publico, y notorio en toda la Ciudad, y todos hablauan dello, y mas hablaron, quando supieron que Luscinda auia faltado de casa de sus padres, y de la Ciudad, pues no la hallaron en toda ella, de que perdian el juyzio sus padres, y no sabian que medio se tomar para hallarla. Esto supe, puso en vando mis esperâças, y tuue por mejor no auer hallado a don Fernando, que no hallarle casado, pareciendome que aun estaua del todo cerrada la puerta a mi remedio, dandome yo a entender, que podria ser que el cielo, viesse puesto aquel impedimento en el segundo matrimonio, por atraerle a conocer, lo que al primero deuia, y a caer en la cuenta, de que era Christiano, y que estaua mas obligado a su alma, que a los respetos hu-

manos. Todas estas cosas reboluia en mi fantasia, y me consolaua sin tener consuelo, fingiendo mas esperanças largas, y desmayadas, para entretener la vida, que ya aborrezco. Estando en esta Ciudad, sin saber que hazerme, pues a don Fernando no hallaua, llegò a mis oydos vn publico pregon, donde se prometia grâde premio a quien me hallasse, dando las señas de la edad, y del mesmo traje que traia. Y oi dezir que se dezia, q̃ me auia sacado de casa de mis padres el moço q̃ conmigo vino, cosa que me llegò al alma, por ver quan de caida andaua mi credito, pues no bastaua perderle cõ mi ausencia, sino añadir el con quien, siendo sugeto tan baxo, y tan indigno de mis buenos pensamientos. Al punto que oi el pregon, me sali de la ciudad con mi criado, que ya comença-ua a dar muestras de titubear en la fe que de fidelidad me tenia prometida, y aquella noche nos entramos por lo espesso desta montaña con el miedo de no ser hallados. Pero como suele dezirse, que vn mal llama a otro, y q̃ en de vna desgracia suele ser principio de otra mayor, assi me sucedio a mi, porq̃ mi buẽ criado, hasta entonces fiel y seguro, assi como me vio en esta soledad, incitado de su mesma ruyneria, antes q̃ de mi hermosura, quiso aprouecharse de la ocasion, q̃ a su parecer estos montes le ofrecian. Y con poca verguença, y

menos temor de Dios,ni reſpeto mio, me
quirio de amores: y viendo q̃ yo con fea, y
juſtas palabras reſpondia a las deſuergu
de ſus propoſitos,dexò a parte los ruegos, de
quien primero penſò aprouecharſe,y comen
ço a vſar de la fuerça. Pero el juſto Cielo, q
pocas,o ningunas vezes dexa de mirar,y fauo
recer a las juſtas inteciones,fauoreciò las mias
de manera, que con mis pocas fuerças, y con
poco trabajo, di con el por vn derrubadero
donde le dexe,ni ſe ſi muerto,o ſi biuo. Y luego con mas ligereza,q̃ mi ſobreſalto, y cansa
cio pedian, me entre por eſtas montañas, sin
lleuar otro penſamiento,ni otro deſignio,que
eſconderme en ellas,y huyr de mi padre, y de
aquellos que de ſu parte me andauan buſcan
do. Con eſte deſſeo, ha no ſe quantos meſes ha
entrè en ellas, donde halle vn ganadero, que
me lleuò por ſu criado a vn lugar q̃ eſtà en las
entrañas deſta ſierra,al qual he ſeruido de ga
gal todo eſte tiẽpo, procurando eſtar ſiempre
en el cãpo,por encubrir eſtos cabellos,que ya
ra tan ſin penſarlo me han deſcubierto. Pero
toda mi induſtria,y toda mi ſolicitud,fue, y ha
ſido,de ningũ prouecho,pues mi amo vino a
conocimiento,de q̃ yo no era varon, y tratò
en el,el meſmo mal penſamiento,q̃ en mi ha
do,y como no ſiẽpre la fortuna,con los tra
jos da los remedios, no halle derrumbadero

barranco,de donde deſpeñar,y deſpenar al
mo,como le halle para el criado. Y aſsi tuue
por menor inconueniente dexalle,y aſconder
me de nueuo entre eſtas aſperezas, que pro-
uar con el mis fuerças,o mis diſculpas. Digo
cer,que me torne a emboſcar y a buſcar,dõ
de ſin impedimento alguno pudieſſe con ſuſ-
piros,y lagrimas,rogar al cielo ſe duela de mi
ventura,y me de induſtria, y fauor para ſa
lir della, o para dexar la vida entre eſtas ſole-
dades,ſin que quede memoria deſta triſte,que
ſin culpa ſuya aura dado materia,paraque
della ſe hable,y murmure en la ſuya,y en las
agenas tierras.

CAP. XXIX. QVE TRATA DE LA diſcordia de la hermoſa Dorotea,cõ otras coſas de mucho guſto y paſſatiempo.

ESTA es ſeñores la verdadera hiſtoria de mi tragedia,mirad,y juzgad ao
ra ſi los ſuſpiros que eſcuchaſtes, las
palabras q̃ oyſtes, y las lagrimas q̃ de
mis ojos ſalian, tenian ocaſion baſtante para
mostrarſe en mayor abundancia: y cõſidera-
da la calidad de mi deſgracia, vereys que ſerà
vano el conſuelo,pues es impoſsible el reme
dio della. Solo os ruego, lo que con facilidad
podreys, y deueys hazer, que me aconſejeys
donde podrè paſſar la vida, sin que me acabe

el temor, y sobre salto que tengo, de ser halla-
da de los que me buscan, que aunque se que
el mucho amor q̃ mis padres me tienen, no a-
segura que seré dellos bien recebida: es tanta
la verguença q̃ me ocupa, solo el pẽsar que no
como ellos pensauã, tengo de parecer a su pre-
sencia, q̃ tengo por mejor desterrarme para
pre de ser vista, que no verles el rostro, con
samiento que ellos miran el mio, ageno de
honestidad, que de mi se deuia de tener pro-
metida: Calló en diziendo esto, y el rostro
le cubrio de vn color, que mostro bié claro
sentimiento, y verguença del alma. En las
yas sintieron los que escuchado la auian, tanta
lastima, como admiració, de su desgracia: y
que luego quisiera el Cura consolarla, y ani-
sejarla, tomò primero la mano Cardenio, y
ziendo. En fin señora, que tu eres la herma-
Dorotea, la hija vnica del rico Clenardo. A-
mirada quedo Dorotea, quando oyò el nom-
bre de su padre, y de ver quan de poco era
que le nombraua, porque ya se ha dicho de
mala manera que Cardenio estaua vestido,
assi le dixo. Y quien soys vos hermano, q̃ a
sabeys el nombre de mi padre, porque yo
sta aora (si mal no me acuerdo) en todo el
curso del cuento de mi desdicha, no le he
brado? Soy, respondio Cardenio, aquel
tura, q̃ segun vos señora aueys dicho,

da dixo que era su esposa. Soy el desdichado
Cardenio, a quien el mal termino de aquel q̃
vos os ha puesto en el que estays, me ha tray
do a que me veays qual me veys, roto, desnu-
do, falto de todo humano consuelo, y lo que
peor de todo, falto de juyzio; pues no le tẽ
sino quando al Cielo se le antoja darmele
por algun breue espacio. Yo, Teodora, soy el
que hallè presente a las sin razones de don
Fernando, y el q̃ aguardò oyr el Si, que de ser
su esposa pronunciò Luscinda. Yo soy el que
tuuo animo, para ver en q̃ paraua su desma
yo, y lo que resultaua del papel, que le fue ha
llado en el pecho. Porq̃ no tuuo el alma sufri-
miento para ver tantas desuenturas juntas, y
assi dexè la casa, y la paciencia, y vna carta que
dexè a vn huesped mio, a quien roguè que en
manos de Luscinda la pusiesse, y vineme a es-
tas soledades, con intencion de acabar en ellas
la vida, que desde aquel punto aborreci, como
cosa mortal enemiga mia. Mas no ha querido la
suerte quitarmela, contentandose con quitar-
me el juyzio, quiça por guardarme para la bue
na ventura, que he tenido en hallaros, pues sie
es verdad, como creo que lo es, lo que aqui
me aueys contado, aun podria ser, q̃ a entrambos
nos mandasse el Cielo guardado mejor sucesso
que nuestros desastres, q̃ nosotros pẽsamos. Por
ser presupuesto q̃ Luscinda no puede casarse

con don Fernando, por ser mia, ni don Fernando con ella, por ser vuestro, y auerlo ella tan manifiestamẽte declarado, bien podemos esperar q̃ el cielo nos restituya lo que es nuestro, pues està toda via en ser, y no se ha entregado, ni deshecho. Y pues este consuelo tenemos, nacido no de muy remota esperança, ni fundado en desuariadas imaginaciones, suplicoos señora q̃ tomeys otra resolució en vuestros honrados pensamientos, pues yo la pienso tomar en los mios, acomodãdoos a esperar mejor fortuna. Que yo os juro por la fe de caballero, y de Christiano, de no desampararos hasta veros en poder de don Fernãdo, y q̃ no con razones no le pudiere atraer a que conozca lo q̃ os deue, de vsar entõces la libertad q̃ me concede el ser caballero, y poder con ésto titulo desafialle, en razon de la sinrazon q̃ os haze, sin acordarme de mis agrauios, cuya vengança dexarè al Cielo, por acudir en la tierra a los vuestros. Con lo que Cardenio dio se acabò de admirar Dorotea, y por no saber q̃ gracias boluer a tan grãdes ofrecimientos quiso tomarle los pies para besarselos, mas no lo consintio Cardenio: y el Licenciado respondio por entrambos, y aprouò el buen discurso de Cardenio, y sobre todo les rogò, aconsejò, y persuadiò que se fuessen con el a su aldea, donde se podrian reparar de las cosas q̃

les faltauan, y que alli se daria ordẽ como buscar a don Fernando, o como lleuar a Dorotea a sus padres, o hazer lo que mas les pareciesse conueniẽte. Cardenio y Dorotea se lo agradecieron, y acetaró la merced q̃ se les ofrecia. El Barbero, que a todo auia estado suspenso, y callado, hizo tãbien su buena platica, y se ofreciò con no menos voluntad q̃ el Cura, a todo aquello q̃ fuesse bueno para seruirles. Contò assi mesmo con breuedad la causa q̃ alli los auia traydo, con la estrañeza de la locura de don Quixote, y como aguardauã a su escudero, q̃ auia ydo a buscalle. Vinosele a la memoria a Cardenio como por sueños, la pendencia q̃ con don Quixote auia tenido, y cõtola a los demas, mas no supo dezir por q̃ causa fue su question. En esto oyeron bozes, y conocieron q̃ eran las que las daua era Sancho Pança, que por no auerlos hallado en el lugar dõde los dexò, los llamaua a bozes. Salieróle al encuentro, y preguntãdole por don Quixote, les dixo, como lo auia hallado desnudo en camisa, flaco, amarillo, y muerto de hãbre, y suspirando por su señora Dalcinea, y que puesto q̃ le auia dicho, q̃ ella le mãdaua que saliesse de aquel lugar, y se fuesse al del Toboso, donde le quedaua esperãdo; auia respondido, que estaua determinado de no parecer ante su fermosura, hasta que houiesse fecho fazañas, que le fiziessen

digno de su desgracia. Y que si aquello passa
ua adelante, corria peligro de no venir a ser
Emperador, como estaua obligado, ni aun Ar
çobispo, q̃ era lo menos que podia ser. Por es
so que mirassen lo q̃ se auia de hazer, para li
çarle de alli. El Licenciado le respondio, que
no tuuiesse pena, que ellos le sacarian de alli
mal que le pesasse. Contò luego a Cardenio, y
a Dorotea, lo q̃ tenian pensado, para remedio
de don Quixote, alomenos para lleuarle a su
casa. A lo qual dixo Dorotea, q̃ ella haria la ẽ
zella menesterosa, mejor q̃ el Barbero, y mas
que tenia alli vestidos con q̃ hazerlo al natu-
ral. Y que la dexassen el cargo de saber repre
sentar todo aquello q̃ fuesse menester, para lle
uar adelante su intento, porq̃ ella auia leydo
muchos libros de caualleria, y sabia bie el esti
lo que tenian las donzellas cuytadas, quando
pedian sus dones a los andantes caualleros.
Pues no es menester mas, dixo el Cura, sino q̃
luego se ponga por obra. Que sin duda la bue
na suerte, se muestra en fauor mio, pues tã de
pensarlo, a vosotros señores se os ha comen-
çado a abrir puerta para vuestro remedio, y a
nosotros se nos ha facilitado, la q̃ auiamos me
nester. Sacò luego Dorotea de su almohada
vna saya entera de cierta telilla rica, y vna ma
tellina de otra vistosa tela verde; y de vna caxa
ta vn collar, y otras joyas, cõ q̃ en vn instãte se

adornò, de manera, que vna rica, y gran seño-
ra parecia. Todo aquello, y mas, dixo que auia
sacado de su casa, para lo que se ofreciesse, y
que hasta entonces no se le auia ofrecido oca-
sion de aquello menester. A todos contentò en
extremo su mucha gracia, donayre, y hermosu
ra, y confirmaron a don Fernando, por de po
co conocimiẽto, pues tãta belleza desechaua.
Pero el que mas se admirò, fue Sancho Pança.
Por parecerle (como era assi verdad) que en
todos los dias de su vida auia visto tan hermo
sa criatura: y assi preguntò al cura con gran-
de ahinco, le dixesse, quien era aquella tan fer
mosa señora? Y que era lo que buscaua por
aquellos andurriales? Esta hermosa señora,
respondio el Cura, Sancho hermano, es como
quien no dize nada, es la heredera por linea
recta de varon, del gran reyno de Micomicõ,
la qual viene en busca de vuestro amo, a pedir
vn don, el qual es, que le desfaga vn tuerto,
o agrauio que vn mal gigante le tiene fecho:
que la fama que de buẽ caualiero vuestro amo
es, por todo lo descubierto de Guinea, ha
traido a buscarle esta Princesa. Dichosa bus-
ca, y dichoso hallazgo, dixo a esta sazõ San-
cho Pança, y mas si mi amo es tan venturoso,
que desfaga esse agrauio, y enderece esse tuer-
to, matando a esse hideputa desse gigante que
V. merced dize: que si matarà si el le en-

cuentra, si ya no fuesse fantasma, qué contra las fantasmas no tiene mi señor poder alguno. Pero vna cosa quiero suplicar a vuestra merced, entre otras, señor Licẽciado, y es que porque a mi amo no le tome gana de ser Arçobispo (que es lo que yo temo) que vuestra merced le aconseje, que se case luego con esta Princesa, y assi quedara imposibilitado de recebir ordenes Arçobispales, y vendra con facilidad a su imperio, y yo al fin de mis deseos: q̃ yo he mirado bien en ello, y hallo por mi cuenta, q̃ no me está bien que mi amo sea Arçobispo, porque yo soy inutil para la Yglesia, pues soy casado, y andarme aora a traer dispensaciones para poder tener renta por la Yglesia, teniẽdo, como tengo, mager, y hijos, seria nunca acabar. Assi que, señor, todo el resto que está, en q̃ mi amo se case luego con esta señora, q̃ hasta aora no se su gracia, y assi no la llamo por su nombre. Llamase respondio el Cura, la Princesa Micomicona, porq̃ llamándose su Reyno Micomicõ, claro está q̃ ella se ha de llamar assi. No ay duda en esso, respondio Sancho, q̃ yo he visto a muchos, tomar el apellido y alcarnia del lugar donde nacieron, llamandose Pedro de Alcala, Iuan de Vbeda, y Diego de Valladolid, y esto mesmo se deue de vsar alla en Guinea, tomar las Reynas los nombres de sus Reynos. Assi deue de ser dixo el

Cura, y en lo del casarse vuestro amo, yo hare en ello todos mis poderios. Con lo que quedo tan contẽto Sancho, quanto el Cura admirado de su simplicidad, y de ver quan encaxados tenia en la fantasia los mismos disparates que su amo, pues sin alguna duda se daua a entender q̃ auia de venir a ser Emperador. Ya en esto se auia puesto Dorotea sobre la mula del Cura, y el Barbero se auia acomodado al rostro la barba de la cola de buey, y dixeron a Sancho, q̃ los guiasse a donde don Quixote estaua; al qual aduirtieron que no dixesse q̃ conocia al Licenciado, ni al Barbero, porq̃ en no conocerlos consistia todo el toque de venir a ser Emperador su amo. Puesto que ni el Cura, ni Cardenio quisieron yr con ellos, porque no se le acordasse a don Quixote la pendencia que con Cardenio auia tenido: y el Cura, porque no era menester por entonces su presencia, y assi los dexaron yr delante, y ellos los fueron siguiendo a pie, poco a poco. No dexo de auisar el Cura lo que auia de hazer Dorotea: a lo que ella dixo, que descuydassen, que todo se haria sin faltar punto, como lo pedian, y pintauan los libros de caballerias. Tres quartos de legua aurian andado, quando descubrieron a don Quixote entre vnas intricadas peñas, ya vestido, aunque no armado: y assi como Dorotea le vio, y

fue

fue informada de Sancho, que aquel era don
Quixote, dio del açote a su palafren, siguien-
dole el bien barbado Barbero: y en llegando
junto a el, el escudero se arrojò de la mula, y
fue a tomar en los braços a Dorotea, la qual
apeandose con grande desemboltura, se fue a
hincar de rodillas ante las de don Quixote:
aunque el pugnaua por leuantarla, ella sin le-
uantarse le fablò en esta guisa. De aqui no me
leuantarè, o valeroso y esforçado caualiero,
fasta que la vuestra bondad, y cortesia me
torgue vn don, el qual redundarà en honra
prez de vuestra persona, y en pro de la mi
desconsolada, y agrauiada donzella que el
ha visto. Y si es que el valor de vuestro fuerte
braço corresponde a la boz de vuestra inmor
tal fama, obligado estays a fauorecer a la
ventura que de tan lueñes tierras viene, al o
lor de vuestro famoso nombre, buscando
para remedio de sus desdichas. No os respo
dere palabra, fermosa señora, respondio
Quixote, ni oyre mas cosa de vuestra fazie
da, fasta que os leuanteys de tierra. No me
uantarè, señor, respondio la afligida donzel
si primero, por la vuestra cortesia, no me es
torgado el don que pido. Yo vos le otorg
y concedo, respondio don Quixote, como
se aya de cumplir en daño, o mengua de
Rey, de mi patria, y de aquella que de mi co
ray

gon y libertad tiene la llaue. No serà en da-
ño, ni en mengua de los que dezis, mi buen se-
ñor, replico la dolorosa donzella. Y estando
en esto, se llegò Sancho Pança al oydo de su
señor, y muy passito le dixo: Bien puede vues-
tra merced, señor, concederle el don que pide,
pues todo es cosa de nada, solo es matar a vn gi-
gantazo, y esta que lo pide es la alta Princesa
Micomicona, Reyna del gran Reyno Micomi
con de Etiopia. Sea quien fuere, respondio
don Quixote, que yo hare lo que soy obliga-
do, y lo que me dicta mi conciencia, confor-
me a lo que professado tengo: y boluiendose
a la donzella, dixo: La vuestra gran fermosu-
ra se leuante, que yo le otorgo el don que pe
me quisiere. Pues el que pido es, dixo la
donzella, que la vuestra magnanima persona
se venga luego conmigo, donde yo le lleuare,
me prometa, que no se ha de entremeter en
otra auentura, ni demanda alguna, hasta dar-
le vengança de vn traydor, que contra todo
derecho diuino, y humano, me tiene vsurpado
mi Reyno. Digo que assi lo otorgo, respon-
do don Quixote, y assi podeys señora, desde
oy mas, desechar la melencolia que os fatiga,
hazer q̃ cobre nueuos brios, y fuerças vues-
tra desmayada esperança, que con el ayuda de
Dios, y la de mi braço, vos os vereys presto
restituyda en vuestro Reyno, y sentada en la
silla

silla de vuestro antiguo y grande estado, a pe-
sar, y a despecho de los sohones que cótradez-
zirlo quisieren : y manos a labor, q̃ en la tar-
dança dizen que suele estar el peligro. La mo-
nesterosa donzella, pugnò con mucha porfia,
por besarle las manos, mas don Quixote, q̃ en
todo era comedido, y cortes caualliero, jamas
lo consintio, antes la hizo leuantar y la abra-
çò con mucha cortesia, y comedimiento: y ma-
do a Sancho, que requiriesse las cinchas a Ro-
zinante y le armasse luego al punto. Sancho
descolgò las armas, que como troseo de vn ar
bol estauan pendientes, y requiriendo las cin-
chas, en vn punto armo a su señor: el qual vi
dose armado, dixo: Vamos de aqui, en el nom
bre de Dios, a fauorecer esta gran señora.
Estauase el Barbero aun de rodillas, teniendo
gran cuenta de disimular la risa, y de que no
se le cayesse la barba, con cuya cayda quiça
quedaran todos sin conseguir su buena inten-
cion : y viendo que ya el don estaua concedi-
do, y con la diligencia que don Quixote se
aliftaua para yr a cumplirle, se leuantò, y to-
mò de la otra mano a su señora, y entre los
dos la subieron en la mula : luego subio don
Quixote sobre Rozinante: y el Barbero se a-
comodò en su caualgadura, quedãdose Sancho
a pie, donde de nueuo se le renouò la perdida
del ruzio, con la falta q̃ entonces le hazia: mas

todo lo lleuana con gusto, por parecerle que
la señor estaua puesto en camino, y muy a
punto de ser Emperador: porque sin duda al-
ma pensaua que se auia de casar con aquella
princesa, y ser por lo menos Rey de Micomi
con solo le daua pesadumbre, el pensar que
aquel Reyno era en tierra de negros, y que la
gente que por sus vassallos le diessen, auian de
ser todos negros: a lo qual hizo luego en su
imaginacion vn buen remedio, y dixose a si
mismo. Que se me da a mi que mis vassallos
sean negros, aura mas que cargar con ellos, y
traerlos a España, donde los podrè vender,
adonde me los pagarã de contado, de cuyo
dinero podrè comprar algun titulo, o algun
oficio con que viuir descãsado todos los dias
de mi vida. No sino dormios, y no tengays in-
genio, ni habilidad para disponer de las co-
sas, y para vender treynta, o diez mil vassallos,
como dacame essas pajas. Par Dios que los he
de bolar chico con grande, o como pudiere:
digo que por negros que sean los he de boluer
blancos, o amarillos: llegaos que me mamo el
duro. Con esto andaua tan solicito, y tan con
tento, que se le oluidaua la pesadumbre de ca
minar a pie. Todo esto mirauan de entre vnas
matas, Cardenio, y el Cura, y no sabian q̃ ha-
zerse para juntarse con ellos : pero el Cura, q̃
es gran traçista, imaginò luego lo que hariã

para conseguir lo que desseauan, y fue, que el vnas tixeras que trahia en vn estuche, quitó con mucha presteza la barba a Cardenio, y vistiole vn capotillo pardo que el trahia, y diole vn herreruelo negro, y el se quedó en calças, y en jubon: y quedó tan otro de lo que antes parecia Cardenio, que el mesmo no se conociera, aunque a vn espejo se mirara. Hecho esto, puesto ya que los otros auian passado adelante, en tanto que ellos se disfraçauan con facilidad salieron al camino Real antes que ellos, porque las malezas, y malos passos de aquellos lugares, no concedian que anduuiessen tanto los de a cauallo, como los de a pie. En efeto, ellos se pusieron en el llano a la salida de la sierra, y assi como salio della don Quixote y sus camaradas, el Cura se le puso a mirar muy de espacio, dando señales de que le yua reconociendo: y al cabo de auerle vna buena pieça estado mirando, se fue a el abierros los braços, y diziendo a bozes: Para bien sea hallado el espejo de la caualleria, el mi buen compatriote don Quixote de la Mancha, la flor y la nata de la gentileza, el amparo y remedio de los menesterosos, la quinta essencia de los caualleros andantes: y diziendo esto, rematabraçado por la rodilla de la pierna y zquierda a don Quixote: el qual espantado de lo que veia, y oia dezir, y hazer a aquel hombre, le mi-

rò a mirar con atencion, y al fin le conocio, y quedo como espantado de verle, y hizo grã fuerça por apearse, mas el Cura no lo consintio, por lo qual don Quixote dezia: Dexeme V. m. señor Licẽciado q̃ no es razon q̃ yo este a cauallo, y vna tan reuerẽda persona como V. m. esté a pie. Esso no consentiré yo en ningun modo, dixo el Cura, estese la vuestra grandeza a cauallo, pues estando a cauallo acaba las mayores fazañas, y auẽturas, q̃ en nuestra edad se han visto, que a mi aunque indigno sacerdote, bastarame subir en las ancas de alguna destas mulas destos señores q̃ con V. m. caminan, sino lo han por enojo; y aun hare cuẽta q̃ voy cauallero sobre el cauallo Pegaso, o sobre la cebra, o alfana en q̃ caualgaua aquel famoso Moro Muzaraque, que aun hasta aora estan encantado en la gran cuesta Zulema, que no ha poco de la gran Compluto. Aun no caia en tanto mi señor Licẽciado, respondio dõ Quixote, y yo se que mi señora la Princessa serenissima, por mi amor, de mandar a su escudero, dè a V. m. la silla de su mula, que el podra acomodarse en las ancas, si es que ella sufre. Si sufre, a lo que yo creo, respondio la Princessa: y tambien se que no será menester mãdarselo al señor mi escudero, que es tan cortes, y tan Cortesano, q̃ no cõsentira que vna persona eclesiastica vaya a pie,

pudiendo yr a caualllo. Assi es, respondio el Barbero, y apeandole en vn punto, combido al Cura con la duda, y el a hacerle sin hazerse mucho de rogar. Subio el mal, que al Barbero a las ancas el Barbero, la mula, que en efecto era de alquiler, que para dezir que era mala esto basta, alço vn poco los quartos traseros, y dio dos cozes en el ayre, que a darlas en el pecho de Maese Nicolas, o en la cabeça, no diera al diablo la venida por don Quixote. Con todo esso le sobresaltaron de manera, que cayò en el suelo, con tan poco cuydado de las barbas, que se le cayeron en el suelo: y como se vio sin ellas no tuuo otro remedio, sino acudir a cubrirse el rostro con ambas manos, y a quexarse, que le auian derribado las muelas. Don Quixote, como vio todo aquel maço de barbas, tan quixadas, y tan sangre, lexos del rostro del escudero caydo, dixo: Viue Dios que es gran milagro este, las barbas le ha derribado, y arrancado del rostro, como si las quitara a posta. El Cura que vio el peligro que corria su inuencion de ser descubierta, acudio luego a las barbas, y fuesse con ellas adonde yazia Maese Nicolas, dando aun bozes toda via, y de vn golpe, llegandose la cabeça a su pecho, se las puso, murmurando sobre el vnas palabras, que dixo que era cierto ensalmo apropiado para pegar barbas, como lo veian: quando se las tuuo puestas se apartò, y quedo el escudero tan bien barbado, y tan sano como de antes: de q̃ se admirò don Quixote sobre manera, y rogò al Cura, q̃ quãdo se ofresciesse lugar, le enseñasse aquel ensalmo, q̃ entendia q̃ su virtud a mas que pegar barbas se deuia de estender, pues estaua claro, q̃ de do las barbas se quitassen, auia d̃ quedar la cara llagada, y mal trecha, y q̃ pues todo lo sana, mas q̃ barbas aprouechaua. Assi es, dixo el Cura, y prometio de enseñarsele en la primera ocasion. Concertaronse, q̃ por entonces subiesse el Cura, y a trechos se fuessen los tres relevando, hasta que llegassen a la venta, que estaria hasta dos leguas de alli. Puestos los tres en el Cura: y los tres a pie, Cardenio, el Barbero, y Sancho Pança, don Quixote dixo a la donzella: Vuestra grandeza, señora mia, guie por donde mas gusto le diere. Y antes q̃ ella respondiesse, dixo el Licenciado: Hazia q̃ reyno quiere guiar la vuestra señoria? es por ventura hazia el de Micomicon? que si deue de ser, o yo no soy poco de Reynos. Ella que estaua bien en todo entendio q̃ auia de respõder, q̃ si, y assi dixo: Mi señor hazia esse Reyno es mi camino. Si assi es, dixo el Cura, por la mitad de mi pueblo hemos de passar, y de alli tomara V. m. la derrota de Cartagena, dõde se podra em-

barcar con la buena vẽtura: y si ay viẽto prō
pero, mar tranquilo, y sin borrasca, en poco
menos de nueue años se podrá estar a vista de
la gran laguna Meona, digo, Meotides, q̃ está
poco más de cien jornadas mas aca del Reyno de vuestra grandeza. Vuestra merced está
engañado, señor mio, dixo ella, porque no ha
dos años q̃ yo parti del, y en verdad que mu-
cha tuue buen tiempo, y con todo esso he llega-
do a ver lo q̃ tanto desseaua, q̃ es al señor don
Quixote de la Mancha, cuyas nueuas llegaron
a mis oydos, assi como puse los pies en Espa-
ña, y ellas me mouieron a buscarle, para enco-
mendarme en su cortesia, y fiar mi justicia del
valor de su inuencible braço. Nō mas, cesen
mis alabanças, dixo a esta sazon don Quixote,
porq̃ soy enemigo de todo genero de adula-
cion, y aunq̃ esta no lo sea, toda via ofende
mis castas orejas semejantes platicas. Lo q̃ sé
se dezir, señora mia, q̃ aora tenga valor, o no
el q̃ tuuiere, o no tuuiere, se ha de emplear en
vuestro seruicio, hasta perder la vida; y assi
dexando esto para su tiẽpo, ruego al señor Ba-
cẽciado me diga, que es la causa q̃ le ha traydo
por estas partes, tan solo, tan sin criados, y tan
a la ligera, q̃ me pone espanto? A esso yo res-
pōdere con breuedad, respōdio el Cura, porq̃
sabra V. m. señor don Quixote, que yo, y
Maese Nicolas, nuestro amigo, y nuestro Bar-

bero, yuamos a Seuilla a cobrar cierto dine-
ro que vn pariente mio que ha muchos años
que passo a Indias me auia embiado, y no tan
pocos que no passan de sesenta mil pesos, en-
tre ellos, que es otro que tal: y passando ayer
por estos lugares, nos salieron al encuentro
quatro salteadores, y nos quitaron hasta las
barbas, y de modo nos las quitaron, que le cō
uino al Barbero ponerselas postizas: y aun a
este mancebo que aqui va, señalando a Carde
nio, le pusieron como de nueuo. Y es lo bueno
que es publica fama por todos estos contor-
nos, que los que nos saltearon son de vnos ga
leotes, que dizen que libertò, casi en este mes-
mo sitio, vn hombre tan valiente, que a pesar
del Comissario y de las guardas, los soltò a to
dos: y sin duda alguna el deuia de estar fuera
de si, o deue de ser tan grande vellaco co-
mo ellos, o algun hombre sin alma, y sin con-
ciencia, pues quiso soltar al lobo entre las oue
jas, a la raposa entre las gallinas, a la mosca
entre la miel: quiso defraudar la justicia, yr cō
tra su Rey, y señor natural, pues fue cōtra sus
justos mandamientos. Quiso, digo, quitar a las
galeras sus pies; poner en alboroto a la san-
ta Hermandad, que auia muchos años que re-
posaua. Quiso finalmente, hazer vn hecho
donde se pierda su alma, y no se gane su
cuerpo. Auiales contado Sancho al Cura, y

al Barbero, la auentura de los galeotes que a cabo su amo, con tanta gloria suya, y por esto cargaua la mano el Cura refriendola, por ver lo que hazia, o dezia don Quixote, al qual se le mudaua la color a cada palabra, y no osaua dezir que el auia sido el libertador de aquella buena gente. Estos pues, dixo el Cura, fueron los que nos robaron, que Dios por su misericordia se lo perdone al que no los dexó ahorcar al deuido suplicio.

CAP. XXX. QVE TRATA DEL gracioso artificio, y orden que se tuuo en sacar a nuestro enamorado caualliero de la asperissima penitencia en que se auia puesto.

NO huuo bien acabado el Cura, quando Sancho dixo. Pues miasse, señor Licenciado, el que hizo esta hazaña hizo mi amo, y no porque yo no le auisé antes y le auisé, que mirasse lo que hazia, y que era pecado darles libertad, porque todos yuan alli por grandissimos vellacos. Majadero, dixo a esta sazon don Quixote, a los caualleros andantes no les toca, ni atañe aueriguar si los afligidos, encadenados, y opressos que encuentran por los caminos, van de aquella manera, o está en aquella angustia por sus culpas o por

por sus desgracias; solo les toca ayudarles como a menesterosos, poniendo los ojos en sus penas, y no en sus vellaquerias. Yo topé vn rosario, y farta de gente, mohina, y desdichada, y hize con ellos lo que mi religion me pide, y lo demas alla se auenga: y a quien mal le ha parecido, saluo la santa dignidad del señor Licenciado, y su honrada persona, digo que hize poco de achaque de caualleria, y que anduue como vn hideputa, y mal nacido: y esso le hare conocer con mi espada, donde mas vigorosamente se contiene: y esto dixo afirmandose en los estribos, y calandose el morrion, porque la vazia de barbero, que a su cuenta era el yelmo de Mābrino, lleuaua colgado del arzon delantero, hasta adobarla del mal tratamiento que la hizieron los galeotes. Dorotea que era discreta, y de gran donayre) como quien ya sabia el mēguado humor de don Quixote, y que todos hazian burla del, sino el mismo Pança, no quiso ser para menos, y viendole tā enojado, le dixo: Señor caualliero, mīentes en lo que le ha parecido a la V.m. el don que me tiene prometido, y que conforme a el no puede entremeterse en otra auentura, por vrgente que sea: porque yo le juro que el pecho, que si el señor Licenciado supiera que por esse inuicto braço auian sido librados los galeotes, el se diera quatro puntos en la boca, y aun se mordiera tres

Universidad de Deusto
Biblioteca

vezes la lengua, antes que auer dicho palabra que en despecho de vuestra merced redunda ra. Esso juro yo bien, dixo el Cura, y aun me huuiera quitado vn bigote. Yo callaré, señora mia, dixo don Quixote, y reprimire la justa co lera, que ya en mi pecho se auia leuantado, y yre quieto y pacifico, hasta tanto que os cumpla el don prometido: pero en pago deste bue desseo, os suplico me digays, sino se os hare de mal, qual es la vuestra cuyta? y quãtas, quales nes, y quales son las personas de quien os tengo de dar deuida satisfecha, y entera vengança? Esso hare yo de gana, respondio Dorotea, si es que no os enfadan oyr lastimas, y desgra cias. No enfadarà, señora mia, respondio don Quixote, a lo que respõdio Dorotea: Pues a si es, estenme vuestras mercedes atentos. No huuo ella dicho esto, quãdo Cardenio y el Bar bero se le pusieron al lado, desseosos de ver como fingia su historia la discreta Dorotea: y lo mismo hizo Sancho, que tan enlañado yua có ella como su amo. Y ella despues de auerse puesto bien en la silla, y preuenidose con to ser, y hazer otros ademanes, con mucho do nayre començò a dezir desta manera.

Primeramente quiero que vuestras merce des sepan, señores mios, que a mi me llaman detuuose aqui vn poco, porque se le olujdo el nombre que el Cura le auia puesto: pero

dio al remedio, porque entendio en lo que ria, y dixo: No es maraujlla, señora mia, que la vuestra grandeza se turbe, y empache, mando sus desuenturas, que ellas suelen ser sin que muchas vezes quitan la memoria a que maltratan de tal manera, q̃ aun de sus mos nombres no se les acuerda, como han cho con vuestra gran señoria, q̃ se ha olujda que se llama la Princessa Micomicona, legi heredera del gran Reyno Micomicon: y con este apuntamiento puede la vuestra gran reze reduzir aora facilmente a su lastimada moria, todo aquello que contar quisiere. si es la verdad, respõdio la donzella, y des aqui adelante, creo que no serà menester a narme nada, que yo saldre a buen puerto en mi verdadera historia: la qual es, que el rey mi padre, que se llamaua Tinacrio el Sa dor, fue muy docto en esto que llaman el ne Magica, y alcanço por su ciencia, que mi dre, que se llamaua la Reyna Xaramilla, de morir primero que el, y que de alli a co tiempo, el tambien auia de passar desta da, y yo auia de quedar huerfana de padre dre. Pero dezia el, que no le fatigaua tan to esto, quanto le ponia en confusion saber se cosa muy cierta, que vn descomunal Gi te, señor de vna grande insula que casi a da con nuestro Reyno, llamado Pãdafilan

do de la fosca Vista: porque es cosa auenigada, q̃ aunque tiene los ojos en su lugar, y derechos, siempre mira al reues, como si fuesse vizco: y esto lo haze el de maligno, y por poner miedo, y espanto a los que mira. Digo que este Gigante en sabiendo mi hordinario, que este Gigante en sabiendo mi hordinario, que auia de passar con gran poderio sobre mi Reyno, y me lo auia de quitar todo, sin dexarme vna pequeña aldea donde me recogiesse. Pero que podia escusar toda esta ruyna, y desgracia, si yo me quisiesse casar có el: mas a la q̃ el entendia, jamas pẽsaua que mẽ vendria a mi en voluntad de hazer tan desigual casamiento: y dixo en esto la pura verdad, porque jamas me ha passado por el pensamiẽto, casarme con aquel Gigante, pero ni con otro alguno, por grande y desaforado que fuesse. Dixo tambien mi padre, que despues que el fuesse muerto, y viesse yo que Pandafilando començaua a passar sobre mi Reyno, que no aguardasse a ponerme en defensa, porque seria destruyrme, sino que libremente le dexasse desembaraçado el Reyno, si queria escusar la muerte, y total destruycion de mis buenos y leales vassallos, porque no auia de ser posible defenderme de la endiablada fuerça del Gigãte: sino que luego, con algunos de los mios, me pusiesse en camino de las Españas, donde hallaria el remedio de mis males hallaria

llando a vn caualiero andante, cuya fama en este tiepo se estenderia por todo este Reyno, el qual se auia de llamar, si mal no me acuerdo, don Açote, o don Gigote. Don Quixote diria, señora, dixo a esta sazõ Sãcho Panço por otro nombre, el caualiero de la triste Figura. Assi es la verdad, dixo Dorotea. Dixo mas, q̃ auia de ser alto de cuerpo, seco de rostro, y q̃ en el lado derecho, debaxo del ombro yzquierdo, o por alli junto, auia de tener vn lunar pardo, con ciertos cabellos a manera de cerdas. En oyendo esto don Quixote, dixo a su escudero: Ten aqui Sancho, hijo ayudame a desnudar, que quiero ver si soy el caualiero que aquel sabio Rey dexò profetizado. Pues para q̃ quiere vuestra merced desnudarse, dixo Dorotea? Para ver si tẽgo esse lunar q̃ vuestro padre dixo, respondio don Quixote. No ay paraque desnudarse, dixo Sãcho, yo se que tiene vuestra merçed vn lunar desas señas en la mitad del espinazo, q̃ es señal de ser hombre fuerte. Esso basta dixo Dorotea, porque con los amigos no se ha de mirar en pocas cosas, y que este en el ombro, o que este en el espinazo, importa poco, basta q̃ aya lunar, y este donde estuuiere, pues todo es vna misma carne: y sin duda acertò mi buen padre en todo, y yo he acertado en encontrar al señor don Quixote, que el es p[illegible]

mi padre dixo, pues las señales del rostro vienen con las de la buena fama que este caualle-
ro tiene, no solo en España, pero en toda la
Mancha, pues apenas me huue desembarcado
en Osuna, quando ohi dezir tantas hazañas
suyas, que luego me dio el alma, q̃ era el mes-
mo q̃ venia a buscar. Pues como se desembar-
cò vuestra merced en Osuna, señora mia, pre-
gũto dó Quixote, sino es puerto de mar? Mas
antes q̃ Dorotea respõdiesse, tomò el Cura la
mano, y dixo: Deue de querer dezir la señora
Princessa, que despues q̃ desembarcò en Mala-
ga, la primera parte donde oyo nueuas de
vuestra merced, fue en Osuna. Esso quise de-
zir, dixo Dorotea. Y esto lleua camino, dixo
el Cura, y prosiga vuestra Magestad adelante.
No ay que proseguir, respõdio Dorotea, sino
q̃ finalmẽte mi suerte ha sido tá buena, en ha-
llar al señor don Quixote, q̃ ya me cuento, y
tẽgo por Reyna y señora de todo mi Reyno,
pues el por su cortesia, y magnificencia me ha
prometido el don de yrse conmigo, donde
quiera que yo le lleuare, que no será a otra
parte, que a ponerle delante de Pandafilando
de la fosca vista, para q̃ le mate, y me restituya
lo que tan contra razon me tiene vsurpado; q̃
todo esto ha de suceder a pedir de boca, pues
assi lo dexò profetizado Tinacrio el Sabidor,
mi buen padre: el qual tambien dexò dicho
y es-

y escrito en letras Caldeas, o Griegas, que yo
no las se leer, que si este caualiero de la profe
cia despues de auer degollado al Gigante, qui
siesse casarse conmigo, que yo me otorgasse
luego sin replica alguna, por su legitima espo-
sa, y le diesse la possession de mi reyno, junto
con la de mi persona. Que te parece Sancho
amigo? dixo a este punto don Quixote, no o-
yes lo que passa? no te lo dixe yo? mira si tene
mos ya Reyno que mandar, y Reyna con quié
casar. Esso juro yo, dixo Sancho: Para el puto
que no se casare en abriendo el gaznatico al
señor Pandahilado. Pues monta que es mala
la Reyna, assi se me bueluan las pulgas de la ca
beça: y diziendo esto, dio dos capatetas en el
ayre, con muestras de grandissimo contento,
y luego fue a tomar las riendas de la mula de
Dorotea, y haziendola detener, se hincò d' rodi
llas ante ella, suplicandole le diesse las manos
para besarselas, en señal que la recebia por su
Reyna y señora. Quien no auia de reyr de los
circunstantes, viendo la locura del amo, y la
simplicidad del criado. En efeto Dorotea se
las dio, y le prometio de hazerle gran señor
de su Reyno, quando el Cielo le hiziesse tan-
to bien, que se lo dexasse cobrar y gozar. Agra
decioselo Sancho con tales palabras, que reno
vo la risa en todos. Esta señores, prosiguio Do
rotea, es mi historia, solo resta por dezir os, q̃
de

de quanta gente de acompañamiento seguia de mi reyno, no me ha quedado sino solo este buen barbado escudero, porque todos se anegaron en vna gran borrasca que tuuimos a vista del puerto. Y el, y yo salimos en dos tablas a tierra, como por milagro, y assi es todo milagro, y misterio el discurso de mi vida, como lo aueys notado. Y si en alguna cosa he auido demasiada, o no tan acertada como debiera, echad la culpa a lo que el señor Licenciado dixo al principio de mi cuento, q̃ fastidiar a todos continuos, y extraordinarios, quitan la memoria al que los padece. Essa no me quitara a mi, o alta, y valerosa señora, dixo don Quixote, quantos yo passare en seruitos, por grandes, y no vistos q̃ sean. Y assi de nueuo confirmo el don que os he prometido, y juro de yr con vos al cabo del mundo, hasta verme con el fiero enemigo vuestro, a quien pienso con ayuda de Dios, y de mi braço, tajar la cabeça con los filos desta (no quiero decir sobcruia, con los filos desta buena) espada, merced a Ginés de Passamonte que me llenò la mia: esto dixo entre dientes, y prosiguiò diziendo: y despues de auerse la hallado, y puesto os en pacifica possession de vuestro estado, quedara a vuestra voluntad hazer de vuestra persona lo q̃ mas en talante os viniere. Porq̃ mientras que yo tuuiere ocupada la memoria, y cautiua la voluntad, perdido el

entendimiento, a aquella, y no digo mas, no es possible que yo arroftre, ni por pienso el casamiento, aunque fuesse con el Auefenix. Parecio- bien mal a Sancho lo que vltimamente su amo dixo, acerca de no querer casarse, que cõ grande enojo alçando la boz dixo: Boto a mi, juro a mi, q̃ no tiene vuestra merced señor don Quixote cabal juyzio: pues como es possible que pone vuestra merced en duda el casarse con tan alta Princesa como aquesta? Piensa le ha de ofrecer la fortuna tras cada cantillo semejante ventura, como la q̃ aora se le ofrece? Es por dicha mas hermosa mi señora Dulcinea? no por cierto, ni aun cõ la mitad, y menos estoy por dezir, q̃ no llega a su çapato de aquella delante. Assi noramala alcãçare yo el gouierno q̃ espero, si vuestra merced se anda a dar cotufas en el golfo, casese, casese luego incontinente, y en viendole yo a Satanas, y tome esse reyno que le viene a las manos, de vobis, vobis, y en dandole Rey, hagame Marques, o Adelantado, luego si quiera se lo lleue el Diablo todo. Oyendo Don Quixote, que tales blasfemias oyò dezir contra su señora Dulcinea, no lo pudo sufrir, y leuantando el lançon, sin hablalle palabra a Sancho, y sin dezirle esta boca es mia, le dio tales dos palos, que dio cõ el en tierra, y si no fuera porque Dorotea le dio bozes que no le diesse, sin duda le quitara alli la vida. Pesays, le dio a cabo de rato, villano ruyn, que ha de

auer

auer lugar siempre para ponerme la mano en
la horcaxadura, y q todo ha de ser errar vos
y perdonaros yo? Pues no lo penseys vos
desconmulgado, que sin duda lo estas, pues has
puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y no sa
beys vos, gañan faquin, belitre, que sino fuera
por el valor que ella infunde en mi braço, y
no le tendria yo para matar vna pulga? Dime
socarron de lengua viperina, y quien piensa
que ha ganado este reyno? Y cortado la cabe
ça a este Gigante? Y hechoos a vos Marques
(que todo esto doy ya por hecho, y por cosa
passada en cosa juzgada) sino es el valor de
Dulcinea, tomando a mi braço por instrumen
to de sus hazañas? ella pelea en mi, y vence en
mi, y yo viuo, y respiro en ella, y tengo vida y
ser. O hideputa vellaco, y como soys desagra
decido, que os veys leuantado del polvo de
la tierra, a ser señor de titulo, y correspon
deys a tan buena obra, con dezir mal de quien
os la hizo. No estaua tan mal trecho Sancho
que no oyesse todo quanto su amo le decia, y
leuantandose con vn poco de presteza, fue
a poner detras del palafren de Dorotea, y
de alli dixo a su amo: Digame señor, si vues
tra merced tiene determinado de no cabalgar
con esta gran Princesa, claro esta que no
el reyno suyo, y no siendolo, que merced
puede hazer? Esto es de lo que yo me quexo

dese vuestra merced vna por vna con esta
agora que la tenemos aqui, como llouida
del Cielo, y despues puede boluerse con mi
Señora Dulcinea, que Reyes deue de auer aui
en el mundo, que ayan sido amancebados,
lo de la hermosura, no me entremeto, que
verdad si va a dezirla, que entrambas me pa
cen bien, puesto que yo nunca he visto a la
Señora Dulcinea. Como que no la has visto
pador blasfemo, dixo don Quixote, pues no
acaba de traerme ahora vn recado de su parte?
go que no la he visto tan despacio, dixo San
cho, que pueda auer notado particularmente
hermosura, y sus buenas partes, punto por
nto, pero assi a bulto me parece bien. Ao-
ra me disculpo, dixo don Quixote, y perdona-
me el enojo que te he dado, que los primeros
movimientos no son en manos de los hombres.
Bien yo lo veo, respondio Sancho, y assi en mi
ra de hablar, siempre es primero mouj-
nto, y no puedo dexar de dezir por vna
que quisiera, lo que me viene a la lengua. Con
do esso, dixo don Quixote, mira Sancho lo
hablas, porque tantas vezes va el cantari-
a la fuente, y no te digo mas. Aora bie, res-
dio Sancho, Dios esta en el Cielo que ve
todas partes, y sera juez de quié haze mas mal,
en no hablar bien, o vuestra merced en o-
. No aya mas, dixo Dorotea, corred San-

cho, y besad la mano a vuestro señor, y pida de perdon, y de aqui adelante andad mas tado en vuestras alabanças y vituperios, y digays mal de aquesa señora Tobosa, a quien yo no conozco, sino es para seruilla, y tened confiança en Dios, que no os ha de faltar v estado donde viuays como vn Principe. Sancho cabizbaxo, y pidio la mano a su señor y el se la dio, con reposado continente, y despues que se la huuo besado, le echò la bendicion, y dixo a Sancho que se adelantassen vn poco, que tenia que preguntalle, y que departir con el cosas de mucha importancia. Hizolo assi Sancho, y apartaronse los dos algo adelante, y dixole don Quixote: Despues que vine no he tenido lugar, ni espacio para preguntarte muchas cosas de particularidad, cerca de la embaxada que lleuaste, y de la respuesta que truxiste, y aora pues la fortuna me ha concedido tiempo y lugar, no me niegues tu la ventura que puedes darme, con tan buenas nueuas. Pregunte vuestra merced lo que quisiere, respondio Sancho, que a todo daré tan buena salida, como tuue la entrada. Pero suplico a vuestra merced señor mio, que sea de aqui adelante tan vengatiuo. Porque lo dizes Sancho, dixo don Quixote? Digolo, respondio, porque estos palos de agora, mas fueron por la pendencia que entre los dos

tuuo el diablo la otra noche, que por lo que fue contra mi señora Dulcinea, a quien amo reuerencio como a vna reliquia, aunque en ella no lo aya, solo por ser cosa d' vuestra mer d. No tornes a essas platicas Sancho, por tu a, dixo don Quixote, que me dan pesadum ya te perdone entonces, y bien sabes tu q̃ e dezirse, a pecado nueuo, penitencia nue . Mientras esto passaua, vieron venir por el ino donde ellos yuan, a vn hõbre caualle- sobre vn jumento, y quando llegò cerca les cia que era Gitano: pero Sancho Pança, do quiera que via asnos se le yuã los ojos alma, a penas huuo visto al hõbre, quãdo cio que era Gines de Passamonte, y por llo del Gitano sacò el ouillo de su asno, co era la verdad, pues era el ruzio sobre que emonte venia: el qual por no ser conoci- y por vender el asno, se auia puesto en tra Gitano, cuya lengua, y otras muchas sa- hablar, como si fueran naturales suyas. Sancho, y conociole, y a penas le huuo y conocido, quando a grandes bozes le : A ladron Ginetillo, dexa mi prenda, suel vida, no te empaches con mi descanso, mi asno, dexa mi regalo; huye puto, ausẽ adrõ, y desãpara lo q̃ no es tuyo. No fue nenester tãtas palabras, ni baldones porq̃ primera saltò Gines, y tomando vn trote

que parecia carrera, en vn punto se ausentò y alexò de todos. Sancho llegò a su ruzio, y abraçãdole, le dixo: Como has estado bien mio ruzio de mis ojos, compañero mio, y con esto le besaua, y acariciaua como si fuera persona el asno callaua, y se dexaua besar, y acariciar. Sancho sin responderle palabra alguna. Llegaron todos, y dieronle el parabien del hallazgo del ruzio, especialmente don Quixote, el qual le dixo, q̃ no por esso anulaua la polça de los tres pollinos. Sancho se lo agradeciò. En tanto q̃ los dos yuan en estas platicas, dixo el Cura a Dorotea, que auia andado muy diferetada, assi en el cuento, como en la breuedad del, y en la similitud que tuuo con los de los libros de caualleria: ella dixo, que muchos ratos se auia entretenido en leellos. Pero q̃ no sabia ella de que eran las prouincias, ni puertos de mar, y q̃ assi auia dicho a tiento, que se auia desembarcado en Osuna. Yo lo entendi assi, dixo el Cura, y por esso acudi luego a dezir lo que dixe, con que se acomodò todo. Pero no es cosa estraña, ver con quãta facilidad cree este desuenturado hidalgo todas estas inuenciones, y mentiras, solo porque tienen el estilo, y modo de las necedades de sus libros? Si es, dixo Cardenio, y tan rara, y nunca vista, que yo no se si queriendo inuentarla, y fabricarla mentirosamente, huuiera tan agudo ingenio, que pudie-

diera dar en ella. Pues otra cosa ay en ello, dixo el Cura, que fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dize, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonissimas razones, y muestra tener vn entendimiento claro, y apazible en todo. De manera, que como no le toquen en sus caualleriias, no aura nadie q̃ le juzgue, sino por de muy buen entendimiento. En tanto que ellos yuan en esta conuersacion, prosiguio don Quixote cõ Sancho, y dixo a Sancho: Echemos Pança a buen rincon alguno. Donde, como, y quan presto hallaste a Dulcinea? Que hazia? Que le dixiste? Que respondio? Que rostro hizo, quando leia mi carta? Quien te la trasladò? Y todo aquello que vieres, que en este caso es digno de saberse, de preguntarse, y satisfazerse, sin que añadas, o mientas por darme gusto: ni me quites acortes, por no quitarmele. Señor, respondio Sancho, si va a dezir la verdad, la carta no me la trasladò nadie, porque yo no llebe carta alguna. Assi es como tu dizes, dixo don Quixote, porque el librillo de memoria donde yo la escriui, le hallè en mi poder, a cabo de dos dias de tu partida, lo qual me causò grandissima pena, por no saber lo que auia de hazer, quando te viesses sin carta,

y crey siempre que te boluieras desde el lugar donde la echaras menos. Assi fuera, respondio Sancho, sino la huuiera yo tomado en la memoria, quando vuestra merced me la leyò, de manera que se la dixe a vn sacristan, que me la trasladò del entèdimiento, tan punto por punto, que dixo, que en todos los dias de su vida aunque auia leydo muchas cartas de descomunion, no auia visto, ni leydo tan linda carta como aquella. Y tienes la toda via en la memoria Sancho, dixo don Quixote? No señor, respondio Sancho, porque despues q̃ la di, como vi que no auia de ser de mas prouecho, di en oluidalla. Y si algo se me acuerda, es, aquello del sobajada, digo, del soberana señora, y lo vltimo, vuestro hasta la muerte, el caualliero de la triste Figura. Y en medio destas dos cosas le puse mas de trezientas almas, y vidas, y ojos mios.

CAP. XXXI. DE LOS SABROsos razonamientos que passaron entre don Quixote, y Sancho Pança su escudero; con otros sucessos.

TOdo esso no me descontenta, prosigue adelante, dixo don Quixote. Llegaste, y que hazia aquella Reyna de hermosura? a buen seguro, que la hallaste enfartando perlas, o bordando alguna empresa, cõ oro de cañutillo, para este su cautiuo caualliero. No la halle, respondio Sancho, sino ahechando dos anegas de trigo en vn corral de su casa. Pues has cuenta, dixo don Quixote, q̃ los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si mirasteis trigo, el trigo era candeal, o trechel? No era sino rubió, respondio Sancho. Pues yo te asseguro, dixo don Quixote, q̃ ahechado por sus manos hizo pan cadeal, sin duda alguna: pero passa adelante. Quando le diste mi carta besosela? Hizo alguna cere-
monia, digna de tal carta? o que hizo? Quando entrè se la yua a dar, respòdio Sancho, ella estaua en la fuga del meneo de vna buena parte de trigo, que tenia en la criua. Y dixome, poned esse carta sobre aquel costal, q̃ no la puedo leer hasta q̃ acabe de acriuar todo lo que aqui està. Discreta señora, dixo don Quixote. Esso deuio de ser por leerla de espacio, y recrearse con ella. Adelante Sancho, y en tanto que yua en su menester, q̃ coloquios passò cõ-
migo? Que te preguntò de mi? Y tu q̃ le respondiste? Acaba, cuentamelo todo, no se te quede en el tintero vna minima. Ella no me preguntò nada, dixo Sancho, mas yo le dixe dela manera q̃ vuestra merced por su seruicio quedaua haziendo penitencia, desnudo de la cintura

arriba, metido entre estas fierras, como si fuera salnage, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles, ni sin peynarse la barba, llorando, y maldiziendo su fortuna. En dezir q̃ maldezia mi fortuna, dixiste mal, dixo don Quixote, porque antes la bendigo, y bendezire todos los dias de mi vida, por auerme hecho digno de merecer amar tan alta señora, como Dulcinea del Toboso. Tan alta es, respondio Sancho, q̃ a buena fe, que me lleua a mi mas de vn codo. Pues como Sãcho, dixo don Quixote, haste medido tu cõ ella? Medime en esta manera, respondio Sãcho, q̃ llegando a ayudar a poner vn costal de trigo sobre vn jumento, llegamos tan jũtos, q̃ eché de ver, que me lleuaua mas de vn gran palmo. Pues es verdad replicò don Quixote, q̃ no acompaña essa grandeza, y la adorna con mil millones, y gracias del alma. Pero no me negaràs Sancho vaz en esa, quando llegaste junto a ella, no sentiste vn olor sabeo, vna fragancia aromatica, y vn no se que de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo, vn tufo, o tufo, como si estuuieras en la tienda de algun curioso Guantero? Lo que se dezir, dixo Sancho, es, q̃ sentì vn olorzillo algo hõbruno, y deuia de ser, q̃ ella con el mucho exercicio estaua sudada, y algo correosa. No seria esso, respondio don Quixote, sino q̃ tu deuias de estar romadizado, o te deuiste de

oler a ti mismo, porque yo se bien lo que olerà aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ambar desleydo. Todo puede ser, respondio Sancho, que muchas vezes huela de mi aquel olor, que entõces me parecio que salia de su merced de la señora Dulcinea, pues no ay de que marauillarse, que vn diablo parezca a otro. Y bié, prosiguio don Quixote, en q̃ que acabò de limpiar su trigo, y de passallo al molino. Que hizo quando leyò la carta? dixo Sancho, no la leyò, porq̃ dixo que no sabia leer, ni escriuir, antes la rasgò, y la hizo menudas pieças, diziendo que no queria dar a leer a nadie, porque no se supiessen en el lugar sus secretos, y que bastaua lo que yo le auia dicho de palabra, acerca del amor que vuestra merced le tenia, y de la pendencia extraordinaria que por su causa quedaua haziendo. Y finalmente me dixo, que diesse a vuestra merced, que le besaua las manos, y que alli quedaua cõ mas desseo de verle, que de escriuirle: y que assi le suplicaua, y aconsejaua, que vista la presente, salliesse de aquestos matorrales, y se dexasse de hazer disparates, y se pusiesse luego luego en camino del Toboso, si otra cosa de mas importancia no le sobreuiniesse, porque tenia gran desseo de ver a vuestra merced. Riose mucho quando le dixe como se llamaua vuestra merced el cauallero

llero de la triſte Figura. Preguntele ſi auia ve
alla el Vizcayno de marras, dixome q̃ ſi, y que
era vn hõbre muy de bien. Tambien le pregũ
tè por los galeotes, mas dixome q̃ no auia vis
to hasta entonces alguno. Todo va bien hasta
agora, dixo dõ Quixote. Pero dime, q̃ joya fue
la que te dio al deſpedirte, por las nueuas q̃ de
mi le lleuaſte? Porque es vſada, y antigua cos
tumbre entre los caualleros, y damas andãtes, dar
a los eſcuderos, donzellas, o enanos q̃ les lleuã
nueuas de ſus damas a ellos; o a ellas de ſus a
dãtes, alguna rica joya en albricias, en agrade
cimiẽto de ſu recado. Bien puede eſſo ſer aſſi,
y yo la tengo por buena vſança, pero eſſo de
uia de ſer en los tiempos paſſados, q̃ agora ſolo
ſe deue de acoſtumbrar a dar vn pedaço de
pan, y queſo, q̃ eſto fue lo q̃ me dio mi ſeñora
Dulcinea, por las bardas de vn corral, quando
della me deſpedi: y aun por mas ſeñas, era el
queſo ouejuno. Es liberal en eſtremo, dixo dõ
Quixote, y ſino te dio joya d̃ oro, ſin duda de
uio de ſer, porque no la tendria alli a la mano
para dartela, pero buenas ſon mãgas deſpues
de Paſqua, yo la vere, y ſe ſatisfara todo. Sabes
de q̃ eſtoy marauillado Sancho? De q̃ me pare
ce q̃ huyſte, y veniſte por los ayres, pues poco
mas de tres dias has tardado en yr, y venir
deſde aqui al Toboſo, auiẽdo de aqui alla mas
de treynta leguas. Por lo qual me doy a enten

der, que aquel ſabio nigromante, q̃ tiene cuen
ta con mis coſas, y es mi amigo, porq̃ por fuer
ça le ay, y le ha de auer, ſo pena que yo no ſe
ra buen cauallero andante. Digo que eſte tal
te deuio de ayudar a caminar, ſin q̃ tu lo ſin
tieſſes, que ay ſabio deſtos, q̃ coge a vn caua
llero andante durmiendo en ſu cama, y ſin ſa
ber como, o en que manera, amanece otro dia
mas de mil leguas de dõde anochecio. Y ſino
fueſſe por eſto, no ſe podrian ſocorrer en ſus
peligros los caualleros andantes vnos a otros,
como ſe ſocorren a cada paſſo. Que acaece eſ
tar vno peleando en las ſierras de Armenia cõ
algun Lendirago, o con algun fiero Veſtiglo,
o cõ otro cauallero, dõde lleua lo peor de la ba
talla, y eſtà ya a punto de muerte: y quãdo no
ſe me cato, aſſoma por aculla encima de vna
nuue, o ſobre vn carro d̃ fuego, otro cauallero
amigo ſuyo, q̃ poco antes ſe hallaua en Ingla
terra, q̃ le fauorece, y libra de la muerte, y a la
noche ſe halla en ſu poſada, cenando muy a ſu
ſabor, y ſuele auer de la vna a la otra parte,
dos, o tres mil leguas. Y todo eſto ſe haze por
la ſabiduria, y ſabiduria deſtos ſabios encãtado
res, q̃ tienen cuydado deſtos valeroſos caualle
ros. Aſsi q̃ amigo Sancho, no ſe me haze dificul
toſo creer, q̃ en tan breue tiempo ayas ydo, y
venido deſde eſte lugar al del Toboſo, pues
como tengo dicho, algũ ſabio amigo te deuio

de lle-

de llevar en bolandillas, sin que tu lo sientas. Fes: Assi seria, dixo Sancho, porq̃ a buena fe q̃ andaua Rozinante, como si fuera asno de Gitano, con azogue en los oydos. Y como si llevaua azogue, dixo don Quixote, y aun vna legion de demonios, que es gente que camina, y haze caminar sin cansarse, todo aquello que se les antoja. Pero dexando esto a parte, que te parece a ti que deuo yo de hazer agora, cerca de lo q̃ mi señora me manda, que la vaya a ver, que aunq̃ yo veo que estoy obligado a cúplir su mandamiento, veome tambien impossibilitado del don q̃ he prometido a la Princesa que con nosotros viene, y fuerçame la ley de caualleria a cumplir mi palabra, antes que mi gusto. Por vna parte me acossa, y fatiga el desseo d' ver a mi señora, por otra me incita y llama la prometida fe, y la gloria que he de alcançar en esta empressa. Pero lo que pienso hazer, será caminar a priessa, y llegar presto donde está este Gigante, y en llegando le cortaré la cabeça, y pondré a la Princesa pacificamente en su estado, y al punto daré la buelta a ver a la luz que mis sentidos alumbran. A la qual daré tales disculpas, que ella verá tener por buena mi tardança, pues verá q̃ todo redunda en aumento de su gloria y fama, pues quanta yo he alcançado, alcançaré por las armas en esta vida, todo me viene

del fauor que ella me da, y de ser yo suyo. Ay, dixo Sancho, y como está vuestra merced lastimado de essos caseos. Pues digame señor, pie de vuestra merced caminar este camino en balde? Y dexar pisar, y perder va tan rico, y tan principal casamiento como este? Donde le dá a dote vn reyno, q̃ a buena verdad, q̃ he oydo dezir, que tiene mas de veynte mil leguas de contorno, y q̃ es abundantissimo de todas las cosas q̃ son necessarias para el sustento de la vida humana, y q̃ es mayor que Portugal, y Castilla jũtos. Calle por amor de Dios, y tẽga vergueça de lo q̃ ha dicho, y tome mi cõsejo, y perdoneme, y casese luego en el primer lugar q̃ aya Cura, y sino, ahi está nuestro Licenciado, q̃ lo hara de perlas. Y aduierta que tengo edad para dar consejos, y q̃ este que les doy, le viene de molde, q̃ mas vale paxaro en mano, q̃ buytre bolando, porq̃ quien bien quiere, y mal escoge, por bien q̃ se enoja, no se alegra. Mira Sancho, respondio don Quixote, el consejo que me das de q̃ me case, es porq̃ luego luego Rey, en matando al Gigante, y tener comodo para hazerte mercedes, y darte lo prometido: Hagote saber, q̃ sin casarme podré cumplir tu desseo muy facilmente, porq̃ yo saco de adahala, antes de entrar en la batalla, q̃ siendo vencedor della, ya que no me case, me han de dar vna parte del Reyno, para que

la

la pueda dar a quien yo quisiere: y en dandomela, a quié quieres tu que la dè, sino a ti? Esfo está claro, respondio Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hazia la marina, porque sino me contentare la vinienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cuide de yr por agora a ver mi señora Dulcinea, sino vayase a matar al Gigante, y cõcluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha hõra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que antes de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, ó a ver a Dulcinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, ó puesto Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esto es assi, dixo Sancho, como haze vuestra merced que todos los que vence por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, sino esta claro, respondio Sancho, pero mire vuestra merced que la escoja hazia la marina, porque sino me contentare la vinienda, pueda embarcar mis negros vassallos, y hazer dellos lo que ya he dicho. Y vuestra merced no se cuide de yr por agora a ver mi señora Dulcinea, sino vayase a matar al Gigante, y cõcluyamos este negocio, que por Dios que se me asienta, que ha de ser de mucha hõra, y de mucho prouecho. Digote Sancho, dixo don Quixote, que estàs en lo cierto, y que antes de tomar tu consejo, en quanto el yr antes con la Princesa, ó a ver a Dulcinea. Y auisote que no digas nada a nadie, ni a los que con nosotros vienen, de lo que aqui hemos departido, y tratado, ó puesto Dulcinea es tan recatada, que no quiere que se sepan sus pensamientos, no será bien que yo, ni otro por mi los descubra. Pues si esto es assi, dixo Sancho, como haze vuestra merced que todos los que vence por su braço, se vayan a presentar ante mi señora Dulcinea, sino esta

entranbos? O que necio, y q̃ simple q̃ eres, dixo don Quixote. Tu no ves Sancho, que esso redunda en su mayor ensalçamiẽto? Por que has de saber, q̃ en este nuestro estilo de caualerias es grã honra tener vna dama muchos caualleros andantes que la siruan, sin que se estiendan mas sus pensamientos, que a seruilla, por solo ser ella quien es, sin esperar otro premio de sus muchos, y buenos desseos, sino que se contente de acetarlos por sus caualleros. Con essa manera de amor, dixo Sancho, oydo yo predicar, q̃ se ha de amar a nuestro señor, por si solo, sin q̃ nos mueua esperança de gloria, o temor de pena. Aũque yo le quiero amar, y seruir, por lo que pudiesse. Valate el diablo por villano, dixo don Quixote, y q̃ diferecciones dizes a las vezes, no parece sino que has estudiado. Pues a fe mia que no se entiendo, respondio Sancho. En esto les dio bozes Maese Nicolás: que esperassen vn poco, que queria detenerse a beuer en vna fuentezilla que allí estaua. Detuuose don Quixote, cõ notable gusto de Sancho, que ya estaua cansado de mentir tanto, y temia no le cogiesse su amo en dos palabras. Porque puesto que el sabia q̃ Dulcinea era vna labradora del Toboso, no la auia visto en toda su vida. Auiase en este tiẽpo vestido Cardenio los vestidos q̃ Dorotea traya, quando la hallaron, q̃ aunque no eran muy buc-

buenos, hazian mucha ventaja a los que dem-
na. Apearonse junto a la fuente, y con lo q
Cura se acomodò en la venta, satisfiziendo
que poco, la mucha nãbre que todos tratã-
Estãdo en esto, acertò a passar por alli vn
chacho, que yua de camino, el qual poniẽdo
se a mirar con mucha atencion a los que en
fuente estauan, de allta poco arremetiò a
Quixote, y abraçandole por las piernas, co
ço a llorar muy de proposito, diziendo
nor mio, no me conoce vuestra merced? Pue
mireme bien, que yo soy aquel moço Andre
que quitò vuestra merced de la enzina
do estaua atado. Reconociole don Quixo
asiendole por la mano, se bolaio a los que
estauan, y dixo: Porq̃ vean vuestras mercedes
quan de importancia es, auer caualleros
tes en el mũdo, que desfagan los tuertos, y
grauios, q̃ en el se hazen, por los insolentes
malos hõbres, que en el biuen. Sepan vuestr
mercedes q̃ los dias passados, passando yo p
vn bosque, oì vnos gritos, y vnas bozes
lastimosas, como de persona afligida y ne
terosa: acudi luego, llenado de mi obligacion
hazia la parte donde me pareciò q̃ las lam
tables bozes sonauan, y hallè atado a vna
zina a este muchacho que aora està delãte
lo q̃ me huelgo en el alma, porque sera testigo
q̃ no me dexarà mẽtir en nada. Digo q̃ esto

ado a la enzina, desnudo del medio cuerpo
erpo, y estauale abriendò a açotes con las rie
da de vna yegua vn villano, que despues supe
er era amo suyo: y assi como yo le vi, le pre-
gunte la causa de tan atroz vapulamiento,
spondio el zafio, que le açotaua porque era
uidado, y que ciertos descuydos que tenia,
eian mas de ladrõ, que de simple. A lo qual
e niño dixo: Señor no me açota sino porq̃
ya mi salario. El amo replicò no se que
egas, y disculpas, las quales aunque de mi
ron oydas, no fueron admitidas. En resolu
, yo le hize desatar, y tome juramento al
ano, de que le llenaria consigo, y le pagaria
real sobre otro, y aun cahunados. No es
ad todo esto hijo Andres? no notaste cõ
nto imperio se lo mandè, y con quanta hu
ad prometio de hazer todo quanto yo le
ese, y notifique, y quise? Respondè, no te
es, ni dudes en nada, di lo que passò a es-
Señores, porque se vea, y considere, ser del
echo que digo, auer caualleros andantes
r los caminos. Todo lo que vuestra merced
dicho, es mucha verdad, respondio el mu-
acho, pero el fin del negocio sucedio muy al
ero de lo q̃ vuestra merced se imagina. Co-
driemes, replicò don Quixote, luego no te
a el villano? No solo no me pagò, respon-
el muchacho, pero assi como vuestra mer-

ced trasp[illegible]so del bosque, y quedamos solos
me boluio a atar a la mesma enzina, y me dio
de nueuo tantos açotes, que quedè hecho vn
San Bartolome desollado. Y a cada açote que
me daua, me dezia vn donayre, y chufeta, acer
ca de hazer burla de vuestra merced, que a no
sentir yo tãto dolor, me riera de lo que dezia.
En efecto el me parò tal, q̃ hasta aora he esta-
do curandome en vn hospital, del mal que el
mal villano entõces me hizo. De todo lo qual
tiene vuestra merced la culpa, porq̃ si se fuera
su camino adelante, y no viniera donde no le
llamauan, ni se entremetiera en negocios age-
nos, mi amo se contentara con darme vna, o
dos dozenas de açotes, y luego me soltara, y
pagara quanto me deuia. Mas como vuestra
merced le deshonrò tan sin proposito, y le dix
xo tantas villanias, encẽdiosele la colera, y co-
mo no la pudo vengar en vuestra merced, que
do se vio solo descargò sobre mi el nublado,
de modo que me parece, que no seré mas hom
bre en toda mi vida. El daño estuuo, dixo don
Quixote, en yrme yo de alli, que no me auia de
yr hasta dexarte pagado: porque bié deuia yo
de saber por muchas experiencias, que no ay
villano q̃ guarde palabra q̃ tiene, si el ve que
no le està bien guardalla. Pero ya te acuerdas
Andres, q̃ yo jurè que sino te pagaua, q̃auia de
yr a buscarle, y que le auia de hallar, aunque se

escondiesse en el vientre de la Vallena. Assi es
la verdad, dixo Andres, pero no aprouechò
nada. Aora verás si aprouecha, dixo don Qui-
xote, y diziẽdo esto, se leuantò muy a priessa,
y mandò a Sancho que enfrenasse a Rozinante,
que estaua paciendo en tanto q̃ ellos comiã. Y
preguntole Dorotea, q̃ era lo q̃ hazer queria?
El le respõdio, q̃ queria yr a buscar al villano,
y castigalle de tã mal termino, y hazer pagado
a Andres, hasta el vltimo maranedi, a despe-
cho y pesar de quantos villanos huuiesse en el
mundo. A lo q̃ ella respondio, que aduirtiesse
que no podia, cõforme al don prometido, en-
trometerse en ninguna empresa, hasta acabar
el suyo, y que pues esto sabia el mejor q̃ otro
de su Reyno, Assi es verdad, respondio don
Quixote, y es forçoso q̃ Andres tenga pacien-
cia hasta la buelta, como vos señora dezis, q̃ yo
torno a jurar y a prometer de nueuo, de no
parar hasta hazerle vengado y pagado. No me
cuento destos juramentos, dixo Andres, mas qui
tame tener agora con que llegar a Seuilla, que
quitadas las venganças del mundo: deme si tiene
aca algo que coma y lleue, y quedese con Dios
vuestra merced, y todos los caualleros andantes,
que tan bien andantes sean ellos para castigo,
como lo han sido para conmigo. Sacò de su
costal Sancho vn pedaço de pan, y otro de

queso, y dádoselo al moço, le dixo: Tomá hermano Andres, que a todos nos alcança parte de vuestra desgracia. Pues que parte os alcança a vos, pregũtò Andres? Esta parte de queso y pan que os doy, respódio Sancho; que Dios sabe, si me ha de hazer falta, o no: porque os hago saber amigo, que los escuderos de los caualleros andantes estamos sugetos a mucha hambre, y a mala ventura, y aun a otras cosas que se sienten mejor que se dizen. Andres asio de su pan, y queso, y viendo que nadie le daua otra cosa, abaxò su cabeça, y tomò el camino en las manos, como suele dezirse. Bien es verdad, que al partirse dixo a don Quixote: Por amor de Dios señor caualler andante, que si otra vez me encontrare, aunque vea que me hazen pedaços, no me socorra ni ayude, sino dexeme con mi desgracia, que no será tanta q̃ no sea mayor la que me vendra de su ayuda de vuestra merced, a quien Dios maldiga, y a todos quantos caualleros andantes han nacido en el mundo. Yuase a leuantar don Quixote para castigalle, mas el se puso a correr de modo, q̃ ninguno se atreuio a seguillo. Quedò corridissimo don Quixote del cuento de Andres, y fue menester que los demas tuuiessen mucha cuenta con no reyrse, por no acabarle de correr del todo.

CAP.

CAP. XXXII. QVE TRATA DE lo que sucedio en la venta a toda la quadrilla de don Quixote.

ACabose la buena comida, ensillaron luego, y sin q̃ les sucediesse cosa digna de contar, llegaron otro dia a la venta, espãto, y assombro de Sancho Pança: y aunque el quisiera no entrar en ella, no lo pudo huyr. La ventera, ventero, su hija, y Martornes, que vierõ venir a don Quixote, y a Sancho, les salieron a recebir con muestras de mucha alegria, y el las recibio con agrade contimente y aplauso, y dixoles que le adereçassen otra mejor cama, que la vez passada: a lo qual le respondio la huespeda, que si la pagasse mejor que la otra vez, que la daria de Principes. Don Quixote dixo, que si haria, y assi le adereçaron vna cama razonable en el mismo camaranchon de marras: y el se acostò luego, porque venia muy quebrantado, y falto de juyzio. No auia bien encerrado, quando la huespeda arremetio al barbero, y asiendole de la barba, dixo: Para mi santiguada que no se ha aun de aprouechar mas de mi rabo para su barba, y q̃ no ha de boluer mi cola, q̃ anda lo de mi marido por essos suelos que es verguença, digo y reyne, q̃ solia yo colgar de mi buena cola.

No se la queria dar el Barbero, aunq̃ ella mas tirana, hasta que el Licenciado le dixo, que se la diesse, que ya no era menester mas vsar de aquella industria, sino q̃ se descubriesse, y mostrasse en su misma forma, y dixesse a don Quixote, que quando le despojaron los ladrones galeotes, se auian venido a aquella venta huyendo, y q̃ si preguntasse por el escudero de la Princesa, le dirian q̃ ella le auia embiado adelante a dar auiso a los de su Reyno, como ella yua, y lleuaua consigo el libertador de todos. Con esto dio de buena gana la cola a la ventera el barbero, y assi mismo le boluieron todos los aderentes que auia prestado para la libertad de don Quixote. Espantaronse todos los de la venta de la hermosura de Dorotea, y aun del buen talle del zagal Cardenio. Hizo el Cura que les adereçassen de comer de lo que en la venta huuiesse, y el huesped con esperança de mejor paga, con diligẽcia les adereçò vna razonable comida, y a todo esto dormia don Quixote, y fuerõ de parecer de no despertalle. Porq̃ mas prouecho le haria por entonces el dormir, que el comer. Trataron sobre comida, estãdo delante el vẽtero, su muger, su hija, Maritornes, todos los passageros, de la estraña locura de don Quixote, y del modo que le auian hallado. La huespeda les contò lo que con el, y con el arriero les auia acontecido, mirã-

dando si a caso estaua alli Sancho, y como no le viesse, contò todo lo de su manteamiẽto, de que no poco gusto recibieron. Y como el Cura dixesse, q̃ los libros de caualleria que don Quixote auia leydo le auian buelto el juyzio, dixo el vẽtero: No se yo como puede ser esso, q̃ en verdad que a lo que yo entiendo no ay mejor letrado en el mundo, y que tengo dos, o tres dellos, con otros papeles, que verdaderamente me han dado la vida, no solo a mi, sino a otros muchos. Porq̃ quando es tiempo de la siega se recogen aqui las fiestas muchos segadores, y siempre ay algunos q̃ saben leer, el qual coge vno destos libros en las manos, y rodeamonos del mas de treynta, y algunos le escuchando con tanto gusto, q̃ nos quita mil canas: alomenos de mi se dezir, que quando oyo dezir aquellos furibundos, y terribles golpes que los caualleros pegã, que me viene gana de hazer otro tanto, y que querria estar oyendolos noches, y dias. Y yo ni mas, ni menos, dixo la ventera, porque nunca tengo buen rato en mi casa, sino aquel que vos estays escuchando leer, que estays tan embebido, que no os acordays de reñir por entonces. Assi es la verdad, dixo Maritornes, y a buena fe, que yo tambien gusto mucho de oyr aquellas cosas, q̃ son muy lindas, y mas quando cuentã, que se està la otra señora

debaxo de vnos naranjos abraçada con su caballero, y que les está vna dueña haziendoles la guarda muerta de embidia, y con mucho sentimiento de reſalto. Digo que todo esto es cosa de mucho contento para mi, y de mucho regalo para todos los que os oyen. Y a vos que os parece señora donzella, dixo el Cura, hablando con la hija del ventero? No se señor en mi anima, respondio ella, tan bien yo lo escucho, y en verdad que aunq no lo entiendo, q recibo gusto en oyllo: pero no gusto yo de los golpes de que mi padre gusta, sino de las lamentaciones q los caualleros hazen, quando estan ausentes de sus señoras: que en verdad que algunas vezes me hazen llorar de compassion que les tengo. Luego bien las remediarades vos señora donzella, dixo Dorotea, si por vos lloraran? No se lo que me hiziera, respondio la moça, solo se que ay algunas señoras de aquellas tan crueles, que las llaman sus caualleros, tigres, y leones, y otras mil inmundicias. Y Iesus, yo no se q gente es aquella tan desalmada, y tan sin conciencia, que por no mirar a vn hombre honrado, le dexan que se muera, o que se buelua loco. Yo no se para q es tanto melindre: si lo hazen de honradas, casense con ellos, que ellos no desean otra cosa. Calla niña, dixo la ventera, q parece que sabes mucho destas cosas: y no está bien a las donzellas saber, ni hablar tanto. Como me lo pregunta este señor, respondio ella, no pude

puede dexar de respondelle. Aora bien, dixo el Cura, traedme señor huesped aquellos libros, que los quiero ver. Que me plaze, respõdio el, y entrando en su apoſento sacò del vna maletilla vieja cerrada con vna cadenilla, y abriendola hallò en ella tres libros grandes, y vnos papeles de muy buena letra escritos de mano. El primer libro que abriò, vio que era don Cirongilio de Tracia: y el otro de Felixmarte de Yrcania: y el otro la historia del grã Capitan Gonçalo Hernandez de Cordoua, con la vida de Diego Garcia de Paredes. Assi como el Cura leyò los dos titulos primeros, mudò el rostro al Barbero, y dixo: Falta nos hazen aqui aora el ama de mi amigo, y su sobrina. No hazen, respondio el Barbero, que tãbien se yo lleuarlos al corral, o a la chimenea, que en verdad que ay muy buen fuego en ella. Luego quiere vuestra merced quemar mas libros, dixo el ventero? No mas, dixo el Cura, que estos dos, el de don Cirõgilio, y el de Felixmarte. Pues por ventura, dixo el vẽtero, mis libros son herejes, o flematicos, que los quiere quemar? Cismasticos quereys dezir amigo, dixo el Barbero, que no flematicos. Assi es verdad, respondiò el ventero: mas si alguno quiere quemar sea esse del gran Capitan, y desse Diego de Garcia, q antes dexarè quemar vn hijo, q dexar quemar ninguno dessotros. Hermano mio

dixo el Cura, estos dos libros son mentirosos, y estan llenos de disparates, y desaneos. Y este del gran Capitan es historia verdadera, y tiene los hechos de Gõçalo Hernãdez de Cordoua: el qual por sus muchas, y grandes hazañas, mereciò ser llamado de todo el mũdo gran Capitan, renõbre famoso, y claro, y del solo merecido. Y este Diego Garcia de Paredes, fue vn principal cauallero, natural de la ciudad de Truxillo, en Estremadura, valentissimo Soldado, y de tantas fuerças naturales, que deteniã con vn dedo vna rueda de molino en la mitad de su furia. Y puesto con vn montãte en la entrada de vna puente, detuuo a todo vn innumerable exercito, que no passasse por ella. Y hizo otras tales cosas, q̃ si como el las cuenta y las escriue, assi mesmo con la modestia de cauallero, y de coronista proprio las escriuiera otro libre, y desapassionado, pusieran en oluido las de los Hectores, Aquiles, y Rolandes. Tomaos con mi padre, dixo el dicho ventero, mirad de q̃ se espãta de detener vna rueda de molino, por Dios aora: auia vuestra merced de leer lo q̃ leyò Felixmarte de Yrcania, q̃ de vn reues solo partio cinco Gigantes por la cintura, como si fueran hechos de hauas, como los fraylezicos q̃ hazen los niños. Y otra vez arremetiò con vn grandissimo, y poderosissimo exercito donde lleuò mas de vn millon y seys-

cientos mil soldados, todos armados de pie hasta la cabeça, y los desbaratò a todos, como si fueran manadas de ouejas. Pues que me dirã del bueno de don Cirongilio de Tracia, q̃ fue tan valiente, y animoso, como se lee en el libro donde cuenta, que nauegando por vn rio, le salio de la mitad del agua vna serpiente de fuego, y el assi como la vio se arrojo sobre ella, y se puso ahorcaxadas encima de sus escamosas espaldas, y la apreto con ambas manos la gargãta, con tanta fuerça, q̃ viendo la serpiente que la yua ahogando, no tuuo otro remedio, sino dexarse yr a lo hondo del rio, lleuandose tras si al cauallero que nunca quiso soltar, y quando llegaron alla abaxo, se hallaron en vnos palacios, y en vnos jardines tales, que era marauilla: y luego la serpe se conuirtio en vn viejo anciano, que le dixo tantas cosas que no ay mas q̃ oyr. Calle señor, calle, no haigas para el gran Capitan, y para esse Diego Garcia que dize. Oyendo esto Dorotea, dixo callando a Cardenio: Poco le falta a nuestro huesped para hazer la segunda parte de don Quixote. Assi me parece a mi, respondio Cardenio, porque segun da indicio, tengo por cierto que todo lo que estos libros cuentan, passo ni mas, ni menos que lo dizen, y no le haran creer otra cosa

fray-

frayles descalços. Mirad hermano, torno a decir el Cura, que no huuo en el mundo Felixmarte de Yrcania, ni don Cirongilio de Tracia, ni otros caualleros semejantes, que los libros de Caualleria cuentan. Porque todo es composturа, y ficcion de ingenios ociosos, q los compusieron para el efeto q vos dezis de entretener el tiepo, como lo entretienen leydolos vuestros segadores: porque realmente os juro, que nunca tales caualleros fueron en el mundo: ni tales hazañas, ni disparates acontecieron en el. A otro perro con esse hueso, respondio el ventero, como si yo no supiesse quantas son cinco, y a donde me aprieta el zapato: no piense vuestra merced darme papatus, porque por Dios que no soy nada bláco. Bueno es, que quiera darme vuestra merced a entender, q todo aquello q estos buenos libros dizen sea disparates, y mentiras, estando impressos con licencia de los señores del Consejo Real, como si ellos fueran gente, que auian de dexar imprimir tanta métira junta, y tantas batallas, y tantos encantamentos, q quitan el juyzio. Ya os he dicho amigo, replico el Cura, q esto se haze para entretener nuestros ociosos pensamientos: y assi como se consiente en las republicas bien concertadas, que aya juegos de axedres, de pelota, y de trueos, para entretener a algunos, q ni tienen, ni deuen

q pueden trabajar: assi se consiente imprimir y q aya tales libros: creyendo, como es verdad, que no ha de auer alguno tan ignorante, que tenga por historia verdadera ninguna de estos libros. Y si me fuera licito agora, y el auditorio lo requiriera, yo dixera cosas acerca de como han de tener los libros de caualleria, para q fuer buenos, que quiça fueran de prouecho, y para de gusto para algunos: pero yo espero, que vendra tiepo en que lo pueda comunicar con quien pueda remediallo, y en este entretanto, creed señor ventero lo que os he dicho, y tomad vuestros libros, y alla os auenid con vuestras verdades, o mentiras, y buen prouecho os hagan, y quiera Dios, que no coxeeys del pie que coxea vuestro huesped don Quixote. Esso no, respondio el ventero, que no seré yo tan necio, q me haga caualiero andante, que bien entiendo que aora no se vsa lo q se vsaua en aquel tiempo, quando se dize, que andauan por el mundo estos famosos caualleros. A la mitad desta platica se hallo Sancho presente, y quedose muy confuso, y pensatiuo de lo q auia oydo dezir, que aora no se vsauan caualleros andantes, y que todos los libros de caualleria eran necedades, y mentiras: y propuso en su coraçon de esperar en lo q parana aquel viage de su amo, y q sino salia con la felicidad q el pensaua, determinaua de dexalle, y boluerse con

con su muger, y sus hijos a su acostumbrado trabajo. Leuauase la maleta, y los libros el ventero, mas el Cura le dixo: Esperad, que quiero ver que papeles son esos que de tan buena gana entra estan escritos: sacolos el huesped, y dando felos a leer vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenian vn titulo grande, que dezia: Nouela del curioso impertinente: leyò el Cura para si tres, o quatro renglones, y dixo: Cierto que no me parece mal el titulo desta nouela, y que me viene voluntad de leella toda. A lo qual respondio el ventero: Pues bien puede leella su reuerencia, porq̃ le hago saber q̃ algunos huespedes que aqui la han leydo les ha contentado mucho, y me la han pedido con muchas veras, mas yo no se la he querido dar, pensando boluerselda a quien aqui dexò esta maleta olvidada con estos libros, y essos papeles, que bié puede ser que buelua su dueño por aqui algun tiempo, y aunque se que me han de hazer falta los libros, sabe que se los he de boluer, q̃ aunque ventero toda via soy christiano. Vos teneys mucha razon amigo, dixo el Cura, mas con todo esso si la nouela me contenta, me la auey de dexar trasladar. De muy buena gana, respondio el ventero. Mientras los dos esto dezian, auia tomado Cardenio la nouela, y començado a leer en ella: y pareciédole lo mismo q̃ al

Cura le rogò q̃ la leyesse de modo q̃ todos la oyessen. Si leyera, dixo el Cura, sino fuera meterse a gastar este tiẽpo en dormir, que en leer, mucho reposo será para mi, dixo Dorotea, entretener el tiẽpo oyendo algun cuẽto, pues a mi no tẽgo el espiritu tan sossegado, q̃ me conuenga dormir, quando fuera razon. Pues dessa manera, dixo el Cura, quiero leerla por curiosidad siquiera, quiça tendra alguna de gusto. A lo mismo maese Nicolas a rogarle lo mismo, y Cardenio tãbien: lo qual visto del Cura, y entendido q̃ a todos daria gusto, y el le recebiria, dixo: Pues assi és, estenme todos atentos, q̃ la nouela comiença desta manera.

CAPIT. XXXIII. DONDE SE cuenta la nouela del Curioso impertinẽte.

EN Florencia, ciudad rica, y famosa de Italia, en la prouincia que llamã Toscana, viuian Anselmo, y Lotario, dos caualleros ricos, y principales, y tã amigos, que por excelencia, y antonomasia de todos los que los conocian, los dos amigos eran llamados: eran solteros, moços de vna misma edad, y de vnas mismas costũbres: todo lo qual era bastante causa a que los dos con recia amistad se correspondiessen. Bien es verdad, que el Anselmo era algo mas inclinado

nado a los passatiempos amorosos, que el Lo-
tario, al qual lleuauan tras si los de la caça. Pe-
ro quando se ofrecia dexaua Anselmo de acu-
dir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y
Lotario dexaua los suyos, por acudir a los de
Anselmo: y desta manera andauan tan a vna
sus voluntades, que no auia concertado relox
que assi lo anduuiesse. Andaua Anselmo pre-
dido de amores de vna donzella principal, y
hermosa, de la misma ciudad: hija de tan bue-
nos padres, y tan buena ella por si, que se de-
terminò (con el parecer de su amigo Lotario,
sin el qual ninguna cosa hazia) de pedilla por
esposa a sus padres, y assi lo puso en execu-
cion: y el q̃ llenò la embaxada, fuè Lotario, y
el que concluyò el negocio tan a gusto de su
amigo, que en breue tiẽpo se vio puesto en la
possession que desseaua, y Camila tan contenta
de auer alcançado a Anselmo por esposo,
que no cessaua de dar gracias al Cielo, y a Lo-
tario, por cuyo medio tanto bien le auia venido. Los primeros dias, como todos los de bo-
da suelen ser alegres, continuò Lotario, como
solia, la casa de su amigo Anselmo, procurando
de honralle, festejalle, y regozijalle cõ todo a-
quello q̃ a el le fue possible. Pero acabadas las
bodas, y sossegada ya la frequẽcia de las visi-
tas, y parabienes, començo Lotario a descuy-
darse con cuydado de las ydas en casa de An-
selmo

selmo, por parecerle a el (como es razon que
parezca a todos los que fueren discretos) que
no estan de visitar, ni cõtinuar las casas delos
hombres casados, de la misma manera q̃ quan-
do son solteros. Porque aunque la buena, y
verdadera amistad no puede, ni deue de ser
sospechosa en nada, con todo esto es tan deli-
cada la honra del casado, que parece q̃ se pue-
de offender, aun de los mesmos hermanos, quã
to mas de los amigos. Notò Anselmo la re-
tirada de Lotario, y formò del quexas gran-
des, diziendole, que si el supiera, que el casarse
auia de ser parte para no comunicalle como
solia, que jamas lo huuiera hecho: y que si por
auer con correspondencia que los dos tenian
entre si el fue soltero, auian alcançado tan
buen nombre, como el ser llamados los dos
amigos, que no permitiesse por querer hazer
vn discreto, sin otra ocasion alguna, que
perdiesse tan famoso, y tan agradable nombre se por-
gaua: y que assi le suplicaua, si era licito q̃ tal
nombre de hablar se viniesse entre ellos, q̃ bol-
uiesse a ser señor de su casa, y a entrar, y salir
en ella como de antes, assegurandole que su
muger Camila no tenia otro gusto, ni otra vo
luntad, q̃ la que el queria que tuuiesse: y q̃ por
auer sabido ella con quantas veras los dos se
auian, estaua confusa de ver en el tanta esqui-
mia. A todas estas, y otras muchas razones q̃

Anselmo dixo a Lotario, para persuadille bel
uiesse como solia a su casa, respondio Lota-
rio, cõ tanta prudencia, discreció, y auiso, q̃An
selmo quedò satisfecho de la buena intencion
de su amigo: y quedaron de cõcierto, que dos
dias en la semana, y las fiestas fuesse Lotario a
comer cõ el, y aunque esto quedò assi concer-
tado entre los dos, propuso Lotario de no ha-
zer mas de aquello q̃ viesse que mas conuenia
a la hõra de su amigo, cuyo credito estaua en
mas que el suyo proprio. Dezia el, y dezia bien
que el casado, a quien el Cielo auia concedi-
do muger hermosa, tanto cuydado auia de re
ner, q̃ amigos lleuaua a su casa, como en mirar
con q̃ amigas su muger conuersaua, porq̃ lo q̃
no se haze, ni concierta en las plaças, ni en los
tẽplos, ni en las fiestas publicas, ni estaciones,
(cosas que no todas vezes las hã de negar los
maridos a sus mugeres) se concierta, y facilita
en casa de la amiga, o la pariẽta de quien mas
satisfacion se tiene. Tambien dezia Lotario, q̃
tenian necessidad los casados de tener cada
vno algun amigo q̃ le aduirtiesse de los descuy
dos que en su proceder hiziesse, porque suele
acontecer, que con el mucho amor q̃ el mari-
do a la muger tiene, o no le aduierte, o no le
dize por no enojalla, que haga, o dexe de ha-
zer algunas cosas, que el hazellas, o no, le ser-
ria de honra, o de vituperio: de lo qual siendo

do del amigo aduertido, facilmente pondria
remedio en todo: pero donde se hallara a-
migo tan discreto, y tan leal, y verdadero,
como aqui Lotario le pide? no lo se yo por-
cierto, solo Lotario era este, que con toda so-
licitud, y aduertimiento, miraua por la honra
de su amigo: y procuraua dezmar, frisar, y a-
cortar los dias del concierto del yr a su casa,
porque no pareciesse mal al vulgo ocioso, y a
los ojos vagabundos y maliciosos, la entrada
de vn moço rico, gentilhombre, y bié nacido,
de las buenas partes que el pensaua q̃ tenia
la casa de vna muger tã hermosa como Ca
milla: que puesto que su bondad, y valor podia
poner freno a toda maldiziente lengua, toda
via no queria poner en duda su credito, ni el
de su amigo, y por esto los mas de los dias del
concierto los ocupaua, y entretenia en otras
cosas, que el daua a entender ser inexcusables.
Assi que en quexas del vno, y disculpas del o-
tro se passaua muchos ratos, y partes del dia.
Sucedio pues, que vno, que los dos se andauã
paseando por vn prado fuera de la ciudad, An
selmo dixo a Lotario las semejantes razones.
Bien pensauas amigo Lotario, que las mercedes
que Dios me ha hecho en hazerme hijo de tales
padres, como fueron los mios, y al darme, no
con mano escassa, los bienes, assi los que lla-
man de naturaleza, como los de fortuna, no

puedo yo corresponder con agradecimiento, que llegue al bien recebido, y sobre al que me hizo, en darme a ti por amigo, y a Camila por muger propria, dos prendas, que las estimo, sino en el grado que deuo, en el que puedo. Pues con todas estas partes, que suelen ser todo con que los hõbres suelen, y pueden vuir contentos, viuo yo el mas despechado, y el mas desabrido hombre de todo el vniuerso mundo. Porque no se que dias a esta parte me fatiga y aprieta vn desseo tan estraño, y tan fuera del vso comun de otros, que yo me rauillo de mi mesmo, y me culpo, y me rio a solas, y procuro callarlo, y encubrillo de mis proprios pensamientos: y assi me ha sido posible salir cõ este secreto, como si de industria procurara dezillo a todo el mũdo: y pues que en efeto el ha de salir a plaça, quiero que sea en la del archiuo de tu secreto: confiado que con el, y con la diligencia que pondras como mi amigo verdadero en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegara mi alegria por tu solicitud, al grado que ha llegado mi descontẽto por mi locura. Suspenso tenian a Lotario las razones de Anselmo, y no sabia en que auia de parar tan larga preuencion, o preambulo: y aunque yua reboluiendo en su imaginacion, que desseo podria ser aquel q̃ a su amigo tanto fatigaua, dio

se le muy lexos del blanco de la verdad: y por salir presto de la agonia que le causaua assi suspension, le dixo: que hazia notorio agrauio a su mucha amistad, en andar buscãdo rodeos, para dezirle sus mas encubiertos pensamientos, pues tenia cierto, que se podia prometer del, o ya consejos para entre ellos, o ya remedio para cũplillos. Assi es la verdad, respondio Anselmo, y con essa confiança te hago, amigo Lotario, que el desseo que me fatiga, es pensar si Camila mi esposa estaua bien, y tan perfeta como yo pienso: y no puedo certificarme en esta verdad, sino es prouandola, de manera que la prueua manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro. Porque yo tengo para mi, o amigo, que no es vna muger mas buena de quanto es, si no es solicitada: y que aquella sola es fuerte, que no se dobla a las promesas, a las dadiuas, ni a las lagrimas, y a las continuas importunidades de los solicitos amantes. Porque que ay q̃ agradecer, dezia el, que vna muger sea buena, discreta le dize que sea mala? Que mucho que sea recogida y temerosa la que no le dan ocasion para que se suelte, y la que sabe que tiene marido, q̃ en cogiendola en la primera desemboltura, la ha de quitar la vida? Assi que la q̃ honesta por temor, o por falta d̃ lugar, yo no quiero tener en aquella estima en q̃ tendré

a la solicitada, y perseguida, que saliò cò la co
rona del vencimiento. De modo que por estas
razones, y por otras muchas que te pudiera
dezir, para acreditar, y fortalecer la opinion q̃
tengo, desseo que Camila mi esposa passe por
estas dificultades, y se acrisole y quilate en el
fuego de verse requerida, y solicitada, y de
quien tenga valor para poner en ella sus des-
seos: y si ella sale, como creo que saldrà, con la
palma desta batalla, tendre yo por sin y cu
mi ventura. Podre yo dezir, q̃ està colmo el va
zio de mis desseos. Dirè que me cupo en suer
te la muger fuerte, de quien el Sabio dize, que
quien la hallarà? Y quando esto suceda al re-
ues de lo que pienso, con el gusto de ver que
acertè en mi opinion, lleuare sin pena, la que
de razon podra causarme mi tan costosa ex-
periencia. Y prosupuesto que ninguna cosa de
quantas me dixeres en contra de mi desseo, ha
de ser de algun prouecho, para dexar de po-
nerle por obra, quiero, o amigo Lotario, q̃ te
dispongas a ser el instrumento que labre aque
sta obra de mi gusto, que yo te dare lugar pa-
ra que lo hagas, sin faltarte todo aquello que
yo viere ser necessario para solicitar a vna mu
ger honesta, honrada, recogida, y desinteressa-
da. Y mueuome, entre otras cosas, a fiar de ti
esta tan ardua empresa, el ver q̃ si de ti es ven-
cida Camila, no ha de llegar el vencimiento a

todo

lo trance, y rigor, sino a solo a tener por he
cho lo que se ha de hazer por buen respeto, y
que no quedare yo ofendido mas de cò el des-
den, y mi injuria quedarà escondida en la vir-
tud de tu silencio, que bien se que en lo q̃ me
tocare ha de ser eterno como el de la muer-
te. Assi que si quieres que yo tenga vida, q̃ pue
da dezir que lo es, desde luego has de entrar
en esta amorosa batalla, no tibia, ni perezosa-
mente, sino con el ahinco, y diligencia que mi
honor pide, y con la confiança que nuestra a-
mistad me assegura. Estas fueron las razones
que Anselmo dixo a Lotario, a todas las qua-
les estuuo tan atento, que sino fueron las que
el supo escritas que le dixo, no desplegò sus la
bios hasta que huuo acabado: y viendo que
callaua inas, despues que le estuuo mirando
vn buen espacio, como si mirara otra cosa que
nunca huuiera visto, que le causara admiració
le dixo Anselmo, a q̃ no sean burlas las cosas q̃
has dicho, que a pensar q̃ de veras las de-
cias no consintiera q̃ tan adelante passaras, por
que con no escucharte preuiniera tu larga ar
dor. Sin duda imagino, o q̃ no me conoces, o q̃
en mi te conozco. Pero no, que bien se q̃ eres
Lotario, y tu sabes q̃ yo soy Lotario: el da-
ño està, en que yo pienso que no eres el Ansel-
mo que solias, y tu deues de auer pensado, que

tampoco yo soy el Lotario que deuia ser: por que las cosas q̃ me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir a aquel Lotario que tu conoces. Porque los buenos amigos han de prouar a sus amigos, y valerse dellos, como dixo vn Poeta, *vsque ad Aras*, que quiso dezir, que no se auian de valer de su amistad en cosas que fuessen cõtra Dios: Pues si esto sintio vn Gentil de la amistad, quanto mejor es que lo sienta el Christiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad Diuina? Y quando el amigo tirasse tanto la barra, que pusiesse a parte los respetos del Cielo, por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas ligeras, y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra, y la vida de su amigo. Pues dime tu agora, Anselmo, qual destas dos cosas tienes en peligro, para que yo me auenture a cõplazerte, y a hazer vna cosa tan detestable, como me pides? Ninguna por cierto, antes me pides, segun yo entiendo, que procure, y solicite quitarte la honra, y la vida, y quitarmela a mi juntamente. Porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro està q̃ te quito la vida, pues el hombre sin honra, peor es que vn muerto: y siendo yo el instrumento, como tu quieres q̃ lo sea, de tanto mal tuyo, no vengo a quedar deshonrado, y por el mesmo consiguiente sin

vida? Escucha amigo Anselmo, y ten paciencia de no responderme, hasta q̃ acabe de dezir lo q̃ se me ofreciere, acerca de lo q̃ te ha pedido tu desseo, que tiẽpo quedarà para que tu me repliques, y yo te escuche. Que me plaze, dixo Anselmo, di lo q̃ quisieres. Y Lotario prosiguio, diziendo: Pareceme, o Anselmo, q̃ tienes tu agora el ingenio como el que siempre tienen los Moros, a los quales no se les puede dar a entender el error de su secta, con las razones de la santa Escritura, ni con razones que consistan en especulacion del entendimiento, ni que vayan fundadas en articulos de fe, sino q̃ les han de traer exemplos palpables, faciles, intelegibles, demonstratiuos, indudables, con demostraciones Matematicas, q̃ no se pueden negar, como quando dize: Si de dos partes yguales quitamos partes yguales, las que quedan tãbien son yguales. Y quando esto no entiendan de palabra, como en efeto no lo entienden, ha se les de mostrar con las manos, y ponerselo delante de los ojos, y aun con todo esto, no basta nadie con ellos a perswadirles las verdades de mi sacra Religion. Y assi mi no termino, y modo me conuendrà tener contigo, porque el desseo que en ti ha nacido, va tan descaminado, y tan fuera de todo lo justo, q̃ tẽga sombra de razonable, q̃ me parece q̃ ha de ser tiẽpo gastado, el que ocupare

en darte a entender tu simplicidad, que por
aora no le quiero dar otro nóbre, y aun estoy
por dexarte en tu desatino, en pena de tu mal
desseo: mas no me dexa vsar deste rigor la a-
mistad que te tengo, la qual no consiente q̃ te
dexe puesto en tan manifiesto peligro de per-
derte. Y porq̃ claro lo veas, dime Anselmo, tu
no me has dicho que tengo de solicitar a vna
retirada? persuadir a vna honesta? ofrecer a
vna desinteresada? seruir a vna prudente? Si q̃
me lo has dicho. Pues si tu sabes que tienes ma
ger retirada, honesta, desinteresada, y prude-
te, q̃ buscas? Y si piensas q̃ de todos mis assal-
tos ha de salir vencedora, como saldra sin da-
da, q̃ mejores titulos piensas darle despues, q̃
los que aora tiene? o que serà mas despues de
lo que es aora? O es que tu no la tienes por la
que dizes, o tu no sabes lo que pides. Sino la
tienes por lo que dizes, para que quieres pro-
uarla, sino como a mala, hazer della lo q̃ mas
te viniere en gusto? mas si es tan buena como
crees, impertinente cosa serà hazer experien-
cia de la mesma verdad, pues despues de he-
cha se ha de quedar con la estimacion q̃ prime
ro tenia. Assi q̃ es razon concluyente, q̃ el in-
tentar las cosas, de las quales antes nos puede
suceder daño q̃ prouecho, es de juyzios sin dis-
curso, y temerarios: y mas quando quien no
tentar aquellas a que no son forçados, ni có-
pel-

lidos, y que de muy lexos traen descubierto
que el intentarlas es manifiesta locura. Las co
as dificultosas se intentan por Dios, o por el
mundo, o por entrabos a dos: las q̃ se acometẽ
por Dios, son las q̃ acometierõ los Santos, a-
cometiendo a viuir vida de Angeles, en cuer-
pos humanos: las q̃ se acometen por respeto
del mundo, son las de aquellos q̃ passan tanta
dificultad de agua, tanta diuersidad de climas,
tanta estrañeza de gentes, por adquirir estos q̃
llaman, bienes de fortuna. Y las que se inten-
tan por Dios, y por el mũdo juntamente, son
aquellas de los valerosos soldados, q̃ a penas
ven en el contrario muro abierto tanto espa
cio, quanto es el q̃ pudo hazer vna redõda ba
la de artilleria, quando puesto a parte todo te
mor, sin hazer discurso, ni aduertir al manifiest
peligro q̃ les amenaza, llenados en buelo
de las alas del desseo de boluer por su fe, por
su nacion, y por su Rey, se arrojan intrepida-
mente por la mitad de mil cõtrapuestas muer
tes q̃ los esperan. Estas cosas son las que suelẽ
animarse, y es honra, gloria, y prouecho in-
tentarlas, aunque tan llenas de inconuenien-
tes y peligros. Pero la que tu dizes, que quie-
re intentar, y poner por obra, ni te ha de al-
canzar gloria de Dios, bienes de la fortuna,
ni fama con los hombres: porque puesto
que salgas con ella, como quieres, y desseas,

no has

no has de quedar ni mas vfano, ni mas rico, ni mas honrado que estas aora: y sino sales, temo de ver en la mayor miseria q̃ imaginarse pueda: porque no te ha de aprouechar penitencia entonces, que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastarà para affligirte, y deshazerte, que la sepas tu mesmo. Y para confirmacion desta verdad, te quiero dezir vna estancia, q̃ hizo el famoso Poeta Luys Tansilo en el fin de su primera parte de las Lagrimas de san Pedro, que dize assi.

Crece el dolor, y crece la verguença
En Pedro quando el dia se ha mostrado,
Y aunque alli no ve a nadie, se auerguença
De si mesmo, por ver que auia pecado:
Que a vn magnanimo pecho, a verguença
No solo ha de mouerle el ser mirado;
Que de si se auerguença quando yerra,
Si bien otro no vee que Cielo, y tierra.

Assi, que no escusaràs con el secreto tu dolor, antes tendras que llorar contino, sino lagrimas de los ojos, lagrimas de sangre del coraçon, como las lloraua aquel simple Doctor, q̃ nuestro Poeta nos cuenta, que hizo la prueua del vaso, que con mejor discurso se escusso de hazerla el prudente Reynaldos: que puesto q̃ aquello sea ficcion Poetica, tiene en si encerrados

rados secretos morales, dignos de ser aduertidos, y entendidos, è imitados. Quanto mas, que con lo que aora pienso dezirte, acabaràs de venir en conocimiento del grande error q̃ estàs cometer. Dime Anselmo, si el Cielo, o tu suerte buena, te huuiera hecho señor, y legitimo possessor de vn finissimo diamante, de cuya bodad, y quilates estuuiessen satisfechos quantos lapidarios le viessen, y q̃ todos a vna voz, y de comun parecer dixessen, que llegaua a veynte quilates, bondad, y fineza, a quanto se podia estender la naturaleza de tal piedra, y tu mesmo lo creyesses assi, sin saber otra cosa en contrario, seria justo que te viniesse en desseo de tomar aquel diamante, y ponerle entre vn yunque y vn martillo, y alli a pura fuerça de braços y braços prouar si es tan duro, y tã fino como dizen? y mas si lo pusiesses por obra: que puesto caso que la piedra hiziesse resistencia a tan necia prueua, no por esso se le añadiria mas valor, ni mas fama: y si se rompiesse, sabe que podria ser, no se perdia todo? Si por acaso, dexando a su dueño en estimacion de q̃ todos le tengan por simple. Pues haz cuenta, Anselmo amigo, q̃ Camila es finissimo diamante assi en tu estimacion, como en la agena, y q̃ no es razon ponerla en contingẽcia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza, no puede subir a mas valor del que aora tie-

tiene: y si faltasse, y no resistiesse, considera de
de aora qual quedarias sin ella, y con quanta
razon te podrias quexar de ti mesmo, por a-
uer sido causa de su perdicion, y la tuya? Mira
que no ay joya en el mundo que tanto valga,
como la muger casta, y honrada, y que todo
el honor de las mugeres consiste en la opinio
buena que dellas se tiene: y pues la de tu espo
sa es tal que llega al estremo de bondad que
sabes, para que quieres poner esta verdad en
duda? Mira amigo, que la muger es animal im
perfecto, y que no se le han de poner embara
ços donde tropiece y cayga, sino quitarselos,
y despejalle el camino de qualquier inconue-
niente, para que sin pesadumbre corra ligera
a alcançar la perfection que le falta, que con-
siste en el ser virtuosa. Cuentan los natura-
les, que el arminio es vn animalejo que tiene
vna piel blanquissima, y que quando quieren
caçarle los caçadores, usan deste artificio, que
sabiendo las partes por donde suele passar y
acudir, las atajan con lodo, y despues ojean-
dole, le encaminan hazia aquel lugar, y assi co
mo el arminio llega al lodo, se està quedo, y
se dexa prender y cautiuar, a trueco de no pa
sar por el cieno, y perder, y ensuziar su blan-
cura, que la estima en mas que la libertad, y la
vida. La honesta y casta muger, es Arminio,
y es mas que nieue blanca y limpia la virtud de la

honestidad, y el que quisiere que no la
pierda, antes la guarde, y conserue, ha de vsar
de otro estilo diferente que con el Arminio se
tiene, porq̃ no le han de poner delante el cie-
no de los regalos, y seruicios de los importu-
nos amãres, porq̃ quiçà, y aun sin quiçà, no tie
ne tanta virtud, y fuerça natural, q̃ pueda por
si mesma atropellar y passar por aquellos em-
barços: y es necessario quitarselos, y ponerle
delante la limpieza de la virtud, y la belleza q̃
encierra en si la buena fama. Es assi mesmo la
buena muger, como espejo de cristal luziente
y claro, pero està sugeto a empañarse, y escure
cerse con qualquiera aliento q̃ le toque. Ha se
de vsar cõ la honesta muger el estilo q̃ con las
reliquias, adorarlas, y no tocarlas. Ha se de
guardar, y estimar la muger buena, como se
guarda y estima vn hermoso jardin que està
lleno de flores, y rosas, cuyo dueño no consiẽ-
te q̃ nadie le passee, ni manosee, basta q̃ desde
lexos, y por entre las verjas de hierro gozen
de su fragancia y hermosura. Finalmente, quie
ro dezirte vnos versos que se me han venido
a la memoria, que los oì en vna comedia mo-
derna, q̃ me parece q̃ hazen al proposito de lo
que vamos tratando. Aconsejaua vn pruden-
te viejo a otro padre de vna donzella, que la
encerrasse, guardasse, y encerrasse: y entre o-
tras razones le dixo estas,

Es de

Es de vidrio la muger,
Pero no se ha de prouar,
Si se puede,o no quebrar,
Porque todo podria ser.
Y es mas facil el quebrarse,
Y no es cordura ponerse
A peligro de romperse
Lo que no puede soldarse.
Y en esta opinion esten
Todos, y en razon la fundo,
Que si ay Danaes en el mundo,
Ay pluuias de oro tambien.

Quanto hasta aqui te he dicho,o Anselmo, ha sido por lo que a ti te toca, y aora es bien que se oyga algo de lo que a mi me conuiene: y si fuere largo, perdoname, que todo lo requiere el laberinto donde te has entrado, y de donde quieres que yo te saque. Tu me tienes por amigo, y quieres quitarme la honra, cosa que es contra toda amistad: y aun no solo pretendes esto, sino q̃ procuras que yo te la quite a ti. Que me la quieres quitar a mi, esta claro, pues quando Camila vea que yo la solicito, como me pides, cierto esta q̃ me ha de tener por hombre sin honra, y mal mirado, pues intento, y hago vna cosa tan fuera de razon, que el ser quié soy, y tu amistad me obligan. De que quieres q̃ te la quite a ti, no ay duda, porque viendo Camila q̃ yo la solicito, ha de pensar

que yo he visto en ella alguna liuiandad, q̃ me de atreuimiento a descubrirle mi mal desseo, estimandose por deshonrada, te toca a ti, como a cosa suya, su mesma deshóra. Y de aqui nace lo que comunmente se platica, q̃ el mal de la muger adultera, puesto q̃ el no lo sepa, ni aya dado ocasiõ para q̃ su muger no sea, se deue, ni aya sido en su mano, ni en su descuydo y poco recato, estoruar su desgracia: cõ todo le llaman, y le nõbran con nobre de menosprecio, y en cãbio de mirarle con lastima, viendo q̃ no por su culpa, sino por el gusto de su mala cõpañera está en aquella desuentura. Pero quierote dezir la causa, porque con justa razon es deshonrado el marido de la muger mala, aunque el no sepa q̃ lo tenga culpa, ni aya sido parte, ni dado ocasion para que ella lo sea: y no te canses de oyrme, q̃ todo ha de redundar en tu prouecho. Quando Dios crió a nuestro primero padre en el Paraysso terrenal, dize la diuina Escritura, que infundió Dios sueño en Adan, y que estando durmiendo le sacó vna costilla del lado siniestro, de la qual formó a nuestra madre Eua, y assi como Adan despertó, y la miro, dixo: Esta es carne de mi carne, y hueso de mis huesos. Y Dios dixo: Por esta dexará el hõbre

a su padre, y madre, y seran dos en vna carne misma. Y entonces fue instituydo el diuino Sacramento del Matrimonio, con tales lazos, q̃ sola la muerte puede desatarlos. Y tiene tanta fuerça, y virtud este milagroso Sacramento, que haze q̃ dos diferentes personas, sean vna misma carne: y aũ haze mas en los buenos casados, que aunque tienen dos almas, no tienen mas de vna voluntad. Y de aqui viene, que como la carne de la esposa sea vna misma con la del esposo, las manchas que en ella caen, y los defectos que se procura, redundan en la carne del marido, aunque el no aya dado, como queda dicho, ocasiõ para aquel daño. Porque assi como el dolor del pie, o de qualquier miẽbro del cuerpo humano, le siente todo el cuerpo, por ser todo de vna carne misma, y la cabeça siente el daño del touillo, sin que se le aya causado. Assi el marido es participante de la deshõra de la muger, por ser vna misma cosa en ella. Y como las honras, y deshonras del mundo, sean todas, y nazcan de carne y sangre, y las de la muger mala sean deste genero, es forçoso que al marido le quepa parte dellas, y sea tenido por deshonrado, sin que lo sepa. Mira pues, o Anselmo, al peligro que te pones, en querer turbar el sossiego en que tu buena esposa viue. Mira por quan vanas, è impertinente curiosidad, quieres reboluer los

humores que aora estan sossegados en el pecho de tu casta esposa. Aduierte, q̃ lo que ganaras a ganar, es poco, y que lo q̃ perderàs es tanto, q̃ lo dexarè en su punto, porq̃ me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo esto he dicho, no basta a mouerte de tu mal proposito, bien puedes buscar otro instrumẽto de tu deshonra, y desuentura, q̃ yo no pienso seruirlo, aunque por ello pierda tu amistad, q̃ es la mayor perdida que imaginar puedo. Calle en diziendo esto, el virtuoso y prudẽte Lotario, y Anselmo quedò tan confuso, y pensatiuo, q̃ por vn buen espacio no le pudo respõder palabra: pero en fin le dixo: Con la atencion q̃ has visto he escuchado, Lotario amigo, todo lo has querido dezirme, y en tus razones, exemplos, y cõparaciones, he visto la mucha discrecion que tienes, y el estremo de la verdadera amistad que alcanças: y assi mesmo veo y confiesso, que sino sigo tu parecer, y me voy tras el mio, voy huyendo del bien, y corriendo tras el mal. Prosupuesto esto, has de consentir, que yo padezco aora la enfermedad que suelen tener algunas mugeres, que se les antoja comer tierra, yesso, carbon, y otras cosas peores, aun asqueroſas para mirarse, quanto mas para comerse: assi que es menester vsar de algun artificio para que yo sane, y essotro podria hazer con facilidad, solo con que

comiences, aunque tibia, y fingidamente, a so-
licitar a Camila, la qual no ha de ser tan tier-
na, q̃ a los primeros encuentros dè con su ho
nestidad por tierra, y con solo este principio
quedarè contento, y tu auras cũplido con lo
que deues a nuestra amistad, no solamente dã-
dome la vida, sino persuadiendome de no ver-
me sin hõra. Y estàs obligado a hazer esto, por
vna razon sola, y es, que estando yo, como es-
toy determinado, d̃ poner en platica esta pra-
ua, no has tu de consentir q̃ yo dè cuenta de
mi desatino a otra persona, con q̃ pondria en
auentura el honor q̃ tu procuras que no pier-
da: y quando el tuyo no estè en el punto que
deue en la intencion de Camila, en tanto q̃ la
solicitares, importa poco, o nada, pues có bre-
uedad, viendo ella la entereza q̃ esperamos,
podras dezir la pura verdad de nuestro artifi-
cio, con q̃ boluera tu credito al ser primero. Y
pues tã poco auenturas, y tanto contento
pued es dar auenturãdote, no lo dexes de ha-
zer, aunq̃ mas inconuenientes se te pongã de-
lant e, pues como ya he dicho, có solo q̃ conmi
ces darè por concluyda la causa. Viendo Lota-
rio la resoluta voluntad de Anselmo, y no ha-
biendo q̃ mas exẽplos traerle, ni q̃ mas ra-
nes mostrarle para q̃ no la siguiesse: y viendo
q̃ le amenazaua q̃ daria a otro cuẽta de su mal
deseo, por euitar mayor mal, determino de có-
tem-

tentarle, y hazer lo q̃ le pedia, con proposito,
y intencio de guiar aquel negocio de modo, q̃
alterar los pensamiẽtos de Camila quedas
Anselmo satisfecho: y assi le respondio, que
no comunicasse su pensamiẽto con otro algu-
no, q̃ el tomaua a su cargo aquella empresa, la
mas comẽçaria quando a el le diesse mas gus
to. Abraçole Anselmo, tierna y amorosamen-
te, y agradeciole su ofrecimiẽto, como si algu-
na grande merced le huuiera hecho, y q̃ queda-
do de acuerdo entre los dos, q̃ desde otro dia
siguiente se començasse la obra, q̃ el le daria lu
gar, y tiempo como a sus solas pudiesse ha-
blar a Camila, y assi mesmo le daria dineros,
joyas q̃ darla, y que ofrecerla. Aconsejole q̃
supiesse musicas, q̃ escriuiesse versos en su ala-
banca, y que quando el no quisiesse tomar tra
bajo de hazerlos, el mesmo los haria. A todo
esto ofrecio Lotario, bien cõ diferente intenciõ
de la Anselmo pensaua: y con este acuerdo se
fueron a casa de Anselmo, dõde hallaron a
Camila con ansia y cuydado, esperãdo a su es
poso, porq̃ aquel dia tardaua en venir mas de
lo acostũbrado. Fuese Lotario a su casa, y An
selmo quedò en la suya, tan contento, como
Lotario fue pẽsatiuo, no sabiendo q̃ traça dar
para salir biẽ de aquel impertinente negocio.
Pero aquella noche pensò el modo que ten-
dria para engañar a Anselmo, sin ofender a

Camila: y otro dia vino a comer con su amigo, y fue bien recebido de Camila, la qual le recebia, y regalaua con mucha voluntad, por entéder la buena que su esposo le tenia. Acabaron de comer, leuantaron los mãteles, y Anselmo dixo a Lotario, que se quedasse alli con Camila, en tanto que el yua a vn negocio forçoso, q̃ dentro de hora y media bolueria. Rogole Camila que no se fuesse, y Lotario se ofrecio a hazerle cõpañia, mas nada aprouecho cõ Anselmo, antes importunò a Lotario, que se quedasse, y le aguardasse, porque tenia q̃ tratar con el vna cosa de mucha importancia. Dixo tãbien a Camila, que no dexasse solo a Lotario, en tanto que el boluiesse. En efero el supo tan bien fingir la necesidad, o necedad de su ausencia, que nadie pudiera entender que era fingida. Fuese Anselmo, y quedaron solos a la mesa Camila, y Lotario, porque la demas gente de casa, toda se auia ydo a comer. Viose Lotario puesto en la estacada que su amigo desseaua: y con el enemigo delante, que podia vencer con sola su hermosura, a vn esquadron de caualleros armados: mirad si era razon que le temiera Lotario? Pero lo que hizo fue, poner el codo sobre el braço de la silla, y la mano abierta en la mexilla, y pidiendo perdon a Camila, del mal comedimiento, dixo q̃ queria reposar vn poco en tanto que Anselmo bol-

uia. Camilla le respondio, q̃ mejor reposaria en el estrado, que en la silla, y assi le rogò q̃ entrasse a dormir en el. No quiso Lotario, sino: el qual como hallò a Camila en su aposẽto, y a Lotario durmiẽdo, creyò q̃ como se auia dado tanto, ya aurian tenido los dos lugar para hablar, y aũ para dormir, y no vio la hora en q̃ Lotario despertasse, para boluerse a si el fuera, y preguntarle de su ventura. Todo le sucedio como el quiso: Lotario despertò, y luego salieron los dos de casa, y assi le pregũtò lo q̃ desseaua: y le respõdio Lotario, q̃ no le auia parecido ser bien q̃ la primera vez se descubriesse del todo, y assi no auia hecho otra cosa, q̃ alabar a Camila de hermosa, diziẽdole que en toda la ciudad no se trataua de otra cosa, q̃ de su hermosura, y discreció, y q̃ este le auia parecido buen principio para entrar ganãdo la voluntad, y disponiẽdola a q̃ otra vez le escuchasse cõ gusto: vsando en esto del artificio q̃ el demonio vsa quando quiere engañar a alguno que està puesto en atalaya de mirar bien si, q̃ se transforma en Angel de luz, siẽdolo de tinieblas, y poniẽdole delante apariẽcias buenas, al cabo descubre quien es, y sale cõ su intẽcio, si a los principios no es descubierto el engaño. Todo esto le cõtentò mucho a Anselmo, y dixo, q̃ cada dia daria el mesmo lugar,

aunque no saliesse de casa, porque en ella se ocuparia en cosas q̃ Camila no pudiesse venir en conocimiento de su artificio. Sucedio pues que se passaron muchos dias q̃ sin dezir Lotario palabra a Camila, respondia a Anselmo, q̃ la hablaua, y jamas podia sacar della vna pequeña muestra de venir en ninguna cosa que mala fuesse, ni aun dar vna señal de sombra de esperança: antes dezia que le amenazaua, q̃ si de aquel mal pensamiento no se quitaua, q̃ auia de dezir a su esposo. Bien està, dixo Anselmo, hasta aqui ha resistido Camila a las palabras, es menester ver como resiste a las obras, yo os darè mañana dos mil escudos de oro, para q̃ se los ofrezcays, y aun se los deys y otros tantos para q̃ compreys joyas con q̃ enamorarla, que las mugeres suelen ser aficionadas, y mas si son hermosas, por mas castas q̃ sean, a esto de traerse bien, y andar galanas: y si ella resiste a esta tentacion, yo queda è satisfecho, y no os darè mas pesadumbre. Lotario respòdio, que ya que auia començado, que el llevaria hasta el fin aquella empresa, pues lo entendia salir della cansado, y vencido. Otro dia recibio los quatro mil escudos, y con ellos quatro mil confusiones, porque no sabia que dezirse para mentir de nueuo, pero en effeto determinò de dezirle, que Camila estaua entera a las dadiuas, y promessas, como a las pala-

labras, y que no auia para q̃ cansarse mas, porque todo el tiempo se gastaua en balde. Pero la suerte que las cosas guiaua de otra manera, ordenò, que auiendo dexado Anselmo hablando a Lotario, y a Camila, como otras vezes dellas, el se encerrò en vn aposento, y por los agujeros de la cerradura estuuo mirando, y escuchando lo que los dos trataua, y vio que en mas de media hora Lotario no hablo palabra a Camila, ni se la hablàra, si alli estuuiera hasta el siglo. Y cayò en la cuèta, de q̃ quanto su amigo le auia dicho, de las respuestas de Camila, todo era ficcion, y mentira. Y para ver si esto era assi, salio del aposento, y llamado Lotario a parte, le preguntò, que nueuas le daua, y de que temple estaua Camila? Lotario le respondio, que no pensaua mas darle pundada en aquel negocio, porque respondia tan honesta, y desabridamente, que no tendria animo para boluer a dezirle cosa alguna. Hà, dixo Anselmo, Lotario Lotario, y quan mal me respondes a lo que me deues, y a lo mucho que de ti confio. Ahora te estado mirando por vn lugar que concede la entrada desta llaue, y no visto que no has dicho palabra a Camila: por donde me doy a entender, que aun las primeras le tienes por dezir: y si esto es assi, como sin duda lo es, para que me engañas? O porque quieres quitarme con tu industria, los

medios que yo podria hallar para conseguir mi desseo? No dixo mas Anselmo, pero bastò lo q auia dicho, para dexar corrido, y confuso a Lotario. El qual casi como tomando por punto de honra, el auer sido hallado en mentira, jurò a Anselmo, que desde aquel momento corriua tan a su cargo el contentalle, y no mentille, qual lo veria, si cò curiosidad lo espiaua quanto mas, que no seria menester vsar de ninguna diligencia, porque la que el pensaua poner en satisfazelle, le quitaria de toda sospecha. Creyole Anselmo, y para dalle comodidad mas segura, y menos sobresaltada, determinò de hazer ausencia de su casa por ocho dias, y dose a la de vn amigo suyo, que estaua en vna aldea, no lexos de la Ciudad. Con el qual amigo concertò, que le embiasse a llamar con muchas veras, para tener ocasion con Camila, de su partida. Desdichado, y mal aduerido de ti Anselmo, que es lo que hazes? que lo que traças? que es lo que ordenas? Mira que hazes contra ti mismo, traçando tu deshonra, y ordenando tu perdicion. Buena es tu esposa Camila, quieta, y sossegadamẽte la possees, nadie sobresalta tu gusto, sus pensamiẽtos no salen de las paredes de su casa, tu eres su cielo en la tierra, el blanco de sus desseos, el cumplimiento de sus gustos, y la medida por donde mide su voluntad, ajustandola en todo con

tu gusto, y cõ la del cielo. Pues si la mina de su hermosura, honestidad, y recogimiẽto, te da sin ningun trabajo, toda la riqueza q̃ tiene, q̃ puedes desscar, para que quieres ahondar la tierra, y buscar nueuas vetas, de nueuo, y nunca visto tesoro, poniendote a peligro, que toda venga abaxo, pues en fin se sustẽta sobre tan debiles arrimos de su flaca naturaleza? Mire que el que busca lo imposible, es justo que lo imposible se le niegue. Como lo dixo mejor el Poeta diziendo.

Busco en la muerte la vida,
Salud en la enfermedad,
En la prision libertad,
En lo cerrado salida,
Y en el traydor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
Iamas espero algun bien,
Con el cielo ha estatuydo,
Que pues lo imposible pido,
Lo posible aun no me den.

Fuesse otro dia Anselmo a la aldea, dexando dicho a Camila, que el tiempo que el estuuiesse ausente, vendria Lotario a mirar por su honra, y a comer con ella, q̃ tuuiesse cuydado de regalle como a su mesma persona. Afligiose Camila, como muger discreta, y honrada, de la orden que su marido le dexaua: y dixole que aduirtiesse que no estaua bien, que nadie el au-

el ausente, ocupasse la silla de su mesa, y que si lo hazia por no tener confiança, que ella sabria gouernar su casa, que prouasse por aquella vez, y veria por experiencia, como para mayores cuydados era bastante. Anselmo le replicò, que aquel era su gusto, y que no tenia mas que hazer, que baxar la cabeça, y obedecelle. Camila dixo, que ansi lo haria, aunq̃ contra su voluntad. Partiose Anselmo, y otro dia vino a su casa Lotario, donde fue recebido de Camila con amoroso, y honesto acoginiento. La qual jamas se puso en parte, donde Lotario la viesse a solas, porque siempre andaua rodeada de sus criados, y criadas, especialmente de vna donzella suya, llamada Leonela, a quien ella mucho queria, por auerse criado desde niñas las dos juntas, en casa de los padres de Camila, y quando se caso con Anselmo, la truxo consigo. En los tres dias primeros nunca Lotario le dixo nada, aunque pudiera quando se leuantauan los manteles, y la gente se yua a comer con mucha priessa, porque assi se lo tenia mandado Camila. Y aun tenia orden Leonela, que comiesse primero que Camila, y que de su lado jamas se quitasse: mas ella, que en otras cosas de su gusto tenia puesto el pensamiẽto, y auia menester aquellas horas, y aquel lugar, para ocuparle en sus contentos, no cumplia todas vezes el mandamiento de

de su señora, antes los dexaua solos, como si aello le huuieran mandado. Mas la honesta presencia de Camila, la grauedad de su rostro, y compostura de su persona era tãta, que ponia freno a la lengua de Lotario. Pero el prouecho que las muchas virtudes de Camila hizieron, poniendo silencio en la lengua de Lotario, redundò mas en daño de los dos. Porq̃ la lengua callaua, el pensamiento discurria, y auia lugar de contemplar parte por parte, todos los estremos de bondad, y de hermosura que Camila tenia, bastantes a enamorar vna estatua de Marmol, no que vn coraçon de carne. Mirauala Lotario en el lugar y espacio que auia de hablarla, y consideraua quan digna era de ser amada: y esta consideracion començò poco a poco a dar assalto a los respectos que a Anselmo tenia, y mil vezes quiso auerse de la ciudad, y yrse donde jamas Anselmo le viesse a el, ni el viesse a Camila: mas le hazia impedimento, y detenia el gusto que hallaua en mirarla. Haziase fuerça, y peleaua consigo mismo, por desechar, y no sentir el contento, que le leuaua a mirar a Camila. Culpauase a solas de su desatino, llamandose mal amigo, y aun mal Christiano. Hazia discursos, y comparaciones entre el, y Anselmo, y todos parauan en dezir, que mas auia sido la locura, y confiança de Anselmo, que su

poca

poca fidelidad. Y que si assi tuuiera disculpa para con Dios, como para con los hombres, de lo que pensaua hazer, que no temiera pena por su culpa. En efecto la hermosura, y la bondad de Camila, juntamẽte con la ocasion que el ignorante marido le auia puesto en las manos, dieró con la lealtad de Lotario en tierra. Y sin mirar a otra cosa, q̃ aquella a q̃ su gusto la inclinaua, al cabo de tres dias de la ausencia de Anselmo, en los quales estuuo en continua batalla, por resistir a sus desseos, començó a requebrar a Camila con tanta turbacion, y con tan amorosas razones, que Camila quedò suspensa, y no hizo otra cosa, que leuantarse de donde estaua, y entrarse en su aposento, sin responderle palabra alguna. Mas no por esta sequedad se desmayò en Lotario la esperança, que siempre nace juntamẽte con el amor, antes tuuo en mas a Camila. La qual auiẽdo visto en Lotario lo que jamas pensara, no sabia que hazerse. Y pareciendole no ser cosa segura, ni bien hecha, darle ocasion, ni lugar, a que otra vez la hablasse, determinò de embiar aquella mesma noche, como lo hizo, a vn criado suyo con vn villete a Anselmo, donde le escriuio estas razones.

CAPIT. XXXIIII. DONDE SE prosigue la nouela del curioso impertinẽte.

ASSI como suele dezirse, que parece mal el exercito sin su general, y el castillo sin su Castellano. Digo yo, que parece muy peor la muger casada, y moça, sin su marido, quando justissimas ocasiones no lo impiden. Yo me hallo tan mal sin vos, y tan imposibilitada de no poder sufrir esta ausencia, que si presto no venis, me aure de yr a entretener en casa de mis padres, aunque dexe sin guarda la vuestra. Porque la que me dexastes, si es que quedò con tal titulo, creo que mira mas por su gusto, que por lo que a vos os toca, y pues soys discreto, no tengo mas que deziros, ni aun es bien que mas os diga.

Esta carta recibio Anselmo, y entendio por ella que Lotario auia ya comẽçado la empresa, y que Camila deuia de auer respondido lo que el desseaua. Y alegre sobre manera de estas nueuas, respondio a Camila de palabra, que no hiziesse mudamiento de su casa en ninguno, por q̃ el bolueria con mucha breuedad. Admirada quedò Camila, de la respuesta de Anselmo, que la puso en mas confusion que primero, porque ni se atreuia a estar en su casa, ni menos yrse a la de sus padres. Porque en la quedada corria peligro su honestidad, y en la yda yua contra el mandamiẽto de su esposo. En fin se resoluio en lo q̃ le estuuo peor,

que

que fue, en el quedarse, con determinacion de no huyr la presencia de Lotario, por no dar q dezir a sus criados, y ya le pesaua de auer escrito lo que escriuio a su esposo, temerosa de que no pensasse, que Lotario auia visto en ella alguna desemboltura, que le huuiesse mouido a no guardalle el decoro que deuia. Pero fiada en su bondad, se fio en Dios, y en su buen pensamiento, con q̃ pensaua resistir callando, a todo aquello q̃ Lotario dezirle quisiesse, sin dar mas cuenta a su marido, por no ponerle en alguna pendencia, y trabajo. Y aun andaua buscando manera como disculpar a Lotario con Anselmo, quando le preguntasse la ocasion que le auia mouido a escriuirle aquel papel. Con estos pensamientos, mas honrados, que acertados, ni prouechosos, estuuo otro dia esperando a Lotario, el qual cargò la mano de manera, q̃ començó a titubear la firmeza de Camila, y su honestidad tuuo harto que hazer en acudir a los ojos, para que no dieſſen muestras de alguna amorosa compassion, que las lagrimas, y las razones de Lotario en su pecho auian despertado. Todo esto notaua Lotario, y todo le encendia. Finalmente a el le parecio que era menester enel espacio, y lugar, q̃ daua la ausencia de Anselmo, apretar el cerco a aquella fortaleza, y assi acometio a su presuncion con las alabanças de su hermosura, porque no

ña que mas presto rinda, y allane las encastillar torres de la vanidad de las hermosas q̃ nuestra vanidad, puesta en las lenguas de la fama. En efeto, el con toda diligẽcia mina la roca de su entereza, cõ tales pertrechos, que aunque Camila fuera toda de bronze, viera al suelo. Llorò, rogò, ofreciò, adulò, por y fingiò Lotario, con tantos sentimiẽtos, y maestras de tantas veras, q̃ dio al traues con el recato de Camila, y vino a triumphar de lo que menos se pensaua; y mas desseaua. Camila. Camila se rindio! pero q̃ mu si la amistad de Lotario no quedò en pie? exemplo claro, que nos muestra, que solo se vẽ la passion amorosa, con huylla, y que nadie ha de poner a braços con tan poderoso ene go. Porque es menester fuerças diuinas, pa vencer las suyas humanas. Solo supo Leone la flaqueza de su señora, porque no se la pu con encubrir, los dos malos amigos, y nue amantes. No quiso Lotario dezir a Cami la pretension de Anselmo, ni que el le auia dado lugar, para llegar a aquel punto. Porque temesse en menos su amor, y pensasse que a caso, y sin pensar, y no de proposito, la auia solicitado. Boluio de alli a pocos dias An a su casa, y no echò de ver lo que falta ella, q̃ era lo que en menos tenia, y mas estima. Fuesse luego a ver a Lotario, y ha

llole en su casa, abraçaronse los dos, y el vno preguntò por las nueuas de su vida, o de su muerte. Las nueuas que te podrè dar, o amigo Anselmo, dixo Lotario, son de que tienes vna muger, que dignamente puede ser exemplo, y corona de todas las mugeres buenas. Las palabras que le he dicho, se las ha llenado el ayre, los ofrecimientos se han tenido en poco, las dadiuas no se han admitido, de algunas lagrimas fingidas mias se ha hecho burla notable. En resolucion, assi como Camila es cifra de toda belleza, es archiuo donde assiste la honestidad, y viue el comedimiento, y el recato, y todas las virtudes q̃ pueden hazer loable, y bien afortunada a vna honrada muger. Buelue a tomar tus dineros amigo, que aqui los tengo, sin auer tenido necesidad de tocar a ellos, q̃ la entereza de Camila no se rinde a cosas tan baxas, como son dadiuas, ni promesas. Contentate Anselmo, y no quieras hazer mas pruebas d̃ las hechas. Y pues a pie enxuto has passado el mar de las dificultades y sospechas q̃ de las mugeres suelen, y pueden tenerse, no quieras entrar de nueuo en el profundo piélago de nueuos incõuenientes, ni quieras hazer experiẽcia con otro piloto, de la bõdad, y fortaleza del nauio q̃ el Cielo te dio en suerte, para q̃ en el passasses la mar deste mundo. Sino haz cuenta q̃ estàs ya en seguro puerto, y assi-

gure con las ancoras dela buena consideraciõ, y dexate estar hasta q̃ te vengan a pedir la deuda, que no ay hidalguia humana, q̃ de pagarla satisfaze. Cõtentissimo quedò Anselmo de las razones de Lotario, y assi se las creyò, como si fueran dichas por algun Oraculo. Pero con todo esso le rogò q̃ no dexasse la empressa, aunque no fuesse mas de por curiosidad, y por entretenimiento, aunq̃ no se aprouechasse de ella adelante de tan ahincadas diligencias, como hasta entonces. Y q̃ solo queria, que le escriuisse algunos versos en su alabança, debaxo del nombre de Clori, porque el le daria a entender a Camila, que andaua enamorado de vna dama, a quien le auia puesto aquel nõbre, por poder celebrarla con el decoro q̃ a su honestidad se le deuia. Y q̃ quando Lotario no quisiera tomar trabajo de escriuir los versos, que el los haria. No sera menester esso, dixo Lotario, pues no me son tan enemigas las Musas, q̃ algunos ratos del año no me visiten. Di a Camila lo q̃ has dicho del finginiento de sus amores, q̃ los versos yo los hare, sino tan buenos como el subjeto merece, serán por lo menos los mejores q̃ yo pudiere. Quedarõ en el acuerdo el impertinente, y el traydor amigo. Y buelto Anselmo a su casa, preguntò a Camila, lo q̃ ella ya se marauillaua, q̃ no se lo huuiesse preguntado. Que fue, que le dixesse la

ocasion porque le auia escrito el papel que le embio. Camila le respondio, que le auia parecido, que Lotario la miraua vn poco mas descembueltamente, que quando el estaua en casa. Pero que ya estaua desengañada, y creia que auia sido imaginacion suya, porq̃ ya Lotario huia de vella, y de estar cõ ella a solas. Dixole Anselmo, que bien podia estar segura de aquella sospecha, porq̃ el sabia que Lotario andaua enamorado de vna donzella principal de la Ciudad, a quien el celebraua debaxo del nombre de Clori, y que aunque no lo estuuiera, no auia que temer de la verdad de Lotario, y de la mucha amistad de entrãbos. Y a no estar auisada Camila de Lotario, de que eran fingidos aquellos amores de Clori, y q̃ el se los auia dicho a Anselmo, por poder ocuparse algunos ratos en las mismas alabanças de Camila, ella sin duda cayera en la desesperada red de los zelos: mas por estar ya aduertida, passo aquel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo q̃ quisiesse. Aunque la conociera, respondio Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la passa de cruel, ningun oprobio haze a su

dama. Pero sea lo que fuere, lo que se dezir, que ayer hize vn soneto a la ingratitud desta Clori, que dize ansi.

SONETO.

EN el silencio de la noche, quando
Ocupa el dulce sueño a los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al Cielo, y a mi Clori dando.
Y al tiẽpo quando el Sol se va mostrando,
Por las rosadas puertas Orientales,
Con suspiros, y acentos desiguales
Voy la antigua querella renouando.
Y quando el Sol de su estrellado asiento,
Derechos rayos a la tierra embia,
El llanto crece, y doblo los gemidos.
Buelue la noche, y bueluo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfia,
Al Cielo sordo, a Clori sin oydos.

No le parecio el Soneto a Camila, pero mequel sobresalto sin pesadumbre. Otro dia estando los tres sobre mesa, rogò Anselmo a Lotario, dixesse alguna cosa de las que auia compuesto a su amada Clori, que pues Camila no la conocia, seguramente podia dezir lo q̃ quisiesse. Aunque la conociera, respondio Lotario, no encubriera yo nada, porque quando algun amante loa a su dama de hermosa, y la passa de cruel, ningun oprobio haze a su

samientos de Lotario con Camila, tan descuy-
dada del artificio de Anselmo, como ya cna-
morada de Lotario. Y assi con el gusto q de
sus cosas tenia, y mas teniendo por entendido
que sus desseos, y escritos a ella se encamina-
uan, y que ella era la verdadera Clori, le rogò
que si otro soneto, o otros versos sabia, los di
xesse. Si sè, respondio Lotario, pero no creo q
es tan bueno como el primero, o por mejor
dezir, menos malo. Y podreyslo bien juzgar,
pues es este.

SONETO.

YO se que muero, y si no soy creydo,
Es mas cierto el morir, como es mas cierto
Verme a tus pies, o bella ingrata, muerto,
Antes que de adorarte arrepentido.
Podrè yo verme en la region de oluido,
De vida, y gloria, y de fauor desierto,
Y alli ver se podra en mi pecho abierto,
Como tu hermoso rostro està esculpido.
Que esta reliquia guardo para el duro
Trance, que me amenaza mi porfia,
Que en tu mismo rigor se fortalece.
Ay de aquel que nauega el Cielo escuro,
Por mar no vsado, y peligrosa via,
A donde Norte, o puerto no se ofrece.

Tambien alabò este segundo soneto Anselmo
como auia hecho el primero, y desta manera
yua añadiendo estauon, a estauon, a la cade-

na con que se enlazaua, y trauaua su deshon-
ra, pues quando mas Lotario le deshonraua,
entonces le dezia q estaua mas honrado. Y có
sobia, todos los escalones que Camila baxaua
hazia el cètro de su menosprecio, los subia en
opinion de su marido, hàzia la cumbre dela
honra, y de su buena fama. Sucedio en esto, q
hallandose vna vez entre otras, sola Camila
con su donzella, le dixo: Corrida estoy, amiga
Leonela, de ver en quan poco he sabido esti-
marme, pues si quiera no hize, que con el tié-
po comprara Lotario la entera possession, q
se di tan presto de mi voluntad. Temo que ha
de estimar mi presteza, o ligereza, sin que eche
de ver la fuerça que el me hizo, para no poder
resistirle. No te de pena esso señora mia, res-
pondio Leonela, q no està la monta, ni es cau-
sa para mengua, la estimacion, darse lo que se
da presto, si en efeto lo que se da es bueno, y
sea por si digno de estimarse. Y aun suele de-
zirse q el que luego da, da dos vezes. Tambiè
suele dezir, dixo Camila, que lo que cuesta
poco, se estima en menos. No corre por ti essa
razon, respondio Leonela, porq el amor, segù
he oydo dezir, vnas vezes buela, y otras anda;
a vno este corre, y con aquel va despacio; a vnos
cansa, y a otros abrasa; a vnos hiere, y a o-
tros mata. En vn mesmo punto comiença
la carrera de sus desseos, y en aquel mesmo

punto la acaba, y concluye. Por la mañana sue-
le poner el cerco a vna fortaleza, y a la noche
la tiene rendida, porque no ay fuerça que le
resista. Y siendo assi, de que te espantas, o de
que temes, si lo mismo deue de auer acontecc-
do a Lotario, auiendo tomado el amor por
instrumento de rendirnos la ausencia de mi se-
ñor? Y era forçoso q en ella se concluyesse to
que el amor tenia determinado, sin dar tiem-
po al tiẽpo, para que Anselmo le tuuiesse de
boluer, y con su presencia quedasse imperfe-
ta la obra? Porq el amor no tiene otro mejor
ministro, para executar lo que dessea, que es la
ocasion: de la ocasion se sirue en todos sus he-
chos, principalmente en los principios. Todo
esto se yo muy bien, mas de experiẽcia, que di
oydas: y algun dia te lo dirè señora, q yo tam
bien soy de carne, y de sangre moça. Quanto
mas, señora Camila, que no te entregaste, no
ste tan luego, que primero no huuiesses visto
en los ojos, en los suspiros, en las razones, y
en las promessas, y dadiuas de Lotario, todo
su alma, viendo en ella, y en sus virtudes, que
digno era Lotario de ser amado. Pues si esto
es assi, no te assalten la imaginacion essos es-
crupulosos, y melindrosos pensamientos,
sino assegurate, que Lotario te estima, como
tu le estimas a el, y viue con contento, y satis-
facion, de que ya q̃ cayste en el lazo amoroso
de

n el que te aprieta de valor, y de estima. Y q̃
o solo tiene las quatro. SS. q̃ dizen que han
de tener los buenos enamorados, sino todo
A.b.c. entero: sino escuchame, y veras co-
o te le digo de coro. El es segun yo veo, y a
mi me parece, Agradecido, bueno, caualiero,
adiuoso, enamorado, firme, gallardo, honra-
o, ilustre, leal, moço, noble, honesto, princi-
al, quantioso, rico, y las. SS. que dizen. Y lue-
o, sacito, verdadero. La X. no le quadra, por-
ue es letra aspera. La Y. ya està dicha. La Z.
ienhechor de tu honra. Riose Camila del A.b.c.
e la donzella, y tuuola por mas platica en las
osas de amor, que ella dezia. Y assi lo con-
irmo ella, descubriendo a Camila, como tra-
ia amores con vn mancebo bien nacido, de
aquesta Ciudad. De lo qual se turbò Cami-
a, temiendo que era aquel camino por donde
ella misma podia correr riesgo. Apurola, si pas-
auan sus platicas a mas que serlo. Ella con poca
verguença, y mucha desemboltura, le respõdio,
que si pasauan. Porque es cosa ya cierta, q̃ los
descuydos de las señoras, quitan la verguença
a sus criadas, las quales quando ven a las amas
dar traspies, no se les dà nada a ellas, de co-
mo, ni de q̃ lo sepan. No pudo hazer otra co
sa Camila, sino rogar a Leonela, no dixesse na
da de su hecho, al q̃ dezia ser su amante, y que
encubriesse sus cosas cõ secreto, porq̃ no viniessen

a noticia de Anſelmo, ni de Lotario. Leonela
reſpõdio, que aſsi lo haria, mas cumpliolo de
manera, q̃ hizo cierto el temor de Camila, de
que por ella auia de perder ſu credito. Porq̃ la
deshoneſta, y atreuida Leonela, deſpues q̃ vio
que el proceder de ſu ama no era el que ſolia,
atreuioſe a entrar, y poner dentro de caſa a
ſu amante, confiada q̃ aunque ſu ſeñora le viſ-
ſe, no auia de oſar deſcubrille. Que eſte daño
acarrean entre otros los pecados de las ſeñoras
ras, que ſe hazen eſclauas de ſus meſmas criadas, y ſe obligan a encubrirles ſus deshoneſtidades, y vilezas, como aconteciò con Camila. Que aunque vio vna, y muchas vezes, q̃ Leonela eſtaua con ſu galan en vn apoſento de la caſa, no ſolo no la oſaua reñir, mas daua lugar a que lo encerraſſe, y quitauale todos los eſtoruos, para que no fueſſe viſto de ſu marido. Pero no los pudo quitar, que Lotario no le vieſſe vna vez ſalir, al romper del alua. El qual ſin conocer quien era, penſò primero que deuia de ſer alguna fantaſma. Mas quando vio caminar, emboçarſe, y encubrirſe, con cuidado, y recato, cayò de ſu ſimple penſamiento, y dio en otro, que fuera la perdicion de todos, ſi Camila no lo remediara. Penſò Lotario q̃ aquel hombre q̃ auia viſto ſalir tan a deshora de caſa de Anſelmo, no auia entrado en ella por Leonela, ni aun ſe acordò ſi Leonela era

el mundo. Solo creyò que Camila, de la
ma manera que auia ſido facil y ligera cõ
o era para otro, que eſtas añadiduras trae
igo la maldad de la muger mala, que pier-
el credito de ſu honra, con el meſmo a quiẽ
ntregò rogada, y perſuadida. Y cree que
mayor facilidad ſe entrega a otros, y da
ible credito a qualquiera ſoſpecha que de
le venga. Y no parece ſino que le faltò a
acio en eſte punto todo ſu buen entendi-
ento, y ſe le fueron de la memoria todos
advertidos diſcurſos. Pues ſin hazer algu-
as que bueno fueſſe, ni aun razonable, ſin mas
as, antes q̃ Anſelmo ſe leuantaſſe impaciẽ
y ciego de la zeloſa rabia, que las entrañas
auia, muriendo por vẽgarſe de Camila, que
ninguna coſa le auia ofendido, ſe fue a An-
lmo, y le dixo: Sabete Anſelmo, que ha mu-
os dias que he andado peleando conmigo
ſmo, haziendome fuerça, a no dezirte lo q̃
no es poſsible, ni juſto q̃ mas te encubra. Sa
e que la fortaleza de Camila, eſtà ya ren-
da, y ſujeta a todo aquello que yo quiſiere
ver della, y ſi he tardado en deſcubrirte eſta
dad, ha ſido por ver ſi era algun liuiano an
ſuyo, o ſi lo hazia por pronarme, y ver
on con propoſito firme tratados, los
ueres que con tu licencia con ella he co-
gado. Crey anſi miſmo, que ella ſi

fue-

fuera la que deuia, y la q̃ entrambos pensa-
mos, ya te huuiera dado cuẽta de mi solicitud.
Pero auiendo visto q̃ se tarda, conozco q̃ son
verdaderas las promesas que me ha dado, de
q̃ quando otra vez hagas ausencia de tu casa,
me hablarà en la recamara, donde està el re-
puesto de tus halajas, (y era la verdad, q̃ alli le
solia hablar Camila) y no quiero q̃ precipito-
samente corras a hazer alguna vengança, pues
no està aun cometido el pecado, sino con pen-
samiento, y podria ser, que deste, hasta el tiem-
po de ponerle por obra, se mudasse el de Ca-
mila, y naciesse en su lugar el arrepentimiento.
Y assi ya que en todo, o en parte has seguido
siempre mis consejos, sigue, y guarda vno que
aora te dire, para q̃ sin engaño, y con medroso
aduertimiento te satisfagas de aquello q̃ mas
vieres que te conuẽga. Finge que te ausentas
por dos, o tres dias, como otras vezes suelen,
haz de manera que te quedes escondido en tu
recamara, pues los tapizes q̃ alli ay, y otras co-
sas con q̃ te puedas encubrir, te ofrecẽ mucha
comodidad, y entonces veras por tus mismos
ojos, y yo por los mios, lo q̃ Camila quiere; y
si fuere la maldad q̃ se puede temer, antes q̃
esperar, con silencio, sagacidad, y discrecio̱ po-
dras ser el verdugo de tu agrauio. Absorto, y
pensoso, y admirado quedò Anselmo, con las ra-
zones de Lotario, porq̃ le cogierõ en tiempo
donde

nde menos las esperaua oyr, porque ya te-
a a Camila por vencedora de los fingidos
lhos de Lotario, y comẽçaua a gozar la glo
del vencimiento. Callando estuuo por vn
en espacio mirando al suelo sin mouer pes-
, y al cabo dixo: Tu lo has hecho Lotario,
esto yo esperaua de tu amistad, en todo he
seguir tu consejo, haz lo q̃ quisieres, y guar
aquel secreto, que ves que cõuiene en caso
en no pensado. Prometioselo Lotario, y en
rtandose del, se arrepintio totalmente de
esto le auia dicho, viendo quan neciamẽte
ia andado, pues pudiera el vengarse de Ca-
la, y no por camino tan cruel, y tan deshon
sto. Maldezia su entendimiento, afeaua su li
ra determinacion, y no sabia que medio to-
ese para deshazer lo hecho, o para dalle al-
na razonable salida. Al fin acordò de dar
enta de todo a Camila, y como no faltaua lu
r para poderlo hazer, aq̃l mismo dia la hallò
. Y ella assi como vio q̃ le podia hablar, le
o: Sabed amigo Lotario que tengo vna pe-
en el coraçon, que me le aprieta de suerte,
parece q̃ quiere rebentar en el pecho, y ha
z marauilla sino lo haze. Pues ha llegado
desuerguença de Leonela a tanto, q̃ cada no
e encierra a vn galan suyo en esta casa, y se
õ el hasta el dia, tã a costa de mi credito,
o le quedarà campo abierto de juzgarlo,
al que

al que le viere salir a horas tan inusitadas de mi casa: y lo que me fatiga es, que no la puedo castigar, ni reñir. Que el ser ella secretario de nuestros tratos, me ha puesto vn freno en la boca, para callar los suyos, y temo que de aquí ha de nacer algun mal sucesso. Al principio que Camila esto dezia, creyo Lotario que era artificio para desmentille, que el hombre que auia visto salir era de Leonela, y no suyo: pero viendola llorar, y afligirse, y pedirle remedio, vino a creer la verdad, y en creyendola acabo de estar confuso, y arrepentido del todo. Pero con todo esto respódio a Camila, que no tuuiesse pena, q̃ el ordenario remedio para atajar la insolencia de Leonela. Dixole assi mismo lo que instigado de la furiosa rauia de los zelos, auia dicho a Anselmo, y como estaua concertado de esconderse en la recamara, para ver desde alli a la clara la poca lealtad q̃ ella le guardaua. Pidiole perdó desta locura, y cobrasse para poder remedialla, y salir bien de tan rebuelto laberinto, como su mal discurso le auia puesto. Espantada quedò Camila de oyr lo q̃ Lotario le dezia, y cõ mucho enojo, y muchas y discretas razones le riñò, y afeò su mal pensamiento, y la simple, y mala determinacion que auia tenido. Pero como naturalmente tiene la muger ingenio presto para el bien, y para el mal, mas que el varon; puesto que le

cando, quãdo de proposito se pone a hazer
sos: luego al instãte hallò Camila el mo-
de remediar tan al parecer inremediable
cio, y dixo a Lotario, que procurasse que
dia se escondiesse Anselmo donde dezia,
que ella pensaua sacar de su escondimien-
modidad, para que desde alli en adelãte
os se gozassen sin sobresalto alguno: y sin
rarle del todo su pensamiento, le aduir-
que tuuiesse cuydado que en estãdo Ansel-
escondido, el viniesse quando Leonela le
asse, y q̃ a quanto ella le dixesse, le respon-
, como respondiera, aunque no supiera
Anselmo le escuchaua. Porfiò Lotario q̃
acabasse de declarar su intencion, porque
mas seguridad, y auiso guardasse todo lo
viesse ser necessario. Digo, dixo Camila, q̃
y mas q̃ guardar, sino fuere responderme
yo os preguntare. No queriendo Ca-
darle antes cuenta de lo que pensaua ha-
, temerosa que no quisiesse seguir el pare-
que a ella tan bueno le parecia, y siguiesse,
caisse otros, q̃ no podrian ser tan buenos.
esto se fue Lotario, y Anselmo otro dia cõ
cencia de yr a aq̃lla aldea de su amigo, se par
y boluio a esconderse, q̃ lo pudo hazer cõ
modidad, porque de industria se la dieron
ela, y Leonela. Escondido pues Anselmo
aquel sobresalto que se puede imaginar,

que

que tendria el que esperaua ver por sus ojos
hazer notomia de las entrañas de su honra.
yuase a pique de perder el sumo bien, que el
pensaua que tenia en su querida Camila. Sup
ras ya, y ciertas Camila, y Leonela, que A
mo estaua escondido, entrarõ en la recamara
y a penas huuo puesto los pies en ella Cam
la, quando dando vn grande suspiro dixo
Leonela amiga, no seria mejor, que antes q
llegasse a poner en execucion lo que no q
ro que sepas, porque no procures estoruar
que tomasses la daga de Anselmo q̃ te he
dido, y passasses con ella este infame pech
mio? Pero no hagas tal, que no será razon q
yo lleue la pena de la agena culpa. Primer
quiero saber, que es lo que vieron en mi
atreuidos, y deshonestos ojos de Lotario,
fuesse causa de darle atreuimiẽto a descub
me vn tan mal desseo, como es el que m
descubierto en desprecio de su amigo, y
deshonra mia. Ponte Leonela a essa ventan
llamale, que sin duda alguna el deue de
en la calle esperando poner en efeto su m
intenciõ. Pero primero se pondrá la cruel
to honrada mia. Ay señora mia, respondi
sagaz, y aduertida Leonela, y q̃ es lo q̃ quier
hazer con esta daga? Quieres por ventura q
tarte la vida? o quitarsela a Lotario? q̃ q
quiera destas cosas que quieras, ha de re
en po-

perdida de tu credito, y fama. Mejor es q̃
comiesse su agrauio, y no des lugar a q̃ este
hõbre entre aora en esta casa, y nos halle
mira señora que somos flacas mugeres,
es hombre, y determinado, y como viene
ay mal proposito ciego, y apassionado,
antes que tu pongas en execucion el tu
ara el lo que te estaria masmal, q̃ quitarte
da. Mal aya mi señor Anselmo, q̃ tanto mã
querido dar a este desuentura caras en su
Y ya señora q̃ le mates, como yo pienso
quieres hazer, q̃ hemos de hazer del des
de muerto? Que amiga, respõdio Camila,
rmosle para q̃ Anselmo le entierre; pues
ello que tenga por descanso el trabajo q̃
re en poner debaxo la tierra su misma in
llamale acaba, q̃ todo el tiempo q̃ tar
en tomar la deuida venganca de mi agra
parece q̃ ofendo a la lealtad q̃ a mi esposo
Todo esto escuchaua Anselmo, y a cada
ora q̃ Camila dezia, se le mudauan los pen
entos. Mas quando entendio que estaua
ta en matar a Lotario, quiso salir, y des
se, porq̃ tal cosa no se hiziesse; pero de
el desseo de ver en que paraua tanta ga
da, y honesta resoluciõ, con proposito de
a tiempo q̃ la estoruasse. Tomole en esto
ñas vn fuerte desmayo, y arrojãdose en
la cama q̃ alli estaua, començõ Leo-

nela a llorar muy amargamente, y a dezir: Ay
desdichada de mi, si fuesse tan sin ventura, q̃ se
me muriesse aqui entre mis braços la flor de
la honestidad del mũdo, la corona de las bue-
nas mugeres, el exemplo de la castidad, con o-
tras cosas a estas semejantes, que ninguno la
escuchara, que no la tuuiera por la mas lasti-
mada, y leal donzella del mundo: y a su señora
por otra nueua, y perseguida Penelope. Pero
tardò en boluer de su desmayo Camila, y en
boluer en si, dixo: Porque no vas Leonela a lla-
mar al mas leal amigo de mi amigo que vio el
Sol, o cubrio la noche? Acaba, corre, aguija, a-
mina, no se esfogue có la tardança el fuego de
la colera que tengo, y se passe en amenazas, y
maldiciones la justa vengãça q̃ espero. Ya voy
a llamarle señora mia, dixo Leonela, mas has
me de dar primero essa daga, porque no haga
cõsa en tanto q̃ falto, que dexes con ella que
llorar toda la vida a todos los q̃ bien te quie-
ren. Ve segura, Leonela amiga, q̃ no hare, res-
pondio Camila, porque ya que sea atreuida y
simple a tu parecer en boluer por mi hõra, no
lo he de ser tanto como aquella Lucrecia, de
quien dizẽ, q̃ se matò sin auer cometido error
alguno, y sin auer muerto primero a quien fue
uo la causa de su desgracia: yo morire, si mue-
ro, pero ha de ser vẽgada, y satisfecha del que
me ha dado ocasion de venir a este lugar a tan

se sin atreuimiẽtos, nacidos tã sin culpa mia.
Mucho se hizo de rogar Leonela antes que sa-
liesse a llamar a Lotario, pero en fin salio, y
en entretanto q̃ boluia quedò Camila diziendo,
como q̃ hablaua consigo misma: Valame Dios,
no fuera mas acertado auer despedido a Lota-
rio, como otras muchas vezes lo he hecho, que
de ponerle en condiciõ, como ya le he puesto,
que me tenga por deshonesta, y mala, siquiera
por tiempo que he de tardar en desengañarle?
Mejor fuera sin duda: pero no quedara yo vẽ-
gada, ni la honra de mi marido satisfecha, si tã
presto nos lauadas, y tã a passo llano se boluiera
a salir de donde sus malos pensamiẽtos le en-
traron. Pague el traydor có la vida, lo q̃ intentò
con tan lasciuo desseo. Sepa el mũdo (si acaso
llegare a saberlo) de q̃ Camila no solo guardò
lealtad a su esposo, sino q̃ le dio vengaça del
que se atreuio a ofendelle. Mas con todo creo, q̃
fuera mejor dar cuenta desto a Anselmo, pero
ya se la apuntè a dar en la carta q̃ le escreui al
principio, y creo q̃ el no acudir el al remedio del
peligro que alli le señalè, deuio de ser q̃ de puro
bueno, y confiado, no quiso, ni pudo creer que
en el pecho de su tan firme amigo pudiesse ca-
ber genero de pẽsamiento q̃ contra su honra
fuesse, ni aun yo lo creyera despues por muchos
dias, ni lo creyera jamas, si su insolencia no lle
gara a tanto, que las manifiestas dadiuas, y las

largas promesas, y las continuas lagrimas no
me lo manifestaran. Mas para q̃ hago yo aora
estos discursos? tiene por vētura vna resolucio
gallarda necessidad de cōsejo alguno? no por
cierto. Afuera pues traydores, aqui vengāças
entre el falso, venga, llegue, muera, y acabe, y
suceda lo q̃ sucediere. Limpia entré en poder
del q̃ el cielo me dio por mio, limpia he de bo
lir del, y quando mucho saldre bañada en a
casta sangre, y en la impura del mas falso amo
go q̃ vio la amistad en el mundo: y diziendo
esto se passeaua por la sala con la daga desen
baynada, dando tan desconcertados, y desati
rados passos, y haziendo tales ademanes, q̃ no
parecia sino q̃ le faltaua el juyzio, y q̃ no era
muger delicada, sino vn rufian desesperado.
Todo lo miraua Anselmo cubierto de tras de
vnos tapizes dōde se auia escōdido, y de todo
se admiraua, y ya le parecia que lo que auia
visto, y oydo era bastante satisfacion para ma
yores sospechas: y ya quisiera la prueua de v
nir Lotario faltara, temeroso de algun mal re
pētino sucesso: y estādo ya para manifestarse,
y salir para abraçar, y desengañar a su espos
se detuuo, porque vio que Leonela boluia con
Lotario d'la mano, y assi como Camila le vio
haziendo con la daga en el suelo vna gran ra
ya delante della, le dixo: Lotario aduierte lo q̃
te digo, si a dicha te atreuieres a passar desta
raya

raya que ves, ni aun llegar a ella, en el punto q̃
veras que lo intētas, en esse mismo me passare
el pecho con esta daga q̃ en las manos tengo: y
antes q̃ a esto me respondas palabra, quiero
que veras algunas me escuches, q̃ despues respon
deras lo q̃ mas te agradare. Lo primero, quie-
ro Lotario q̃ me digas, si conoces a Anselmo
mi marido, y en q̃ opinion le tienes? Y lo se-
gundo, quiero saber tambien si me conoces a
mi: Respondeme a esto, y no te turbes, ni pien
ses mucho lo q̃ has de responder: pues no son
dificultades las q̃ te pregūto. No era tan igno
rante Lotario, que desde el primer punto que
Camila le dixo q̃ hiziesse esconder a Anselmo,
no huuiesse dado en la cuenta de lo q̃ ella pen
sana hazer, y assi correspōdio con su intenciō
muy discretamente, y tan a tiempo, q̃ hizieran
los dos passar aquella mentira por mas q̃ cier-
ta verdad, y assi respondio a Camila desta ma
nera: No pense yo, hermosa Camila, q̃ me lla-
mauas para preguntarme cosas tan fuera dela
intencion con q̃ yo aqui vengo: si lo hazes por
mostrarme la prometida merced, desde mas le-
jos la pudieras entretenerla, porq̃ tanto mas fa-
cil es el bien desseado, quanto la esperança está
mas cerca de posseello: pero porq̃ no digas q̃
no respondo a tus preguntas, dessо que co-
nozco a tu esposo Anselmo, y nos conoce-
mos dos desde nuestros mas tiernos años,

y no quiero dezir lo que tu tambien sabes de nuestra amistad por me hazer testigo del agravio que el amor haze q̃ le haga, poderosa disculpa de mayores yerros. A ti te conozco, y tengo en la misma possession que el te tiene, que a no ser assi, por menos prendas que las tuyas, no auia yo de yr contra lo q̃ deuo a ser quien soy, y contra las santas leyes de la verdadera amistad, aora por tã poderoso enemigo como el amor, por mi rompidas, y violadas. Si esso confiessas, respódio Camila, enemigo mortal de todo aquello que justamẽte merece ser amado, con que rostro osas parecer ante quien sabes que es el espejo donde se mira aquel en quien tu te deuieras mirar, para que vieras con quan poca ocasion le agravias? Pero ya cayo, hay desdichada de mi, en la cuenta de quien te ha hecho tener tan poca con lo que a ti mismo deues, que deue de auer sido alguna desemboltura mia, que no quiero llamarla deshonestidad, pues no aura procedido d' desliberada determinacion, sino de algun descuydo de los q̃ las mugeres, que piensan q̃ no temen de quien recatarse, suelen hazer inadvertidamente. Sino dime quando, o traydor, respondi a tus ruegos, con alguna palabra, o señal q̃ pudiesse despertar en ti alguna sombra de esperança, de cũplir tus infames desseos? Quando tus amorosas palabras no fueron desde-

chas, y reprehendidas de las mias, con rigor, y aspereza? Quando tus muchas promessas y mayores dadiuas fueró de mi creydas, ni admitidas? Peró por parecerme que alguno no puede perseuerar en el intento amoroso luen tiempo, sino es sustentado de alguna esperança, quiero atribuyrme a mi la culpa de tu impertinencia: pues sin duda alguna descuydo mio ha sustentado tanto tiempo tu cuydado, y assi quiero castigarme, y darme la pena q̃ tu culpa merece. Y porque viesses que siendo contigo tan inhumana, no era possible dexar de serlo contigo, quise traerte a ser testigo del sacrificio que pienso hazer a la ofendida honra de mi tan honrado marido, agraviado de ti con el mayor cuydado que te ha sido possible, y de mi tambié con el poco recato que he tenido del huyr la ocasion, si alguna te di para merecer, y canonizar tus malas intenciones. Torno a dezir, q̃ la sospecha q̃ tengo que algũ descuydo mio engẽdró en ti tan desuariados pensamiẽtos, es la que mas me fatiga, y la que mas desseo castigar con mis proprias manos: porq̃ castigandome otro verdugo, quiça publicara mas publica mi culpa: poro antes q̃ esto venga quiero matar muriendo, y lleuar cõmigo quien me acabe de satisfazer el desseo de la vẽgança que espero, y tengo, viendo alla donde sabra q̃ fuere la pena que dà la justicia desin-

teressada, y que no se doblaua al q̃ en terminos tan desesperados me ha puesto. Y diziendo estas razones con vna increyble fuerça y ligereza arremetio a Lotario con la daga desembaynada, cõ tales muestras de querer enclauarsela en el pecho, que casi el estuuo en duda, si aquellas demostraciones eran falsas, o verdaderas, porque le fue forçoso valerse de su industria, y de su fuerça, para estoruar que Camila no le diesse, la qual tan viuamente fingia aquel estraño embuste, y fealdad, que por dalle color de verdad, la quiso matizar con su misma sangre: porque viendo que no podia auer a Lotario, o fingiendo que no podia, dixo: Pues la fuerça no quiere satisfazer del todo mi tã justo deseo, alomenos no será tan poderosa, que en parte me quite que no le satisfaga: y haziendo fuerça para soltar la mano de la daga, que Lotario la tenia asida, la sacò, y guiãdo su puntada por parte que pudiesse herir, no profundamente, se la entrò, y escondio por mas arriba de la yslilla del lado yzquierdo jũto al ombro, y luego se dexò caer en el suelo como desmayada. Estauan Leonela, y Lotario suspensos, y atonitos de tal sucesso, y toda via dudauã de la verdad de aql hecho, viẽdo a Camila tendida en tierra, y bañada en su sangre: acudio Lotario cõ mucha presteza, despauorido, y sin aliento a sacar la daga, y en ver la pequeña herida dexó

del temor que hasta entonces tenia, y de nueuo se admirò de la sagazidad, prudencia, y mucha discrecion de la hermosa Camila: y por acabar con lo que a el le tocaua, començò a hazer vna larga, y triste lamentaciò sobre el cuerpo de Camila, como si estuuiera difunta, echãdole muchas maldiciones, no solo a el, sino al que auia sido causa de auelle puesto en aquel termino. Y como sabia q̃ le escuchaua su amigo Anselmo, dezia cosas, q̃ el que le oyera le tuuiera mucha mas lastima que a Camila, aunq̃ por muerta la juzgara. Leonela la tomò en braços, y la puso en el lecho, suplicãdo a Lotario fuesse a buscar quien secretamente a Camila curasse. Pediale assi mismo consejo, y parecer de lo que dirian a Anselmo de aquella herida de su señora, si a caso viniesse antes q̃ estuuiesse sana. El respondio, q̃ dixessen lo que quisiessen, que no estaua para dar consejo q̃ de prouecho fuesse, solo le dixo que procurasse tomarle la delantera, porque el se yua a donde gentes no le viessen. Y con muestras de mucho dolor, y sentimiento se salio de casa, y quando se vio solo en parte donde nadie le veria, no cessaua de hazerse Cruzes, marauillãdose de la industria de Camila, y de los ademanes tan proprios de Leonela. Consideraua quan enterado auia de quedar Anselmo de que tenia por muger a la segunda Porcia, y desseaua verse con el,

para celebrar los dos la mentira, y la verdad mas dissimulada, q̃ jamas pudiera imaginarse. Leonela tomò, como se ha dicho, la sangre a la señora, q̃ no era mas de aquello q̃ bastò para acreditar su embuste, y lauando con vn poco de vino la herida, se la atò lo mejor que supo, diziendo tales razones en tanto que la curaua, que aunque no huuieran precedido otras, bastaran a hazer creer a Anselmo, que tenia en Camila vn simulacro de la honestidad. Leonela se atronse a las palabras de Leonela, otras de Camila, llamandose couarde, y de poco animo, pues le auia faltado al tiẽpo que fuera mas necessario tenerle, para quitarse la vida, q̃ tan aborrecida tenia. Pedia consejo a su donzella si diria, o no, todo aquel sucesso a su querido esposo, la qual le dixo, q̃ no se lo dixesse, porque le pondria en obligacion de vengarse de Lotario, lo qual no podia ser sin mucho ruego suyo, y que la buena muger estaua obligada a no dar ocasion a su marido a que riñesse, sino a quitalle todas aquellas que le fuesse posible. Respõdio Camila, q̃ le parecia muy bien parecer, y que ella le seguiria. Pero que en todo caso conuenia buscar que dezir a Anselmo de la causa de aquella herida q̃ el no podria dexar de ver: a lo que Leonela respõdia, q̃ ella ni aun burlãdo no sabia mentir. Pues yo hermana, replicò Camila, q̃ tengo de saber? que no

se atreuere a forjar, ni sustentar vna mentira si me fuesse en ello la vida? Y si es que no he de saber dar salida a esto, mejor será dezille la verdad desnuda, que no que nos alcance en mentirosa cuenta. No tengas pena señora de aqui a mañana, respondio Leonela, yo fingiré que le digamos, y quiça que por ser la herida donde es, la podràs encubrir sin que el cielo, y el Cielo será seruido de fauorecer a nuestros tan justos, y tan honrados pensamiẽtos. Sossiegate señora mia, y procura sossegar essa alteracion, porque mi señor no te halle sobresaltada: y lo demas dexalo a mi cargo, y al cuydado Dios, q̃ siẽpre acude a los buenos desseos. Con este silẽcio auia estado Anselmo a escuchar, deseando ver representar la tragedia dela muerte de honra: la qual con tan estraños, y eficazes actos la representaron los personages della, que le parecio que se auian transformado en la misma verdad de lo que fingian. Desseaua mucho la noche, y el tener lugar para salir de su estancia, y yr a verse con su buen amigo Lotario, para gratulãdose con el de la Margarita precio que auia hallado en el desengaño de la bõdad de su esposa. Tuuierõ cuydado las dos de darle lugar, y comodidad a q̃ salieſſe, y el sin perder punto salio, y luego fue a buscar a Lotario, el qual hallado, no se puede buenamente contar los abraços q̃ le dio, las cosas q̃ de su cõtento le di-

le dixo las alabanças que dio a Camila. Todo lo qual escucho Lotario sin poder dar muestras de alguna alegria: porq̃ se le representaua a la memoria quan engañado estaua su amigo, y quan injustamente el le agrauiaua. Y aunque Anselmo veia q̃ Lotario no se alegraua, creya ser la causa por auer dexado a Camila biuda, y auer el fido la causa. Y assi entre otras razones le dixo, q̃ no tuuiesse pena del sucesso de Camila, porque sin duda la herida era ligera: pues quedauã de concierto de encubrirla a el. Y q̃ segun esto no auia de que temer, sino q̃ de alli adelante se gozasse, y alegrasse con ella, pues por su industria, y medio el se veia leuantado a la mas alta felicidad, q̃ acertara desearse, y queria q̃ no fuessen otros sus entretenimientos q̃ en hazer versos en alabança de Camila, que la hiziessen eterna en la memoria de los siglos venideros. Lotario alabo su buena determinacion, y dixo, q̃ el por su parte ayudaria a leuãtar tan ilustre edificio. Con esto quedò Anselmo el hóbre mas sabrosamente engañado que pudo auer en el mũdo: el mismo Lotario la por la mano a su casa, creyẽdo q̃ llenaua el instrumento de su gloria, toda la perdicion de su fama. Recebiale Camila con rostro al parecer torcido, aunq̃ con alma risueña. Duro este engaño algunos dias, hasta q̃ al cabo de pocos meses bolnio fortuna su rueda, y salio a plaza

la maldad con tanto artificio hasta alli cubierta, y a Anselmo le costò la vida, su impertinente curiosidad.

CAP. XXXV. DONDE SE DA fin a la nouela del curioso impertinente.

POco mas quedaua por leer de la nouela, quando del camaranchon donde reposaua don Quixote, salio Sancho Pança todo alborotado, diziendo a bozes: Acudid señores presto, y socorred a mi señor, que anda embuelto en la mas reñida, y trauada batalla, q̃ mis ojos han visto. Viue Dios que ha dado vna cuchillada al Gigãte enemigo de la señora Princesa Micomicona, q̃ le ha tajado la cabeça cercen a cercen, como si fuera vn nabo. Que dezis hermano, dixo el Cura, (dexãdo de leer lo q̃ de la nouela quedaua) estays en vos Sancho? Como diablos puede ser esso q̃ dezis, estando el Gigante dos mil leguas de aqui? En esto oyeron vn gran ruydo en el aposento, y que don Quixote dezia a bozes: Tente ladrõ fementido, tente tollon, que aqui te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra. Y parecia q̃ daua grandes cuchilladas por las paredes. Y dixo Sancho: no tienen q̃ pararse a escuchar, sino entrẽ a partir la pelea, o a ayudar a mi amo: aunq̃ no sera menester, porq̃ sin duda alguna el Gigante està ya muerto, y dãdo cuenta a Dios

de

de su passada, y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeça cortada, y caydo a vn lado que es tamaña como vn gran cobro de vino. Que me maten, dixo a esta sazó el ventero, si don Quixote, o don diablo no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que a su cabecera estauan llenos, y el vino derramado deue de ser lo que le parece sangre a este buen hombre. Y con esto entro en el aposento, y todos tras el, y hallaron a don Quixote en el mas estraño traje del mũdo: estaua en camisa, la qual no era tan cũplida, que por delante le acabasse de cubrir los muslos, y por detras tenia seys dedos menos: las piernas erã muy largas, y flacas, llenas de vello, y no nada limpias. Tenia en la cabeça vn bonetillo colorado grassiento, que era del ventero. En el braço yzquierdo tenia rodeada la mãta de la cama, cõ quien tenia ogeriza Sancho, y el se sabia bien el porque. Y en la derecha desembaynada la espada, cõ la qual daua cuchilladas a todas partes, diziendo palabras, como si verdaderamente estuuiera peleando con algun Gigante: y es lo bueno, q̃ no tenia los ojos abiertos, porq̃ estaua durmiendo, y soñando que estaua en batalla con el Gigante. Que fue tan intensa la imaginacion de la auentura que yua a fenecer, q̃ le hizo soñar que ya auia llegado al Reyno de Micomicona,

ya estaua en la pelea con su enemigo, y a dado tantas cuchilladas en los cueros, yendo que las daua en el Gigante, que toel aposento estaua lleno de vino: lo qual vi por el ventero, como tanto enojo, q̃ arremetio con don Quixote, y a puño cerrado le empeço a dar tãtos golpes, que si Cardenio cara no se le quitara, el acabara la guerra del Gigante, y con todo aquello no despertaua el pobre caualléro, hasta q̃ el Barbero truxo gran caldero de agua fria del pozo, y se lo echo por todo el cuerpo, de golpe, con lo qual despertò don Quixote, mas no con tanto acordo, que echasse de ver de la manera que estaua Dorotea q̃ vio quan corta, y sotilmente estaua vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador, y de su cõtrario. Andaua mucho buscando la cabeça del Gigãte, por todo el suelo, y como no la hallaua, dixo: Ya sè que todo lo desta casa es encantamẽtos, porque la otra vez, en este mesmo lugar dõde ahora me hallo, me dieron muchos moxicones, y muchos, sin saber quien me los daua, y nunca pude ver a nadie: y aora no parece por aqui cabeça, que vi cortar por mis mismos ojos, y la sangre corria del cuerpo, como de vna fuente. Que sangre, ni que fuẽte dizes, enemigo de Dios, y de sus Santos, dixo el vẽtero? sabes, ladron, que la sangre, y la fuente, no es

no es otra cosa, que estos cueros que aquí es-
tan horadados, y el vino tinto q̃ nada en e-
te aposento, que nadando vea yo el alma d
los infiernos, de quien los horadò? No se na-
da, respondio Sancho, solo se, que vendrè a
ser tan desdichado, que por no hallar esta c
beça, se me ha de deshazer mi Còdado, como
la sal en el agua. Y estaua peor Sancho desse-
to, que su amo durmiédo: tal le tenian las pa-
tadas que su amo le auia hecho. El ventero
desesperaua de ver la sierna del escudero, y
malencio del señor, y juraua q̃ no auia de
como la vez passada, y que se le fueron sin pa
gar: y que aora no le auian de valer los pri
legios de su caualleria, para dexar de pagar
vno y lo otro, aun hasta lo que pudiessen co
tar las botanas q̃ se auian de echar a los
cueros. Tenia el Cura de las manos a dò Qui
xote, el qual creyendo que ya auia acabado
auentura, y que se hallaua delante de la Pri
cesa Micomicona, se hincò de rodillas delan
te del Cura, y diziendo: Bien puede la vues
grandeza, alta, y famosa señora, viuir de
mas segura, que le pueda hazer mal esta m
nacida criatura, y yo tambien de oy m
soy quito de la palabra que os di, pues co
el ayuda del alto Dios, y con el fauor de aq
lla por quien yo viuo, y respiro, tambien
he cumplido. No lo dixe yo, dixo oyendo

dho Sancho, si que no estaua yo borracho, mi-
rad si tiene puesto ya en sal mi amo al Gigan-
te. Ciertos son los toros, mi Condado està de
molde. Quien no hauia de reyr con los dispa-
rates de los dos, amo, y moço? Todos reyan, si
no el ventero, que se daua a Satanas. Pero en
fin tanto hizieron el Barbero, Cardenio, y el
Cura, que con no poco trabajo dieron con don
Quixote en la cama, el qual se quedò dormido,
con muestras de grandissimo cansancio. Dexa-
mosle dormir, y salieronse al portal de la venta,
para consolar a Sancho Pança, de no hauer hallado
la cabeça del Gigante: aunque mas tuuierõ que
hazer en aplacar al ventero, que estaua desespe-
rado por la repentina muerte de sus cueros: y
la ventera dezia en boz, y en grito: En mal punto
y en hora menguada entrò en mi casa este ca
ballero andante, que nunca mis ojos le huuie-
ran visto, que tan caro me cuesta. La vez passa-
da se fue con el costo de vna noche, de cena, ca
mas, paja, y cenada, para el, y para su escudero, y
mas rozin, y vn jumento, diziendo que era caua
llero auenturero, que mala auentura le dè Dios
a el, y a quantos auenturetos ay en el mundo: y
que por esto no estaua obligado a pagar nada,
porque assi estaua escrito en los aranzeles de la ca-
balleria andantesca. Y aora por su respeto, vino
aquel señor, y me lleuò mi cola, y hamela buel
ta con mas de dos quartillos de daño, toda pe-

lada, que no puede seruir para lo que la quiere mi marido. Y por fin, y remate de todo, rompe me mis cueros, y derramarme mi vino: que derramada le vea yo su sangre. Pues no se piense, que por los huessos de mi padre, y por el seglo de mi madre, sino me lo han de pagar vn quarto sobre otro, o no me llamaria yo como me llamo, ni seria hija de quien soy. Estas, y otras razones tales, dezia la ventera, con grande enojo: y ayudauala su buena criada Maritornes. La hija callaua, y de quando en quando se sonrehia. El Cura lo sossegò todo, prometiendole de satisfazerles su perdida, lo mejor que pudiesse, assi de los cueros, como del vino: y principalmente del menoscabo de la cola, de quien tanta cuenta hazian. Dorotea consolò a Sancho Pança, diziendole, que cada y quando que pareciesse hauer sido verdad que su amo hubiesse descabeçado al Gigante, le prometia de viéndose pacifica en su Reyno, de darle el mejor Condado que en el huuiesse. Consolose con esto Sancho, y asségurò a la Princessa, que tuuiesse por cierto que el hauia visto la cabeça del Gigante, y que por mas señas, tenia vna barba que le llegaua a la cintura, y que sino parecia, era, porque todo quanto en aquella casa pasaua, era por via de encantamento, como el lo auia prouado otra vez que auia posado en ella. Dorotea dixo, que assi lo creyia, y que no tuuiesse

pena, que todo se haria bien, y sucederia bien de boca. Sossegados todos, el Cura rogo acabar de leer la nouela, porque vio que faltaua poco. Cardenio, Dorotea, y todos los demas le rogaron la acabasse: el, que a todos quiso dar gusto, y por el que el tenia de leerla, prosiguio el cuento, que assi decia.

Sucedio pues, que por la satisfacion que Anselmo tenia, de la bondad de Camila, viuia vna muy contenta y descuydada: y Camila de industria hazia mal rostro a Lotario, porque Anselmo entendiesse al reues, de la voluntad que tenia: y para mas confirmacion de su hecho, pidio licencia Lotario, para no venir a su casa, pues claramente se mostraua la pesadumbre que con su vista Camila recebia: pero el engañado Anselmo le dixo, que en alguna manera tal hiziesse. Y desta manera, por mil maneras era Anselmo el fabricador de su deshonrra, creyendo que lo era de su gusto. En esto, el que tenia Leonela de verse quasi sola, no de con sus amores, llegò a tanto, que sin mirar a otra cosa, se yua tras el a suelta de rienda: fiada en que su señora la encubria, y en la aduertia del modo que con poco rezelo pudiesse ponerle en execucion. En fin, vna noche sintio Anselmo passos en el aposento de Leonela, y queriédo entrar a ver quié los daua,

sintio que le detenian la puerta: cosa que le puso mas voluntad de abrirla, y tanta fuerça hizo, que la abrio, y entrò dentro a tiempo que vio que vn hombre saltaua por la ventana a la calle, y acudiendo con presteza a alcançarle, o conocerle, no pudo conseguir lo vno, ni lo otro, porque Leonela se abraçò con el, diziendole: Sosiegate, señor mio, y no te alborotes, ni sigas a quien de aqui saltò: es cosa mia, y tanto, que es mi esposo. No lo quiso creer Anselmo, antes ciego de enojo, sacò la daga, y quiso herir a Leonela, diziendole, que le dixesse la verdad, sino que la mataria. Ella con el miedo, sin saber lo que dezia, le dixo: No me mates, señor, que yo te dire cosas de mas importancia de las que puedes imaginar. Dilas luego, dixo Anselmo, sino muerta eres. Por aora sera imposible, dixo Leonela, segun estoy de turbada, dexame hasta mañana, que entonces sabras de mi lo que te ha de admirar: y esta seguro, que el que salto por esta ventana, es vn mancebo desta ciudad, que me ha dado la mano de ser mi esposo. Sossegose con esto Anselmo, y quiso aguardar el termino que se le pedia, porque no pensaua oyr cosa que contra Camila fuesse, por estar de su bondad tan satisfecho, y seguro, y assi se salio del aposento, y dexò encerrada en el a Leonela, diziendole, que de alli no saldria, hasta que le dixesse lo que tenia que dezirle. Fue luego a ver a Camila, y a

dezirle, como le dixo, todo aquello que con su doncella le auia passado, y la palabra que le auia dado de dezirle grandes cosas, y de importancia. Si se turbò Camila, o no, no ay para que dezirlo, porque fue tanto el temor que cobrò, temiendo verdaderamente (y era de creer) que Leonela auia de dezir a Anselmo, todo lo que passaua de su poca fe, que no tuuo animo para esperar si su sospecha salia falsa, o no. Y aquella misma noche, quando le parecio que Anselmo estaria, juntò las mejores joyas que tenia, y algunos dineros, y sin ser de nadie sentida, salio de casa, y se fue a la de Lotario, a quien contò lo que passaua, y le pidio, que la pusiesse en cobro, o que se encontraffen los dos, donde de Anselmo pudiessen estar seguros. La confusion en que Camila puso a Lotario, fue tal, que no le sabia respoder palabra, ni menos sabia resoluerse en lo que haria. En fin, acordo de llenar a Camila a vn Monasterio, en quien era Priora vna su hermana. Consintio Camila en ello, y con la presteza que aquello pedia, la lleuò Lotario, y la dexò en el Monasterio: y el anfi mesmo, se ausentò luego de la ciudad, sin dar parte a nadie desu ausencia. Pero luego amanecio, sin echar de ver Anselmo q[ue] Leonela faltaua de su lado, con el desseo que tenia de saber lo que Leonela queria dezirle, se leuantò, y fue adonde la auia dexado encerrada. Abrio, y entrò en el aposento, pero no hallò en

el a Leonela, solo hallò puestas vnas sauanas añudadas a la ventana, indicio y señal, que por alli se auia descolgado, è ydo. Boluio luego muy triste, a dezirselo a Camila, y no hallandola en la cama, ni en toda la casa, quedò assombrado. Preguntò a los criados de casa por ella, ninguno le supo dar razon de lo que pedia. Acertò a caso, andando a buscar a Camila, que vio sus cofres abiertos, y que dellos faltauan las mas de sus joyas, y con esto acabò de caer en la cuenta de su desgracia, y en que no era Leonela la causa de su desuentura. Y assi como estuuo, sin acabarse de vestir, triste, y pensatiuo, fue a dar cuenta de su desdicha a su amigo Lotario: mas quando no le hallò, y sus criados le dixeron, que aquella noche auia faltado de casa, y auia llenado consigo todos los dineros que tenia, pensò perder el juyzio. Y para acabar de concluyr con todo, boluiendose a su casa, no hallò en ella ninguno de quantos criados, y criadas tenia, sino la casa desierta, y sola. No sabia que pensar, que dezir, ni que hazer, y poco a poco se le yua boluiendo el juyzio. Contemplauase, y mirauase en vn instante, sin muger, sin amigo, y sin criados: desamparado a su parecer, del cielo que le cubria, y sobre todo sin honra, porque en la falta de Camila vio su perdicion. Resoluiose en fin, a cabo de vna gran pieça, de yrse a la Aldea de su amigo, dòde auia de

todo quando dio lugar a que se maquinasse toda aquella desuentura. Cerrò las puertas de su casa, subio a caballo, y con desmayado aliento se puso en camino: y apenas huuo andado la mitad del camino acossado de sus pensamientos, le fue forçoso apearse, y arrendar su caballo a vn arbol, a cuyo tronco se dexò caer, dando tiernos, y dolorosos suspiros: y alli se estuuo, hasta casi q̃ anochecia, y aquella hora vio q̃ venia vn hõbre a caballo de la ciudad: y despues de hauerle saludado le preguntò, q̃ nueuas auia en Florencia? El ciudadano le respõdio: Las mas estrañas q̃ muchos dias ha se han oydo en ella, porq̃ se dize publicamẽte, q̃ Lotario aquel grande amigo de Anselmo, el rico, q̃ viuia a san Iuã, se lleuo esta noche a Camila muger de Anselmo, el qual tampoco parece. Todo esto ha dicho vna criada de Camila, q̃ auia oydo: la hallò el Gouernador, descolgandose con vna sauana, por las ventanas de la casa de Anselmo. En efeto, no se puntualmẽte como passo el negocio, solo se, que toda la ciudad està admirada deste sucesso, porque no se podia esperar tal hecho, de la mucha, y familiar amistad de los dos, que dizen que era tanta, que los llamauan, los dos amigos. Sabese por ventura, dixo Anselmo, el camino que lleuan Lotario, y Camila? Por cierto, dixo el ciudadano, porque pienso, que el Gouernador ha vsado de mucha diligencia en buscarlos. A Dios vays, señor, dixo Anselmo.

Con el quedeys, respondio el ciudadano, y fue se. Con tan desdichadas nueuas, casi casi llegò a terminos Anselmo, no solo de perder el juyzio, sino de acabar la vida. Leuantose como pudo, y llegò a casa de su amigo, que aũ no sabia su desgracia: mas como le vio llegar, amarillo, conmido, y seco, entendio que de algun grane mal venia fatigado. Pidio luego Anselmo, q̃ le acostassen, y que le diessen adereço de escriuir. Hizose assi, y dexaronle acostado, y solo, porque el assi lo quiso, y aunque le cerrassen la puerta. Viendose pues solo, començò a cargar tanto la imaginacion de su desuentura, que claramente conocio que se le yua acabãdo la vida, y assi determinò de dexar noticia de la causa de su estraña muerte: y començando a escriuir, antes que acabasse de poner todo lo que queria, le faltò el aliento, y dexò la vida en las manos del dolor que le causò su curiosidad impertinente. Viendo el señor dela casa, que era ya tarde, y que Anselmo no llamaua, acordò de entrar a saber, si passaua adelante su indisposicion, y hallole tendido boca a baxo, la mitad del cuerpo en la cama, y la otra mitad sobre el bufete, sobre el qual estaua con el papel escrito y abierto: y el tenia aun la pluma en la mano. Llegose el huesped a el, auiendole llamado primero, y trauandole por la mano, viendo q̃ no le respondia, y hallandole frio, vio que estaua muerto. Admirose, y congoxose en

gran manera, y llamò a la gente de casa, para que viessen la desgracia a Anselmo sucedida: y solamente leyò el papel, que conocio que de su propria mano estaua escrito, el qual cõtenia estas palabras.

Vn necio, e impertinente desseo me quitò la vida. Si las nueuas de mi muerte llegaren a los oydos de Camila, sepa que yo la perdono, porque no estaua ella obligada a hazer milagros, ni yo tenia necesidad de querer que ella los hiziera: y pues yo fuy el fabricador de mi desdicha, no ay para que.

Hasta aqui escriuio Anselmo, por donde se vino de ver, que en aquel punto, sin poder acabar la razon, se le acabò la vida. Otro dia dio cuenta su amigo, a los parientes de Anselmo, de su muerte: los quales ya sabian su desgracia, y el retraymiento donde Camila estaua, casi en el termino de acompañar a su esposo, en aquel forçoso viage, no por las nueuas del muerto esposo, sino por las que supo del ausente amigo. Dizese que aunque se vio biuda, no quiso salir del retraymiento, ni menos hazer profession de monja, hasta que no de alli a muchos dias le vinieron nueuas, que Lotario auia muerto en vna batalla, que en aquel tiempo dio Monsiur de Laudrec, al gran Capitan Gonçalo Fernandez de Cordoua, en el Reyno de Napoles, donde ha-uia ido a parar, el tarde arrepentido amigo: lo qual

qual sabido por Camila, hizo profession, y acabò en breues dias la vida, a las rigurosas manos de tristezas, y melancolias. Este fue el fin que tuuieron todos, nacido de vn tan desatinado principio. Bien, dixo el Cura, me parece esta nouela, pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y si es fingido, fingio mal el autor, porque no se puede imaginar, que aya marido tan necio, que quiera hazer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre vn galan, y vna dama, pudieraseles lleuar, pero entre marido y muger, algo tiene del imposible: y en lo que toca al modo de cótarle, no me descontenta.

CAP. XXXVI. QVE TRATA DE la braua, y descomunal batalla que don Quixote tuuo con vnos cueros de vino tinto, con otros raros sucessos que en la venta le sucedieron.

ESTANDO en esto, el ventero, que estaua a la puerta de la venta, dixo: Esta que viene es vna hermosa tropa de huespedes: si ellos paran aqui, bien deamus tenemos. Que gente es, dixo Cardenio? Quatro hombres, respondio el ventero, vienen a cauallo, a la ginera, con lanças, y adargas, y todos con antifazes negros, y [illegible]

[illegible] viene vna muger, vestida de blanco, en vn [illegible], assi mesmo cubierto el rostro: y otros dos moços de a pie. Vienen muy cerca, pregunta el Cura? Tan cerca, respondio el ventero, q̃ llegan. Oyendo esto Dorotea, se cubrio el rostro, y Cardenio se entrò en el aposento de don Quixote, y casi no auian tenido lugar para ello, quando entraron en la venta todos los q̃ el ventero hauia dicho: y apeandose los quatro de cauallo, que de muy gentil talle y disposicion eran, fueron a apear a la muger que en el [illegible] venia: y tomandola vno dellos en sus braços la sentò en vna silla que estaua a la entrada del aposento donde Cardenio se auia escondido. En todo este tiempo, ni ella, ni ellos se hauian quitado los antifazes, ni hablado palabra alguna: solo que al sentarse la muger en la silla, dio vn profundo suspiro, y dexò caer los braços, como persona enferma, y desmayada. Los moços de a pie, lleuarõ los cauallos a la caualleriza. Viẽdo esto el Cura, desseoso de saber q̃ gẽte era aquella, que con tal trage, y tal silencio essa, se fue donde estauan los moços, y a vno dellos le pregũtò lo que ya desseaua: El qual le respondio: Par diez: señor, yo no sabre deziros [illegible] gente sea esta, solo se, que muestra ser muy principal, especialmente aquel que llegò a tomar en sus braços a aquella señora que ha[illegible] visto: y esto digolo, porque todos los

demas

demas le tienen respeto, y no se haze otra cosa mas de la que el ordena, y manda. Y la señora quien es, pregunto el Cura? Tampoco sabre decir esso, respondio el moço, porque en todo el camino no la he visto el rostro: suspirar si la he oydo muchas vezes, y dar vnos gemidos, que parece que con cada vno dellos quiere dar el alma: y no es de marauillar que no sepamos mas de lo que auemos dicho, porque mi compañero, y yo, no ha mas de dos dias que los acompañamos, porque auiendolos encontrado en el camino, nos rogaron, y persuadieron, que viniessemos con ellos hasta el Andaluzia, ofreciendose a pagarnoslo muy bien. Y aueys oydo nombrar a alguno dellos, pregunto el Cura? No por cierto, respondio el moço, porque todos caminan con tanto silencio, que es marauilla, porque no se oye entre ellos otra cosa, que los sospiros, y sollocos de la pobre señora, que mueuen a lastima: y sin duda tenemos creydo, que ella va forçada donde quiera que va: y segun se puede colegir por su habito, ella es monja, o va a serlo, que es lo mas cierto: y quiça porque no le deue de nacer de voluntad el mongio, va triste, como parece. Todo podria ser, dixo el Cura, y dexandolos, se boluio a donde estaua Dorotea, la qual como auia oydo suspirar a la emboçada, mouida de natural compassion, se llegò a ella, y le dixo: Que mal sentis señora mia y

mirad si es alguno de quien las mugeres pueden tener vso, y experiencia de curarle, que de mi parte os ofrezco vna buena voluntad de seruiros? A todo esto callaua la lastimada señora, aunque Dorotea tornò con mayores ofrecimientos, toda via se estaua en su silencio, hasta que llegò el caualiero emboçado (que dixo el moço que los demas obedecian) y dixo a Dorotea: No os canseys, señora, en ofrecer nada a essotra, porque tiene por costumbre de no agradecer cosa que por ella se haze, ni procura que os responda, sino quereys oyr alguna mentira de su boca. Iamas la dixe (dixo a esta) ni aun la que hasta alli auia estado callando) antes por ser tan verdadera, y tan sin traças mencionada, me veo aora en tanta desuentura: y de vos mesmo quiero que seays el testigo, pues a pura verdad os haze a vos ser falso, y mentiroso. Oyò estas razones Cardenio, bien clara y distintamente, como quien estaua tan junto de ella, que las dezia, que sola la puerta del aposento de por medio Quixote estaua en medio, y assi como lo oyò, dando vna gran boz, dixo: Valgame Dios, que es esto que oygo? Que boz es esta q̃ ha llegado a mis oydos? Boluio la cabeça a essotra parte con espantosos, aquella señora, toda sobresaltada, y no sabiendo quien las daua, se leuantò en pie, y començo a entrar en el aposento: lo qual visto por el caualiero, la detuuo, sin dexarla mouer vn paso.

so. A ella, con la turbacion, y desmayo, se le cayò el tafetan con que trahia cubierto el rostro, y descubrio vna hermosura incomparable, y vn rostro milagroso, aunque descolorido, y assombrado: porque con los ojos andaua rodeando todos los lugares donde alcançaua con la vista; con tanto ahinco, que parecia persona fuera de juyzio, cuyas señales, sin saber por que las hazia, pusieron gran lastima en Dorotea, y en quantos la mirauan. Teniala el cautiuo fuertemente asida por las espaldas, y por estar tan ocupado en tenerla, no pudo acudir a alçarse el emboço que se le cahia, como en efecto se le cayò del todo: y alçando los ojos Dorotea (que abraçada con la señora estaua) vio, que el que abraçada assi mesmo la tenia, era su esposo don Fernando: y a penas le huuo conocido, quando arrojando de lo intimo desus entrañas vn luengo, y tristissimo ay, se dexò caer de espaldas, desmayada: y a no hallarse alli junto el Barbero, que la recogio en los braços, ella diera consigo en el suelo. Acudio luego el Cura a quitarle el emboço, para echarle agua en el rostro, y assi como la descubrio, la conoció dos Fernando, que era el que estaua abraçado con la otra, y quedò como muerto en verla: pero no porque dexasse con todo esto, de tener a Luscinda, que era la que procuraua soltarse de sus braços: la qual hauia conocido en el suspiro a Car-

denio, y el la hauia conocido a ella. Oyò, mismo Cardenio, el ay que dio Dorotea, do se cayò desmayada, y creyèdo que era scinda, salio del aposento despauorido, y mero que vio fue a don Fernando, que braçada a Luscinda. Tambie don Fernã nocio luego a Cardenio: y todos tres, Lu Cardenio, y Dorotea, quedaron mudos, ensos, casi sin saber lo que les auia acon- Callauan todos, y mirauanse todos, Do a don Fernando, don Fernando a Car- Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Car- Mas quien primero rompio el silencio Luscinda, hablando a don Fernando desta Dexadme señor don Fernando, por lo ys a ser quiẽ soys, ya q̃ por otro respeto agays dexadme llegar al muro de quien y yedra, al arrimo de quiẽ no me hã podi certar vuestras importunaciones, vuestras as, vuestras promessias, ni vuestras dadi- rad como el cielo, por desusados, y a no encubiertos caminos, me ha puesto a mi lero esposo delante. Y bié sabeys por mil as experiencias, q̃ sola la muerte fuera ba para borrarle de mi memoria: sean pues an claros desengaños, para que boluays no podays hazer otra cosa) el amor en la voluntad en despecho, y acabadme la vida, que como yo la rinda delante

de

de mi buen esposo, la dare por bien empleada
quiça con mi muerte quedarà satisfecho de la
fe que le mantuue, hasta el vltimo trance de la
vida. Auia en este entretanto buelto Dorotea
en si, y auia estado escuchando todas las razo-
nes que Luscinda dixo, por las quales vino en
conocimiento de quien ella era: que viendo que
don Fernando aun no la dexaua de los braços,
ni respondia a sus razones, esforçandose lo mas
que pudo, se leuantò, y se fue a hincar de rodi-
llas a sus pies, y derramando mucha cantidad
de hermosas, y lastimeras lagrimas, assi le comen-
ço a dezir.

Si ya no es, señor mio, que los rayos desta sol
que en tus braços eclipsado tienes, te quitan,
ofuscan los de tus ojos, ya auras echado de ver
que la que a tus pies està arrodillada, es la des-
tura (hasta que tu quieras) y la desdichada Do-
rotea. Yo soy aquella labradora humilde, a quien
tu, por tu bondad, o por tu gusto, quisiste hon-
tar a la alteza de poder llamarse tuya. Soy la
encerrada en los limites de la honestidad, viuie
vida contenta, hasta que a las bozes de tus im-
portunidades, y al parecer, justos, y amorosos
sentimientos, abrio las puertas de su recato, y
te entregò las llaues de su libertad: dadiua tan
tan mal agradecida, qual lo muestra bien clara
hauer sido forçoso hallarme en el lugar donde
me hallas, y verte yo a ti de la manera que te

yo. Pero con todo esto, no querria q̃ cayesse en
la imaginaciõ, pensar q̃ he venido aqui con pas-
sos de mi deshonra, auiendome traydo solo los
del dolor, y sentimiento de verme de ti oluida
da. Tu quisiste que yo fuesse tuya, y quisistelo
de manera, que aunque agora quieras que no
sea, no serà posible que tu dexes de ser mio.
Mira señor mio, que puede ser recompensa a
la hermosura, y nobleza por quien me dexas, la
incomparable voluntad que te tengo. Tu no
te puedes ser de la hermosa Luscinda, porque
eres mio: ni ella puede ser tuya, porque es de
Fernando. Y mas facil serà, si en ello mitas, re-
ducir tu voluntad a querer a quien te adora, q̃
no encaminar la que te aborrece a que bien te
quiera. Tu solicitaste mi descuydo, tu rogaste
a mi entereza, tu no ignoraste mi calidad: tu sa
bias bien de la manera que me entregue a toda
mi voluntad, no te queda lugar, ni acogida de
desmarte a engaño. Y si esto es assi, como lo es, y
que eres tan Christiano como cauallero, porque
dan tantos rodeos dilatas de hazerme venturo-
sa en los fines, como me heziste en los princi-
pios? Y sino me quieres por la que soy, que soy
tu verdadera y legitima esposa, quiereme alo-
menos, y admiteme por tu esclaua, que como yo
este en tu poder, me tendre por dichosa, y bien
afortunada. No permitas con dexarme, y de-
sampararme, que se hagan, y junten corrillos en

Universidad de Deusto
Biblioteca

mi deshonra. No des tan mala vejez a mis padres, pues no lo merecé los leales seruicios, que como buenos vassallos a los tuyos siempre han hecho. Y si te parece que has de aniquilar tu sangre por mezclarla con la mia, considera, que pocas, o ninguna nobleza ay en el mundo, que no aya corrido por este camino: y que la que se toma de las mugeres, no es la que haze al caso en las ilustres decendencias. Quanto mas, que la verdadera nobleza cósiste en la virtud; y si ella a ti te falta, negandome lo que tan justamente me deues, yo quedaré con mas ventajas de noble, que las que tu tienes. En fin, señor, lo que vltimamente te digo, es, que quieras, o no quieras, yo soy tu esposa, testigos son tus palabras, q̃ no han, ni deuen ser mentirosas, si ya es que tu precias de aquello porque me desprecias. Testigo sera la firma que hiziste, y testigo el cielo a quié tu llamaste por testigo de lo que me prometias. Y quando todo esto falte, tu misma conciencia no ha de faltar de dar bozes callado en mitad de tus alegrias, boluiendo por esta verdad que te he dicho, y turbãdo tus mejores gustos, y contentos. Estas, y otras razones dixo la lastimada Dorotea con tanto sentimiento, y lagrimas, que los mismos que acompañauan a don Fernando, y quantos presentes estauan, la acompañaron en ellas. Escuchola don Fernando sin replicalle palabra, hasta que ella dio fin a las so-

ços, y principio a tãtos solloços, y suspiros; que auia de ser coraçon de bronze, el que con estras de tanto dolor no se enterneciera. Mi dola estaua Luscinda, no menos lastimada su sentimiento, que admirada de su mucha rection, y hermosura: y aunque quisiera llea ella, y dezirle algunas palabras de conno la dexauan los braços de don Fernanque apretada la tenian: el qual lleno de cón, y espanto, al cabo de vn buen espacio, atentamente estuuo mirando a Dorotea los braços, y dexando libre a Luscinda, di Venciste hermosa Dorotea, venciste, porq̃ posible tener animo para negar tãtas ver juntas. Cõ el desmayo que Luscinda auia do, assi como la dexò don Fernando, yua a en el suelo: mas hallandose Cardenio alli to, que a las espaldas de don Fernando se ha puesto, porque no le conociesse, prosupuesto temor, y auenturando a todo riesgo, dio a sostener a Luscinda, y cogiendola en braços, le dixo: Si el piadoso cielo quiere que ya tengas algun descanso, leal, y hermosa señora mia, en ninguna parte yo que le tẽdras mas seguro que en estos braços que ora te reciben, y otro tiemrecibieron, quando la fortuna quiso que dieste llamarte mia. A estas razones, puscinda en Cardenio los ojos; y hauiendo

començado a conocerle primero por la voz, y
assegurandose primero que el era con la vista,
casi fuera de sentido, y sin tener cuenta a nin-
gun honesto respeto, le echò los braços al cue-
llo, y juntando su rostro con el de Cardenio, le
dixo. Vos si señor mio, soys el verdadero due-
ño desta vuestra cautiua, aunque mas lo impida
la contraria suerte, y aunque mas amenazas de
hagan en esta vida, que en la vuestra se sustenta.
Estraño espectaculo fue este para don Fernan-
do, y para todos los circunstantes, admirando-
se de tan no visto suceso. Pareciole a Dorotea
que don Fernando auia perdido la color del ro-
stro, y que hazia ademan de querer vengarse de
Cardenio, porque le vio encaminar la mano a
ponella en la espada; y assi como lo penso, con
no vista presteza se abraçò con el por las rodi-
llas, besandoselas, y teniendole apretado que no
le dexaua mouer, y sin cessar vn punto de sus la-
grimas, le dezia: Que es lo que piensas hazer vi-
co refugio mio, en este tan impensado tranc-
Tu tienes a tus pies a tu esposa, y la que quiere
que lo sea està en los braços de su marido, mira
si te estara bien, o te serà possible deshazer lo
que el cielo ha hecho, o si te conuendra quere
leuantar a igualar a ti mismo a la que prostra-
sto todo inconueniente, confirmada en su ver-
dad, y firmeza, delante de tus ojos tiene los fu-
yos bañados de licor amoroso el rostro, y pe-

do de su verdadero esposo. Por quien Dios te,
ruego, y por quien tu eres te suplico, que es-
tan notorio desengaño, no solo no acrecien-
ta ira, sino que la mengue en tal manera, que
con quietud, y sossiego permitas que estos dos
antes le tengan sin impedimento tuyo, todo
tiempo que el cielo quisiere concederseles, y
en esto mostraras la generosidad de tu illustre,
noble pecho, y vera el mundo que tiene cō-
go mas fuerça la razon, que el apetito. En tā-
que esto dezia Dorotea, aunque Cardenio
tenia abraçada a Luscinda, no quitaua los ojos
de don Fernando, con determinacion de que si
le viesse hazer algun mouimiento en su prā juy
no, procurar de defenderse, y ofender, como
mejor pudiesse a todos aquellos que en su daño
se mostrassen, aunque le costasse la vida; pero a
buena sazon acudieron los amigos de don Fernā
do, y el Cura, y el Barbero, que a todo hauian
estado presentes, sin que faltasse el bueno de
Sancho Panca, y todos rodeauan a don Fernā-
do, suplicandole tuuiesse por bien de mirar las
lagrimas de Dorotea, y que siendo verdad, co-
mo sin duda ellos creyan que lo era lo que en
sus razones auia dicho, que no permitiesse que-
se defraudada de sus tan justas esperanças.
Que considerasse que no a caso como parecia,
sino con particular prouidencia del cielo se auia
ellos juntado en lugar, donde menos ninguno

pensaua. Y que aduirtiesse, dixo el Cura, que ya la muerte podia apartar a Luscinda de Cardenio; y aunque los diuidiessen filos de alguna espada, ellos tendrian por felicissima tu muerte: y que en los lazos irremediables era fuerça cordura forçandose, y venciendose a si mismo, mostrar vn generoso pecho, permitiendo, que por sola su voluntad los dos gozassen el bien q el cielo ya les auia concedido, que pusiesse los ojos assi mesmo en la beldad de Dorotea, y veria, que pocas, o ninguna se le podian igualar, quanto mas hazerle ventaja, y que juntasse a su hermosura su humildad, y el estremo del amor que le tenia: y sobre todo aduirtiesse, que si se preciaua de Cauallero, y de Christiano, que no podia hazer otra cosa, que cumplille la palabra dada; y que cumpliendosela, cumpliria con Dios, y satisfaria a las gentes discretas, las quales saben, y conocen que es prerrogatiua de la hermosura, aunque esté en sujeto humilde, como se acompañe con la honestidad, poder leuantarse, e igualarse a qualquiera alteza, sin nota de menoscabo del que la leuanta, e iguala a si mismo: y quando se cumplen las fuertes leyes del gusto, como en ella no interuenga peccado, no deue de ser culpado el que las sigue. En efecto a estas razones añadieron todos otras tales, y tantas, que el valeroso pecho de don Fernando, en fin como alimentado con ilustre sangre, se

ablandò, y se dexo vencer de la verdad que no pudiera negar, aunque quisiera: y la señal que dio de auerse rendido, y entregado al buen parecer que se le auia propuesto, fue abaxarse, y abraçar a Dorotea, diziendole: Leuantaos señora mia, que no es justo que esté arrodillada a mis pies, la que yo tengo en mi alma: y si hasta agora no he dado muestras de todo esto que digo, quiça ha sido por orden del cielo, para que viendo yo en vos la fe con que me amays, os pueda estimar en lo que mereceys: lo que os ruego muy encarecidamente, es, que no me reprehendays mi mal termino, y mi mucho descuydo, pues la misma ocasion y fuerça que me mouio para acceptaros por mia, essa misma me impelio para procurar no ser vuestro: y que esto sea verdad, bolued, y mirad los ojos de la ya cō tenta Luscinda, y en ellos hallareys disculpa de todos mis yerros: y pues ella hallò, y alcançò lo que desseaua; y yo he hallado en vos lo que me cumple, viua ella segura y contenta luengos, y felices años con su Cardenio, q̄ yo rogare al cielo que me los dexe viuir con mi Dorotea. Y diziendo esto, la tornò a abraçar, y a juntar su rostro con el suyo con tā tierno sentimiento, que fue necessario tener gran cuenta con que las lagrimas no acabassen de dar indubitables señales de su amor, y arrepentimiento. No lo hizieron assi las de Luscinda, y Cardenio, y aū las de

casi todos los que alli presentes estauan, porque començaron a derramar tantas, los vnos de cõtento proprio, y los otros del ageno, que no parecia sino que algun graue, y mal caso a todos auia sucedido. Hasta Sancho Pança lloraua, aunque despues dixo, que no lloraua el, sino por ver que Dorotea no era como el pensaua la Reyna Micomicona, de quien el tantas mercedes esperaua. Durò algun espacio, junto con el llanto, la admiracion en todos: y luego Cardenio y Luscinda se fueron a poner de rodillas ante don Fernando, dandole gracias de la merced q les auia hecho, con tan corteses razones, que dò Fernando no sabia que responderles, y assi los leuanto, y abraçò cõ muestras de mucho amor y de mucha cortesia. Preguntò luego a Dorotea, le dixesse como auia venido a aquel lugar tan lexos del suyo? Ella con breues, y discretas razones contò todo lo que antes auia contado a Cardenio: de lo qual gustò tanto don Fernando, y los que con el venian, que quisieran que durara el cuento mas tiempo, tanta era la gracia con que Dorotea contaua sus desuenturas. Y assi como huuo acabado, dixo don Fernando lo que en la ciudad le auia acontecido despues que hallò el papel en el seno de Luscinda, donde declaraua ser esposa de Cardenio, y no poderlo ser suya, dixo que la quisò matar, y lo hiziera si de sus padres no fuera impedido: y que assi

se fue salio de su casa despechado, y corrido, cõ determinacion de vengarse con mas comodidad: y que otro dia supo como Luscinda auia faltado de casa de sus padres, sin que nadie supiesse dezir donde se auia ydo, y que en resolucion al cabo de algunos meses vino a saber como estaua en vn monasterio con voluntad de encerrarse en el toda la vida, sino la pudiesse passar con Cardenio, y que assi como lo supo, escogiendo para su compañia aquellos tres cauallos, vino al lugar donde estaua, a la qual no ha querido hablar temeroso, que en sabiendo que el estaua alli auia de auer mas guarda en el monasterio: y assi aguardando vn dia a que la portera estuuiesse abierta, dexò a los dos a la puerta de la puerta, y el con otro auian entrado en el monasterio, buscando a Luscinda, la hallaron en el claustro hablando con vna moça, y arrebatandola sin darle lugar a otra cosa auian venido con ella a vn lugar donde se consolaron de aquello que huuieró menester para ella. Todo lo qual auian podido hazer a su saluo por estar el monasterio en el cãpo vn trecho fuera del pueblo. Dixo, que como Luscinda se vio en su poder, y perdio todos los sentidos, y que despues de buelta en si no auia hecho otra cosa sino llorar, y suspirar sin hablar palabra alguna: y que assi acompañados de silencio, y de lagrimas auian llega-

do a aquella venta, que para el era auer llegado al cielo, donde se rematan, y tienen fin todas las desuenturas de la tierra.

CAP. XXXVII. QVE TRATA DONde se prosigue la historia de la famosa Infanta Micomicona, cõ otras auẽturas graciosas.

TODO esto escuchaua Sancho, y con poco dolor de su anima, viendo que se le desparecian, e yuan en humo las esperãças de su ditado: y la linda Princessa Micomicona se le auia buelto en Dorotea, y el gigãte en don Fernando, y su amo se estaua durmiendo a sueño suelto, bien descuydado de todo lo sucedido. No le podia assegurar Dorotea si era soñado el bien que posseya. Cardenio estaua en el mismo pensamiento: y el de Luscinda corria por la misma cuerda. Don Fernando daua gracias al cielo, por la merced recebida, y auerle sacado de aquel intricado laberinto donde se hallaua tan a pique de perder el credito, y el alma: y finalmente quantos en la venta estauan, estauan contentos, y gozosos del buen sucesso que auian tenido tan crauados, y desesperados negocios. Todo lo ponia en su punto el Cura como discreto, y a cada vno daua el parabien del bien alcançado: pero quien mas jubilaua, y se contẽtaua, era la ventera, por

la promẽssa que Cardenio, y el Cura le auian hecho de pagalle todos los daños, e interesses que por cuẽta de don Quixote le huuiessen venido. Solo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, y el desuenturado, y el triste: y assi con mas melancolico semblante entrò a su amo, el qual acabaua de despertar, a quien dixo: Bien puede vuestra merced, señor triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuydado de matar a ninguno gigante, ni de boluer a la Princesa su Reyno, que ya todo està hecho, y concluydo. Esso creo yo bien, respondio don Quixote, porque he tenido con el gigante la mas descomunal, y desaforada batalla que pienso tener en todos los dias de mi vida: y de vn reues, zas, le derribe la cabeça en el suelo; y fue tanta la sangre que le salia, que los arroyos corrian por la tierra, como si fueran de agua. Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced dezir mejor, respondio Sancho: porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto, es vn cuero horadado, y la sangre seys arrobas de vino tinto, que encerraua en su vientre: y la cabeça cortada, es la puta que me pario, y lleuelo todo Satanas. Y que no ñ dizes loco desatinado, replicò don Quixote, estàs en tu seso? Leuantese vuestra merced, dixo Sancho, y verà el buen recado que hemos hecho, y lo que tenemos que pagar; y verà

a la Reyna conuertida en vna dama particular
llamada Dorotea, con otros sucessos, que si cu
en ellos, le han de admirar. No me marauilla
ria de nada desso, replicò don Quixote, porque
si bien te acuerdas, la otra vez que aqui estuui
mos, te dixe yo, que todo quanto aqui sucedia
eran cosas de encantamento, y no seria mucho
que aora fuesse lo mesmo. Todo lo creyera yo,
respondio Sancho, si tambien mi manteamien
to fuera cosa desse jaez, mas no lo fue sino real
y verdaderamente: y vi yo que el ventero que
aqui está oy dia tenia del vn cabo de la manta
y me empujaua hazia el cielo con mucho donay
re, y brio, y con tanta risa como fuerça, y don
de interuiene conocerse las personas tengo pa
ra mi, aunque simple, y pecador, que no ay en
cantamento alguno, sino mucho molimiento
y mucha malauentura. Aora bien, Dios lo re
mediara, dixo don Quixote, dame de vestir, y
dexame salir alla fuera, que quiero ver los sucel
sos, y transformaciones que dizes. Diole de ve
stir Sancho, y en el entretanto que se vestia, co
tò el Cura a don Fernando, y a los demas las
curas de don Quixote, y del artificio que auia
vsado para sacarle de la peña pobre donde el lo
imaginaua estar, por desdenes de su señora. Co
toles assi mismo casi todas las auenturas que
cho auia contado, de que no poco se admiraro
y ricron, por parecerles lo que a todos parecia

el mas estraño genero de locura que podia
ber en pensamiento desbaratado. Dixo mas
Cura, q̃ pues ya el buen sucesso de la señora
rotea impidia passar con su disignio adelan
te era menester inuentar, y hallar otro pa
poderle lleuar a su tierra. Ofreciose Carde
a de proseguir lo començado, y que Luscin
daria, y representaria la persona de Doro
a. No dixo don Fernando, no ha de ser assi,
yo quiero que Dorotea prosiga su inuen
que como no sea muy lexos de aqui el lu
de este buen cauallero, yo holgare de que se
cure su remedio. No está mas de dos jorna
de aqui, pues aunque estuuiera mas, gusta
to de caminallas, a trueco de hazer tan bue
obra. Salio en esto don Quixote armado de
dos sus pertrechos, con el yelmo, aunque abo
lo, de Mambrino, en la cabeça, embraçado
su rodela, y arrimado a su tronco, o lançon.
pendio a don Fernando, y a los demas la es
a presencia de don Quixote, viendo su ro
de media legua de andadura, seco, y amari
la desigualdad de sus armas, y su mesurado
imiento, y estuuieron callando hasta ver lo
dezia, el qual con mucha grauedad, y re
, puestos los ojos en la hermosa Dorotea,

oy informado (hermosa señora) deste mi
ero que la vuestra grandeza se ha aniquilado,

lado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de
Reyna, y gran señora que soliades ser, os auey
buelto en vna particular donzella: si esto ha t
do por orden del Rey nigromante de vuestro
padre, temeroso que yo no os diesse la necesi
ria, y deuida ayuda: digo, que no supo, ni sabe
de la Missa la media, y que fue poco versado en
las historias caualleresças; porque si el las hubie
ra leydo, y passado tan atentamente, y con tan
to espacio como yo las passè, y ley, hallara a ca
da passo, como otros caualleros de menor fama
que la mia, auiã acabado cosas mas dificultosas
no siendolo mucho matar a vn gigantillo, por
arrogante que sea, porque no ha muchas horas
que yo me vi con el, y quiero callar, porque no
me digan que miento: pero el tiempo descubri
dor de todas las cosas lo dirà, quando menos
lo pensemos. Vistes os vos con dos cueros, que
no con vn gigante, dixo a esta sazon el ventero
al qual mandò don Fernando que callasse, y no
interrumpiesse la platica de don Quixote en
ninguna manera: y que don Quixote pro
guio, diziendo: Digo en fin alta, y desher
dada señora, que si por la causa que he dicho
vuestro padre ha hecho este Meramor falsos en
vuestra persona, que no le deys credito algu
no: porque no ay ningun peligro en la tierra
por quien no se abra camino mi espada, con la
qual poniendo la cabeça de vuestro enemigo

tierra, os pondre a vos la corona de la vue
en la cabeça en muy breues dias. No dixo
don Quixote, y esperò a que la Princesa
respondiesse, la qual como ya sabia la deter
cion de don Fernando, de que prosiguies
delante el engaño començado, hasta lleuar
tierra a don Quixote, con mucho donay
y grauedad le respondio: Quien quiera que
sido, valeroso cauallero de la triste Figura,
que yo me auia mudado, y trocado de mi ser,
os dixo lo cierto, porque la misma que a
soy, me soy oy: verdad es, que alguna mu
ça han hecho en mi ciertos acaecimientos
buena ventura, que me la han dado la me
que yo pudiera desearme: pero no por es
he dexado de ser la que antes, y de tener los
mos pensamientos de valerme del valor de
stro valeroso, e inuenerable braço, que siem
he tenido: assi que señor mio, vuestra bon
buelua la honrra al padre que me engen
, y tengale por hombre sabio, aduertido,
dente, pues con su ciencia hallò camino
facil, y tan verdadero para remediar mi
gracia, que yo creo que si por vos señor no
a, jamas acertara a tener la ventura que
go, y en esto digo tanta verdad como son
os testigos della los mas destos mis seño
que estan presentes: lo que resta es, que
ora nos pongamos en camino, porque ya

oy

oy se podra hazer poca jornada, y en lo demas
del buen suceſſo que eſpero, lo dexaré a Dios y
al valor de vueſtro pecho. Eſto dixo la diſcreta
Dorotea, y en oyendolo don Quixote, ſe bol-
uio a Sancho, y con mueſtras de mucho enojo
le dixo. Aora te digo Sanchuelo, que eres el
mayor vellacuelo que ay en Eſpaña: dime la-
dron, bagamundo, no me acabaſte de decir a-
ora que eſta Princeſa ſe auia buelto en vna don-
zella que ſe llamaua Dorotea? y que la cabeça
que entiendo que corté a vn gigante, era la pe-
ta que te pario? con otros diſparates que me
ſieron en la mayor cófuſion que jamas he
do en todos los dias de mi vida? Voto, y mo
al cielo, y apreto los dientes, que eſtoy por ha-
zer vn eſtrago en ti, que ponga fal en la mol-
ra a todos quantos mentirosos eſcuderos ha
uiere de caualleros andantes de aqui adelan
en el mundo. Vueſtra merced ſe ſoſsiegue, ſe
ñor mio, reſpondio Sancho, que bien podria
que yo me huuieſſe engañado en lo que to
mutacion de la ſeñora Princeſa Micomico
pero en lo que toca a la cabeça del gigante, o
lomenos a la horadacion de los cueros, y a
de ſer vino tinto la ſangre, no me engaño
Dios, porque los cueros alli eſtan heridos a
cabecera del lecho de vueſtra merced, y el vi
tinto tiene hecho vn lago el apoſento, y ſino
treyr de los huesos lo verá: quiero decir q

verá quando aqui ſu merced del ſeñor ven-
no le pida el menoſcabo de todo. De lo de-
, de que la ſeñora Reyna ſe eſté como ſe eſ-
a me regozijo en el alma, porque me va mi
e, como a cada hijo de vezino. Aora yo te
Sancho, dixo don Quixote, que eres vn
recato, y perdoname, y baſta. Baſta dixo
Fernãdo, y no ſe hable mas en eſto: y pues
ſeñora Princeſa dize que ſe camine mañana,
que ya oy es tarde, hagaſe aſsi, y eſta noche
remos paſſar en buena conuerſacion; ha-
el venidero dia, donde todos acompañare-
al ſeñor don Quixote, porque queremos
teſtigos de las valeroſas, è mauditas hazañas
ha de hazer en el diſcurſo deſta grande em-
a que a ſu cargo lleua. Yo ſoy el que ten-
de ſeruiros, y acompañaros, reſpondio don
ote: y agradezco mucho la merced que ſe
aze, y la buena opinion que de mi ſe tiene,
cual procurare que ſalga verdadera, o me co-
la vida, y mas, ſi mas coſtarme puede.
tas palabras de comedimiento, y muchos
cimientos paſſaron entre don Quixote, y
Fernando: pero a todo puſo ſilencio vn
ero que en aquella ſazon entro en la ven
el qual en ſu traje moſtraua ſer Chriſtiano
a venido de tierra de Moros, porque ve-
eſtido con vna caſaca de paño azul, corta
ldas, con medias mangas, y ſin cuello: los

calçones eran assi mismo de lienço azul, con bo
nete de la misma color: traya vnos borzeguies
datilados, y vn alfanje Morisco, puesto en vn ta
hali que le atrauessaua el pecho. Entro luego
tras el encima de vn jumeto vna muger a la Mo
risca vestida, cubierto el rostro con vna toca en
la cabeça: traya vn bonetillo de brocado, y ves
tida vna almalafa, que desde los ombros a los
pies la cubria. Era el hombre de robusto, y agra
ciado talle, de edad de poco mas de quarenta
años, algo moreno de rostro, largo de vigotes,
y la barba muy bien puesta, en resolució el mas
straua en su apostura, que si estuuiera bien ves
do le juzgaran por persona de calidad, y bien
nacida. Pidio en entrando vn aposento, y como
dixeron que en la venta no le auia, mostro tras
bir pesadumbre, y llegandose a la que en el tra
je parecia Mora, la apeo en sus braços. Luscin
da, Dorotea, la ventera, su hija, y Maritornes,
uados del nueuo, y para ellos nunca visto trage
rodearon a la Mora; y Dorotea que siempre fue
agraciada, comedida, y discreta, pareciendole a
assi ella, como el que la traya se congoxaua por
la falta del aposento, le dixo: No os de mucha
pena señora mia, la incomodidad de regalo que
aqui falta, pues es proprio de ventas no hallar
se en ellas; pero con todo esto si gustare de ve
passar con nosotras, señalando a Luscinda, que
ça en el discurso deste camino aureys hallado

dos no tan buenos acogimientos? No respon
de nada a esto la emboçada, ni hizo otra cosa
que leuantarse de donde sentado se auia, y pue
sas entrambas manos cruzadas sobre el pecho,
inclinada la cabeça dobló el cuerpo, en señal de
que lo agradecia. Por su silencio imaginaron
que sin duda alguna deuia de ser Mora, y que
no sabia hablar Christiano. Llegó en esto el cau
tiuo, que entendiendo en otra cosa hasta entó
ces auia estado, y viendo que todas tenian cer
cada a la que con el venia, y que ella a quánto
le dezian callaua, dixo: Señoras mias, esta don
zella apenas entiende mi lengua, ni sabe hablar
otra ninguna sino conforme a su tierra, y por
esso no deue de auer respondido, ni respon
de a lo que se le ha preguntado. No se le pre
gunta otra cosa ninguna, respondio Luscinda;
solo ofrecelle por esta noche nuestra compa
ñia, y parte del lugar donde nos acomodare
mos, donde se le hara el regalo que la como
didad ofreciere con la voluntad que obliga
a seruir a todos los estrangeros que dello tu
uieren necesidad, especialmente siendo mu
jer a quien se sirue. Por ella, y por mi, res
pondio el cautiuo, os beso muchas vezes seño
ra mia las manos, y estimo en mucho, y en lo
que es razon, la merced ofrecida, que en tal
ocasion, y de tales personas como vuestro pa
recer nuestra; bien se echa de ver que ha

de ser muy grande. Dezidme señor, dixo Dorotea, esta señora es Christiana, o Mora? porq̃ el traje, y el silencio nos haze pensar, que es lo que no querriamos que fuesse? Mora es en el traje, y en el cuerpo: pero en el alma es muy grande Christiana, porque tiene grandissimos desseos de serlo. Luego no es baptizada replicò Luscinda? No ha auido lugar para ello, respondio el captiuo, despues que salio de Argel su patria, y tierra, y hasta agora no se ha visto en peligro de muerte tan cercana, que obligasse a baptizalla sin que supiesse primero todas las ceremonias que nuestra madre la santa Iglesia manda: pero Dios será seruido que presto se baptize con la decendencia que la calidad de su persona merece, que es mas de lo que muestra su habito, y el mio. Estas razones puso gana en todos los que escuchandole estauan, de saber quien fuesse la Mora, y el captiuo: pero nadie se quiso preguntar por entonces, por ver que aquella sazon era mas para procurarles descanso que para preguntarles sus vidas. Dorotea la tomò por la mano, y la llevò a sentar junto a si, y le rogò que se quitasse el emboço. Ella miròle al cautiuo, como si le preguntara le dixesse lo que dezian, y lo que ella haria. El en lengua Aranigua le dixo, que le pedian se quitasse el emboço, y que lo hiziesse, y assi se lo quitò, y descubriò vn rostro tan hermoso, que Dorotea la tuuo

por mas hermosa que a Luscinda, y Luscinda por mas hermosa q̃ a Dorotea, y todos los circunstantes conocieron q̃ si alguno se podria igualar al de las dos, era el de la Mora, y aun hu algunos que le auentajaron en alguna cosa. como la hermosura tenga prerrogatiuas, y gracia de reconciliar los animos, y atraer las voluntades, luego se rindieron todos al desseo de seruir y acariciar a la hermosa Mora. Preguntò Fernãdo al cautiuo como se llamaua la Mora, el qual respondio que Lela Zorayda, y assi como esto oyò, ella entendio lo que le auiã preguntado al Christiano, y dixo con mucha priessa de congoxa, y donayre: No, no Zorayda, Maria, Maria, dando a entender que se llamaua Maria, y no Zorayda. Estas palabras el grande afecto con que la Mora las dixo, hizieron derramar mas de vna lagrima a algunos de los que la escucharon, especialmente a las mugeres, porque de su naturaleza son tiernas, y compassiuas. Abraçola Luscinda con mucho amor, diziendole: Si, si, Maria, Maria, a lo qual respondia la Mora: Si, si, Maria, Zorayda macange, q̃ quiere dezir, no. Ya en esto llegaua la noche, y por orden de los q̃ venian con don Fernando, auia el ventero puesto diligencia, y cuydado en regalarles de cenar, lo mejor q̃ a el le fue posible. Llegada pues la hora, sentaronse todos a vna larga mesa, como de tinelo, porq̃ no la auia

redóda,ni quadrada en la venta. Y dierón la cabe
cera,y principal asiento a dó Quixote, el qual
q uiso q estuuiesse a su lado la señora Micomicon
na, pues el era su aguardador. Luego se sentaron Luscinda,y Zorayda,y frontero dellas don
Fernando, y Cardenio, y luego el cautiuo, y
los demas caualleros, y al lado de las señoras, el
Cura,y el Barbero. Y assi cenaron con mucho
contento,y acrecentoseles mas,viendo que de
xando de comer don Quixote,mouido de otro
semejante espiritu, que el que le mouio a ha
blar tanto,como habló quando cenò con los ca
breros, començò a dezir: Verdaderamente si
bien se considera, señores mios,grandes,e inau
ditas cosas veen,los que professan la orden cele
andante caualleria. Sino qual de los viuientes
aura en el mundo, que aora por la puerta del
castillo entrára, y de la suerte que estamos nos
viere,que juzgue, y crea, que nosotros somos
quien somos? Quien podra dezir que esta seño
ra que està a mi lado, es la gran Reyna que to
dos sabemos,y que yo soy aquel caualiero de la
triste Figura, que anda por ahi, en boca de la
fama? Aora no ay que dudar,sino que esta arte
y exercicio,excede a todas aquellas,y aquellos
que los hombres inuentaron, y tanto mas se ha
de tener en estima, quanto a mas peligros està
sugeto. Quitenseme delante, los que dixeron
que las letras hazen ventaja a las armas, que los

dixe, y sean quien se fueren, que no saben lo
que dizen. Porque la razon que los tales sue-
len dezir,y a lo que ellos mas se atienen, es,que
los trabajos del espiritu exceden a los del cuer-
po. Y que las armas solo con el cuerpo se exer-
citan, como si fuesse su exercicio oficio de ga-
napanes, para el qual no es menester mas de
fuerças. O como si en esto que llama-
mos armas, los que las professamos, no se en-
trassen los actos de la fortaleza, los quales pi
den para executallos, mucho entendimiento.
O como sino trabajasse el animo del guerrero,
que tiene assi cargo vn exercito,o la defensa de
vna Ciudad sitiada, assi con el espiritu, como
con el cuerpo. Sino vease si se alcança con las
fuerças corporales, a saber, y conjecturar el
intento del enemigo. Los designos, las estra-
tagemas, las dificultades, el preuenir los da-
ños que se temen, que todas estas cosas, son
acciones del entendimiento, en quien no tie-
ne parte alguna el cuerpo. Siendo pues assi,
que las armas requieren espiritu como las le-
tras. Veamos pues aora, qual de los dos es-
piritus, el del Letrado, o el del guerrero, tra-
baja mas? Y esto se vendra a conocer por el fin,
y paradero a que cada vno se encamina, por-
que aquella intencion se ha de estimar en mas,
que tiene por objeto mas noble fin. Es el fin,
y paradero de las letras,(y no hablo aora de las

diuinas, que tienen por blanco, llegar, y encami-
nar las almas al cielo, que a vn fin, tan fin fin co-
mo este, ninguno otro se le puede igualar) lue-
go este, ninguno otro se le puede igualar, es
blo de las letras humanas, que es su fin poner
en su punto la justicia distributiua, y dar a cada
vno lo que es suyo, entéder, y hazer que las buc-
nas leyes se guarden: fin por cierto generoso, y
alto, y digno de grande alabança: pero no de ta
ta como merece aquel a que las armas atiendé,
las quales tienen por objeto, y fin la paz, que es
el mayor bien que los hombres pueden desear
en esta vida. Y assi las primeras buenas nueuas
que tuuo el mundo, y tuuieron los hombres,
fueron las que dieron los Angeles, la noche q
fue nuestro dia, quando cantaron en los aires,
Gloria sea en las alturas, y paz en la tierra, a los
hombres de buena voluntad: y a la salutacion
que el mejor maestro de la tierra, y del cielo,
enseñó a sus allegados, y fauorecidos, fue dezir-
les, que quando entrassen en alguna casa, dixes-
sen: Paz sea en esta casa. Y otras muchas veces
les dixo: Mi paz os doy, mi paz os dexo, paz sea
con vosotros. Bien como joya, y prenda dada,
y dexada de tal mano, joya que sin ella, en la
tierra, ni en el cielo, puede auer bien alguno.
Esta paz es el verdadero fin de la guerra, que
lo mesmo es dezir armas, que guerra. Prosu-
puesta pues esta verdad, que el fin de la guerra
es la paz, y que en esto haze ventaja al fin de las
letras,

rras, vengamos ora a los trabajos del cuerpo
del Letrado, y a los del professor de las armas,
veamos quales son mayores. De tal manera, y
por tan buenos terminos yua prosiguiendo en
su platica don Quixote, que obligó a q̃ por en-
tonces ninguno de los que escuchando le esta-
uan, le tuuiessen por loco. Antes como todos
los mas eran Caualleros, a quien son anejas las
armas, le escuchauan de muy buena gana, y el
prosiguio, diziendo: Digo pues, que los traba-
jos del estudiante son estos: Principalmẽte po-
breza: (no porque todos sean pobres, si no por
poner este caso en todo el estremo que pueda
ser) y en auer dicho que padece pobreza, me pa
rece que no auia que dezir mas de su mala ven
tura. Porque quien es pobre, no tiene cosa bue-
na. Esta pobreza la padece por sus partes, ya en
hambre, ya en frio, ya en desnudez, ya en todo
estremo. Pero cõ todo esso no es tãta, q̃ no coma,
aunque sea vn poco mas tarde de lo que se vsa, y
de las sobras de los ricos, que es la mayor mise
ria del estudiante, este que entre ellos llamã an
dar a la sopa, y no les falta algun ageno brasero
que los calentie, que si no calièta, alomenos entibie
el frio, y en fin la noche duermen debaxo de cu
bierta. No quiero llegar a otras menudencias,
como son a saber de la falta de camisas, y no so-
brar de çapatos, la raridad, y poco pelo del vesti
do, ni aquel ahitarse con tanto gusto, quando

la buena suerte les depara algun banquete. Por este camino que he pintado, aspero, y dificultoso, tropeçando aqui, cayendo alli, leuantandose acullá, tornando a caer aca, llegan al grado que dessean, el qual alçando, a muchos hemos visto (q̃ auiendo passado por estas Sirtes, y por estas Scilas, y Caribdis, como lleuados en buelo, della fauorable fortuna) digo q̃ los hemos visto mandar, y gouernar el mundo desde vna silla, trocada su hambre en hartura, su frio en refrigerio, su desnudez en galas, y su dormir en vna oliua, en reposar en olandas, y damascos. Premio justamente merecido de su virtud, pero con todo trapuestos, y comparados sus trabajos, con los del milite guerrero, se quedan muy atras en todo, como aora dire.

CAP. XXXVIII. QVE TRATA DEL curioso discurso que hizo don Quixote, de las armas, y las letras.

PRosiguiendo don Quixote, dixo: Pues começamos en el estudiante por la pobreça, y sus partes, veamos si es mas rico el soldado. Y veremos q̃ no ay ninguno mas pobre en la misma pobreza, porque está atenido ala miseria de su paga, que viene, o tarde, o nunca, o a lo que garbeare por sus manos, con notable peligro de su vida, y de

su cõciencia. Y a vezes suele ser su desnudez tal, que vn coleto acuchillado le sirue de gala, y de camisas y en la mitad del Inuierno se suele reparar de las inclemencias del cielo. Estãdo en la campaña rasa, cõ solo el aliento de su boca, que como sale de lugar vazio, tẽgo por aueriguado que debe de salir frio contra toda naturaleza. Aora esperad que espere que llegue lanoche, para restaurarse de todas estas incomodidades, en la cama que le aguarda. La qual sino es por su culpa, jamas pecara de estrecha, que bien puede dormir en la tierra los pies que quisiere, y rebolcarse en ella a su sabor, sin temor que se le encoja las sauanas. Llegue se pues a todo esto el dia, la hora de recebir el grado de su exercicio: llegue vn dia de batalla, q̃ alli le pondran la borlazo en la cabeça, hecha de hilas, para curarle algũ balazo, que quiza le aura passado las sienes, o le aura estropeado de braço, o pierna. Y quando esto no suceda, si no que el cielo piadoso le mande, y conserue, sano, y viuo, podra ser que quede en la misma pobreza que antes estaua, y que sea menester que suceda, vno, y otro encuentro, vna, y otra batalla, y que de todas vença vencedor, para medrar en algo. Pero estos milagros vense raras vezes. Pero dezidme señor, si aueys mirado en ello? Quan menos son los premiados por la guerra, que los que han perecido en ella? Sin duda aueys de respõder, que

que no tienen comparacion, ni se pueden reduzir a cuenta los muertos, y que se podrá contar los premiados viuos, con tres letras de guarismo. Todo esto es al reues en los Letrados, porque de faldas, que no quiero dezir de mangas, todos tienen en que entretenerse. Assi, que aun que es mayor el trabajo del soldado, es mucho menor el premio. Pero a esto se puede responder, que es mas facil, premiar a dos mil Letrados, que a treynta mil soldados. Porque a aquellos se premian con darles oficios, que por fuerça se han de dar a los de su profession: y a esotros no se pueden premiar, si no con la misma hazienda del señor a quien siruen: y esta imposibilidad, fortifica mas la razon que tengo. Pero dexemos esto a parte, que es laberinto de muy dificultosa salida, si no boluamos a la preeminencias de las armas, contra las letras. Materia que ha sta aora està por aueriguar, segun son las razones que cada vna de su parte alega: y entre las que he dicho, dizen las letras, que sin ellas no podrian sustentar las armas. Porque la guerra tambien tiene sus leyes, y està sugeta a ellas, y que las leyes caen debaxo de lo que son letras, y Letrados. A esto responden las armas, que las leyes no se podran sustentar sin ellas. Porque con las armas, se defienden las republicas, se conservan los Reynos, se guardan las Ciudades, se assegurán los caminos, se despojan los mares de cor-

sarios. Y finalmẽte, si por ellas no fuesse, las Republicas, los Reynos, las Monarchias, las Ciudades, los caminos de mar, y tierra, estarian sugetos al rigor, y ala confusion que trae consigo la guerra el tiempo que dura, y tiene licencia de vsar de sus priuilegios, y de sus fuerças. Y es cosa averiguada, que aquello que mas cuesta, se suele, y deue de estimar en mas. Alcançar alguna sciencia, ser eminente en letras, le cuesta tiempo, vigilias, hambre, desnudez, vaguido de cabeça, indigestiones de estomago, y otras cosas a estas inherentes, que en parte ya las tengo referidas. Pues llegar vno por sus terminos a ser buen sol dado, le cuesta todo lo que al estudiante, en tan mayor grado, que no tiene cõparacion, porq̃ cada passo està a pique de perder la vida. Y el temor de necessidad y pobreza puede llegar a fatigar al estudiante, que llegue al q̃ tiene vn soldado, que hallandose cercado en alguna cerça, y estando de posta, o guarda, en algun cubo, o Cauallero, siente que los enemigos minando, hàzia la parte donde el està, y no puede apartarse de alli, por ningun caso, ni huir el peligro que de tan cerca le amenaza. Solo que puede hazer, es, dar noticia a su Capitan de lo que passa, para que lo remedie, con alguna contramina, y el estarse quedo temiendo, esperando, quando improuisamente ha de subir a las nuues sin alas, y baxar al profundo sin

su

su voluntad. Y si este parece pequeño peligro, veamos si le iguala, o haze ventaja, el de embestirse dos galeras por las proas, en mitad del mar espacio. Las quales enclauijadas, y trauadas, no le queda al soldado mas espacio, del que concede dos pies de tabla del espolon. Y contado esto, viendo que tiene delante de si, tantos ministros de la muerte, que le amenazan, quantos cañones de artilleria se assestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo vna lança, y viendo que al primer descuydo de los pies yria a visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrepido coraçon, llenado de la honra que le incita, se pone a ser blanco de tanta arcabuzeria, y procura passar por tan estrecho passo al baxel contrario. Y lo que mas es de admirar, que a penas vno ha caydo, donde no podra leuantar hasta la fin del mundo, quando otro ocupa su mesmo lugar: y si este tambien cae en el mar, que como a enemigo le aguarda otro, y otro, le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes, valentia, y atreuimiento, el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. Bien ayan aquellos benditos siglos, que carecieron de la espantable furia, de aquestos endemoniados instrumentos de la artilleria, a cuyo inuentor, tengo para mi, que en el infierno se le está dado el premio de su diabolica inuencion, con la qual dio causa, q̃ vn infame y co-

de braços quite la vida a vn valeroso caualle-
y que sin saber como, o por donde, en la mi-
del corage, y brio, que enciende, y anima a
ualientes pechos, llega vna desmandada ba-
disparada, de quien quiça huyo, y se espanto
refinlandor que hizo el fuego, al disparar de
maldita maquina) y corta, y acaba en vn instã
con pensamientos, y vida, de quien la merecia
gar luengos siglos. Y assi considerando esto,
por dezir, q̃ en el alma me pesa de auer to-
do este exercicio de caualleria andante, en
tan detestable, como es esta en q̃ agora vi-
os, porq̃ aunq̃ a mi ningun peligro me po-
miedo, toda via me pone rezelo, pensar, si la
ora, y el estaño, me han de quitar la ocasio
hazerme famoso, y conocido por el valor de
brago, y filos de mi espada, por todo lo de-
uierto de la tierra. Pero haga el cielo lo q̃ mas
conuiene, q̃ tanto sere mas estimado, si algo co
pretendo, quãto a mayores peligros me he
esto, que se pusieron los Caualleros andan
de los passados siglos. Todo este largo pre-
no dixo don Quixote, en tãto que los demas
mã, oluidãdose de lleuar bocado a la boca,
esto q̃ algunas vezes le auia dicho Sancho Pã
que cenasse, que despues auria lugar, para de
todo lo que quisiesse. En los que escuchado
uan, sobreuino nueua lastima, de ver, que
te que al parecer tenia buẽ entendimiento,

y buen

y buen discurso, en todas las cosas que trataua le huuiesse perdido tan rematadamente, en tratandole de su negra, y pizmienta caualleria. El Cura le dixo, que tenia mucha razon, en todo quanto auia dicho en fauor de las armas, y que el auñq Letrado, y graduado, estaua de su mismo parecer. Acabaron de cenar, leuantaron los manteles, y en tanto que la ventera, su hija y Maritormes, adereçauan el camaranchon de Quixote de la Mancha, donde auian determinado, que aquella noche, las mugeres sólas estuuiesse recogiessen: don Fernando rogò al cautiuo, les cõtasse el discurso de su vida, porque no podria ser, sino que fuesse peregrino, y gustoso, segun las muestras que auia començado a dar de si. Respondiendo en compañia de Zorayda. A lo qual respondio el cautiuo, que de muy buena gana le contaria lo que se le mandaua; y que solo temia, que el cuento no auia de ser tal, que les diesse el gusto que el desseaua. Pero que con todo esso, por no faltar en obedecelle, le contaria: el Cura, y todos los demas se lo agradecieron, y de nuevo se lo rogaron. Y el viendose rogar de tantos, dixo: Que no eran menester ruegos adonde el mandar tenia tanta fuerça. Y assi, esten vuestras mercedes atentos, y oyran vn discurso verdadero, a quien podria ser q̃ no llegassen los mas curiosos, que con curioso, y pensado artificio, procuren cõponerse. Con esto que dixo, hizo que todos

se acomodassen, y le prestassen vn grade silencio, y el viendo que ya callauan, y esperaua que dezir quisiesse, con voz agradable, y reposada, començo a dezir desta manera.

CAP. XXXIX. DONDE EL CAVTIVO CVENTA SV VIDA, Y SVCESSOS.

En vn lugar de las montañas de Leon, tuuo principio mi linaje, cõ quien fue mas agradecida, y liberal la naturaleza, que la fortuna. Aunque en la estrecheza de aquellos pueblos, toda via alcançaua mi padre fama de rico, y verdaderamente lo fuera, si assi se diera maña a conseruar su hazienda, como se la dana en gastalla. Y la condicion que tenia, de ser liberal, y gastador, procedio de auer sido soldado, los años de su mocedad. Que es escuela la soldadesca, donde el mezquino se haze franco, y el franco prodigo; y si algunos soldados se hallan miserables, son como monstruos, que se ven raras vezes. Alcançaua mi padre los terminos dela liberalidad, y pasaua en los de ser prodigo. Cosa que no le sirue de ningũ prouecho al hombre casado, y que tiene hijos que le han de suceder en el nombre, y en el ser. Los que mi padre tenia eran tres, todos varones, y todos de edad de poder elegir estado. Viendo pues mi padre, que segun el

Universidad de Deusto
Biblioteca

dezia, no podia yrse a la mano contra su condi-
cion, quiso priuarse del instrumẽto, y causa, que
le hazia gastador, y dadiuoso, que fue priuarse
de la hazienda, sin la qual el mismo Alexandro
pareciera estrecho. Y assi llamandonos vn dia
a todos tres, a solas en vn aposento, nos dixo
vnas razones, semejantes a las que aora dire. Hi-
jos, para deziros que os quiero bien, basta sa-
ber, y dezir, que soys mis hijos, y para entender
que os quiero mal, basta saber que no me voy a
la mano, en lo que toca a conseruar vuestra ha-
zienda. Pues para que entendays desde aqui ade-
lante, que os quiero como padre, y que no os
quiero destruyr como padrastro, quiero hazer
vna cosa con vosotros, que ha muchos dias que
la tengo pensada, y con madura consideracion
dispuesta. Vosotros estays ya en edad de tomar
estado, o alomenos de elegir exercicio, tal que
quando mayores os honre, y aproueche. Y lo
he pensado, es hazer de mi hazienda quatro par-
tes, las tres os dare a vosotros, a cada vno lo que
le tocare, sin exceder en cosa alguna, y cõ la
tra me quedare yo, para viuir, y sustentarme, has-
dias que el cielo fuere seruido de darme de vi-
da. Pero querria, que despues que cada vno tu-
uiesse en su poder la parte q̃ le toca de su hazien-
da, siguiesse vno delos caminos que le dire. Ay
vn refran en nra España, a mi parecer muy ver-
dadero, como todos loson, por ser sentẽcias ha-
ze-

sacadas dela lengua, y discreta experiencia,
q̃ yo digo, dize: Yglesia, o mar, o casa Real:
o si mas claramente dixera. Quien quisiere
ser, y ser rico, siga, o la Yglesia, o nauegue, e-
xercitando el arte dela mercancia, o entre a ser-
a los Reyes en sus casas: Porque dizen. Mas
migaja de Rey, q̃ merced de señor. Digo
porque querria, y es mi volũtad, que vno
nosotros siguiesse las letras, el otro la mercã
y el otro siruiesse al Rey en la guerra, pues
dificultoso entrar a seruirle en su casa; que ya
la guerra no dè muchas riquezas, suele dar
cho valor, y mucha fama. Dentro de ocho
os dare toda vuestra parte en dineros, sin
ndaros en vn ardite, como lo vereys por
era. Dezidme aora, si quereys seguir mi pa-
er, y consejo, en lo q̃ os he propuesto: y mas
dome a mi por ser el mayor, q̃ respondiesse:
pues de auerle dicho que no se deshiziesse
hazienda, sino q̃ gastasse todo lo que fuesse
voluntad, que nosotros eramos moços para
er ganarla: vine a concluyr, en q̃ cumpliria su
o, y q̃ el mio era seguir el el exercicio de las
siruiẽdo en el a Dios, y a mi Rey. El segũ
hermano, hizo los mesmos ofrecimientos, y
gio el yrse a las Indias, llevãdo empleada la
nda que le cupiesse. El menor, y a lo q̃ yo
el mas discreto, dixo q̃ queria seguir la Y-
, o yrse a acabar sus començados estudios

a Salamanca. Assi como acabamos de concer-
darnos, y escoger nuestros exercicios, mi padre
nos abraçò a todos, y cò la breuedad que dixo,
puso por obra quanto nos auia prometido, y
dando a cada vno su parte, que a lo que se
acuerda, fueron cada tres mil ducados en dine-
ros, porque vn nuestro tio comprò toda la ha-
zienda, y la pagò de contado, porque no salie-
se del tronco de la casa. En vn mesmo dia nos
despedimos todos tres de nuestro buè padre, y
en aquel mesmo, pareciédome a mi ser inhuma-
nidad, que mi padre quedasse viejo, y con tan
poca hazienda, hize con el, que de mis tres mil
tomasse los dos mil ducados, porq a mi me bas-
taua el resto, para acomodarme, de lo que auia
menester vn soldado. Mis dos hermanos, mo-
uidos de mi exemplo, cada vno le dio mil duca-
dos. De modo, que a mi padre le quedaró qua-
tro mil en dineros, y mas tres mil, que a lo que
parece valia la hazienda que le cupo, q no quiso
vender, sino quedarse con ella en rayzes. Digo
en fin, que nos despedimos del, y de aquel mo-
stro tio que he dicho, no sin mucho sentimien-
to, y lagrimas de todos, encargandonos que los
hiziesemos saber, todas las vezes que huuiesse
comodidad para ello, de nuestros sucessos, pros-
peros, ò aduersos. Prometimosselo, y abraçados
nos, y echandonos su bendicion, el vno tomò
el viage de Salamanca, el otro de Sevilla, y yo

de Alicante, adonde tuue nuevas que auia v-
na Ginouesa, que cargaua allí lana para Ge-
a. Este hara veynte y dos años, que sali de
de mi padre, y en todos ellos, puesto que
escrito algunas cartas, no he sabido del, ni de
hermanos nueua alguna. Y lo que en este
espacio de tiempo he passado, lo dire breuemè
embarqueme en Alicante, llegue con prosp-
ro viaje a Genoua, fuy desde alli a Milan, dó-
me acomodè de armas, y de algunas galas de
soldado, de donde quise yr a assentar mi plaça
en Piemonte, y estando ya de camino para Ale-
ssandria de la Palla, tuue nueuas que el gran Du
que de Alua passaua a Flandes. Mudè propósi-
to, fuime con el, seruile en las jornadas que hi-
zo, hallome en la muerte de los Cõdes de Egue
mont, y de Hornos, alcancè a ser Alferez de
vn famoso Capitã de Guadalajara, llamado Die
go Ruruina. Y a cabo de algun tiempo que lle
gue a Flandes, se tuuo nueuas de la liga, que la
santidad del Papa Pio quinto, de felice recor-
dacion, auia hecho conuenencia con España,
contra el enemigo comun, que es el Turco. El
mismo en aquel mesmo tiempo auia ganado con
la armada, la famosa Isla de Chipre, que estaua
en poder del dominio de Veneciano, y perdida
lamentable, y desdichada. Supose cierto que
don Iuan por General desta liga, el serenissimo dõ
Iuan de Austria, hermano natural de nuestro

buen Rey don Felipe. Diuulgose el grandissimo aparato de guerra que se hazia. Todo lo qual me incitò, y commouio el animo, y el deseo de verme en la jornada que se esperaua, y aunque tenia barruntos, y casi promessas ciertas de que en la primera ocasion que se ofreciesse, seria promouido a Capitá, lo quise dexar todo, y venirme, como me vine a Italia. Y quiso mi buena suerte, que el señor don Iuan de Austria acabaua de llegar a Genoua, que passaua a Napoles, a juntarse con la armada de Venecia, como despues lo hizo en Mecina. Digo en fin, que yo me hallé en aquella felicissima jornada, ya hecho Capitá de infanteria, a cuyo honorofo cargo me subio mi buena suerte, mas que mis merecimientos. Y aquel dia, que fue para la Christiandad tan dichoso, porque en el se descubrio al mundo, y todas las naciones, del error en que estauan, creyendo que los Turcos eran inuencibles por la mar, en aquel dia. Digo donde quedò el orgullo, y soberuia Otomana quebrantada, entre tantos venturosos, como alli huuo. Porque mas ventura tuuieron los Christianos que alli murieron, que los que viuos, y vencedores quedaró. Yo solo fuy el desdichado, que en cabio de que pudiera esperar, si fuera en los Romanos siglos alguna naual corona, me vi aquella noche, que siguio a tan famoso dia, con cadenas a los pies, y esposas a las manos. Y fue

desafuerte: que auiendo el Vchali Rey de Argel rendido, y venturoso Cossario, enuestido, y rendido la capitana de Malta, que solos tres caualleros quedaran viuos en ella, y estos mal heridos, acudio la capitana de Iuá Andrea a socorrella, en la qual yo yua con mi compañia, y auiendo lo que deuia en ocasion semejante: salto en la galera cõtraria, la qual desuiandose de la que auia ennestido, estoruò que mis soldados la ganassen, y assi me hallé solo entre mis enemigos, a quien no pude resistir por ser tantos, y assi me rindieron lleno de heridas. Y como muchas veys señores oydo dezir, que el Vchali se fue con toda su esquadra, vine yo a quedar en su poder, y solo fuy el triste entre tantos alegres, y el cautiuo entre tantos libres, porque fueron quinze mil Christianos los que aquel dia alcançaron la desseada libertad, que todos venian al remo en la Turquesca armada. Llevaronme a Constantinopla, donde el gran Turco Selin hizo general de la mar a mi amo, por que auia hecho su deuer en la batalla, auiendo ganado por muestra de su valor, el estandarte de la religion de Malta. Hallome el segundo año, que fue el de setenta y dos, en Nauarino bogando en la capitana de los tres estandartes, y note la ocasiõ que alli se perdio, de no auer en el puerto toda la armada Turquesca. Porque todos los Leuãtes, y Genizaros, que en

ella venian, tuuieron por cierto, que les auian de enuestir dentro del mesmo puerto, y tenian a punto su ropa, y passamaques, que son sus zapatos, para huyrse luego por tierra, sin esperar ser combatidos: tanto era el miedo que auian cobrado a nuestra armada. Pero el cielo lo ordenó de otra manera, no por culpa, ni descuydo del General, que a los nuestros regia, sino por los peccados de la Christiandad: y porque quiere, y permite Dios, que tengamos siempre verdugos que nos castiguen. En efeto el Vchali se recogio a Modon, que es vna Isla que está junto a Nauarino, y echando la gente en tierra, fortificó la boca del puerto, y estuuose quedo, hasta que el señor don Iuan se boluio. En este viage se tomó la Galera, que se llamaua la Presa, de quien era Capitan vn hijo de aquel famoso Cossario Barba Roxa: tomola la Capitana de Napoles, llamada la Loba, regida por aquel rayo de la guerra, por el padre de los soldados, por aquel venturoso, y jamas vencido Capitan don Aluaro de Bacan, Marques de Santa Cruz. Y no quiero dexar de dezir lo que sucedio en la presa de la Presa. Era tan cruel el hijo de Barba Roxa, y trataua tan mal a sus cautiuos, que assi como los que venian al remo, vieron que la galera Loba les yua entrando, y que los alcançaua, soltaron todos a vn tiempo los remos, y asieron de su Capitan, que estaua sobre

re el estanterol, gritando q̃ bogassen a prie- y passandole de banco en banco, de popa, a le dieron bocados, que a poco mas que pa arborol, ya hauia passado su anima al in- no. Tal era, como he dicho, la crueldad con los trataua, y el odio que ellos le tenia. Bol a Constantinopla, y el año siguiente, que de setenta y tres, se supo en ella, como el don Iuan auia ganado a Tunez, y quitado el Reyno a los Turcos, y puesto en posses- de la Muley Hamet, cortando las esperan- que de boluer a reynar en el tenia Muley nida, el Moro mas cruel, y mas valiente que el mundo. Sintio mucho esta perdida el Turco, y vsando de la sagazidad que to- los de su casa tienen, hizo paz cõ Venecia- que mucho mas que el la desseauan. Y el siguiente de setenta y quatro, acometio ala a, y al fuerte, que junto a Tunez auia de- medio leuantado el señor don Iuan. En estos trances andaua yo al remo, sin espe de libertad alguna: alomenos no esperaua cobrarla por rescate, porque tenia determina de no escriuir las nueuas de mi desgracia a padre. Perdiose en fin la Galera, perdiose el erte, sobre las quales plaças vuo de soldados cos, pagados, setenta y cinco mil: y de Mo y Alarabes de toda la Africa, mas de quatro nos mil, acompañado este tan gran numero

de gente, con tantas municiones y pertrechos de guerra, y con tantos gastadores, que con las manos, y a puñados de tierra, pudieran cubrir la Goleta, y el Fuerte. Perdiose primero la Goleta, tenida hasta entonces por inexpugnable; y no se perdio por culpa de sus defensores, los quales luzieron en su defensa todo aquello que deuian, y podian; sino porque la experiencia mostro la facilidad con que se podian leuantar trincheas en aquella desierta arena, porq a dos palmos se hallaua agua, y los Turcos no la hallaron a dos varas: y assi con muchos sacos de arena leuantaron las trincheas tan altas, que sobrepujauan las murallas de la fuerça, y tirandoles a Cauallero, ninguno podia parar, ni assistir a la defensa. Fue comun opinion, que no se auian de encerrar los nuestros en la Goleta, si no esperar en campaña, al desembarcadero: y los que esto dizen, hablan de lexos, y con poca experiencia de casos semejantes: porque si en la Goleta, y en el fuerte a penas auia siete mil soldados, como podia tan poco numero (aunque mas esforçados fuessen) salir a la campaña, y quedar en las fuerças, contra tanto como era el de los enemigos? Y como es posible dexar de perderse fuerça que no es socorrida, y mas quando la cercan enemigos muchos, y porfiados, y en su misma tierra. Pero a muchos les parecio, y assi me parecio a mi, que fue particular gracia, y mer-

ced que el cielo hizo a España, en permitir, que acabasse aquella officina, y capa de maldades: aquella gomia, o esponja, y polilla de la infinidad de dineros, que alli sin prouecho se gastan, sin seruir de otra cosa, que de conseruar memoria de auerla ganado, la felicissima del inuictissimo Emperador Carlos Quinto, como era menester para hazerla eterna (como lo es, y sera) que aquellas piedras la sustentaran? Perdiose tambien el Fuerte, pero fueronlo ganando los Turcos palmo a palmo, porque los soldados que lo defendian, pelearon tan valerosa y fuertemente, que passaron de veynte y seis mil enemigos los que mataron en veynte y dos assaltos generales que les dieron. Ninguno de los soldados cautiuaron sano, de trecientos que quedaron viuos, señal cierta, y clara de su esfuerço, y valor, y de lo bien que se auian defendido, y guardado sus plaças. Rindose a partido vn pequeño fuerte, o torre que estaua en mitad del estaño, a cargo de don Iuan Zanoguera, Cauallero Valenciano, y famoso soldado. Cautiuaron a don Pedro Puertocarrero, General de la Goleta, el qual hizo quanto fue possible, por defender su fuerça: y sintio tanto auerla perdido, q de pesar, murio en el camino de Constantinopla, donde le llenauan cautiuo. Cautiuaro assi mesmo al General del Fuerte, que se llamaua, Gabrio Cerbellon, Cauallero

Mila-

Milanès, grande ingeniero, y valentíssimo soldado. Murieró en estas dos fuerças muchas personas de cuenta, de las quales fue vna, Pagan de Oria, Cauallero del habito de sant Iuan, de condicion generoso, como lo mostró la suma liberalidad que vso con su hermano el famoso Iuan de Andrea de Oria: y lo que mas hizo lastimosa su muerte, fue auer muerto a manos de vnos Alarabes, de quien se fió viendo ya perdido el Fuerte, que se ofrecieron de lleuarle en habito de Moto a Tabarca, que es vn portezuelo, o casa que en aquellas riberas tienen los Ginoueses que se exercitan en la pesqueria del coral; los quales Alarabes le cortaron la cabeça, y se la truxeron al General de la armada Turquesca: el qual cumplio con ellos nuestro refran Castellano: Que aunque la traycion aplaze, el traydor se aborrece: y assi se dize, que mandó el General ahorcar a los que le truxeró el presente, porque no se le auian traydo viuo. Entre los Christianos que en el fuerte se perdieró, fue vno llamado don Pedro de Aguilar, natural no se de q lugar del Andaluzia, el qual hauia sido Alferez en el fuerte, soldado de mucha cuenta, y de raro entendimiento: especialmente tenia particular gracia en lo que llaman Poesia. Digolo, porq su fuerte le truxo a mi galera, y a mi banco, y a ser esclano de mi mesmo Patron: y antes que nos partiessemos de aquel puerto, hizo este Cauallero

dero dos Sonetos, a manera de epitafios, el vno a la Goleta, y el otro al Fuerte. Y en verdad que los tẽgo de dezir, porque los se de memoria, y creo que antes causarán gusto, que pesadumbre. En el punto que el cautiuo nombrò a don Pedro de Aguilar, don Fernando mirò a sus camaradas, y todos tres se sonrieron: y quãdo llegò a dezir de los Sonetos, dixo el vno: Antes que vuestra merced passe adelante, le suplico me diga, que se hizo esse don Pedro de Aguilar que ha dicho? Lo que se es respondió el cautiuo, que al cabo de dos años que estuuo en Constantinopla, se huyó en trage de Arnaute, con vn Griego espia, y no se si vino en libertad: pues porque creo que si, porque de alli a vn año vi al Griego en Constantinopla, y no le pude preguntar el sucesso de aquel viage. Pues no fue, respondio el Cauallero, porque esse don Pedro es mi hermano, y está aora en nuestro lugar, sano, y rico, casado, y con tres hijos. Gracias infinitas dadas a Dios, dixo el cautiuo, por tantas mercedes como le hizo, porque no ay en la tierra (conforme mi parecer) contento q̃ se iguale al alcançar la libertad perdida. Y mas, replicò el Cauallero, que yo se los Sonetos que mi hermano hizo. Digalos pues v. m. dixo el cautiuo, que los sabra dezir mejor que yo. Que me plaze, respondio el Cauallero: y el de la Goleta de

CAP.

CAPI. XL. DONDE SE PROSIgue la hiſtoria del cautiuo.

SONETO.

ALmas dichoſas, que del mortal velo,
Libres y eſſentas, por el bien que obraſtes,
Deſde la baxa tierra os leuantaſtes
A lo mas alto, y lo mejor del cielo.
Y ardiendo en ira, y en honroſo zelo,
De los cuerpos la fuerça exercitaſtes,
Que en propria y ſangre agena coloraſtes
El mar vezino, y arenoſo ſuelo.
Primero que el valor, faltò la vida
En los canſados braços, que muriendo,
Con ſer vencidos llenan la vitoria.
Y eſta vueſtra mortal, triſte cayda,
Entre el muro, y el hierro, os và adquiriendo
Fama, que el mundo os da, y el cielo gloria.

¶ Deſſa meſma manera le ſe yo, dixo el cautiuo. Pues el del Fuerte, ſi mal no me acuerdo, dixo el Cauallero, dize aſsi.

SONETO.

DE entre eſta tierra eſteril, derribada,
Deſtos terrones por el ſuelo echados,
Las almas ſantas de tres mil ſoldados
Subié-

ſubieron viuas a mejor morada.
Todo primero en vano exercitada
La fuerça de ſus braços eſforçados,
Haſta que al fin de pocos, y canſados
Dieron la vida al filo de la eſpada.
Que es el ſuelo que contino ha ſido
De mil memorias lamentables lleno
En los paſſados ſiglos, y preſentes.
Y no mas juſtas de ſu duro ſeno,
Fueran al claro cielo almas ſubido,
Ni aun el ſoſtuuo cuerpos tan valientes.

No parecieron mal los Sonetos, y el cautiuo alegro con las nuenas que de ſu camarada le dieron: y proſiguiendo ſu cuento, dixo: Rendida pues la Goleta, y el Fuerte, los Turcos dieron orden en deſmantelar la Goleta, porque el Fuerte quedò tal, que no huuo que poner por èl: y para hazerlo con mas breuedad, y menos trabajo, la minaron por tres partes, pero ninguna ſe pudo bolar lo que parecia menos fuerte, que eran las murallas viejas, y todo aquello que auia quedado en pie de la fortificacion nueua, que auia hecho el Fratin, con mucha facilidad vino a tierra. En reſolucion, la armada boluio a Conſtantinopla, triunfante, y vencedora: y de alli a pocos meſes murio mi amo el Xabandar, al qual llamauã, Vchali Fartax, que quiere decir en lengua Turqueſca, El renegado Tiñoſo,

so, porque lo era: y es costúbre entre los Turcos, ponerse nombres de alguna falta que tengan, o de alguna virtud que en ellos aya. Y ello es, porque no ay entre ellos sino quátro apellidos de linages, que descienden de la casa Otomana; y los demas, como tengo dicho, toman nombre, y apellido, ya de las tachas del cuerpo, y ya de las virtudes del animo: y este Tinoco bogò el remo, siendo esclauo del gran señor, catorze años, y a mas de los treynta y quátro de su edad, renegò, de despecho de que vn Turco estando al remo, le dio vn bofetò, y por poderse vengar, dexò su fe: y fue tanto su valor, que sin subir por los torpes medios y caminos que los mas priuados del gran Turco suelen, vino a ser Rey de Argel, y despues a ser general de la mar, que es el tercero cargo que ay en aquel señorio. Era Calabres de nacion, y moralmente fue hombre de bien, y trataua cò mucha humanidad a sus cautiuos, que llegò a tener tres mil, los quales despues de su muerte se repartieron como el lo dexò en su testamento, entre el gran señor (que tambien es hijo heredero de quantos mueren, y entra a la parte con los mas hijos que dexa el diffunto) y entre sus renegados; y yo cupe a vn renegado Veneciano, que fue grumete de vna naue, le cautiuò el Vchali, y le quiso tanto, que fue vno de los mas regalados garzones suyos, y el vino a ser el mas cruel renegado

lo que jamàs se ha visto. Llamauase Azanaga llegò a ser muy rico, y a ser Rey de Argel, cò quien yo vine de Constantinopla, algo conten por estar tan cerca de España: no porque dalle ocupara nadie: el desdichado sucesso no pudo ser mas fauorable la fuer en Argel, que en Constantinopla; donde ya prouado mil maneras de huyrme, y ningu tuue sazon, ni ventura: y pensaua en Argel tar otros medios de alcançar lo que tanto uana, porque jamas me desamparo la espe- de tener libertad; y quando en lo que fa- ca, pensaua, y ponia por obra, no corresponde el sucesso a la intencion, luego sin abando- me, fingia, y buscaua otra esperança que me ntasse, aunque fuesse debil, y flaca. Con esto teniala vida, encerrado en vna prision, o que los Turcos llaman baño, donde encier los cautiuos Christianos, assi los que son del , como de algunos particulares: y los que del Alcayzen, que es como dezir, cauti- del Consejo, que siruen a la ciudad en las s publicas que haze; y en otros officios: y tales cautiuos tienen muy dificultosa su tad, que como son del comun, y no tienen particular, no ay con quien tratar su rescate, aunque le tengan. En estos baños, como go dichos, suelen llenar a sus cautiuos algu- particulares del pueblo, principalmente

quando son de rescate, porque allí los tienen hol
gados; y seguros, hasta que venga su rescate.
Tambien los cautiuos de Rey, que son de rescá
te, no salen al trabajo con la demas chusma, si
no es quando se tarda su rescate, que entonces,
por hazerles que escriuan por el con mas ahin
co, los hazen trabajar, e yr por leña al monte
con los demas, que es vn no pequeño trabajo.
Yo pues, era vno de los del rescate, que co
mo se supo que era capitan, puesto que les dixe
mi poca possibilidad, y falta de hazienda, no
aprouechò nada para que no me pusiessen en el
numero de los caualleros, y gente de rescate.
Pusieronme vna cadena, mas por señal de rescá
te, que por guardarme con ella, y assi passaua la
vida en aquel baño, con otros muchos caualle
ros, y gente principal, señalados, y tenidos por
de rescate. Y aunque la hambre, y desnudez pu
diera fatigarnos a vezes, y aun casi siempre, nin
guna cosa nos fatigaua tanto, como oyr, y ver
a cada passo, las jamas vistas, ni oydas crueldá
des que mi amo vsaua con los Christianos. Ca
da dia ahorcaua el suyo, empalaua a este, desco
rejaua aquel: y esto por tan poca ocasion, y tan
sin ella, que los Turcos conocian que lo hazia
no mas de por hazerlo, y por ser natural con
dicion suya ser omicida de todo el genero hu
mano. Solo librò bien con el vn soldado Es
pañol, llamado, tal de Saauedra, el qual co
mo hecho cosas que quedaran en la memoria
aquellas gentes por muchos años, y todas
a alcançar libertad, jamas le dio palo, ni se lo
dado dar, ni le dixo ninguna mala palabra: y
la menor cosa que hizo, temiamos todos
auia de ser empalado, y assi lo temio el
de vna vez: y sino fuera porque el tiempo
da lugar, yo dixera aora algo de lo que es
dado hizo, què fuera parte para entrete
, y admiraros, harto mejor que con el cue
de mi historia. Digo pues, que encima del
ro de nuestra prision, cahian las ventanas de
sa de vn Moro rico, y principal, las quales,
mo de ordinario son las de los Moros, mas
ragajeros que ventanas, y aun estas se cu
an con celosias muy espessas, y apretadas.
sucedio pues, que vn dia estando en vn terra
de nuestra prision, con otros tres compa
os, haziendo pruebas de saltar con las ca
as por entretener el tiempo, estando solos,
que todos los demas cautiuos Christianos
en el baño estauan auian salido a trabajar,
a caso los ojos, y vi que por aquellas cer
das ventanillas que he dicho, parecia vna ca
, y al remate della puesto vn lienço, atado, y
sa se estaua blandeando, y mouiendose, co
mo si hiziera señas, que llegassemos a to
la. Miramos en ello, y vno de los que con
nos estauan, fue a ponerse debaxo de la caña,

por ver si la soltauan, o lo que hazian: pero assi como llegò alçaron la caña, y la mouieron a los dos lados, como si dixeran, no, con la cabeça. Boluiose el Christiano, y tornaronla a baxar y hazer los mesmos monimiétos que primero. Fue otro de mis compañeros, y sucediole lo mesmo que al primero. Finalmente fue el tercero, y auinole lo que al primero, y al segundo. Viédo yo esto, no quise dexar de prouar la suerte, y assi como llegué a ponerme debaxo de la caña, la dexaró caer, y dio a mis pies dentro del baño: acudi luego a desatar el lienço, en el qual vi vn nudo, y dentro del venian diez zianys, q son vnas monedas de oro baxo, que vsan los Moros, que cada vna vale diez reales delos nuestros. Si me holgue con el hallazgo, no ay para que dezirlo, pues fue tanto el contento, como la admiracion de pensar de donde podia venirnos aquel bien, especialmẽte a mi, pues las nuestras de no auer querido soltar la caña sino a mi, claro dezian que a mi se hazia la merced. Tomé mi buen dinero, quebré la caña, boluime al terradillo, miré la ventana, y vi que por ella salia vna muy blanca mano, que la abrian y cerrauan muy apriſſa. Con esto entendimos, o imaginamos, que alguna muger que en aquella casa viuia, nos deuia de hauer hecho aquel beneficio: y en señal de que lo agradeciamos, hezimos zalemas a vso de Moros, inclinando la ca-

beça,

a doblando el cuerpo, y poniendo los bra-
sobre el pecho. De alli a poco sacaron por
esma ventana vna pequeña Cruz, hecha de
s, y luego la boluieron a entrar. Esta se-
nal confirmò, en que alguna Christiana de-
de estar cautiua en aquella casa, y pensa-
n que era la que el bien nos hazia: pero la
ura de la mano, y las axorcas que en ella
en, nos deshizo este pensamiento, puesto
imaginamos, que deuia de ser alguna Chri
renegada, a quien de ordinario suelen to
por legitimas mugeres sus mesmos amos,
lo tienen a mucha ventura, porque las
an en mas que las de su nacion. En todos
tros discursos, dimos muy lexos de la ver-
del caso, y assi todo nuestro entretenimien
sde alli adelante, era mirar, y tener por
a la ventana donde nos auia aparecido
a estrella de la caña: pero bien se passa-
argos quinze dias en que no la vimos, ni
sto tampoco, ni otra señal alguna. Y aun-
este tiempo procurauamos con toda so-
d, saber quien en aquella casa viuia, y si
en ella alguna Christiana renegada, jamas
quien nos dixesse otra cosa, sino que alli
a vn Moro principal, y rico, llamado Agi-
co, Alcayde que auia sido de la Para, que
ce entre ellos de mucha calidad, y estima.
ando mas descuydados estauamos, de

que por alli auian de lloner mas zianiys, vimos a deshora parecer la cãa, y otro lienço en ella, con otro nudo mas crecido: y esto fuera tiempo que estaua el baño como la vez passada, solo, y sin gente. Hezimos la acostumbrada prueua, yendo cada vno primero que yo, delos mismos tres que estauamos, pero a ninguno se rindió la cãa sino a mi, porque en llegando yo la dexaron caer. Desate el nudo, y halle quarenta escudos de oro Españoles, y vn papel escrito en Arauigo, y al cabo de lo escrito hecha vna grande Cruz. Bese la Cruz, tomé los escudos, boluimeal terrado, hezimos todos nuestras zalemas, torno a parecer la mano, hize señas que leeria el papel, cerraron la ventana. Quedamos todos confusos, y alegres cõ lo sucedido: y como ninguno de nosotros no entendia el Arauigo, era grande el desseo que teniamos de entender lo que el papel contenia, y mayor la dificultad de buscar quien lo leyesse. En fin yo me determiné de fiarme de vn renegado, natural de Murcia, que se auia dado por grande amigo mio, y puesto prendas entre los dos, que le obligauan a guardar el secreto que le encargasse: porque suelen algunos renegados, quando tienen intencion de boluerse a tierra de Christianos, traer consigo algunas firmas de cautiuos principales, en que dan fee, en la forma que pueden, como el tal renegado es hom-

bre de bien, y que siempre ha hecho bien a Christianos, y que lleua desseo de huyrse en la primera ocasion que se le ofrezca. Algunos ay, que procuran estas fees con buena intencion: otros se siruen dellas, a caso, y de industria: q̃ yendo a robar a tierra de Christianos, si a dicha se pierden, o los cautiuan, sacan sus firmas, diziendo, que por aquellos papeles se verá el proposito con que venian, el qual era, de quedarse en tierra de Christianos, y que por esso venian en conserso con los demas Turcos. Con esto se essentan de aquel primer impetu, y se reconcilian con la Yglesia, sin q̃ se les haga daño, y quando ocasion se la ofrezca, se bueluen a Berberia a ser lo que antes eran. Otros ay que vsan destos papeles, y los procuran con buen intento, y se quedan en tierra de Christianos. Pues vno de los comprehendidos que he dicho, era este amigo, el qual tenia firmas de todas nuestras camaradas, dõde acreditauamos quanto era posible: y si acaso otros le hallaran estos papeles, le quemara sin peligro. Supe que sabia muy bien Arauigo, y Castellano hablarlo, sino escriuirlo. Pero antes que del todo me declarasse con el, le dixe, que me leyesse aquel papel, que a caso me auia quedado en vn agujero de mi rancho. Abriole, y estuuo vn buen espacio mirandole, y construyendo entre murmurando entre los dientes. Preguntéle, si lo entendia? Dixome, que muy bien,

y que si queria que me lo declaraſſe palabra por palabra, que le dieſſe tinta y pluma, porque mejor lo hizieſſe. Dimosle luego lo que pedia, y el poco a poco lo fue traduziendo, y en acabando, dixo: Todo lo que va aqui escrito en Romance, sin faltar ninguna letra, es lo que contiene este papel Morisco; y ha se de aduertir, que a donde dize, Lela Marien, quiere dezir, Nuestra Señora la Virgen Maria. Leymos el papel, y dezia assi.

Quando yo era niña, tenia mi padre vna esclaua, la qual en mi lengua me mostrò la Zalà Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marié. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino co Alà, porque despues la vidos vezes, y me dixo que me fuesse a tierra de Christianos, a vera Lela Marien, q̃ me queria mucho. No se yo como vaya, muchos Christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido caual caballero, sino tu. Yo soy muy hermosa, y mochacha, y tengo muchos dineros que lleuar cõmigo. Mira tu si puedes hazer que nos vamos, y seras alla mi marido, si quisieres; y sino quisieres, no se me dara nada, que Lela Marien me dara con quien yo me case. Yo escriui esto, mira a quien lo das a leer, no te fies por ninguna via de Moro, porque son todos marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sa-

sibe, me echarà luego en vn pozo, y me cubrirà de piedras. En la cana pondre vn hilo, ata a la respuesta: y sino tienes quien te escriua contigo, dimelo por señas, que Lela Marien ha de que te entienda. Ella, y Alà te guarde, y essa cruz que yo beso muchas vezs, que assi me lo mandò la cautiua.

Mirad, señores, si era razon que las razones de este papel nos admiraſſen, y alegraſſen: y assi fue lo, y lo otro fue de manera, que el Renegado de remedio, que no a caso se auia hallado aquel papel, si no que realmente alguno de nosotros auia escrito: y assi nos rogò, que si era verdad lo que sospechaua, que nos fiaſſemos del, y no dixeſſemos, que el auenturaria su vida por nuestra libertad: y diziendo esto, sacò del pecho vn Crucifixo de metal, y con muchas lagrimas juròpor el Dios que aquella imagen representaua, en quien el, aunque pecador, y malo, creya, y fielmente creyia, de guardarnos lealtad, y secreto, en todo quanto quisieſſemos desear, porque le parecia, y casi adeuinaua, que con medio de aquella que aquel papel auia escrito, auia el, y todos nosotros de tener libertad, y verse en lo que tanto desseaua, que era reducirse al gremio de la santa yglesia su madre, en quien como miembro podrido estaua diuidido, y apartado, por su ignorancia, y pecado. Con tantas lagrimas, y con muestras de tanto

arrepentimiento dixo esto el Renegado, que todos de vn mesmo parecer, consentimos, y venimos en declararle la verdad del caso, y assi le dimos cuenta de todo, sin encubrirle nada. Mostramosle la ventanilla por donde parecia la caña, y el marco desde alli la casa, y quedó de tener especial, y grandissimo cuydado, de informarse quien en ella viuia. Acordamos assi mesmo, que seria bien responder al villete de la Mora; y como teniamos quié lo supiesse hazer, luego al momento el renegado escriuio las razones que yo le fuy notando, que puntualmente fueron las que dirè, porque de todos los puntos substanciales que en este sucesso me acontecieron, ninguno se me ha ydo de la memoria, ni aun se me yrá en tanto que tuuiere vida. En efeto, lo que a la Mora se le respondio, fue esto.

El verdadero Alà te guarde, señora mia, y aquella bendita Marien, que es la verdadera Madre de Dios, y es la que te ha puesto en coraçó que te vayas a tierra de Christianos, porque te quiere bien. Ruegale tu, que se sirua de darte a entender, como podras poner por obra lo que te manda; que ella es tā buena, que si hará. De mi parte, y de la de todos estos Christianos que estan conmigo, te ofrezco de hazer por ti todo lo que pudieremos, hasta morir. No dexes de escriuirme, y auisarme lo que pensares hazer, q̄ yo te responderè siempre; que el grande Alà, nos

ha dado vn Christiano cautiuo, que sabe ha
, y escriuir tu lengua, tan bien como lo ve
por este papel. Assi, que sin tener miedo,
puedes auisar de todo lo que quisieres. A
que dizes, que si fueres a tierra de Christia
porque has de ser mi muger: yo te lo prome
como buen Christiano; y sabe que los Chri
nos cumplen lo que prometen, mejor que
Moros. Alà, y Marien su madre sean en tu
da, señora mia.

Escrito, y cerrado este papel, aguarde dos
a que estuuiesse el baño solo, como solia, y
go salial passo acostumbrado, del terradillo,
ver si la caña parecia, que no tardò mucho
aformar. Assi como la vi, aunque no podia
quien la ponia, mostrè el papel, como dan
entender, que pusiessen el hilo: pero ya ve
puesto en la caña, al qual atè el papel, y de
poco, torno a parecer nuestra estrella con
blanca vandera de paz del atadillo; dexaron
er, y alcela yo, y hallè en el paño en toda
te de moneda, de plata, y de oro, mas de cin
enta escudos, los quales cincuenta vezes mas
aron nuestro contento, y confirmaron la
perança de tener libertad. Aquella misma no
boluio nuestro Renegado, y nos dixo, que
a sabido que en aquella casa viuia el mesmo
ero que a nosotros nos hauian dicho que se
ama Aguimorato, riquissimo por todo estre

mo,

mo, el qual tenia vna sola hija, heredera de toda su hazienda: y que era comun opinion en toda la Ciudad, ser la mas hermosa muger de la Berberia: y que muchos de los Virreyes que alli venian, la hauian pedido por muger, y que ella nunca se auia querido casar: y que tambien supo, que tuuo vna Christiana cautiua, que ya se auia muerto. Todo lo qual concertaua con lo que venia en el papel. Entramos luego en Consejo con el Renegado, en que orden se tendria para sacar a la Mora, y venirnos todos a tierra de Christianos: y en fin se acordò por entòces que esperassemos al auiso segundo de Zoraydà que assi sellamaua la que aora quiere llamarse Maria. Porque bien vimos, que ella, y no otra alguna era la q̃ auia de dar medio a todas aquellas dificultades. Despues q̃ quedamos en esto, dixo el Renegado, que no tuuiessemos pena, q̃ el perderia la vida, o nos pondria en libertad. Quatro dias estuuo el baño con gente, que fue ocasion que quatro dias tardasse en parecer la caña: al cabo de los quales, en la acostumbrada soledad del baño parecio con el lienço tan preñado, que vn felicissimo parto prometia. Incliноse a mi la caña, y el lienço; hallè en el otro papel, y cien escudos de oro, sin otra moneda alguna. Estaua alli el Renegado, dimosle a leer el papel dentro de nuestro rancho, el qual dixo que assi dezia.

Yo

Yo no se, mi señor, como dar orden que nos vamos a España, ni Lela Marié me lo ha dicho, porque yo se lo he preguntado: lo que se puede hazer, es, que yo os dare por esta ventana muchissimos dineros de oro, rescataos vos con ellos, y vuestros amigos, y vaya vno en tierra de Christianos, y compre alla vna barca, y buelua por los demas, y a mi me hallarà en el jardin de mi padre, que està a la puerta de Bàbazon, puesto a la marina, donde tengo de estar todo este Verano con mi padre, y con mis criados: de alli denoche me podreys sacar sin miedo, y passarme a la barca. Y mira, que has de ser mi marido, porque sino, yo pedire a Marien, que te castigue. Si no te fias de nadie que vaya por la barca, rescatate tu, y ve, que yo se que boluerà mejor que otro, pues eres Cauallero, y Christiano. Procura saber el jardin, y quando te passares por ahi, sabre que està solo el baño, y te daré mucho dinero. Alà te guarde, señor mio.

Esto dezia, y contenia el segundo papel: lo qual visto por todos, cada vno se ofrecio aquello por ser el rescatado, y prometio de yr, y boluer con toda puntualidad, y tambien yo me ofrecì lo mismo: a todo lo qual se opuso el Renegado, diziendo, que en ninguna manera consentiria, que ninguno saliesse de libertad hasta que fuessen todos juntos: porque la experiencia le auia mostrado, quan mal cumplian los libres las pala-

palabras que dauan en el cautiuerio: porque muchas vezes auian vsado de aquel remedio algunos principales cautiuos, rescatando a vno que fuesse a Valencia, o Mallorca con dineros para poder armar vna barca, y boluer por los que le auian rescatado, y nunca hauian buelto: porque de la libertad alcançada, y el temor de no boluer á perderla, les borraua de la memoria todas las obligaciones del mundo. Y en confirmacion de la verdad que nos dezia, nos contó breuemente vn caso, que casi en aquella misma razon auia acaecido a vnos Caualleros Christianos, el mas estraño que jamas sucedio en aquellas partes, donde a cada passo suceden cosas de grande espanto, y de admiracion. En efecto el vno dezir, que lo que se podia, y deuia hazer, era, que el dinero que se auia de dar para rescatar al Christiano, que se lo diesse a el, para comprar alli en Argel vna barca, con achaque de hazerse mercader y trratante en Tetuan, y en aquella costa; y que siendo el señor de la barca, facilmente se daria traça para sacarlos del baño, y embarcarlos a todos. Quanto mas, que (dezia la Mora, como ella dezia,) daua dineros para rescatarlos a todos, que estando libres, era facilissima cosa aun embarcarse en la mitad del dia; y que la dificultad que se ofrecia mayor, era que los Moros no consintiessen, que renegado alguno compre, ni tenga barca, sino es baxel grande para

yr en corso: porque se temen, que el que cõ barca, principalmente si es Español, no la quiere sino para yrse a tierra de Christianos: pero que el facilitaria este inconueniente, con hazer que vn Moro Tangetino fuesse ala parte cõ el en la compañia de la barca, y en la ganancia de las mercaucias; y con esta sombra el vendria por señor de la barca, con que daua por acabado todo lo demas. Y puesto que a mi, y a mis camaradas nos auia parecido mejor lo de embiar por la barca a Mallorca, como la Mora dezia, no osamos contradezirle, temerosos que sino hazamos lo que el dezia, nos auia de descubrir, y poner a peligro de perder las vidas, si dessuasse el trato de Zorayda, por cuya vida diera todos las nuestras: y assi determinamos de ponernos en las manos de Dios, y en las del renegado. Y en aquel mesmo punto se le respondio a Zorayda, diziendole que hariamos todo quanto nos aconsejaua, porque lo auia advertido tan bien, como si Lela Marien se lo hubiera dicho, y que en ella sola estaua dilatar aquel negocio, o ponello luego por obra. Ofrecimosle el trueno de ser su esposo, y con esto, otro dia q̃ auia de yr a estar solo el baño, en diuersas vezes, rompio la caña, y el paño, nos dio dos mil escudos de oro, y vn papel dõde dezia, que el primer Domingo q̃s el Viernes, se yua al jardin de su padre, que antes q̃ se fuesse, nos daria mas dinero: y

que

que si aquello no bastasse, que se lo auisassemos, que nos daria quanto le pidiessemos, que su padre tenia tantos, que no lo echaria menos, quãto mas, que ella tenia las llaues de todo. Dimos luego quinientos escudos al Renegado, para comprar la barca: con ochocientos me rescaté yo, dando el dinero a vn mercader Valenciano, que a la sazon se hallaua en Argel, el qual me rescatò del Rey, tomandome sobre su palabra, dandola, de que con el primer baxel que viniesse de Valencia, pagaria mi rescate. Porque si luego diera el dinero, fuera dar sospechas al Rey que auia muchos dias que mi rescate estaua en Argel, y que el Mercader por sus grangerias lo auia callado. Finalmente, mi amo era tan cauto, que en ninguna manera me atreui a que luego se desembolsasse el dinero. El Iueues antes del Viernes, que la hermosa Zorayda se auia de yr al jardin, nos dio otros mil escudos, y nos auisò de su partida: rogandome, que si me rescatasse, supiesse luego el jardin de su padre, y que en todo caso buscasse ocasion de yr alla, y verla. Respondile en breues palabras que assi lo haria, y que tuuiesse cuydado de encomendarnos a Lela Marien, con todas aquellas oraciones que la cautiua le auia enseñado. Hecho esto, dieron orden en que los tres compañeros nuestros se rescatassen, por facilitar la salida del baño: y porque viendome a mi rescatado, y a ellos no, pues

auia dinero, no se alborotassen, y les pusiesse el diablo que hiziessen alguna cosa en perjuizio de Zorayda: que puesto que el sabia quien eran, me podia assegurar deste temor, con todo esso no quise poner el negocio en aventura, y assi los hize rescatar por la misma orden que yo me rescaté, entregando todo el dinero al mercader, para que con certeza y seguridad, pudiesse hazer la fiança: al qual nunca descubrimos nuestro trato y secreto, por el peligro que auia.

CAP. XLI. DONDE TODA VIA prosigue el cautiuo su sucesso.

NO se passaron quinze dias, quando ya nuestro Renegado tenia comprada vna muy buena barca, capaz de mas de treynta personas: y para assegurar su hecho, y dalle color, para hazer, como hizo, vn viaje a vn lugar que llamaua Sargel, que està treynta leguas de Argel hazia la parte de Oran, en el qual ay mucha contratacion de higos passos. Dos, o tres vezes hizo este viaje en compañia del Tagarino que ya dicho. Tagarinos llaman en Berueria a los moros de Aragon: y a los de Granada, Mudejares, y en el Reyno de Fez llaman a los Mudejares, Elches, los quales son la gente de quien

aquel Rey mas se sirue en la guerra. Digo pues, que cada vez que passaua con su barca daua fondo en vna caleta, que estaua no dos tiros de baldesta del jardin donde Zorayda esperaua: y allí muy de proposito se ponia el Renegado con los Morillos que bogauan el remo, o ya a hazer la zalà, o a como por ensayarse de burlas, a lo que pensaua hazer de veras: y assi se yua al jardin de Zorayda, y le pedia fruta, y su padre sela daua sin conocelle: y aunque el quisiera hablar a Zorayda, como el despues me dixo, y dezirle que el era el que por orden mia la auia de llenar a tierra de Christianos, que estuuiesse contenta y segura, nunca le fue possible, porque las Moras no se dexan ver de ningun Moro, ni Turco, sino es que su marido, o su padre se lo manden. De Christianos cautiuos se dexan tratar y comunicar, aun mas de aquello que seria razonable: y a mi me huuiera pesado que el la huuiera hablado, que quiça la alborotara, viendo que su negocio andaua en boca de renegados. Pero Dios que lo ordenaua de otra manera, no dio lugar al buen desseo que nuestro Renegado tenia: el qual viendo quan seguramente yua y venia a Sargel, y que daua fondo quando, y como y adonde queria, y que el Tagarino su compañero no tenia mas voluntad de lo que la suya ordenaua, y que yo estaua ya rescatado, y que solo faltaua buscar algunos Christianos que boga-

ssen el remo, me dixo, que mirasse yo quanta gente queria traer conmigo, fuera de los rescatados, y que los tuuiesse hablados para el primer viernes, donde tenia determinado que fuesse nuestra partida. Viendo esto, hablè a doze Españoles, todos valientes hombres de remo, y aquellos que mas libremente podian salir de la ciudad: y no fue poco hallar tantos en aquella coyuntura, porque estauan veynte baxeles en corso, y se auian lleuado toda la gente de remo: y estos no se hallaran sino fuera que su amo se quedò aquel Verano sin yr en corso a carenar vna galeota que tenia en Arstillero. A quales no les dixe otra cosa, sino que el primer Viernes en la tarde se saliessen vno a vno disimuladamente, y se fuessen la buelta del jardin de Aguimorato, y que alli me aguardassen hasta que yo fuesse. A cada vno di este auiso de por si, con orden, que aunque alli viessen otros Christianos, no les dixessen, sino que yo les auia mandado esperar en aquel lugar. Hecha esta diligencia, me faltaua hazer otra, que era la que mas me conuenia, y era la de auisar a Zorayda el punto que estauan los negocios, para que estuuiesse apercebida, y sobre auiso, que la sobresaltasse, si de improuiso la assaltassen antes del tiempo que ella podia imaginar que la barca de Christianos podia boluer. Assi determine de yr al jardin, y ver si

podria hablarla: y con ocasion de coger algunas yeruas, vn dia antes de mi partida fuy alla, y la primera persona con quien encontrè fue con su padre, el qual me dixo en lengua que en toda la Berueria, y aun en Constantinopla se halla entre cautiuos, y Moros, que ni es Morisca, ni Castellana, ni de otra nacion alguna, sino vna mezcla de todas las lenguas, con la qual todos nos entendemos. Digo pues, que en esta manera de lenguaje me preguntò, que que buscaua en aquel su jardin, y de quien era. Respondile, que era esclauo de Arnaute Mami (y esto porque sabia yo por muy cierto, que era vn grandissimo amigo suyo) y que buscaua de todas yeruas para hazer ensalada. Preguntome por el consiguiente, si era hombre de rescate, o no, y que quanto pedia mi amo por mi. Estando en todas estas preguntas y respuestas, salio de la casa del jardin la bella Zorayda, la qual ya auia mucho que me auia visto: y como las Moras en ninguna manera hazen melindre de mostrarse a los Christianos, ni tampoco se esquiuan (como ya he dicho) no se le dio nada de venir a donde su padre conmigo estaua, antes luego quando su padre vio que venia y de espacio, la llamò, y mandò que llegasse. Demasiada cosa seria dezir yo aora la mucha hermosura, la gentileza, el gallardo, y rico adorno con que mi querida Zorayda se mostrò a mis ojos: solo dire, que mas perlas

las pendian de su hermosissimo cuello, orejas y cabellos, que cabellos tenia en la cabeça, en las gargantas de los sus pies, que descubiertos su vsança trahia, trahia dos carcaxes (que assi se llamauan las manillas, axorcas de los pies, en Morisco) de purissimo oro, con tantos diamantes engastados, que ella me dixo despues, que su padre los estimaua en diez mil doblas; y el que trahia en las muñecas de las manos valia otro tanto. Las perlas eran en gran cantidad, y muy buenas, porque la mayor gala y bizarria de las Moras, es adornarse de ricas perlas y aljofar: y assi ay mas perlas y aljofar entre Moros que entre todas las demas naciones; y el padre de Zorayda tenia fama de tener muchas, y de las mejores que en Argel auia, y de tener antes mas de dozientos mil escudos Españoles: de todo lo qual era señora esta que aora es mia. Si con todo este adorno podia venir entonces hermosa, o no, por las reliquias que han quedado en tantos trabajos, se podra considerar qual deuia de ser en las prosperidades? porque ya se sabe que la hermosura de algunas mugeres tiene dias, y sazones, y requiere accidentes para disminuyrse, o acrecentarse; y es natural cosa que las passiones del animo la leuanten, o baxen, puesto que las mas vezes la destruyen. Digo en fin, que entonces llegò en todo estremo adereçada, y en todo estremo hermo-

sa,o alomenos a mi me parecio serlo la mas que hasta entonces auia visto: y con esto viendo las obligaciones en que me auia puesto,me parecia que tenia delante de mi vna deidad del Cielo venida a la tierra para mi gusto,y para mi remedio. Assi como ella llegò,le dixo su padre en su lengua, como yo era cautiuo de su amigo Arnaute Mami,y que venia a buscar ensalada. Ella tomò la mano, y en aquella mezcla de lengua, que tengo dicho, me preguntò, si era cauallero, y que era la causa que no me rescataua. Yo le respondi:Que ya estaua rescatado,y que en el precio podia echar de ver en lo que mi amo me estimaua, pues auia dado por mi,mil y quinientos çoltamis. A lo qual ella respondio: En verdad que si tu fueras de mi padre,que yo hiziera que no te diera el por otros dos tantos: porque vosotros Christianos, siempre mentis en quanto dezis,y os hazeys pobres,por engañar a los Moros. Bien podria ser esso señora,le respondi, mas en verdad, que yo la he tratado con mi amo,y la trato, y la tratare con quantas personas ay en el mundo. Y quando te vas,dixo Zorayda? Mañana creo yo,dixe:porque està aqui vn baxel de Francia, que se haze mañana a la vela,y pienso yrme con el. No es mejor(replicò Zorayda)esperar a que vengan baxeles de España, y yrte con ellos, que no con los de Francia,que no son vuestros amigos? No, respondi

ondi yo, aunque si como ay nueuas que viene a vn baxel de España es verdad,toda via yo le guardare, puesto que es mas cierto el partirse mañana: porque el desseo que tengo de ver me en mi tierra, y con las personas que bien quiero,es tanto,que no me dexarà esperar otra comodidad si se tarda,por mejor que sea. Deues de ser sin duda casado en tu tierra,dixo Zorayda, y por esso desseas yr a verte con tu muger? No soy, respondi yo, casado, mas tengo dada la palabra de casarme en llegando alla. Y es hermosa la dama a quien se la diste,dixo Zorayda? Tan hermosa es, respondi yo, que para encarecella, y dezirte la verdad, te parece a ti mucho. Desto se riò muy de veras su padre, y dixo: Guala Christiano, que deue de ser muy hermosa si se parece a mi hija, que es la mas hermosa de todo este Reyno? Sino mirala tu, y veras como te digo verdad. Seruianos de interprete a las mas destas palabras y razones el padre de Zorayda,como mas ladino,que porque ella hablaua la bastarda lengua, que como he dicho alli se vsa, mas declaraua su intencion por señas, que por palabras. Estando en estas,y otras muchas razones, llegò vn Moro corriendo,y dixo a grandes bozes, que por las bardas, o paredes del jardin, auian saltado quatro Turcos, y andauan cogiendo la fruta, aunque no estaua madura. Sobresaltose

el viejo, y lo mesmo hizo Zorayda. Porque es comun, y casi natural, el miedo que los Moros a los Turcos tienen, especialmente a los soldados, los quales son tan insolentes, y tienen tanto imperio sobre los Moros que a ellos estan sujetos, que los tratan peor que si fuessen esclauos suyos. Digo pues, que dixo su padre a Zorayda: Hija, retirate a la casa, y encierrate, en tanto que yo voy a hablar a estos canes: y tu Christiano busca tus yeruas, y vete en buen hora, y lleuete Alà con bien a tu tierra. Yo me incline, y el se fue a buscar los Turcos, dexandome solo con Zorayda, que començò a dar muestras de yrse donde su padre la auia mandado. Pero a penas el se encubrio con los arboles del jardin, quando ella boluiesse a mi, llenos los ojos de lagrimas, me dixo: Amexi Christiano, Amexi, que quiere dezir: Vaste Christiano, vaste? Yo la respondi: Señora si, pero no en ninguna manera sin ti: el primero Iumà me aguarda, y no te sobresaltes quando nos veas, que sin duda alguna yremos a tierra de Christianos. Yo le dixe esto de manera, que ella me entendio muy bien a todas las razones que entrambos passamos: y echandome vn braço al cuello, con desmayados passos començò a caminar hàzia la casa: y quiso la suerte, que pudiera ser muy mala, si el Cielo no lo ordenara de otra manera, que yendo los dos de la manera y postura que os he con-

tado, con vn braço al cuello, su padre que sabolaua de hazer yr a los Turcos, nos vio de suerte y manera que yuamos, y nosotros vimos que el nos hauia visto. Pero Zorayda advertida, y discreta, no quiso quitar el braço de mi cuello, antes se llegò mas a mi, y puso su cara sobre mi pecho, doblando vn poco las rodillas, dando claras señales y muestras que se desmayaua: y yo assi mismo di a entender, que desfallecia contra mi voluntad. Su padre llegò viendo a donde estauamos, y viendo a su hija de aquella manera le preguntò, que que tenia? Pero como ella no le respondiesse, dixo su padre: Sin duda alguna, que con el sobresalto de la entrada de estos canes se ha desmayado; y quitandola del mio, la arrimò a su pecho: y ella dando vn suspiro, y aun no enxutos los ojos de lagrimas, boluio a dezir: Amexi Christiano, Amexi: Vete Christiano, vete. A lo que su padre respondio: No importa hija que el Christiano se vaya, que ningun mal te ha hecho, y los Turcos ya son ydos: no te sobresalte cosa alguna, que ninguna ay que pueda darte pesadumbre: y como ya te he dicho, los Turcos a mi ruego se boluieron por donde entraron. Ellos, segun la sobresaltaron como has dicho, dixe yo a tu padre: mas pues ella dize que yo me vaya, no quiero dar pesadumbre; quedate en paz, y cò buena ocasion boluere, si fuere menester por yeruas

a este jardin, que segun dize mi amo, en ningu-
no las ay mejores para ensalada, que en el. To-
das las que quisieres podras boluer, respondio
Aguimorato, que mi hija no dize esto porque
tu, ni ninguno de los Christianos la enojauan,
sino que por dezir que los Turcos se fuessen,
dixo que tu te fuesses, o porque ya era hora q̃
buscasses tus yeruas. Con esto me despedi al pũ
to de entrambos, y ella arrancandosele el al-
ma (al parecer) se fue con su padre. Y yo con
achaque de buscar las yeruas, rodeè muy bien
y a mi plazer todo el jardin. Mirè bien las en-
tradas, y salidas, y la fortaleza de la casa, y la co-
modidad que se podia ofrecer, para facilitar to
do nuestro negocio. Hecho esto, me vine, y di
cuenta de quanto auia passado al Renegado, y
a mis compañeros: y ya no veia la hora de ver-
me gozar sin sobresalto del bien que en la her-
mosa y bella Zorayda la suerte me ofrecia. En
fin el tiempo se passò, y se llegò el dia y plazo
de nosotros tan desseado: y siguiendo todos el
orden y parecer, que con discreta considera-
cion, y largo discurso muchas vezes auiamos
dado, tuuimos el buẽ suceſſo que desseauamos.
Porque el Viernes, que se siguio al dia que yo
con Zorayda hablè en el jardin, Morrenago al
anochecer dio fondo con la barca, casi fronte-
ro de donde la hermosissima Zorayda estaua.
Ya los Christianos que auian de bogar el re-
mo,

no, estauan preuenidos, y escondidos por di-
uersas partes de todos aquellos alrrededores.
Todos estauan suspensos y alboroçados, aguar
dando me, desseosos ya de enuestir con el ba-
rco, que a los ojos tenian: porque ellos no sa-
uian el concierto del Renegado, sino que pen-
sauan que a fuerça de braços auian de auer y
ganar la libertad, quitando la vida a los Moros
que dentro de la barca estauan. Sucedio pues,
que assi como yo me mostrè, y mis compañe-
ros, todos los demas escondidos que nos vie-
ron, se vinieron llegando a nosotros. Esto era
a tiempo que la ciudad estaua ya cerrada, y
por toda aquella campaña ninguna persona
parecia. Como estuuimos juntos, dudamos
si seria mejor yr primero por Zorayda, o ren-
dir primero a los Moros Vagarinos, que bo-
gauan el remo en la barca. Y estando en esta
duda, llegò a nosotros nuestro Renegado, di-
ziendonos, que en que nos deteniamos, que
era hora, y que todos sus Moros estauã des-
cuydados, y los mas de ellos durmiendo. Di-
mosle en lo que reparauamos, y el dixo, que
lo que mas importaua, era rendir primero el ba
rco, que se podia hazer con grandissima facili-
dad, y sin peligro alguno, y que luego po-
driamos yr por Zorayda. Parecionos bien a
todos lo que dezia, y assi sin detenernos
mas, haziendo el la guia, llegamos al baxel,
y sal-

y saltando el dentro primero metio mano a vn alfanje, y dixo en Morisco: Ninguno de vosotros se mueua de aqui, sino quiere que le cueste la vida. Ya a este tiempo hauian entrado dentro casi todos los Christianos. Los Moros que eran de poco animo, viendo hablar de aquella manera a su Arraez, quedaronse espantados, y sin ninguno de todos ellos echar mano a las armas, que pocas, o casi ningunas tenian, se desarmaron, sin hablar alguna palabra, maniatar de los Christianos, los quales con mucha presteza lo hizieron, amenazando a los Moros, que si alçasan por alguna via o manera la voz, que luego al punto los passarian todos a cuchillo. Hecho ya esto, quedandose en guardia dellos la mitad de los nuestros: los que quedauamos, haziendonos assi mismo el renegado la guia, fuymos al jardin de Aguimorato, y quiso la buena suerte, que llegando a abrir la puerta, se abrio con tanta facilidad, como si cerrada no estuuiera, y assi con gran quietud y silencio llegamos a la casa sin ser sentidos de nadie. Estaua la bellissima Zorayda aguardandonos a vna ventana, y assi como sintio gente, pregunto con voz baxa, si eramos Nizarani, como si dixera, o pregunta, si eramos Christianos? Yo le respodi, que si, y que baxasse. Quando ella me conocio, no se detuuo vn punto, porque sin responderme palabra, baxò en vn instãte, abrio la puerta, y mostrose

se a todos tan hermosa y ricamente vestida, q̃ no lo acierto a encarecer. Luego que yo la vi tomè vna mano, y la comence a besar, y el renegado hizo lo mismo, y mis dos camaradas, y los demas que el caso no sabian: hizieron lo q̃ vieron que nosotros haziamos, que no parò sino que le dauamos las gracias, y la reconocìamos por señora de nuestra libertad. El renegado le dixo en lengua Morisca, si estaua su padre en el jardin? Ella respòdio que si, y que dormia: Pues sera menester despertalle, replicò el renegado, y lleuarnos le con nosotros, y todo aquello que tiene de valor en este hermoso jardin. No, dixo ella, a mi padre no se ha de tocar en ningun modo: y en esta casa no ay otra cosa que lo que yo lleuo, que es tanto: que bien basta para que todos quedeys ricos, y cõtentos: esperaos vn poco y lo vereys. Y diziendo esto se boluio a entrar, diziendo, que muy presto boluiera, que nos estuuiessemos quedos, sin hazer ningun ruydo. Preguntele al Renegado, que con ella auia passado: el qual me le contò, a quien yo dixe, que en ninguna cosa se auia de hazer mas de lo que Zorayda quisiesse. El qual ya boluia cargada con vn cofrezillo lleno de escudos de oro, tantos, que a penas lo podia sustentar. Quiso la mala suerte, que su padre despertasse en el interin, y sintiesse el ruydo que andaua en el jardin, y assomandose a la

la ventana, luego conocio que todos los que en el estauan eran Christianos, y dando muchas grandes, y desaforadas bozes, començò a dezir en Arauigo, Christianos, Christianos; ladrones, ladrones: por los quales gritos nos vimos todos puestos en grandissima y temerosa confusion. Pero el Renegado viendo el peligro en que estauamos, y lo mucho que le importaua salir con aquella empresa, antes de ser sentido, cõ grandissima presteza subio donde Aguimorato estaua: y juntamente con el fueron algunos de nosotros, que yo no ose desamparar a la Zorayda, que como desmayada se auia dexado caer en mis braços: en resolucion los que subieron se dieron tan buena maña, que en vn momento baxaron con Aguimorato, trayendole atadas las manos, y puesto vn pañizuelo en la boca, que no le dexaua hablar palabra, amenazandole que el hablarla le hauia de costar la vida. Quando su hija le vio, se cubriò los ojos por no verle, y su padre quedò espantado, ignorando quan de su voluntad se auia puesto en nuestras manos. Mas entonces siendo mas necessarios los pies, con diligencia, y presteza nos pusimos en la barca, que ya los que en ella auian quedado nos esperauan, temerosos de algun mal sucesso nuestro. A penas serian dos horas passadas de la noche quando ya estauamos todos en la barca, en la qual se le quito al padre de

atada la atadura de las manos, y el paño de la boca: pero tornole a dezir el renegado, q̃ si hablasse palabra, que le quitarian la vida: el viejo alli a su hija començò a suspirar tiernamente, y mas quando vio que yo estrechamente la tenia abraçada, y que ella sin defenderse, ni esquiuarse, se estaua quedamente con todo esto callaua, porque no pusiesse en efecto las muchas amenazas que el renegado le hazia. Viendose pues Zorayda ya en la barca, y que queriamos dar los remos al agua, viendo alli a su padre, y a los demas Moros sus criados estauan, le dixo al renegado, que le suplicasse le hiziesse merced de soltar a aquellos Moros, y de dar libertad a su padre, porque de otra manera se arrojaria en la mar que ver delante sus ojos, y por causa suya lleuar cautiuo a su padre que tanto la auia querido. El Renegado lo dixo, y yo respondi, que era muy conforme: pero el respondio, que no cõuenia, a causa que si alli los dexauan, apellidarian luego la tierra, y alborotarian la ciudad, y serian causa q̃ nos diessen a buscallos con algunas fragatas ligeras, que les tomassen la tierra, y la mar, de manera que no pudiessemos escaparnos; que lo que le parecia hazer, era darles libertad en llegando a primera tierra de Christianos: en este parecer estuuimos todos, y Zorayda, a quien se le dio parte, con las causas que nos mouian a no

hazer

hazer luego lo que queria: tambien se satisfizo
y luego con regozijado silencio, y alegre dili-
gencia cada vno de nuestros valientes remeros
tomò su remo, y començamos, encomendando
nos a Dios de todo coraçon, a nauegar la buel
ta de las Islas de Mallorca, que es la tierra de
Christianos mas cerca: pero a causa de soplar
vn poco el viento tramontana, y estar la mar al
go picada, no fue possible seguir la derrota de
Mallorca, y fuenos forçoso dexarnos yr tierra
a tierra la buelta de Oran, no sin mucha pesa-
dumbre nuestra, por no ser descubiertos de la
gar de Sargel, que en aquella costa cae cerca
millas de Argel: y assi mismo temiamos encon
trar por aquel parage alguna galeota delas que
de ordinario venian con mercancia de Tetuan
aunque cada vno por si, y por todos juntos pre
sumiamos de que si se encontraua galeota de
mercancia, como no fuesse de las que andan
en corso, que no solo no nos perderiamos, mas
que tomariamos baxel donde con mas seguri-
dad pudiessemos acabar nuestro viaje. Yua-
rayda, en tanto que se nauegaua puesta la ca
ça entre mis manos, por no ver a su padre, y
tia yo que yua llamando a Lela Marien, que
nos ayudasse. Bien auriamos nauegado trey-
ta millas, quando nos amaneció, como trein
tiros de arcabuz desuiados de tierra, toda la
qual vimos desierta, y sin nadie que nos desen
briese

se, pero con todo esso nos fuymos a fuer-
braços entrando vn poco en la mar, que
llana algo mas sossegado, y auiendo entra-
assi dos leguas, diose orden que se bogasse
rteles en tanto que comiamos algo, que
uien prouyda la barca, puesto que los que
uan dixeron que no era aquel tiempo de
ar reposo alguno, que les diessen de comer
que no bogauan, que ellos no querian sol-
os remos de las manos en manera alguna.
sse assi, y en esto començò a soplar vn viẽ
ego que nos obligò a hazer luego vela, y a
el remo, y endereçar a Oran por no ser
le hazer otro viaje: todo se hizo con mu
resteza, y assi a la vela nauegamos por mas
millas por hora, sin llenar otro temor
sino el de encontrar con baxel que de
fuesse. Dimos de comer a los Moros va-
os, y el renegado los consolò, diziendoles
no yuan cautiuos, que en la primera oca-
les darian libertad: lo mismo se le dixo al
de Zorayda, el qual respodio: Qualquie-
ra cosa pudiera yo esperar, y creer de vue-
eralidad, y buen termino, o Christianos,
darme libertad, no me tengays por tan
, que lo imagine, que nunca os pusistes
ros al peligro de quitarmela para boluer-
n liberalmente, especialmente sabiendo
n soy yo, y el interesse que se os puede a vo

sotros seguir de darmela, el qual interesse si le quereys poner en nóbre, desde aqui os ofrezco todo aq̃llo q̃ quisieredes por mi, y por essa desdichada hija mia, o sino por ella sola, que es la mayor, y la mejor parte de mi alma. En diziendo esto, començo a llorar tan amargamẽte, que a todos nos mouio a compacion, y forçò a Zorayda, que le mirasse, la qual viendole llorar assi se enternecio, que se leuãtò de mis pies, y fue a abraçar a su padre, y juntando su rostro con el suyo, començaron los dos tan tierno llanto, que muchos de los que alli yuamos le acõpañamos en el: pero quando su padre la vio adornada de fiesta, y con tantas joyas sobre si, le dixo en su lengua: Que es esto hija, que ayer al anochecer, antes que nos sucediesse esta terrible desgracia en que nos vemos, te vi con tus ordinarios y caseros vestidos, y agora sin que ayas tenido tiempo de vestirte, y sin auerte dado alguna nueua alegre de solenizarla con adornarte, y galanear, te veo compuesta con los mejores vestidos que yo supe, y pude darte, quando nos fue la ventura mas fauorable? Respondeme a esto que mas tiene mas suspenso, y admirado, que la misma desgracia en que me hallo? Todo lo q̃ el Moro dezia a su hija, nos lo declaraua el Renegado, y ella no le respondia palabra: pero quando el vio a vn lado de la barca el cofrezillo donde ella solia tener sus joyas, el qual sabia el bien q̃ le auia

dado en Argel, y no traydole al jardin, quedo mas confuso: y preguntandole, que como aquel cofre auia venido a nuestras manos, y que era lo que auia dentro? A lo qual el Renegado, sin aguardar que Zorayda le respondiesse, le respõdio: No te canses señor en preguntar a Zorayda tu hija tantas cosas, porque con vna que yo le responda te satisfare a todas: y assi quiero q̃ sepas que es Christiana, y es la que ha sido la ocasion de nuestras cadenas, y la libertad de nuestro cautiuerio: ella va aqui de su voluntad tan contenta, a lo que yo imagino, de verse en este estado como el que sale de las tinieblas de la luz de la muerte a la vida, y de la pena a la gloria. Es verdad lo que este dize hija, dixo el Moro? A lo que respondio Zorayda: Que en efeto replico el viejo, tu eres Christiana, y la que ha puesto a tu padre en poder de sus enemigos? A lo qual respondio Zorayda: La q̃ es Christiana yo soy: mas no la que te ha puesto en este punto, porq̃ aunque mi desseo se estẽdio a dexarte, ni hazerte mal, sino hazerme a mi bien. Y que bien es el que te has hecho hija? Esso respondio ella, pregũtaselo tu a Lela Marien, que ella te lo sabra dar mejor que no yo. Apenas huuo oydo esto el Moro, quando con vna increyble presteza se echo de cabeça en la mar, donde sin ninguna duda se ahogara si el vestido largo, y embarazo que trahia, no le entretuuierra vn poco

sobre el agua. Dio bozes Zorayda, que le sacassen, y assi acudimos luego todos, y asiendole de la almalafa, le sacamos medio ahogado, y sin sentido, de que recibio tanta pena Zorayda, que como si fuera ya muerto, hazia sobre el vn tierno y doloroso llanto. Boluimosle boca a baxo, bolvio mucha agua: tornò en si al cabo de dos horas, en las quales auiendose trocado el viento, nos conuino boluer hàzia tierra, y hazer fuerça de remos por no enuestir en ella: mas quiso nuestra buena suerte, que llegamos a vna cala que se haze al lado de vn pequeño promontorio, o cabo, que de los Moros es llamado en la Caua Rumia, que en nuestra lengua quiere dezir la mala muger Christiana; y es tradicion entre los Moros, que en aquel lugar està enterrada la Caua, por quien se perdio España: porque Caua en su lengua, quiere dezir mala muger mala, y Rumia Christiana: y aũ tienen por muy malissimo aguero llegar allia dar fondo, quando la necessidad los fuerça a ello, porque nunca le dan sin ella, puesto que para nosotros no fue abrigo de mala muger, sino puerto seguro de nuestro remedio, segun andaua alterada la mar. Pusimos nuestras centinelas en tierra, y no dexamos jamas los remos de la mano: comimos de lo que el renegado auia proueydo, y rogamos a Dios, y a nuestra Señora, de todo nuestro coraçon, que nos ayudasse, y fauoreciesse,

sse, para que felicemente diessemos fin a tan
hoso principio. Diose orden, a suplicacion
Zorayda, como echassemos en tierra a su pa-
e, y a todos los demas Moros que alli arados
nian: porque no le bastaua el animo, ni lo po
ia sufrir sus blandas entrañas, ver delante de
s ojos atado a su padre, y aquellos de su tie-
presos. Prometimosle de hazerlo assi al tié
de la partida, pues no corria peligro el dexa
en aquel lugar que era despoblado. No fue
tan vanas nuestras oraciones, que no fue-
oydas del cielo, que en nuestro fauor luego
nio el viento tranquilo el mar, combidando
a que tornassemos alegres a proseguir nue-
començado viage. Viendo esto, desatamos
Moros, y vno a vno los pusimos en tierra,
o que ellos se quedaron admirados: pero lle
do a desembarcar al padre de Zorayda, que
staua en todo su acuerdo, dixo: Porque pé
Christianos que aquesta mala hembra huel
de que me deys libertad? Pensays que es por
dad que tiene ella de mi? no por cierto, sino
lo haze por el estoruo que le dara mi pre-
cia, quando quiera poner en execucion sus
ssimos desseos: ni pensey s que la ha mo-
a mudar religion, entender ella que la vno
a la nuestra se auentaja, sino el saber que en
stra tierra se vsa la deshonestidad mas libre
e que en la nuestra. Y boluiendose a su hi-

ja Zorayda, teniendole yo, y otro Christiano de entrambos braços asido, porque algun desatino no hiziesse, le dixo: O infame moça, y mal aconsejada muchacha, adonde vas ciega, y desatinada en poder destos perros naturales enemigos nuestros. Maldita sea la hora en que yo te engendrè, y malditos sean los regalos, y deleytes en que te he criado. Pero viendo yo que la nauа termino de no acabar tan presto, di priessa a ponelle en tierra, y desde alli a bozes prosiguio en sus maldiciones, y lamentos, rogando a Mahoma rogasse a Ala que nos destruyesse, confundiesse, y acabasse: y quando por auernos hecho a la vela no podimos oyr sus palabras, vimos sus obras, que eran arrancarse las barbas, mesarse los cabellos, y arrastrarse por el suelo: mas vna vez esforçò la voz de tal manera que podimos entender que dezia: Buelue amada hija, buelue a tierra que todo te lo perdonan, entrega a essos hombres esse dinero que ya es suyo, y buelue a consolar a este triste padre tuyo, que en esta desierta arena dexarà la vida si tu le dexas. Todo lo qual escuchaua Zorayda, y todo lo sentia, y lloraua, y no supo dezirle, ni respòdelle palabra, sino: Plega a Ala padre mio, que Lela Marien, que ha sido la causa de que yo sea Christiana, ella te consuele en tu tristeza. Ala sabe bien, que no pude hazer otra cosa de la que he hecho, y que estos Christianos no

deuen nada a mi voluntad, pues aunque quisiera no venir con ellos, y quedarme en mi casa, no fuera imposible, segun la priessa que me daua mi alma a poner por obra esta que a mi me parece tan buena, como tu padre amado la juzgaua por mala. Esto dixo a tiempo, que ni su padre la oya, ni nosotros ya le veyamos: y assi cõtando yo a Zorayda atendimos todos a nuestro viage, el qual nos le facilitaua el proprio contento, de tal manera, que bien tuuimos por cierto de vernos otro dia al amanecer en las riberas de España: mas como pocas vezes, o nunca viene el bien puro, y sencillo sin ser acompañado, o seguido de algun mal que le turbe, o sobresalte, quiso nuestra ventura, o quiça las maldiciones que el Moro a su hija auia echado, que siempre se han de temer de qualquier padre que sean: quiso digo, que estãdo ya engolfados; siendo ya casi passadas tres horas de la noche, yendo con la vela tendida de alto baxa, frenidos los remos, porque el prospero viento nos quitaua del trabajo de hauerlos menester: con la luz de la Luna, que claramente resplandecia, vimos bien cerca de nosotros vn baxel viendo, que con todas las velas tendidadas, estãdo vn poco a orça el timon delante de nosotros atrauessaua, y esto tan cerca que nos fue forçoso amaynar por no enuestirle, y ellos assi

mesmo hizieron fuerça de timon para darnos lugar que passassemos: auianse puesto a bordo del baxel, a preguntarnos quien eramos, y a dó de nauegauamos, y de donde veniamos: pero por preguntarnos esto en lengua Francesa, dixo nuestro renegado: Ninguno responda, porque estos sin duda son cosarios Franceses, que hazen a toda ropa. Por este aduertimiento, ninguno respondio palabra, y auiendo passado vn poco delante, que ya el baxel quedaua sotauento, de improuiso soltaron dos pieças de artilleria; y a lo que parecia, ambas venian con cadenas, porque con vna cortaron nuestro arbol por medio, y dieron con el, y con la vela en la mar, y al momento disparando otra pieça, vino dar la vela en mitad de nuestra barca, de modo, que la abrio toda sin hazer otro mal alguno, que ro como nosotros nos vimos yr a fondo, començamos todos a grandes bozes a pedir socorro, y a rogar a los del baxel que nos acogiessen, porque nos anegauamos: amaynaran entonces, y echando el esquife, o barca a la mar, entraron en el hasta doze Franceses bien armados con sus arcabuzes, y cuerdas encendidas, y anssi llegaron junto al nuestro; y viendo quan pocos eramos, y como el baxel se hundia, nos recogieron, diziendo, que por auer vsado de la descortesia de no responderles, nos auia sucedido aquello. Nuestro renegado tomò el coffre de

las riquizas de Zorayda, y dio con el en la mar sin que ninguno echasse de ver lo que hazia: en resolucion todos passamos con los Franceses, los quales despues de auerse informado de todo aquello que de nosotros saber quisieron, como si fueran nuestros capitales enemigos, nos despojaron de todo quanto teniamos, a la hermosa Zorayda le quitaron hasta los chapines que trahia en los pies: pero no me dio a mi tanta pesadumbre la que a Zorayda dauan, como me la daua el temor que tenia de que hauian de passar del quitar de las riquissimas, y preciosissimas joyas, al quitar de la joya que mas valia, y ella mas estimaua; pero los deseos de aquella gente no se estienden a mas que al dinero, y desto jamas se vee harta su cobdicia, lo qual entonces llegò a tanto, que aun hasta los vestidos de cautiuos que trahiamos, todos nos quitaran si de algun prouecho les fueran: y huuo parecer entre ellos de que a todos nos arrojassen a la mar embueltos en vna vela, porque tenian intencion de tratar en algunos puertos de España, con nombre de que eran Bretones, y si nos lleuauan viuos serian castigados siendo descubierto su hurto, mas el Capitan que deuia de ser mas piadoso, pues lo fue en aquella ocasiò, y era el que auia despojado a mi querida Zorayda, dixo que el se contentaua con la presa que tenia, y que no que-

ria tocar en ningun puerto de España, sino passar el estrecho de Gibraltar de noche, o como mejor pudiesse, è yrse a la Rochela de donde hauia salido, y assi tomaron por acuerdo de darnos el esquife de su nauio, y todo lo necessario para la corta nauegacion que nos quedaua, como lo hizieron otro dia, ya a vista de tierra de España, con la qual vista todas nuestras pesadumbres, y pobrezas se nos oluidaron de todo punto, como sino huuieran passado por nosotros, tanto es el gusto de alcançar la libertad perdida. Cerca de medio dia podria ser a lo que judicamos, quando nos echaron en la barca, dandonos dos barriles de agua, y algun bizcocho, y el Capitan mouido no se de que misericordia al embarcarse la hermosissima Zorayda, le dio hasta quarenta escudos de oro, y no consintio de ningun modo que le quitassen sus soldados estos mesmos vestidos, que agora tiene puestos. Entramos en el baxel, dimos les las gracias con mucha cortecia por el bien que nos hazian, mostrandonos mas agradecidos que quexosos: ellos se hizieron a lo largo, siguiendo la derrota del estrecho: nosotros sin mirar a otro Norte, que a la tierra que se nos mostraua delante, nos dimos tanta priessa a bogar, que al poner del Sol estauamos tan cerca, que bien pudieramos a nuestro parecer, llegar antes que fuera muy noche: pero por no parecer

en aquella noche la Luna, y el cielo mostrar escuro, y por ignorar el parage en que estauamos, no nos parecio cosa segura enuestir en tierra, como a muchos de nosotros les parecia, diziendo, que diessemos en ella, aunque fuesse entre vnas peñas, y lexos de despoblado, porque desta manera assegurariamos el temor q̃ con razon se deuia tener, que por alli anduuiessen baxeles de cossarios de Tetuan, los quales muchas vezes anochecen Berberia, y amanecen en las costas de España, y hazen de ordinario presa, y se bueluen a dormir a sus casas: pero de los contrarios pareceres, el que se tomò fue, que nos llegassemos poco a poco, y que el sossiego del mar lo concediesse, desembarcassemos donde mejor pudiessemos. Hizose assi, y muy poco antes de la media noche entendo que seria, quando llegamos al pie de vna montaña enformissima, y alta montaña, no tan junto al mar, que no concediesse vn poco de espacio, y llanura para poder desembarcar harto comodadamente: enuestimos en la arena, saltamos todos a tierra, y besamos el suelo, y con lagrimas de muy alegrissimo contento, dimos todos gracias a Dios Señor nuestro, por el bien tan incomparable, que nos hauia hecho en nuestro viage: sacamos con presteza de la barca todos los bastimentos que tenia: tiramosla en tierra, y subimos vn grandissimo trecho en la mon-

montaña, porque aun alli eſtauamos, y aun no podiamos aſſegurar el pecho, ni acabauamos de creer que era tierra de Chriſtianos la que ya nos ſoſtenia. Amanecio mas tarde, a mi parecer, de lo que quiſieramos: acabamos de ſubir toda la montaña por ver ſi deſde alli algun poblado ſe deſcubria, o algunas cabañas de paſtores: pero aunque mas tendimos la viſta, ni poblado, ni perſona, ni ſenda, ni camino deſcubrimos. Con todo eſto determinamos de entrarnos la tierra a dentro; pues no podria ſer menos, ſino que preſto deſcubrieſſemos quien nos dieſſe noticia della: pero lo que a mi mas me fatigaua, era el ver yr a pie a Zorayda por aquellas aſperezas, que puesto que alguna vez la puſe ſobre mis ombros, mas le canſaua a ella mi canſancio, que la repoſaua ſu repoſo, y aſsi nunca mas quiſo que yo aquel trabajo tomaſſe, y con mucha paciencia, y mueſtras de alegria lleuandola yo ſiempre de la mano, poco menos de vn quarto de legua deuiamos de auer andado, quando llegò a nueſtros oydos el ſon de vna pequeña eſquila, ſeñal clara que por alli cerca auia ganado, y mirando todos con atencion ſi alguno le parecia, vimos al pie de vn alcornoque vn paſtor moço, que con grande repoſo, y deſcuydado eſtaua labrando vn palo con vn cuchillo, dimos bozes, y alçando la cabeça ſe puſo ligeramente en pie, y a lo que deſpues ſupimos,

los primeros que a la viſta ſe le ofrecieron con el Renegado, y Zorayda, y como el los vio en habito de Moros, penſò que todos los de Berberia eſtauan ſobre el, y metiendoſe por eſtraña ligereza por el boſque adelante, començò a dar los mayores gritos del mundo, diziendo. Moros, Moros ay en la tierra: Moros, Moros, arma, arma. Con eſtas bozes quedamos todos confuſos, y no ſabiamos que hazernos, no conſiderando que las bozes del paſtor harian de alborotar la tierra, y que la caualleria de la coſta auia de venir luego a ver lo que era, perdamos que el Renegado ſe deſnudaſſe las ropas del Turco, y ſe viſtieſſe vn gilequelco, o caſaca de cautiuo, que vno de noſotros le dio luego, aunque ſe quedò en camiſa: y aſsi encomendandonos a Dios fuymos por el miſmo camino, que vimos que el paſtor lleuaua, eſperando ſiempre quando auia de dar ſobre noſotros la caualleria de la Coſta, y no nos engañò nuestro penſamiento, porque aun no aurian paſſado dos horas, quando hauiendo ya ſalido de aquellas malezas a vn llano, deſcubrimos haſta ſeſenta caualleros, que con gran ligereza venian viendo a media rienda a noſotros ſe venian, aſsi como los vimos, nos eſtuuimos quedos eſperandolos: pero como ellos llegaron, y vieron en lugar de los Moros que buſcauan, tanto bueno Chriſtiano cautiuo, quedaron confuſos,

y vno

y vno dellos nos preguntò si eramos nosotros
a caso la ocasion, porque vn pastor auia apelli-
dado al arma: Si, dixe yo, y queriendo co-
çar a dezirle mi sucesso, y de donde veniamos,
y quien eramos: vno de los Christianos que có
nosotros venian conocio al ginete que nos ha-
uia hecho la pregunta, y dixo sin dexarme a mi
dezir mas palabra: Gracias sean dadas a Dios,
señores, que a tan buena parte nos ha conduci-
do, porque si yo no me engaño, la tierra que
pisamos es la de Velez Malaga, si ya los años
de mi cautiuerio no me han quitado de la me-
moria el acordarme, que vos señor, que nos
preguntays quien somos, soys Pedro de Busta-
mante tio mio: apenas huuo dicho esto el Chri
stiano cautiuo, quando el ginete se arrojò del
cauallo, y vino a abraçar el moço, diziendole:
Sobrino de mi alma, y de mi vida, ya te conoz-
co, y ya te he llorado por muerto, yo, y mi her-
mana tu madre, y todos los tuyos, que aun vi-
uen: y Dios ha sido seruido de darles vida, pa-
ra que gozen el plazer de verte: ya sabiamos
que estauas en Argel, y por las señales, y mue-
stras de tus vestidos, y la de todos los desta có-
pañia, comprehendo que aueys tenido milagro
sa libertad. Assi es respondio el moço, y tiem-
po nos quedara para contaroslo todo. Luego
que los ginetes entendieron que eramos Chri-
stianos cautiuos, se apearon de sus cauallos, y ca-

no nos combidaua con el suyo para llevar-
a la ciudad de Velez Malaga, que legua y
dia de alli estaua. Algunos dellos boluieron
uar la barca a la ciudad, diziendoles donde
auiamos dexado: otros nos subieron a las an-
y Zorayda fue en las del cauallo del tio del
stiano. Salionos a recebir todo el pueblo,
ya de alguno que se auia adelantado sabian
uena de nuestra venida. No se admirauan de
cautiuos libres, ni Moros cautiuos, porque
la gente de aquella costa esta hecha a ver
nos, y a los otros, pero admirauanse de
rmosura de Zorayda, la qual en aquel in-
e, y sazon estaua en su punto, assi con el
ancio del camino, como con la alegria de
se ya en tierra de Christianos, sin sobresalto
perderse, y esto le hauia sacado al rostro ta-
olores, que sino es que la aficion entonces
engañaua, osara dezir, que mas hermosura no hauia en el mundo todo, aloane-
, que yo la huuiesse visto. Fuymos derecha
a la Yglesia a dar gracias a Dios por la mer
recebida, y assi como en ella entrò Zoray-
dixo, que alli hauia rostros que se parecian
de Lela Marien: diximosle que eran ima-
es suyas, y como mejor se pudo le dio el
negado a entender lo que significauan, para
ella las adorasse, como si verdaderamente
uian cada vna dellas la misma Lela Marien,

que

que la hauia hablado: ella, que tiene buen entendimiento, y vn natural facil, y claro entendio luego quanto acerca de las imagenes se le dixo. Desde alli nos llenaron, y repartieron a todos en diferentes casas del pueblo: pero al Renegado, Zorayda, y a mi nos lleuò el Christiano que vino con nosotros, y en casa de sus padres, que medianamente eran acomodados de los bienes de fortuna, y nos regalaron con tanto amor, como a su mismo hijo. Seys dias estuuimos en Velez, alcabo de los quales el Renegado hecha su informacion de quanto le conuenia, se fue a la ciudad de Granada a reduzirse por medio de la santa Inquisicion, al gremio santissimo de la Yglesia, los demas Christianos libertados se fueron cada vno donde mejor le parecio, solos quedamos Zorayda, y yo, con solos los escudos que la piedad, y cortesia del Frances le dio a Zorayda, de los quales comprè este animal en que ella viene: y siruiendole yo hasta agora de padre, y escudero, y no de esposo, vamos con intencion de ver si mi padre es vino, o si alguno de mis hermanos ha tenido mas prospera ventura que la mia. Puesto que por auerme hecho el cielo compañero de Zorayda, me parece que ninguna otra suerte me pudiera venir, por buena que fuera, que mas la estimara. La paciencia con que Zorayda lleua las incomodidades, que la pobreza trae con-

go, y el desseo que muestra tener, de verse ya Christiana, es tanto, y tal, que me admira, y me mueue a seruirla todo el tiempo de mi vida. Tanto que el gusto que tengo, de verme suyo, de que ella sea mia, me le turba, y deshaze, no saber si hallare en mi tierra algun rincon donde recogella, y si aurá hecho el tiẽpo, y la muerte mudança en la hazienda, y vida de mi padre, y hermanos, que a penas halle quien me conozca, si ellos faltan. No tengo mas señores que sabros de mi historia. La qual si es agradable, y peregrina, juzguenlo vuestros buenos entendimientos, que de mi se dezir, que quisiera auerla contado mas breuemente, puesto que el temor de enfadaros, mas de quatro circunstancias me ha quitado de la lengua.

CAP. XLIII. QVE TRATA DE LO que mas sucedio en la venta, y de otras muchas cosas dignas de saberse.

CALLO en diziendo esto el cautiuo, a quien don Fernando dixo: Por cierto señor Capitan, el modo con q̃ aueys contado este estraño succsso, ha sido tal que yguala a la nouedad, y estrañeza del mesmo caso. Todo es peregrino, raro, y lleno de accidentes, que marauillan, y suspenden, a quien los oye. Y es de tal manera,

el gusto que hemos recebido en escuchalle, que aunque nos hallara el dia de mañana, entretenidos en el mesmo cuẽto, holgaramos que de nueuo se començara. Y en diziendo esto, don Antonio, y todos los demas, se le ofrecieron, con todo lo a ellos posible, para seruirle, con palabras, y razones tan amorosas, y tan verdaderas, que el Capitan se tuuo por bien satisfecho de sus voluntades. Especialmente le ofrecio don Fernando, que si queria boluerse con el, que el haria que el Marques su hermano fuesse padrino del bautismo de Zorayda, y que el por su parte le acomodaria de manera, q̃ pudiesse entrar en su tierra, con el autoridad, y comodo, que a su persona se deuia. Todo lo agradecio cortesissimamente el cautiuo: pero no quiso aceptar ninguno de sus liberales ofrecimientos. En esto llegaua ya la noche, y al cerrar della llegò a la venta vn coche, cõ algunos hombres de acauallo: pidieron posada, a quien la ventera respondio, que no auia en toda la vẽta vn palmo desocupado. Pues aunque esso sea, dixo vno de los de acauallo, que auia entrado, no ha de faltar para el señor Oydor, que aqui viene. A este nombre se turbò la huespeda, y dixo: Señor lo q̃ en ello ay, es, que no tengo camas, si es que su merced del señor Oydor la trae, q̃ si deue de traer, entre en buen hora, q̃ yo, y mi marido nos saldremos de nuestro apossento, por acomodar a su

merced. Sea en buen hora, dixo el escudero: mas a este tiempo, ya auia salido del coche vn señore, que en el trage mostro luego el oficio, cargo que tenia. Porq̃ la ropa luenga con las mangas arrocadas, q̃ vestia, mostraron ser Oydor, como su criado auia dicho. Trahia de la mano a vna dõzella, al parecer de hasta diez y seys años, vestida de camino, tan bizarra, tan hermosa, tan gallarda, que a todos puso en admiracion vista. De suerte, que a no auer visto a Dorotea, y a Luscinda, y Zorayda, que en la venta estauan, creyeran que otra tal hermosura, como esta donzella, dificilmente pudiera hallarse. Hallose don Quixote al entrar del Oydor, y de la donzella, y assi como le vio, dixo: Seguramente puede vuestra merced entrar, y espaciarse en este castillo, que aunque es estrecho, y mal acomodado, no ay estrecheza, ni incomodidad en el mũdo, que no de lugar a las armas, y a las letras, y mas si las armas, y letras, traen por guia, y adalid, a la fermosura, como la traẽ las letras de la vuestra merced, en esta fermosa donzella, a quien deuen no solo abrirse, y mancharse los castillos, sino apartarse los riscos, dividirse, y abaxarse las montañas, para darle acogimiento. Entre vuestra merced, digo, en este parayso, que aqui hallara estrellas, y soles, que acompañen el cielo, que vuestra merced trae consigo. Aqui hallara las armas en su punto

punto, y la hermosura en su estremo. Admirado quedò el Oydor, del razonamiento de don Quixote, a quien se le puso a mirar muy de proposito. Y no menos le admiraua su talle, que sus palabras, y sin hallar ningunas con que responderle, se tornò a admirar de nueuo, quando vio delante de si a Luscinda, Dorotea, y a Zorayda, que a las nueuas de los nueuos huespedes, y a las que la ventera les auia dado, de la hermosura de la donzella, auian venido a verla, y a recebirla. Pero don Fernando, Cardenio, y el Cura, le hizieron mas llenos, y mas cortesanos ofrecimientos. En efeto, el señor Oydor entrò confuso, assi de lo que vehia, como de lo que escuchaua: y las hermosas de la venta, dieron la bien llegada a la hermosa donzella. En resolucion, bien echò de ver el Oydor, que era gente principal toda la que alli estaua. Pero el talle, visage, y la postura de don Quixote, le desatinaua: y auiendo passado entre todos corteses ofrecimientos, y tanteado la comodidad de la venta, se ordenò lo que antes estaua ordenado, que todas las mugeres se entrassen en el camaranchon ya referido, y que los hombres se quedassen fuera, como en su guarda. Y assi fue contento el Oydor, que su hija, que era la donzella, se fuesse con aquellas señoras, lo que ella hizo de muy buena gana. Y con parte de la estrecha cama del ventero, y con la mitad de la que

que el Oydor trahia, se acomodaron aquella noche, mejor de lo que pensauan. El cautiuo, que desde el punto que vio al Oydor, le dio saltos el coraçon, y barruntos, de que aquel era su hermano: preguntò a vno de los criados, que con el venian, que como se llamaua, y si sabia de que tierra era? El criado le respondio, q̃ se llamaua, el Licenciado Iuan Perez de Vieda, y que auia oydo dezir, que era de vn lugar de las montañas de Leon. Con esta relacion, y con lo que el hauia visto, se acabò de confirmar, de que aquel era su hermano, que auia seguido las letras, por consejo de su padre. Y alborotado, y contento, llamando a parte a don Fernando, a Cardenio, y al Cura, les contò lo q̃ passaua, certificandoles, que aquel Oydor era su hermano. Auiale dicho tambien el criado, como yua prouey̆do por Oydor a las Indias, en la Audiencia de Mexico. Supo tambien como aquella donzella era su hija, de cuyo parto hauia muerto su madre, y que el hauia quedado muy rico con el dote, que con la hija se le quedo en casa. Pidioles consejo, que modo tendria para descubrirse, o para conocer primero, si despues de descubierto, su hermano por verle pobre se afrentaua, o le recebia con buenas entrañas. Dexesseme a mi el hazer la experiencia, dixo el Cura, quanto mas que no ay pensar, sino vos señor Capitan sereys muy bien recebido.

Porque el valor, y prudencia, que en sí buen parecer descubre vuestro hermano, no da indicios de ser arrogante, ni desconocido, ni que no ha de saber poner los casos de la fortuna en su punto. Con todo esso, dixo el Capitã, yo querria no de improuiso, sino por rodeos, darmele a conocer. Ya os digo respondio el Cura, que yo lo traçare de modo, que todos quedemos satisfechos. Ya en esto estaua adereçada la cena, y todos se sentaró a la mesa, excepto el cautiuo, y las señoras que cenaró de por sí en su aposento. En la mitad de la cena, dixo el Cura. Del mesmo nóbre de vuestra merced, señor Oydor, tuue yo vna camarada en Constantinopla, donde estuue cautiuo algunos años. La qual camarada, era vno delos valientes soldados, y Capitanes, q̃ auia en toda la infanteria Española: pero tanto quanto tenia de esforçado, y valeroso, tenia de desdichado. Y como se llamaua esse Capitan señor mio, preguntò el Oydor? Llamauase, respódio el Cura, Ruyperez de Viedma, y era natural de vn lugar de las mõtañas de Leon. El qual me contò vn caso, q̃ su padre con sus hermanos le auia sucedido, q̃ a no contarmelo vn hombre tã verdadero como el, lo tuuiera por cõseja, de aquellas que las viejas cuentan el inuierno al fuego. Porque me dixo, que su padre auia diuidido su hazienda, entre tres hijos que tenia, y les auia dado ciertos consejos, mejores que los de Caton.

ton. Y se yo dezir, que el que el escogio, de yr a la guerra, le auia sucedido tan biẽ, que en pocos años, por su valor, y esfuerço, sin otro ayuda, que el de su mucha virtud, subio a ser Capitan de infanteria, y a verse en camino, y prestamento, de ser presto Maestre de campo. Pero fuele la fortuna contraria, pues dõde la pudiera esperar, y tener buena, allí la perdio, con perder la libertad, en la felicissima jornada dõde tantos la cobraron, q̃ fue en la batalla de Lepanto. Yo la perdi en la Goleta, y despues por diferentes sucessos, nos hallamos camaradas en Constantinopla. Desde allí vino a Argel, dõde sabe q̃ le sucedio vno de los mas estraños casos, q̃ en el mundo han sucedido. De aqui fue prosiguiendo el Cura, y con brevedad sucinta, contò lo q̃ con Zoraya, a su hermano auia sucedido. A todo lo qual estaua tan atento el Oydor, que ninguna vez auia sido tan Oydor como entonces. Solo llegò el Cura al punto, de quando los Franceses despojaron a los Christianos que en la barca venian, y la pobreza, y necessidad en q̃ su camarada, y la hermosa Mora auiã quedado. De los quales no auia sabido en que auiã parado, ni si auiã llegado a España, o llevadolos los Franceces a Francia. Todo lo que el Cura dezia estaua escuchando algo de allí desuiado el Capitan, y notaua todos los mouimientos q̃ su hermano hazia. El qual viendo que ya el Cura auia

llegado al fin de su cuẽto, dando vn grande suſpiro, y llenandoſe los ojos de agua, dixo: O ſeñor, ſi ſupieſedes las nueuas que me aueys contado, y como me tocan tan en parte, que me es forçoſo dar mueſtras dello, con eſtas lagrimas, que contra toda mi diſcrecion, y recato, me ſalen con los ojos. Eſſe Capitan tan valeroſo que dezis, es mi mayor hermano, el qual como mas fuerte, y de mas altos penſamientos, que yo, ni otro hermano menor mio, eſcogio el honroſo, y digno exercicio de la guerra. Que fue vno de los tres caminos, que nueſtro padre nos propuſo, ſegun os dixo vueſtra camarada, en la cõſeja que a vueſtro parecer le oyſtes. Yo ſegui el de las letras, en las quales Dios, y mi diligẽcia, me han pueſto en el grado que me veys. Mi menor hermano eſtà en el Piru tan rico, que cõ lo que ha embiado a mi padre, y a mi, ha ſatisfecho bien la parte que el ſe leuò: y aun dado a las manos de mi padre, con que poder hartar ſu liberalidad natural. Y yo aſſi meſmo he podido con mas decencia, y autoridad, tratarme en mis eſtudios, y llegar al pueſto en que me veo. Viue aun mi padre muriendo, con el deſſeo de ſaber de ſu hijo mayor, y pide a Dios con continuas oraciones, no cierre la muerte ſus ojos, haſta q̃ el vea con vida a los de ſu hijo. Del qual me marauillo, ſiendo tan diſcreto, como en tantos trabajos, y afliciones, o proſperos ſucceſſos, ſe aya deſ-

cuydado de dar noticia de ſi, a ſu padre, que eſto ſupiera, o alguno de noſotros, no tuuieſſe neceſsidad de aguardar al milagro de la cãa para alcançar ſu reſcate. Pero de lo que yo agora me temo es, de penſar ſi aquellos Franceſes auran dado libertad, o le auran muerto, por encubrir ſu hurto. Eſto todo ſera, que yo proſiga mi viage, no con aquel contento con que le comence, ſi no con toda melancolia y triſteza. O buen hermano mio, y quien ſupiera agora donde eſtauas, que yo te fuera a buſcar, y a librar de tus trabajos, aunque fuera a coſta de los mios. O quien lleuara nueuas a nueſtro viejo padre, de que tenias vida, aunque eſtuuieras en las mazmorras mas eſcondidas de Berberia, que de alli te ſacaran tus riquezas, las de mi hermano, y las mias. O Zorayda hermoſa y liberal, quien pudiera pagar el bien que a vn hermano hizieſte, quien pudiera hallarſe al renacer de tu fama, y a las bodas, que tanto guſto a todos nos cauſaran. Eſtas, y otras ſemejantes palabras dezia el Oydor, lleno de tanta compaſsion, cõ las nueuas que de ſu hermano le hauian dado, que todos los que le oyan, le acompañauan, en dar muestras del ſentimiento, que tenian de ſu laſtima. Viendo pues el Cura, que tan bien auia ſalido con ſu intencion, con lo que deſſeaua el Capitan, no quiſo tenerlos a todos mas tiempo triſtes, y aſsi ſe leuantò de la meſa, y entrando dõ-

de estana Zorayda, la tomò por la mano, y trás ella se vinieron, Luscinda, Dorotea, y la hija del Oydor. Estaua esperando el Capitan a ver lo q̃ el Cura queria hazer, que fue, que tomandole a el, assi mesmo de la otra mano, con entrambos a dos, se fue donde el Oydor, y los demas Cauallieros estauan, y dixo: Cessen señor Oydor vuestras lagrimas, y colmese vuestro desseo, de todo el bien que acertare a desearse, pues teneys delante a vuestro buẽ hermano, y a vuestra buena cuñada: este que aqui veys, es el Capitan Viedma, y esta la hermosa Mora, que tanto bien le hizo. Los Franceses que os dixe, los pusieron en la estrecheza q̃ veys, para q̃ vos mostreys la liberalidad de vuestro buen pecho. Acudio el Capitan a abraçar a su hermano, y el le puso ambas manos en los pechos, por mirarle algo mas apartado: mas quando le acabo de conocer, le abraçò tan estrechamẽte, derramando tantas lagrimas de contento, que los mas de los q̃ presentes estauan, le huuieron de acompañar en ellas. Las palabras que entrambos hermanos se dixeron, los sentimientos que mostraron, a penas creo que pueden pensarse, quanto mas escriuirse. Alli en breues razones, se dieron cuenta de sus successos, alli mostraron puesta en su punto, la buena amistad de dos hermanos: alli abraçò el Oydor a Zorayda, alli la ofrecio su hazienda, alli hizo que la abraçasse su hija: alli la Chri-

stiana

tiana hermosa, y la Mora hermosissima, renouaron las lagrimas de todos. Alli don Quixote estaua atento, sin hablar palabra, considerando estos tan estraños successos, atribuyendolos todos a quimeras de la andante Caualleria. Alli concertaron, que el Capitan y Zorayda, se boluiessen con su hermano a Seuilla, y aun passassen a Madre, haziendole saber de su hallazgo y libertad: Para que como pudiesse, viniesse a hallarse en las bodas, y bautismo de Zorayda, por ser al Oydor posible, dexar el camino q̃ llenaua, a causa de tener nueuas, que de alli a tres meses, partia flota de Seuilla, a la Nueua España, y fuerale de grande incomodidad perder el passage. En resolucion, todos quedaron contentos, y alegres del buen successo del cautiuo; y como ya la noche yua casi en las dos partes de su jornada, acordaron de recogerse, y reposar lo q̃ della les quedaua. Don Quixote se ofrecio a hazer la guardia del Castillo, porque de algun Gigante, o otro mal andãte follon, no fuessen acometidos, codiciosos del gran thesoro de hermosura que en aquel Castillo se encerraua. Agradeciòselo los que le conocian, y dieron al Oydor cuenta del humor estraño de don Quixote, de que no poco gusto recibio. Solo Sancho Pança se desesperaua, con la tardãça del recogimiento, y solo el se acomodò mejor que todos, echandose sobre los aparejos de su jumẽto, que

le

le costaron tan caros, como adelante se dira. Recogidas pues las damas en su estancia, y los demas acomodado se, como menos mal pudieron, don Quixote se salio fuera de la venta, a hazer la centinela del Castillo, como lo auia prometido. Sucedido pues, que faltando poco por venir el alua, llegò a los oydos de las damas, vna voz tan entonada, y tan buena, que las obligò a que todas le prestassen atento oydo. Especialmente Dorotea, que despierta estaua, a cuyo lado dormia doña Clara de Viedma, que assi se llamaua la hija del Oydor. Nadie podia imaginar quien era, la persona que tan bien cantaua, y era vna voz sola, sin que la acompañasse instrumento alguno. Vnas vezes les parecia que cantauan en el patio, otras que en la caualleriza. Y estando en esta confusion muy atentas, llegò a la puerta del aposento Cardenio, y dixo: Quien no duerme, escuche, que oyran vna voz de vn moço de mulas, que de tal manera canta, que encanta. Ya lo oymos señor, respondio Dorotea. Y con esto se fue Cardenio, y Dorotea, poniendo toda la atencion posible, entendio que lo que se cantaua era esto.

CAP. XLIII. DONDE SE CVENta la agradable historia del moço de mulas, con otros estraños acaecimientos en la venta sucedidos.

Mari-

MArinero soy de amor,
Y en su pielago profundo
Nauego sin esperança
De llegar a puerto alguno.
Siguiendo voy a vna estrella
Que desde lexos descubro,
Mas bella y resplandeciente
Que quantas vio Palinuro.
Yo no se adonde me guia,
Y assi nauego confuso,
El alma a mirarla atenta,
Cuydadosa, y con descuydo.
Recatos impertinentes,
Honestidad contra el vso
Son nuues que me la encubren
Quando mas verla procuro.
O clara, y luziente estrella
En cuya lumbre me apuro,
Al punto que te me encubras
Sera de mi muerte el punto.

Llegando el que cantaua a este punto, le pasio a Dorotea, que no seria bien, que dexasse sera de oyr vna tan buena voz, y assi mouiendola a vna y a otra parte, la despertò, diziendo: Perdoname niña que te despierto, pues lo go, porque gustes de oyr la mejor voz, que ça auras oydo en toda tu vida. Clara despertoda soñolienta, y de la primera vez no entendio

tendio lo que Dorotea le dezia, y boluiendo-
selo a preguntar ella, se lo boluio a dezir, por lo
qual estuuo atenta Clara. Pero apenas huuo oy
do dos versos, que el q̃ cantaua y na prosiguien
do, quando le tomò vn temblor tan estraño, co-
mo si de algú graue accidente de quartana estu
uiera enferma, y abraçandose estrechamente
con Doroeta, le dixo: Ay señora de mi alma,
y de mi vida, para que me despertastes, que el
mayor bien que la fortuna me podia hazer por
aora, era tenerme cerrados los ojos, y los oydos
para no ver, ni oyr a esse desdichado mũsico.
Que es lo que dizes niña, mira que dizen que el
que canta, es vn moço de mulas? No es sino se-
ñor de lugares, respondio Clara, y el que el tie-
ne en mi alma, con tanta seguridad, que si el no
quiere dexalle, no le sera quitado eternamente.
Admirada quedò Dorotea, de las sentidas ra-
zones de la mochacha, pareciendole que se aue
tajauan en mucho, a la diferecion que sus pocos
años prometian. Y assi le dixo: Hablays de mo
do señora Clara, que no puedo entenderos: de-
claraos mas, y dezidme, que es lo que dezis de
alma, y de lugares, y deste mũsico, cuya voz tan
inquieta os tiene? Pero no me digays nada por
aora, q̃ no quiero perder por acudir a vuestro
sobresalto, el gusto que recibo, de oyr al que ca
ta, que me parece que con nuevos versos, y nue
uo tono, torna a su cãto. Sea en buen hora, res-
pondio

dio Clara; y por no oylle, se tapò con las
os entrambos oydos, de lo que tambien se
iró Dorotea. La qual estãdo atenta a lo que
ntaua, vio que proseguian en esta manera.

DVlce esperança mia,
Que rompiendo imposibles, y malezas,
Sigues firme la via
Que tu mesma te finges, y adereças,
No te desmaye el verte,
A cada passo junto al de tu muerte.

No alcançan perezosos
Honrados triunfos, ni vitoria alguna,
Ni pueden ser dichosos
Los que no contrastando a la fortuna
Entregan desualidos
Al ocio blando todos los sentidos.

Que amor sus glorias venda
Caras, es gran razon, y es trato justo,
Pues no ay mas rica prenda,
Que la que se quilata por su gusto,
Y es cosa manifiesta,
Que no es de estima lo que poco cuesta.

Amorosas porfias
Tal vez alcançan imposibles cosas,

Y assi

Y ansi aunque con las mias,
Sigo de amor las mas difficultosas,
No por esso rezelo
De no alcançar desde la tierra el cielo.

¶ Aqui dio fin la voz, y principio a nuevos sollloços Clara. Todo lo qual encendia el desseo de Dorotea, que desseaua saber la causa de tan suaue canto, y de tan triste lloro. Y assi le boluio a preguntar, que era lo que le queria decir denantes? Entonces Clara temerosa, de que Lucinda no la oyesse, abraçando estrechamente a Dorotea, puso su boca tan junto del oydo de Dorotea, que seguramente podia hablar, sin ser de otra sentida. Y assi le dixo: Este que canta señora mia, es vn hijo de vn caualiero, natural del Reyno de Aragon, señor de dos lugares, el qual viuia frontero de la casa de mi padre, en la Corte. Y aunque mi padre tenia las ventanas de su casa, con lienços en el inuierno, y zelosias en el verano; yo no se lo que fue, ni lo que vio, que este Caualiero que andaua al estudio, me vio, ni se si en la yglesia, o en otra parte: finalmente, el se enamoro de mi, y me lo dio a entender desde las ventanas de su casa, con tantas señas, y con tantas lagrimas, que yo le hube de creer, y aun querer, sin saber lo que me queria. Entre las señas que me hazia, era vna, de juntar se la vna mano con la otra, dandome a entender que

se casaria conmigo; y aunque yo me holgaria mucho, de que ansi fuera: como sola, y sin padre, no sabia con quien comunicallo, y assi dexé estar, sin dalle otro fauor, sino era quãdo estaua mi padre fuera de casa, y el suyo tambien, alçar vn poco el lienço, o la zelosia, y darme ver toda, de lo que el hazia tanta fiesta, que daua señales de boluerse loco. Llegose en esto el tiempo de la partida de mi padre, la qual supo, y no de mi, pues nunca pude dezirse. Cayo malo, a lo que yo entiendo, de pesadumbre, y assi el dia que nos partimos, nunca le pude verle, para despedirme del, si quiera con los ojos. Pero a cabo de dos dias que caminauamos, al entrar de vna posada, en vn lugar, vna jornada de aqui, le vi a la puerta del mesmo, puesto en habito de moço de mulas, tan natural, que si yo no le truxera tan retratado en mi alma, fuera imposible conocelle. Conocile, admireme, y alegreme: el me miro a mi, y en viendo de mi padre, de quien el siempre se esconde, quando atrauiessa por delante de mi, en todos caminos, y en las posadas do llegamos. Y como yo se quien es, y considero, que por amor de mi viene a pie, y con tanto trabajo, para el nunca vsado, mucrome de pesadumbre, y adonde el pone los pies, pongo yo los ojos. No se con que intencion viene, ni como ha podido escapar se de casa de su padre, porque le quie

re extraordinariamente, porque no tiene otro heredero, y porque el lo merece, como lo vera vuestra merced, quando le vea. Y mas le se dezir, que todo aquello que canta, lo saca de su cabeça, que he oydo dezir, que es muy gran estudiante, y poeta. Y ay mas, que cada vez que le veo, o le oygo cantar, tiemblo toda, y me sobresalto, temerosa de que mi padre le conozca, y venga en conocimiento de nuestros desseos. En mi vida le he hablado palabra, y con todo esso le quiero de manera, que no he de poder viuir sin el. Esto es señora mia, todo lo que os puedo dezir deste mufico, cuya voz tanto os ha contentado, que en sola ella echareys bien de ver, que no es moço de mulas, como dezis, sino señor de almas, y lugares, como yo os he dicho. No digays mas señora doña Clara, dixo a esta sazon Dorotea, y esto besandola mil vezes: No digays mas digo, y esperad que venga el nueuo dia, que yo espero en Dios, de encaminar de manera vuestros negocios, que tengan el feliz fin, que tan honestos principios merecen. Ay señora, dixo doña Clara, que sin se puede esperar, si su padre es tan principal, y tan rico, que le parecera que aun yo no puedo ser criada de su hijo, quanto mas esposa: pues casarme yo a hurto de mi padre, no lo hare por quanto ay en el mundo. No querria, sino que este moço se boluiesse, y me dexasse, quiça con no velle, y con la gran

gran distancia del camino que lleuamos, se me asseguara la pena que ahora lleuo: aunque se dezir, que este remedio que me imagino, me ha de aprouechar bien poco: no se que diablos ha sido esto, ni por donde se ha entrado este amor que tengo, siendo yo tan muchacha, y el tan muchacho, que en verdad que creo, que somos de vna edad mesma, y que yo no tengo cumplidos diez y seys años, que para el dia de san Miguel que vendra, dize mi padre que los cumplo. No pudo dexar de reyrse Dorotea, oyendo quã con niña hablaua doña Clara, a quien dixo: Repose os señora, lo poco que creo queda dela noche, y amanecera Dios, y medraremos, o mal se andaran las manos. Sossegaronse con esto, y en toda la venta se guardaua vn grãde silencio, saluo que no dormian la hija de la ventera, y sus tornes su criada. Las quales como ya sabiã el humor, de que pecaua do Quixote, y que estaua fuera dela venta, armado, y a caballo, haziẽ de la guarda, determinaron las dos de hazelle alguna burla, o alomenos de passar vn poco el tiempo, oyendole sus disparates.

Es pues el caso, que en toda la venta no auia ventana q̃ saliesse al campo, sino vn agugero de vn pajar, por donde echauan la paja por de fuera. A este agugero se pusieron las dos semidoze, y vieron que don Quixote estaua a caballo, recostado sobre su lançon, dando de quando en

quando tan dolientes, y profundos ſuſpiros, q̃ parecia que con cada vno ſe le arrancaua el alma. Y aſsi meſmo oyeron que dezia con voz blanda, regalada, y amoroſa: O mi ſeñora Dulzinea del Toboſo, eſtremo de toda hermoſura, fin y remate de la diſcrecion, archiuo del mejor donayre, depoſito de la honeſtidad: y vltimamente, idea de todo lo prouechoſo, honeſto, y deleytable que ay en el mundo, y que fará agora là tu merced? Si tendras por ventura las mientes en tu cautiuo caualler o, que a tãtos peligros por ſolo ſeruirte, de ſu voluntad ha querido ponerſe? Dame tu nueuas della, o Luminaria de las tres caras: quiça con embidia de la ſuya, la eſtàs aora mirando, que, o paſſandoſe por alguna galeria de ſus ſuntuoſos palacios, o ya pueſta de pechos ſobre algun valcon, eſtà conſiderando como ſalua ſu honeſtidad, y grãdeza, ha de amanſar la tormenta que por ella eſte mi cuytado coraçon padece, que gloria ha de dar a mis penas, que ſoſsiego a mi cuydado: y finalmente, que vida a mi muerte, y que premio a mis ſeruicios: Y tu Sol, que ya deues de eſtar apriesſa enſillando tus caualios, por madrugar, y ſalir a ver a mi ſeñora, aſsi como la veas, ſuplicote que de mi parte la ſaludes: pero guardate que al verla, y ſaludarla, no le dés paz en el roſtro, que tendre mas celos de tí, que tu los tuuiſte de aquella ligera ingrata, que tanto te hizo

ſudar, y correr por los llanos de Teſalia, o por las riberas del Peneo, q̃ no me acuerdo bié por donde corriſte entonces, celoſo, y enamorado. A eſte punto llegaua entonces don Quixote, en ſu tan laſtimero razonamiento, quando la hija de la ventera le començò a cecear, y a dezirle: Señor mio, llegueſe a ca la vueſtra merced, ſi es ſeruido. A cuyas ſeñas, y voz boluio don Quixote la cabeça, y vio a la luz de la Luna, que entonces eſtaua con toda ſu claridad, como le llamauan del agujero, que a el le parecio ventana, y aun con rejas doradas, como conuiene que las tengan tan ricos caſtillos, como el ſe imaginaua que era aquella venta: y luego en el inſtante ſe le repreſentò en ſu loca imaginació, que otra vez como la paſſada, la donzella fermoſa, hija de la ſeñora de aquel caſtillo, vencida de ſu amor, tornaua a ſolicitarle: y con eſte penſamiento, por no moſtrarſe deſcortes, y desagradecido, boluio las riendas a Rozinante, y llegò al agujero, y aſsi como vio a las dos mugeres, dixo: Laſtima os tengo, fermoſa ſeñora, de que ayades pueſto vueſtras amoroſas mientes, en parte donde no es poſsible correſponderos conforme merece vueſtro gran valor, y gentileza, de lo que no deueys dar culpa a eſte miſerable andante caualler o, a quien tiene amor imposibilitado de poder entregar ſu voluntad a otra, que a aquella, que en el punto que ſus

ojos la vieron, la hizo señora absoluta de su alma. Perdonadme buena señora, y recogeos en vuestro aposento, y no querays cõsignificarme mas vuestros desseos, que yo me muestre mas desagradecido: y si del amor que me teneys, hallays en mi otra cosa con que satisfazeros, que el mismo amor no sea, pedidmela, que yo os juro, por aquella ausente enemiga dulce mia, de daros la en continente, si bien pidiessedes vna guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras: o ya los mesmos rayos del Sol, encerrados en vna redoma. No ha menester nada desso mi señora (señor cauallero) dixo aeste pũto Maritornes. Pues que ha menester, discreta dueña, vuestra señora, respondio don Quixote? Sola vna de vuestras hermosas manos, dixo Maritornes, por poder deshogar con ella el gran desseo que a este agugero la ha traydo, tan a peligro de su honor, que si su señor padre la huuiera sentido, la menor tajada della fuera la oreja. Ya quisiera yo ver esso respondio don Quixote, pero el se guardará bien desso, si ya no quiere hazer el mas desastrado fin que padre hizo en el mũdo, por auer puesto las manos en los delicados miembros de su enamorada hija. Pareciole a Maritornes, que sin duda don Quixote daria la mano que le auia pedido, y proponiendo en su pensamiẽto lo que auia de hazer, se baxò del agugero, y se fue a la cauallerica, don-

donde tomò el cabestro del jumento de Sancho Pança, y con mucha presteza se boluio a su agugero, a tiempo que ya don Quixote se auia puesto de pies sobre la silla de su caualio Rocinante, por alcançar a la ventana enrejada, dõde se imaginaua estar la ferida dõzella, y al darella mano, dixo: Tomad señora, essa mano, o que mejor dezir, esse verdugo delos malhechores del mundo: tomad essa mano digo, a quien no ha tocado otra de muger alguna, ni aun la aquella que tiene entera posseesion de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beseys, sino para que mireys la cõtestura de sus neruios, entrauazon de sus musculos, la anchura, y espaciosidad de sus venas, de donde sacareys, que al deue de ser la fuerça del braço que tal mano tiene. Aora lo veremos, dixo Maritornes, y haziendo vna lazada corrediza al cabestro, se la echò a la muñeca, y baxandose del agugero, ató lo que quedaua al cerrojo de la puerta del todo muy fuertemente. Don Quixote que sintio la aspereza del cordel en su muñeca, dixo: mas parece fermosa señora que vuestra merced me talla, que no q̃ me regala la mano: no la tratays tan mal, pues ella no tiene la culpa del mal que mi voluntad os haze, ni es bien q̃ en tan poca parte vengueys el todo de vuestro enojo: mirad que quien quiere bien, no se venga tan mal. Todas essas razones de don Quixote, ya

no las escuchaua nadie, porque assi como Martornes le ató, ella, y la otra se fueró muertas de risa, y le dexaron asido de manera, que fue imposible soltarse. Estaua pues, como se ha dicho, de pies sobre Rozinante, metido todo el braço por el agugero, y atado de la muñeca, y al cerrojo de la puerta, con grandissimo temor, y cuydado, q̃ si Rozinante se desuiaua a vn cabo, o a otro, auia de quedar colgado del braço, y assi no osaua hazer mouimiento alguno: puesto q̃ de la paciencia, y quietud de Rozinante, bien se podia esperar que estaria sin mouerse vn siglo entero. En resolucion viendose don Quixote atado, y que ya las damas se auian ydo, se dio a imaginar, que todo aquello se hazia por via de encantamento, como la vez passada, quando en aquel mesmo castillo le molio aquel Moro encantado del harriero: y maldezia entre si su poca discrecion, y discurso, pues auiendo salido tan mal la vez primera, de aquel castillo, se auia auenturado a entrar en el la segunda: siendo aduertimiento de los caualleros andantes, que quando han prouado vna auentura, y no salido bien con ella, es señal q̃ no está para ellos guardada, sino para otros, y assi no tienen necessidad de prouarla segunda vez. Con todo esto tiraua de su braço, por ver si podria soltarse, mas el estaua tan bien asido, que todas sus pruevas fueron en vano. Bien es verdad, que tiraua con

tiento, porque Rozinante no se mouiesse: aunque el quisiera sentarse, y ponerse en la calle, no podia, sino estar en pie, o arrancarse la cabeça. Alli fue el dessear de la espada de Amadis, contra quien no tenia fuerça de encantamento alguno: alli fue el maldezir de su fortuna: alli fue el exagerar la falta que haria en el mundo su presencia, el tiempo que alli estuuiesse encantado, que sin duda alguna se auia creydo que lo estaua. Alli el acordarse de nueuo de su querida Dulcinea del Toboso: alli fue el llamar a su buen escudero Sancho Pança, que sepultado en sueño, y tendido sobre el albarda de su jumento, no se acordaua en aquel instante de la madre que lo hauia parido: alli llamó a los sabios Lirgandeo, y Alquife, que le ayudassen: alli inuocó a su buena amiga Vrganda, que le socorriesse: y finalmente, alli le tomó la mañana assi desesperado y confuso, que bramaua como vn toro, porque no esperaua el, que con el se remediaria su cuyta, porque la tenia por eterna, teniendose por encantado: y haziale creer esto, ver que Rozinante, poco, ni mucho se mouia: y creia que de aquella suerte, sin comer, ni beuer, ni dormir, auian de estar el, y su castillo, hasta que aquel mal influxo de las estrellas se passasse, o hasta que otro mas sabio encantador le desencantasse. Pero engañose mucho en su creencia, porque apenas començó a amanecer,

necer, quando llegaron a la venta quatro hombres de acauallo, muy bien pueſtos, y adereçados, con ſus eſcopetas ſobre los arzones. Llamaron a la puerta dela venta (que aun eſtaua cerrada) con grandes golpes: lo qual viſto por don Quixote, deſde donde aun no dexaua de hazer la centinela, con voz arrogante, y alta, dixo: Caualleros, o eſcuderos, o quien quiera q ſeays, no teneys para que llamar a las puertas deſte Caſtillo, que aſaz de claro eſtà, que a tales horas, o los que eſtán dentro duermen, o no tienen por coſtumbre de abrirſe las fortalezas, haſta que el Sol eſté tendido por todo el ſuelo: deſuiaos afuera, y eſperad que aclare el dia, y entonces veremos ſi ſerà juſto, o no, que os abran. Que diablos de fortaleza, o Caſtillo es eſte, dixo vno, para obligarnos a guardar eſtas ceremonias: ſi ſoys el ventero, mádad que nos abran, que ſomos caminantes, que no queremos mas de dar cenada a nueſtras caualgaduras, y paſſar adelante, porque vamos muy de priefſa. Pareceos Caualleros que tengo yo talle de ventero, reſpondio don Quixote? No ſe de que teneys talle, reſpondio el otro, pero ſe que dezis diſparates en llamar Caſtillo a eſta venta. Caſtillo es, replico don Quixote, y aun de los mejores de toda eſta Prouincia: y gente tiene dentro, que ha tenido cetro en la mano, y corona en la cabeça. Mejor fuera al reues, dixo el cami-

nante, el cetro en la cabeça, y la corona en la mano: y ſerà, ſi a mano viene, que deue de eſtar dentro alguna compañia de repreſentantes, de los quales es tener a menudo eſſas coronas, y cetros que dezis: porque en vna venta tan pequeña, y adonde ſe guarda tanto ſilencio como eſte, no creo yo que ſe alojan perſonas dignas d corona, y cetro. Sabeys muy poco del mundo, replicò don Quixote, pues ignorays los caſos que ſuelen acontecer en la Caualleria andante. Canſauanſe los compañeros que con el preguntante venian, del coloquio que con don Quixote paſſaua, y aſsi tornaron a llamar con grande furia; y fue de modo, que el ventero deſpertò, y aun todos quantos en la vē eſtauan, y aſsi ſe leuantò a pregũtar quien llamaua. Sucedio en eſte tiempo, que vna de las caualgaduras en que venian los quatro que llama, ſe llego a oler a Rozinante, q̃ melancolico triſte, cõ las orejas caydas, ſoſtenia ſin mouer ſu eſtirado ſeñor; y como en fin era de carne, aũque parecia de leño, no pudo dexar de reſentirſe, y tornar a oler a quien le llegaua a hazer caricias: y aſsi no ſe vuo mouido tanto quãto, quando ſe deſuiaron los juntos pies de dõ Quixote, y reſualando de la ſilla, dieran con el en el ſuelo, a no quedar colgado del braço: coſa q̃ le cauſo tanto dolor, q̃ creyò, o que la muñeca le auia quitado, o q̃ el braço ſele arrãcaua, por q̃ el que-

dò

dò tan cerca del suelo, que con los estremos de las puntas de los pies besaua la tierra, que era en su perjuyzio, porque como sentia lo poco que le faltaua para poner las plantas en la tierra, fatigauase, y estirauase quanto podia, por alcançar al suelo: bien assi como los que estan en el tormento de la garrucha, puestos a toca no toca, que ellos mesmos son causa de acrecentar su dolor, con el ahinco que ponen en estirarse, engañados de la esperança que seles representa, que con poco mas que se estiren, llegarán al suelo.

CAP. XLIIII. DONDE SE PROsiguen los inauditos successos de la venta.

En efeto, fueron tantas las bozes que don Quixote dio, que abriendo de presto las puertas de la venta, salio el ventero despauorido, a ver quien tales gritos daua: y los que estauan fuera hizieron lo mesmo. Maritornes, que ya auia despertado a las misinas bozes, imaginando lo que podia ser, se fue al pajar, y desatò, sin que nadie lo viesse, el cabestro que a don Quixote sostenia, y el dio luego en el suelo, a vista del ventero, y de los caminantes, que llegando se a el le preguntaron, que tenia, que tales bozes daua? El sin responder palabra, se quitò el cordel

del de la muñeca, y leuantandose en pie, subio sobre Rozinante, embraçò su adarga, entrò su lançon, y tomando buena parte del camboluio a medio galope, diziendo: Qualquiere que dixere que yo he sido con justo titulo encantado, como mi señora la Princessa Micomicona me dè licencia para ello, yo le desmiento de rieto, y desafio a singular batalla. Admirados se quedaron los nueuos caminantes, de las palabras de don Quixote, pero el ventero los sacò de aquella admiracion, diziendoles, que de don Quixote, y que no auia que hazer caso de el, porque estaua fuera de juyzio. Preguntaron al ventero, si a caso auia llegado a aquella venta vn mochacho, de hasta edad de quinze años, que venia vestido como moço de mulas, de tales, y tales señas, dando las mesmas que traia el amante de doña Clara. El ventero respondio, que auia tanta gente en la venta, que no auia echado de ver en el que preguntauan. Pero auiendo visto vno dellos el coche donde auia venido el Oydor, dixo: Aqui dene de estar sin duda, porque este es el coche que el dizen que figue: quedese vno de nosotros a la puerta, entren los demas a buscarle: y aun seria bien, que vno de nosotros rodeasse toda la venta, porque no se fuesse por las bardas de los corrales. Assi se hara, respondio vno dellos, y entrandose los dos dentro, vno se quedò a la puerta, y el

y el otro se fue a rodear la venta: todo lo qual veía el ventero, y no sabia atinar para que se hazian aquellas diligencias, puesto que bien creyò que buscauan aquel moço, cuyas señas le huuian dado. Ya a esta sazon aclaraua el dia, y assi por esto, como por el ruydo que don Quixote auia hecho, estauan todos despiertos, y se leuantauan, especialmente doña Clara, y Dorotea, que la vna con sobresalto de tener tan cerca a su amante, y la otra con el deseo de verle, hauian podido dormir bien mal aquella noche. Don Quixote que vio que ninguno de los quatro caminantes hazian caso del, ni le respondian a su demanda, moria, y rabiaua de despecho, y saña: y si el hallara en las ordenanças de su Caualleria, que licitamente podia el Caualliero andante, tomar, y emprender otra empresa, auiendo dado su palabra, y se, de no ponerse en ninguna, hasta acabar la que auia prometido, el enuistiera con todos, y les hiziera responder mal de su grado. Pero por parecerle no conuenirle, ni estarle bien començar nueua empresa, hasta poner a Micomicona en su Reyno, huuo de callar, y estarse quedo, esperando a ver en que parauan las diligencias de aquellos caminantes: vno delos quales hallò al mismo cebo que buscaua, durmiendo al lado de vn moço de mulas, bien descuydado de que nadie, ni le buscasse, ni menos de que le hallasse. El hombre

le tirò del braço, y le dixo: Por cierto señor don Luys, que responde bien a quien vos sois el habito que teneys: y que dize muy bien la mañana en que os hallo, al regalo con que vuestra madre os crio. Limpiose el moço los soñolientos ojos, y mirò de espacio al que le tenia asido, y luego conocio que era criado de su padre, de que recibio tal sobresalto, que no acertò no pudo hablarle palabra por vn buen espacio: y el criado prosiguio, diziendo: Aqui no ay que hazer otra cosa, señor dõ Luys, sino tener paciencia, y dar la buelta a casa, si ya vuestra merced no gusta, que su padre, y mi señor la dè otro mudo, porque no se puede esperar otra cosa de la pena con que queda por vuestra ausencia. Pues como supo mi padre, dixo dõ Luys yo venia este camino, y en este traje? Vn essu criado, respondio el criado, a quien distes cuenta de vros pensamientos, fue el q̃ lo descubrio, movido a lastima, de las q̃ vio que hazia vro padre en punto que os echò menos, y assi despacho a quatro de sus criados en vra busca, y todos estamos aqui a vro seruicio, mas contentos de lo q̃ imaginar se puede, por el buen despacho con q̃ boluamos, llemando os a los ojos que tõto os quisieren. Esso serà como yo quisiere, o como el cielo lo ordenare, respodio dõ Luys. Que aueys de querer, o q̃ ha de ordenar el cielo, fuera de consentir en bolueros, porq̃ no ha de ser posible

ble otra cosa? Todas estas razones que entre los dos passauan, oyo el moço de mulas, junto a quien don Luys estaua, y leuantandose de alli, fue a dezir lo que passaua a don Fernando, y a Cardenio, y a los demas, que ya vestido se auian: a los quales dixo, como aquel hombre llamaua de don a aquel mochacho, y las razones que passauan, y como le queria boluer a casa de su padre, y el moço no queria: y cō esto, y con lo que del sabian de la buena boz que el Cielo le auia dado, vinieron todos en gran desseo de saber mas particularmente quien era, y aun de ayudarle, si alguna fuerça le quisiessen hazer, y assi se fueron hazia la parte donde aun estaua hablando, y porfiando con su criado. Salia en esto Dorotea de su aposento, y tras ella doña Clara, toda turbada: y llamando Dorotea a Cardenio a parte, le contò en breues razones la historia del musico, y de doña Clara: a quien el tambien dixo lo que passaua, de la venida a buscarle los criados de su padre, y no se lo dixo tan callando, que lo dexasse de oyr Clara, de lo que quedò tan fuera de si, que si Dorotea no llegara a tenerla, diera consigo en el suelo. Cardenio dixo a Dorotea, que se boluiessen al aposento, que el procuraria poner remedio en todo, y ellas lo hizieron. Ya estauan todos los quatro que venian a buscar a don Luys dentro de la venta, y rodeados

dos del, persuadiendole, que luego sin detenerse vn punto, boluiesse a consolar a su padre. El respondio, que en ninguna manera lo auia hazer, hasta dar fin a vn negocio en que yua la vida, la honra, y el alma. Apretaronle entonces los criados, diziendole, que en ninguna modo boluerian sin el, y que le lleuarian, quisiesse, o no quisiesse. Esto no hareys vosotros, replicò don Luys, sino es lleuādome muerto: aunque de qualquiera manera que me lleueys, serà lleuarme sin vida. Ya a esta sazon auian acudido a la porfia; todos los mas que en la venta estauan, especialmente Cardenio, don Fernando, sus camaradas, el Oydor, el Cura, el Barbero, y don Quixote, que ya le parecio que no auia necesidad de guardar mas el castillo. Cardenio, como aquel que ya sabia la historia del moço, preguntò a los que lleuarle querian, que que les mouia a querer lleuar cōtra su voluntad aquel muchacho? Mueuenos, respondio vno de los quatro, dar la vida a su padre, que por la ausencia deste caualler, queda a peligro de perderla. A esto dixo don Luys: No ay para que se de cuenta aqui de mis cosas, yo soy libre, y boluere si me diere gusto, y sino ninguno de vosotros me ha de hazer fuerça. Declarasela a V. m. la razon, respondio el hombre, y quando ella no bastare con vuestra merced, bastara con sotros para hazer a lo que veni

mos, y lo que somos obligados. Sepamos qué es esto, de rayz, dixo a este tiempo el Oydor. Pero el hombre que lo conocio, como vezino de su casa, respondio: No conoce vuestra merced señor Oydor a este Cauallero, que es el hijo de su vezino, el qual se ha ausentado de casa de su padre, en el habito tan indecente a su calidad, como vuestra merced puede ver? Mirole entonces el Oydor mas atentamente, y conociole, y abraçandole le dixo: Que niñerias son estas señor don Luys, o que causas tan poderosas, que os ayan mouido a venir desta manera, y en este trage, que dize tan mal con la calidad vuestra? Al moço se le vinieron las lagrimas a los ojos, y no pudo responder palabra al Oydor. Dixo a los quatro, que se sossegassen, que todo se haria bien; y tomando por la mano a don Luys, le apartò a vna parte, y le preguntò, que venida auia sido aquella. Y en tanto que le hazia esta, y otras preguntas, oyeron grandes bozes a la puerta de la venta, y era la causa dellas, que dos huespedes que aquella noche hauian alojado en ella, viendo a toda la gente ocupada en saber lo que los quatro buscauan, auian intentado a yrse sin pagar lo que deuian: mas el ventero que atendia mas a su negocio que a los agenos, los asio al salir de la puerta, y pidio su paga, y les afeo su mala intencion con tales palabras, que los movio a que le respondiessen con

los puños: y assi le començaron a dar tal ma que el pobre vētero tuuo necessidad de dar es, y pedir socorro. La ventera y su hija, no eron a otro mas desocupado para poder so- rrerle, que a don Quixote, a quien la hija de ventera dixo: Socorra vuestra merced, se- or Cauallero, por la virtud que Dios le dio, a i pobre padre, que dos malos hombres le está oliendo como a cibera. A lo qual respondio on Quixote muy de espacio, y con mucha fle- a: Fermosa dōzella, no ha lugar por aora vra ticiō, porque estoy impedido de entremeter e en otra auentura, en tāto que no diere cima na en que mi palabra me ha puesto: mas lo q y podre hazer por seruiros, es lo q̄ aora dirē: orred, y dezid a vro padre, que se entretenga n esta batalla lo mejor que pudiere, y que no se ete vencer en ningun modo, en tanto que yo go licencia a la Princessa Micomicona, para oder socorrerle en su cuyta; que si ella me la ziene ned por cierto que yo le sacare della. Peca ra de mi, dixo a esto Maritornes, que estaua elante: primero q̄ vuestra merced alcance essa encia que dize, estara ya mi señor en el otro undo. Dadme vos, señora, que yo alcance la li encia que digo, respondio don Quixote, que mo yo la tenga, poco hara al caso que el este el otro mundo, que de alli le sacare a pesar el mismo mundo que la contradiga: o por lo

menos, os dare tal vengança de los que alla le huuieren embiado, que quedeys mas que medianamente satisfechas. Y sin dezir mas, se fue a poner de hinojos ante Dorotea, pidiendole con palabras caualleresças, y andantesças, que la su grandeza fuesse seruida de darle licencia de acorrer, y socorrer al Castellano de aquel castillo, que estaua puesto en vna graue mengua. La Princessa se la dio de buen talante: y el luego, embraçando su adarga, y poniendo mano a su espada, acudio a la puerta de la venta, a donde aun toda via trahian los dos huespedes a mal traer al ventero: pero assi como llegò embaçò, y se estuuo quedo, aunque Maritornes, y la ventera, le dezian, que en que se detenia, q̃ socorriesse a su señor, y marido. Detengome, dixo don Quixote, porque no me es licito poner mano a la espada contra gẽte escuderil: pero llamadme aqui a mi escudero Sancho, que a el toca, y atañe esta defensa, y vengança. Esto passaua en la puerta de la venta, y en ella andauan las puñadas, y mo xicones muy en su punto, todo en daño del triste ventero, y en rabia de Maritornes, la ventera, y su hija, que se desesperauan de ver la cobardia de don Quixote, y de lo mal que lo passaua su marido, señor, y padre. Pero dexemosle aqui, que no faltara quien le socorra, o sino sufra, y calle el que se atreue a mas de a lo que sus fuerças le prometen,

ten, y boluamos atras cincuenta passos, a ver que fue lo que don Luys respondio al Oydor, que le dexamos a parte, preguntandole la causa de su venida a pie, y de tan vil trage vestido: a lo qual el moço, asiendole fuertemente de las manos, como en señal de que algun gran dolor le apretaua el coraçon, y derramando lagrimas en grande abundancia, le dixo: Señor mio, yo no se deziros otra cosa, sino que desde el punto que quiso el cielo, y facilitò nuestra vezindad, que yo viesse a mi señora doña Clara, hija vuestra, y señora mia, desde aquel instante la hize dueño de mi voluntad: y si la vuestra, verdadero señor, y padre mio, no lo impide, en este mesmo dia ha de ser mi esposa. Por ella dexe la casa de mi padre, y por ella me puse en este trage, para seruirla, donde quiera que fuesse, como la saeta al blanco, o como el marinero al Norte. Ella no sabe de mis desseos, mas de lo que ha podido entender de algunas vezes que desde lexos ha visto llorar mis ojos. Ya señor sabeys la riqueza, y la nobleza de mis padres, y como yo soy su vnico heredero: si os parece q̃ estas son partes para que os aueturey s a hazerme en todo venturoso, recebidme luego por vuestro hijo: que si mi padre, lleuado de sus disignos suyos, no gustare deste bien que yo supe buscarme, mas fuerça tiene el tiempo para deshazer, y mudar las cosas, que las hu-

manas voluntades. Callò en diziendo esto el enamorado mãcebo, y el Oydor quedò en oyrle suspenso, confuso, y admirado, assi de hauer oydo el modo y la discrecion con que dó Luys le auia descubierto su pensamiento, como de verse en pũto que no sabia el que poder tomar en tan repentino, y no esperado negocio: y assi no respondio otra cosa, sino q̃ se sosiegasse por entonces, y entretuuiesse a sus criados, que por aquel dia no le boluiessen, porque se tuuiesse tiempo para considerar lo que mejor a todos estuuiesse. Besole las manos por fuerça don Luys, y aun se las baño con lagrimas, cosa que pudiera enternecer vn coraçon de marmol, no solo el del Oydor, que como discreto ya hauia conocido quan bien le estaua a su hija aquel matrimonio: puesto que si fuera posible, lo quisiera efetuar con voluntad del padre de don Luys, del qual sabia, que pretendia hazer de titulo a su hijo. Y a esta sazon estauan en paz los huespedes con el ventero, pues por persuasion y buenas razones de dó Quixote, mas que por amenazas, le auian pagado todo lo que el quiso; y los criados de don Luys aguardauan el fin de la platica del Oydor, y la resolucion de su amo, quando el demonio que no duerme, ordenò q̃ en aquel mesmo pũto entrò en la venta el Barbero, a quien don Quixote quitò el yelmo de Mambrino, y Sancho Pança los aparejos del asno

to que trocò con los del suyo: el qual Barbero quando su jumento a la caualleriza, vio a Sancho Pança que estaua adereçando no se que de la albarda; y assi como la vio, la conocio, y se atreuio a arremeter a Sancho, diziendo: A don ladron, que aqui os tengo, venga mi vazia, y mi albarda con todos mis aparejos que me robastes. Sancho que se vio acometer tan de improuiso, y oyo los vituperios que le dezian, con la vna mano asio de la albarda, y có la otra dio vn boxicon al Barbero, que le baño los dientes en sangre: pero no por esto dexò el Barbero la presa que tenia hecha en el albarda, antes alçò a boz de tal manera, que todos los de la venta acudieron al ruydo, y pendencia, y dezia: Aqui del Rey, y de la justicia, que sobre cobrar mi hazienda, me quiere matar este grandissimo ladron salteador de caminos. Mentis, respondio Sancho, que yo no soy salteador de caminos, q̃ en buena guerra ganò mi señor don Quixote estos despojos. Ya estaua don Quixote delante con mucho cõtento de ver quan bien se defendia, y ofendia su Escudero; y tuuole desde alli adelante por hõbre de pro, y propuso en su coraçon de armarle Caualiero en la primera ocasion que se le ofreciesse, por parecerle que seria bien empleada la orden de la Caualleria. Entre otras cosas q̃ el Barbero dezia en el discurso de la pẽdencia, vino a dezir: Señores, assi

esta albarda es mia, como la muerte que dexo a Dios, y assi la conozco, como si la huuiera parido, y ahi está mi asno en el establo, que no me dexara mentir, sino prueuensela, y sino le viniere pintiparada, yo quedaré por infame: y ay mas, que el mismo dia que ella se me quitó, me quitaron tambien vna bazia de açofar nueua que no se auia estrenado, que era señora de vn escudo. Aqui no se pudo contener don Quixote sin responder, y poniendose entre los dos, y apartandoles, depositando la albarda en el suelo, que la tuuiesse de manifiesto hasta que la verdad se aclarasse, dixo: Porque vean vuestras mercedes clara, y manifiestamente el grande error en que está este buen escudero, pues llama bazia a lo que fue, es, y será yelmo de Mambrino, el qual se le quité yo en buena guerra, y me hize señor del con ligitima y licita possession: en lo del albarda no me entremeto, que lo que en ello sabre dezir, es, que mi escudero Sancho Pança me pidio licencia para quitar los jaezes del caballo deste vencido cobarde, y con ellos adornar el suyo, yo se la di, y el los tomó, y de auerse conuertido de jaez en albarda, no sabre dar otra razon, sino es la ordinaria, que como essas transformaciones se veen en los sucessos de la caualleria andantesca: para confirmacion de lo qual corre Sancho hijo mio, y saca aqui con presteza delante de todos estos ca-

balleros el yelmo que este buen hombre dize ser bazia. Pardiez señor, dixo Sancho, sino tenemos otra prueua de nuestra intencion, que a que vuestra merced dize, tan bazia es el yelmo de Mambrino, como el jaez deste buen hõbre albarda. Haz lo que te mando replicó don Quixote, que no todas las cosas deste castillo an de ser ordinariamente guiadas por encantamento. Sancho fue a do estaua la bazia, o yelmo de Mambrino, como su amo dezia, y la tuuo, y assi como don Quixote la vio, la tomó en las manos, y dixo: Miren las vuestras mercedes señores mios, con que cara podia dezir este escudero que esta es bazia, y no el yelmo de Mambrino que yo he dicho: y juro por el orden de caualleria andante que professo, que esse yelmo fue el mismo que yo le quité, sin auer añadido en el, ni quitado de ninguna suerte cosa alguna. En esso no ay duda, dixo a esta razon Sancho Pança, porque desde que mi señor le ganó hasta agora, no ha hecho con el mas de vna batalla, que fue quando libró a los sin ventura encadenados, y sino fuera por este yelmo bazi no lo passara entonces muy bien, porque huuo assaz de piedradas alli en aquel trance.

CAP. XLV. DONDE SE ACABA de aueriguar la duda del yelmo de Mambrino, y de la albarda, y otras auenturas sucedidas, con toda verdad.

QVE les parece a vuestras mercedes señores, dixo el Barbero, de lo que afirman estos gentiles hóbres, pues aun porfian que esta no es bazia, sino yelmo? Y quien lo cótrario dixere, dixo don Quixote, le hare yo conocer que miente si fuere cauallero; y si escudero, que remiente mil vezes. Nuestro Barbero que a todo estaua presente, como tenia tan bien conocido el humor de don Quixote, quiso esforçar su desatino, y lleuar adelante la burla, para que todos riessen: y y dixo hablando con el otro Barbero: Señor Barbero, o quien soys, sabed que yo tambien soy de vuestro oficio, y tengo mas ha de veynte años carta de examen: y conozco muy bien de todos los instrumentos de la barberia, sin que le falte vno: y ni mas ni menos fuy vn tiempo en mi mocedad soldado, y se tambien que es yelmo, y que es morrion, y celada de encaxe, y otras cosas tocantes a la milicia, digo a los generos de armas de los soldados: y digo saluo mejor parecer, remitiendome siempre al mejor entendimiento, que esta pieça que esta aqui delante, y que este buen señor tiene

tiene en las manos, no solo no es bazia de Barbero, pero está tan lexos de serlo, como está lexos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira: tambien digo, que este aunque es yelmo, no es yelmo entero. No por cierto, dixo don Quixote, porque le falta la mitad que es la babera. Assi es, dixo el Cura, que ya auia entendido la intencion de su amigo el Barbero, y lo mismo confirmò Cardenio, don Fernando, y sus camaradas: y aun el Oydor, sino estuuiera tan pensatiuo con el negocio de don Luys, ayudara por su parte a la burla: pero las veras de lo que pensaua le tenian tan suspenso, que poco o nada atendia a aquellos donayres. Valame Dios, dixo a esta sazon el Barbero burlado, que es posible, que tanta gente honrada diga, y afirme que esta no es bazia, sino yelmo: cosa parece esta que puede poner en admiracion a toda vna Vniuersidad por discreta que sea. Basta si es que esta bazia es yelmo, tambien deue de ser esta albarda jaez de cauallo, como este señor ha dicho? A mi albarda me parece, dixo don Quixote, pero ya he dicho otra vez que en esto no me entremeto de que sea albarda, o jaez. Dixo el Cura; no está en mas de dezirlo el señor dõ Quixote, que en estas cosas de la caualleria todos estos señores, y yo le damos la ventaja. Por Dios señores mios, dixo dõ Quixote, que son tantas, y tan estrañas las cosas q̃ en este casti-

castillo, en dos vezes que en el he alojado, me han sucedido, que no me atreua a dezir afirmatiuamente ninguna cosa de lo que a cerca de lo que en el se contiene se pregũtare, porque imagino q̃ quanto en el se trata va por via de encantamento: la primera vez me fatigò mucho vn Moro encantado que en el ay, y a Sancho no le fue muy bien con otros sus sequaces, y a noche estuue colgado deste braço casi dos horas, sin saber como, ni como no, vine a caer en aquella desgracia. Assi que ponerme yo agora en cosa de tanta confusion a dar mi parecer, serà caer en juyzio temerario: en lo que toca a lo que dizen que esta es bazia, y no yelmo, ya yo tengo respondido: pero en lo declarar, si essa es albarda, o jaez, no me atreuo a dar sentencia difinitiua, solo lo dexo al buen parecer de vuestras mercedes, quiça por no ser armados caualleros como yo lo soy, no tendran que ver con vuestras mercedes los encantamentos deste lugar, y tendran los entendimientos libres, y podran juzgar de las cosas deste castillo como ellas son, real y verdaderamente, y no como a mi me parecian. No ay duda, respondio a esto don Fernando, sino que el señor don Quixote ha dicho muy bien oy, que a nosotros toca la difinicion deste caso: y porque vaya con mas fundamento, yo tomaré en secreto los votos destos señores, y de lo que resultare daré entera, y

y clara noticia. Para aquellos que la tenian del humor de don Quixote, era todo esto materia de grandissima risa: pero para los que la ignorauan les parecia el mayor disparate del mundo, especialmente a los quatro criados de don Luis, y a don Luys ni mas ni menos, y a otros tres passageros que a caso auian llegado a la venta que tenian parecer de ser quadrilleros, como en efeto lo eran: pero el que mas se desesperaua era el Barbero, cuya bazia alli delante de sus ojos se la hauian buelto en yelmo de Mambrino, y cuya albarda pensaua sin duda alguna, que se le hauia de boluer en jaez rico de caballo, y los vnos, y los otros se reyan de ver como andaua don Fernando tomando los votos de vnos en otros, hablandolos al oydo, para que en secreto declarassen, si era albarda, o jaez aquella joya, sobre quien tanto se auia pensado: y despues que huuo tomado los votos de aquellos que a don Quixote conocian, dixo en alta voz: El caso es, buen hombre, que a mi yo estoy cansado de tomar tantos pareceres, porque veo que a ninguno pregũto lo que deseo saber, que no me diga que es disparate el dezir que esta sea albarda de jumento, sino jaez de caballo, y aun de caballo castizo, y assi hareys de tener paciencia, porque a vuestro pesar, y al de vuestro asno, este es jaez, y no albarda, y vos haueys alegado, y prouado muy

mal

mal de vuestra parte. No la tenga yo en el cielo, dixo el sobre Barbero, si todos vuestras mercedes señores mios no se engañan, y que assi parezca mi anima ante Dios, como ella me parece a mi albarda, y no jaez: pero alla van leyes, &c. y no digo mas: y en verdad que no estoy borracho, que no me he desayunado, si de pecar no. No menos causauan risa las necedades que dezia el Barbero, que los disparates de don Quixote, el qual a esta sazon dixo: Aqui no ay mas que hazer, sino que cada vno tome lo que es suyo, y a quien Dios se la dio, san Pedro se la bendiga. Vno de los quatro criados de don Luys dixo: Si ya no es que esto sea burla pensada, no me puedo persuadir que hombres de tan buen entendimiento como son, o parecen todos los que aqui estan, se atreuan a dezir con tantas veras, que esta no es bazia, ni aquella albarda, mas como veo que lo afirman, y lo dizen, me doy a entender que no carece de mysterio el porfiar vna cosa tan contraria de lo que nos muestra la misma verdad, y la misma experiencia: porque voto a tal, y arrojòle redondo, que no me den a mi a entender quantos oy viuen en el mundo al reues, de que esta no sea bazia de Barbero, y esta albarda de asno. Bien podria ser de borrica, dixo el Cura. Tanto monta, respondio el criado, que el caso no consiste en esso, sino en si es, o no es albarda, como

uestras mercedes dizen. Oyendo esto uno de los quadrilleros que auian entrado, que auia oydo la pendencia, y quistion, lleno de colera, y de enfado, dixo: Tan albarda es como mi padre, y el que otra cosa ha dicho, o dixere, debe de estar hecho vna vua. Mentis, como vellaco villano, respondio don Quixote, y alçando el lançon, que nunca le dexaua de las manos, le iua a descargar tal golpe sobre la cabeça, que a no desuiarse el quadrillero se le dexara alli tendido: el lançon se hizo pedaços en el suelo, y los demas quadrilleros que vieron tratar mal a su compañero, alçaron la voz pidiendo fauor a la santa Hermandad. El ventero que era de la quadrilla, entrò al punto por su varilla, y por su espada, y se puso al lado de sus compañeros: los criados de don Luys rodearon a don Luys, porque con el aboroto no se les fuesse. El Barbero viendo la casa rebuelta, tornò a asir de su albarda, y lo mismo hizo Sancho. Don Quixote puso mano a su espada, y arremetio a los quadrilleros, dò Luys daua vozes a sus criados que le dexassen a el, y acorriessen a don Quixote, y a Cardenio, y a don Fernando, que todos fauorecian a don Quixote. El Cura daua vozes: la ventera gritaua, su hija se afligia, Maritornes lloraua, Dorotea estaua confusa, Luscinda suspensa, y doña Clara desmayada. El Barbero apoderaua a Sancho, Sancho molia al Barbero: don

Luys,

Luys, a quien vn criado suyo se le atreuio a asirle del braço, porque no se fuesse, le dio vna puñada, que le bañó los dientes en sangre: el Oydor le defendia, don Fernando tenia debaxo de sus pies a vn quadrillero, midiendole el cuerpo con ellos muy a su sabor. El ventero tornó a reforçar la voz, pidiendo socorro, y fauor a la santa Hermandad: de modo que toda la venta era llantos, vozes, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, moxicones, palos, cozes, y efusion de sangre: y en la mitad deste caos, maquina, y laberinto de cosas, se le representó en la memoria de don Quixote, que se veh ia metido de hoz, y de coz en la discordia del campo de Agramante: y assi dixo con voz que atronaua toda la venta. Téganse todos, todos embaynen, todos se sosieguen, oyganme todos, si todos quieren quedar con vida. A cuya gran voz todos se pararon, y el prosiguio, diziendo: No os acordays que os dixe yo señores que este castillo era encantado, y que alguna grandissima region de Demonios deue sin duda de habitar en el, en confirmacion de lo qual quiero que veays por vuestros ojos como se ha passado aqui, y trasladado entre nosotros la discordia del campo de Agramante: mirad señores como alli se pelea por la espada, aqui por el cauallo, acullá por el aguila, aca por el yelmo, y todos peleamos y to-

todos no nos entendemos: venga pues vuestra merced señor Oydor, y vuestra merced señor Cura, y el vno sirua de Rey Agramante, y el otro de Rey Sobrino, y ponganos en paz, porque por Dios todo poderoso, que es gran bellaqueria que tanta gente principal como aqui estamos se mate por causas tã liuianas: los quadrilleros que no entendian el frasis de dõ Quixote, y se veian malparados de don Fernãdo, Cardenio y sus camaradas, no querian sosegarse, el Barbero si, porque en la pendencia auia deshechas las barbas, y el albarda: Sãcho a la mas minima boz de su amo obedeciò, como buen criado: los quatro criados de don Luis, tambien se estuuierõ quedos, viendo quán poco les yua en no estarlo, solo el vẽtero porfiaua que se auian de castigar las insolencias de aquel loco, que a cada passo le alborotaua la venta: finalmente el rumor se apaziguò por momẽtos, la albarda se quedò por jaez hasta el fin del juyzio, y la vazia por yelmo, y la venta por castillo en la imaginacion de don Quixote. Puestos pues ya en sossiego, y hechos amigos todos, a persuasion del Oydor, y del Cura, boluierõ los criados de don Luis a porfiar que al momento se viniesse con ellos: y en tanto que el cõ ellos se auenia, el Oydor comunicò con don Fernando, Cardenio, y el Cura lo que deuia hazer en aquel caso, contandoseles

seles con las razones que don Luis le auia dicho, en fin fue acordado, que don Fernando dixesse a los criados de don Luis quien el era, y como era su gusto que don Luis se fuesse cò el al Andaluzia, donde de su hermano el Marques seria estimado como el valor de dò Luis merecia, porque desta manera se sabia dela intencion de don Luis que no bolueria por aquella vez a los ojos de su padre si le hiziessen pedaços. Entendida pues de los quatro la calidad de don Fernando, y la intencion de dò Luis, determinaron entre ellos, que los tres se boluiessen a contar lo que passaua a su padre, y el otro se quedasse a seruir a don Luis, y a no dexalle, hasta que ellos boluiessen por el, o viessen lo que su padre les ordenaua: desta manera se apaziguò aquella machina de pendencias, por la autoridad de Agramante, y prudencia del Rey Sobrino: pero viendose el enemigo de la concordia, y el emulo de la paz, menospreciado, y burlado, y el poco fruto que auia grãgeado de auerlos puesto a todos en tan confuso laberinto, acordò de procuar otra vez la mano, resucitando nueuas pendencias y desasosiegos. Es pues el caso, q̃ los quadrilleros se sossegaron por auer entendido la calidad de los q̃ con ellos se auian combatido, y se retiraron de la pendencia por parecerles q̃ de qualquiera manera q̃ sucediesse, auian

ian de llenar so peor de la batalla: pero vno ellos que fue el q̃ fue molido, y pateado por on Fernando, le vino a la memoria, q̃ entre gunos mandamientos que traia para prender a algunos delinquentes, traia vno contra on Quixote, a quien la santa Hermandad amandado prender, por la libertad que dio los galeotes, y como Sancho con mucha raon auia temido: imaginando pues esto, quiscertificarse si las senas que de don Quixote traia veniã bien: y sacando del seno vn pergamino, topò con el que buscaua, y poniendosele a leer de espacio, porque no era buen lector, a cada palabra que leia ponia los ojos don Quixote, y yua cotejãdo las señas del andamiento con el rostro de don Quixote, hallò que sin duda alguna era el que el mandamiẽto rezaua, y apenas se huuo certificado, ando recogiẽdo su pergamino, y quiçà todo el mãdamiento, y con la derecha asio a dõ ixote del cuello fuertemẽte q̃ no le dexaua ntar, y a grãdes bozes dezia: Fauor a la san Hermãdad, y para q̃ se vea q̃ lo pido de ve, lease este mandamiẽto donde se cõtiene q̃ preda a este salteador de caminos. Tomò el andamiẽto el Cura, y vio como era verdad ẽto el quadrillero dezia, y como conuenia on las senas cõ don Quixote, el qual viendo tratar mal de aquel villano Maladrin, pues-

ta la colera en su pũto, y cruxiendole los hues sos de su cuerpo, como mejor pudo, el asio al quadrillero con entrãbas manos dela garganta, q̃ a no ser socorrido de sus cõpañeros, alli dexara lavida antes q̃ don Quixote la presa. El ventero q̃ por fuerça auia de fauorecer a los de su oficio, acudio luego a dalles fauor. La vẽtera que vio de nueuo a su marido en pendẽdencias, de nueuo alçò la boz, cuyo tenor le llenaron luego, Maritornes, y su hija, pidiendo fauor al Cielo, y a los que alli estauan. Sãcho dixo viendo lo que passaua: Viue el Señor que es verdad quanto mi amo dize de los encantos deste castillo, pues no es posible viuir vna hora con quietud en el. Don Fernando despartio al quadrillero, y a don Quixote, y con gusto de entrambos les desenclauijò las manos, que el vno en el collar del sayo del vno, y el otro en la garganta del otro bien asidas tenian: pero no por esto cessauan los quadrilleros de pedir su preso, y que les ayudassen a darsele atado, y entregado a toda su voluntad, porq̃ assi cõuenia al seruicio del Rey, y de la santa Hermandad, de cuya parte, de nueuo les pedian socorro y fauor, para hazer aquella prision de aquel robador, y salteador de sendas, y de carreras. Reiase de oyr dezir estas razones don Quixote, y con mucho sossiego, dixo: Venid aca gente soez, y mal nacida,

da, saltear de caminos llamays al dar libertad a los encadenados, soltar los presos, acorrer a los miserables, alçar los caydos, remediar los menesterosos? A gẽte infame, digna por vuestro baxo y vil entendimiento, que el Cielo no os comunique el valor que se encierra a la caualleria andante, ni os dè a entender el pecado, e ignorancia en que estays, en no reuerenciar la sombra, quanto mas la assistencia de qualquier cauallero andãte. Venid aca ladrones en quadrilla, que no quadrilleros, salteadores de caminos, con licencia de la santa Hermandad, dezidme quien fue el ignorante que firmò mandamiento de prision contra vn tal cauallero como yo soy? Quien el que ignoro que son essentos de todo judicial fuero los caualleros andantes? Y q̃ su ley es espada, sus fueros, sus brios, sus prematicas, su voluntad? Quien fue el mentecato, bueluo a dezir, q̃ no sabe que no ay secutoria de hidalgo con tantas preeminencias, ni essenciones como la que adquiere vn cauallero andante el dia que se arma cauallero, y se entrega al duro exercicio de la caualleria? Que cauallero andante pagò pecho, alcauala, chapin de la Reyna, moneda forera, portazgo, ni barca? Que sastre le lleuò hechura de vestido que le hiziesse? Que Castellano le acogiò en su castillo que le hiziesse pagar el escote? Que Rey no le assentò a su mesa?

Que Donzella no se le aficionò, y se le entregò rendida a todo su talante, y voluntad? Y finalmente, que Cauallero andante ha auido, ay, ni aura en el mundo, que no tenga brios para dar el solo quatrocientos palos a quatrocientos quadrilleros que se le pongan delante?

CAPIT. XLVI. DE LA NOTABLE auentura de los quadrilleros, y la gran ferocidad de nuestro buen Cauallero don Quixote.

EN tanto que don Quixote esto dezia, estaua persuadiẽdo el Cura a los quadrilleros como don Quixote era falto de juyzio, como lo veian por sus obras, y por sus palabras, y que no tenian para que lleuar aquel negocio adelante: pues aũ que le prendiessen, y lleuassen, luego le auiã de dexar por loco; a lo que respondio el del mãdamiento: Que a el no tocaua juzgar de la locura de don Quixote, sino hazer lo que por su mayor le era mandado, y que vna vez preso, siquiera le soltassen trecietas. Con todo esso, dixo el Cura, por esta vez no le aueys de lleuar, ni aun el dexarà lleuarse, a lo q̃ yo entiẽdo; en efeto tanto les supo el Cura dezir, y tãtas locuras supo don Quixote hazer, q̃ mas los cos

tos fueran que no el los quadrilleros, sino conocieran la falta de don Quixote, y assi tuuieron por bien de apaziguarse, y aun de ser medianeros de hazer las pazes entre el Barbero y Sancho Pãça, q̃ toda via assistiã con gran rãcor a su pendencia: finalmẽte ellos como miẽbros de justicia mediarõ la causa, y fueron arbitros della, de tal modo, q̃ ambas partes quedaron, si no del todo cõtentas, alomenos en algo satisfechas, porq̃ se trocaron las albardas, y no las cinchas, y xaquimas. Y en lo q̃ tocaua a lo del yelmo de Mãbrino, el Cura a socapa, y sin q̃ don Quixote lo entendiesse, le dio por la bacia ocho reales, y el Barbero le hizo vna cedula del recibo, y de no llamarse a engaño por entonces, ni por siẽpre jamas, Amen. Sossegadas pues estas dos pendencias, q̃ eran las mas principales, y de mas tomo, restaua q̃ los criados de don Luis se cõtentassen de boluer los tres, y q̃ el vno quedasse para acõpañarle dõde don Fernãdo le queria lleuar: y como ya la buena suerte, y mejor fortuna auia comẽçado a rõper lãças, y a facilitar dificultades en saber de los amãtes dela venta, y de los valientes della, quiso lleuarlo al cabo, y dar a todo felice sucesso, porq̃ los criados se contẽtaron de quanto don Luis queria, de q̃ recibio tanto contento doña Clara, que ninguno en aquella sazon la mirara al rostro que no conociera el re-

el regozijo de su alma. Zorayda, aunque no entendia bié todos los sucessos que auia visto se entristecia, y alegraua a bulto cõforme veía, y notaua los semblantes a cada vno, especialmente de su Español, en quien tenia siempre puestos los ojos, y traia colgada el alma. El ventero, a quien se le pagò por alto la dadiua, y recompensa que el Cura auia hecho al Barbero, pidio el escote de don Quixote, con el menoscabo de sus cueros, y falta de vino, jurando que no saldria de la venta Rozinante, ni el jumento de Sancho, sin que se le pagasse primero, hasta el vltimo ardite. Todo lo apaziguò el Cura, y lo pagò don Fernando, puesto que el Oydor de muy buena voluntad auia tãbien ofrecido la paga, y de tal manera quedaron todos en paz, y sossiego, q̃ ya no parecia la venta la discordia del campo de Agramante, como don Quixote auia dicho, sino la misma paz, y quietud del tiempo de Otaviano: de todo lo qual fue comun opinion, que se deuian dar las gracias a la buena intenció, y mucha eloquencia del señor Cura, y a la incomparable liberalidad de don Fernãdo. Viéndose pues don Quixote libre, y desembaraçado de tantas pendencias, assi de su escudero, como suyas, se parecio que seria bié seguir su começado viaje, y dar fin a aquella grãde auẽtura paraq̃ auia sido llamado, y escogido: y assi con

con resoluta determinaciòn se fue a poner de hinojos ante Dorotea, la qual no le consintio que hablasse palabra hasta que se leuantasse, y por obedecella se puso en pie, y le dixo: Es comun Prouerbio, fermosa señora, que la diligencia es madre de la buena ventura, y en muchas, y graues cosas ha mostrado la experiencia, que la solicitud del negociante trae a buẽ fin el pleyto dudoso, pero en ningunas cosas se muestra mas esta verdad, q̃ en las de la guerra, a donde la celeridad, y presteza preuiene los discursos del enemigo, y alcança la victoria antes que el contrario se ponga en defensa. Todo esto digo alta, y preciosa señora, porque me parece, q̃ la estada nuestra en este castillo, ya es sin prouecho, y podria sernos de mucho daño, que lo echassemos de ver algũ dia, porque quien sabe si por ocultas espias, y diligentes aura sabido ya nuestro enemigo el gigante de que yo voy a destruylle, y dando le lugar el tiempo, se fortificasse en algun inexpugnable castillo, o fortaleza, contra quien valiessen poco mis diligencias, y la fuerça de mi incansable braço: assi que señora mia, preuengamos, como tengo dicho, con nuestras diligencias sus designios, y partamonos luego a buena vẽtura, q̃ no està mas de tener la vuestra grãdeza, como dessea, de quanto yo tarde en verme con vuestro cõtrario. Callò, y no dixo mas

xo mas don Quixote,y esperò con mucho sof siego la respuesta de la fermosa Infanta, la qual con ademan señoril, y acomodado al esti lo de don Quixote, le respondio desta mane ra: Yo os agradezco señor cauallero el desseo q̃ mostrays tener de fauorecerme en mi gran cuyta,bié assi como cauallero,a quien es anexo,y concerniente fauorecer los huerfanos, y menesterosos:y quiera el Cielo q̃ el vuestro,y mi desseo se cũplan,para que veays q̃ ay agra decidas mugeres enel mũdo:y en lo de mi par tida sea luego,q̃ yo no tengo mas voluntad q̃ la vuestra, disponed vos de mi a toda vuestra guisa y talante, que la q̃ vna vez os entregò la defensa de su persona,y puso en vuestras ma nos la restauracion de sus señorios, no ha de querer yr contra lo que la vuestra prudencia ordenare. A la mano de Dios,dixo don Qui xote, pues assi es,q̃ vna señora se me humilla, no quiero yo perder la ocasion de leuantal la,y ponella en su heredado trono:la partida sea luego, porque me va poniendo espuelas el desseo, y el camino , lo que suele dezirse que en la tardança està el peligro : y pues no ha criado el Cielo, ni visto el infierno ninguno que me espante,ni acobarde, ensilla Sancho a Rozinante , y apareja tu jumento , y el palafren de la Reyna, y despidamonos del Caste llano,y destos señores,y vamos de aqui luego al

al punto.Sancho,que a todo estaua presente, dixo, meneando la cabeça a vna parte, y a o tra: Ay señor,señor, y como ay mas mal en el aldehuela que se suena,con perdon sea dicho de las tocas honradas.Que mal puede auer en ninguna aldea,ni en todas las ciudades del mũ do, que pueda sonarse en menoscabo mio,vi llano ? Si vuestra merced se enoja, respondio Sancho,yo callarè, y dexarè de dezir lo q̃ soy obligado como buen escudero , y como deue vn buen criado dezir a su señor. Di lo que qui eres,replicò donQuixote,como tus palabras no se encaminẽ a ponerme miedo:que si tu le tienes,hazes como quien eres:y si yo no le tẽ go,hago como quien soy.No es esso,pecador soy yo a Dios,respondio Sancho,sino que yo tengo por cierto y por aueriguado, que esta señora que se dize ser Reyna del gran Reyno Micomicon,no lo es mas que mi madre, porq̃ a ser lo que ella dize,no se anduuiera hocican do con alguno de los que estan en la rueda a buelta de cabeça,y a cada traspuesta . Parose colorada con las razones de Sãcho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernan do alguna vez a hurto de otros ojos,auia co gido con los labios parte del premio q̃ mere cian sus desseos . Lo qual auia visto Sancho, y pareciendole que aquella desemboltura , mas era de dama cortesana,q̃ de Reyna de tan grã

Rey-

Reyno. Y no pudo, ni quiso responder palabra a Sancho, sino dexole proseguir en su plática, y el fue diziẽdo: Esto digo señor, porque si al cabo de auer andado caminos y carreras, y passado malas noches, y peores dias, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos, el que se está holgando en esta venta, no ay para que darme priessa a que ensille a Rozinante, albarde el jumento, y aderece el palafren, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos. O válame Dios, y quan grãde q̃ fue el enojo q̃ recibio don Quixote, oyendo las descompuestas palabras de su escudero. Digo que fue tanto, que con boz atropellada, y tartamuda lengua, lançando vino fuego por los ojos, dixo: O vellaco, villano, mal mirado, descompuesto, è ignorante, infacundo, deslenguado, atreuido, murmurador, y maldiziente, tales palabras has osado dezir en mi presencia, y en la destas inclitas señoras? Y tales deshonestidades y atreuimientos, osaste poner en tu confusa imaginacion? Vete de mi presencia, mõstruo de naturaleza, depositario de mentiras, almario de embustes, silo de vellaquerias, inuentor de maldades, publicador de sandezes, enemigo del decoro q̃ se deue a las Reales personas. Vete, no parezcas delante de mi, so pena de mi yra: y diziendo esto, enarcò las cejas, hinchò los carrillos, mirò

mirò a todas partes, y dio con el pie derecho vna gran patada en el suelo, señales todos de la yra que encerraua en sus entrañas. A cuyas palabras, y furibundos ademanes, quedò Sancho tan encogido, y medroso, que se holgara q̃ en aquel instante se abriera debaxo de sus pies la tierra, y le tragara. Y no supo que hazerse: sino boluer las espaldas, y quitarse de la enojada presencia de su señor. Pero la discreta Dorotea, que tan entẽdido tenia ya el humor de don Quixote, dixo, para templarle la yra: No os despecheys, señor cauallero de la triste Figura, de las sandezes que vuestro buen escudero ha dicho, porq̃ quiça no las deue de dezir sin ocasion, ni de su buen entendimiẽto, y christiana conciencia, se puede sospechar que le-uante testimonio a nadie: y assi se ha de creer sin poner duda en ello, que como en este castillo, segun vos señor cauallero dezis, todas las cosas van y suceden por modo de encantamẽto, podria ser, digo, que Sancho huuiesse visto por esta diabolica via, lo que el dize que vio, tan en ofensa de mi honestidad. Por el omnipotente Dios juro, dixo a esta sazon don Quixote, que la vuestra grandeza ha dado en el punto, y que alguna mala vision se le puso delante a este pecador de Sancho, que le hizo ver lo que fuera imposible verse de otro modo, que por el de encantos no fuera, que se yo bien

bien de la bondad, è inocencia deste desdicha
do, que no sabe leuantar testimonios a nadie.
Assi es, y assi serà, dixo don Fernando, por lo
qual deue vuestra merced señor don Quixo-
te, perdonalle, y reduzille al gremio de su gra-
cia, *sicut erat in principio*, antes que las tales vi-
siones le sacassen de juyzio. Don Quixote res-
pondio, q̃ el le perdonaua, y el Cura fue por
Sancho, el qual vino muy humilde, y hincádo-
se de rodillas, pidio la mano a su amo, y el se
la dio, y despues de auersela dexado besar, le
echò la bendicion, diziendo: Agora acabaras
de conocer, Sancho hijo, ser verdad lo que yo
otras muchas vezes te he dicho, de que todas
las cosas deste castillo son hechas por via de
encantamento. Assi lo creo yo, dixo Sancho,
excepto aquello de la manta, que realmente
sucedio por via ordinaria. No lo creas, respó-
dio don Quixote, que si assi fuera, yo te ven-
gara entonces, y aun agora. Pero ni entonces,
ni agora, pude, ni vi, en quien tomar vengan-
ça de tu agrauio. Dessearon saber todos, que
era aquello de la manta, y el ventero lo con-
tò punto por punto, la bolateria de Sancho
Pança, de que no poco se rieron todos. Y de
que no menos se corriera Sancho, si de nueuo
no le asségurara su amo, que era encantamen-
to. Puesto que jamas llegò la sandez de Sancho
a tanto, que creyesse no ser verdad pura, y
aueri-

eriguada, sin mezcla d̃ engaño alguno, lo d̃
er sido manteado por personas de carne, y
esso, y no por fantasmas soñadas, ni imagi-
adas, como su señor lo creia, y lo afirmaua.
os dias eran ya passados los que auia q̃ to-
a aquella ilustre compañia estaua en la ven-
y, pareciendoles que ya era tiempo de par-
ir, dieron orden para que sin ponerse al tra
jo de boluer Dorotea y don Fernando có
on Quixote a su aldea, con la inuencion de
libertad dela Reyna Micomicona, pudiessen
Cura, y el Barbero lleuarsele como desséa-
an, y procurar la cura de su locura, en su tier
. Y lo que ordenaron, fue, que se concerta-
n con vn carretero de bueyes, que a caso a-
rtò a passar por alli, para que lo lleuasse, en
ta forma. Hizieron vna como jaula, de palos
rejados, capaz, q̃ pudiesse en ella caber hol-
adamente don Quixote. Y luego don Fernan
o, y sus camaradas, cõ los criados de dõ Luis,
los quadrilleros, juntamẽte con el ventero,
odos por ordẽ, y parecer del Cura, se cubrie-
on los rostros, y se disfraçaron, quien de vna
anera, y quiẽ de otra: de modo, q̃ a don Qui
ote le pareciesse ser otra gente, de la q̃ en a-
uel castillo auia visto. Hecho esto cõ grandis-
mo silencio se entraró a donde el estaua dur
miẽdo, y descãsando de las passadas refriegas.
Llegaronse a el, q̃ libre, y seguro de tal acon-

teci-

recimiento dormia, y asiendole fuertemente, le ataron muy bié las manos y los pies: de modo, que quando el despertò cō sobresalto, no pudo menearse, ni hazer otra cosa; mas que admirarse, y suspenderse, de ver delante de si tā estraños visages. Y luego dio en la cuenta, de lo que su continua y desuariada imaginacion le representaua, y se creyò, que todas aquellas figuras eran fantasmas de aquel encantado castillo, y que sin duda alguna ya estaua encantado, pues no se podia menear, ni defender. Todo a punto, como auia pensado que sucederia el Cura, traçador desta machina. Solo Sancho, de todos los presentes, estaua en su mesmo juyzio, y en su mesma figura: el qual aunque le faltaua bien poco para tener la mesma enfermedad de su amo, no dexò de conocer quien erā todas aquellas contrahechas figuras, mas no osò descoser su boca, hasta ver en que paraua aquel assalto y prision de su amo. El qual tan poco hablaua palabra, atendiendo a ver el paradero de su desgracia. Que fue, que trayendo alli la jaula, le encerraron dentro, y le clauaron los maderos tan fuertemente, que no se pudieran romper a dos tirones. Tomaronle luego en ombros, y al salir del aposento se oyò vna boz temerosa, todo quanto la supo formar el Barbero, no el del albarda, sino el otro, que dezia: O cauallero de la triste Figura, no te dè

fincamiento la prision en que vas, porque assi conuiene, para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerço te paso. La qual se acabarà, quando el furibundo Leon Manchego, con la blanca Paloma Tobosina, yogiren a vno. Ya despues de humilladas las altas cervizes, al blando yugo matrimoñesco: de cuyo ayuntamiento sucederà vn hijo, o hijos, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre. Y esto serà antes q̄ el seguidor de la fugitiua ninfa, faga dos vegadas, a la visita de las luzientes imagines, co su rapido, y natural curso. Y tu, o el mas noble, y obediente escudero, que tuuo espada en cinta, barbas en rostro, y olfato en las narizes, no te desmaye, ni descontente, ver lleuar assi delāte de tus ojos mesmos, a la flor de la caualleria andante. Que presto, si al platicador del mundo le plaze, te veras tan alto, y tan sublimado, que no te conozcas, y no saldrá defraudadas las promesas que te ha fecho tu buen señor. Y assegurote, de parte de la sabia Mentironiana, que tu salario te sea pagado, como lo veras por la obra: y sigue las pisadas del valeroso, y encantado cauallero, que conuiene q̄ vayas donde pareys entrambos: y porque no me es licito dezir otra cosa, a Dios quedad, q̄ yo me bueluo a donde yo me se. Y al acabar de la profecia, alçò la boz de punto, y disminuyola

yola despues,con tan tierno acento, que aun los sabidores de la burla estuuierõ por creer, que era verdad lo que oían:Quedò don Quixote cõsolado con la escuchada profecia, por que luego coligio de todo en todo, la significacion dellary vio que le prometian el verse ayuntado en santo y deuido matrimonio, con su querida Dulcinea del Toboso, de cuyo felize vientre, saldrian los cachorros, que eran sus hijos,para gloria perpetua dela Mancha, y creyẽdo esto bien,y firmemẽte, alçò la boz, y dando vn gran suspiro,dixo:O tu quiẽ quiera que seas,que tanto bien me has pronosticado,ruegote, q̃ pidas de mi parte al Sabio encantador,que mis cosas tiene a cargo, que no me dexe perecer en esta prision,donde agora me lleuan, hasta ver cũplidas tan alegres,e incomparables promessas, como son las que aqui se me han hecho. Que como esto sea,tendrè por gloria las penas de mi carcel, y por alliuio estas cadenas que me ciñen, y no por duro cãpo de batalla este lecho en que me acuestan,sino por cama blãda, y talamo dichoso. Y en lo que toca a la consolacion de Sancho Pança mi escudero, yo confio de su bondad,y buen proceder,q̃ no me dexarà,en buena,ni en mala suerte.Porque quando no suceda por la suya,o por mi corta ventura,el poderle yo dar la Insula, o otra cosa equiua-

lente, que le tengo prometida, por lo menos su salario no podrà perderse, que en mi tiene cuento, que ya està hecho, dexo declarado lo que se le ha de dar,no conforme a sus muchos y buenos seruicios,sino a la possibilidad mia. Sancho Pança se le inclinò con mucho cumplimiento,y le besò entrambas las manos, por que la vna no pudiera, por estar atadas entrambas. Luego tomaron la jaula en ombros,aquellas visiones, y la acomodaron en el carro de los bueyes.

CAP. XLVII. DEL ESTRAÑO modo con que fue encantado don Quixote de la Mancha; con otros famosos sucessos.

QVANDO dõ Quixote se vio de aquella manera enjaulado,y encima del carro,dixo:Muchas,y muy graues historias he yo leydo de caualleros andantes, pero jamas he leydo,ni visto,ni oydo,que a los caualleros encantados los lleuen desta manera,y con el espacio que prometen estos perezosos y tardios animales. Porq̃ siempre los suelen lleuar por los ayres, cõ estraña ligereza, encerrados en alguna parda y escura nuue, o en algun carro de fuego, o ya sobre algun Hipogrifo,o otra bestia semejan-

te. Pero que me lleuen a mi agora sobre vn carro de bueyes, viue Dios q̃ me pone en confusion. Pero quiça la caualleria, y los encátos destos nuestros tiempos, deuen de seguir otro camino, que siguieron los antiguos. Y tambié podria ser, que como yo soy nueuo caualler en el mundo, y el primero que ha resucitado el ya oluidado exercicio de la caualleria auen turera, tambien nueuamente se ayan inuentado otros generos de encantamentos, y otros modos de lleuar a los encantados. Que te parece desto, Sancho hijo? No se yo lo que me parece, respondio Sancho, por no ser tan leydo como vuestra merced en las escrituras andantes. Pero con todo esso osaria afirmar, y jurar, que estas visiones que por aqui andan, q̃ no son del todo Catholicas. Catholicas, mi padre, respondio don Quixote: como han de ser Catholicas, si son todos demonios, q̃ han tomado cuerpos fantasticos, para venir a hazer esto, y a ponerme en este estado? Y si quieres ver esta verdad, tocalos y palpalos, y veras como no tienen cuerpo, sino de ayre, y como no consiste mas, de en la apariencia. Par Dios señor, replicò Sancho, ya yo los he tocado, y este diablo que aqui anda tan solicito, es rollizo de carnes, y tiene otra propriedad, muy diferente de la que yo he oydo dezir q̃ tienen los demonios; porque, segun se dize, todos

todos huelen a piedra açufre, y a otros malos olores, pero este huele a ambar de media legua. Dezia esto Sancho por don Fernando, q̃ como tan señor, deuia de oler a lo que Sancho dezia. No te marauilles desso, Sancho amigo, respõdio don Quixote, porq̃ te hago saber, q̃ los diablos sabẽ mucho, y puesto q̃ traygan olores consigo, ellos no huelen nada, porq̃ son espiritus, y si huelen, no puedẽ oler cosas buenas, sino malas, y hediondas. Y la razon es, q̃ como ellos donde quiera que estan traen el infierno consigo, y no puedẽ recebir genero de aliuio alguno en sus tormentos, y el buen olor sea cosa que deleyta y contenta, no es posible que ellos huelan cosa buena. Y si a ti te parece, que esse demonio que dizes huele a ambar, o tu te engañas, o el quiere engañarte, cõ hazer que no le tengas por demonio. Todos estos coloquios passaron entre amo y criado, y temiendo don Fernando, y Cardenio, q̃ Sancho no viniesse a caer del todo en la cuenta de su inuencion, a quien andaua ya muy en los alcances, determinaron de abreuiar cõ la platica, y llamãdo a parte al ventero, le ordenaron que ensillasse a Rozinante, y enalbardasse el jumento de Sancho, el qual lo hizo con mucha presteza. Ya en esto el Cura se auia concertado con los quadrilleros, que le acompañassen hasta su lugar, dandoles vn tanto cada

Universidad de Deusto
Biblioteca

dia. Colgò Cardenio del arçon de la silla de Rozinante, del vn cabo la adarga, y del otro la bacia, y por señas mandò a Sancho que subiesse en su asno, y tomasse de las riendas a Rozinante, y puso a los dos lados del carro a los dos quadrilleros con sus escopetas. Pero antes que se mouiesse el carro, salio la ventera, su hija, y Maritornes, a despedirse de don Quixote, fingiendo que llorauan de dolor de su desgracia, a quien don Quixote dixo: No lloreys mis buenas señoras, q̃ todas estas desdichas son anexas a los q̃ professan lo que yo professo, y si estas calamidades no me acontecieran, no me tuuiera yo por famoso caualler andãte. Porq̃ a los caualleros de poco nõbre, y fama, nunca les sucedẽ semejantes casos, porq̃ no ay en el mundo quiẽ se acuerde dellos. A los valerosos si, q̃ tienen embidiosos de su virtud, y valẽtia, a muchos Principes, y a muchos otros caualleros, q̃ procuran por malas vias destruyr a los buenos. Pero cõ todo esso, la virtud es tan poderosa, q̃ por si sola, a pesar de toda la nigromancia, que supo su primer inuentor Zoroastres, saldra vencedora de todo trance, y dara de si luz en el mundo, como la da el Sol en el Cielo. Perdonadme fermosas damas, si algun desaguisado, por descuydo mio os he fecho, q̃ de voluntad, y a sabiẽdas, jamas le di a nadie. Y rogad a Dios, me saque destas prisiones, dõ de

lle algun mal intencionado encãtador me ha puesto, q̃ si dellas me veo libre, no se me caera de la memoria las mercedes q̃ en este castillo me auedes fecho, para gratificarlas, seruillas, y recõpensallas, como ellas merecen. En tanto q̃ las damas del castillo esto passauã con don Quixote, el Cura, y el Barbero se despidieron de don Fernãdo, y sus camaradas, y del Capitã, y de su hermano, y de todas aq̃llas contẽtas señoras, especialmẽte de Dorotea, y Luscinda, todos se abraçaró, y quedaron de darse noticia de sus sucessos. Diziendo Don Fernando al Cura, donde auia de escriuirle, para auisarle en lo q̃ paraua don Quixote, assegurandole, q̃ no auria cosa que mas gusto le diesse, q̃ saberlo. Y que el assi mismo le auisaria de todo aquello que el viesse q̃ podria darle gusto, assi de su casamiento, como del bautismo de Zorayda, y sucesso de don Luis, y buelta de Luscinda a su casa. El Cura ofreciò de hazer quãto se le mandaua, con toda puntualidad. Tornaron a abraçarse otra vez; y otra vez tornaron a nueuos ofrecimientos. El ventero se llegò al Cura, y le dio vnos papeles, diziendole, q̃ los auia hallado en vn aforro de la maleta, donde se hallò la nouela del Curioso impertinẽte, y que pues su dueño no auia buelto mas por alli, q̃ se los lleuasse todos, q̃ pues el no sabia leer, no los queria. El Cura se lo agradecio

y abriendolos luego, vio que al principio de lo escrito, dezia: Nouela de Rinconete, y Cortadillo: por donde entendio ser alguna nouela: y coligio, que pues la del Curioso impertinente auia sido buena, que tambien lo seria aquella, pues podria ser fuessen todas de vn mismo auctor, y assi la guardò, con presupuesto de leerla quando tuuiesse comodidad. Subio a cauallo, y tambien su amigo el Barbero, con sus antifazes, porque no fuessen luego conocidos de don Quixote, y pusieronse a caminar tras el carro, y la orden que lleuauan era esta. Yua primero el carro, guiandole su dueño: a los dos lados yuan los quadrilleros, como se ha dicho, con sus escopetas: seguia luego Sancho Pança sobre su asno, lleuando de rienda a Rozinante. Detras de todo esto, yuan el Cura, y el Barbero sobre sus poderosas mulas, cubiertos los rostros, como se ha dicho, con graue, y reposado continente, no caminãdo mas de lo que permitia el passo tardo de los bueyes. Don Quixote yua sentado en la jaula, las manos atadas, tendidos los pies, y arrimado a las verjas, con tanto silencio, y tanta paciencia, como sino fuera hombre de carne, sino estatua de piedra. Y assi con aquel espacio, y silencio, caminaron hasta dos leguas, que llegaron a vn valle donde le parecio al boyero ser lugar acomodado para reposar, y dar passo

passo a los bueyes. Y comunicandolo con el Cura, fue de parecer el Barbero que caminassen vn poco mas, porque el sabia detras de vn recuesto que cerca de alli se mostraua, auia vn valle de mas yerua, y mucho mejor que aquel, donde parar querian. Tomose el parecer del Barbero, y assi tornaron a proseguir su camino. En esto boluio el Cura el rostro, y vio que a sus espaldas venian hasta seys, o siete hombres de acauallo, bien puestos y adereçados, de los quales fueron presto alcançados, porq̃ caminauã, no con la flema y reposo de los bueyes, sino como quien yua sobre mulas de Canonigos, y cõ desseo de llegar presto a sestear a la venta, que menos de vna legua de alli se parecia. Llegaron los diligentes a los perezosos, y saludaronse cortesmente, y vno de los que venian, que en resolucion era Canonigo de Toledo, y señor de los demas que le acompañauan, viendo la concertada procesion del carro, quadrilleros, Sancho, Rozinante, Cura, y Barbero, y mas a don Quixote enjaulado, y aprisionado, no pudo dexar de preguntar, que significaua lleuar aquel hõbre de aquella manera. Aunque ya se auia dado a entender, viendo las insignias de los quadrilleros, que deuia de ser algun facinoroso salteador, o otro delinquente, cuyo castigo tocasse a la santa Hermandad. Vno de los quadrilleros, a quien fue

hecha la pregunta, respondio assi: Señor lo q̃ significa yr este cauallero desta manera, digalo el, porque nosotros no lo sabemos. Oyò don Quixote la platica, y dixo: Por dicha vuestras mercedes señores caualleros, son versados, y peritos en esto de la caualleria andante? porque si lo son, comunicarè con ellos mis desgracias, y sino, no ay para q̃ me canse en dezirlas. Y a este tiempo auian ya llegado el Cura, y el Barbero, viendo que los caminantes estauan en platicas con don Quixote de la Mancha, para responder de modo que no fuesse descubierto su artificio. El Canonigo, a lo que don Quixote dixo, respondio: En verdad hermano que se mas de libros de caualleria, que de las sumulas de Villalpando. Assi q̃ si no està mas que en esto, seguramente podeys comunicar conmigo lo q̃ quisieredes. A la mano de Dios, replicò don Quixote, pues assi es, quiero señor cauallero que sepades, que yo voy encantado en esta jaula, por embidia, y fraude de malos encãtadores, que la virtud mas es perseguida de los malos, que amada de los buenos. Cauallero andante soy, y no de aquellos, de cuyos nombres jamas la fama se acordò, para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que a despecho, y pesar de la misma embidia, y de quantos Magos crio Persia, Bracmanes la India, Ginosofistas la Etiopia, ha de poner su nõbre

bre en el templo de la inmortalidad, para que sirua de exemplo, y dechado en los venideros siglos, donde los caualleros andantes vean los passos que hã de seguir, si quisieren llegar a la cumbre, y alteza honrosa de las armas. Dize verdad el señor don Quixote de la Mancha, dixo a esta sazon el Cura, que el va encantado en esta carreta, no por sus culpas, y pecados, sino por la mala intencion de aquellos a quié la virtud enfada, y la valentia enoja. Este es, señor, el cauallero de la triste Figura, si ya le oystes nombrar en algun tiempo, cuyas valerosas hazañas, y grandes hechos, serán escritas en bronzes duros, y en eternos marmoles, por mas que se canse la embidia en escurecerlos, y la malicia en ocultarlos. Quando el Canonigo oyò hablar al preso, y al libre, en semejante estilo, estuuo por hazerse la Cruz de admirado, y no podia saber lo que le auia acontecido: y en la misma admiracion cayeron todos los que con el venian. En esto, Sãcho Pança, que se auia acercado a oyr la platica, para adobarlo todo, dixo: Aora señores, quieranme bien, o quieranme mal por lo que dixere, el caso dello es, que assi va encantado mi señor don Quixote, como mi madre: el tiene su entero juyzio, el come, y beue, y haze sus necesidades, como los demas hombres, y como las hazia ayer antes que le enjaulassen,

lassen. Siendo esto assi, como quiere hazerme a mi entender que va encantado? Pues yo he oydo dezir a muchas personas, que los encantados, ni comẽ, ni duermen, ni hablan, y mi amo sino le van a la mano, hablará mas q treynta procuradores. Y boluiẽdose a mirar al Cura, prosiguiò, diziendo: A señor Cura, señor Cura, pensaua V.m. que no le conozco, y pensará que yo no callo y adiuiño a donde se encaminan estos nueuos encantadores; pues sepa que le conozco, por mas que se encubra el rostro, y sepa que le entiẽdo, por mas que disimule sus embustes. En fin, donde reyna la embidia, no puede viuir la virtud, ni a donde ay escaseza, la liberalidad. Mal aya el diablo, que si por su reuerencia no fuera, esta fuera ya la hora que mi señor estuuiera casado con la Infanta Micomicona, y yo fuera Conde por lo menos, pues no se podia esperar otra cosa, assi de la bondad de mi señor, el de la triste Figura, como de la grãdeza de mis seruicios. Pero ya veo que es verdad lo que se dize por ai, que la rueda de la fortuna anda mas lista, que vna rueda de molino; y que los que ayer estauan en pinganitos, oy estan por el suelo. De mis hijos, y de mi muger me pesa, pues quando podian y deuian esperar ver entrar a su padre por sus puertas, hecho Gouernador, o Visorrey de alguna Insula, o Reyno, le verã entrar

trar hecho moço de cauallos. Todo esto que he dicho, señor Cura, no es mas de por encarecer a su Paternidad, haga cõciencia del mal tratamiento que a mi señor le haze, y mire bié no le pida Dios en la otra vida esta prisiõ de su amo, y se le haga cargo de todos aquellos socorros, y bienes que mi señor don Quixote deixa de hazer en este tiempo que está preso. Adobame essos candiles, dixo en este punto el Barbero. Tambien vos Sancho soys dela cofadria de vuestro amo? Viue el Señor, que voy viendo que le aueys de tener compañia en la jaula, y que aueys de quedar tan encãtado como el, por lo que os toca de su humor, y de su caualleria. En mal punto os empreñastes de sus promessas, y en mal hora se os entrò en los cascos la Insula que tanto desseays. Yo no estoy preñado de nadie, respondio Sancho, ni soy hõbre que me dexaria empreñar del Rey que fuesse, y aũque pobre, soy Christiano viejo, y no deuo nada a nadie, y si Insulas desseo, otros desseã otras cosas peores, y cada vno es hijo de sus obras, y debaxo de ser hombre, puedo venir a ser Papa, quanto mas Gouernador de vna Insula, y mas pudiendo ganar tãtas mi señor, que le falte a quien darlas. Vuestra merced mire como habla, señor Barbero, que no es todo hazer barbas, y algo va de Pedro a Pedro. Digolo, porque todos nos conocemos,

cemos, y a mi no se me ha de echar dado falso. Y en esto del encanto de mi amo, Dios sabe la verdad, y quedese aqui, porque es peor menearlo. No quiso responder el Barbero a Sancho, porque no descubriesse con sus simplicidades lo q̃ el, y el Cura tanto procurauan encubrir. Y por este mesmo temor auia el Cura dicho al Canonigo, q̃ caminasse vn poco delante, que el le diria el misterio del enjaulado, con otras cosas que le diessen gusto. Hizolo assi el Canonigo, y adelantose con sus criados, y con el estuuo atento a todo aquello que dezir le quiso de la condicion, vida, locura, y costúbres de don Quixote: contandole brevemente el principio, y causa de su desuario, y todo el progresso de sus sucessos, hasta auerlo puesto en aquella jaula, y el designio que lleuauan de lleuarle a su tierra, para ver si por algun medio hallauan remedio a su locura. Admiraronse de nueuo los criados, y el Canonigo, de oyr la peregrina historia de don Quixote. Y en acabandola de oyr, dixo: Verdaderamente señor Cura, yo hallo por mi cuenta, q̃ son perjudiciales en la republica estos q̃ llamã libros de cauallerias. Y aunq̃ he leydo (lleuado de vn ocioso y falso gusto) casi el principio d̃ todos los mas q̃ ay impressos, jamas me he podido acomodar a leer ninguno del principio al cabo, porque me parece, que qual mas, qual menos,

nos, todos ellos son vna mesma cosa, y no tiene mas este que aquel, ni estotro que el otro. Y segun a mi me parece, este genero de escritura, y composicion, cae debaxo de aquel de las fabulas, que llaman Milesias, que son cuentos disparatados, que atienden solamente a deleytar, y no a enseñar. Al contrario de lo que hazen las fabulas Apologas, que deleytan y enseñan juntamente. Y puesto que el principal intento de semejantes libros, sea el deleytar, no se yo como puedan conseguirle, yendo llenos de tantos, y tan desaforados disparates. Que el deleyte que en el alma se concibe, ha de ser de la hermosura, y concordancia que vee, o contempla en las cosas que la vista, o la imaginacion le ponen delante: y toda cosa que tiene en si fealdad, y descompostura, no nos puede causar contento alguno. Pues que hermosura puede auer, o que proporcion de partes con el todo, y del todo con las partes, en vn libro, o fabula, donde vn moço de diez y seys años da vna cuchillada a vn Gigante como vna torre, y le diuide en dos mitades, como si fuera de alfeñique: y que quando nos quieren pintar vna batalla, despues de auer dicho que ay de la parte de los enemigos vn millon de compitientes, como sea contra ellos el señor del libro, forçosamente mal q̃ nos pese auemos de entender,

que

que el tal caualiero alcançò la vitoria por ſolo el valor de ſu fuerte braço? Pues que diremos de la facilidad con que vna Reyna, o Emperatriz heredera, ſe cõduze en los braços de vn andante, y no conocido caualiero? Que ingenio, ſino es del todo barbaro, e inculto, podra contentarſe leyendo, que vna gran torre llena de caualleros va por la mar adelante, como naue con proſpero viento, y oy anochece en Lombardia, y mañana amanezca en tierras del Preſte Iuan de las Indias, o en otras, que ni las deſcubrio Tolomeo, ni las vio Marco Polo? Y ſi a eſto ſe me reſpondieſſe, que los q tales libros componen, los eſcriuen como coſas de mentira, y que aſsi no eſtan obligados a mirar en delicadezas, ni verdades. Reſpõderleshia yo, que tanto la mentira es mejor, quãto mas parece verdadera: y tanto mas agrada, quanto tiene mas de lo dudoſo, y poſsible. Há ſe de caſar las fabulas mentiroſas con el entẽdimiento de los que las leyeren, eſcriuiendoſe de ſuerte, que facilitãdo los impoſsibles, allanando las grandezas, ſuſpendiendo los animos, admiren, ſuſpendan, alborocen, y entretengan, de modo que anden a vn miſmo paſſo la admiracion, y la alegria juntas: y todas eſtas coſas no podra hazer el que huyere dela verisimilitud; y de la imitacion en quien conſiſte la perfection de lo que ſe eſcriue, no he viſto

ningun libro de caualleria, que haga vn cuerpo de fabula entero con todos ſus miembros: de manera, que el medio correſponda al principio, y el fin al principio, y al medio, ſino que los componen con tantos miembros, que mas parece que llevan intencion a formar vna chimera, o vn monſtruo, que a hazer vna figura proporcionada. Fuera deſto ſon en el eſtilo duros, en las hazañas increybles, en los amores laſcinos, en las corteſias mal mirados: largos en las batallas, necios en las razones, diſparatados en los viajes: y finalmente agenos de todo diſcreto artificio, y por eſto dignos de ſer deſterrados de la republica Chriſtiana, como a gente inutil. El Cura le eſtuuo eſcuchãdo con grande atencion, y pareciole hombre de buen entendimiẽto, y que tenia razon en quãto dezia: y aſsi le dixo, que por ſer el de ſu meſma opinion, y tener ogeriza a los libros de caualleria, auia quemado todos los de dõ Quixote, que eran muchos. Y contole el eſcrutiñio que dellos auia hecho: y los que auia condenado al fuego, y dexado cõ vida, de que no poco ſe rio el Canonigo, y dixo, que con todo quanto mal auia dicho de tales libros, hallana en ellos vna coſa buena, que era, el ſugeto que ofrecian, para que vn buen entendimiento pudieſſe moſtrarſe en ellos, porque davan largo y eſpacioſo campo, por donde ſin

empacho alguno pudiesse correr la pluma, descubriendo naufragios, tormentas, rencuentros, y batalias: pintando vn Capitan valeroso, con todas las partes que para ser tal se requieren, mostrandose prudente, previniendo las astucias de sus enemigos: y eloquente orador, persuadiendo, o disuadiendo a sus soldados: maduro en el consejo, presto en lo determinado, tan valiente en el esperar, como en el acometer. Pintando aora vn lamentable y tragico sucesso, aora vn alegre y no pensado acontecimiento: alli vna hermosissima dama, honesta, discreta, y recatada: aqui vn Cauallero Christiano, valiente, y comedido: acullá vn desaforado Barbaro fanfarron: acá vn Principe cortes, valeroso, y bien mirado: representando bondad, y lealtad de vassallos, grandezas, y mercedes de señores, ya puede mostrarse Astrologo, ya Cosmografo excelente, ya musico, y ya inteligente en las materias de estado: y tal vez le vendra ocasion, de mostrarse Nigromante, si quiere: Puede mostrar las astucias de Vlixes, la piedad de Eneas, la valentia de Aquiles, las desgracias de Eétor, las trayciones de Sinon, la amistad de Eurialo, la liberalidad de Alexandro, el valor de Cesar, la clemencia, y verdad de Trajano, la fidelidad de Zopiro, la prudencia de Caton: y finalmente todas aquellas acciones

es que pueden hazer perfeto a vn varon illustre, aora pomendolas en vno solo, aora diuidiendolas en muchos, y fiedo esto hecho con apazibilidad de estilo, y con ingeniosa inuencion, q̃ tire lo mas que fuere posible a la verdad: sin duda cõpondra vna tela de varios, y hermosos lazos texida, q̃ despues de acabada, tal perfectiõ y hermosura muestre, q̃ consiga el fin mejor q̃ se pretende en los escritos, q̃ es enseñar, y deleytar juntamente, como ya tẽgo dicho. Porq̃ la escritura desatada destos libros da lugar a que el autor pueda mostrarse Epico, Lirico, Tragico, Comico, con todas aquellas partes que encierran en si las dulcissimas y agradables ciencias de la Poesia, y de la Oratoria: que la Epica tambien puede escreuirse en prosa, como en verso.

CAP. XLVIII. DONDE PROsigue el Canonigo la materia de los libros de Cauallerias; con otras cosas dignas de su ingenio.

ASSI es como V.m. dize, señor Canonigo, dixo el Cura, y por esta causa so mas dinos de reprehesion los q̃ hasta aqui han cõpuesto semejãtes libros sin tener aduertẽcia a ningũ buẽ discurso ni al arte, y reglas por dõde pudierã guiarse, y

hazerse famosos en prosa, como lo son en ver
so los principes de la Poesia Griega, y Latina.
Yo alomenos, replicò el Canonigo, he tenido
cierta tentacion de hazer vn libro de caualle-
rias, guardando en el todos los puntos que
he significado: y si he de confessar la verdad,
tengo escritas mas de cien hojas, y para hazer
la experiencia de si correspondian a mi estima-
ciò, las he comunicado con hombres apas-
sionados desta leyenda, dotos, y discretos, y
con otros ignorantes, que solo atienden al gu
sto de oyr disparates, y de todos he hallado
vna agradable aprobacion: pero con todo es-
to, no he proseguido adelante, assi por pare-
cerme que hago cosa agena de mi profession,
como por ver que es mas el numero de los sim
ples, que de los prudentes: y que puesto que
es mejor ser loado de los pocos sabios, q̃ bur
lado de los muchos necios, no quiero sujetar-
me al confuso juyzio del desuanecido vulgo, a
quien por la mayor parte toca leer semejan-
tes libros: pero lo que mas me le quitò de las
manos, y aun del pensamiẽto, de acabarle, fue
vn argumento que hize comigo mesmo, saca-
do de las comedias que agora se representan,
diziẽdo: Si estas que agora se vsan, assi las ima
ginadas, como las de historia, todas, o las mas
son conocidos disparates, y cosas que no lle-
uan pies, ni cabeça, y con todo esso el vulgo
las

as oye cõ gusto, y las tiene, y las a prueua por
buenas, estando tan lexos de serlo, y los auto
res que las componen, y los actores que las re
presentan dizen, que assi han de ser, porque
assi las quiere el vulgo, y no de otra manera: y
que las que lleuan traça, y siguen la fabula cõ
mo el arte pide, no siruen sino para quatro
discretos que las entienden, y todos los demas
se quedan ayunos de entender su artificio, y
que a ellos les està mejor ganar de comer cõ
los muchos, q̃ no opinion con los pocos. Des-
te modo vendra a ser vn libro, al cabo de a-
verme quemado las cejas, por guardar los pre
ceptos referidos, y vendré a ser el sastre del cã
pio. Y aunque algunas vezes he procurado
persuadir a los actores, que se engañan en te-
ner la opinion que tienen, y que mas gente a-
traeràn, y mas fama cobraràn representando
comedias que hagan el arte, que no con las
disparatadas: y estan tan asidos, y encorpora-
dos en su parecer, que no ay razon, ni eviden-
cia que del los saque. Acuerdome que vn dia
dixe a vno destos pertinazes: Dezidme, no os
acordays que ha pocos años que se represen-
taron en España tres Tragedias, que compu-
so vn famoso Poeta destos Reynos, las quales
fueron tales, que admiraron, alegraron, y sus-
pendieron a todos quantos las oyeron, assi
simples, como prudentes, assi del vulgo, como

de los escogidos, y dieron mas dineros a los representantes ellas tres solas, que treynta de las mejores que despues aca se han hecho? Sin duda, respondio el autor que digo, que deue de dezir V.m. por la Isabela, la Filis, y la Alexandra? Por essas digo, le repliquè yo: y mirad si guardauan bien los preceptos del arte, y si por guardarlos dexaron de parecer lo que eran, y de agradar a todo el mundo? Assi que no està la falta en vn vulgo que pide disparates, sino en aquellos que no saben representar otra cosa. Si que no fue disparate la Ingratitud vengada, ni le tuuo la Numancia, ni se le hallò en la del Mercader amante, ni menos en la Enemiga fauorable, ni en otras algunas, que de algunos entendidos Poetas han sido compuestas, para fama y renombre suyo, y para ganancia de los que las han representado? Y otras cosas añadi a estas, con que a mi parecer le dexè algo confuso, pero no satisfecho ni conuencido, para sacarle de su errado pensamiento. En materia ha tocado V. m. señor Canonigo, dixo a esta sazon el Cura, que ha despertado en mi vn antiguo rancor que tengo con las comedias que agora se vsan, tal que yguala al que tengo con los libros de caualle rias, porque auiendo de ser la comedia, segun le parece a Tulio, espejo de la vida humana, exèplo de las costumbres, è imagen de la verdad,

dad: las que aora se representan son espejos de disparates, exemplos de necedades, è imagines de la sciuia. Porque, que mayor disparate puede ser en el sugeto que tratamos, que salir vn niño en mantillas en la primera scena del primer acto, y en la segùda salir ya hecho hombre barbado? Y que mayor, que pintarnos vn viejo valiente, y vn moço cobarde, vn cayo retorico, vn paje consejero, vn Rey tinapan, y vna Princesa fregona? Que dire, pues de la obseruancia que guardan en los tiè pos en que pueden, o podian suceder las acciones que representan, sino que he visto comedia que la primera jornada començò en Europa, la segunda en Asia, la tercera se acabò en Africa, y aun si fuera de quatro jornadas la quarta acabara en America, y assi se huuiera hecho en todas las quatro partes del mundo. Y si es que la imitacion es lo principal que ha de tener la comedia, como es posible que satisfaga a ningun mediano entendimiento, que fingiendo vna accion què passa en tiempo del Rey Pepino, y Carlo Magno, el mismo q̃ en ella hazè la persona principal, le atribuiã q̃ fue el Emperador Eraclio, q̃ entrò cò la Cruz en Ierusalen, y el q̃ ganò la casa santa, como Godofre de Bullõ auiẽdo infinitos anos de lo uno a lo otro; y fundadose la comedia sobre cosa fingida, atribuyrle verdades de historia, y

mezclarle pedaços de otras sucedidas a diferentes personas, y tiempos: y esto no con trazas verisimiles, sino con patentes errores de todo punto inexcusables: y es lo malo, que ay ignorantes que digan, que esto es lo perfeto, y que lo demas es buscar gullerias. Pues q̃ si venimos a las comedias diuinas, que de milagros falsos fingen en ellas, que de cosas apocrifas, y mal entendidas, atribuyendo a vn santo los milagros de otro. Y aun en las humanas se atreuen a hazer milagros, sin mas respeto, ni consideracion, que parecerles que alli estará bien el tal milagro y apariencia, como ellos llaman, para que gente ignorante se admire, y venga a la comedia: que todo esto es en perjuyzio de la verdad, y en menoscabo de las historias, y aun en oprobrio de los ingenios Españoles: porque los estrangeros que con mucha puntualidad guardan las leyes de la comedia, nos tienen por barbaros, è ignorantes, viendo los absurdos y disparates de las que hazemos. Y no seria bastante disculpa desto dezir que el principal intento que las republicas bien ordenadas tienen, permitiendo que se hagan publicas comedias, es para entretener la comunidad con alguna honesta recreacion, y diuertirla a vezes de los malos humores que suele engendrar la ociosidad: y que pues este se cõsigue con qualquier comedia buena, o mala, no

ay para que poner leyes, ni estrechar a los que las componen, y representan, a que las hagan como deuian hazerse: pues, como he dicho, con qualquiera se consigue lo que con ellas se pretende. A lo qual responderia yo, que si fin se conseguiria mucho mejor sin comparacion alguna, con las comedias buenas, que con las no tales. Porque de auer oydo la comedia artificiosa y bien ordenada, saldria el oyente alegre con las burlas, enseñado con las veras: admirado de los sucessos: discreto cõ las razones: aduertido con los embustes: sagaz cõ los exemplos: ayrado contra el vicio, y enamorado de la virtud: que todos estos afectos ha de despertar la buena comedia en el animo de el que la escuchare, por rustico, y torpe que sea. Y de toda imposibilidad, es imposible dexar de alegrar, y entretener, satisfazer, y cõtentar la comedia que todas estas partes tuuiere, mucho mas que aquella q̃ careciere dellas: como por la mayor parte carecen estas que de ordinario agora se representan. Y no tiene la culpa desto los Poetas que las componen: porque algunos ay dellos que conocen muy bien en lo que yerran, y saben estremadamente lo que deuen hazer. Pero como las comedias se han hecho mercaderia vendible, dizen, y dizen verdad, que los representantes no se las comprarian, sino fuessen de aquel jaez: y

assi el poeta procura acomodarse con lo que el representante que le ha de pagar su obra le pide. Y que esto sea verdad, veasse por muchas è infinitas comedias que ha compuesto vn felicissimo ingenio destos Reynos, con tanta gala, con tanto donayre, con tan elegãte verso, con tan buenas razones, con tan graues sentẽcias: y finalmente tan llenas de elocucion y alteza de estilo, que tiene lleno el mundo de su fama. Y por querer acomodarse al gusto de los representantes, no han llegado todas, como han llegado algunas, al punto de la perfecion que requieren. Otros las componen tan sin mirar lo que hazen, que despues de representadas tienen necessidad los recitantes de huyrse, y ausentarse, temerosos de ser castigados, como lo han sido muchas vezes, por auer representado cosas en perjuyzio de algunos Reyes, y en deshonra de algunos linages. Y todos estos inconuenientes cessarian, y aun otros muchos mas que no digo, con que huuiesse en la Corte vna persona inteligente y discreta, que examinasse todas las comedias antes que se representassen: no solo aquellas q̃ se hiziessen en la Corte, sino todas las que se quisiessen representar en España, sin la qual aprouacion, sello, y firma, ninguna justicia en su lugar dexasse representar comedia alguna: y desta manera los comediantes tendrian cuydado

dado de embiar las comedias a la Corte, y cõ seguridad podrian representarlas: y aquellos que las componẽ, mirarian con mas cuydado y estudio lo que hazian, temerosos de auer de passar sus obras por el riguroso examen de quien lo entiende: y desta manera se harian buenas comedias, y se conseguiria felicissimamente lo que en ellas se pretende, assi el entretenimiento del pueblo, como la opinion de los ingenios de España, el interes y seguridad de los recitantes, y el ahorro del cuydado de castigarlos. Y si se diesse cargo a otro, o a este mismo que examinasse los libros de caualleryas que de nueuo se cõpusiessen, sin duda podrian salir algunos con la perfecion que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la eloquencia, dando ocasion que los libros viejos se escureciessen a la luz de los nueuos que saliessen, para honesto passatiempo: no solamente los ociosos, sino de los mas ocupados. Pues no es possible que estè continuo el arco armado, ni la condicion, y flaqueza humana se pueda sustentar sin alguna licita recreacion.

A este punto de su coloquio llegauan el Canonigo, y el Cura, quando adelantandose el Barbero llego a ellos, y dixo al Cura: Aqui señor Licenciado es el lugar que yo dixe q̃ era bueno, para que festeando nosotros, tuuiessen los bue-

bueyes fresco, y abundoso pasto. Assi me lo parece a mi, respondio el Cura: y diziendole al Canonigo lo que pensaua hazer, el tambien quiso quedarse con ellos, combidado del sitio de vn hermoso valle, que a la vista se les ofrecia: y assi por gozar del, como de la conuersacion del Cura, de quien ya se yua aficionando: y por saber mas por menudo las hazañas de don Quixote, mandò a algunos de sus criados que se fuessen a la venta, que no lexos de alli estaua, y truxessen della lo que huuiesse de comer, para todos: porque el determinaua de se estar en aquel lugar aquella tarde. A lo qual vno de sus criados respondio: Que el azemila del repuesto, que ya deuia de estar en la venta, traia recado bastante para no obligar a no tomar de la venta mas que cebada. Pues assi es, dixo el Canonigo, lleuense alla todas las caualgaduras, y hazed boluer la azemila. En tanto q esto passaua, viendo Sancho que podia hablar a su amo, sin la continua assistencia del Cura, y el Barbero, que tenia por sospechosos, se llegò a la jaula donde yua su amo, y le dixo: Señor para descargo de mi conciencia le quiero dezir lo que passa, cerca de su encantamento, y es, Que aquestos dos que vienen aqui encubiertos los rostros, son el Cura de nuestro lugar, y el Barbero, y imagino han dado esta traça de lleuarle desta manera, de

de pura embidia q tienen, como vuestra merced se les adelanta en hazer famosos hechos. Presupuesta pues esta verdad, figurese que no va encantado, sino embaydo, y tonto. Para prueua de lo qual le quiero preguntar vna cosa, y si me responde, como creo que me ha de responder, tocarà con la mano este engaño, y verà como no va encantado, sino trastornado el juyzio. Pregunta lo que quisieres hijo Sancho, respondio don Quixote, que yo te satisfare, y respondere a toda tu voluntad. Y en lo que dizes, que aquellos que alli van, y vienen con nosotros, son el Cura, y el Barbero nuestros compatriotas y conocidos, bien podrà ser que parezca que son ellos mesmos: pero que lo sean realmente y en efeto, esso no lo creas en ninguna manera. Lo que has de creer, y entender es, que si ellos se les parecen, como dizes, debe de ser que los que me han encantado, auran tomado esta apariencia y semejança, porque es facil a los encantadores tomar la figura q se les antoja, y auran tomado la destos nuestros amigos, para darte a ti ocasion de q pienses lo que piensas, y ponerte en vn laberinto de imaginaciones que no aciertes a salir del, aunque tuuiesses la soga de Teseo: y tambien lo auran hecho, para q yo vacile en mi entendimiento, y no sepa atinar de donde me viene este daño. Porque si por vna parte tu me dizes,

zes, que me acompañan el Barbero, y el Cura de nuestro pueblo, y por otra yo me veo enjaulado, y se de mi, que fuerças humanas, como no fueran sobrenaturales, no fueran bastantes para enjaularme: que quieres que diga, o piense, sino que la manera de mi encantamento excede a quantas yo he leydo en todas las historias que tratan de caualleros andantes q̃ han sido encantados. Assi que bien puedes darte paz y sossiego en esto de creer que son los que dizes, porque assi son ellos, como yo soy Turco. Y en lo que toca a querer preguntarme algo, di, que yo te responderé, aunque me pregutes de aqui a mañana. Valame nuestra Señora, respondio Sancho, dando vna gran boz, y es posible que sea vuestra merced tan duro de celebro, y tan falto de mesollo, que no eche de ver que es pura verdad la que le digo: y que en esta su prision y desgracia, tiene mas parte la malicia, que el encanto! Pero pues assi es, yo le quiero prouar euidentemente como no va encantado. Sino digame, assi Dios le saque desta tormeta, y assi se vea en los braços de mi señora Dulcinea quando menos se piense, Acaba de conjurarme, dixo don Quixote, y pregũta lo que quisieres, que ya te he dicho que te responderé cõ toda puntualidad. Esso pido, replicò Sancho: y lo que quiero saber es, que me diga, sin añadir, ni quitar cosa ninguna,

na, sino con toda verdad, como se espera que la han de dezir, y la dizen todos aquellos que professan las armas, como vuestra merced las professa debaxo de titulo de caualleros andantes. Digo que no mentire en cosa alguna, respondio don Quixote. Acaba ya de preguntar, que en verdad que me cansas con tantas saluas, plegarias, y preuenciones, Sancho. Digo que yo estoy seguro de la bondad y verdad de mi amo, y assi porque haze al caso a nuestro cuento, pregunto, hablando con acatamiento: Si a caso despues que vuestra merced va enjaulado, y a se parecer encantado en esta jaula, le ha venido gana y voluntad de hazer aguas, mayores, o menores, como suele dezirse? No entiedo esso de hazer aguas Sancho, aclarate mas, si quieres que te responda derechamente. Es posible que no entiende vuestra merced de hazer aguas mayores, o menores! Pues en la escuela desterran a los muchachos con ello. Pues sepa que quiero dezir. Si le ha venido gana de hazer lo que no se escusa. Ya, ya te entiendo Sancho: y muchas vezes: y aun agora la tengo, sacame deste peligro, que no anda todo limpio.

CAP. XLIX. DONDE SE TRATA del discreto coloquio q̃ Sancho Pança tuuo con su señor don Quixote.

Ha,

HA, dixo Sancho, cogido le tégo: esto es lo que yo desseaua saber, como al alma, y como a la vida. Véga aca señor: podria negar lo q comunmente suele decirse por ay, quando vna persona está de mala voluntad: No se que tiene fulano, que ni come, ni beue, ni duerme, ni responde a proposito a lo que le preguntan, que no parece sino que está encantado. De donde se viene a sacar, que los que no comen, ni beuen, ni duermen, ni hazé las obras naturales que yo digo, estos tales están encantados, pero no aquellos que tienen la gana que vuestra merced tiene, y que beue quando se lo dan, y come quando lo tiene, y responde a todo aquello que le preguntan. Verdad dizes Sancho, respondio don Quixote: pero ya te he dicho que ay muchas maneras de encantamentos, y podria ser, que con el tiépo se huuiessen mudado de vnos en otros, y que agora se vse, que los encantados hagan todo lo que yo hago, aunque antes no lo hazian. De manera, que contra el vso de los tiempos no ay que arguyr, ni de q hazer consequencias. Yo se, y tengo para mi, q voy encantado, y esto me basta para la seguridad de mi conciencia, que la formaria muy grande, si yo pensasse que no estaua encantado, y me dexasse estar en esta jaula, perezoso y cobarde, defraudando el socorro que podria dar a muchos

chos menesterosos y necesitados, que de mi ayuda y amparo deuen tener a la hora de aora precisa, y estrema necesidad. Pues cõ todo esso replicò Sancho, digo, q para mayor abundancia y satisfacion, seria bié que vuestra merced prouasse á salir desta carcel, que yo me obligo con todo mi poder a facilitarlo, y ann sacarle della, y prouasse de nueuo a subir sobre su buen Rozinante, que tambié parece que va encantado, segun vá de malencolico y triste. Y hecho esto, prouassemos otra vez la suerte de buscar mas auenturas: y sino nos sucediesse bien, tiempo nos queda para boluernos a la jaula: en la qual prometo a ley de buen y leal escudero de encerrarme juntamẽte con vuestra merced, si a caso fuere vuestra merced tan desdichado, o yo tan simple, que no acierte a salir con lo que digo. Yo soy contento de hazer lo que dizes, Sancho hermano, replicò dõ Quixote: y quãdo tu veas coyuntura de poner en obra mi libertad, yo te obedecere en todo y por todo: pero tu, Sãcho, veras como te engañas en el conocimiento de mi desgracia. En estas platicas se entretuuierõ el caualleroandãte, y el mal andante escudero, hasta q llegaron donde ya apeados los aguardauan el Cura, el Canonigo, y el Barbero. Deshunzió luego los bueyes de la carreta el boyero, y dexolos andar a sus anchuras por aquel verde, y apazible

sitio, cuya frescura combidaua a quererla gozar, no a las personas tan encãtadas como dõ Quixote, sino a los tan aduertidos, y discretos como su escudero: el qual rogò al Cura, q̃ permitiesse que su señor saliesse por vn rato de la jaula: porque sino le dexauã salir, no yria tan limpia aquella prision como requeria la decẽcia de vn tal cauallero como su amo. Entẽdio le el Cura, y dixo, q̃ de muy buena gana haria lo que le pedia, sino temiera, q̃ en viendose su señor en libertad, auia de hazer de las suyas, y yrse donde jamas gẽtes le viessen. Yo le fio de la fuga, respondio Sancho: Y yo y todo, dixo el Canonigo: y mas si el me da la palabra como cauallero, de no apartarse de nosotros, hasta q̃ sea nuestra voluntad. Si doy, respondio don Quixote, que todo lo estaua escuchando, quãto mas, que el q̃ està encantado, como yo, no tiene libertad para hazer de su persona lo que quisiere: porque el que le encantò le puede hazer que no se mueua de vn lugar en tres siglos: y si huuiere huydo, le harà boluer en bolandas: y q̃ pues esto era assi, bien podian soltarle, y mas siendo tan en prouecho de todos: y del no soltarle les protestaua que no podia dexar de fatigarles el olfato, si de alli no se deuiauan. Tomole la mano el Canonigo, aũque las tenia atadas, y debaxo de su buena fe, y palabra, le desenjaularon, de que el se alegrò infinito, y en grande manera de verse fuera de la jaula. Y lo primero que hizo, fue, estirarse todo el cuerpo, y luego se fue donde estaua Rozinante, y dandole dos palmadas en las ancas, dixo: Aun espero en Dios, y en su bendita Madre, flor y espejo de los cauallos, que presto nos hemos de ver los dos qual desseamos: tu con tu señor acuestas, y yo encima de ti, exercitando el oficio para que Dios me echò al mundo. Y diziendo esto don Quixote, se apartò con Sancho en remota parte, de donde vino mas aliuiado, y con mas deseos de poner en obra lo que su escudero ordenasse. Mirauale el Canonigo, y admirauase de ver la estrañeza de su grãde locura, y de que en quãto hablaua, y respondia, mostraua tener bonissimo entendimiẽto, solamente venia a perder los estribos, como otras vezes se ha dicho, en tratandole de cauallerias: y assi mouido de compassion, despues de auerse sentado todos en la verde yerua, para esperar el repuesto del Canonigo, le dixo: Es possible señor hidalgo, q̃ aya podido tanto con V.m. la amarga, y ociosa letura de los libros de cauallerias, que le ayã buelto el juyzio de modo, q̃ venga a creer q̃ va encantado, cõ otras cosas deste jaez, rãlexos de ser verdaderas, como lo està la mentira de la verdad? Y como es possible q̃ aya entendimiento humano, que se dè a entender

que ha auido enel mundo aquella infinidad de Amadises, y aquella turbamulta de tanto famoso cauallero, tanto Emperador de Trapisonda, tanto Felixmarte de Yrcania, tanto Palafren, tanta donzella andante, tantas sierpes, tantos endriagos, tantos Gigãtes, tantas inauditas auenturas, tanto genero de encantamentos, tantas batallas, tantos desaforados encuẽtros, tanta bizarria de trages, tantas Princesas enamoradas, tantos escuderos Condes, tãtos enanos graciosos, tanto villete, tanto requiebro, tantas mugeres valientes: y finalmẽte tantos, y tan disparatados casos como los libros de cauallerias contienen? De mi se dezir, que quando los leo, en tanto que no pongo la imaginacion en pensar, que son todos mentira, y liuiandad, me dan algun contẽto: pero quãdo caygo en la cuenta de lo que son, doy con el mejor dellos en la pared: y aun diera con el en el fuego, si cerca, o presente le tuuiera, bien como a merecedores de tal pena, por ser falsos, y embusteros, y fuera del trato que pide la comun naturaleza, y como a inuentores de nueuas sectas, y de nueuo modo de vida: y como a quien da ocasion q̃ el vulgo ignorante venga a creer, y tener por verdaderas tantas neceda des como contienen. Y aun tienen tanto atte uimiento, que se atreuen a turbar los ingenios delos discretos, y bien nacidos hidalgos, como se echa

se echa bien de ver por lo q̃ con vuestra merced han hecho, pues le han traydo a terminos, q̃ sea forçoso encerrarle en vna jaula, y traerle sobre vn carro de bueyes, como quiẽ trae, o lleua algun leon, o algun tigre, de lugar en lugar, para ganar con el, dexando que le vean. Ea señor don Quixote, duelase de si mismo, y reduzgase al gremio de la discrecion, y sepa vsar de la mucha que el cielo fue seruido de darle, empleando el felicissimo talento de su ingenio, en otra letura, que redunde en aprouechamiento de su conciencia, y en aumẽto de su honra. Y si toda via, lleuado de su natural inclinacion, quisiere leer libros de hazañas, y de cauallerias, lea en la sacra Escritura el de los Iuezes, que alli hallarà verdades grandiosas, y hechos tan verdaderos como valientes. Vn Viriato tuuo Lusitania, vn Cesar Roma, vn Anibal Cartago, vn Alexandro Grecia, vn Conde Fernan Gonçalez Castilla, vn Cid Valencia, vn Gonçalo Fernandez Andaluzia, vn Diego Garcia de Paredes Estremadura, vn Garci Perez de Vargas Xerez, vn Garci Lasso Toledo, vn don Manuel de Leon Sevilla, cuya lecion de sus valerosos hechos, puede entretener, enseñar, deleytar, y admirar a los mas altos ingenios que los leyeren. Esta si serà letura digna del buen entendimiento de V.m. señor don Quixote mio, de la qual saldra erudito en

la hiſtoria, enamorado de la virtud, enſeñado en la bondad, mejorado en las coſtumbres, valiente ſin temeridad, oſado ſin couardia: y todo eſto para honra de Dios, prouecho ſuyo, y fama de la Mancha, do ſegun he ſabido, trae V.m. ſu principio, y origen. Atentiſsimamente eſtuuo don Quixote eſcuchando las razones del Canonigo, y quando vio que ya auia puesto fin a ellas: deſpues de auerle eſtado vn buen eſpacio mirando, le dixo: Pareceme ſeñor hidalgo, que la platica de V.m. ſe ha enca minado a querer darme a entẽder, que no ha auido caualleros andantes en el mundo, y que todos los libros de caualleria ſon falſos, mentiroſos, danadores, è inutiles para la republica, y q̃ yo he hecho mal en leerlos, y peor en creerlos, y mas mal en imitarlos, auiendome puesto a ſeguir la duriſsima profeſsion de la caualleria andante, que ellos enſeñan, negando me, que no ha auido en el mundo Amadiſes, ni de Gaula, ni de Grecia, ni todos los otros caualleros de que las eſcrituras eſtan llenas. Todo es al pie de la letra, como V. m. lo va relatando, dixo a eſta fazon el Canonigo. A lo qual reſpondio don Quixote: Añadiò tambien vueſtra merced, diziendo, que me auian hecho mucho daño tales libros, pues me auiã buelto el juyzio, y pueſtome en vna jaula, y que me ſeria mejor hazer la enmienda, y mudar

dar de letura, leyendo otros mas verdaderos, y que mejor deleytan, y enſeñan. Aſsi es, dixo el Canonigo. Pues yo, replicò don Quixote, hallo por mi cuenta, que el ſin juyzio, y el encantado es V.m. pues ſe ha pueſto a dezir tantas blasfemias contra vna coſa tan recebida en el mundo, y tenida por tan verdadera, que el q̃ la negaſſe, como V.m. la niega, merecia la meſma pena, que V.m. dize que dã a los libros, quando los lee, y le enfadan. Porque querer dar a entender a nadie que Amadis no fue en el mundo, ni todos los otros caualleros auenturereros, de que eſtan colmadas las hiſtorias, ſera querer perſuadir, que el Sol no alumbra, ni el yelo enfria, ni la tierra ſuſtenta: porque, que ingenio puede auer en el mundo, que pueda perſuadir a otro, que no fue verdad lo dela Infanta Floripes, y Guy de Borgoña, y lo de Fierabras, con la puente de Mantible, q̃ ſucedio en el tiẽpo de Carlo Magno, que voto a tal, q̃ es tanta verdad, como es aora de dia? Y ſi es mentira tambien lo deue de ſer, que no huuo Hector, ni Aquiles, ni la guerra de Troya, ni los doze Pares de Frãcia, ni el Rey Artus de Ingalaterra, que anda haſta aora conuertido en cuervo, y le eſperan en ſu Reyno por momentos. Y tambien ſe atreueran a dezir, que es mentiroſa la hiſtoria de Guarino Mezquino, y la de la demanda del

ſanto Grial, y que ſon apócrifos los amores de don Triſtan, y la Reyna Yſeo, como los de Ginebra y Lançarote, auiendo perſonas q̃ caſi ſe acuerdan de auer viſto a la dueña Quintañona, que fue la mejor eſcanciadora de vino q̃ tuuo la gran Bretaña: y es eſto tan aſsi, que me acuerdo yo q̃ me dezia vna mi aguela de partes de mi padre, quãdo veia alguna dueña con tocas reuerendas: Aquella, nieto, ſe parece a la dueña Quintañona, de donde arguyo yo, que la deuio de conocer ella, o por lo menos, deuio de alcançar a ver algun retrato ſuyo. Pues quien podrà negar, no ſer verdadera la hiſtoria de Pierres, y la linda Magalona, pues aun haſta oy dia ſe veen en la armeria de los Reyes, la clauija con que boluia el caualllo de madera, ſobre quien yua el valiẽte Pierres por los ayres, q̃ es vn poco mayor que vn timon de carreta: y jũto a la clauija, eſtà la ſilla de Babieca. Y en Roceſualles eſtà el cuerno de Rolan, tamaño como vna grande viga: de donde ſe infiere, que huuo doze Pares, que huuo Pierres, q̃ huuo Cides, y otros caualleros ſemejantes, deſtos que dizen las gentes, que a ſus auẽturas van. Sino diganme tambien, que no es verdad que fue caualleró andante el valiente Luſitano Iuan de Merlo, que fue a Borgoña, y ſe combatio en la ciudad de Ras, con el famoſo ſeñor de Charni, llamado Moſen Pier-

res, y deſpues en la ciudad de Baſilea con Moſen Enrique de Remeſtan, ſaliendo de entrambas empreſſas vencedor, y lleno de honroſa fama. Y las auenturas, y deſafios que tambien acabaron en Borgoña los valientes Eſpañoles, Pedro Barba, y Gutierre Quixada (de cuya alcurnia yo deſciendo por linea recta de varon) venciedo a los hijos del Conde de san Polo. Nieguẽme aſsi meſmo que no fue a buſcar las auenturas a Alemania don Fernando de Guenara, donde ſe combatio con Micer Iorge, caualleró de la caſa del Duque de Auſtria. Digan que fueron burla las juſtas de Suero de Quiñones, y del paſſo: las empreſſas de Moſen Luis de Falſes, contra don Gonçalo de Guzman, caualleró Caſtellano, con otras muchas hazañas, hechas por caualleros Chriſtianos, deſtos, y de los Reynos eſtrangeros, tan autenticas y verdaderas, que torno a dezir, que el que las negaſſe, careceria de toda razon, y buen diſcurſo. Admirado quedò el Canonigo, de oyr la mezcla que don Quixote hazia, de verdades, y mentiras, y de ver la noticia que tenia de todas aquellas coſas, tocantes y concernientes a los hechos de ſu andante caualleria, y aſsi le reſpondio: No puedo yo negar ſeñor don Quixote, que no ſea verdad algo de lo que vueſtra merced ha dicho, eſpecialmente en lo q̃ toca a los caualleros andã-

tes Españoles: y assi mesmo quiero conceder que huuo doze Pares de Frãcia, pero no quiero creer que hizieron todas aquellas cosas q̃ el Arçobispo Turpin dellos escriue: porque la verdad dello es, q̃ fueron caualleros escogidos por los Reyes de Francia, a quien llamaro Pares, por ser todos yguales en valor, en calidad y en valentia, alomenos sino lo eran, era razõ q̃ lo fuessen, y era como vna religion de las q̃ aora se vsan, de Santiago, ò de Calatraua, que se presupone, que los q̃ la professan hã de ser, ò deuen ser Caualleros valerosos, valientes, y bien nacidos: y como aora dizen caualler de S. Iuan, ò de Alcantara, dezian en aquel tiempo, Caualler de los doze Pares, porq̃ no fueron doze yguales los que para esta religiõ militar se escogieron. En lo de que huuo Cid, no ay duda, ni menos Bernardo del Carpio, pero de que hizieron las hazañas que dizẽ, creo que la ay muy grande. En lo otro de la clauija, que V.m. dize, del Conde Pierres, y que està junto a la silla de Babieca, en la armeria de los Reyes, confiesso mi pecado, q̃ soy tan ignorante, ò tan corto de vista, que aunque he visto la silla, no he echado de ver la clauija, y mas siendo tan grande como V.m. ha dicho. Pues alli està sin duda alguna, replicò dõ Quixote, y por mas señas dizen q̃ està metida en vna funda de vaqueta, porq̃ no se tome de moho.

ho. Todo puede ser, respondio el Canonigo, pero por las ordenes que recebi, que no me acuerdo auerla visto: mas puesto que conceda que està alli, no por esso me obligo a creer las historias de tantos Amadises, ni las de tanta turba multa de caualleros, como por ay nos cuentan: ni es razõ, que vn hõbre como V.m. tan honrado, y de tan buenas partes, y dotado de tan buen entendimiento, se de a entender, que son verdaderas tantas, y tan estrañas locuras, como las que estàn escritas en los disparatados libros de Caualleria.

CAP. L. DE LAS DISCRETAS altercaciones que don Quixote, y el Canonigo tuuieron; con otros sucessos.

BVeno està esso, respondio don Quixote, los libros que estàn impressos cõ licencia de los Reyes, y con aprouacion de aquellos a quien se remitieron, y q̃ con gusto general son leydos, y celebrados, de los grandes, y de los chicos; de los pobres, y de los ricos; de los letrados, è ignorantes; de los plebeyos, y Caualleros; finalmente, de todo genero de personas, de qualquier estado, y condicion que sean, auian de ser mentira, y mas lleuãdo tanta apariencia de verdad, pues

pues nos cuentan el padre, la madre, la patria, los parientes, la edad, el lugar, y las hazañas, punto por punto, y dia por dia, que el tal caualllero hizo, o caualleros hizieron. Calle vuestra merced, no diga tal blasfemia, y creame, q̃ le acósejo en esto lo que deue de hazer, como discreto, sino lealos, y verá el gusto que recibe de su leyéda. Sino digame, hay mayor contento, que ver, como si dixessemos, aqui aora se muestra delante de nosotros vn gran lago de pez hirviendo a borbollones, y que andan nadando y cruzando por el muchas serpientes, culebras, y lagartos, y otros muchos generos de animales ferozes, y espantables, y que del medio del lago sale vna boz tristissima, q̃ dize: Tu caualllero, quien quiera que seas, que el temeroso lago estas mirando, si quieres alcançar el bien que debaxo destas negras aguas se encubre, muestra el valor de tu fuerte pecho, y arrojate en mitad de su negro y encédido licor, porque si assi no lo hazes, no seras digno de ver las altas marauillas que en si encierran, y contienen los siete castillos de las siete Fadas, que debaxo desta negregura yazen: y que a penas el caualllero no ha acabado de oyr la boz temerosa, quãdo sin entrar mas en cuentas consigo, sin ponerse a considerar el peligro a que se pone, y aun sin despojarse de la pesadumbre de sus fuertes armas, encomen-

comendandose a Dios, y a su señora, se arroja en mitad del bullente lago: y quando no se cata, ni sabe donde ha de parar, se halla entre vnos floridos campos, con quien los Eliseos no tienen que ver en ninguna cosa. Alli le parece que el Cielo es mas transparente, y que el Sol luze con claridad mas nueua. Ofrecesele a los ojos vna apazible floresta de tan verdes, y frondosos arboles compuesta, que alegra a la vista su verdura, y entretiene los oydos el dulce, y no aprendido canto de los pequeños, infinitos, y pintados paxarillos, que por los intricados ramos van cruzando. Aqui descubre vn arroyuelo, cuyas frescas aguas, q̃ liquidos cristales parecen, corren sobre menudas arenas, y blancas pedrezuelas, q̃ oro cernido, y puras perlas semejan. Aculla vee vna artificiosa fuente de jaspe variado, y de liso marmol compuesta. Aca vee otra a lo brutesco ordenada, a donde las menudas conchas de las almejas, con las torcidas casas, blancas, y amarillas del caracol, puestas con orde desordenada, mezclados entre ellas pedaços de cristal luziente, y de contrahechas esmeraldas, hazen vna variada labor, de manera, que el arte imitando a la naturaleza, parece que alli la vence. Aculla de improuiso se le descubre vn fuerte castillo, o vistoso alcaçar, cuyas murallas son de mazizo oro, las almenas de diamã-

tes,

tes,las puertas de jacintos: finalmente, el es de tan admirable compostura, que con ser la materia de que està formado, no menos que de diamantes,de carbuncos,de rubies,de perlas,de oro,y de esmeraldas, es de mas estimacion su hechura? Y ay mas que ver despues de auer visto esto, que ver salir por la puerta del castillo vn buen numero de donzellas, cuyos galanos y vistosos trajes, si yo me pusiesse aora a dezirlos,como las historias nos los cuentan,seria nunca acabar: y tomar luego la que parecia principal de todas, por la mano al atreuido caualliero,que se arrojo en el feruiente lago,y lleuarle,sin hablarle palabra, dentro del rico alcaçar,ò castillo, y hazerle desnudar, como su madre le pario, y bañarle con tépladas aguas, y luego vntarle todo con olorosos vnguentos, y vestirle vna camisa de cedal delgadissimo, toda olorosa,y perfumada: y acudir otra donzella, y echarle vn manton sobre los ombros, que por lo menos, menos, dizen que suele valer vna ciudad,y aún mas? Que es ver pues, quando nos cuentan que tras todo esto,le lleuan a otra sala, dónde halla puestas las mesas,con tanto concierto,que queda suspenso,y admirado? Que el verle echar agua a manos,toda de ambar,y de olorosas flores distilada? Que el hazerle sentar sobre vna silla de marfil? Que verle seruir todas las dõzellas, guar-

guardando vn marauilloso silencio? Que el traerle tanta diferencia de manjares, tan sabrosamente guisados,que no sabe el apetito a qual deua de alargar la mano? Qual serà oyr la musica que en tanto que come suena,sin saberse quien la canta,ni a donde suena? Y despues de la comida acabada, y las mesas alçadas, quedarse el caualliero recostado sobre la silla,y quiça mondandose los dientes,como es costumbre, entrar a deshora por la puerta de la sala otra mucho mas hermosa dõzella, que ninguna de las primeras,y sentarse al lado del caualliero, y començar a darle cuenta, de que castillo es aquel, y de como ella està encãrada en el,con otras cosas, que suspenden al caualliero,y admiran a los leyentes que van leyendo su historia? No quiero alargarme mas en esto, pues dello se puede colegir, que qualquiera parte que se lea, de qualquiera historia de caualliero andante, ha de causar gusto, y marauilla a qualquiera que la leyere. Y vuestra merced creame, y como otra vez le he dicho, lea estos libros, y vera como le destierran la melancolia que tuuiere, y le mejoran la condicion,si a caso la tiene mala. De mi se dezir, que despues que soy caualliero andante, soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortes, atreuido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de prisiones, de en-

can-

cantos: y aunque ha tan poco que me vi encerrado en vna jaula, como loco, pienso por el valor de mi braço, fauoreciendome el Cielo, y no me siendo contraria la fortuna, en pocos dias verme Rey de algun Reyno, a dóde pueda mostrar el agradecimiento, y liberalidad q̃ mi pecho encierra: que niaste, señor, el pobre está inhabilitado de poder mostrar la virtud de liberalidad con ninguno, aunque en sumo grado la posea. Y el agradecimiento, que solo consiste en el deseo, es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras. Por esto querria que la fortuna me ofreciesse presto alguna ocasion, donde me hiziesse Emperador, por mostrar mi pecho, haziendo bien a mis amigos, especialmente a este pobre de Sancho Pança mi escudero, que es el mejor hombre del mundo, y querria darle vn Condado, que le tengo muchos dias ha prometido, sino que temo, que no ha de tener habilidad para gouernar su estado. Casi estas vltimas palabras oyò Sancho a su amo, a quien dixo: Trabaje vuestra merced señor don Quixote, en darme este Condado, tan prometido de vuestra merced y como de mi esperado, que yo le prometo, que no me falte a mi habilidad para gouernarle: y quando me faltare, yo he oydo dezir, que ay hombres en el mundo, que toman en arrendamiento los estados de los señores, y les dan vn tanto

tanto cada año, y ellos se tienen cuydado del gouierno, y el señor se está a pierna tendida, gozando de la renta que le dan, sin curarse de otra cosa: y assi hare yo, y no reparare en tanto mas quanto, sino que luego me desistire de todo, y me gozare mi renta, como vn Duque, y alla se lo ayan. Esso hermano Sancho, dixo el Canonigo, entiendese en quanto al gozar la renta, empero al administrar justicia, ha de entender el señor del estado, y aqui entra la habilidad, y buen juyzio, y principalmente la buena intencion de acertar, que si esta falta en los principios, siempre yran errados los medios, y los fines: y assi suele Dios ayudar al buen deseo del simple, como desfauorecer al malo del discreto. No se essas filosofias, respondio Sancho Pança, mas solo se, que tan presto tuuiesse yo el Condado, como sabria regirle, que tanta alma tengo yo como otro, y tanto cuerpo como el que mas, y tan Rey seria yo de mi estado, como cada vno del suyo, y siendolo, haria lo que quisiesse: y haziendo lo que quisiesse, haria mi gusto: y haziendo mi gusto, estaria contento: y estando vno contento, no tiene mas que desear: y no teniendo mas que desear, acabose, y el estado vega, y a Dios, y veamonos, como dixo vn ciego a otro. No son malas filosofias essas, como tu dizes, Sancho, pero con todo esso ay mucho que dezir sobre

esta materia de Condados. A lo qual replicò don Quixote: Yo no se que aya mas que dezir, solo me guio por el exemplo que me da el grande Amadis de Gaula, que hizo a su escudero Conde de la Insula firme, y assi puedo yo sin escrupulo de conciencia, hazer Conde a Sancho Pança, que es vno de los mejores escuderos que caualliero andante ha tenido. Admirado quedò el Canonigo, de los concertados disparates que don Quixote auia dicho, del modo con que auia pintado la auentura del caualliero del Lago, de la impression que en el auian hecho las penssadas mentiras de los libros que auia leydo: y finalmente le admiraua la necedad de Sancho, que con tanto ahinco desseaua alcançar el Condado que su amo le auia prometido. Ya en esto boluian los criados del Canonigo, q̃ a la venta auian ydo por la azemila del repuesto, y haziendo mesa de vna alhombra, y dela verde yerua del prado, a la sombra de vnos arboles se sentaron, y comieron alli, porque el boyero no perdiesse la comodidad de aquel sitio, como queda dicho. Y estando comiendo, a deshora oyeron vn ruzio estruendo, y vn son de esquila, ó por entre vnas çarças, y espessas matas que alli junto estauan, sonaua, y al mesmo instante vieron salir de entre aquellas malezas, vna hermosa cabra, toda la piel mãchada de negro, blãco, y pardo.

Tras ella venia vn cabrero dandole bozes, y diziendole palabras a su vso, para que se detuuiesse, o al rebano boluiesse. La fugitiua cabra temerosa, y despauorida, se vino a la gente, como a fauorecerse della, y alli se detuuo. Llego el cabrero, y asiendola de los cuernos, como si fuera capaz de discurso, y entendimiento, le dixo: Ha cerrera, cerrera? machada, machada, y como andays vos estos dias de pie coxo? q̃ lobos os espantaua? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino q̃ soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condicion, y la de todas aquellas a quien imitays. Bolued, bolued amiga, que si no tan contenta, alomenos estareys mas segura en vuestro aprisco, o con vuestras cõpañeras: que si vos que las aueys de guardar, y encaminar, andays tan sin guia, y tan descaminada, en que podran parar ellas? Con esto dieron las palabras del cabrero a los que las oyeron, especialmente al Canonigo, que le dixo: Por vida vuestra hermano q̃ os sossegueys vn poco, y no os acucieys en boluer tan presto essa cabra a su rebano, que pues ella es hembra, como vos dezis, ha de seguir su natural distinto, por mas que vos os pongays a estorbarlo. Tomad esto bocado, y beued vna vez, con que templareys la colera, y en tanto descansara la cabra. Y el dezir esto, y el darle con la puta del

cuchillo los lomos de vn conejo fiambre, todo fue vno. Tomolo, y agradeciolo el cabrero: beuio, y sossegose, y luego dixo: No queria que por auer yo hablado con esta alimañá en seso, me tuuiessen vuestras mercedes por hombre simple, que en verdad que no carecen de misterio las palabras que le dixe. Rustico soy, pero no tanto, que no entienda como se ha de tratar con los hombres, y con las bestias. Esso creo yo muy bien, dixo el Cura, que ya yo se de esperiencia, que los montes crian letrados, y las cabañas de los pastores encierran filosofos. Alomenos, señor, replico el cabrero, acogen hombres escarmentados, y para que creays esta verdad, y la toqueys cõ la mano, aunque parezca que sin ser rogado me cõbido, sino os enfadays dello, y quereys, señores, vn breue espacio prestarme oydo atento, os contaré vna verdad, que acredite lo que esse señor (señalando al Cura) ha dicho, y la mia. A esto respondio don Quixote: Por ver que tiene este caso vn no se que de sombra de auentura de caualleria, yo por mi parte os oyrè, hermano, de muy buena gana, y assi lo harán todos estos señores, por lo mucho que tienen de discretos, y de ser amigos de curiosas nouedades, que suspendan, alegren, y entretégan los sentidos, como sin duda pienso que lo ha de hazer vuestro cuento. Començad pues, ami-

amigo, que todos escucharemos. Saco la mia, dixo Sancho, que yo a aquel arroyo me voy con esta empanada, donde pienso hartarme por tres dias, porque he oydo dezir a mi señor don Quixote, que el escudero de caualleiro andante ha de comer quando se le ofreciere, hasta no poder mas, a causa que se les suele ofrecer entrar a caso por vna selua tan intricada, que no aciertan a salir della en seys dias, y si el hombre no va harto, o bien proueydas las alforjas, alli se podra quedar, como muchas vezes se queda, hecho carne momia. Tu estàs en lo cierto, Sancho, dixo don Quixote, vete a donde quisieres, y come lo que pudieres, que yo ya estoy satisfecho, y solo me falta dar al alma su refaccion, como se la dare escuchando el cuento deste buen hombre. Assi la daremos todos a las nuestras, dixo el Canonigo: y luego rogò al cabrero, q̃ diesse principio a lo que prometido auia. El cabrero dio dos palmadas sobre el lomo a la cabra q̃ por los cuernos tenia, diziẽdole: Recuestate jũto a mi, manchada, q̃ tiempo nos queda para boluer a nuestro apero. Parece que lo entendio la cabra, porq̃ en sentandose su dueño, se tendio ella junto a el, con mucho sossiego, y mirandole al rostro, daua a entender que estaua arẽta a lo que el cabrero yua diziẽdo: el qual començò su historia desta manera.

CAP. LI. QVE TRATA DE LO que contò el cabrero, a todos los que lleuauan a don Quixote.

TRes leguas deste valle està vna aldea, que aunque pequeña, es de las mas ricas q̃ ay en todos estos contornos, en la qual auia vn labrador muy honrado, y tanto, que aunque es anexo al ser rico el ser hõrado, mas lo era el por la virtud que tenia, que por la riqueza que alcançaua: mas lo que le hazia mas dichoso, segun el dezia, era tener vna hija de tan estremada hermosura, rara discrecion, donayre, y virtud, que el que la conocia, y la miraua, se admiraua de ver las estremadas partes con que el Cielo, y la naturaleza la auian enriquecido. Siendo niña fue hermosa, y siempre fue creciendo en belleza, y en la edad de diez y seys años fue hermosissima. La fama de su belleza se començó a estẽder por todas las circunuezinas aldeas: que digo yo, por las circunuezinas no mas, si se estẽdio a las apartadas ciudades, y aun se entrò por las salas de los Reyes, y por los oydos de todo genero de gente, que como a cosa rara, o como a imagen de milagros, de todas partes a verla venia. Guardauala su padre, y guardauase ella, q̃ no ay candados, guardas ni cerraduras que mejor guarden a vna dozella, que las

las del recato proprio. La riqueza del padre, y la belleza de la hija movieron a muchos, assi del pueblo, como forasteros, a que por muger se la pidiessen: mas el como a quiẽ tocaua disponer de tan rica joya, andaua confuso, sin saber determinarse a quien la entregaria de los infinitos que le importunauan, y entre los muchos que tan buen desseo tenian, fuy yo vno, a quien dieron muchas, y grandes esperanças de buen sucesso, conocer que el padre conocia quien yo era, el ser natural del mismo pueblo, limpio en sangre, en la edad floreciente, en la hazienda muy rico, y en el ingenio no menos acabado: con todas estas mismas partes, la pidio tambie otro del mismo pueblo, que fue causa de suspender, y poner en balança la voluntad del padre, a quien parecia que con qualquiera de nosotros estaua su hija bien empleada: y por salir desta confusion, determinò dezirselo a Leandra, que assi se llama la rica, que en miseria me tiene puesto, aduirtiendo q̃ pues los dos eramos yguales, era bien dexar a la volũtad de su querida hija el escoger a su gusto, cosa digna de imitar de todos los padres q̃ a sus hijos quierẽ poner en estado. No digo yo q̃ los dexẽ escoger en cosas ruynes, y malas, sino q̃ se las propõgan buenas, y de las buenas q̃ escojan alli gusto: no se yo el q̃ tuuo Leandra, solo se q̃ el padre

dre nos entretuuo a entrábos cõ la poca edad de su hija, y con palabras generales, que ni le obligauan, ni nos desobligauan tampoco. Llamase mi competidor Anselmo, y yo Eugenio, porque vays con noticia de los nombres de las personas, que en esta tragedia se contiene, cuyo fin aun està pendiente: pero bien se dexa entender que ha de ser desastrado. En esta sazon vino a nuestro pueblo vn Vicente de la Rosa, hijo de vn pobre labrador del mismo lugar: el qual Vicente venia de las Italias, y de otras diuersas partes de ser soldado: lleuole de nuestro lugar, siendo muchacho de hasta doze años, vn Capitan, que con su compañia por alli acertò a passar, y boluio el moço de alli a otros doze, vestido a la soldadesca, pintado con mil colores, lleno de mil dixes de cristal, y sutiles cadenas de azero: oy se ponia vna gala, y mañana otra, pero todas sutiles, pintadas, de poco peso, y menos tomo: la gente labradora, que de suyo es malicioſa, y dandole el ocio lugar, es la misma malicia, lo notò y contò punto por punto sus galas y preseas, y hallò que los vestidos eran tres de diferentes colores, con sus ligas, y medias, pero el hazia tantos guisados, e inuenciones dellas, que sino se los contaran, huuiera quien jurara que auia hecho muestra de mas de diez pares de vestidos, y de mas de veynte plumajes. Y no

parezca impertinencia, y demasia esto que de los vestidos voy contando, porque ellos hazẽ vna buena parte en esta historia. Sentauase en vn poyo, que debaxo de vn grã alamo està en nuestra plaça, y alli nos tenia a todos la boca abierta, pendiẽtes de las hazañas que nos yua contando: no auia tierra en todo el Orbe que no huuiesse visto, ni batalla donde no se huuiesse hallado: auia muerto mas Moros que tiene Marruecos, y Tunez, y entrado en mas singulares desafios, segun el dezia, que Gante, y Luna, Diego Garcia de Paredes, y otros mil que nombraua, y de todos auia salido con victoria, sin que le huuiessen derramado vna sola gota de sangre: por otra parte mostraua señales de heridas, que aunque no se diuisauã, nos hazia entender q̃ eran arcabuzazos dados en diferẽtes rencuẽtros, y faciones: finalmẽte cõ vna no vista arrogãcia llamaua de vos a sus yguales, y a los mismos q̃ le conocian, y dezia q̃ su padre era su braço, su linage sus obras, y que debaxo de ser soldado, al mismo Rey no deuia nada. Añadiosele a estas arrogancias ser vn poco musico, y tocar vna guitarra a lo rasgado, de manera que dezian algunos que la hazia hablar: pero no pararon aqui sus gracias, que tambien la tenia de Poeta, y assi de cada niñeria que passaua en el pueblo, cõponia vn Romance de legua y media de escritura. Este

soldado pues que aqui he pintado, este Vicente de la Rosa, este brauo, este galan, este musico, este Poeta, fué visto, y mirado muchas vezes de Leandra, desde vna ventana de su casa, q̃ tenia la vista a la plaça: enamorola el oropel de sus vistosos trages: encantaronla sus romances, que de cada vno que componia dauã veynte traslados: llegaron a sus oydos las hazañas que el de si mismo auia referido: y finalmente que assi el diablo lo deuia de tener ordenado, ella se vino a enamorar del, antes que en el naciesse presuncion de solicitarla: y como en los casos de amor no ay ninguno q̃ con mas facilidad se cumpla, que aquel que tiene de su parte el desseo de la dama: con facilidad se concertaron Leandra y Vicente, y primero que alguno de sus muchos pretendientes cayesse en la cuenta de su desseo, ya ella tenia cũplido, auiendo dexado la casa de su querido y amado padre, (q̃ madre no la tiene) y ausentadose de la aldea con el soldado, que la lio con mas triumpho desta empresa, que de todas las muchas que el se aplicaua. Admiro el sucesso a toda la aldea, y aun a todos los q̃ del noticia tuuieron: yo quede suspenso, Anselmo atonito, el padre triste, sus parientes afrentados, solicita la justicia, los quadrilleros listos, tomaronse los caminos, escudriñaronse los

se los bosques, y quanto auia, y al cabo de tres dias hallaron a la antojadiza Leandra en vna cueua de vn monte, desnuda en camisa, sin muchos dineros, y preciosissimas joyas que de su casa auia sacado: boluieronla a la presencia del lastimado padre, preguntaronle su desgracia, confessó sin apremio, que Vicente de la Rosa la auia engañado, y debaxo de su palabra de ser su esposo, la persuadio que dexasse la casa de su padre, que el la leuaria a la mas rica, y mas viciosa ciudad que auia en todo el vniuerso mundo, que era Napoles, y que ella mal aduertida, y peor engañada le auia creydo: y robando a su padre, se le entregó la misma noche que auia salido, y que el la lleuó a vn aspero monte, y la encerro en aquella cueua, donde la auian hallado: contó tambien como el Soldado sin quitarle su honor le robó quanto tenia, y la dexó en aquella cueua, y se fue: sucesso que de nueuo puso en admiracion a todos. Dificil, señor, se hizo de creer la continencia del moço, pero ella lo afirmó con tãtas veras, que fueron parte para que el desconsolado padre se consolasse, no haziendo cuenta de las riquezas que le lleuauan, pues le auian dexado a su hija cõ la joya, que si vna vez se pierde, no dexa esperança de que jamas se cobre. El mismo dia que parecio Leandra, la desparecio su

padre

padre de nuestros ojos, y la lleuò a encerrar en vn monasterio de vna villa que està aqui cerca, esperando que el tiempo gaste alguna parte de la mala opinion en que su hija se puso. Los pocos años de Leandra siruieron de disculpa de su culpa, alomenos con aquellos q̃ no les yua algun interes en que ella fuesse mala, o buena: pero los que conocian su discrecion, y mucho entendimiento, no atribuyeron a ignorancia su pecado, sino a su desemboltura, y a la natural inclinacion de las mugeres, q̃ por la mayor parte suele ser desatinada, y mal compuesta. Encerrada Leandra, quedaron los ojos de Anselmo ciegos, alomenos sin tener cosa que mirar, que contéto le diesse: los mios en tinieblas sin luz, que a ninguna cosa de gusto les encaminasse con la ausencia de Leandra: crecia nuestra tristeza, apocauase nuestra paciencia, maldeziamos las galas del soldado, y abominauamos del poco recato del padre de Leandra: finalmente Anselmo y yo nos cõcertamos de dexar el aldea, y venirnos a este valle, donde el apacentando vna gran cantidad de ouejas suyas proprias, y yo vn numeroso rebaño de cabras tambiẽ mias, passamos la vida entre los arboles, dando vado a nuestras passiones, o cantando juntos, alabanças, o vituperios de la hermosa Leandra, o suspirãdo solos, y a solas comunicando con el Cielo nues-

uestras querellas, a imitacion nuestra. Otros muchos de los pretendientes de Leandra se han venido a estos asperos montes, vsando el mismo exercicio nuestro, y son tantos, que parece que este sitio se ha conuertido en la pastoral Arcadia, segun està colmo de pastores, y de apriscos, y no ay parte en el donde no se oyga el nombre de la hermosa Leandra: este la maldize, y la llama antojadiza, varia, y deshonesta: aquel la condena por facil, y ligera: tal la absuelue y perdona: y tal la justicia, y vitupera: vno celebra su hermosura, otro reniega de su condicion, y en fin todos la deshonran, y todos la adoran, y de todos se estiende a tanto la locura, que ay quiẽ se quexe de desden, sin auerla jamas hablado, y aun quien se lamente, y sienta la rabiosa enfermedad de los zelos, que ella jamas dio a nadie: porque, como ya tengo dicho, antes se supo su pecado, que su desco: no ay hueco de peña, ni margen de arroyo, ni sombra de arbol, que no este ocupado de algun pastor que sus desuenturas a los ayres cuente: el Eco repite el nombre de Leandra, donde quiera que pueda formarse: Leandra resuenan los montes: Leandra murmuran los arroyos: y Leandra nos tiene a todos suspensos, y encantados, esperando sin esperança, y temiendo sin saber de que tememos. Entre estos disparatados, el que mas que

que menos, y mas juyzio tiene, es mi competidor Anselmo, el qual temiendo tantas otras cosas de que quexarse, solo se quexa de ausencia, y al son de vn rabel, que admirablemente toca, con versos, donde muestra su buen entendimiento, cantando se quexa: yo sigo otro camino mas facil, y a mi parecer el mas acertado, que es dezir mal de la ligereza de las mugeres, de su inconstancia, de su doble trato, de sus promesas muertas, de su fe rompida: y finalmente del poco discurso que tienen en saber colocar sus pensamientos, e intenciones que tienen: y esta fue la ocasion, señores, de las palabras, y razones que dixe a esta cabra, quando aqui llegue, que por ser hembra la tengo en poco, aunque es la mejor de todo mi aparo. Esta es la historia que prometi contaros: si he sido en el contarla prolixo, no sere en seruiros corto, cerca de aqui tengo mi majada, y en ella tengo fresca leche, y muy sabrosissimo queso, con otras varias, y sazonadas frutas, no menos a la vista que al gusto agradables.

CAP. LII. DE LA PENDENCIA que don Quixote tuuo con el cabrero; con la rara auentura de los deceplinantes, a quié dio felize fin a costa de su sudor.

Ge-

GEneral gusto causó el cuento del cabrero a todos los que escuchado le auian, especialmente le recibio el Canonigo, que con estraña curiosidad notó la manera con que le auia contado, tan lexos de parecer rustico cabrero, quan cerca de mostrarse discreto cortesano: y assi dixo, que auia dicho muy bien el Cura, en dezir que los montes criauan Letrados. Todos se ofrecieron a Eugenio, pero el que mas se mostro liberal en esto, fue don Quixote, que le dixo: Por cierto hermano cabrero, que si yo me hallara possibilitado de poder començar alguna auentura, que luego luego me pusiera en camino, porque vos la tuuierades buena, que yo sacara del monasterio (donde sin duda alguna deue de estar contra su voluntad) a Leandra, a pesar del Abadesa, y de quantos quisieran estoruarlo, y os la pusiera en vuestras manos, para que hizierades della a toda vuestra voluntad, y talante, guardando pero las leyes de caualleria, que mandan que a ninguna donzella se le sea fecho desaguisado alguno: aunque yo espero en Dios nuestro Señor, que no ha de poder tanto la fuerça de vn encantador malicioso, que no pueda mas la de otro encantador mejor intencionado, y para entonces os prometo mi fauor y ayuda, como me obliga mi profession,

que

que no es otra, sino de fauorecer a los desualidos, y menesterosos. Mirole el cabrero, y como vio a don Quixote de tan mal pelaje y catadura, admirose, y pregunto al Barbero, que cerca de si tenia: Señor, quien es este hombre, q̃ tal talle tiene, y de tal manera habla? Quien ha de ser, respondio el Barbero, sino el famoso don Quixote de la Mancha, desfazedor de agrauios, endereçador de tuertos, el amparo de las donzellas, el assombro de los Gigantes, y el vencedor de las batallas. Esso me semeja, respondio el cabrero, a lo que se lee en los libros de caualleros andantes, que hazian todo esso que de este hombre V. m. dize: puesto q̃ para mi tengo, o que V. m. se burla, o que este gentil hombre deue de tener vazios los aposentos de la cabeça. Soys vn grandissimo vellaco, dixo a esta sazõ don Quixote, y vos soys el vazio, y el menguado, que yo estoy mas lleno que jamas lo estuuo la muy hideputa, puta que os pario, y diziendo, y hablando arrebatõ de vn pan, que junto a si tenia, y dio con el al cabrero en todo el rostro, con tanta furia, que le remachó las narizes. mas el cabrero que no sabia de burlas, viendo con quantas veras le maltrataua, sin tener respeto a la almohada, ni a los manteles, ni a todos aquellos que comiendo estauan, saltó sobre don Quixote, y asiendole del cuello con entrambas manos, no duda-

dudara de ahogarle, si Sancho Pança no llegara en aquel punto, y le asiera por las espaldas, y diera con el encima de la mesa, quebrãdo platos, rompiendo taças, y derramando y esparziendo quanto en ella estaua. Don Quixote que se vio libre, acudio a subirse sobre el cabrero, el qual lleno de sangre el rostro, molido a cozes de Sancho, andaua buscando a gatas algun cuchillo de la mesa para hazer alguna sanguinolenta vengança: pero estoruauanselo el Canonigo y el Cura, mas el Barbero hizo de suerte que el cabrero cogio debaxo de si a don Quixote, sobre el qual llouio tãto numero de moxicones, que del rostro del pobre caualler llouia tanta sangre, como del suyo. Rebentauan de risa el Canonigo y el Cura; saltauan los quadrilleros de gozo; çuçauã los vnos y los otros, como hazẽ a los perros quãdo en pendencia estan trauados. solo Sancho Pãça se desesperaua, porque no se podia desasir de vn criado del Canonigo, que le estoruaua que a su amo no ayudasse. En resolucion estãdo todos en regozijo, y fiesta, sino los dos aporreantes que se carpian, oyeron el son de vna trompeta, tan triste, que los hizo boluer los rostros hazia donde les parecio que sonaua: pero el que mas se alboroto de oyrle fue don Quixote, el qual aunque estaua debaxo del cabrero, harto contra su voluntad, y mas

que medianamente molido, le dixo: Hermano demonio, que no es posible que dexes de serlo, pues has tenido valor, y fuerças para sugetar las mias, ruegote que hagamos treguas, aunque mas de por vna hora, porque el doloroso son de aquella trompeta que a nuestros oydos llega, me parece que alguna nueua auentura me llama. El cabrero que ya estaua cansado de moler, y ser molido, le dexò luego, y don Quixote se puso en pie, boluiendo assi mismo el rostro a donde el son se oia, y vio a deshora que por vn recuesto baxauan muchos hombres vestidos de blanco, a modo de diciplinantes. Era el caso, que aquel año auian las nuues negado su rocio a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hazian procesiones, rogatiuas, y diciplinas, pidiendo a Dios abriesse las manos de su misericordia, y les lloniesse: y para este efeto la gente de vna aldea que alli junto estaua, venia en procesion a vna deuota Hermita que en vn recuesto de aquel valle auia. Don Quixote que vio los estraños trages de los diciplinantes, sin passarle por la memoria las muchas vezes que lo auiade auer visto, se imaginò que era cosa de auentura, y que a el solo tocaua, como a caualiero andante, el acometerla: y confirmole mas esta imaginacion pensar que vna imagen que trayan cubierta de luto, fuesse

fuesse alguna principal señora que llenauan por fuerça aquellos follones, y descomedidos Malandrines, y como esto le cayò en las mientes, con gran ligereza arremetio a Rozinante, que paciendo andaua, quitandole del arçon el freno, y el adarga, y en vn punto le enfreno, y pidiendo a Sancho su espada subio sobre Rozinante, y embraço su adarga, y dixo en alta boz a todos los que presentes estauan: Agora valerosa compañia veredes quanto importa que aya en el mundo caualleros que professen la orden de la andante caualleria; agora digo que veredes en la libertad de aquella buena señora que alli va cautiua, si se han de estimar los caualleros andantes: y en diziendo esto, apretò los muslos a Rozinante, porque espuelas no las tenia, y a todo galope (porque carrera tirada no se lee en toda esta verdadera historia, que jamas la diesse Rozinante) se fue a encontrar con los diciplinantes: o bien que fueron el Cura y el Canonigo, y Barbero a detenerle, mas no les fue possible, ni menos le detuuieron las bozes que Sancho le daua, diziendo: A dõde va, señor don Quixote, que demonios lleua en el pecho, que le incitan a yr contra nuestra Fè Catholica: aduierta, mal aya yo, que aquella es procesion de diciplinantes, y que aquella señora q̃ llenan sobre la peana, es la imagen bendiusima de la Vir-

gen sin manzilla : mire señor lo que haze, que por esta vez se puede dezir que no es lo que sabe. Fatigose en vano Sancho, porque su amo yua tan puesto en llegar a los ensauanados, y en librar a la señora enlutada, que no oyò palabra, y aunque la oyera no boluiera si el Rey se lo mandara. Llegò pues a la procesion, y parò a Rozinante, que ya lleuaua desseo de quietarse vn poco, y con turbada, y ronca boz dixo: Vosotros, que quiça por no ser buenos os encubris los rostros, atended, y escuchad lo que dezitos quiero. Los primeros que se detuuieron fueron los que la imagen lleuauan, y vno de los quatro clerigos que cantauan las Ledanias, viendo la estraña catadura de don Quixote, la flaqueza de Rozinante, y otras circunstancias de risa que notò, y descubriò en don Quixote, le respondio diziendo: Señor hermano, si nos quiere dezir algo, digalo presto, porque se van estos hermanos abriendo las carnes, y no podemos, ni es razon que nos detengamos a oyr cosa alguna, si ya no es tan breue que en dos palabras se diga. En vna lo dire, replicò don Quixote, y es esta, que luego al punto dexeys libre a essa hermosa señora, cuyas lagrimas, y triste semblãte dan claras muestras que la lleuays contra su voluntad, y que algun notorio desaguisado le auedes fecho, y yo que naci en el mun-

mundo para desfazer semejantes agrauios, no consentiré que vn solo passo adelante passe, sin darle la desseada libertad que merece. En estas razones cayeron todos los que las oyeron, que don Quixote deuia de ser algun hõbre loco: y tomaronse a reyr muy de gana, cuya risa fue poner poluora a la colera de don Quixote, porque sin dezir mas palabra, sacando la espada, arremetio a las andas: vno de aquellos que las lleuauan, dexãdo la carga a sus compañeros, salio al encuentro de don Quixote, enarbolando vna horquilla, o baston con que sustentaua las andas en tanto que descansaua, y recibiendo en ella vna gran cuchillada que le tirò don Quixote, cõ que se la hizo dos partes, y con el vltimo tercio que le quedò en la mano dio tal golpe a don Quixote encima de vn hombro por el mismo lado de la espada, que no pudo cubrir el adarga contra villana fuerça, que el pobre don Quixote vino al suelo muy mal parado. Sancho Pança, que hijadeando le yua a los alcãces, viendole caydo, dio bozes a su moledor, q̃ no le diesse otro palo, porque era vn pobre cauallero encantado, que no auia hecho mal a nadie en todos los dias de su vida: mas lo que detuuo al villano, no fueron las bozes de Sancho, sino el ver que don Quixote no bullia pie, ni mano, y assi creyendo que le auia muerto, con priessa se

alço la tunica a la cinta, y dio a huyr por la cãpaña, como vn Gamo: ya en esto llegaron todos los de la compañia de don Quixote a dóde el estaua, y mas los de la procession que los vieron venir corriẽdo, y con ellos los quadrilleros con sus ballestas, temieron algú mal suceſſo, y hizieronse todos vn remolino al rededor de la imagen, y alçados los capirotes, y empuñando las diciplinas, y los clerigos los ciriales, esperauan el assalto, con determinacion de defenderse, y aú ofender si pudiessen a sus acometedores: pero la fortuna lo hizo mejor que se pensaua, porque Sancho no hizo otra cosa que arrojarse sobre el cuerpo de su señor, haziẽdo sobre el el mas doloroso, y risueño llanto del mundo, creyendo que estaua muerto. El Cura fue conocido de otro Cura que en la procession venia, cuyo conocimiento puso en sossiego el concebido temor de los dos esquadrones: el primer Cura dio al segũdo en dos razones cuẽta de quien era don Quixote, y assi el como toda la turba de los diciplinantes fueron a ver si estaua muerto el pobre caualler, y oyeron que Sancho Pança con lagrimas en los ojos dezia: O flor de la caualleria, que con solo vn garrotazo acabaste la carrera de tus tan bien gastados años. O honra de tu linaje, honor, y gloria de toda la Mãcha, y aun de todo el mũdo, el

el qual faltãdo tu en el, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus malas fechorias. O liberal sobre todos los Alexandros, pues por solos ocho meses de seruicio me tenias dada la mejor insula que el mar ciñe, y rodea. O humilde con los soberuios, y arrogante con los humildes, acometedor de peligros, sufridor de afrentas, enamorado sin causa, imitador de los buenos, açote de los malos, enemigo de los ruynes: en fin caualler andante, que es todo lo que dezir se puede. Con las bozes, y gemidos de Sancho, reuiuio don Quixote, y la primera palabra que dixo, fue: El que de vos viue ausente, dulcissima Dulcinea, a mayores miserias q̃ estas está sugeto: ayudame Sancho amigo a ponerme sobre el carro encantado, que no estoy para oprimir la silla de Rozinante, porque tengo todo este hombro hecho pedaços. Esso hare yo de muy buena gana, señor mio, respondio Sancho, y boluamos a mi aldea en compañia destos señores que sin bien desean, y alli daremos orden de hazer otra salida que nos sea de mas prouecho, y fama. Bien dizes Sãcho, respondio dõ Quixote, y será grã prudẽcia dexar passar el mal influxo de las estrellas q̃ agora corre. El Canonigo y el Cura, y Barbero, le dixerõ q̃ haria muy biẽ en hazer lo q̃ dezia, y assi auiẽdo recebido grã

de gusto de las simplicidades de Sancho Pança, pusieron a don Quixote en el carro, como antes venia. La procesion, boluio a ordenarse, y a proseguir su camino. El cabrero se despidio de todos: los quadrilleros no quisieron passar adelante, y el cura les pagò lo que se les deuia: el Canonigo pidio al cura le auisasse el sucesso de don Quixote, si sanaua de su locura, ò si proseguia en ella: y con esto tomò licencia para seguir su viaje: en fin todos se diuidieron, y apartaron, quedando solos el cura, y barbero, don Quixote, y Pança, y el bueno de Rozinante, que a todo lo que auia visto estaua con tanta paciencia, como su amo. El boyero vnzio sus bueyes, y acomodo a don Quixote sobre vn haz de heno, y con su acostumbrada flema siguio el camino que el cura quiso, y a cabo de seys dias llegaron a la aldea de don Quixote, adonde entraron en la mitad del dia, que acerto a ser Domingo, y la gente estaua toda en la plaça, por mitad de la qual atraessò el carro de don Quixote. Acudieron todos a ver lo que en el carro venia, y quando conocieron a su compatrioto, quedaron marauillados, y vn muchacho acudio corriendo a dar las nueuas a su ama, y a su sobrina, de que su tio, y su señor, venia flaco, y amarillo, y tendido sobre vn monton de heno, y sobre vn carro de bueyes. Cosa de lastima fue

oyr los gritos que las dos buenas señoras alçaron, las bofetadas que se dieron, las maldiciones que de nueuo echaron a los malditos libros de caualleria, todo lo qual se renouò quando vieron entrar a don Quixote por sus puertas. A las nueuas desta venida de don Quixote, acudio la muger de Sancho Pança, q̃ ya auia sabido que auia ydo con el siruiendole de escudero, y assi como vio a Sancho, lo primero que le preguntò fue, que si venia bueno el asno. Sancho respondio, q̃ venia mejor q̃ su amo. Gracias sean dadas a Dios, replicò ella, q̃ tanto bien me ha hecho: pero cõtadme agora amigo q̃ bien aueys sacado de vuestras escuderias? que saboyana me traeys a mi? que çapatos a vuestros hijos? No traygo nada desso, dixo Sancho, muger mia, aũque traygo otras cosas de mas momento, y consideracion. Desso recibo yo mucho gusto, respondio la muger: mostradme essas cosas de mas consideracion, y mas momento, amigo mio, q̃ las quiero ver, para que se me alegre este coraçon, q̃ tan triste, y descõtento ha estado en todos los siglos de vuestra ausencia? En casa os las mostrare muger, dixo Pança, y por agora estad contenta, q̃ siendo Dios seruido de q̃ otra vez salgamos en viage, a buscar auẽturas, vos me vereys presto Cõde, o Gouernador de vna Insula, y no delas de por ahi, sino la mejor q̃ pueda ha-

llarse. Quieralo assi el Cielo, marido mio, que bien lo auemos menester. Mas dezidme, que es esso de Insulas, que no lo entiendo? No es la miel para la boca del asno, respondio Sancho, a su tiempo lo veras muger, y aun te admiraràs de oyrte llamar señoria de todos tus vassallos. Que es lo que dezis Sancho, de señorias, Insulas, y vassallos? respondio Iuana Pança, que assi se llamaua la muger de Sancho, aunque no eran parientes, sino porque se vsa en la Mancha tomar las mugeres el apellido de sus maridos. No te agucies Iuana, por saber todo esto tan a priessa, basta q̃ te digo verdad, y cose la boca. Solo te sabre dezir assi de passo, que no ay cosa mas gustosa en el mũdo, que ser vn hombre honrrado escudero de vn cauallero andante, buscador de auenturas. Bié es verdad, que las mas que se hallan, no salen tan a gusto como el hombre querria, porque de ciento que se encuẽtran, las nouenta y nueue suelen salir auiessas, y torcidas. Selo yo de experiencia, porque de algunas he salido manteado, y de otras molido. Pero con todo esso es linda cosa esperar los sucessos, atrauessando montes, escudriñando seluas, pisando peñas, visitando castillos, aloxando en ventas, a toda discrecion sin pagar ofrecido sea al diablo el marauedi. Todas estas platicas passaron entre Sancho Pãça, y Iuana Pãça su muger, en tanto

tanto que el ama, y sobrina de don Quixote, le recibierõ, y le desnudaron, y le tendierõ en su antiguo lecho. Miraualas el con ojos atrauessados, y no acabaua de entẽder en q̃ parte estaua. El cura encargò a la sobrina, tuuiesse gran cuẽta con regalar a su tio, y q̃ estuuiessen alerta, de que otra vez no se les escapasse, contando lo q̃ auia sido menester para traelle a su casa. Aquí alçaron las dos de nueuo los gritos al cielo, alli se renouarõ las maldiciones delos libros de cauallerias, alli pidierõ al cielo, q̃ confundiesse enel centro del abismo a los autores de tãtas mẽtiras, y disparates. Finalmẽte, ellas quedarõ cõfusas, y temerosas, de que se auian de ver sin su amo, y tio, enel mesmo pũto que tuuiesse alguna mejoria: y si fue, como ellas se lo imaginarõ. Pero el autor desta historia, puesto que con curiosidad, y diligencia, ha buscado los hechos que don Quixote hizo en su tercera salida, no ha podido hallar noticia de ellos, alomenos por escrituras autenticas, solo la fama ha guardado, en las memorias de la Mancha. Que don Quixote, la tercera vez que salio de su casa, fue a çaragoça, donde se hallò en vnas famosas justas, que en aquella Ciudad hizieron, y alli le passaron cosas dignas de su valor, y buen entendimiento. Ni de su fin, y acatamiento, pudo alcãçar cosa alguna, ni la alcançara, ni supiera, si la buena suerte

no

no le deparará vn antiguo medico, que tenia en su poder vna caxa de plomo, que segun el dixo, se auia hallado en los cimientos derribados de vna antigua hermita, que se renouaua. En la qual caxa, se auian hallado vnos pergaminos escritos con letras Goticas, pero en versos Castellanos, que contenian muchas de sus hazañas, y dauan noticia de la hermosura de Dulcinea del Toboso, de la figura de Rozinante, de la fidelidad de Sancho Pança, y de la sepultura del mesmo don Quixote, con diferentes epitafios, y elogios de su vida, y costumbres. Y los que se pudieron leer, y sacar en limpio, fueron los que aqui pone el fidedigno autor desta nueua, y jamas vista historia. El qual autor no pide a los que la leyeren, en premio del inmenso trabajo, que le costo inquirir, y buscar todos los archiuos Manchegos, por sacarla a luz: sino que le dé el mesmo credito que suelen dar los discretos, a los libros de caualleria, que tan validos andan en el mundo, que con esto se tendra por bien pagado, y satisfecho. Y se animará a sacar, y buscar otras, sino tan verdaderas, alomenos de tanta inuencion, y passatiempo. Las palabras primeras que estauan escritas en el pergamino que se hallò en la caxa de plomo, eran estas.

Los

Los Academicos de la Argamasilla, lugar dela Mancha, en vida, y muerte, del valeroso dõ Quixote de la Mancha, Hoc scripserunt.

El Monicongo Academico, de la Argamasilla, a la sepultura de don Quixote.

EPITAFIO.

EL caluatrueno, que adornò a la Mancha,
De mas despojos que Iason decreta,
El juyzio que tuuo la veleta,
Aguda donde fuera mejor ancha.
El braço, que su fuerça tanto ensancha,
Que llegò del Catay, hasta Gaeta,
La musla mas horrenda, y mas discreta,
Que granò versos en broncinea plancha.
El que a cola dexò los Amadises,
Y en muy poquito a Galaores tuuo,
Estribando en su amor, y bizarria.
El que hizo callar los Belianises,
Aquel que en Rozinante errando anduuo,
Yaze debaxo desta losa fria.

Del paniaguado Academico de la Argamasilla, in laudem Dulzineæ del Toboso.

SONETO.

ESta que veys de rostro amondongado,
Alta de pechos, y ademan brioso,

Es

Es Dulcinea Reyna del Toboso,
De quien fue el gran Quixote aficionado.
Pisó por ella el vno, y otro lado
De la gran Sierra Negra, y el famoso
Campo de Montiel, hasta el heruoroso
Llano de Aranjuez, a pie, y cansado.
(Culpa de Rozinante.) O dura estrella,
Que esta Manchega dama, y este inuito
Andante caualiero, en tiernos años:
Ella dexó muriendo de ser bella,
Y el, aunque queda en marmoles escrito,
No pudo huyr de amor, iras, y engaños.

Del Caprichoso, discretissimo Academico, de la Argamasilla, en loor de Rozinante, caualio de don Quixote de la Mancha.

SONETO.

En el soberuio trono Diamantino,
Que con sangrientas plantas huella Marte,
(Frenetico) el Manchego, su estandarte
Tremola con esfuerço peregrino.
Cuelga las armas, y el azero fino,
Con que destroça, assuela, raja, y parte,
(Nueuas proezas) pero inuenta el arte
Vn nueuo estilo al nueuo Paladino.
Y si de su Amadis se precia Gaula,
Por cuyos brauos decendientes Grecia
Triumfó

Triumfo mil vezes, y su fama ensancha.
Oy a Quixote le corona el Aula
Do Beloria preside, y del se precia
Mas que Grecia, ni Gaula, la alta Mancha.
Nunca sus glorias el oluido Mancha,
Pues hasta Rozinante en ser gallardo,
Excede a Brilladoro, y a Bayardo.

Del Burlador Academico Argamasillesco, a Sancho Pança.

SONETO.

Sanco Pança es aqueste en cuerpo chico,
Pero grande en valor, milagro estraño,
Escudero el mas simple, y sin engaño,
Que tuuo el mundo, os juro, y certifico.
De ser Conde no estuuo en vn tantico,
Sino se conjuraran en su daño,
Insolencias, y agrauios del tacaño
Siglo, que aun no perdonan a vn borrico.
Sobre el anduuo, con perdon se miente,
Este manso escudero, tras el manso
Caualio Rozinante, y tras su dueño,
O vanas esperanças de la gente,
Como passays con prometer descanso,
Y al fin parays en sobra, en humo, en sueño.

Del Cachidiablo Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de don Quixote.

Epi-

EPITAFIO.

AQui yaze el cauallero,
Bien molido, y mal andante,
A quien lleuò Rozinante
Por vno, y otro sendero.
Sancho Pança el majadero,
Yaze tambien junto a el,
Escudero el mas fiel
Que vio el trato de escudero.

Del Tiquitoc Academico, de la Argamasilla, en la sepultura de Dulcinea del Toboso.

EPITAFIO.

REposa aqui Dulcinea,
Y aunque de carnes rolliza,
La boluio en poluo y ceniza
La muerte, espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuuo asomos de dama,
Del gran Quixote fue llama,
Y fue gloria de su aldea.

Estos fueron los versos q̃ se pudieron leer, los demas por estar carcomida la letra, se entregaron a vn Academico, para q̃ por conjeturas los declarasse. Tiene se noticia q̃ lo ha hecho, a costa de muchas vigilias, y mucho trabajo, y q̃ tiene intencion de sacallos a luz, con esperança de la tercera salida de don Quixote.

Forsi altro cantera con miglior plectio.

FINIS.

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca

Universidad de Deusto
Biblioteca